

FRÉDÉRIC LENOIR

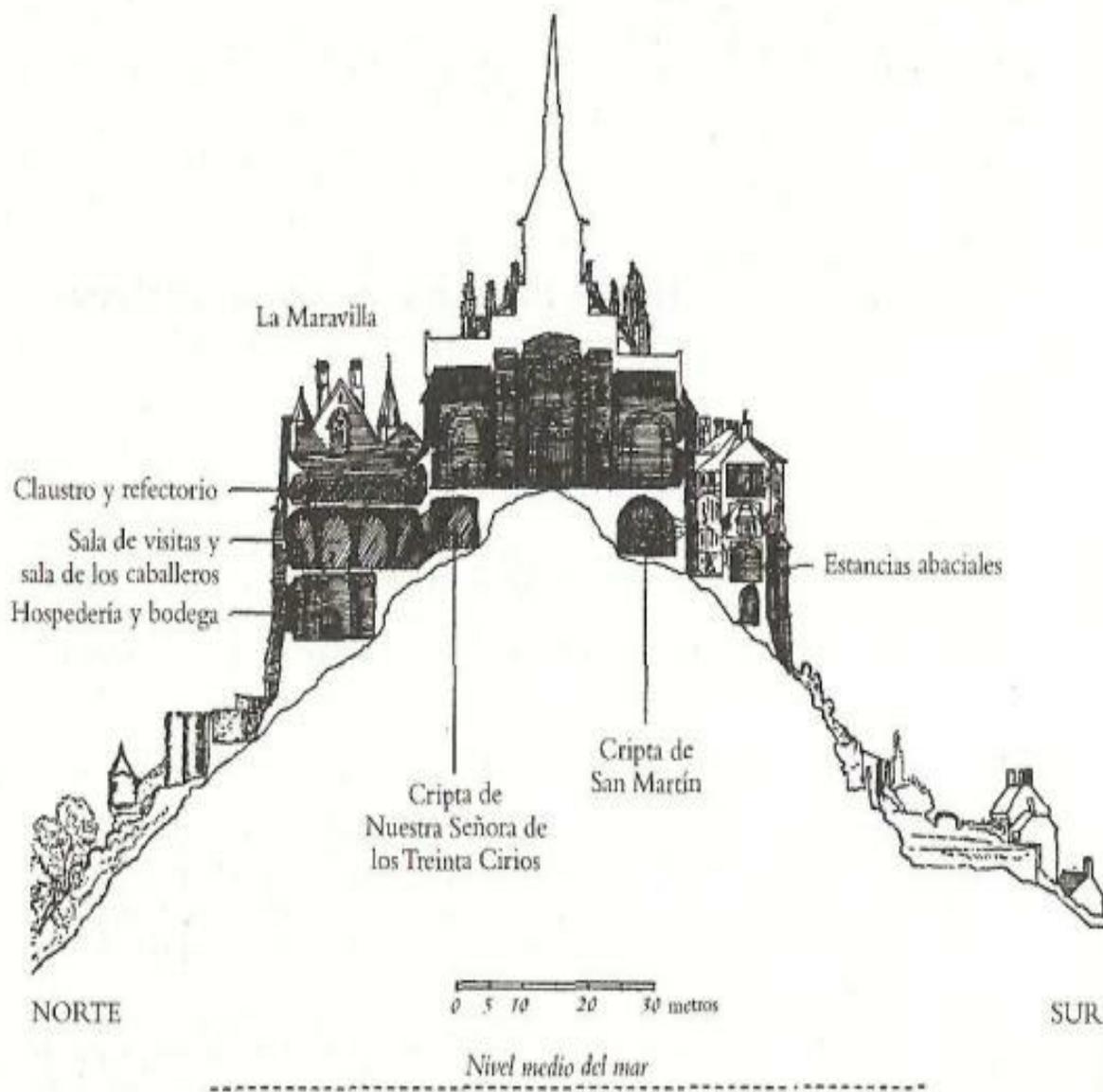
VIOLETTE CABESOS

LA PROMESA DEL ÁNGEL

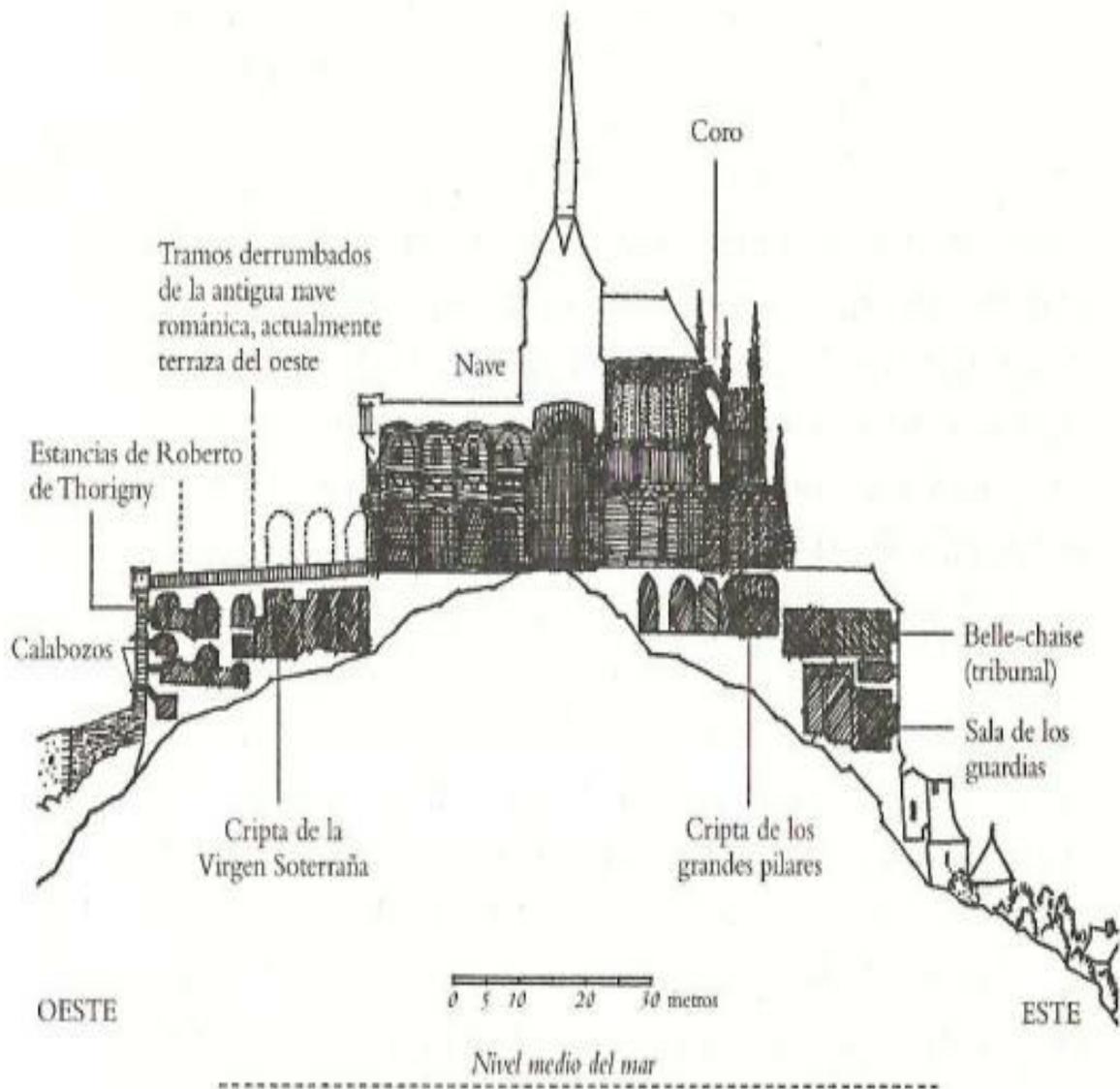


 DEBOLSILLO

Hay que excavar la tierra para acceder al cielo



*Corte transversal del Mont-Saint-Michel
(de norte a sur), según E. Corroyer.*



*Corte longitudinal del Mont-Saint-Michel
(de oeste a este), según E. Corroyer.*

Capítulo 1

La pieza sinfónica de Beethoven había terminado con un estrépito de metales. El sonido de los instrumentos seguía retumbando en la cabeza de Johanna, obligándola a aguzar el oído para distinguir las notas de la obra siguiente. Furtivamente, la melodía tomó posesión del habitáculo del coche y su dulzura triste hizo que a Johanna se le formara un nudo en la garganta. La música era desgarradora y repetitiva como una melopea, una cantinela lenta, simple, obsesiva y fatal como la vida.

Pavana para una infanta difunta, de Ravel, reconoció la joven.

Volvió la cabeza hacia la ventanilla para que el conductor no viera las lágrimas que se le saltaban de los ojos cada vez que escuchaba esa composición.

Pese al sol de septiembre, el paisaje que desfilaba ante ella adquirió una tonalidad lúgubre. La resaca de la música inundó los ojos de Johanna.

«Pierrot, hermano —pensó—, es tu canto, el canto de tu breve existencia, exenta de ira, llena de una ternura en la que ya apuntaba la tristeza...»

Al igual que Pierre, la infanta de Ravel no se rebelaba, se dejaba llevar soñando, al son de flautas que la recibían como pavesas angélicas, de violines graves, de cuerdas nostálgicas. La conclusión del compositor era desconcertante: tras un arrebatador acariciador, sonaba como una aceptación, sin pelea, y el soplo de la música se extinguía delicadamente, casi apaciblemente, dejando al oyente en espera de una repetición del tema que no llegaba. Había terminado, pero a Johanna le resultaba inevitable esperar, oír tintinear las

notas ausentes como una esperanza de resurrección.

Apagó la radio para dominar su emoción.

—¡Anda! —dijo con voz vibrante—. Nos hemos pasado la bifurcación hacia Le Havre... Entonces, vamos hacia Caen y la baja Normandía... ¡Espero que no me lleves a Deauville! No tengo ningunas ganas de encontrarme con las masas parisinas.

—Lo sé —contestó con calma Francois—. No te preocupes, no vamos a Deauville... Confía en mí; no te sentirás decepcionada. Va a ser un fin de semana misterioso y romántico, como los que a ti te gustan.

—¿Cabourg? —insistió Johanna—. No serás tan vicioso como para llevarme a tu casa de Cabourg, ¿verdad?

Francois se sonrojó. Se sentía suficientemente culpable de su relación con Johanna para no tener la osadía de llevarla a su residencia de Cabourg, que pertenecía a Marianne, su esposa. Johanna se percató del malestar que había provocado su comentario.

—Perdona, Francois —dijo—, ha sido una torpeza. Es que, verás, no estoy nada celosa de tu mujer y tus hijos, pero siento una gran curiosidad por tu entorno más cercano. ¡Acabas de pasar un mes de vacaciones con ellos y no me cuentas nada!

—Yo también siento mucha curiosidad por tu entorno más cercano, Johanna —repuso Francois, que no tenía ningunas ganas de hablar de su familia—, e incluso por el más lejano. Pero, al contrario que tú, yo sí estoy celoso.

—¿Ah, sí? —dijo ella, fingiendo sorpresa.

—Pues sí. Otro hombre ocupa permanentemente todos tus pensamientos, todos tus actos...

Johanna frunció el entrecejo.

—Este verano no te has ido de vacaciones para quedarte con él —prosiguió Francois—. Bueno, con él... En realidad, más bien con su fantasma, porque a él no paras de buscarlo, pero hasta el momento no se ha dejado ver.

Al comprender a quién se refería Francois, Johanna rompió a reír y le acarició la mano.

—¡Menudo rival! ¿Estás celoso de Hugo de Semur, abad de la abadía de Cluny, que murió en 1109? Pues, por si lo has olvidado, te recuerdo que mi vida gira alrededor de él gracias a ti.

—Sí, ya, pero si llego a saber que iba a acapararte de este modo... Porque, aunque tu enamorado murió en el siglo XII, su esqueleto blanquecino te fascina más que el mío.

—Quiero dejar claro que solo llevo en Cluny dos años —contestó Johanna— y que no desfallezco. Estoy segura de que la tumba está ahí y la encontraré, aunque tenga que consagrar toda mi vida a buscarla..., lo que no me impide apreciar también tu cuerpo...

—¡Qué exageración! ¡Toda tu vida en Cluny, rodeada de muertos en ese agujero! Acabarás en el mismo estado que tu venerado Hugo.

Johanna soltó la mano de Francois.

—¡Tú sigue burlándote! ¿Y si acabáramos por dar con ese mausoleo? —dijo ella, con la mirada intensamente azul—. ¿Te das cuenta del impacto que tendría el hallazgo? También para ti, lo sabes de sobra. Una tumba perdida desde hace cientos de años, de la que nadie puede decir dónde está, ni siquiera si todavía existe, la tumba del abad que dirigía el monasterio en el momento de su apogeo, una especie de rey, ¡un Tutankamón medieval! ¿Te puedes imaginar los tesoros que debe de contener su sepultura? Su descubrimiento podría enseñarnos tantas cosas sobre ese período...

—¡Ya estamos! ¡Ahora la chica se cree que es Howard Cáster en el Valle de los Reyes y sueña con la gloria!

—La gloria me tiene totalmente sin cuidado, igual que a Cáster —repuso ella en un tono cortante—. Además, no soy la directora del yacimiento, sino la ayudante, así que no seré yo la descubridora de la tumba, si es que algún día la encontramos... Y la verdad es que me trae al fresco, lo único que yo quiero es excavar, excavar y excavar.

—Justo lo que yo decía. Un día de estos te metamorfosearás en topo.

Johanna se quedó pensativa. El oficio de arqueólogo no era para ella una pasión, sino algo que formaba parte de su propia naturaleza. Estuviera donde estuviese, no podía evitar escuchar el mensaje de las piedras trabajadas por el hombre. Y las piedras le hablaban. Los fragmentos de pared, aunque

estuvieran enterrados, le contaban historias mágicas que ella intentaba incansablemente resucitar contra la tierra que las recubría de olvido. Ese tipo de vida, en el que lo prioritario no eran las relaciones afectivas con los vivos sino el amor por las cosas muertas, hacía sufrir a Francois.

—Francois... —dijo, besándole los dedos—, el topo te promete que se ocupará de ti, por lo menos este fin de semana. Te acariciará con un pincelito, como si fueras una piedra románica, y llevará mucho cuidado para no golpearte con el pico.

Él se inclinó y, para tratar de besarla, apartó la vista de la carretera.

—¡Cuidado! —exclamó Johanna.

Francois se incorporó a regañadientes.

Ella se echó a reír y contempló el paisaje. Estaban llegando a las afueras de Caen.

—Por cierto, Francois, ¿qué te has inventado para este fin de semana?

—No me he inventado nada —respondió él secamente—, porque mentirle a Marianne me repugna. Le he dicho que tenía que ver un futuro yacimiento, que se trataba de un asunto delicado y complejo, que iba a ver al administrador de Monumentos Históricos..., y, a pesar de que estás tú, es la verdad.

Johanna se quitó las gafas y mordisqueó una de las patillas con un mohín de recelo.

—Monumentos Históricos... A ver, a ver..., explícame eso.

En ese momento, Francois dejó Caen y la autopista a su derecha y se metió en una nacional en dirección a Saint-Lô, ciudad que también dejó a un lado para continuar hacia el sudoeste.

—No vamos a Normandía, por lo que veo —dedujo Johanna—. ¿A Bretaña? Monumentos Históricos... ¿A Saint-Malo?

Francois le dedicó la mejor de sus sonrisas.

—Una sorpresa es una sorpresa. No te enterarás hasta que lleguemos.

—Pues entonces dormiré un rato. El minero que no ha hecho vacaciones va a descansar... para estar en forma dentro de un rato.

—¡Voy a acelerar!

Johanna se acurrucó en el asiento y cerró los ojos. Se preguntaba cuál

sería su destino. La contrariaba el hecho de que Francois siguiera mezclando trabajo y placer, pero sabía que ese acuerdo con su culpabilidad era el único medio para que continuaran viéndose. De repente, se sintió muy cansada... Quizá, después de todo, debería haberse tomado unas vacaciones, unas verdaderas vacaciones; le quedaban un montón de días de permiso. Pero sus amigos no estaban disponibles, y marcharse sola no le apetecía... Además, la tumba que presentía, pero que se resistía a todas sus investigaciones... Si se hubiera equivocado, si estuviera en otro sitio... ¡Otra vez pensando en el trabajo! No, este fin de semana no, ahora estaba con él, no en su zanja... Apoyó una mano en el muslo del conductor y se adormeció.

Francois desprendía una inteligencia y una ternura que la habían fascinado desde su primer encuentro, hacía dos años, en un agujero fangoso de Cluny. Francois era titulado por la Escuela Normal Superior y la Escuela Nacional de Administración, agregado de historia y subdirector de arqueología del Ministerio de Cultura.

Precedido de su pedigrí, había ido a Cluny para inspeccionar las excavaciones que, promovidas y financiadas por su departamento, se estaban llevando a cabo en un nuevo yacimiento. Ese no era su cometido. El suyo, que suscitaba envidia y presiones, consistía sobre todo en tomar la decisión, en nombre del ministro e instalado en un despacho parisino, de autorizar o denegar la apertura de yacimientos arqueológicos en emplazamientos de interés nacional. No obstante, le gustaba hacer escapadas para meterse entre las viejas piedras y hablar con los que trabajaban sobre el terreno. Aquel día deambulaba solo por los pobres vestigios del monasterio borgoñón. Paul, el director del yacimiento, no estaba, y había sido Johanna quien había salido de la cavidad, con sus colegas, para recibir al eminente representante del Estado. Recordó lo mucho que la había impresionado por su estatura, su traje impecable y su función oficial. Avergonzada de su ropa manchada de barro, se quedó parada delante de él con timidez, como si fuese un trabajador del metro en lugar de una arqueóloga medievalista. Pero Francois le había tendido la mano y había estrechado la suya con firmeza y suavidad, observándola con sus ojos ambarinos, de mirada agradable y franca. Ella se había relajado y, mientras le hacía los honores, habían hablado largamente de

su pasión absoluta, de la sal de su vida: el arte románico, que también entusiasmaba al alto funcionario. Sin embargo, Francois había tardado más de un año en conquistar a Johanna, aunque la resistencia no había sido tanto cosa de la joven, que inmediatamente se había sentido atraída por él, como de sí mismo: pese a su encanto, no era un seductor, y todavía menos un buitre, y le aterraba la idea de perturbar su situación matrimonial. No se trataba de moral burguesa, sino de un amor profundo y sincero por su mujer, a quien se negaba a hacer sufrir. Esa atadura, lejos de desanimar a Johanna, la había tranquilizado; en aquella época estaba recuperándose con cierta dificultad de una aventura tumultuosa con otro arqueólogo y deseaba mantener una relación tranquila con un hombre. Si compartir a ese hombre con otra mujer era el precio que debía pagar por un amor apacible que no interfiriera en lo que daba sentido a su vida, su trabajo, lo aceptaba. Poco a poco, con paciencia y tacto, había conseguido convencer a Francois de que, pese a lo que sentía por él, nunca pondría en peligro su matrimonio; desde hacía diez meses eran amantes, y sus encuentros tenían lugar en el más absoluto de los secretos. Johanna vivía armoniosamente las leyes del triángulo amoroso, pues la intermitencia de su relación con Francois le permitía seguir consagrándose a sus excavaciones, lo más importante para ella.

Cuando abrió los ojos, vio un cartel y se quedó pálida de golpe. Se apresuró a ponerse las gafas para asegurarse de que la vista no la había engañado: en efecto, no estaba soñando...

—¡Hombre, vuelves a estar aquí! —exclamó Francois—. Ya estamos llegando. ¿Has dormido bien?

Johanna permaneció en silencio. Estaba pálida, aunque se esforzaba en disimular su turbación, su angustia.

—¿Qué pasa? ¿La siesta te ha dejado sin lengua? —preguntó él—. Has visto los carteles, así que ahora ya sabes adónde vamos.

Johanna lo sabía perfectamente. Incapaz de pronunciar una palabra, miró con atención un punto imaginario del parabrisas con los dedos crispados sobre las piernas.

—¿No te encuentras bien? —preguntó Francois, preocupado, volviéndose hacia ella—. ¿Estás más blanca que el papel! Dime algo...

—No es nada —dijo ella, haciendo un tremendo esfuerzo—. Tanto viaje ha acabado por marearme: el tren desde Mâcon, luego el coche... No debería haberme dormido, me siento como si me hubieran dado una paliza.

Francois abrió la guantera y le tendió unos pañuelos perfumados a su compañera.

—Toma, mi amor, pásate uno por la cara y verás como te encuentras mejor. Menos mal que ya hemos llegado y nos espera una encantadora habitación en el hotel. ¡Mira, mira! —dijo entusiasmado.

Al doblar un recodo, una silueta increíble se recortó, a la luz crepuscular, sobre un campo de flores violeta. El coche recorrió unos kilómetros y la pirámide de piedra se acercó. Francois se quedó mudo de admiración; Johanna, de miedo. La tierra desapareció de pronto de la base del tótem gigantesco y dejó paso al agua ondulante. Unos segundos más tarde, el coche se adentró en el dique.

—«Castillo de hadas erigido en el mar, sombra gris que se alza sobre el cielo brumoso... —recitó el conductor—. El ocaso teñía de rojo la inmensidad de los arenales, teñía de rojo la desmesurada bahía; tan solo la abadía escarpada que surgía al fondo, alejada de la tierra como un caserón fantástico, sorprendente como un palacio de ensueño, increíblemente extraña y hermosa, permanecía casi negra a la luz púrpura del sol poniente.» Mau-
passant, por supuesto... En esta gran marea equinoccial, te presentó al *Mons Sancti Michaelis de Periculo Maris*, el «Mont-Saint-Michel a merced del mar».

Una media hora más tarde, Johanna estaba sentada al borde de una cama de matrimonio. De rodillas ante ella, Francois le estrechaba las caderas y le besaba el cuello. Ella se echó hacia atrás. El techo era de un blanco sin sorpresas. Él le desabrochó la blusa y dejó sus pechos al aire. Las manos de Johanna se refugiaron en el torso de Francois, en esa piel que tanto la turbaba, una epidermis tostada, mate y sin vello, fina. Una piel generosa, un poco grasa y sedosa, lustrada por un enjambre de caricias. ¡El blanco del techo era tan frío, tan liso! Pero poco a poco empezaban a aparecer imágenes. Johanna miró a Francois para no verlas, se aferró a sus cabellos, a sus labios, y aspiró sus hombros. Le encantaba el olor de su sudor..., dulce, caliente...,

su piel tostada olía como el pan de antes. Pegó el rostro al cuello de Francois, vibró como un gato y aspiró un recuerdo de merienda de infancia. Su cuerpo era ancho y grande, deliciosamente corpulento, firme a la vez que suave y envolvente. El cuerpo de ella había reconocido la emoción familiar e irresistible. Él la estaba llamando, pero su mirada observaba la bóveda blanca, por donde una silueta humana se desplazaba. Una forma oscura, de contornos vaporosos. Johanna cerró los ojos cuando él la penetró. Él le hablaba, pero ella no lo oía. Otras palabras martilleaban su cabeza, una frase le trazaba surcos dolorosos en la frente, la nuca, el cuello, mezclando el goce de su carne y el sufrimiento de su mente. Piedras oscuras invadían el techo, una escalera ascendía por la nada. Sus ojos subieron los peldaños y se toparon con un perfil negro que se volvió lentamente... El grito de Francois volvió a unirle la cabeza al cuerpo. Con la mirada perdida, lo vio todavía dentro de ella. Luego, Francois se apartó.

—Johanna... —dijo mientras recobraba el aliento— Johanna... —repitió, estrechándola entre sus brazos—. ¿Has llegado? Te he sentido un poco lejos... ¿No ha ido bien?

—Sí, Francois, claro que sí —respondió ella, acurrucándose contra él—. Han sido imaginaciones tuyas, no pasa nada, te lo juro... No me sueltes, abrázame fuerte.

Francois lo hizo con una ternura infinita, feliz de estar allí con ella. Rememoró el día que se conocieron, la primera vez que la había visto con sus zapatones embarrados, sus téjanos descoloridos, del mismo azul que sus ojos, enmarcados por unas pequeñas gafas, su barbilla orgullosa, su frente alta manchada de tierra, sus encantadoras pecas en la nariz, su cabellera castaña, larga, atada en la nuca y tocada con una gorra de visera. El oficio de arqueólogo, duro, elitista y una pizca misógino, contaba con muy pocas mujeres, y ninguna tan guapa como ella, se había dicho Francois.

Su sorpresa se había transformado en ardiente atracción cuando, con la mirada encendida, Johanna había hablado del arte románico. Esa espléndida chica de treinta y tres años, que había ingresado en el Centro Nacional de Investigación Científica tras haber presentado una tesis sobre Cluny a los veintiocho y que relataba emocionadísima la aparición de la bóveda de cañón

y del arco de medio punto, tenía algo excepcional. De la joven emanaba una intensa pasión por su arte que lo había fascinado en el acto. Después, había sentido miedo, un miedo cerval de estar enamorado de ella y de las consecuencias desastrosas que eso provocaría en su familia, que era su asidero en la vida, la que daba sentido a esta, su fuente de energía. Había luchado contra sus sentimientos tanto para protegerse a sí mismo como para salvaguardar a Marianne, pero Johanna había sido más fuerte. Cada vez que se veían, lo asaltaba tal deseo —un deseo que jamás había sentido antes, ni siquiera por su mujer—, un apetito —carnal e intelectual— tan vivo que había acabado por darse por vencido. Vivía mal las leyes del triángulo amoroso, pero la clandestinidad de su relación con Johanna le permitía preservar a su familia, y eso era lo más importante.

Salieron del hotel y, a modo de aperitivo, Francois llevó a su compañera a dar un paseo por las murallas de la guerra de los Cien Años. Johanna se había quitado los pantalones ajustados y la fina blusa para ponerse un vestido corto de seda y unos zapatos rojos, pero, pese a la ligereza de su atuendo, la ansiedad le oprimía el cuerpo como un corsé de hierro.

—Estás guapísima —le susurró Francois—. Igual de cautivadora que este lugar... Por cierto, no te he dejado tiempo para que me digas qué te parece mi sorpresa. Supongo que debes de conocer el Monte como la palma de tu mano, pero esta vez sucumbiremos juntos a su encanto.

Johanna se obligó a respirar hondo antes de responder:

—Ahora me toca a mí sorprenderte. En realidad, me centré muy pronto en Cluny y Vézelay y como Mont-Saint-Michel no era un monasterio cluniacense, la verdad es que estoy muy lejos de conocerlo como la palma de mi mano.

Francois puso cara de asombro, pero enseguida dejó ver que estaba encantado.

—¡Es increíble que no te hayas interesado nunca por el Monte! Y maravilloso, porque así podré iniciarte en su mitología. Me fascina desde que era pequeño, y para mí es un tema inagotable.

Johanna, con el corazón en un puño, observaba las olas grises que corroían los contrafuertes del dique, devoraban los aparcamientos, lamían las

atalayas.

—La bahía, por ejemplo: las mareas alcanzaban una velocidad prodigiosa. ¡Un metro por segundo y quince metros de amplitud! Digo «alcanzaban» porque en el año 1000 era una isla; no había ni dique ni esos pólderes que la han enarenado parcialmente. Menos mal que van a limpiar todo eso y a destruir ese ridículo brazo que lo une al continente. Si todo va bien, muy pronto habrá que venir de nuevo andando, como todo buen peregrino. Maldito reino del coche... Habrá que dejar la carreta con motor allí, ¿lo ves?, y pasar en barca, o a pie por una pasarela de pilotes.

Johanna no dijo nada. Francois interpretó ese silencio como una docta desaprobación.

—Tienes razón, cariño, soy un mal guía, hago las cosas al revés. Hay que empezar por el principio, y eso exige subir los peldaños para remontarse en el tiempo. Ven.

Muy excitado, la cogió de la mano y la condujo por las callejuelas adoquinadas y las estrechas escaleras que atravesaban el pueblo. A ambos lados, los rótulos de hierro forjado de las innumerables tiendas para turistas imitaban, con más o menos acierto, los antiguos. Las viviendas, admirablemente restauradas, tenían entramados y nombres tan evocadores como «la casa de las Alcachofas», «residencia Tiphaine», «du Guesclin» o «casa de la Cerda huidiza». A medida que iban subiendo los peldaños de piedra, encontraban jardincillos y árboles más que centenarios, y así hasta el pináculo, donde la abadía, imponente y majestuosa, con la aguja de oro elevándose hacia el cielo, les hizo levantar la cabeza y abrir la boca.

—¡Ahí la tienes! —dijo Francois, tratando de recobrar el aliento—. Aquí es donde todo empezó, hace trece siglos. No entremos todavía, ¿te parece? Mejor más tarde, después de cenar... Ahora ven por aquí.

Prosiguieron su ascenso por otra escalera y llegaron, jadeando y con las pantorrillas doloridas, al pórtico de la iglesia abacial. El extraordinario y vertiginoso panorama, deliciosamente romántico, congregaba allí a numerosos visitantes, en especial parejas. El agua cubría la base del Monte, unido a la tierra por el funesto dique.

Las olas tocaban el cielo, cada vez menos azul, surcado de franjas rosa.

Johanna se sentó sobre el parapeto, impresionada por el disco rojo del sol poniente. Francois se aclaró la garganta y apoyó las manos en los hombros de la joven mientras contemplaba el mar.

—Érase una vez, en los confines de un desierto de arena y agua poblado de brumas y de tormentas propicias al florecimiento de leyendas, una peña de granito llamada monte Tombe. La montaña, estatua de piedra proyectada hacia el cielo, era víctima del caos de la naturaleza desde que en el siglo VIII una tempestad demoníaca había engullido el bosque de Scissy, que la rodeaba y se extendía hasta Brocéliande. Desde entonces, dos veces al día, respondiendo a la llamada del sol y de la luna, las olas del mar se alzaban y, a la velocidad de un caballo al galope, rodeaban la peña con su espuma iracunda, aislándola del resto del mundo.

Johanna sonrió, al parecer más relajada. Francois no solo era un buen historiador, sino que poseía un talento como narrador que la hacía soñar.

—En la linde de las nubes celestes y las riberas terrestres —continuó su compañero—, entre el mundo de aquí abajo y el más allá, esa extraña «isla de los Muertos» había sido escogida como morada por un divino arcángel: san Miguel, primer personaje del reino de Dios después de Cristo, gran maestro de ceremonias del paso al otro mundo, se había aparecido en sueños al obispo de Avranches, llamado Auberto, para que le construyera un santuario en el monte Tombe. Tres veces había visto el prelado al Arcángel en sueños, y tras la tercera aparición, decidió ejecutar la orden del heraldo de Dios.

—¿Eso cuándo fue? —preguntó Johanna, atrapada por las palabras de Francois.

—También en el siglo VIII, mi amor. El 16 de octubre del año 709, Auberto consagró el oratorio dedicado a san Miguel, templo construido con las piedras de la montaña, en la ladera de la peña. A partir de ese momento, pese a los peligros que los acechaban..., arenas movedizas, mareas, tempestades, bandidos..., no cesaron de acudir peregrinos al santuario, custodiado por doce canónigos bretones que vivían de las limosnas de los cristianos, de los peces que el mar dejaba en las orillas, de los productos de la tierra y de un manantial milagroso que san Miguel había hecho brotar en la peña: la fuente de san Auberto, que sigue estando ahí abajo, mira...

Johanna se aventuró a echar un vistazo, pero le entró vértigo y prefirió contemplar la lejanía.

—En el siglo IX —prosiguió Francois, depositando un beso sobre los cabellos de Johanna—, el rey de Francia concedió el Monte a los bretones. Pero la paz bretona no duró, pues en aquellos tiempos turbulentos un nuevo peligro procedente del mar amenazaba la región: las hordas bárbaras de vikingos llegaron por el norte en sus extraños drakkars y el rey de Francia tuvo que entregar a un pirata escandinavo llamado Rollón un territorio que se convirtió en...

—¡Normandía! —intervino Johanna.

—Sí. La continuación ya la conoces: en 933, los vikingos dirigieron sus tropas contra los bretones y los derrotaron de forma espectacular. El rey de Francia tuvo que ceder la región de Cotentin a Guillermo Larga Espada, hijo de Rollón, y así fue como Mont-Saint-Michel, para disgusto de los bretones, pasó a ser normando. La frontera entre los dos territorios vecinos y, no obstante, enemigos..., enemigos, además, durante siglos..., se encuentra ante tus ojos..., bueno, cuando la marea está baja. Es el río Couesnon, que fluye al pie de esta insigne peña y que sigue constituyendo la línea de demarcación entre Bretaña y Normandía. Los vikingos, piratas bárbaros y sanguinarios, se convirtieron al cristianismo y se transformaron en señores normandos. Los duques concedieron sus favores a los clérigos de Mont-Saint-Michel en forma de donativos de dinero, tierras y pueblos.

—Pero los canónigos instalados en el Monte desde el siglo VIII eran bretones, ¿no? —preguntó Johanna.

—Exacto. Además, el duque de Normandía Ricardo I, llamado con justicia Ricardo sin Miedo, no tardó en recelar de la lealtad de esos canónigos bretones, cuyas costumbres bastante «relajadas», según las leyendas normandas, los hacían más inclinados a compartir ágapes con los habitantes del Monte que a rendir culto devoto a san Miguel.

»Por eso, Ricardo, con el consentimiento del Papa, expulsó violentamente a los canónigos del Monte en 966 y confió el lugar sagrado a doce monjes benedictinos pertenecientes a abadías normandas. Y así fue como empezó la leyenda dorada de Mont-Saint-Michel, construida durante siglos por los

benedictinos, que no cesaron de incrementar la fama de este lugar y construyeron esta inmensa abadía, la más rica de la región, importante lugar de culto y de peregrinaje en toda la cristiandad occidental.

Al oír estas palabras, Johanna, con su veraniego vestido de tirantes, no pudo contener un escalofrío pese a que la melena le cubría los hombros.

—Estás temblando —dijo Francois, preocupado—. ¿Es porque he hablado de los benedictinos sin hacer referencia a tu querido Hugo de Semur y a Cluny?

Johanna volvió la cabeza hacia el otro lado con semblante serio y la mirada perdida en la caída de la tarde.

—Perdona, no quería ofenderte —murmuró él—. Toma, ponte esto —añadió, envolviéndola en su chaqueta—. Ese vestido es precioso, pero demasiado ligero para el aire marino. ¿Qué te pasa? ¿No te encuentras bien?

—No, no mucho... Tu relato era apasionante, pero no he comido nada desde esta mañana y estoy a punto de marearme —contestó la joven—. Vamos a cenar.

Los esperaba una mesa en una terraza apartada de la multitud, con una vista impresionante sobre la oscura bahía. Johanna fue al lavabo y al volver se dejó caer en la silla. Estaba muy pálida.

—Vamos a pedir enseguida —dijo Francois—. Tienes toda la pinta de estar hipoglucémica. Normal —añadió, acariciándole el muslo desnudo—. ¡Tienes tan pocas reservas!

Unos instantes después, la joven, con la parte inferior del rostro oculta por un ramillete de langostinos que coronaba una enorme fuente de marisco medio vacía, estaba concentrada en la carne firme de un buey de mar, y su acompañante en la de una ostra de Canéale doble 0.

—¿Me pones un poco más de vino, por favor? —pidió ella.

—Con mucho gusto. Oye, Johanna, hace casi dos años que nos conocemos, pronto hará uno que estamos juntos, y nunca te he visto en un estado semejante. Tú, siempre tan fuerte, tan energética, te has quedado sin habla, pálida, estás en otra parte cuando hacemos el amor, te cuesta andar, bebes más que de costumbre... ¿No estás contenta de verme? ¿Tienes algo que decirme? Si es así...

Johanna dejó de masticar y levantó la cabeza para mirarlo directamente a los ojos.

—No tiene nada que ver contigo —dijo.

—Entonces, ¿con quién tiene que ver? —preguntó él, sonrojándose—. ¿Se trata de tu trabajo? ¿O es que... has conocido a otro?

Ella no pudo reprimir una sonrisa indulgente, aunque la escondió tras la copa de vino de Sancerre. Francois, angustiado, esperaba una explicación. A Johanna le pareció conmovedor, como un cachorro perdido.

—Sí, conocí a alguien hace mucho tiempo, precisamente aquí, y ese encuentro cambió mi vida.

Francois, aliviado y confundido, se puso a toser.

—Cuéntamelo —dijo, cogiéndole la mano por encima de la mesa.

Johanna dudó, pero, ante la mirada ávida de su amante, acabó cediendo.

—Es una historia demencial. Nunca se la he contado a nadie... —dijo, ruborizándose—. En fin, allá va. Érase una vez, cuando tenía siete años..., bueno, iba a cumplirlos el 15 de agosto. Mis padres y yo estábamos de vacaciones en Agon-Cou-tainville, en Cotentin, donde habíamos alquilado una casita encantadora. Acostumbrados al Drôme y el mistral, era un cambio total. Resumiendo, mi madre, como buena beata, le propone a mi padre que el 15 de agosto vayamos a misa a Mont-Saint-Michel. Por si has olvidado el santoral, te recuerdo que ese día se celebra la Asunción, la subida de la Virgen María al cielo. También es mi cumpleaños, y una fecha dolorosa para mis padres y para mí, porque es también el cumpleaños de Pierre, mi hermano gemelo, que murió de muerte súbita a los tres meses... Sí, ya sé que nunca te había hablado de él, pero es que no lo hago nunca; no guardo ningún recuerdo, como es lógico. Bien, pues aquí nos tienes a los tres, en Mont-Saint-Michel. Era la primera vez que veníamos y, como los miles de turistas que lo abarrotaban, estábamos muy impresionados por la belleza del paraje. Allí arriba, en la iglesia, a pesar de la muchedumbre, reinaba una atmósfera muy extraña. La misa mayor, el frescor de los muros, el incienso, el peso del pasado, el fervor de los cantos de los peregrinos que llegaban por los arenales, como si el tiempo se hubiera detenido... Con decirte que no teníamos ningunas ganas de volver a Coutainville...

—Sí, la magia de las piedras antiguas —resumió Francois, sorprendido al enterarse de que Johanna había tenido un hermano gemelo.

—Claro... La cuestión es que, cuando hubo acabado la misa, mientras mi madre se recogía en una pequeña capilla del coro para rezar pensando en mi hermano, mi padre y yo bajamos al pueblo a buscar alojamiento en un hotel que no fuera muy caro para pasar la noche. Me acuerdo hasta de que mi padre me compró un enorme pirulí rojo con la forma de Saint-Michel. Encontramos una habitación... —Johanna se sirvió un poco de vino antes de proseguir—. Me costó mucho dormirme. Tenía mucho calor; me ahogaba bajo el edredón rosa. Acabé por conciliar el sueño... y vi... —Johanna miraba a su alrededor como un animal asustado—. Vi... un lugar de piedra estrecho y lleno de cuerdas, sin duda alguna un campanario... Un monje estaba inmóvil al borde de la honda y oscura abertura; después caía... De repente, su caída se detuvo al tiempo que se oía un ruido seco de huesos al partirse. Yo, que estaba abajo, avancé hacia el campanario... El viento silbaba, estaba oscuro, pero podía oír el chapaleteo de las olas... Estaba al borde de una abadía que daba al mar, quizá la de Mont-Saint-Michel o quizá no, no era como ahora... Lo que sé es que allí arriba, frente a mí, colgaba el cadáver del desdichado monje, balanceándose en el aire como una marioneta; no le veía la cara, solo el sayal sujeto por una larga cuerda que oscilaba contra el campanario. Un ahorcado, sí, un ahorcado... Bajé los ojos, horrorizada, y de pronto estaba en otro sitio, en un lugar desconocido, una capilla sin luz, con piedras vistas. Bóvedas de piedras oscuras.

»Un gran cirio ardía en un altar situado bajo un arco... Arriba, los peldaños de una escalera interminable... De espaldas, un monje vestido igual que el cadáver subía lentamente, y de golpe se volvió hacia mí.

Johanna cerró un instante los ojos. Francois estaba pendiente de sus labios.

—Entonces me di cuenta de que era..., de que no tenía cabeza..., dentro de la capucha levantada del hábito había un agujero negro... Levantó los brazos, juntó las manos en señal de plegaria y... y una voz grave, solemne, cavernosa, dijo pronunciando cada sílaba como si fuera una sentencia del Juicio Final: *Ad accedendum ad caelum, terram fodere oportet...* Las

piedras de la capilla devolvían el eco de esas insólitas palabras...

Francois comprendió el significado de la frase, pero se abstuvo de intervenir. Johanna suspiró. Fue un suspiro liberador.

—Por la mañana, llovía. Las gotas de agua dibujaban barrotes en los cristales. La bahía estaba gris y brumosa. No dije nada. Papá pagó y regresamos a Coutainville. Me apresuré a anotar la frase en un cuaderno, fonéticamente, sin comprenderla. No conocía esa lengua. Pensaba que era la de los brujos de los sueños. Tres años después, a mi padre le concedieron el traslado y nos mudamos a Seine-et-Marne. Mamá no soportaba el Drôme; el mistral le producía migrañas. Me encontré en sexto en un colegio de alto copete de Fontainebleau. Había clases de latín. Por la entonación, reconocí la lengua del brujo de mi pesadilla, la lengua de la frase misteriosa, que llamaban «lengua muerta». No pude reprimirme y, después de clase, le enseñé el cuaderno al profesor y le dije que había oído esa frase durante una misa, en un monasterio. Él sonrió al ver mis errores de transcripción, la leyó en voz alta, sus ojos se iluminaron y corrigió mis faltas antes de decir que era «muy bonito y una gran verdad, una lección de vida», y que debería seguir con el latín. *Ad accedendum ad caelum, terram fodere oportet*: «Para acceder al cielo hay que excavar la tierra».

—Y te hiciste arqueóloga —murmuró Francois.

—Sí —contestó ella en voz baja—. Sé que... no es una casualidad. Me paso la vida excavando la tierra, pero nunca he vuelto a ver al monje decapitado, y tampoco había vuelto a Mont-Saint-Michel... hasta hoy.

Con lágrimas en los ojos y la boca seca, vació su copa de un trago.

—¡Bueno! —dijo Francois, emocionado—. Decididamente, Johanna, nunca dejarás de asombrarme. ¡Yo que pensaba darte una sorpresa inolvidable trayéndote aquí! Realmente eres una persona singular... a la que ahora comprendo mejor. Johanna, brillante medievalista, especialista en arte románico, arqueóloga, consagrada a excavar Cluny...

—¿Y qué? —lo cortó la joven con agresividad.

—¿Y qué? ¡Persigues un sueño infantil! Tu magnífica vocación de arqueóloga, tu pasión devoradora y exclusiva es fruto de un sueño, de una pesadilla de niña magnificada por tu imaginación y, sobre todo, por la

culpabilidad reprimida resultante de la muerte de tu hermano gemelo.

El cuerpo de Johanna se quedó rígido. Su semblante se tornó rojo de ira, y su voz, cortante como una navaja.

—Ahórrame tu psicoanálisis de andar por casa. Mal que te pese, siempre he tenido la sensación de que ese sueño expresaba algo real, tan real que todavía me hace estremecer, como si hubiera presenciado el drama de un pasado lejano..., un drama tan poderoso que era preciso que resurgiera, mucho más tarde, en los sueños de una niña. Aunque, quién sabe..., puede que a lo largo de los siglos otros hayan tenido ese sueño... ¿Acaso las piedras no tienen memoria?

Capítulo 2

Negro, pesado, opaco, recortado en la pared: a través de las ventanas cimbradas de ladrillos planos, el cielo tiene la forma de un sayal. Mortificado por las fuerzas invisibles, el silencio es golpeado por el viento y las olas, cuyo violento azote arremete contra la montaña. Las olas rompen abajo, pero arriba el eco de sus tentativas de abordaje se une al potente soplo que fustiga la iglesia.

—*Michael archangele... gloriam predicamus in tenis...*

De una columna de monjes del color de la noche, se eleva el canto luminoso, vibrante como la llama de los cirios que arden sobre el altar.

—*eius precibus adiuvemur in caelis...*

Sorda a las impetuosas ráfagas que penetran por las aberturas de la muralla, una segunda columna de benedictinos, paralela a la primera, responde sin romper la armonía. Durante dos largas horas, de pie en medio de las tinieblas, frente al coro, el ejército negro vela, salmodia, oponiendo la lengua del espíritu al estruendo de los elementos terrestres, escudo de oración vinculado con el mundo de los ángeles celestiales. El rezo del padre hebdomadario marca el final del oficio de vigiliat. De dos en dos, los monjes se inclinan ante un anciano menudo, de ojos azules, que bendice a sus hijos antes de que salgan lenta y ordenadamente de la iglesia abacial. En el exterior, las columnas mudas se suben la capucha y se funden en la vehemente oscuridad. Las bofetadas de la borrasca no alteran su marcha, guiada por una vacilante linterna. Edificios de madera o de piedra rodean la

iglesia, como un cinturón protector en forma de herradura. Los guardianes del templo entran en el dormitorio, espacio húmedo dividido en celdas mediante cortinas. Cada servidor del Arcángel se dirige a su jergón, una estera cubierta con un cobertor de sarga y una almohada de paja, que será también su sudario cuando la hora preciosa llegue.

Después de desprenderse del cuchillo, la tablilla de madera embadurnada de cera y el estilete que llevan colgando de la cintura, los monjes se quitan el escapulario negro con capucha y se acuestan con el hábito.

Esa noche de principios de otoño todavía no hace un frío penetrante. Sin embargo, en ese lugar apartado del ducado de Normandía, mucho más que a la nieve, bastante escasa, mucho más que al frío, al que uno se acostumbra, a lo que los hombres temen es al mar, el mar brutal que aísla la montaña del universo de los vivos, se alía con el soplo del Maligno para partir los barcos o hacer que se extravíen en las brumas insondables, para sorprender a los peregrinos, ahogarlos entre sus brazos o engullirlos en sus zigzagueantes entrañas de arena..., el mar, cuyas exhalaciones salobres corroen el corazón de clérigos y laicos, volviéndolos proclives al peor de los pecados: la acidia, la desesperanza. Mientras los hermanos reanudan el sueño interrumpido por el oficio de vigiliat, uno de ellos permanece alerta: en el centro del dormitorio, el *significator horarum*, centinela del tiempo que pasa, acaba de encender la tercera vela de la noche, la última. Cuando esta haya muerto, también lo habrán hecho las tinieblas, y lugareños, campesinos y señores podrán despertar a la vida y recuperar su puesto en el orden del mundo. La última bujía arde y su resplandor se difunde suavemente en el silencio humano y la cólera de la naturaleza. Cuando está medio consumida, el maestro de las horas se dirige hacia una campana, en una esquina de la estancia, y la hace sonar. Entonces el ejército se levanta de un salto, se pone la cogulla y emprende de nuevo la marcha hacia la iglesia abacial. Vuelven a formarse las columnas e inmediatamente se eleva el canto de laudes para conjurar el viento. A medida que suenan salmos y antífonas, el cielo se aclara y empieza a perder su negrura mate.

Un ligero velo lo tiñe de gris tan furtivamente como, sobre el altar, la llama devora el cuerpo de la vela. Los gruesos muros, piedras macizas con

junturas de cal y de arena de duna, destacan en la oscuridad, y las dos filas negras se recortan sobre los muros. El ceremonial de laudes prosigue. El *significator horarum* recoge el último suspiro de la tercera vela: la aurora está allí, gris, sin astro, pero indudable. La lucha entre las dos fuerzas ha terminado y la misión de los frailes ha sido cumplida. El mundo de abajo todavía dormita, pero en la linde del cielo y la tierra ellos han velado por el alma de los durmientes, perdida en las doce horas de la noche invadida por demonios. Los monjes regresan al dormitorio y se adormecen hasta la hora prima, cuando asoma el sol victorioso y todos, laicos y religiosos, se levantan para vivir al amparo del símbolo puro de la luz divina. En las chozas, los lugareños emergen, desnudos, del único lecho familiar, y cada uno se santigua tres veces antes de rezar una oración. Mientras arriba los monjes se ponen el escapulario y se atan cuchillo y estuche de escritura al cinturón, los campesinos se ponen camisa, calzones, caperuza, calzas y sayo, y se ciñen este con una correa.

Después, todos proceden al lavado de manos y cara. Abajo están ingiriendo ruidosamente tocino, sopa y pan, acompañados de ajo, mostaza y vino normando, cuando los monjes vuelven en silencio a la iglesia para celebrar el oficio de prima, seguido de la misa de la mañana. Ellos no romperán el ayuno hasta mediodía, en la hora sexta, cuando el sol esté en su cénit.

A la salida de la misa matutina, uno de los clérigos se cubre con la capucha negra sus finos rasgos de hombre de veintinueve años. Cruza apresuradamente la puerta del monasterio y la empalizada de madera que hizo levantar Ricardo I cuando llegaron los benedictinos. Con las morenas cejas fruncidas, baja a paso marcial hacia el pueblo, que se reduce a unas pocas casuchas de paredes de esquisto, techo de cañas y papel aceitado a guisa de cristales. Echa una mirada al sol, que poco a poco disipa los bancos de niebla, y acelera más la marcha por el sendero cenagoso. Escrutando el mar con una sombra de inquietud, responde distraídamente al saludo que le dirigen en voz baja los montesinos ocupados en traer agua de la fuente, alimentar a las gallinas y las ocas o labrar su huerto en pendiente, donde crecen leguminosas, esencialmente habas, coles y guisantes.

Fray Román llega por fin a la orilla, donde lo esperan un barquito de vela y un pescador de la bahía. En cuanto el monje embarca, se adentran en el mar a favor del viento. La mirada de Román se pierde en las olas, del mismo gris antracita que sus ojos. Pese a su juventud, los delgados labios, la nariz aquilina y la frente alta le confieren un aire grave. La palidez de su piel y la finura de sus largas manos de intelectual delatan sus orígenes aristocráticos, corrientes entre los sacerdotes de todos los monasterios. A la hora del oficio de tercia, la embarcación llega a Granville y se dirige hacia el oeste.

Román se arrodilla al fondo de la barca y reza en silencio, tal como establece la regla de san Benito. Poco después se avista tierra; en realidad, una sucesión de pequeños terrenos barridos por la borrasca, algunos de los cuales, sumergidos bajo las aguas vivas, solo existen con la marea baja y las aguas muertas. El barco atraca en la isla más grande. Román hace una seña al pescador y se aleja por el desierto rocoso. Ninguna vivienda. Playas arenosas alternan con abruptos acantilados, y por doquier emergen riscos grises y desnudos, sembrados al azar por la mano de un gigante, como piedras sin camino, roídas por el hálito salado del cielo. El viento sopla con fuerza y Román tiene que sujetar la capucha sobre su cabeza tonsurada. Finalmente desemboca en un espacio extraño, anfiteatro romano cuyo público debía de ser un antiguo coloso: sobre los enormes escalones, unos hombres han realizado muescas siguiendo el lecho de la roca. Cuñas de madera blanca, encajadas en la masa y empapadas de agua, se hinchan y rompen el granito en hojas que unos picapedreros cortan en la propia cantera. Nada más ver a Román, maese Jehan sale de la fosa. Fray Román acompaña al maestro cantero por la impresionante excavación. Con ayuda de unos pergaminos — los planos trazados por Pedro de Nevers, monje de Cluny y constructor de la nueva iglesia abacial—, examina la calidad del material y el tamaño de los bloques.

Román tenía catorce años cuando conoció al célebre monje borgoñón, que había ido a Baviera para erigir la catedral de Bamberg. Amigo de su padre, Sigfrido de Marburgo, un gran señor local, Pedro de Nevers fue alojado en el castillo familiar. Román, cuyo nombre de pila era Juan, tuvo tres años para conocer al sabio y se apasionó por su arte: lo acompañaba a la

obra, y se inició en la aritmética y en el estudio de los materiales, fascinado por el nacimiento y el desarrollo, apenas trasladados al papel, de trazos contenidos en el secreto de la mente de Pedro de Nevers. Sin embargo, dado que era el segundo hijo, el que se entrega a Dios, Juan de Marburgo tuvo que separarse de sus allegados y renunciar a sus ambiciones de constructor para efectuar el noviciado y estudios de teología en el monasterio benedictino de Colonia. Tenía entonces diecisiete años. Justo después de la ordenación de Juan, que en la vida religiosa había adoptado el nombre de fray Román, Pedro de Nevers escribió a su padre abad proponiendo tomar al joven fraile como ayudante y enseñarle su extraordinario oficio. Con la bendición del reverendo padre Romualdo, cabeza de la orden, Román acompañó a su maestro por toda Europa.

Corría el año 1017 cuando, mientras se encontraban en Italia, el abad de Mont-Saint-Michel llamó al ilustre constructor para encargarle el proyecto y la edificación de la futura abadía. El religioso, rodeado de sus monjes más eruditos, estableció un ambicioso pliego de condiciones a Pedro de Nevers, quien trabajó durante cinco años transcribiendo en conceptos arquitectónicos las formas y los símbolos deseados por el promotor. Román, principal colaborador de Pedro de Nevers, estudió mucho durante ese período y perfeccionó su aprendizaje. Fue secundado por fray Bernardo, un monje de edad madura que iluminaba los manuscritos de la abadía. Una vez terminados los planos, Pedro de Nevers dejó a su fiel ayudante en el Monte para que supervisara los trabajos y él se marchó a Cluny, su monasterio de origen, donde por fin se iba a terminar la construcción de la iglesia de San Pedro el Viejo —comenzada en 955 y posteriormente interrumpida—, que su gran amigo Odilón, padre abad, le había encargado y en la que trabajaba desde hacía dieciséis años.

En el Monte, antes de que se inicie la obra que durará varias décadas, Román debe revisar muchas cosas, sobre todo el granito de las islas Chausey. El cantero es el artesano más importante de la obra, por lo que es imprescindible que Román pueda contar con maese Jehan. Afortunadamente, este último es un hombre de fiar, que está al frente de una logia de oficiales cuya fama traspasa las fronteras de Normandía y de Bretaña. El maestro sabe

leer y escribir perfectamente, así como expresarse en latín, de modo que comprende las notas y los dibujos del constructor. La piedra es de excelente calidad; el archipiélago, contrariamente al Monte, cuenta con reservas inagotables; y la talla efectuada en unos bloques por la cuadrilla de maese Jehan se corresponde con lo que Pedro de Nevers deseaba. El obstáculo principal es el transporte de los sillares a Mont-Saint-Michel. Una vez más, el mar inconstante pero hercúleo ayudará a los hombres, siempre y cuando permanezcan atentos a los flujos y las tempestades. Aprovechando las aguas vivas, unos pontones de madera llevarán las piedras labradas en Chausey a la montaña del Arcángel. Mientras fray Román y maese Jehan se ocupan de los detalles, la altura del sol indica la hora sexta. Los oficiales dejan sus útiles de trabajo y sacan del morral cuchillos, hogazas de pan negro, huevos, tocino, cuartos de queso y botas de vino.

Fray Román, fiel a la regla de san Benito, que prohíbe a los monjes comer fuera del convento cuando se ausentan de él un día entero, guarda abstinencia. Deja a maese Jehan y sus canteros para reunirse con el pescador que lo conducirá a una tierra más hospitalaria, siguiendo el camino que recorrerán las piedras. A la hora del oficio de nona, llegan al pequeño puerto de Genêts. Allí, las aguas muertas se deshilachan en senderos líquidos y sinuosos. Muy cerca, entre los montes Dol y Tombelame, se alza la silueta de la montaña sagrada, de cima redondeada y laderas casi lisas, como el monte Ararat, donde acostó el arca de Noé.

«Muy pronto verá la luz allá arriba otra Arca y riadas de fervientes peregrinos acudirán en busca de la salvación», piensa fray Román. La llegada de un villano a pie, tirando de las riendas de un caballo, atrae la mirada del monje constructor.

—Maestro —dice el campesino en lengua vulgar—, vuestra montura.

En el año 966, el duque Ricardo I dejó en manos de los benedictinos no solo el Monte y los territorios circundantes, sino también a los habitantes de dichas concesiones, sobre los que el padre abad detenta una autoridad espiritual y temporal. Los vasallos no se quejan de su señor eclesiástico, que les permite cultivar tierras fértiles y criar corderos y cerdos, lo que garantiza su subsistencia a la vez que la opulencia de la abadía. Fray Román le hace

una seña con la cabeza al aldeano y monta a lomos del caballo, que echa a galopar hacia el bosque. Excelente jinete, atraviesa veloz un claro donde unos cerdos voraces engullen bellotas y hayucos.

Siempre que galopa por ese lugar se acuerda del bosque bávaro, de las partidas de caza con su padre, siguiendo el rastro de los animales o utilizando aves de presa, halcones o gavilanes, privilegio de los señores. Se acuerda de Otón, el halcón que crió y adiestró, y que al ingresar en el monasterio regaló, emocionado, a su hermano mayor. Los monjes no cazan, salvo demonios. Cuando piensa en su vida pasada, no siente ninguna nostalgia, ningún pesar. Su fervor auténtico aumenta de día en día, tanto más cuanto que ha encontrado el terreno de expresión de esa fe: la arquitectura. Román esboza una sonrisa al ver a maese Roger, el carpintero de armar de la futura iglesia abacial. Este jayán de cuarenta y cinco años, de cabellos largos, tez curtida por el aire libre, musculoso, aunque no desprovisto de inteligencia e instrucción, suscita siempre en el joven monje un sentimiento de franca amistad. La razón es que maese Roger presenta una curiosa característica: tiene los mismos ojos que Enrique, el hermano mayor de Román, príncipe de aspecto refinado pero muy viril, unos ojos inmensos, de un gris poco común, claro con pintas verdes que parecen dibujadas por un gran pintor. Cuando Román mira a maese Roger a los ojos, por un instante cree estar dirigiéndose a su hermano; luego se percata de la barba poblada y rubia del carpintero, de sus anchas espaldas, de su voz potente, y se divierte imaginando que se trata de una broma de Enrique y que al cabo de un momento este aparecerá con su traje de caballero. A los monjes no les está permitido escribir a sus allegados ni recibir directamente correo; al entrar a formar parte de la familia de Dios, los hermanos rompen con su familia de sangre. Así pues, Román no ha visto ni a su hermano ni al resto de su clan desde hace doce años. El artesano es un vínculo con su infancia, y ese vínculo fortuito, al que el carpintero es ajeno, aporta una pizca de alegría al corazón del joven fraile.

—Buen día tengáis, fray Román —saluda maese Roger.

Alrededor del maestro, unos oficiales leñadores abaten a hachazos robles y castaños —el roble es resistente y el castaño aleja el rayo— en una zona del bosque explotada exclusivamente para las necesidades del monasterio. A

cierta distancia, bajo unos tejadillos, se secan indefinidamente montañas de troncos descortezados, cortados en invierno durante la luna menguante y tallados, que han permanecido sumergidos un año entero para vaciarlos de salvia y sal y evitar así que se pudran. Román desmonta y ata el caballo a un árbol. Con semblante amable, se acerca al carpintero.

—Os saludo, maese Roger —dice, abrazándolo, con los ojos clavados en los del artesano—. ¿Cómo estáis, vos y los vuestros?

—Muy bien, aparte de la pequeña Brígida, la cuarta de mis hijas, de apenas diez años... Desde hace dos días está muy alicaída y es incapaz de comer ni una cucharada de sopa. ¡Lo echa todo por la boca!

—¿Habéis pedido que la vea el médico? —pregunta Román, visiblemente apenado por la noticia.

—Vino ayer, justo antes de completas —responde maese Roger retorciéndose las manos—. La sangró, pero anoche volvió a vomitar la sopa, y esta mañana también. No le quedan fuerzas, está cada vez más débil...

El artesano se queda callado, pero sus ojos parecen indicar que desea añadir algo. Acostumbrado al lenguaje del silencio, Román espera sin decir nada. Su mirada expresa confianza.

—Yo..., yo no sé qué hacer —prosigue maese Roger—, pero mi mujer dice que, si esta noche Brígida sigue enferma, irá a buscar a la curandera de Beauvoir...

Maese Roger se interrumpe de nuevo. Permanece atento a la reacción de Román, que, como monje erudito, se supone que ve con desconfianza de cristiano y de sabio a los ensalmadores y curanderos de toda índole. Román comprende el temor de maese Roger y no hace ningún comentario. Su mirada continúa siendo dulce y alentadora.

—Sé muy bien lo que pensáis —se aventura a decir el carpintero—. Algunos dicen que comercia con el Maligno, pero en el pueblo la conocen, es una buena cristiana, y curó con sus hierbas al pequeño Andelmo cuando el médico no le daba dos días de vida, el niño tenía fiebre y ella lo salvó, y también le curó la pierna al viejo Herold, que no podía andar y...

En ese momento, Román se da cuenta de que ha llegado el momento de intervenir.

—He oído hablar, como todo el mundo en el monasterio, de lo que hace esa mujer —dijo, cortando a maese Roger—. El Maligno no cura los cuerpos dolientes, se apodera de las almas. Si ella trata las carnes de los enfermos sin que su espíritu se vea afectado por humores sospechosos, no se me ocurre ninguna razón para no reclamar su presencia junto a la cabecera de vuestra hija.

Tranquilizado por las palabras del religioso, maese Roger sonrío.

—De todas formas —añade Román—, no olvidéis que la oración es el mejor remedio y Cristo el más grande de los sanadores. Encomendaré a Brígida a Nuestro Señor...

—Gracias, fray Román, ¡ojalá os escuche!

—Él escucha todas las plegarias, maese Roger, y dispone del destino de los hombres.

Román se vuelve hacia uno de los aprendices, que deja a un lado la doladera de mango largo para que el monje pueda examinar la viga que está desbastando. Maese Roger y fray Román se pasan toda la tarde seleccionando los árboles destinados a la construcción de los pontones para el transporte de granito y los que serán dignos de envejecer durante años bajo los cobertizos antes de coronar el Arca. Luego, el sacerdote recupera su montura para regresar a la abadía antes de que suba la marea y empiece el oficio de vísperas. Las campanas resuenan en la montaña mientras él la sube. Deja el caballo al cuidado del hermano lego responsable del establo y se une a los monjes que comienzan a formar las dos columnas en la iglesia, frente al altar. La columna de la derecha avanza junto a la muralla con ventanas, pero la de la izquierda bordea dos grandes arcadas de piedra que parecen separar la iglesia no del exterior, sino de otro santuario. En realidad, al lado del oratorio donde los hermanos loan al Señor, se dibuja un segundo oratorio cuya arquitectura reproduce las dos filas de monjes: disposición paralela e idéntico revestimiento..., misma nave cuadrada rematada en un pequeño coro con bóveda de cañón, donde destaca un altar análogo y, arriba, una tribuna cuya escalera asciende bajo las bóvedas de piedra.

Tan solo un detalle distingue a los santuarios gemelos: el altar iluminado por los cirios y los cantos del oficio está dedicado a la Santísima Trinidad,

mientras que, al otro lado de las arcadas, su doble está presidido por una imagen de madera con la efigie de María sosteniendo al Niño Jesús en su regazo, una Virgen negra de ojos rasgados, con el rostro oscurecido por el humo de los cirios y del incienso, a la que se invoca pidiendo protección para los viajeros y fecundidad para las mujeres.

—De Angelis, jetivis diebus ad Vesperas...

«Nuestro buen Ricardo de Normandía tiene razón —piensa Román—. Este santuario doble es una aberración. Cuando pienso en su boda con la princesa Judith de Bretaña, en los nobles bretones y normandos obligados a quedarse fuera de la iglesia por falta de sitio...»

—*Te Deum omnipotens rogamus... Hic est prepositus paradisi archangelus...*

«Esas mamposterías carolingias heredadas de los técnicos romanos, hechas por los canónigos, esos salvajes de cabellos largos vestidos con pieles de cabra... ¡Qué barbarie!»

—*Sáncte Michael archangele defende nos inprelio...*

«Esas piedras sumergidas en un baño de mortero, esas paredes desnudas sin ninguna búsqueda de ritmo...»

—*Deus qui miro ordine...*

«Más hubiera valido conservar el oratorio de San Auberto tal como era, circular, según el modelo del que hay en el monte Gargano, en vez de construir en su lugar este templo cuadrado y gemelar en el lado oeste, el del ocaso, la sombra, las tinieblas.»

—*Deus cuius claritatis.*

«Gloria a ti, Señor, con la ayuda de tu divino Arcángel, este templo indigno de ti muy pronto dejará de existir y una nueva Jerusalén se alzará hacia ti.»

—*Amen.*

Unos instantes después, Román se lava las manos, ritual obligatorio antes de todas las comidas. El padre abad, vicario de Cristo según san Benito, lava los pies de sus huéspedes —un pequeño grupo de peregrinos—, igual que Jesús lavó los de sus apóstoles. En el refectorio, todos esperan junto a su asiento, en silencio y ordenadamente, la llegada del abad acompañado de los

peregrinos, que se instalan en la mesa particular del superior. En ese año 1022, la abadía aún no dispone de hospedería, pero ofrece hospitalidad a la gente de paso que la pide. Como todos los años, la afluencia cada vez mayor con motivo de la festividad de san Miguel, a finales de mes, creará numerosas dificultades.

La mayoría de los peregrinos encontrará alojamiento en los pueblos vecinos a cambio de unas monedas, pero habrá que asegurar cama y cubierto a los más indigentes y a los que, en el extremo opuesto, han donado al Ángel un óbolo importante para la construcción de la nueva iglesia.

El abad pronuncia la oración y, después del *De verbo Dei*, los hermanos se sientan. El lector empieza a leer un pasaje de la regla. Los sirvientes designados para esa semana llevan pan y *pulmentum*, sopa de habas sin carne. Después de la sopa, llega un plato de verduras cocidas con aceite de ballena y sazonadas con ajo. Con una inclinación de cabeza, Román da las gracias al hermano que lo sirve. Sin saber que el lenguaje de signos de los monasterios ayudará más tarde a los mudos, imita el gesto del cocinero removiendo una salsa para que le pasen la mostaza sin necesidad de hablar. Con otro signo, pide una ración suplementaria de alimentos. San Benito, dentro de su permanente preocupación por la *moderatio*, quería que sus monjes recibieran comida «según las necesidades de cada uno» y que, en el momento de romper el ayuno, cada individuo tuviera con qué saciar su hambre. Román se come la mitad de la ración, un plato de arenques para compartir con uno de sus hermanos. Cogiendo la copa con ambas manos, bebe el vino de Gascaña que el bodeguero hace traer de Burdeos. El vino local, de Brion, infame vino peleón que los religiosos detestan, está reservado para consumo exclusivo de los campesinos; en la época de la vendimia, tan solo algunos racimos, crudos y enteros, entran en la abadía como postre. La vid es el gran peligro de los hombres de Dios, y la amarga experiencia se lo enseñó a san Benito, quien, considerando que el interés de esta bebida era simbólico y, en consecuencia, estaba limitado a la celebración de la misa, pensaba proscribir su consumo fuera de la iglesia. Pero sus monjes tenían una visión más amplia de las virtudes de esta especie eucarística y deseaban extenderla hasta el refectorio. Se fraguó una rebelión intestina contra Benito y, ante tal insubordinación, el

hombre prudente cedió: estableció en su regla una cantidad de vino para ser consumida por cada hermano durante la comida. Así pues, el monaquismo benedictino, que no flaqueó cuando un sacerdote del clero secular, celoso del éxito de la orden naciente, hizo bailar a un cortejo de muchachas desnudas al pie de las murallas del monasterio de Subiaco —Benito salvó la castidad de sus novicios exiliándolos al monte Casino—, que apenas padeció los saqueos de las hordas bárbaras, solo fue puesto en peligro por una cosa: el amor de los hijos de san Benito por la sangre de las viñas.

Mientras escucha distraídamente la lectura, Román se deleita con el queso, llamado «angelote» e inventado por un monje para dar salida a los excedentes de leche. Después hace los honores a las espléndidas frutas de otoño y a los barquillos, pequeños dulces repartidos por la mesa. Por último, coloca boca abajo su vaso vacío, lo cubre con el borde del mantel y espera a que el abad, haciendo una seña, dé por finalizada la cena. Se levanta junto con sus hermanos, pronuncia una acción de gracias, se inclina y se dirige junto con el resto de los monjes a la iglesia, en procesión, cantando al son de las campanas. Completas, el último oficio del día, marca el fin del verbo —a partir de ese momento está prohibido hablar—, el regreso de la pleamar contra la peña, de la noche y de la lucha de los religiosos contra los elementos tenebrosos. Román no olvida encomendar a la pequeña Brígida al Arcángel.

Mientras el sacristán y el subchantre rocían e inciensan los altares gemelos de la iglesia, tras lo cual van a reunirse con sus hermanos al dormitorio para descansar hasta vigiliass, Román se dirige a la celda del padre abad. Esta, contigua a la iglesia, es un vestigio de la vida en el Monte antes del incendio de 992, la única celda individual que no se quemó. El padre se acerca con paso lento de anciano y entra en la cabaña de madera precediendo a Román. El mobiliario es exiguo: una mesa, dos sillas y un jergón tan modesto como el de los demás monjes. El único privilegio del padre abad parece ser la chimenea, que incluso en invierno utiliza raramente.

Su posición dominante en la jerarquía monástica está indicada por la presencia de un tapiz colgado sobre el escritorio, que representa a san Miguel con una espada en la mano derecha y una balanza en la mano izquierda,

pesando las almas de los humanos sumidos en su último sueño. El motivo reproduce una escultura que ocupa un lugar destacado en el primer santuario europeo dedicado a san Miguel, consagrado en el siglo V en tierra italiana, en el monte Gargano. El padre abad Hildeberto es hijo de un noble caballero de Rotoloi, en la región de Cotentin. Está totalmente al servicio del duque de Normandía y dedicado al cargo de padre de la abadía, que ejerce desde hace trece años. En el año 1009, el abad Mainardo II, debilitado por la edad y la enfermedad, pidió a su protector, Ricardo II, ser suplido en sus funciones. A instancias de la comunidad monástica, así como del consejo de los obispos y los nobles, el duque entregó el báculo pastoral a Hildeberto, entonces prior del monasterio. El venerable monje estaba, según Ricardo, «en la flor de la edad juvenil, pero destacaba por la sutileza de una inteligencia despierta y poseía la gravedad que otorga la madurez de las costumbres». Comoquiera que los monjes estaban de acuerdo con este juicio, toleraron la intervención del príncipe y del clero secular en la elección del nuevo abad, en contra de lo que había establecido san Benito. Y no tuvieron sino motivos para felicitarse por ello, al igual que el duque, pues Hildeberto resultó ser un abad muy sagaz que llevó a cabo una gestión perfecta de las tierras, los bosques y los hombres de la abadía. Hizo prosperar el monasterio al tiempo que fue querido por sus hijos, a los que trataba severamente pero con un deseo de moderación y de equidad muy benedictino. En cuanto a la construcción de la gran iglesia abacial, decidida en 1017 por Ricardo II tras su boda con Judith de Bretaña en la angosta iglesia carolingia, parece rejuvenecer a Hildeberto, que dedica a ello todas las fuerzas de su espíritu. Ese proyecto es la obra de su vida. No le importa saber que no verá jamás con sus ojos el edificio terminado, pero es él quien habrá concebido ese resplandeciente homenaje al Ángel: ¡Mont-Saint-Michel, la abadía más prodigiosa de la cristiandad occidental! Hildeberto ha pasado años, meses, días y noches en compañía de Pedro de Nevers calculando el alcance simbólico de cada piedra. Ahora, antes de que todo se ponga en marcha para un período de muchos más años, quiere verificar todos los detalles, hasta los más mínimos. Una visita de Román al cantero y al carpintero de armar no es un detalle de poca importancia. Ha ido él mismo a las islas Chausey, pero tiene curiosidad por conocer la opinión de Román

sobre el trabajo de maese Jehan.

Esa noche, frente al joven constructor, la mirada de Hildeberto despidió un brillo tan ardiente que, si no fuera abad y no se tratara de la abadía, cabría preguntarse acerca de la naturaleza de esa llama.

—Y bien, hijo mío —le dice al joven sacerdote con voz suave pero firme—. ¿A qué esperáis? ¡Hablad, os autorizo a hacerlo!

Sin atreverse a sentarse, Román se apresura a hacer un informe del día: extiende sobre la mesa los planos de su maestro, coge la tablilla y el estilete que lleva colgados del cinturón y lee los diversos puntos que ha anotado.

—Bien, bien... —asiente el abad—. Según vos, ¿cuándo podremos empezar?

—Los cimientos de la cripta del coro podrán empezarse en primavera, tal como está previsto, padre, una vez en camino los tornos elevadores y las diferentes cuadrillas de portadores...

—¿Tendremos bastantes hombres, o debo enviar emisarios al Midi para reclutar obreros suplementarios?

—No temáis, padre —lo tranquiliza Román—. Hay suficientes hombres.

—De acuerdo. ¿Y los barcos, fray Román? ¿Habéis previsto bastantes pontones para transportar la piedra? ¡Sería catastrófico que hubiera que interrumpir el trabajo por falta de aprovisionamiento de granito!

—Tranquilizaos, padre —contesta humildemente Román—. Hemos escogido los árboles, y los hay en abundancia, y maese Roger ha empezado hoy a construir las embarcaciones. Cuenta con un equipo numeroso y eficaz, de modo que calculo que habrá terminado los barcos hacia la mitad de Cuaresma. No obstante, comprobaré con regularidad si avanzan como está previsto; si considero que faltan brazos, habrá que recurrir a los campesinos de nuestras tierras para que los ayuden en el bosque.

—Si es necesario, recurriremos a ellos —dice Hildeberto en tono autoritario—, y no será poca su alegría por contribuir más directamente a la edificación de la morada del Arcángel.

—No lo dudo, padre. A decir verdad —prosigue Román—, los hombres no me preocupan mucho, y la piedra y la madera tampoco, pues son cosas controlables por la vigorosa mano del hombre. Mi temor lo causa el mar, que

puede hacer volcar los barcos cargados de granito y engullirlos para siempre en su vientre.

—Hijo mío, hace cinco años que vivís con vuestros hermanos en esta peña, pero sois de un país de campos y bosques, ya casi lo había olvidado. Es presuntuoso y vano tratar de controlar lo incontrolable, y necio concebir temores por su causa. Alabemos al Señor, que es justo y bueno con sus servidores. Él nos ayudará, como siempre lo ha hecho, pues solo Él detenta el poder de las fuerzas de la naturaleza.

—Sí, padre —contesta Román, bajando la cabeza—. Con la ayuda de Dios y de su Ángel, lo conseguiremos.

Hildeberto envuelve al joven sacerdote en una mirada llena de ternura y sonrío. Conoce la pasión del hermano por su arte, que ejerce, además, con mucha inteligencia. Ese ardor sirve a un objetivo sagrado, desde luego, pero, al igual que todo sentimiento vivo, debe ser contenido, tal como corresponde a un monje. La observación del abad no tenía otra intención que recordar esta exigencia a Román, cuya pasión raya con la obsesión desde la marcha de su maestro. Este pensamiento hace que la sonrisa de Hildeberto se congele de repente en su rostro arrugado. Se inclina y saca de un cajón de su escritorio una carta.

—Hijo mío, tengo una cosa importante que deciros antes de que os vayáis a descansar. Informaré de ello a vuestros hermanos mañana por la mañana en el capítulo, pero quería hablar antes con vos en privado, ya que es algo que os concierne de un modo particular. He recibido hace un rato esta misiva del padre abad de Cluny, el buen Odilón. Hace dos semanas, Pedro de Nevers sufrió un accidente en la obra de la abadía; se rompió los huesos al caer de un andamio. Desde entonces, lucha por vivir con el valor que sabemos que tiene, pero el enfermero del monasterio no oculta su preocupación, dada su avanzada edad.

Román está conmocionado por la noticia. Todos esos años pasados en compañía del gran hombre han transformado a Pedro de Nevers en una especie de padre, con una posición que no es comparable a la del abad, pastor espiritual. Pedro de Nevers se acerca más a un padre de sangre. Si su maestro muriera, Román perdería a su familia por segunda vez.

—A partir de mañana, encomendaré a Pedro de Nevers a las oraciones de toda la comunidad —añade Hildeberto—. Creed, hijo mío, que estoy tan afligido como vos por este triste suceso.

Román, lívido, recoge los planos, se despide de Hildeberto y se retira, dirigiendo mecánicamente sus pasos hacia el dormitorio. Entra en la sala común. Sus hermanos están tendidos, inmóviles y en silencio. El *significator horarum* murmura salmos mirando cómo se consume la primera vela. Román tiene algo mejor que hacer que dormir para ayudar a Pedro de Nevers. Coge una linterna, la enciende y sale a las tinieblas. El viento, el eterno viento ha entablado su combate contra la montaña, las olas han iniciado su inmutable ascenso, y es preciso luchar incesantemente con uno mismo para no ceder al ensañamiento de los elementos. Román rodea prudentemente la iglesia carolingia. A esas horas de la noche no está permitido entrar. Esta prohibición no procede de la regla, sino de una costumbre heredada de los canónigos: cuentan que los que han entrado en la iglesia entre completas y vigiliass han sido víctimas de apariciones angélicas o demoníacas, y todos han muerto al hacerse de día. Delante de Román se alza la capilla de San Martín, en la ladera sur de la peña. El monje empuja la puerta. Todo está oscuro en el interior. Levanta la lámpara, que ilumina las tres naves de la capilla, y avanza por la central, con altas ventanas; las laterales son más bajas y con bóveda de cañón. La mampostería, hecha con piedras extraídas de la peña, toscas y arcaicas, es idéntica a la de la iglesia. La capilla es también de la época carolingia, pero, contrariamente a la iglesia, que va a ser destruida, será conservada pese a las futuras transformaciones del emplazamiento. Este santuario es, en realidad, el de los difuntos. Aunque Román no encuentra esa noche ningún rastro de presencia humana viva, sabe que está rodeado de muertos ilustres que yacen bajo las losas del coro: señores bretones muertos en combate, Norgod, el obispo de Avranches que en el año 1007, gracias a un milagro angélico, vio el Monte devorado por las llamas, como el monte Sinaí, y renunció al báculo y a la mitra para terminar sus días como humilde monje benedictino consagrado al Arcángel, y la princesa Judith de Bretaña, esposa de Ricardo II, fallecida poco después de su boda, celebrada en la iglesia carolingia. La voluntad del noble normando de derribar la iglesia de los

canónigos, unida a la de Hildeberto de edificar una abadía grandiosa, y su designio común de preservar las sepulturas de la capilla de San Martín explican, pues, que esta haya sido elegida para convertirse en una de las criptas de sostenimiento de la futura iglesia abacial. Pero esa noche la construcción no ocupa los pensamientos de Román. El monje deja la lámpara, enciende las velas del altar y se arrodilla delante de la cruz para implorar a Cristo que salve a Pedro de Nevers.

De pronto, un ligero ruido apenas audible, algo parecido al roce de una tela deslizándose por el suelo, interrumpe su plegaria. Se vuelve, pero no ve nada. Sus ojos inspeccionan el coro de forma maquinal y de repente se agrandan. Las lápidas de las tumbas están adornadas con flores: aulagas recién cortadas, cuyo color dorado es como una extensión de la llama de los cirios. Román, contrariado, se levanta y coge la linterna, con la que barre el espacio que lo rodea. Abre la boca para preguntar si hay alguien, pero retiene las palabras por respeto a la regla. Se prosterna de nuevo y dirige su súplica al Señor. Le parece entonces oír otra vez el ruido sospechoso, en una esquina de una de las naves laterales.

«Ese sonido... Parece un fantasma arrastrándose...», piensa.

¿Es posible que los espíritus nocturnos hayan desertado de la iglesia e invadido la capilla de San Martín? Román se levanta, temblando, empuña la lámpara como si fuera una lanza o un escudo, y se apresura a acercarse al lugar de donde parece provenir el inquietante sonido. El halo amarillento de la vela baña sus facciones. La corona castaña de sus cabellos tonsurados, sombra horizontal, contrasta con la palidez de su piel. Sus ojos, de una tonalidad vespertina, rodeados de largas y delicadas pestañas, miran fijamente. Román avanza, blanco como el papel, preparándose para una visión fantástica y dejando ya su alma en manos del Ángel. Entonces es cuando ve, detrás de una columna, algo más oscuro que el gris de las piedras. Temblando, pero decidido, alarga el brazo que sujeta la linterna y... abre la boca, incapaz de emitir sonido alguno, no por respeto a la regla, sino debido a su estupor. La forma, muda, lo observa. Unos ojos de un verde transparente, almendrados, en un semblante de pureza virginal rodeado por un velo, un cuello blanco, fino, en el que se ven latir las venas, como si el movimiento de

su corazón se extendiera por todo el cuerpo.

Un vestido largo, acampanado, de un color imposible, el del bosque, las estaciones, los montes y el tiempo. La mirada esmeralda es muy viva, e ínfimas pecas en la nariz y las mejillas la salpican de destellos dorados. La sangre, elixir de vida, afluye hacia el rostro diáfano, que adquiere una carnación rosada. Ante el mutismo del monje, transformado en estatua, los labios tiemblan como una hoja de otoño durante un breve instante y luego se estiran, las facciones se agrandan, se abren... La joven sonrío.

Capítulo 3

—¿Que si las piedras tienen memoria? —repitió Francois, apartando un mechón de la cara a Johanna—. Sí, recuerdan a los hombres que con el paso del tiempo los hombres han olvidado. Hablan a quienes saben escucharlas, historiadores, arqueólogos, apasionados como tú..., pero... me cuesta imaginar que una noche las murallas de la abadía de Mont-Saint-Michel te dirigieran un mensaje onírico sobre unos extraños sucesos que nadie menciona en ninguna obra... No digo que tu historia no sea real, es auténtica, tienes razón, pero creo que se trata más bien de un mensaje de tus piedras particulares, de tu tierra íntima, tu inconsciente, si lo prefieres...

—¿Significaría eso que lo que vi es un relato simbólico de mi historia personal y familiar, algo que guarda relación conmigo y no con acontecimientos exteriores?

—A menos que seas la reencarnación de un viejo monje de Mont-Saint-Michel, cosa que no creo ni por un segundo —dijo Francois, sonriendo—, en líneas generales podría ser eso, sí.

Johanna, pensativa, bajó los ojos hacia su copa vacía.

—Para mí es simplemente un recuerdo de infancia, persistente y macabro, pero un recuerdo.

—Johanna, si lo hubiera sabido, te juro que te habría llevado a otro sitio. Lamento muchísimo haber despertado eso...

—Por favor, Francois, no te sientas culpable, ya soy mayorcita. Además, me ha aliviado hablar de esto contigo, en serio... Es como si me hubiera

quitado un peso de encima.

Él le cogió la cara entre las manos y le dio un beso en la boca.

—Gracias por tu confianza. Oye, y ahora que has soltado ese lastre, tendrás sitio para un postre, ¿no?

Un rato más tarde, la pareja subía de nuevo la escalera de la abadía para asistir al espectáculo de luz y sonido que se desarrollaba las noches de temporada alta. Pese a no estar totalmente relajada, Johanna estaba dispuesta a dejarse mecer por las palabras de las piedras del monasterio. Esas palabras poseían la fuerza y el esplendor de los siglos. El salitre grisáceo, como gotas de tiempo, corroía las murallas. Junto a las vidrieras, palomas y gaviotas recibían a los visitantes. La poesía obsoleta de un huertecillo gótico emocionó a Johanna: ocho pequeños cuadrados, bordeados de boj cuidadosamente podado, rodeaban plantas de fresas, de tomates verdes, algunas calabazas y ruibarbo maduro. En el centro del huerto, un rosal mezclado con espino blanco parecía surgir de las profundidades del pozo para ir a enmarañarse alrededor de un crucifijo oxidado. Entraron en el vientre de la abadía y Johanna, con los ojos cerrados, reconoció la naturaleza de las piedras por su olor peculiar: granito. Tras sentir un imperceptible estremecimiento, debido al contraste entre la temperatura del exterior y la del interior, abrió los ojos.

—¡Francois, es extraordinario! —exclamó—. ¡Parece que estemos... en Karnak, en Egipto! Y además, esta austeridad...

Estaban rodeados por un bosque de enormes pilastras, que sostenían unas bóvedas tan suntuosas como opresivas.

—¡Seis metros de circunferencia! —dijo él—. La «cripta de las grandes pilastras»...

—Gótico flamígero.

—Exacto —contestó Francois—. Concebida en el siglo XV para sostener el coro flamígero de la iglesia abacial, que está encima, pues el coro románico se había derrumbado en plena guerra de los Cien Años.

—Lástima —dijo Johanna, suspirando—. Sí, me acuerdo del coro gótico de la iglesia, pero no había visto esta cripta. ¡Es espectacular!

—¡Y aún no has visto nada!

Llegaron a una explanada donde destacaba una gran rueda de madera, frente a una abertura por la que se veía el cielo estrellado.

—¡Mira, ahí está el potro! —exclamó alegremente Johanna.

El llamado «potro» era un artilugio que utilizaban los monjes para subir la comida. Varios hombres se metían dentro y, andando, hacían girar una rueda a la que estaba atada una cuerda, la cual se enrollaba e izaba las vituallas.

—El granito para construir la abadía fue transportado gracias a potros como este —explicó Francois.

Al son de una música lúgubre emitida por invisibles altavoces, se adentraron en unos corredores en cuyas paredes se movían sombras chinescas. Francois contó, en tono grave, la historia penitenciaria de la abadía: al terminar la guerra de los Cien Años, el rey de Francia envió al monasterio a sus adversarios políticos, que permanecieron encarcelados allí en unas condiciones terribles.

Durante todo el Antiguo Régimen, el Mont-Saint-Michel fue llamado «la Bastilla de los mares», y los monjes eran los carceleros. La Revolución perpetuó esta «tradición», pero expulsó a los benedictinos y transformó la abadía en una gigantesca prisión estatal que albergó hasta seiscientos presos, entre ellos Barbés, Blanqui y otros. No obstante, lo que iban a ver ahora databa de la Edad Media.

En el siglo XII, durante el apogeo del monasterio benedictino, uno de los padres abades más famosos del Monte, Roberto de Thorigny, decidió reorganizar la abadía, en la cima de su poder; en su calidad de gran señor feudal, hizo construir unos aposentos para su uso personal y una sala de tribunal donde administró justicia sobre sus monjes y sus vasallos —los habitantes del Monte, que le «perteneían»—, y para castigar a los indisciplinados instituyó «los dos gemelos». Johanna y Francois entraron en una pequeña estancia de bóvedas bajas y suelo de tierra. Dos baldosas de cristal transparente protegían unas estrechas aberturas que se hundían en la roca. Se inclinaron y pudieron contemplar el horror todavía flagrante de los «gemelos»: dos calabozos, con unas cadenas intactas, al fondo del agujero.

—Brrr... Es monstruoso y fascinante a la vez —constató la joven,

estrechándose contra su amigo—. Propongo cambiar de ambiente.

Visitaron La Maravilla, obra maestra del arte gótico, formada por vanas salas construidas en el siglo XIII para sustituir los edificios románicos desaparecidos durante un incendio histórico, el de 1204, provocado por los bretones en un intento de recuperar el Monte, en poder de sus enemigos naturales, los normandos. Al no conseguir entrar en la ciudadela, incendiaron el pueblo, y el fuego se propagó hasta la abadía románica.

—¡Es asombroso! —comentó Johanna en medio del imponente refectorio de los monjes, cuyos muros despedían cantos gregorianos—. La distribución del espacio es románica, pero la luz es la de las catedrales góticas. ¡Es una síntesis bellísima!

—Sí —confirmó Francois—. Esta abadía está hecha de desastres y reconstrucciones sorprendentes, y La Maravilla es una alhaja arquitectónica.

La llevó hasta la joya de los edificios que constituyen La Maravilla: el claustro. Alrededor de un gran jardín cuadrado, corría una galería de columnas finas y elegantes con motivos vegetales esculpidos. La vista sobre el mar, en el lado norte, era de un romanticismo delicioso del que disfrutaron largo rato, pegados uno a otro y con la mirada perdida en la bahía infinita, pese a la presencia de otros visitantes. Después de una breve escala en la iglesia abacial, donde Johanna recordó a su madre rezando aquel fatídico 15 de agosto en una de las pequeñas capillas del coro, se dirigieron hacia las majestuosas salas comunes de La Maravilla: «la sala de los caballeros», que en realidad servía de *scriptorium* para los monjes, y «la sala de los visitantes». En esta última, donde uno casi podía ver bueyes enteros asándose en las gigantescas chimeneas y las piruetas de los malabaristas y acróbatas que entretenían a los peregrinos de excepción, como los reyes de Francia, los empleados de Monumentos Nacionales recibían más modestamente a sus visitantes contemporáneos con una taza de hierbas especiadas.

—Evidentemente —dijo Francois, soñador, soplando para enfriar la aromática bebida—, hay que imaginar esta habitación con muebles, lujosos tapices en las paredes, las bóvedas pintadas en ocre y amarillo y ornamentadas con motivos geométricos, las vidrieras rojas y azules y el enlosado rojo y verde, decorado con las armas del rey de Francia y de Blanca

de Castilla: flores de lis y castillos castellanos. Como de costumbre, el tiempo ha borrado los colores de la Edad Media... Muchas veces me digo que es una pena que la gente de hoy en día imagine el pasado medieval tal como ha llegado hasta nosotros, gris y desnudo, cuando era todo lo contrario... Y si les explicas que las iglesias eran multicolores, te miran como si fueras un ignorante.

—¡Diantre, mi apuesto príncipe, constato con placer que vuestros pensamientos también os transportan a la Edad Media!

—Sí, mi princesa, pero en mi caso los monjes están rezando de pie en la iglesia, no colgados del campanario, y tienen la cabeza bien sujeta a los hombros.

Johanna le dirigió una mirada más sombría que un sayal.

—Vale, vale... —dijo él, tratando de besarla—. Mira, para que me perdones voy a llevarte al lugar más cautivador y más antiguo de toda la abadía, la morada del Ángel, y después te enseñaré lo que queda de las partes románicas.

Reanudaron la marcha por escaleras húmedas y musicales. Johanna se detuvo ante una extraña escultura mural: un san Miguel sin rostro, con las facciones borradas, y vestido de soldado romano, tocaba con un dedo iracundo la frente de un prelado arrodillado ante él.

—San Auberto, el obispo de Avranches —dijo Francois—. El arcángel Miguel está enfadado porque aún no ha ejecutado su orden de fundar en el Monte un santuario en su honor, así que se le aparece por tercera vez y le marca la frente para que el prelado comprenda de una vez por todas. Después de eso, Auberto se apresuró a construir el santuario. Actualmente podemos ver un trozo del oratorio original gracias a Yves-Marie Froidevaux, arquitecto jefe de Monumentos Históricos, que en 1960 encontró un lienzo de pared de este santuario cuando estaba restaurando la cripta que vamos a ver ahora.

—¡Viva Monumentos Históricos! —exclamó Johanna—. Tu erudición micheliana es impresionante, Francois. ¡Te lo sabes todo de memoria!

—Mis conocimientos jamás llegarán a ser tan vastos como los tuyos —repuso él, ruborizándose—, pero me halaga el cumplido.

—¿Qué quieres? Después de más de cuarenta años de amor por esta

montaña, hemos terminado por conocernos un poco... ¡Cuidado con el escalón, ya hemos llegado!

La cripta subterránea estaba en penumbra pese a los proyectores y al granito blanqueado como consecuencia de las obras de restauración. Ya en la entrada, una extraña sensación, mezcla de misterio y de recogimiento, hacía que se te formara un nudo en la garganta. Quizá se debía a la ausencia de ventanas, o al carácter gemelar de la sombría capilla, que, por una macabra asociación de ideas, podía recordar los gemelos precedentes: los calabozos. Separadas por dos arcadas de piedra, se extendían dos naves cuadradas idénticas, terminadas ambas en un pequeño coro con bóveda de cañón donde destacaba un altar análogo y, arriba, una tribuna cuya escalera ascendía hasta la base de la bóveda de piedra.

—La Virgen Soterraña —murmuró Francois—. El nombre ya es maravilloso, y la atmósfera, no sé por qué, mágica... Por la antigüedad, supongo; es carolingia, fue construida alrededor del año 900, aunque nadie ha podido datarla con exactitud. No se sabe si es obra de los canónigos bretones o de los primeros benedictinos normandos, los historiadores no se ponen de acuerdo en esta cuestión. Además, fue tapiada en el siglo XVIII y durante mucho tiempo estuvo completamente perdida, olvidada... Mira —añadió, señalando unos bloques de piedra detrás de uno de los dos altares—, eso es el muro ciclópeo del oratorio de San Auberto.

Pero Johanna no lo oía. Tan blanca como el granito de las paredes, escrutaba los dos tramos de escalera gemelos y paralelos que ascendían hacia la nada. De repente, unas lágrimas irreprimibles se agolparon en sus ojos y rompió a llorar.

—¡Johanna! —exclamó Francois—. ¿Qué ocurre?

Ella lo miró intensamente mientras sus labios articulaban unas palabras inaudibles. Francois la asió por los hombros.

—¡Mi vida! ¿Qué te pasa?

—¡Ahí! —gritó Johanna, señalando una de las escaleras y haciendo que los demás turistas se volvieran hacia ella—. ¡Ahí es donde estaba, estoy absolutamente segura! ¡Ahí es donde lo vi! ¡Estaba subiendo y me habló! ¡Yo tenía razón, no era un simple sueño!

—¿De qué hablas?

—¡Pues del monje! ¡Del monje decapitado! —respondió, frenética.

De regreso en el hotel, Francois se esforzó en disuadir a Johanna de que su funesto sueño infantil encerraba una base histórica vinculada al pasado del Monte. Impresionada por su descubrimiento, la joven deambulaba por la habitación retorciéndose las manos y mascullando:

—No puedo estar equivocada, lo recuerdo con todo detalle, era exactamente ese decorado: el altar, las piedras, la bóveda, la tribuna con escalera. ¡No puede ser otro sitio! ¡Era esa cripta lo que vi en mi sueño, sí, era la Virgen Soterraña!

Francois se sentó en la cama y la miró directamente a los ojos, como si de este modo quisiera impedirle que siguiera caminando de un lado a otro de la habitación.

—Por supuesto que era la Virgen Soterraña, y tiene una explicación muy sencilla: cuando visitaste la abadía con tus padres, la tarde de aquel famoso 15 de agosto, tuviste que pasar por esa cripta y te impresionó, es natural, a todo el mundo le deja huella, incluso a los adultos, y unas horas más tarde la convertiste en el escenario de tu pesadilla.

Johanna se apoyó de espaldas contra la ventana con los puños cerrados.

—¡No! ¡Te equivocas! ¡No fue así! —replicó—. Nunca la había visto hasta esta noche excepto en mi sueño, estoy absolutamente segura. No visité la abadía con mis padres, solo asistimos a misa en la gran iglesia... No habría podido olvidarlo, siempre he tenido una memoria excelente, ¡y tenía siete años, no tres!

—Johanna —dijo él, levantándose y acercándose a ella—. La memoria humana es compleja y selectiva —añadió, intentando estrecharla entre sus brazos—. Debes admitir la evidencia, la única explicación posible: por razones personales, has borrado esa visita de tu conciencia, pero tu inconsciente había grabado todas las imágenes de la cripta y las reprodujo en sueños, con esa macabra puesta en escena...

Ella se apartó bruscamente.

—¡Sé muy bien lo que digo! ¡Ni estoy loca ni soy tonta! —gritó—. ¿Y el ahorcado que vi antes, eh? ¿Cómo explicas lo del ahorcado, sin duda alguna

un asesinato? De todas formas, es muy fácil, ahora mismo lo aclararemos — dijo, sacando su teléfono móvil—. Voy a llamar a mis padres y a preguntarles si aquel día vimos la Virgen Soterraña. A ellos los creerás, y entonces veremos quién tiene razón.

Francois se precipitó sobre el móvil y se lo arrebató de las manos al mismo tiempo que sonaban unos golpes en la pared de la habitación.

—¡Johanna, esto no puede ser! —dijo en voz más baja—. ¡Es la una y media de la mañana! ¡Estamos despertando a todo el hotel, y encima quieres molestar a tus padres a media noche!

La joven perdió los nervios y una marea de lágrimas la anegó. Todo su ser estaba desbordado por un desconsuelo de niña, por un miedo infantil que su alma de adulto no lograba comprender. De pie en medio de la habitación, su gran cuerpo convulso vertía torrentes de un dolor contenido durante mucho tiempo. En silencio, Francois se acercó a ella y le ofreció sus brazos, en los que Johanna se refugió, y su cuello, en el que ella escondió el rostro. Dejó que el tiempo apaciguara sus sollozos, limitándose a besar sus cabellos negros.

—Perdona... —murmuró finalmente la joven—. No puedo más... No sé qué me pasa...

—Mañana —contestó él—. Mañana, Johanna... Ahora vas a acostarte y a intentar dormir, y mañana será otro día, ¿de acuerdo?

Johanna, sin saber qué decir, obedeció. Francois la ayudó a desnudarse y le mojó los ojos. Ella se pegó a su reconfortante cuerpo en posición fetal y cedió al calor de la cama.

—*Michael archangele... gloriam predicamus in terris...*

Los sonidos se elevan en un cielo de tinieblas. El tenue resplandor de la luna ilumina una mano muy blanca que empuja a un monje desde lo alto de un peñasco. El monje grita y desaparece en el oscuro mar.

—...*eius precibus adiuvemur in caelis...*

El monje emerge a la superficie y se debate violentamente entre las impetuosas olas.

—¡Auxilio! ¡En nombre del Todopoderoso, ayuda!

Pide socorro mientras el agua de la bahía le lame el rostro. La inmensidad

líquida lo rodea. Detrás de él, la peña es conquistada por la pleamar. Cual pétalos de una flor negra, los faldones del hábito benedictino se abren entre las olas.

—*Te Deus omnipotens rogamus... Hic est prepositus paradisi archangelus...*

El canto latino sale de las vidrieras románicas de la abadía construida en la cima del peñasco. Los gruesos muros salmodian vigiliat, transmiten fervientes responsorios, pero permanecen sordos a la súplica del monje, que grita en la base de la montaña.

—¡Hermanos, os lo ruego! ¡Escuchadme! ¡Me ahogo!

El monje se defiende solo contra la naturaleza, pero, cuanto más agita los brazos, cuanto más escupe, más lo devora el colérico oleaje. Se debate con todas sus fuerzas. Su semblante, viejo y desesperado, está enrojecido por efecto de la lucha, paralizado en el esfuerzo antes de estarlo en la muerte. Las olas lo atrapan y lo sueltan en un juego cruel.

—*Sáncte Michael archangele defende nos in prelio...*

El monje intenta unir su voz rota al canto solemne. Por su rostro blanco resbalan lágrimas saladas. Sus ojos miran a izquierda y derecha, después se clavan en el cielo. El oscuro océano se divierte con su cabeza, que oscila entre las olas antes de ser engullida por el agua y luego escupida. El monje se echa a temblar. Su boca suelta un eructo, pero el agua entra en su garganta.

—*Deus qui miro ordine...*

Agotado, el monje yace en el mar. Sus párpados se cierran convulsivamente. Después, una ola cubre su cuerpo como un sudario. Un último acceso de energía vital le hace erguirse para respirar. La frente y el cráneo tonsurado aparecen, buscando el aire y debatiéndose contra el agua.

—*Deus cuius claritatis* —claman los muros de la abadía.

Entonces las olas se precipitan sobre la cima del cráneo y el agua embravecida la rocía de espuma antes de cubrirla como una tapadera. Un último borbotón y ya está, las burbujas desaparecen. El océano ha vencido.

—*Amen* —concluyen a coro las murallas de la iglesia.

El decorado cambia bruscamente. Interior de los muros, como en un vientre de piedra. Separadas por las arcadas, las dos naves gemelas terminan

en un pequeño coro idéntico con bóveda de cañón, con su altar y su tribuna con escalera: la Virgen Soterraña. En los peldaños espera un monje, de pie, con la cabeza gacha. La levanta: ¡la capucha está vacía! El fraile sin cabeza tiende los brazos hacia el cielo subterráneo y a continuación hacia el suelo, diciendo con voz de ultratumba: *Ad accedendum ad caelum, terram fodere oportet.*

Johanna se despertó bruscamente, como si le hubieran dado un golpe en la cabeza. Sentada en medio de la cama, sudorosa, jadeaba con la mirada perdida. Dominada por el pánico, se levantó y se precipitó, desnuda, hacia la ventana. Descorrió las cortinas y la bahía de Mont-Saint-Michel le saltó a la cara: un sol radiante coloreaba el cielo y el mar de un azul claro y liso, sin nubes, sin olas. La marea estaba baja y unas lenguas de arena brillaban como serpentinadas de fiesta. A lo lejos, en los prados devueltos a la tierra, pacían unos corderos. Muy cerca, los tejados de las casas vecinas tendían sus ancestrales lascas de pizarra hacia la nueva mañana. La naturaleza irradiaba una quietud tranquilizadora, pero ese cuadro no alegró el espíritu de la joven, enfrentada a las angustiosas imágenes. La orientación del cuarto no le permitía ver la abadía, pero, aun así, los muros del monasterio estaban presentes dentro de ella. Dio media vuelta, se acordó de Francois y de la escena del día anterior, y en ese momento se dio cuenta de que estaba sola en la habitación. Esa constatación la devolvió a la realidad y al presente, disipando las últimas brumas de su violenta pesadilla.

—¿Francois? —dijo.

Sobre la almohada de su amante había una hoja de papel manuscrita.

Amor mío:

Duermes tan profundamente que me da pena despertarte. Me voy a la cita que tengo con el administrador de la abadía. Estaré de vuelta hacia las doce.

Un beso.

F.

Johanna cogió su reloj: las diez y media. Imposible quedarse una hora y

media sola entre esas cuatro paredes. Imposible pasar otra noche bajo los muros de esa abadía, responsables de sus sueños. Irse de allí, regresar a Cluny o a París, a su apartamento parisino, sí, su tranquila caverna, su casa. Francois se pondría furioso. Bueno, ¿y qué?

Un cuarto de hora más tarde, vestida con unos téjanos y una camiseta, con el pelo mojado y la bolsa de viaje preparada, Johanna escapó de la habitación, del hotel, y encontró un refugio provisional en un bar del pueblo atestado de turistas y abierto a la calle, desde donde podría estar atenta al regreso de Francois sin ver el castillo monástico. La muchedumbre, el ruido, el vaivén, las lenguas extranjeras y el desayuno le sentaron bien. Intentó concentrarse en la lectura de un periódico que estaba sobre la mesa. En vano. ¡Cuánto tardaba! ¿Qué estaría tramando Francois con los de Monumentos Históricos? No, no quería saberlo, no quería oír hablar de excavaciones, del pasado, de la historia del Monte. No quería ver más imágenes. Alejarse de ese lugar lo antes posible, sin comentarios. Pero ¿qué podía decirle a Francois para que se marcharan enseguida? Pensó en ello mordiéndose las uñas. Mentir de forma excepcional no la incomodaba; lo importante era la eficacia de la mentira. Era una cuestión de supervivencia mental... ¿Que la reclamaban urgentemente en Cluny? No, el trabajo era, en este caso, un terreno minado; demasiado fácil para el comprobarlo... ¿Que su madre había tenido un accidente? No: una superstición ligada a la muerte de su hermano le impedía jugar con un argumento así... ¿Isa? Isabelle, su mejor amiga, reclamaba su presencia en París... Isa no se iría de la lengua, desde luego, pero habría que contárselo todo, y Johanna se negaba. ¡No quería volver a hablar del asunto con nadie! ¡Nunca más! Lo que quería era olvidarlo. Además, Isabelle no estaba sola; Francois no entendería que su marido la abandonara... Al final, se dejó de excusas y decidió asumir su decisión: quería irse y punto. Si Francois no lo aceptaba, pues lo dejaría allí, en su maldito peñasco, y volvería a casa sola, en tren. No había que darle más vueltas. Cuando lo vio aparecer al final de la calleja, a las doce menos cuarto, estaba tan excitada como un boxeador antes de realizar una proeza. Él se acercaba tranquilamente, con su paso elegante, una carpeta bajo el brazo, una semisonrisa en los labios y los ojos escondidos tras unas gafas de sol. Johanna, en el borde de la terraza, se levantó y le hizo

una seña. Su semblante se iluminó todavía más; luego, su sonrisa se congeló al ver la cara seria y la mirada eléctrica de su compañera. La besó rápidamente, tras quitarse las gafas oscuras, y se sentó frente a ella. La noche anterior lo había asustado, pero había creído que después de descansar estaría de nuevo como él la conocía: divertida, chispeante, sensual.

—Hola, mi amor. ¿Qué tal estás? ¿Has dormido bien? —preguntó, seguro ya de la respuesta.

—Francois, no voy a quedarme ni un segundo más aquí. He decidido volver a París inmediatamente, contigo o sin ti.

—¿Qué pasa? —preguntó él en un tono cansado.

—¡Nada, tranquilo! —respondió ella irónicamente—. No pasa absolutamente nada, aparte de que quiero volver a mi casa.

—Ya, ¿y qué más? —exclamó Francois, reteniéndola del brazo—. Hemos estado un mes sin vernos, ¿y vas a dejarme plantado aquí para ir a hacer no sé qué a París?

—Francois —repuso ella, suspirando—, estoy agotada, no tengo fuerzas para discutir contigo... O volvemos juntos o separados, pero no tengo ningunas ganas de darle vueltas al asunto durante horas. Siento mucho actuar así, créeme, tienes razón en estar molesto, pero esto no tiene nada que ver contigo y no puedo hacer otra cosa.

Él guardó silencio unos instantes, pensativo.

—Tengo una idea —acabó por proponer, sonriendo, aunque sabía que su compañera se mantendría inflexible—. ¿Y si termináramos de pasar el fin de semana juntos en otro sitio? ¿Qué te parecería una velada romántica en Saint-Malo o en Honfleur, y un paseo en barco mañana?

—Lo siento, Francois —confesó ella, sinceramente apenada por no poder complacerlo—, pero incluso en Honfleur o en cualquier otro sitio sería una pésima compañía esta noche. Lo que necesito es estar sola en mi casa, absolutamente sola.

A las doce y cuarto, salían de Mont-Saint-Michel en el coche de Francois. Johanna no se volvió para ver el mágico paisaje. El trayecto se desarrolló en un silencio sepulcral. Francois se sentía molesto, incómodo; Johanna pensaba. A media tarde de ese sábado soleado, el coche tomó, desde el

bulevar de Port-Royal, la calle Henri-Barbusse, a unos pasos del jardín de Luxemburgo, y se detuvo delante de un viejo inmueble. Francois apagó el motor y se desabrochó el cinturón de seguridad.

—¿No quieres que suba un momento contigo? —murmuró—. Para hablar —consideró oportuno precisar.

—No, Francois —dijo ella—, preferiría que no... Gracias por haber estado aquí. No te preocupes, ahora todo irá bien.

Su rostro, en efecto, parecía respirar de nuevo, sus facciones estaban un poco más relajadas.

—Johanna —dijo él, abrazándola—, si no te encuentras bien, llámame y vendré enseguida.

—Eres un ángel, Francois, pero estoy bien, te lo prometo.

El miró los ojos de la joven. Ese azul celeste... Observó un destello ínfimo y comprendió.

—¡Es el miedo! —exclamó—. ¡El miedo ante la muerte!

Ella se estremeció y apartó la mirada. Cogió su bolsa y abrió la puerta del coche.

—¿Qué muerte, Francois? ¿De qué hablas? Vamos, no empieces tú también, si no, me voy directamente al psiquiátrico. Bueno, me voy, te llamaré.

Cerró la portezuela y le hizo un gesto de despedida. A través del cristal granuloso de la puerta de entrada, él distinguió su silueta negra subiendo la escalera.

Johanna cerró la puerta con llave y corrió las cortinas del salón. El sol le hacía daño. En el dormitorio, entornó las contraventanas de modo que pasara un rayo de luz vertical. Se arrodilló delante de un viejo baúl metálico de color indefinible que hacía las veces de mesilla de noche. Retiró la lámpara y los numerosos libros, periódicos y publicaciones de arqueología que había apilados anárquicamente encima. Después lo abrió. Sacó cartas, cajas llenas de fotos de adolescencia en las que era una chica alta, flaca y desgarbada, una colección completa de una revista de historia, algunos regalos de antiguos pretendientes, la petaca heredada de su abuelo, unas piedras esculpidas, viejas gafas graduadas, un ejemplar ilustrado de los Cuentos de la Tabla Redonda,

flores secas, un estuche de grafología y, por último, un cuadernito con las tapas de un azul amarillento, donde estaba escrito su apellido, su nombre y «nivel elemental segundo curso».

En la primera página aparecía transcrita la frase latina trasladada de su sueño como un fragmento de música, de memoria auditiva, la versión corregida debajo y por último la traducción, añadida tres años más tarde, en negro, abajo de todo de la página, como guardando una respetuosa distancia de la lengua original. Hacía años que no había tenido el cuaderno entre las manos y la locución encontraba ahora su mirada de persona mayor. Johanna se dijo que esas siete palabras habían bastado para despertar su imaginación infantil, orientar sus deseos adolescentes y alimentar su búsqueda adulta. Siete palabras para fecundar una vida. Su vida. ¿Quién era ese hombre sin rostro? ¿Quién las había sembrado?

Ad accedendum ad caelum, terram fodere oportet.

Capítulo 4

La mujer permanece frente a Román sin decir nada. Su sonrisa se apaga. Desprendiéndose de su miedo inicial, el monje la mira en silencio. De repente, le parece que esa mujer es el otoño. Con una mezcla de turbación y placer, la respiración de Román percibe un suave olor de hojas languidecientes, de bayas maduras, de tierra fértil y de pastos bajo la lluvia. La dama del velo sostiene largo rato la mirada del religioso, y él se zambulle en los ojos de la bucólica hechicera. Son claros, como el alba o el final de un día. Román nota un inexplicable hormigueo en la frente y las mejillas. Un fulminante calor le invade el cuerpo al ver un largo mechón de pelo de la mujer que ha escapado del velo. Súbitamente, ella levanta sus manos enguantadas para ocultar el mechón, baja su mirada verde y huye.

Román está en la capilla de San Martín solo con los difuntos. Lentamente, da media vuelta y se dirige hacia el altar con la linterna en la mano. ¿Quién es esa mujer? Tal vez una lugareña... No, la habría visto alguna vez en el burgo o en el monasterio, y está seguro de no conocerla. Además, un alma del lugar jamás se aventuraría a ir allí después de completas. ¿Una extranjera? No formaba parte del grupo de peregrinos con el que compartieron la cena. Una oveja perdida, en busca de un refugio donde pasar la noche... Pero su aspecto no era el de una vagabunda que recorre los campos, su porte y su aplomo parecían los de la hija de un gran señor. La única certeza es que no se trataba de un fantasma, sino de un ser mortal. Al acercarse al coro, la luz amarilla de la lámpara se funde de nuevo con la de

las aulagas que adornan las tumbas.

«Claro, eso es —piensa—, esa jovencita ha venido a traer flores a los difuntos y a recogerse ante el Señor. Yo he interrumpido su oración y seguramente la he asustado tanto como ella a mí. De todas formas, no deja de ser una hora harto singular para rezar.»

Nada más decirse esto, recuerda el motivo de su presencia en ese lugar sagrado: rezar, rezar por la salvación de Pedro de Nevers sin esperar a que sus hermanos despierten. Pensando en su maestro, en el accidente que ha sufrido en Cluny, se arrodilla piadosamente al tiempo que destierra de su espíritu la turbación producida por el misterioso encuentro.

A la mañana siguiente, después del oficio de prima, los treinta sacerdotes, novicios y hermanos laicos se reúnen en uno de los edificios conventuales que bordean la iglesia, provisto de bancos y de un asiento central. El abad Hildeberto se instala en el sillón, con una obra magníficamente encuadernada entre las manos. Ese día, 7 de septiembre, está dedicado a santa Regina, virgen y mártir de Autun. La sesión del capítulo comienza, como de costumbre, con la lectura de un pasaje del Espejo de la perfección, la regla de Benito de Nursia, escrita en el siglo VI.

—Constituenda est ergo nobis Dominici scola servitii: in qua institutione nihil asperum, nihil grave nos constituros speramus —dice con convicción el padre abad, sumergido en el manuscrito profusamente iluminado—. Sed et si quid paululum restrictius, dictante aequitatis ratione, propter emendationem vitiorum vel conservationem caritatis processerit, non ilico pavore perterritus, refugias viam salutis, quae non est nisi angusto initio incipienda. Processu vero conversationis et fidei, dilatato corde, inenarrabili dilectionis dulcedine curritur via mandatorum Dei, ut ab ipsius numquam magisterio discidentes, in eius doctrina usque ad mortem in monasterio perseverantes, passionibus Christi per patientiam participemur, ut et regno eius mereamur esse consortes. Amen.

—*Amen* —contestan a coro los monjes.

—La santa regla de nuestro padre Benito es una guía en el camino del Señor que hemos escogido, una antorcha en la vía de la realización del Hombre en el amor de Dios —comenta el abad—. Sin embargo, tal como nos

recuerda nuestro fundador en este pasaje de la regla, el Altísimo no espera de nosotros que seamos sus esclavos, aplastados bajo el yugo de la ascesis y de la mortificación. No somos siervos de Dios, sino sus fieles servidores, alimentados de su amor, modelos ejemplares de su amor por los hombres de esta tierra; por ello, no olvidéis, hijos míos, que, si bien la vida monástica exige rigor y obediencia, no debe estar exenta de *moderatio*, es decir, de compasión y de benevolencia hacia uno mismo.

Silencio. El abad envuelve a los frailes en una mirada bondadosa y paternal.

—Hijos míos —dice en un tono acorde con la mirada—, san Benito nos ha invitado siempre a celebrar el oficio en presencia de los ángeles y a vivir con ellos, pues refieren a Dios todos nuestros actos. Estamos rodeados de su amor, más que en ningún otro lugar en este, elegido por el vencedor de las fuerzas del Infierno. Fieles a la obra de Auberto, es nuestro deber construirle un pedestal a la altura de su poder, un pedestal digno del preboste del Paraíso y que nadie seguirá atreviéndose a comparar con el del monte Gargano. Hoy quiero anunciaros que las obras comenzarán a primeros de año, después de las festividades pascuales. Recordemos el Libro del Apocalipsis de san Juan: «Uno de los siete ángeles me transportó en espíritu a un monte de gran altura y me mostró la ciudad santa, Jerusalén, que descendía del cielo, de Dios, que tenía la gloria de Dios». Jerusalén dibujaba un cuadrado de longitud y altura iguales. Recordemos también el Libro de los Reyes cuando se describe el templo de Salomón, construido en tres niveles, el último de los cuales contenía el Arca de la Alianza, morada de Dios. Imaginemos, por último, el arca de Noé, que según el Libro del Génesis tenía una longitud de trescientos codos, una anchura de cincuenta codos y «tres pisos divididos en compartimientos».

Con un gesto teatral de saltimbanqui, Hildeberto extrae de su cogulla unos dibujos de Pedro de Nevers y se los muestra a los atónitos monjes. En ese instante, fray Román siente un inmenso orgullo ante la obra de su maestro, a la vez que una sorda inquietud ante la magnitud del proyecto y de sus propias responsabilidades en ausencia del maestro, que tal vez no regrese nunca al Monte.

—Mirad, hijos míos —prosigue el padre abad, deslizando los dedos sobre el pergamino—. La longitud del edificio será igual a la altura de la peña; asimismo, la iglesia será un cuadrado perfecto, de cuatro lados iguales, fiel al número sagrado de la Jerusalén celeste y al mundo perfecto creado por la sabiduría divina: los cuatro vientos, los cuatro Evangelistas, los cuatro horizontes, los cuatro ríos del Paraíso, los cuatro elementos... El conjunto será construido en tres niveles organizados en escalones ascendentes: el nártex de nuestra iglesia será el vestíbulo del templo de Salomón, la nave y el transepto serán el Santo, donde se reunirán los líeles, y el coro será el sanctasanctórum. Los peregrinos subirán desde poniente hacia levante, desde las tinieblas hacia la luz, subían siempre hasta la meta última: el altar de san Miguel Arcángel. La nave central de nuestra iglesia tendrá exactamente las mismas dimensiones que Dios dictó a Noé. En cuanto a los nuevos edificios conventuales, que serán levantados en el flanco norte, a lo largo de la nave de la iglesia, consagrarán antes del fin de los tiempos la última alianza entre Dios y los hombres, una nueva arca de Noé. El nivel inferior del arca era el de los animales; por consiguiente, hijos míos, nosotros construiremos abajo una hospedería para acoger a los rebaños que vengan de todas partes para ser salvados. El nivel intermedio del arca era el de la comida; nosotros haremos ahí el refectorio y el almacén de los alimentos terrenales; el piso superior estaba reservado a la familia de Noé; será, por lo tanto, nuestro dormitorio.

—Padre —interviene fray Drocus—, todo eso colma nuestro corazón, pero ¿no perturbará la desaparición de la iglesia actual los oficios?

—Hijo mío, la vieja iglesia no será derruida hasta dentro de unos años, cuando construyamos la nave de la gran iglesia abacial. Entonces rezaremos en el sanctasanctórum, o en las capillas del transepto, que estarán acabadas, pero hasta que el coro no esté construido, los oficios seguirán celebrándose en la iglesia actual.

Estas obras son un gran trastorno para vuestra alma, transcurrirán decenios antes de que se alce la nueva iglesia y la mayoría de nosotros se habrá reunido con el Señor mucho antes de que esté terminada, pero habrá nacido de nuestro amor a Dios y constituirá un testimonio de ese amor por los siglos de los siglos.

Los frailes callan, conmovidos por las palabras del abad. Hildeberto piensa en las obras y su semblante se torna más grave. Espera hasta que el momento de gracia ha pasado y entonces les dice a sus hijos que, por desgracia, también es portador de una mala noticia. Acto seguido anuncia el accidente del autor de los planos y confía a Pedro de Nevers a la ardiente plegaria de la comunidad. Los monjes se vuelven hacia Román con la mirada teñida de compasión y de esperanza. Su hermano tiene el alma encogida. Pero la vida material vuelve a imponerse, y el capítulo prosigue con una exposición de las cuentas de la abadía hecha por el hermano cillerero, encargado del aprovisionamiento, de la gestión de las tierras y los bosques, y del cobro de los peajes y los tributos. La situación es floreciente, la escasez parece alejada.

—Este año, las ostras son abundantes y de gran tamaño, en especial las de los dominios de Cancale —explica el intendente con expresión satisfecha—. Así pues, el diezmo recibido por el abad por la pesca de marisco es elevado.

En la mente de los monjes, cada moneda se transforma en una piedra para la futura iglesia, y esa mañana las ostras se convierten en arcos de granito.

Tras una nueva pausa, el abad disipa los sueños grandiosos de sus hijos dando paso a la última parte de la reunión: el capítulo de las culpas.

—*Nunc...* —dice el abad en tono autoritario— *si aliquid sit loquendum, dicite.*

Esta fórmula consagrada es el prelude para la confesión pública de las faltas, es decir, de las infracciones de la regla. En respuesta a las palabras pronunciadas por el abad, un joven monje sacerdote, fray Guillermo, se levanta para ir a prosternarse a los pies de su padre.

—*Quae est causa, frater?* —le pregunta el abad.

Guillermo se incorpora y se pone de rodillas.

—*Mea culpa, domine...* Padre, me he bebido a escondidas, en la cocina, un tazón de caldo de gallina. Pido perdón a Dios y a mis hermanos — prosigue el fraile antes de tenderse de nuevo, con la cara contra el suelo y los brazos en cruz, en espera de la penitencia.

En ese momento, el anciano abad piensa en la regla, que proscribía la carne, pero sobre todo en sus viles predecesores en la peña, los canónigos

bretones, conocidos por sus festines con los habitantes del pueblo, comilonas que no se limitaban a un tazón de caldo.

—Levantaos, hijo mío —ordena el abad—, e inclinad la cabeza. Ayunaréis dos días y una noche, durante los cuales rezareis para dar las gracias por el perdón de Dios y de vuestros hermanos.

La revelación de la falta individual permite el perdón colectivo, perdón que siempre es concedido. La vida religiosa en comunidad implica una fusión de almas puras, almas que deben estar limpias de todo pecado antes del oficio de completas, antes de que se ponga el sol y despierte el mundo de las sombras. Guillermo vuelve a su sitio. En la alta Edad Media, edad de oro del monaquismo benedictino en que la regla todavía se aplica al pie de la letra, los frailes no comen carne, pues excita las pasiones y la lujuria. Tan solo los monjes enfermos y aquellos a los que se les ha practicado una sangría pueden consumir un caldo de carne, siempre y cuando esta no proceda de un cuadrúpedo. Como, afortunadamente, la gallina es un animal de dos patas, la sanción de Guillermo no es muy severa.

En vista de que no se presenta ningún candidato más a la confesión pública, el abad levanta la sesión y todos salen de la sala capitular para asistir a la misa matutina.

Por el camino, fray Bernardo, a quien Pedro de Nevers y Hildeberto han elegido entre los frailes del monasterio para ayudar a Román, se acerca al joven sin pronunciar palabra y, antes de entrar en la iglesia, apoya los dedos manchados de tinta roja en su hombro, ejerciendo una breve presión.

Han pasado dos semanas. Ninguna noticia de Cluny ha llegado aún a la montaña normanda. Hildeberto no ha permitido a Román acudir a la cabecera de su maestro; es un viaje largo y peligroso, y el prudente abad no ha querido arriesgarse a perder al legatario del docto borgoñón, al poseedor de la ciencia del gran constructor. Román hace frente a la penosa espera rezando y poniendo todo su empeño en el trabajo. Su cuerpo ha adelgazado, pero ello no ha hecho sino agudizar su excitada mente, tanto más cuanto que exime a Bernardo de prestarle ayuda y envía de vuelta al *scriptorium* a su asistente desocupado. Una mañana, poco antes del día de san Miguel, durante una de sus visitas forestales a maese Roger y su cuadrilla de carpinteros de armar,

Román ve alegría en los ojos del artesano, una alegría sencilla e intensa que favorece al buen hombre.

—La felicidad brilla en vuestros ojos como el sol, maese Roger —le dice—. ¿Alguna venturosa noticia?

—¡Ah, fray Román, es la llama de la gratitud! —contesta el hombre, secándose el sudor de la frente—. Gratitud hacia el Altísimo, que en su infinita bondad ha salvado a mi pequeña Brígida, y gratitud hacia su servidora en la tierra, que la ha curado.

—Me alegro con vos de que Brígida haya recobrado la salud, amigo mío. Y decidme, ¿esa «servidora de Dios», como la llamáis, es la curandera de Beauvoir de la que habíamos hablado?

Maese Roger baja su bella mirada verde grisácea, lamentando no haber moderado su entusiasmo por la ensalmadora ante un hombre de Dios.

—Exacto, es ella —dice en voz más baja—. Perdonadme, fray Román, pero su medicina ha obrado tales portentos en la chiquilla, y sin sangrarla ni una sola vez, que a nosotros, pecadores ignorantes, nos ha parecido un milagro.

Román sonríe. Decididamente, aprecia a ese hombre, que posee la sabiduría innata de amar por igual a Dios, a sus santos y a su progenie carnal.

—Todos somos pecadores e ignorantes ante el Todopoderoso —contesta el monje—. Es posible que El haya escogido la mano pura y blanca de una virgen para ejecutar uno de Sus designios. Me habíais dicho que era una joven muy piadosa, ¿no? —Mientras pronuncia estas palabras, un ardiente recuerdo y una idea extraña surgen en la mente de Román—. Por cierto —añade—, ¿qué aspecto tiene? Creo que no la he visto nunca en el monasterio.

No viendo en la pregunta malicia alguna, maese Roger se apresura a satisfacer lo mejor que puede la curiosidad del religioso.

—Pues... es muy bella y pura, en efecto. Cuando llega con sus sacos de hierbas y de flores, siempre a pie, porque dice que un caballo o una burra serían un estorbo en las marismas, parece una princesa del bosque. O un hada de los tiempos antiguos... Su madre murió al traer al mundo a su hermano, un pobre diablo que jamás ha podido ni pronunciar ni oír una mala palabra, y a su padre se lo llevó hace poco una fiebre súbita de la vejez. La pequeña se

quedó sola con su hermano, cuyo estado, al crecer, sigue siendo el mismo, y dicen que Dios le ha otorgado el don de sanar a la gente para consolarla por no poder curar a los de su misma sangre.

Román se ha quedado pensativo. La descripción física es muy imprecisa, pero esa sensación de criatura mágica del bosque, de aristócrata silvestre... ¿Podría ser «ella»?

Esa misma noche, en el refectorio, a Román le parece que en la mesa del abad está sentado un fraile al que nunca había visto. A la hora de completas, el monje desconocido asiste al oficio; luego desaparece.

Mientras, al caer la noche, se dirige apresuradamente a la capilla de San Martín, movido por un secreto deseo, Román es retenido por el padre abad, quien le ruega amablemente que lo acompañe a su celda. Delante del tapiz de san Miguel pesando las almas, el rostro del anciano aparece marcado por una gravedad desacostumbrada que inquieta a Román. Al principio le sorprende ver al enigmático fraile en la celda de Hildeberto, pero todo se aclara enseguida.

—Hijo mío —dice el abad con voz solemne—, os presento a fray Jotsaldo, a quien el padre Odilón nos ha enviado desde Cluny.

Jotsaldo se levanta y va a estrechar los hombros de Román. Román mira el tapiz, donde san Miguel pesa las acciones de los hombres fallecidos y conduce su alma hasta el Paraíso o la envía al Infierno.

—Desventurado hermano —dice el monje de Cluny—, soy portador de una triste noticia.

Prosternado ante el altar de la capilla de San Martín, a unos pasos de las aulagas secas, Román da rienda suelta a su dolor de huérfano. Las lágrimas descienden por sus mejillas hundidas, delicadamente, sin violencia. Curioso día en el que un padre le ha informado de la curación de una niña desconocida, y un desconocido del fallecimiento de un padre. La vida con el sol, la muerte al caer la noche... La muerte de un hombre marchito como esas flores, de existencia plena, a cambio de la vida que empieza a despuntar de una niña.

«Todo eso es justo —se dice el monje, sollozando—. El orden del cosmos, el orden de Dios. Mi maestro descansa al fin, desde hace siete días,

en la tierra bendita de Cluny, la misma donde tomó los hábitos..., descansa en el coro, donde duermen los santos. San Miguel Arcángel, pesador de los pecados y conductor del hálito de los hombres hacia el Altísimo, cuidador de Pedro de Nevers, mi padre... Vencedor del Diablo, Ángel del Juicio Final, guardián de las puertas del Paraíso, acompañad a esa alma buena hasta el Reino celestial y defendedla de los demonios que querrán apoderarse de ella por el camino. Queridísimo padre, rezo por vuestro paso al Otro Mundo...»

De pronto, un ruido interrumpe la plegaria de Román. Con la mirada brillante, el clérigo se levanta. Venía de allá, a su espalda... Sin coger una lámpara para no perder tiempo, se precipita hacia el fondo de la nave, en la penumbra. Tropieza con un banco y, frotándose la rodilla dolorida, ve dos pequeños círculos amarillos fosforescentes. Un maullido, y el gato salvaje sale huyendo. Román da una vuelta alrededor de los pilares palpando la piedra, pero su esperanza desaparece a la velocidad del felino: está solo en la capilla. Las aulagas terminan de marchitarse sobre las lápidas mortuorias, cadáveres vegetales secos y duros como huesos.

La festividad de san Miguel, en septiembre, ha visto afluir oleadas ininterrumpidas de peregrinos a la peña. Todos, incluso los más pobres, han dado un óbolo para la construcción de la gran basílica. Todos han ido a pedirle un favor al Ángel o a darle las gracias por un milagro. Maese Roger ha pagado una misa privada en honor del Arcángel; a petición suya, Román ha oficiado en la capilla de San Martín para la familia del artesano.

Mientras decía misa, no ha podido apartar los ojos de la pequeña Brígida, de largos cabellos rubios, como su padre, y ojos castaños, como su madre, una mujer piadosa y valiente, orgullosa de sus diez hijos y del undécimo, que no tardará en llegar. Román esperaba esa celebración con una impaciencia difusa, deseando, sin confesárselo, la presencia a la luz del día de un ser que no se ha dejado ver. Así pues, la festividad de san Miguel, dedicada al santo patrón de la montaña, ha pasado, y los monjes preparan ya la fiesta de la consagración, en octubre, que celebra la fundación del santuario de San Auberto en la peña: el nacimiento de la montaña sagrada. Ese día, las calles del burgo son invadidas por buhoneros, prestidigitadores y acróbatas ambulantes, por ladrones también, y en ocasiones hasta por peligrosos

bandidos. Como todos los años, el duque de Normandía, protector de la abadía y mecenas, asistirá en persona a la gran procesión en compañía de su madre, la duquesa Gonor, de sus caballeros y de su corte. Luego, Ricardo II irá a recogerse ante la tumba de la princesa Judith de Bretaña, su esposa, en la capilla de San Martín. Sin embargo, el año 1022 no es como los demás, la misa mayor en la iglesia carolingia revestirá un lustre particular: el resplandor del fin de una época y el comienzo de una renovación grandiosa. Una señal divina la había anunciado: poco después de la boda del duque Ricardo y la princesa Judith, había ocurrido un extraño acontecimiento en la celda del abad Hildeberto, construida, al igual que la iglesia, por los canónigos bretones. Una noche, antes de vigiliyas, se oyeron unos golpes inexplicables en el techo de la celda. Sobre el tapiz del Arcángel, una mano inhumana golpeó la madera, como si un espíritu inmortal estuviera encerrado en el techo. El abad se despertó, llamó al prior y al cillerero, un hombre joven y robusto con una gran fuerza física; este último cogió una escala, subió, retiró sin esfuerzo unas tablas y encontró un cofrecillo de cuero encajado entre el techo y el tejado. El contenido del cofre aclaró un misterio insoluble hasta entonces: en su interior reposaban los restos de san Auberto, que habían desaparecido con los canónigos en 966, cuando llegaron los benedictinos. Un brazo, el brazo derecho, el cráneo, reconocible por el orificio que tenía en la frente, la marca dejada por el dedo del Ángel en su tercera aparición, y un pergamino acreditando la autenticidad de los huesos. El relato del milagroso descubrimiento del tesoro, escondido por los despreciables canónigos y hurtado durante tanto tiempo al culto de los fieles, dio rápidamente la vuelta a Normandía y a la enemiga Bretaña.

Como buen cristiano e indefectible tutor, Ricardo vio en ello la voluntad del propio san Miguel y tomó la decisión, que reservaba para tal momento, de construir la gran iglesia abacial. Donó a Hildeberto nuevas tierras, molinos, sumas importantes para la edificación de la basílica y, de las islas Chausey, las indispensables reservas de granito. En cuanto a las reliquias tan oportunamente aparecidas, fueron depositadas en un relicario de plata dorada, guarnecida de cristal y pedrería, y desde entonces constituyeron la joya del tesoro de la abadía, garantía para sus guardianes no solo de las subvenciones

de Ricardo sino de un flujo constante de peregrinos.

Unos días antes de esta fiesta de octubre dedicada a san Auberto, en que el relicario será mostrado solemnemente a los fieles como la prueba del poder del Ángel, el monasterio entero bulle de pasión mística. Ya han llegado muchos peregrinos, que son acogidos por los lugareños y los frailes. Todos los monjes sacerdotes son requeridos para celebrar misas, algunas de ellas en memoria de los fieles que han muerto por el camino, víctimas del mar, de las arenas movedizas o de los bandidos. «Antes de ir al Monte, haz testamento», dice un proverbio normando. Solo un sacerdote está exento de celebrar misas privadas: fray Román, que entra y sale libremente, al margen de las obligaciones del monasterio. Ahora que es constructor, se siente tan abrumado por la envergadura de su tarea como por el honor de suceder a Pedro de Nevers. Él nunca ha dirigido la construcción de la más pequeña capilla, del más modesto oratorio, y de repente... ¡edificar solo la nueva Jerusalén! Su maestro decía, mostrando los planos, que serían el punto culminante de toda su vida, de una excepcional longevidad: sesenta años. De hecho, esos planos son su testamento, cuyo único heredero es Román. Y Román tiene miedo. Pese al crédito que Hildeberto le presta, le parece percibir que en algunos de sus hermanos despunta cierta inquietud, legítima a su modo de ver. Así pues, organiza sin descanso el trabajo, contrata a artesanos, controla el tamaño de las piedras de las islas Chausey, almacena los primeros bloques y se traslada con frecuencia al bosque, a las parcelas reservadas a maese Roger. Este último, fiel a su reputación y a la confianza que Román le concede, ha talado un número considerable de robles. Si bien la madera del armazón de la futura iglesia tardará varios años en estar a punto, las pilas de granito toman forma en los claros. Los temores del nuevo constructor se aplacan un poco. Román, que disfruta galopando por el bosque, espolea a su montura para ir a informar a Hildeberto. En ese otoño lluvioso, observa que el cielo es del mismo color que los ojos del carpintero de armar y de su hermano: un hermoso gris teñido de verde. El monje ve en ello la mano de Pedro de Nevers, que lo anima desde lo alto de su nueva morada. Al adentrarse, reteniendo al caballo, en un oquedal donde las altas y apretadas ramas impiden a los delgados rayos de sol iluminar el sendero, le

parece oír gritos humanos. Detiene a su montura y permanece a la escucha: sí, estaba en lo cierto, se oye un griterío, voces de hombres y mujeres mezcladas. Se desvía para dirigirse hacia lo que le parece una petición de ayuda. Se acerca al paso, guiado por las quejas. De pronto, al borde de un pantano salado, pisando el pegajoso fango, distingue a una familia de peregrinos, el matrimonio y cinco hijos, uno de ellos un niño de pañales al que la mujer lleva en brazos. Cuatro hombres barbudos y corpulentos, provistos de garrotes y machetes, amenazan, vociferan, despojan a los aterrorizados fieles de su comida y su dinero. Sin pensar en el número de bribones, Román empuña el palo que le sirve de fusta y acude apresuradamente en ayuda de las víctimas.

—¡En nombre del Todopoderoso! —exclama a cierta distancia—. ¡Dejad en paz a esta gente!

—¡Mira el monje! —dice uno de los bandidos—. No quieres que te quitemos el medio de sustento, ¿eh? ¡Pues ven a recuperarlo, si te atreves!

—¡Banda de golfos! —atruena Román desde lo alto de su montura—. ¡Impíos! ¡Paganos! ¡Es el pan sagrado del Señor lo que robáis, no el mío! ¡Temed al Altísimo, temed por vuestra alma, temblad por las divinas represalias! —añade, intentando pegarles con el palo.

—¡Bah, el Señor puede muy bien compartirlo! —replica un salteador de barba negra, esquivando los golpes—. ¿Represalias, cuando él lo tiene todo y nosotros nada, y no tenemos más que servirnos? Nos perdonará, seguro... Hermanos, ya hemos aguantado bastante, ¡hacedlo callar!

Inmediatamente, los tres perillanes derriban a Román ante los impotentes peregrinos. Mientras el barbudo se apodera de su caballo, ellos lo muelen a estacazos. Boca arriba, el monje alcanza a entrever un trozo de cielo, ese cielo gris como un feliz presagio, antes de que el jefe de la banda se abalance sobre él con su cuchillo de carne. Un dolor atroz en las costillas, en el vientre, los ojos negros del malvado sobre él, y todo empieza a dar vueltas en el color de esa mirada.

El fuego del Infierno es rojo. Despide destellos dorados y bronceos, y las llamas se enroscan como un mar de bronce. Las olas arden, giran en espiral, desprenden regueros de lava. Una vegetación de color jade, con flores

de tilo, crece sobre una estatua de alabastro. Encima de la estatua, un pajarillo sangra batiendo las alas. Y canta.

—Fray Román..., ¿me oís? ¿Me veis?

Román oye. Y ve. Ve las ondas de fuego salir de la estatua de ojos de gema y oye al pajarillo en primavera.

—No os mováis... No tratéis de hablar...

Una sensación de frescor en la frente, en los ojos, en el cuello. Una sábana pasa y aplaca las llamas. Ahí está la criatura, virgen del Diablo, con antorchas rojas revoloteando alrededor de la cabeza, los ojos de un verde transparente, almendrados, en medio de un rostro puro, iluminado por un brillo dorado en la nariz y las mejillas, los labios entreabiertos, sonriendo... El cuello blanco, fino, en el que se ven latir las venas, como si el movimiento de su corazón se difundiera por todo el cuerpo. Román se sobresalta. Y la reconoce.

—Vos... —consigue susurrar.

—Estáis recuperando la memoria, muy bien —dice ella con una sonrisa radiante—. Pero más vale no hablar por el momento... No temáis, el Señor os ha concedido la vida y viviréis. Mi nombre es Moira... Ya nos hemos visto, creo... Un villano, informado por los peregrinos, os encontró hace cinco días después de vuestro acto de valentía. Temiendo que murierais por el camino si os llevaba al monasterio, inundado por el mar, os subió a su carreta y os trajo aquí, a las tierras llanas de Beauvoir. Os estabais desangrando, teníais los ojos cerrados como los de un muerto... Yo os curé las heridas, la fiebre se había apoderado de vuestro espíritu... Vuestros hermanos vinieron, eran cuatro... Fray Osmundo, vuestro enfermero, dijo que no se os podía trasladar mientras Dios no hubiera elegido entre vida y muerte. Fray Osmundo me conoce y, ante la mirada de Cristo, os dejó en mis manos. Todos los días, después de nona, viene a ver cómo estáis acompañado de un monje llamado Bernardo, que sufre por vos. Ayer vinieron otros dos monjes, uno de ellos un anciano de ojos azul cielo, que parecía muy preocupado...

—Hil...

—Chiss... —lo interrumpe Moira, poniendo sus largos dedos sobre su boca crispada—. Veréis a vuestros hermanos muy pronto; mientras tanto,

seguiré cuidando de vos.

La joven se levanta y le da la espalda para ponerse a trajinar junto a la enorme chimenea, donde humea un caldero. La larga cabellera roja no le cae sobre los hombros, sino que se separa libremente de la cabeza en aureolas entrelazadas. Sus ropas tienen la sencillez de las prendas de las campesinas, pero la tela púrpura posee la finura de los vestidos de las grandes damas. Lleva un magnífico cinturón, no de piel, sino de metal labrado. Sin embargo, el interior de la casa es como el de los campesinos de la región: paredes de esquisto, suelo de tierra cubierto de espigas, de verbena y de menta; una artesa para la colada, algunos muebles y, por todas partes, remedios. La ensalmadora..., la curandera de Beauvoir..., Moira... Román sonríe al pensar que, después de haber tomado a la joven por un espectro, la ha confundido con un ángel del Infierno cuando parece ser que lo ha sacado de las llamas de la tierra. Le duele mucho el costado, no puede pensar con claridad y siente una terrible pesadez en la cabeza. Un sudor ardiente le gotea en los ojos, y sin embargo, tiene el cuerpo frío como el de un cadáver. Intenta mover una pierna, pero no consigue levantarla. Cinco días y cinco noches... Recuerda su visita a maese Roger, recuerda a los bandidos... Piensa entonces en el abad Hildeberto, que después de la fiesta de octubre se desplazó personalmente para ver cómo avanzaban los trabajos, en su tarea, en el retraso... Mira a Moira, que está machacando hierbas en un mortero. Mira las bolsas de flores y de raíces que se amontonan sobre una gran mesa de madera; mira a la muchacha, recuerda su primer encuentro en la capilla de San Martín..., no le había visto nunca el cabello, porque aquel día lo llevaba oculto bajo un velo. Recuerda el mechón rebelde que tanto lo había turbado. Habría reconocido ese rostro entre una multitud, su memoria no lo había borrado. Esos ojos, ese cuello, esos labios, esa asombrosa cabellera que ya no le oculta, el fuego... Tiene mucho calor, siente un extraño estremecimiento en su cuerpo molido. Piensa en las aulagas amarillas de la capilla de San Martín y el dolor físico se vuelve menos punzante. Moira se acerca y, tras levantarle la cabeza, le hace beber una poción caliente que tiene un sabor amargo.

—No temáis —dice con dulzura—, pero tengo que cambiar las sábanas.

Levanta la manta y la retira hacia los pies del monje.

Para acceder a las heridas, el sayal ha sido cortado desde abajo hasta el muslo y a la altura del pecho, dejando al descubierto un horrible espectáculo: la pierna derecha de Román, inmovilizada con una tablilla de madera, está amoratada; la izquierda está cubierta de costras de sangre seca; el lado izquierdo del vientre está cubierto de compresas de lino del color de la podredumbre; los brazos están vendados y las manos, sus pobres manos, yacen sobre la estera, amarillas e hinchadas, inertes. Al ver ese cuerpo irreconocible, a Román le da un vuelco el corazón. Dirige una mirada de desesperación a su enfermera y, haciendo un esfuerzo sobrehumano, logra reprimir las lágrimas que pugnan por saltársele de los ojos.

—Lo sé, fray Román —dice ella acariciándolo con la mirada—. Pero la fiebre que os ha habitado está remitiendo. Las pequeñas heridas, los tolondros y las moraduras no son nada. La pierna está rota, y el cuchillo pasó cerca del corazón, aunque gracias a Dios no lo tocó. El corte es bastante profundo, pero el tiempo y mis hierbas lo borrarán todo..., con la ayuda de la Santa Madre, por supuesto. Se ha hecho su voluntad, estáis vivo. Lo que hay que evitar es la podredumbre de la carne. Ahora cerrad los ojos, es mejor que no miréis.

Román hace lo que le ha pedido. Curioso personaje, que le cuenta la verdad sobre su estado y exige a continuación que no vea... Con los ojos cerrados, Román tiene de pronto miedo de la oscuridad, como un chiquillo, miedo de irse de nuevo y esta vez no regresar. Sin embargo, se obliga a mantener los ojos cerrados y a respirar. Nota la tela del costado, que es retirada con suavidad, las entrañas infectadas de ese cuerpo extraño, luego una sábana limpia y tibia... Percibe el olor de ella cuando sus cabellos le rozan la nariz... Moira retira los vendajes de los brazos, pone otros, el dolor..., Román respira..., no se acuerda de la piel de su madre, madre de cuatro varones, recuerda el olor de sus nodrizas, las únicas mujeres que lo han tocado, pero no era el olor presente, el olor de Moira: un perfume de hojas otoñales, quizá, de tierra ardiendo, de lluvia salada. Moira desprende una atmósfera de bosque, parece un árbol.

—Ya está —anuncia, subiendo la manta de lana—. Podéis abrir los ojos. He terminado... de momento.

Él los abre y su terror infantil se esfuma. Ella está allí y es hermosa. Para

Román, su belleza no es la de un ser humano, refleja una esencia sagrada: la esencia de la Virgen María.

En silencio, Román da las gracias al Señor por haberlo salvado y alaba a ese ángel divino que el Altísimo le ha enviado.

Tal como ella había anunciado, unos monjes van a visitar a Román después de nona. Moira se provee de un saco para recolectar y de un cuchillo y deja a su paciente con Osmundo, el hermano laico encargado de la enfermería del monasterio, y fray Almodius, el subprior. Una sonrisa jovial ilumina el rostro rubicundo de Osmundo, un hombre bajo y rechoncho. Al igual que los otros monjes, Osmundo lleva sayal y tonsura, pero, como todos los hermanos laicos, lleva barba, lo que constituye una muestra de su analfabetismo: el pelo sigue siendo un símbolo de la incultura, de la barbarie incluso, en vista de los largos cabellos y los grandes bigotes de los vikingos. Como ingresó en el monasterio a una edad avanzada, no tiene la obligación de asistir a todos los oficios y, dado que no es sacerdote, le está vedado el acceso al coro de la iglesia, pero forma parte de la comunidad. Reparte su existencia entre la oración, el respeto a la regla y la dedicación a tareas manuales. De este modo permite a sus hermanos instruidos, y por lo tanto cuidadosamente afeitados, consagrarse a la copia y la iluminación de manuscritos antiguos que dan fama a la abadía. Osmundo, descendiente de los invasores vikingos, era el jefe de los escuderos de un noble de Caen. El día que cumplió veinte años, una fuerte cox le rasgó las entrañas. En el lecho del dolor, rogó al conductor de almas que no se llevara la suya y le prometió que consagraría el resto de su vida al Arcángel si no moría. Una vez recuperado, Osmundo cumplió su promesa y, unos meses más tarde, llamó a la puerta de la abadía de San Miguel, cuyo abad lo acogió. Como después de lo sucedido miraba a los caballos con un amor receloso, Osmundo prefirió aprender el arte de las plantas a servir en el establo del monasterio. Durante doce años, ejercitó sus ojos y su memoria con el anciano monje enfermero, y desde que este murió hace unos años, dirige solo la enfermería y dispensa sus cuidados a los monjes, a los peregrinos y, a veces, a la gente del pueblo.

—¡Fray Román, alabado sea el Todopoderoso, por fin has vuelto con nosotros! —exclama, levantando los brazos hacia el cielo—. ¡El Arcángel ha

escuchado nuestras plegarias! Nuestro padre ha estado muy abatido por la noticia de tu agresión..., fuiste muy valiente... ¡Mira que atacar a un monje! —dice, apretando los dientes y los puños—. Esos brutos impíos no solo desvalijan a los fieles, sino que desean matar a los servidores del Señor. Miserable país... Ayer —añade más calmado—, Hildeberto vino a administrarte la unción de los enfermos. Estabas lejos de nuestro mundo... Te ungió con el santo óleo mientras pedía perdón por tus pecados y encargó que un sacerdote me acompañara todos los días para confesarte si no despertabas...

—¿Podéis hablar, fray Román? —pregunta Almodius, acercándose—. La mujer dice que no, pero debes hacer un esfuerzo y poner tus pecados en manos de Dios para partir en paz si te llama.

Almodius, alto y delgado, aunque tiene la misma edad que Román parece mayor. Unos ojos negros, como manchas de tinta, brillan en medio de una piel lampiña, seca y amarillenta como los pergaminos que copia con tanto amor. Confiado muy pronto al monasterio por sus padres, ricos y nobles normandos, el niño oblato concentró todas sus fuerzas en el fervor religioso y su inteligencia en el estudio. Desde entonces, su universo sería el monasterio, para toda la vida, y decidió ocupar en él un lugar importante. Bien dotado, apasionado y tenaz, de oblato pasó a novicio y más tarde fue ordenado sacerdote, al tiempo que se convertía en el mejor copista de la abadía. Hildeberto lo ha escogido recientemente para ayudar al prior.

—Sí... De... debo... confesar mis faltas —articula Román con dificultad. Fray Osmundo frunce el entrecejo.

Sabe que el cuerpo de Román necesita que no se agote hablando, pero su alma exige la confesión; la fiebre puede apoderarse de nuevo del monje y llevárselo, con el alma errante por el peso de sus pecados. Tal como hizo Bernardo algún tiempo antes, cuando el abad anunció el accidente de Pedro de Nevers, Osmundo apoya una mano reconfortadora en el hombro de Román. Luego sale en busca de Moira para preguntarle su opinión sobre la evolución del enfermo. La joven está a dos pasos, acariciando los caballos de los monjes. Almodius se queda solo con Román.

Cuando fray Osmundo y Moira entran de nuevo en casa de la curandera,

Román está inánime. De rodillas en el suelo cubierto de flores, Almodius reza a su lado.

—¿Qué ha pasado? —pregunta Moira, precipitándose hacia el lecho.

Almodius se levanta y, con una mirada, detiene el avance de la muchacha.

—Se trata de un simple desvanecimiento —responde, mirándola de hito en hito—. Su cuerpo está exhausto, pero su alma está libre y purificada. Si el Altísimo así lo ha decidido, ahora puede llevarselo. Mi hermano irá, guiado por el Arcángel, al reino de los cielos.

Moira comprende que Román se ha confesado y que, a causa de su extrema debilidad, se ha desmayado, exponiéndose a no recuperar el conocimiento. La muchacha no se atreve a replicar al hombre de Dios, de pie junto a la cabecera de su hermano, cual guardián de las puertas del Paraíso, y se limita a observar los ojos del subprior, que miran fijamente, con dureza y determinación.

—Ahora vamos a dejaros —interviene Osmundo—. Falta poco para vísperas y las aguas van a subir. Continúad cuidando de él, nosotros rezaremos... Volveremos mañana. Estoy seguro de que se encontrará mejor. Gracias por vuestra abnegación y por la ayuda que le ofrecéis.

Cuando los monjes se han ido, Moira se sienta en el borde de la cama y toca con una mano la frente de Román. No tiene fiebre. Pero solo Dios sabe por dónde vaga su espíritu. La joven atizó el fuego de la chimenea, trajina un buen rato con sus morteros y sus calderos, y regresa junto a él. Le retira la verbena seca de la herida purulenta del vientre y la sustituye por verbena fresca recién hervida. Sobre las fracturas de la pierna, aplica una cataplasma caliente de hojas verdes de malva, cocidas en una olla nueva con una cantidad de raíces de llantén equivalente a cinco veces su peso. Embadurna las pequeñas heridas y los tolondros con una pasta maloliente compuesta de bulbos de azucena majados con grasa de cerdo. Por último, le envuelve el pecho con hiedra terrestre, le pone salvia en la frente, le abre la boca y le coloca unas hojas de albahaca bajo la lengua. Lo mira unos instantes; parece dormir plácidamente. Entonces se levanta y va a preparar una sopa para cenar su hermano y ella.

Cuando Román vuelve en sí, la noche se dispone a enterrar la tierra, al

igual que el mar la ha engullido ya. Parpadea y distingue la llama amarilla de un cirio. Por un segundo cree estar en el coro de la iglesia o de la capilla de San Martín, donde dos frailes preparan el altar para una ceremonia. Pero el altar es una mesa de madera, alrededor de la cual un muchacho inmenso y Moira seleccionan plantas a la luz del hogar y de una vela de sebo. Román sonrío al percatarse de su confusión. Nota un gusto extraño en la boca y un dolor agudo le arranca un gemido.

—¡Fray Román! —dice Moira, levantándose—. Me alegro de que hayáis despertado. ¡Tenía tanto miedo!

Román intenta responderle, pero la voz queda ahogada por su penosa respiración.

—¡No, os lo suplico, permaneced callado! —dice ella en tono autoritario—. Las palabras son malas para vuestro cuerpo, no debéis intentar hablar, sino concentrar todas vuestras fuerzas en el interior para que las heridas se curen, ¿entendido? —añade con más suavidad, a dos dedos de sus labios.

Román asiente con la cabeza mientras Moira le indica al muchacho que se acerque. Este posee una belleza inquietante: de estatura poco común, luce la misma cabellera a modo de aureola que su hermana, de un rubio rojizo, aunque más larga y más caída, tiene la frente despejada, grandes ojos de un verde de lago de montaña y una piel fina, ligeramente tostada, donde empiezan a despuntar un bigote y una barba claros. Sus manos son largas como las de un copista y fuertes como las de un caballero.

—Es Brewen, mi hermano. Tiene trece años. Os ha velado a menudo mientras descansabais. Es como vos: no habla, pero lo entiende todo. Él, además, tampoco oye, pero lee las palabras en los labios y los pensamientos en los corazones. No temáis: os he puesto albahaca bajo la lengua; es una planta fría, extinguirá el fuego de vuestra boca y podréis hablar de nuevo.

En respuesta a la mirada interrogativa de Román, le explica las virtudes medicinales de las plantas a medida que, ayudada por Brewen, le cambia las cataplasmas.

Como la mayoría de los monjes, Román tiene nociones latinas de botánica, pero Moira, aunque se refiere a las flores llamándolas por su nombre vulgar, posee unos conocimientos que superan ampliamente los

suyos y tal vez incluso los de fray Osmundo, que cultiva plantas medicinales en el jardín del monasterio. No obstante, la teoría médica que la joven le presenta, aparentemente sin malicia, difiere tanto de la que defiende la Iglesia que el monje lamenta no tener fuerzas para contradecirla.

—No hay ninguna necesidad de imitar a los médicos y de sangrar los cuerpos para liberarlos de los humores malos —afirma Moira, retirándole el emplasto de verbena—. Tienen razón en un punto: la armonía del organismo es la del cosmos, constituido por los cuatro elementos divinos, fuego, tierra, aire y agua, en diferentes proporciones; una disparidad entre estos cuatro elementos acarrea la enfermedad. Sin embargo, retirando sangre como ellos hacen se corre el riesgo de dejar escapar también un elemento no enfermo, cuya ausencia obstaculizará la curación. Dios está presente en todos los hombres, en todos los animales y en todas las cosas, rocas, árboles, ríos, y también en las plantas, que poseen un alma y contienen el bien y el mal juntos. Se llevan el mal del hombre y restablecen el equilibrio entre los cuatro elementos, si el hombre respeta su propia armonía utilizándolos de manera propicia y ponderada; si no, pueden precipitarlo al abismo. La raíz del aro, por ejemplo, hervida con vino puro y sumergida en el metal calentado con ese vino, quita la fiebre demoníaca, pero la flor y el tallo de dicha planta son un violento veneno que causa una postración mortal.

La idea de que los animales y las plantas tengan alma, igual que el hombre, hace que los ojos del monje despidan chispas y su boca impotente emita sonidos ininteligibles. ¡Qué blasfemia creer tal cosa! ¡Y qué imprudencia decírselo a un religioso! Se pregunta de dónde habrá sacado Moira semejante superstición, ese animismo indigno de una buena cristiana.

—Comprendo vuestra mirada —dice ella—. Os preguntáis quién me ha enseñado toda esa ciencia, a mí que soy mujer. Fue mi padre. Era un gran sanador, un inmenso sabio. Su padre le había enseñado durante veinte años. El, naturalmente, deseaba destinar su saber a un hijo, pero mi madre tenía dificultades para dar a luz. Tuvo dos hijos que nacieron muertos, luego uno sano, pero era una niña, yo, y finalmente a Brewen, seis años más tarde. Ella murió al traerlo al mundo, y eso era un mal presagio... Mi padre adoraba a mi madre, deseaba irse con ella al otro mundo, pero se lo prohibió mientras

no hubiera transmitido su ciencia a su hijo. Cuando tomó conciencia de que Brewen, que ya tenía tres años, sería siempre sordo y mudo, estuvo a punto de morir de tristeza y de vergüenza... Se negó a tomar esposa para tener otro hijo. Me enseñó a mí durante diez años..., ¡incluso sé leer y escribir! Hasta que el invierno pasado se lo llevó una súbita fiebre a la que no pude poner remedio, al igual que tampoco él pudo curar a mi hermano. Creo que no quería recuperarse, como Brewen, que no desea oír las palabras de los mortales; prefiere las de las hadas y los espíritus del bosque.

Si pudiera, Román se pondría a gritar. Está conmovido por la tragedia familiar y la triste valentía de Moira, pero ¡qué ingenuidad tan peligrosa! ¿Qué le enseñó su difunto padre? ¿Ese paganismo impío? ¡Hadas!... Una pecadora inconsciente, eso es lo que es, ¿cómo ha podido representársela a imagen y semejanza de María, de una princesa bucólica virgen y pura? Su belleza, claro..., ¡la del Demonio! Sí, lleva una existencia difícil, conoce las plantas y ayuda al prójimo socorriendo a los enfermos, pero está equivocada respecto al mundo. Debe hablar con ella, salvar su alma, conducirla a la razón de Dios. De momento, sin embargo, de lo único que es capaz es de abrir la boca sin conseguir que salga de ella ningún sonido.

—Muy atinado, fray Román —dice ella, interpretando su gesto—, no hay que olvidar alimentar el cuerpo, el propio san Benito lo escribió. Tenéis hambre, y eso es buena señal. Os curaréis más deprisa si coméis y bebéis el vino hervido con remedios que os preparo. Tengo sopa de guisantes, sin tocino, y un hermoso pichón. Tenéis derecho a consumir carne porque estáis enfermo, y el animal no es cuadrúpedo, así que podéis comerla sin infringir la regla.

Desplegando una sonrisa astuta, la joven se levanta para calentar la cena del monje. Este está atónito. ¡Conoce la regla de san Benito! ¡Sabe latín! Y esa sonrisa, esa mirada llena de sobreentendidos... Esa mujer es sin duda alguna más maligna de lo que había creído... Pero ¿por qué le espeta sus creencias sacrílegas? En realidad, si es culta, no puede aceptar semejantes pamplinas. ¿Se trata entonces de una burla, de un juego perverso? Román no puede imaginar a Moira descarriada y malévola. Mientras lo alimenta con la mano, como si fuera un pájaro, Román escruta sus ojos, sus facciones, en

busca de sus propósitos secretos.

Ahora, la joven parece tan curtida en la regla del silencio como los monjes. Sonríe afablemente, no dice palabra y no deja traslucir sus pensamientos. Tan solo su misterio irradia de ella, haciendo olvidar a Román el dolor de las heridas. Esa noche, cubierto de hierbas de fuertes emanaciones, el monje se sume en un sueño extraño, poblado de animales fantásticos con cabeza de hombre, después de que ella le haya puesto albahaca bajo la lengua, como si fuera una hostia.

Durante dos días y dos noches, Román no consigue hablar. Observa a Moira y a Brewen con una mezcla de curiosidad y de gratitud. Los dos jóvenes prodigan todos sus cuidados al monje. Moira prosigue su monólogo sobre sus ungüentos y brebajes como lo haría un médico, citando los nombres en latín, seguidos de las propiedades. Osmundo, Bernardo y Almodius lo visitan todos los días y le informan de que el duque Ricardo acaba de donar al monasterio la abadía de Saint-Pair, desolada tiempo atrás por los vikingos. En cuanto sea posible trasladar a Román, lo llevarán al Monte, donde Osmundo se ocupará de él. Aunque su anfitriona tenga la cortesía de desaparecer durante las visitas de sus hermanos, Román percibe en el subprior una sutil desconfianza hacia la curandera. ¿Se debe simplemente a la indecencia de la situación —una mujer laica pasando día y noche con un monje, en una cabaña aislada— o ha cometido ella el peligroso error de hacerle partícipe de sus supersticiones? Observando a diario la actitud de la muchacha, el instinto de Román le dice que esta no mantiene comercio alguno con el Maligno. Así pues, se inclina por la inconsciencia pueril. Luego duda, a la vez que teme... Se sorprende sintiendo miedo por ella. Román también está preocupado por las futuras obras de construcción; por el momento, Bernardo se las arregla solo con la ayuda de maese Jehan y de maese Roger, que lo visitaron el día anterior y trataron de tranquilizarlo, pero ¿y si se quedara para siempre en ese estado? ¿Y si no recuperara el uso de las piernas o de la palabra? Por muy abnegado que sea, Bernardo no conoce los arcanos de la ciencia de los constructores, que no figuran en los pergaminos de Pedro de Nevers, sino que este enseñó oralmente a Román durante ocho largos años. Con las manos y la lengua paralizadas, Román no puede revelar ningún misterio a su ayudante,

ni por escrito ni de viva voz. Solo le queda la oración. Así pues, encerrado en sí mismo, reza día y noche, no por él, sino por la construcción de la nueva basílica.

Le pide al Arcángel que acuda en su ayuda, llevándoselo de prisa si ha llegado su hora o curándolo para que pueda cumplir su deber terrestre, en memoria de su maestro. Al amanecer del tercer día de silencio forzado, las palabras logran salir por fin de su garganta. Román da las gracias a san Miguel gritando; Moira a su Santa Madre llorando. Falta poco para el día de Todos los Santos.

—Moira... —gime Román—, oigo las campanas de Beauvoir. ¿Son vigiliias o laudes? He perdido la noción del tiempo.

—Es prima, fray Román. Ya ha salido el sol. Voy a despertar a Brewen, pero antes, tened, bebeos esto —responde ella, tendiéndole un vino caliente hervido con miel y escolopendra.

—Gracias —dice él, sorbiendo el brebaje—. Sois muy buena. Debéis de estar harta de tener en casa un enfermo que no solo requiere toda vuestra solicitud, sino que además os priva de descanso ocupando vuestra cama.

—Vos no me priváis de nada, fray Román, puesto que esta es la misión que he recibido en herencia: aliviar los sufrimientos del cuerpo, al igual que los religiosos alivian los del alma. En cuanto al descanso, con un baúl lleno de paja me las arreglo muy bien; de todas formas, duermo poco.

Dicho esto, prepara el fuego y luego pone pan, vino y tocino en el centro de la mesa, mientras bajo el caldero de sopa crepitan las llamas. Ese día lleva el mismo vestido que la noche de su extraño encuentro en la capilla de San Martín, un vestido con reflejos otoñales.

—Es cierto, pues, a la hora en que todos duermen —contesta Román—, vos frecuentáis las abadías para asustar a los pobres monjes.

Ella se echa a reír mientras corta el pan. Una risa infantil, clara y traviesa.

—No tenía intención de asustaros. Había ido al Monte a ver a la pequeña Brígida, la hija del carpintero de armar, y aproveché para ir a recogerme ante unas tumbas que me son muy queridas. Pero llegué demasiado tarde a la capilla, estaban tocando a completas... Aun así, entré, y al oíros, me escondí. Además, ¿por qué frecuentáis vos las capillas después de completas, para

asustar a las pobres muchachas?

Román ríe a su vez, antes de esbozar una sonrisa apagada.

—Por la misma razón que vos, para rezar. Rezaba por mi maestro, que acababa de sufrir un accidente. Murió unos días después, en Cluny.

—¿Vuestro maestro? —repite Moira levantando la cabeza, con un intenso brillo en la mirada.

—Sí, Pedro de Nevers, el mayor constructor de toda la cristiandad... ¿Es la memoria de Judith lo que reverenciáis? —pregunta él tras una pausa.

Moira deja el cuchillo y vuelve la cara hacia el monje para mirarlo directamente a los ojos.

—La princesa Judith, sí, y Conan de Armórica... Somos del mismo pueblo. Mi padre los conoció a los dos, y yo recuerdo que Judith vino a consultarlo antes de sus esponsales con Ricardo el Normando. Qué hermosa era... Mi padre le predijo que esa alianza sería nefasta, vio que ella no viviría mucho tiempo después de casada. Pero Judith se sacrificó para que por fin reinara la paz entre normandos y bretones.

Román sabe que está invitándolo a penetrar su secreto. La joven ha elegido ese instante. Lo provoca con la mirada. De espaldas al hogar, inmóvil, lo espera.

—Ah, ¿así que vuestro padre también hacía oráculos? —se aventura él a decir con ironía—. Pero, entonces... ¡era un santo, un profeta! Con las hadas de vuestro hermano y vuestros espíritus del bosque, habría podido fundar una nueva Iglesia.

Moira encaja las palabras del monje. Se acerca lentamente. En sus ojos no hay amenaza, sino una infinita tristeza. Por primera vez, se sienta en la cama, apoya una mano muy cerca de la de Román. Se diría que está temblando.

—Esa Iglesia ya existía —dice por fin, con voz grave—. Existía mucho antes que la vuestra, fue saqueada por el invasor romano y más tarde destruida por los misioneros cristianos.

—¿Qué? —se subleva el monje—. ¿Cómo podéis lamentar la desaparición de los cultos bárbaros e impíos y poner en tela de juicio la civilización de Cristo?

—¡Pero si yo soy cristiana, fray Román! —replica ella—. ¡Yo soy

cristiana! Vuestros semejantes no nos dejaron elección... ¡Cristo o la muerte! La «civilización», como vos decís, nos la impusieron por la fuerza hace varios siglos, saqueando nuestros lugares de culto, eliminando a los druidas, mis antepasados, que se negaban a convertirse. Yo soy como vos, venero a Dios, a Jesucristo, a María y a los ángeles, pero también me acuerdo de los dioses de esta tierra y los honro como a mis antepasados, orgullosa y sinceramente.

Román está boquiabierto. Los celtas, los druidas..., no sabe gran cosa de ellos, aparte de que eran una especie de sacerdotes vestidos de blanco, que practicaban sacrificios humanos y leían el porvenir en las entrañas de los hombres a los que los guerreros habían vencido. Ese es, pues, el enigma de Moira: permanece fiel a unas supersticiones primitivas. Pero ¿cómo puede sentirse orgullosa de tener unos antepasados tan crueles y salvajes? ¿Y hasta qué punto perpetúa sus rituales sangrientos? De repente, la intimidad con esa criatura lo aterroriza y le causa mucho más dolor que las heridas.

—¿Estáis bautizada, Moira? —pregunta.

Ella le responde haciendo un gesto afirmativo con la cabeza.

—Entonces, formáis parte del reino de Dios, en la tierra y en los cielos. Dios os ama con un amor infinito. Pero solo hay un Dios; no podéis amarlo y mantener relaciones culpables con ídolos, con el pretexto de que fueron los de vuestros ancestros... Además, no ignoráis que yo soy un servidor del Señor, y lo que me decís es muy grave.

—Sé perfectamente con quién estoy hablando, fray Román. Me dirijo solo a vos.

—¿Calibráis las consecuencias de semejante confesión? —insiste él.

—Sí. A mi hermano y a mí nos veréis tal como somos, no nos ocultaremos ante vos. No somos ni peligrosos magos ni cristianos perfectos... No olvidamos nuestras raíces, pero tememos a Dios y desconfiamos de los hombres. Sabemos que vos, contrariamente a otros de vuestros hermanos, no nos traicionaréis.

Inicialmente, Román se siente tranquilizado por esas palabras: el crimen de Moira debe circunscribirse a la idolatría de antiguas imágenes. No es una bruja, una asesina que ofrece vísceras humanas o animales a dioses paganos.

No obstante, traiciona al Señor, y le pide a un monje que sea cómplice de ese crimen contra la fe. Román siente que una súbita irritación lo invade, una cólera reforzada por las últimas palabras de Moira contra su comunidad.

—¡Qué desfachatez! —exclama, poniéndose rojo—. Cometéis el pecado de herejía al pie de la montaña donde el capitán de la milicia celeste venció a las fuerzas del mal, ¿y yo, que estoy al servicio del Arcángel, debo callar?

Moira baja los ojos. Así no conseguirá ganarse a fray Román. Debe proceder de otro modo.

—Fray Román —dice en un tono neutro—, contadme la historia del Monte y el combate de san Miguel contra el dragón.

—¿Os burláis de mí? —replica él, cada vez más dolido.

—En absoluto. Os doy mi palabra, fray Román.

Está bien... No ve nada sospechoso en el hecho de evocar los fundamentos espirituales de la montaña. Al contrario, comprende que quizá Moira desee arrepentirse escuchándolo y establecer en sí misma los cimientos de una verdadera espiritualidad cristiana. ¿Y quién puede conducirla mejor que un benedictino al buen camino?

—El Apocalipsis de Juan —comienza— revela que Satán se había transformado en un terrible dragón. En el siglo VIII, ese monstruo surgido de las aguas del mar aterrorizaba a la región. El Arcángel guerrero, san Miguel, fue llamado para luchar contra ese demonio. La batalla empezó en el monte Dol bretón, la montaña vecina del Mont-Saint-Michel, que entonces era conocido como monte Tombe. Las hordas maléficas combatían fieramente y san Miguel, con su armadura divina, respondía con su fina y acerada espada. La guerra en el cielo duró varios días, y el desenlace tuvo lugar en el monte Tombe, donde se había refugiado el dragón. San Miguel levantó la espada y cortó la cabeza del animal. El obispo de Avranches, Auberto, fue testigo de ese combate y por tres veces recibió en sueños la orden de san Miguel de construirle un lugar de devoción allí donde había vencido al Maligno. Ese lugar consagrado se convirtió en el Mont-Saint-Michel.

—Érase una vez —contesta Moira—, antes del siglo VIII, mucho antes incluso del nacimiento de Jesús, un dragón maléfico que cada siete años salía del mar y hacía perecer a todos cuantos encontraba a su paso mientras no le

ofrecieran a una joven virgen atada para devorarla. Ese año, el dragón de fuego había exigido que le entregaran a la mismísima hija del rey. Atada al pie del monte Dol de Bretaña, esta última esperaba que la fiera fuese a devorarla. El dragón surgió de las aguas y tendió su repugnante boca hacia la muchacha. Pero un joven y apuesto pastor, que llevaba un cinturón mágico y una larga espada que le había robado a un gigante, se interpuso entre ellos y durante tres días luchó contra el monstruo. El tercer día de combate encarnizado, el pastor persiguió al dragón hasta el monte Tombe, donde el animal se había refugiado. Allí, dio una orden a su cinturón mágico, que saltó sobre el demonio y le apretó el cuello tan fuerte que el joven pudo levantar bien alto la espada y decapitar al dragón. Liberó a la hija del rey, se casó con ella, y los esponsales duraron tres días y tres noches.

Román y Moira se miran intensamente.

—Las dos historias son igualmente bellas —acaba por decir la joven—, la leyenda de mi pueblo y la leyenda de los cristianos. Ambas están al servicio del mismo designio: la victoria del amor sobre las fuerzas demoníacas. Simplemente hay que recordar que, antes de san Miguel, esta peña era algo, mi pueblo era algo, y que los cristianos se inspiraron en él. En la actualidad, nuestras almas están convertidas, el combate ha terminado, y las dos historias deberían poder ser contadas sin necesidad de enfrentamientos.

—¡Eso es querer hacer convivir a san Miguel con el dragón! —replica de inmediato Román, furioso por haber sido engañado.

Esa mañana comienza una solapada confrontación entre Román y Moira. Se observan como dos enemigos, en un silencio denso en el que Brewen se mueve como un espectro del pasado. Los únicos momentos de tregua son aquellos en los que el monje vuelve a ocupar su puesto de enfermo y la joven el de médico.

—Esto es todo lo que queda del poder antaño infinito de mis antepasados druidas y de mi padre —le explica ella con amargura, retirando los emplastos vegetales—, el arte de las plantas, y por añadidura ejercido por una mujer.

—Es todo lo que queda —repite Román—, pero lo que queda es todo. Curar las heridas de los niños y de los extraños es todo. Pues es un acto evangélico, un acto de amor inspirado por Dios.

Ella interrumpe su trabajo, pero enseguida lo reanuda con las mejillas y la frente coloradas. Ese día, cuando Osmundo, Bernardo y Almodius entran en la cabaña, Román duda, pero, aunque censurando su proceder, no revela absolutamente nada del secreto de la joven celta. Algo se lo impide, algo demasiado ardiente en la mirada del enfermero, o demasiado gélido en la del subprior, por no hablar de la desazón y la angustia que se desprenden de toda la persona de Bernardo: el iluminador de manuscritos parece llevar las bóvedas y el maderamen de la iglesia sobre sus escuálidos hombros, como si fueran una cruz. Román calla quizá también por orgullo, el orgullo nacido de la tarea que se ha impuesto: convertir a Moira mediante la razón, catequizarla empleando la inteligencia en lugar de la coacción. Es lista y tenaz, pero él le demostrará mediante la lógica que está equivocada. Ese pensamiento lo absorbe de tal manera que escucha distraídamente las poco interesantes noticias sobre la preparación de las obras. El día de la fiesta de Todos los Santos, invita a Moira a rezar con él y le cuenta la vida edificante de los mártires cristianos. La joven parece fascinada por las hazañas místicas de esos héroes de la fe y la virtud.

—Todos los Santos es la fiesta de los elegidos de Dios —dice Román—, de los que han conseguido acceder al Reino y merecer la gloria eterna. El abad de Cluny, el buen Odilón, con su gran sagacidad, acaba de hacer que se añada una nueva fiesta al calendario a fin de restablecer la justa armonía con este día de Todos los Santos; porque, efectivamente, hay que pensar también en los que no son santos pero a los que Dios, en su infinita misericordia, ofrece la posibilidad de acceder al cielo. Mañana se celebrará esa fiesta: la fiesta de los Difuntos. Gracias a nuestras oraciones, nosotros, los vivos, podemos interceder ante el Altísimo y ayudar a los fallecidos cuya alma, manchada de pecados, no ha podido ser presentada ante el Señor.

—Mi pueblo nunca ha sabido nada ni de Cluny ni del buen Odilón —contesta ella—, pero, desde la noche de los tiempos, para nosotros mañana es también el día de los muertos. Es la fiesta de Samain, en la que los difuntos son honrados, el tiempo queda abolido, y los dioses y los héroes del otro mundo se mezclan con los vivos. También es el fin de la estación clara y el comienzo del invierno, la estación oscura, durante la cual los guerreros deben

interrumpir las hostilidades.

Moira sonríe. Román se siente cansado. Esa mujer es temible. Sin embargo, la paz que pide es imposible.

—Mostradme vuestros viejos ídolos —acaba por pedir, sonriendo también—. Quiero ver el aspecto de vuestros pecados.

—No puedo, fray Román —contesta ella con afabilidad—. No hacemos estatuas de nuestros dioses. Viven libremente en nuestro corazón, en nuestra imaginación y en el Sid, el otro mundo. Pero penetran constantemente en el mundo terrestre, no solo el día de Samain. A menudo visitan a los humanos transformándose en animales y criaturas del bosque: las hadas son cisnes, la diosa madre, un cuervo...

Román ya entiende por qué Moira se refiere con tanta frecuencia a la Santa Madre: en su mente, María se ha superpuesto a su diosa madre, al igual que el día de los difuntos ha ocupado el lugar de Samain. Los cristianos tuvieron la perspicacia de no hacer tabla rasa de las creencias celtas, sino de evangelizar sus grandes símbolos, lo que explica la rápida implantación de Jesucristo en ese país. Moira constituye una excepción, pues su familia se ha obstinado, en secreto, en conservar su cultura. Aunque, en realidad, es una semiexcepción; la ausencia de representación de los dioses paganos, la destrucción total de los antiguos santuarios y la desaparición de los druidas, los únicos habilitados para officiar en las ceremonias, alegra a Román, pues, ¿qué es una religión sin rituales, sin sacerdocio? Deja de ser precisamente eso, una religión, para convertirse en una idea que se reduce a fragmentos desprovistos de fundamento, a recuerdos lejanos, a historias descabelladas aunque no exentas de encanto. Román piensa en el súbito interés de Moira cuando él le hablaba de la vida de los santos y comprende lo que sucede: no se ganará a la joven mediante la razón; la única manera de convencerla es desenraizar la nostalgia que actúa sobre ella como un hechizo, sustituir esa poesía impía por la poesía del Libro sagrado. Tendido en la cama, se dice que debe mostrarle toda la riqueza, la belleza, la mística y la profundidad de los versículos de la fe para que entierre sus creencias blasfemas. El corazón, debe conquistarla para Dios a través del corazón.

Capítulo 5

Tendida en el diván de su psicoanalista, Johanna suspiró.

—Es..., es una especie de mareo —dijo, tocándose el pecho con una mano—, una náusea perpetua que me invade el cuerpo desde que tuve el último sueño... No llego a vomitar, pero esa sensación constante de angustia resulta muy molesta, es como si el cuerpo se tambaleara por dentro, como si el corazón quisiera salir por la boca y no pudiera...

—Muy bien. Vamos a dejarlo aquí por hoy.

Johanna se sentó al borde del sofá con la mirada perdida.

—Y la cuestión del sueño, ¿va mejor? —preguntó la terapeuta.

—Bueno..., la verdad es que sigo tomando pastillas para dormir —confesó ella—. Me da miedo que los sueños se repitan. Por lo menos, los somníferos me atontan y me impiden tener pesadillas.

—Mmm... Pasará tiempo antes de que recupere el sueño normal, desde luego, pero quizá debería empezar a reducir las dosis; si no, ya no podrá prescindir de ellos. Deje un cuaderno junto a la cama y, si sueña, anótelo todo inmediatamente y después lo comentamos, ¿de acuerdo?

—De acuerdo —respondió la joven, pensando en su cuaderno de la infancia—. Hasta el sábado —añadió mientras se levantaba.

—Creo que otra sesión durante la semana le haría avanzar más deprisa —dijo la psicoanalista—. ¿No quiere venir el martes o el miércoles?

—Imposible. Entre semana estoy en Cluny, y no puedo venir a París antes del viernes.

—Bien, entonces nada. Hasta el sábado y ánimo.

Las doce del mediodía. Las doce del mediodía, como todos los sábados cuando salía de la consulta de su psicoanalista, «la arqueóloga de mi inconsciente», como a ella le gustaba llamarla. Ese sábado caían unas gotas. Se subió el cuello de la gabardina beis. En la calle Saint-Louis-en-l'Île, se detuvo ante el escaparate de una sombrerería, frente a un gorro negro de tela impermeable.

«Pfff... Ridículo —pensó—. Valdría más que me comprara un paraguas.»

No lo hizo y cruzó el Sena dejando que el chaparrón de octubre le mojara la cabeza. Pensó en coger el autobús, pero desistió al ver la nutrida y apiñada multitud que defendía la marquesina contra los intrusos. Bajar al metro no le apetecía nada. Pillaría un buen resfriado; así tendría una buena razón para quedarse acostada todo el fin de semana. En la calle Henri-Barbuse, una pequeña alegría, la de sentir muy cerca su refugio; luego, de nuevo el temor de la escalera. Pero no había más remedio que subir, así que, adelante. Cuarta planta. Por fin. Cerró la puerta del apartamento con un intenso alivio. Era la primera vez que valoraba tanto su casa. Esta no tenía nada de excepcional: un apartamento parisino de dos habitaciones normal y corriente, con una cocina para enanitos, un parquet que crujía, rosetones de estuco y una decoración básica que nunca se había entretenido en retocar..., pero era su cueva, el lugar adonde nadie iba a molestarla. Se dejó caer en el sofá y se secó los largos cabellos chorreantes con el albornoz que estaba tirado sobre los cojines. Bebió un sorbo de verbena fría de la taza que había dejado la noche anterior sobre la mesa de centro y se dio cuenta de que el contestador parpadeaba. Se levantó trabajosamente del sofá y pulsó el botón, cansada ya de la voz de los demás.

«Bip. Hola, soy Philippe. Anoche te fuiste tan deprisa que no tuve tiempo de decirte nada más sobre la fiesta por el cuarenta y cinco cumpleaños de Paul... Bueno, de todas formas lo hemos tramado todo en secreto con su novia. No se lo imagina ni por asomo, va a ser muy divertido. Y no te preocupes por el regalo, diremos que has participado. Así que deja de enclaustrarte en casa como una monja y ven esta noche. Nos vemos en el bar de debajo de casa de Corinne a las ocho. No te retrases. Te recuerdo la

dirección: metro Blanche, número 16 de la calle...»

Johanna pasó al mensaje siguiente.

«Mi vida, soy yo —susurró la voz de Francois—. Te he dejado también un mensaje en el móvil. La cosa se ha complicado y no voy a poder estar libre este fin de semana, pero te prometo que haré todo lo posible por pasar por Cluny esta semana, creo que el jueves, así podremos venir juntos el viernes por la noche. Lo siento, amor mío... Te echo muchísimo de menos... Un beso muy fuerte... Te llamaré... Bip.»

«Bueno, Jo, ¿se puede saber a qué te dedicas? Soy Isa. Ya te he dejado tres mensajes en el móvil y no me llamas. O sea que o bien estás con Francois, o bien estás enferma... Espero que la respuesta correcta no sea la dos... Y esta vez llámame, ¿eh? Si no, aviso a los bomberos. Venga, adiós. Bip.»

Johanna sonrió, descolgó el teléfono y marcó un número.

—¿Isa? Soy yo. No, no, estaba en el psicoanalista. Ah, sí, lo desconecté anoche cuando me acosté y esta mañana se me ha olvidado conectarlo. Sí, estoy bien. No, este fin de semana no, tiene que quedarse con su mujer y los niños... ¿Lloviendo? Bueno... Si el hombre del tiempo lo ha dicho, entonces... A la una en el jardín de Luxemburgo, en nuestro banco. Vale, hasta mañana. Yo también, Isa. Chao.

El domingo por la mañana ya no llovía y el cielo tenía el color invernal del cielo de París: un blanco sucio y opaco. Arrebujada en la gabardina, Johanna miraba los barquitos que los críos empujaban en el estanque del jardín con ayuda de un palo. Isabelle, como de costumbre, llegó tarde, y como de costumbre, adujo una justificación doméstica.

—Hola —dijo, dándole un beso—. Perdona, pero esta mañana ha habido un drama: Jules había perdido su osito fetiche, me he pasado una hora registrando su habitación, y al final ha resultado que Tara lo había metido en el lavavajillas para vengarse de su hermano porque le había dicho que su muñeca era fea... Oye, no tienes buena cara...

Johanna se obligó a sonreír. Isabelle, que trabajaba como periodista en una revista mensual femenina, era una vieja amiga del instituto de Fontainebleau que se había convertido en amiga íntima pese a que llevaba

una vida muy diferente de la suya. Más bien bajita, cabello rubio y corto, ojos de color avellana, siempre elegante pese a las redondeces heredadas de sus dos embarazos, Isa tenía un apego a la realidad cotidiana que irritaba a Johanna tanto como la beneficiaba.

—Vamos a comer —dijo Isa—. Una copa de vino tinto no te sentará mal, y además, tengo que hablar contigo.

—Bueno, ¿qué te pasa? —preguntó Johanna cuando estuvieron sentadas a la mesa—. ¿Tienes problemas?

—Mi querida Johanna —le contestó Isa—, una vez más, creo que no te enteras de nada... Perdona que no me ande con rodeos, pero eres tú quien está mal, por si no te has dado cuenta. No sé de qué va, pero tienes aspecto de fantasma de serie Z, y hace semanas que estás así... ¿El psicoanálisis no te ayuda?

—Sí, pero... —balbució ella, con los ojos anegados de lágrimas.

—Cariño... —se compadeció su amiga—. Comprendo, es una mala racha, pero eso nos pasa a todas, ¿sabes? ¡Acuérdate de cómo estaba yo después de dar a luz a Jules! Estás en una edad delicada para una mujer «soltera», Francois no está casi nunca para darte apoyo... Oye —prosiguió, tras un segundo de interrupción—, se me acaba de ocurrir una idea genial. Verás, la revista me envía una semana a Italia para hacer un gran artículo sobre las riquezas turísticas de Apulia y me voy el miércoles. Podrías acompañarme. ¿Sabes?, a veces hay que saber huir de los problemas para abordarlos mejor después, desde otro punto de vista...

—¿Apulia?

—Sí, la Puglia, el tacón de la bota. En esta época todavía hace buen tiempo, parece ser que se come muy bien, que es una región medio salvaje... ¡Y piensa en lo guapos que son los italianos! Solo tienes que pagar el billete de avión, y no subirá mucho... Todo lo demás lo arreglo yo con el periódico. Venga, Jo, ánimo. Además, hace lustros que no has hecho vacaciones... ¡Será una pasada disfrutar juntas de los hoteles y los restaurantes! Venga, no me dejes sola con todos esos apuestos italianos... ¡Piensa en el honor de mi querido esposo!

—Isa, el miércoles es dentro de tres días, ¡no puedo! Estamos en plenas

vacaciones de Todos los Santos y en mi yacimiento casi todos se han tomado días libres... ¿Y Francois? Quiere pasar el jueves por Cluny para verme...

—Pero bueno, ¿acaso tu querido Francois te consultó antes de irse un mes a Cabourg este verano? —replicó Isabelle en un tono de amable enfado, al tiempo que encendía un cigarrillo—. Y eso de tu yacimiento... En fin, perdona que te lo diga, pero el jefe es Paul, no tú, aunque, eso sí, eres una ayudante imprescindible. ¡Pero tú también tienes derecho a tomarte unos días libres, qué demonios! Además, ¿qué pasa con las treinta y cinco horas? Tus esqueletos pueden esperar perfectamente una semana, ¿no?

El comandante del vuelo anunció que el avión iniciaba el descenso hacia Brindisi y que la temperatura en tierra era de veintidós grados. Isabelle cerró las guías y el mapa que había consultado durante el viaje tomando notas; Johanna dejó de pensar en Francois. Tenía sentimiento de culpa por haberse negado a verlo antes de marcharse y por lo que le había hecho pasar desde el famoso fin de semana en Mont-Saint-Michel. Sin embargo, no sentía un arrepentimiento profundo. Era como si su fuerza vital y su voluntad estuvieran anuladas. Se dejaba llevar por el curso de las cosas, sin tratar de influir en ellas. Seguía aferrándose a su trabajo, más por costumbre que por verdadera convicción, persuadida de que jamás encontraría la tumba de Hugo de Semur. Ante la insistencia de Isabelle, había terminado por ceder, cansada por anticipado de oponerse a ella. Si Francois le anunciara ahora que la dejaba, no lucharía. La joven tenía la extraña sensación de haber nadado a contracorriente de su existencia... Actualmente, con treinta y tres años, estaba sin aliento y tenía los músculos más flojos que los de un viejo. Había recurrido al psicoanálisis como quien acepta una muleta, consciente de que la terapia nunca la pondría en pie, pero la ayudaría a no caer enseguida. Era una cuestión de tiempo, y la cantidad de medicamentos que ingería mañana y noche reforzaban más esa impresión de flotar, de deslizarse lenta pero inexorablemente hacia una nada contra la que era vano resistirse, al tiempo que era inútil precipitarla.

—Alquilaremos un coche y tomaremos la carretera que bordea el Adriático hasta Lecce, Otranto y Santa Marina di Leuca, en la punta del tacón —anunció Isabelle—. Después subiremos por el otro lado, por la costa del

mar Jónico, hacia el norte...

—Muy bien, conduces tú —contestó Johanna.

Tres días más tarde, las pecas de Johanna se habían multiplicado sobre su nariz y sus mejillas por efecto del sol y tenía la mirada chispeante. Algunas veces se debía a los vinos de la zona, que tenían catorce grados, y con frecuencia al encantador cambio de ambiente que le ofrecían las ciudades barrocas, el mar turquesa, la tierra roja, los campos de trigo duro salpicados de amapolas y las extensiones de olivos centenarios, de troncos secos y nudosos como los brazos de un viejo contorsionista.

Isabelle no había mentido sobre los tesoros gastronómicos de la región y, por un precio irrisorio, las dos glotonas se ponían las botas de pasta, ensaladas de pulpo tibias, gambas frescas, cordero asado y cremosos helados que habrían hecho palidecer a los restaurantes italianos más esnobs de París. Los escasos turistas se habían marchado hacía tiempo y, a pocos días de Todos los Santos, se extasiaban, solas, en las estrechas carreteras del valle de los *trulli*, esas insólitas edificaciones de piedra seca y tejado cónico, que parecían casas de elfos silvestres cuyo bosque hubiera desaparecido para ser reemplazado por cepas de vid.

—¡Es disparatado! —exclamó Johanna—. ¡Parecen casas de pitufos! ¿Qué es ese signo pintado en el tejado?

—No se sabe exactamente —respondió Isabelle, tocando el claxon al acercarse a una curva—. Corresponde a los astros, creo... He leído en algún sitio que estaban habitadas desde el siglo XII, ¿te das cuenta?

La fantasmagoría de aquellas piedras, unidas por el hombre según un impenetrable misterio, intrigaba a Johanna.

—¡Y espera, que todavía falta lo mejor! —le advirtió Isabelle—. Vamos a Alberobello, la ciudad de los pitufos... ¡No hay más que *trulli* por todas partes!

Efectivamente, una vez pasados los suburbios industriales, vestigios de un esplendor regional convertido en miseria, apareció un pueblo entero de casas encaladas, con tejado cónico de piedra.

—Vaya... —dijo Isa, cerrando la portezuela del coche—, no lamento haber hecho este periplo... ¡Menuda diferencia comparado con Florencia y

Venecia!

Johanna no pudo evitar pensar que Francois no la había llevado nunca a Venecia, pero enseguida olvidó sus quejas de chica romántica.

—Jo, ponte ahí, por favor, junto al *trullo* de la viña virgen —ordenó la periodista—. Voy a hacerte una foto.

Cuando no estaba al volante del coche, Isa hacía fotos sin parar, tanto para cubrir las necesidades de su reportaje como para impresionar a su marido y a sus hijos. Exigía que Johanna o algún autóctono posara, cosa que irritaba a su amiga, para quien la belleza intrínseca de los viejos muros no necesitaba en absoluto la sonrisa publicitaria de un humano de paso.

—¡Ni hablar, Isa, ya estoy harta! —estalló la arqueóloga—. La próxima vez, que te acompañe una top model de la revista, así cubrirás las páginas de moda, pero a mí olvídate, no es lo mío.

—Vale, vale, tranquila. Esta vez posaré yo y tú haces la foto, ¿te parece bien?

—Sí, pásame la cámara.

Isa se acercó a la pared blanca. Su conjunto verde manzana, salido de los talleres de un joven diseñador, hacía juego con el color de la parra que se extendía por el borde del tejado redondo.

—¡Perfecto! —exclamó Johanna, mirando a través del visor—. ¡Muy bonito! Espera, zoom adelante..., eso es...

Johanna apartó la cámara y dejó ver un rostro con una expresión de tremendo estupor.

—¿Ya está? —preguntó Isa—. ¿Qué te pasa? ¡Parece que hayas visto a los siete enanitos!

Sin responder, Johanna avanzó boquiabierta hacia la construcción y se dirigió a la izquierda de donde estaba su amiga. El nombre de la calle estaba grabado en letras doradas en una placa de mármol. Johanna no podía apartar los ojos del rótulo. Isabelle se acercó y leyó la inscripción: *via Monte San Michele*.

—¡Anda! —exclamó, atónita—. ¿Se puede saber qué pinta Mont-Saint-Michel aquí?

Se enteraron preguntándole a una tendera. No se trataba de la montaña

normanda, aunque los normandos hubieran gobernado durante un tiempo Apulia, sino de una referencia a un lugar destacado de la región, el monte Gargano, donde san Miguel se había aparecido. El lugar sagrado se elevaba a un centenar de kilómetros, en Monte Sant'Angelo.

—No es posible... —murmuró Johanna—. Ese maldito lugar tiene un gemelo en la otra punta de Europa, en un rincón completamente perdido, y he tenido que ir a parar ahí.

Inmediatamente maldijo el destino, o la coincidencia fortuita. La situación habría hecho reír a Francois, pero ella se puso a despotricar contra su inconsciente, su conciencia, el azar, la mala suerte, la revista de Isabelle y su propia amiga, quien, si hubiera podido, se habría transformado en manzana verde para acabar convertida en compota, por lo apesadumbrada que estaba de haber sido el fruto de la tentación que hacía surgir los viejos demonios de Johanna. Salieron de Alberobello en dirección a Ostuni, un maravilloso pueblo edificado sobre una colina. Isabelle esperaba que el encanto oriental de las piedras de Ostuni conjurase el hechizo que había vuelto a apoderarse de su amiga.

Al contrario que Alberobello, aldea de llanura construida por duendes agricultores, Ostuni parecía una ciudad marroquí encaramada en las alturas, de un blanco casbah y colgada del cielo como una Essaouira altiva y católica. Isabelle y Johanna dejaron el coche en una plaza de la ciudad nueva, en las faldas del promontorio, y subieron a pie a la ciudad medieval. La pendiente era suave y las calles, amplias, formaban un laberinto apacible; bordeadas de bloques cuadrados de viviendas blancas, las callejas exhalaban un olor de ragú y de verduras fritas que escapaban de las floridas ventanas y de las pequeñas trattorias abiertas a la calle. Johanna escrutaba las placas de las calles, pero no encontró ni rastro del Arcángel. Tan solo una virgen de escayola pintada, metida en una hornacina, le envió una mirada afligida desde detrás de la reja. En la parte más alta del casco antiguo no había ninguna abadía, sino una espléndida catedral de frontón veneciano, con el rosetón cincelado como un sol gótico. En la cima del monte, las dos amigas contemplaron el panorama: un océano de olivos formaba una bahía de bronce con lentejuelas plateadas, de donde emergían insólitos montículos de piedra.

Al son de la música juguetona del viento, las olas vegetales ondeaban como un vientre oriental. Al final de la tierra y del cielo yacía un desierto azul, oscuro e inerte: el mar parecía muerto.

—Es suntuoso, ¿eh, Jo? —se aventuró a decir Isabelle—. Ostuni la blanca, la ciudad de las tres colinas... Una pequeña Roma, pero de otro estilo. ¡En verano debe de ser terrible, con los turistas y la canícula! Pero merece la pena que hable de ella en mi artículo... Esta noche iremos ahí abajo —añadió, señalando con un dedo el vacío—, a una antigua alquería transformada en hotel de diseño.

El fresco envolvía poco a poco la ciudad, mientras el color del cielo cambiaba hasta adquirir el mismo azul oscuro del mar. Johanna no contestó, pero no pudo contener un escalofrío.

—¡Estás temblando! —dijo Isabelle—. ¿Tienes trío?

—Un poco —respondió su amiga, con la mirada perdida en la lejanía—. Y también tengo mucha hambre. ¿Y si fuéramos a cenar? ¿Has reservado mesa en algún sitio?

—No, pensaba buscar un restaurante para mencionarlo en mi artículo. Vamos, hay muchos, y en esta época no tendremos que pelearnos para encontrar sitio. Toma, ponte esto —añadió Isa, sacando una cazadora del bolso.

Johanna se puso la chaqueta de piel y siguió a su amiga. El sol se estaba poniendo y, pese a las farolas que iluminaban las fachadas gredosas, Johanna solo veía sus zapatillas de lona bajando con dificultad los escalones.

—No te preocupes —intentó tranquilizarla Isabelle, cogiéndola del brazo—, encontraremos un buen restaurante, nos ponemos las botas y mañana será otro día.

—Isa, te adoro, pero si las angustias existenciales se pasaran a golpe de cuchillo y tenedor, todos seríamos felices... y estaríamos obesos.

—Puede ser —repuso Isabelle, tratando de aparentar seriedad—, y entonces las revistas como la mía dejarían de exhibir a esas chicas talladas en un grano de arroz, y las gordas risueñas triunfarían. Mi lema es: *Fat power!* Venceremos porque somos las más optimistas.

Johanna empezó a desplegar una amplia sonrisa. Isabelle se había

detenido delante de un letrero que parecía excitar muchísimo su curiosidad de militante.

—¡Fíjate en eso, Jo! —exclamó—. *La taverna della gelosia*: La taberna de los celos... Es un nombre genial. ¿Nos apostamos una ración de pulpo a que lo dirige una espléndida mujer metida en carnes?

—Y divertida —añadió Johanna—. Decididamente, somos unas amigas un poco raras... Las dos fascinadas por los letreros italianos, pero no por los mismos.

—Sí, ya ves... Tú estás obsesionada con una montaña sagrada del litoral de la Mancha, y yo con los montículos adiposos de mis caderas... ¡En fin, cada cual lleva su cruz!

Esta vez, Johanna se echó a reír y se agarró a Isa con ternura mientras bajaban la empinada escalera que conducía al restaurante. Dos terracitas, mágicas a la luz de los farolillos, se abrían a la noche naciente. Isabelle había acertado en el sexo del propietario del establecimiento, y la patrona les propuso ocupar una mesa en el interior, en un sótano abovedado de piedras vistas, que parecía una cueva rústica transformada en un espacio refinado gracias a la cuidadosa decoración de una mujer con gusto.

—Es muy bonito, pero, si no te importa, preferiría quedarme fuera —le susurró Johanna a su amiga—. Me da miedo sentir claustrofobia aquí adentro.

—¿Ya no te gustan las piedras de la Edad Media? —preguntó Isa, sorprendida.

—Si no tienes miedo de pasar frío, en este momento me encuentro mejor al aire libre.

—De acuerdo. No te preocupes, también llevo un jersey en el bolso.

Se instalaron bajo las protectoras ramas de un pimentero gigante, de tronco rugoso y hojas que despedían un delicado olor de bayas rosa. Inmediatamente, Isabelle entabló una animada conversación con la restauradora, en italiano e inglés salpicados de francés. Cuando esta última las dejó solas con la carta, la periodista tomó unas notas en un cuaderno y luego encendió un cigarrillo con la llama de una vela que estaba sobre la mesa.

—No quiere decirme por qué el local se llama La taberna de los celos —

le explicó a Johanna—. Debe de ser algo privado. En cualquier caso, su especialidad es la cocina medieval a base de carne; ha recuperado recetas de la época y las ha actualizado. Es una idea excelente, ¿no te parece?

—Mmm... —musitó la arqueóloga examinando la carta con un mohín de desdén—. ¡Espero que la carne no sea de la época! No hay pulpo... Bueno, da igual; me conformaré con una pizza, no tengo ganas de correr riesgos...

Isa no contestó. Sabía que Johanna no era tan grosera como para seguir de mal humor después de la segunda copa de vino de catorce grados, así que pidió enseguida el mejor tinto de la región. Johanna no habría podido decir si su disgusto estaba provocado por la sensación de que el Mont-Saint-Michel la perseguía a todas partes, hasta en el contenido medieval de su plato, o por el enfado que sentía crecer en su interior contra Francois: en aquel lugar romántico, más propicio a la armonía en pareja que a los celos, tomaba conciencia de que su compañero no le había dedicado nunca una semana de vacaciones. Le habría encantado ese pueblo de la Edad Media, esas poéticas lamparillas, ese personaje pintoresco que hacía revivir la cocina de otro tiempo..., su tiempo, el tiempo predilecto de ambos. Habrían hablado largamente a la luz de las velas, como apasionados y como especialistas, de su descubrimiento de la existencia del monte Gargano. En lugar de estar allí con ella, de mirarla, de rozar su piel, estaba a cientos de kilómetros, y ella perdía los nervios con su mejor amiga, que se esforzaba en hacerle olvidar su depresión. Le entraron ganas de coger el móvil de Isabelle, que tenía un bono internacional, y llamar a Francois.

—¿Estás segura de que no te importa compartir los *antipasti*? —le preguntó Isa—. Son para dos.

—No, no, está muy bien.

—Y después, yo quiero probar este «ragú de conejo al estilo medieval». ¿Y tú? ¿Te pido una pizza? ¿Cuál te apetece?

—No, no —respondió Johanna, terminándose la segunda copa de vino—. Al final he cambiado de opinión. Es una tontería pedir una pizza... Conejo, como tú.

Unos instantes más tarde, las dos mujeres rebañaban lo que quedaba del ragú con especias y vinagre.

—Dame un cigarrillo —pidió Johanna—. Quisiera pedirte una cosa.

Tosió, ya que no fumaba nunca, y expuso su petición.

—Isa, me gustaría que fuéramos a ver el monte Gargano. Es absolutamente demencial, es como si, cuanto más huyera, más intentara pillarme todo eso por sorpresa, golpearme por detrás. Y los ataques por la espalda me horrorizan tanto como todas estas coincidencias. No tengo miedo, estoy contigo, y quiero quedarme tranquila, ver lo que hay allí, si es diferente del monte normando, cómo es la abadía, de qué estilo, cuál es su historia...

—Podemos comprar un libro, no hace falta ir.

—No, está aquí al lado. No me perdonaría nunca haber estado tan cerca y no haber tenido valor para visitarlo, sabiendo que existe. Por favor, apenas nos entretendrá un día, y quizá haya cosas interesantes para tu artículo.

Dos días después, domingo por la mañana, el coche subía por una carretera serpenteante del monte Gargano. Vasto macizo boscoso, excrecencia de tierra que dominaba el Adriático, el Gargano era una reserva natural, una gran montaña poblada de vegetación, bordeada de estaciones balnearias y sembrada de pueblos empinados, entre ellos Monte Sant'Angelo, que albergaba el santuario dedicado a san Miguel.

—Ya lo ves: el paisaje no tiene nada que ver con Normandía —dijo alegremente Isabelle—. Ni llanura, ni isla, ni mareas, ni corderos..., ni siquiera vacas.

—Sí. Por lo que parece, es más bien un pueblo aislado en la montaña. ¡Qué raro que haya tan poca relación entre los dos sitios!

—¡Mejor!

El contraste era todavía mayor en la entrada al casco urbano: el cartel indicaba Monte Sant'Angelo, pero, en vez de piedras antiguas, lo que recibió a Isabelle y a Johanna fueron hileras de edificios de sórdida modernidad. La arqueóloga pensó que sin duda se habían equivocado. Luego, a lo lejos, construido en la cima de la montaña, distinguieron el pueblo antiguo, como una blanca medina semejante a Ostuni. Se tranquilizaron e Isa continuó avanzando. Johanna se sintió dominada por una intensa excitación: un campanario cuadrado emergía del mar de casas, pero no se parecía en nada a la esbelta aguja gótica del monte francés. ¿Formaría parte de una abadía

monumental, con una cripta subterránea que albergaba dos coros gemelos? Había que acercarse para averiguarlo. Sentía un hormigueo en el cuerpo y estaba sudando pese a que el aire de las alturas era fresco. Finalmente llegaron a la cima e Isa detuvo el coche en una especie de corredor. Johanna salió como alma que lleva el diablo y buscó con la mirada el monasterio. El campanario estaba allí, solitario, sin catedral: una torre, un *campanile*. Callejuelas estrechas y adoquinadas, tiendas de recuerdos devotos, restaurantes para turistas..., pero ni rastro de una abadía.

—*Scusi* —le dijo a una vendedora vestida de negro, inclinada sobre unas vírgenes de plástico transparente—. *San Michele santuario, per favore?*

Su acento no debía de resultar muy convincente, pues la mujer no abrió la boca y se limitó a señalarle con el dedo un edificio normal y corriente, cerca del cual Isa acababa de encontrar un hueco donde aparcar. Johanna, dubitativa, se acercó. Frente al *campanile*, un amplio pórtico conducía a un edificio de piedra calcárea cuya fachada parecía reciente, posiblemente del siglo XIX.

Sobre la blanca pared, en la que había dos arcadas ojivales gemelas, con dos puertas, destacaba un frontón triangular ornamentado con frisos. Encima de las dos arcadas idénticas, entre dos pequeños rosetones, una hornacina albergaba una estatua de escayola: la estatua de san Miguel decapitando al dragón, réplica exacta de la escultura de oro que coronaba la aguja del campanario normando.

—¡Ah, está aquí! —dijo Isabelle a su espalda—. Hay que saberlo para dar con él, no es precisamente espectacular.

—¡Lee eso! —le ordenó Johanna, con la mirada cautivada por el epígrafe de la puerta de la derecha—. *Terribilis est locus iste hic domus dei est et porta coeli*: «Este lugar es terrible, pues es la morada de Dios y la puerta del cielo».

—¿Qué pasa? Es normal tratándose de una iglesia. Bueno, ya que estamos aquí y que al parecer no hay monjes, ven, vamos a ver este terrorífico lugar.

Cruzaron la puerta. Un tenderete de objetos de culto a su derecha y una gran escalera que bajaba no se sabe adónde. No había taquilla para la venta

de entradas.

—Lo tuyo es deformación profesional, Johanna —explicó Isa—. No olvides que estamos en Italia y que aquí el Estado y el organismo encargado de los monumentos nacionales no tienen un poder absoluto sobre las iglesias; es el Vaticano el que gestiona su patrimonio histórico. Así que no vamos a entrar en un museo, sino en un lugar de culto donde no está permitido ir con pantalones cortos y los brazos descubiertos.

Johanna se puso su chaqueta de ante y las dos amigas se adentraron en la escalera. Inmediatamente, Johanna se sintió sobrecogida por el olor característico de la ancestral piedra calcárea, los frescos medievales medio borrados, una inmensa cruz, las grandes arcadas góticas y las bóvedas ojivales por encima de su cabeza. Una sensación de misterio, de tiempo que se detiene, la dejó sin habla. Bajaron los cinco tramos de escalera, interrumpidos por cuatro rellanos, con la certeza de penetrar en las entrañas de la tierra y del ser humano. La escalera no se acababa nunca... ¿Qué había al final de ese mundo en penumbra? En las paredes, Johanna reconoció rastros de antiguas sepulturas. La escalera se acabó por fin y distinguieron una luz que pasaba a través de una puerta enmarcada por columnas salomónicas, sobre la cual había un fresco casi desaparecido en el que se adivinaba la silueta de un toro. Bajo el fresco, dos ángeles sostenían una placa de mármol rodeada por una rica orla. Johanna tradujo la inscripción latina en voz alta:

—«Esta es la cripta de san Miguel Arcángel, famosísima en el mundo entero, donde se ha dignado aparecerse a los hombres. Oh peregrino, prostérnate en el suelo y venera estas piedras, porque el lugar donde te hallas es un lugar santo» —murmuró.

Cruzaron la puerta. La cruda luz del sol que penetraba libremente en el atrio las sorprendió y las hizo pestañear. Unos sarcófagos de mármol y unas imágenes de santos bordeaban el patio. Frente a ellas, una magnífica portada románica enmarcaba una pesada puerta de bronce por la que se accedía a un espacio sombrío: la morada del Ángel. Presa de una viva curiosidad, Johanna adelantó a su amiga y, con el corazón latiéndole desacompañadamente, entró la primera. Su imaginación de enamorada de las piedras jamás habría podido

adivinar lo que vio entonces. Retrocedió unos pasos y se detuvo, cautivada por la atmósfera que emanaba de la basílica. Se encontraba en el centro de una gruta: una caverna natural, constituida por enormes bloques de piedra sin edad en cuyas anfractuosidades jugueteaban las sombras, sostenía una catedral humana, un techo gótico de bóvedas de crucero ojivales. Frente a Johanna, al fondo de la catedral, se abría un ábside de un amarillo solar, un templo barroco pegado a la roca que le recordó Jordania y Petra... Sí, una Petra subterránea. Aquella extraña iglesia, alianza entre la tierra y los hombres, no era sino un preludio.

En cuanto los ojos de Johanna se hubieron acostumbrado a las tinieblas de la nave, su atención fue atraída hacia la derecha, hacia el coro: bajo una bóveda de rocas irregulares rodeada de tribunas, detrás de un altar, resplandecía un punto luminoso. Dentro de una gran urna de plata y cristal de Bohemia, apoyada sobre la masa rocosa, brillaba la estatua de san Miguel Arcángel esculpida en un mármol blanco de una pureza extrema.

Cautivada, Johanna se acercó y contempló al capitán de los ejércitos celestes, dotado de alas de oro, vestido con una armadura corta de legionario romano y una capa militar, armado con una larga espada, en la actitud de un guerrero cortando la cabeza de un demonio con cara de simio, patas de macho cabrío, zarpas de león y cola de serpiente. Ese san Miguel tenía una expresión que ella no había visto nunca en ninguna parte: su rostro era de adolescente y sonreía, una cabellera ensortijada le envolvía la cabeza, su mirada tenía la inocencia cristalina de la mirada de un niño.

—Es absolutamente extraordinario... —comentó Isabelle cuando hubo alcanzado a Johanna.

—Sí, Isa —susurró Johanna, cuya emoción se traslucía en la voz—. No me esperaba en absoluto una cosa así... Es impresionante.

Admiraron detenidamente los detalles del lugar, los altares, las esculturas, la pequeña capilla que contenía las reliquias de papas mártires de los primeros siglos de la era cristiana. Los ennegrecidos huesos guardados en lujosos relicarios dejaron boquiabierto a Isabelle, mientras que a Johanna le impresionaron más las admirables esculturas y los bajorrelieves medievales: una Virgen de Constantinopla del siglo XII y un san Miguel, que a su

entender debía de ser del siglo VIII o IX, representado con una balanza en el momento de pesar las almas de los pecadores fallecidos. En el centro de una pequeña estancia excavada en la roca y protegida por un cristal, estaba expuesta una encantadora escultura de un san Miguel renacentista, a la que los visitantes echaban monedas a través de una ranura hecha en el cristal.

—¡Un pozo de los deseos! —exclamó alegremente Johanna—. Por una vez, voy a pedir uno.

Y así lo hizo, ante la mirada divertida de su amiga. Isa estaba encantada, seducida también por la belleza mística del lugar y feliz de ver a Johanna contenta y serena. Un murmullo de voces las hizo volver al centro de la gruta.

Una multitud se había congregado en los bancos que rodeaban el coro, hasta la nave donde mujeres y hombres esperaban de pie la misa dominical. Un sacerdote estaba delante de la urna que contenía la estatua de san Miguel. Cuando empezó el oficio, permanecieron un rato en una esquina de la iglesia, de espaldas a la roca, emocionadas por el fervor que emanaba de los asistentes, todos italianos. Después, por pudor y por respeto a aquella piedad auténtica, salieron de la caverna. Subieron la gran escalera en silencio. Arriba, Johanna encontró una guía del santuario escrita en francés, pero hasta que salieron al pórtico y estuvieron al aire libre no se permitieron hablar.

—¿Qué tal? —preguntó Isabelle a Johanna.

—¡De maravilla! —respondió esta—. No lamento mi decisión. Me siento liberada..., pero no comprendo por qué este lugar no es más conocido en Francia; para mí, tiene tanto valor como la capilla Sixtina. ¿Qué te parece si nos sentamos en algún sitio? Estoy deseando leer este libro para enterarme de más cosas.

—Perfecto. Podemos ir a comer, es la hora —contestó Isa, relamiéndose.

El pueblo también merecía haber hecho aquella excursión improvisada. Albergaba una fortaleza medieval, digna de los caballeros de la Tabla Redonda, que antaño había pertenecido a los normandos, un baptisterio del siglo XI llamado San Juan de Tumba, unas iglesias de la alta Edad Media y unos jardines de amapolas. Definitivamente, no había ningún monasterio ni lo había habido nunca. Un barrio despertó especialmente su curiosidad: el barrio Junno, la parte más antigua de la localidad, formado por casas

encaladas con balcones de hierro forjado, que ofrecían una espléndida vista del mar y estaban construidas a lo largo de estrechas y sinuosas callejuelas.

—¡Es increíble! —exclamó Johanna con la boca llena de cordero montañés, la especialidad local—. El santuario data del siglo V. Es anterior al Mont-Saint-Michel francés. O sea, que es lo contrario de lo que yo creía: el monte Gargano es el modelo, y la caverna original del monte normando, la gruta de San Auberto, es su gemelo histórico.

—Gemelo, gemelo... Perdona, pero no veo que tengan gran cosa en común como para considerarlos hermanos —repuso Isa, repelando el hueso de una costilla—. No son precisamente monocigóticos.

—Sí —insistió Johanna—. Hay diferencias importantes, pero tienen la misma matriz legendaria: la triple aparición. En el año 490, san Miguel se apareció en sueños a un obispo local pidiéndole que consagrara la gruta que él había elegido en la montaña y que antes era un lugar de culto pagano. El obispo no hizo caso. En 492, el Ángel se apareció por segunda vez al obispo Lorenzo, prelado de la ciudad de Siponto, que le había pedido ayuda porque su ciudad estaba sitiada por el enemigo. El capitán de los ejércitos celestes garantizó la victoria de los sipontinos... En 493, en muestra de agradecimiento, el obispo decidió obedecer por fin al Arcángel y consagrar su gruta. San Miguel se le apareció entonces por tercera vez para decirle que era demasiado tarde, que ya lo había hecho él mismo. El obispo, escoltado por el clero y el pueblo, fue a la caverna, donde encontró erigido un altar de piedra cubierto con la capa roja del Ángel guerrero y, grabada en la roca, la huella del pie de san Miguel. El obispo ofició por primera vez en el santuario aquel día, 29 de septiembre, que se convirtió en la festividad de san Miguel en todo el mundo.

—Muy interesante. Oye, este cordero es realmente extraordinario...

—¡Tienes razón! ¡Como el cordero de Mont-Saint-Michel! —dijo Johanna con los ojos brillantes—. Y desde el punto de vista del simbolismo, es lógico. A san Miguel le gustan las regiones vinícolas (la sangre de Cristo) y productoras de carne de cordero (el Cordero de Dios), las montañas a orillas del mar (la Jerusalén celeste), el número tres (la Santísima Trinidad) y los obispos.

—¿Ah, sí? Y según tú, ¿por qué es «preladófilo»? —preguntó Isa sonriendo.

—¡Y yo qué sé! —respondió Johanna, riéndose de su extravagante demostración, que habría hecho poner el grito en el cielo a sus antiguos profesores—. Quizá porque algún vicio tiene que tener, por muy santo que sea.

—¡Menudo vicio, tener debilidad por los obispos! Y encima no le corresponden, porque ninguno hace caso de lo que les dice.

—Exacto, Isa... Mientras que Juana de Arco, a quien se apareció cuando era pastora, le hizo caso enseguida, en la leyenda de Mont-Saint-Michel, el Ángel tuvo que perforar con un dedo la cabeza de Auberto para que el prelado se decidiera por fin a construirle la gruta en la montaña y dejara de hacerse el loco. De lo que se deduce que, pese a la pasión de los ángeles, los hombres siguen siendo hombres.

El final de la comida fue jovial y estuvo salpicado de teorías chuscas que derivaron en confidencias escabrosas sobre sus respectivos compañeros. Prosiguieron la conversación callejeando, recorriendo la parte antigua del pueblo y las terrazas de los bares. Isabelle hacía muchas fotos, anotaba impresiones y direcciones de locales en su deseo de reparar la injusticia hecha a Monte Sant'Angelo por algunas guías turísticas francesas, que no decían una palabra ni del lugar ni de sus atractivos. Al atardecer, se cruzaron con unos ancianos endomingados, de elegancia viril y anticuada, que iban a tomar el aperitivo mientras jugaban a las cartas. Isa echó un vistazo al reloj y Johanna le dirigió una mirada adulatora.

—¿Qué programa tenemos para esta noche, Isa?

—Tram, una ciudad con un encantador puerto pesquero, en el camino hacia Bari. No tardaremos en ir para allá; he dicho en el hotel que llegaríamos hacia las ocho.

—Isa..., no quiero ser desagradable, pero empiezo a estar cansada de hacer tantos kilómetros. Me gustaría descansar un poco. ¿Qué te parece si pasamos la noche aquí y nos vamos mañana por la mañana? He visto un hotelito enfrente del santuario, quizá te resulte útil para el artículo conocer un hotel aquí para poder recomendarlo... Venga, te invito para agradecerte que

me hayas traído, y también pago la cena.

Isabelle expulsó lentamente el humo del cigarrillo y frunció el entrecejo.

—¡Ostras, Jo! Mira, yo soy rubia, pero no es mi color natural... ¿Por qué no confiesas simplemente que no quieres dejar a tu san Miguel, ahora que sabes que aquí nunca ha habido monjes y, por lo tanto, que ningún fantasma de monje benedictino italiano vendrá a tirarte del pelo mientras duermes?

El hotel Miguel era modesto. Estaba prohibido fumar, sobre todo en las habitaciones, cosa que irritó a Isabelle. La falta de afabilidad de la chica que las recibió la sacó todavía más de quicio, pero se calmó al enterarse de que eran las únicas clientes y, en consecuencia, podían disponer de la mejor habitación, la «*matrimoniales*, que tenía una vista excepcional de los tejados del pueblo y del mar. De pie en el balcón de la habitación, las dos jóvenes admiraron el panorama: frente a ellas y a su derecha, se extendían los nidos blancos de tejas rojas, que una multitud de golondrinas parecían defender con su vuelo musical. A su izquierda, los arcos romanos del viejo baptisterio, el edificio más cercano, se recortaban en el cielo como un astro familiar. A lo lejos, la inmensidad azul lamía, impasible, el pie verde de la montaña. Abajo, los ruidosos juegos de unos críos animaban una placita rodeada de iglesias con portada barroca. Al ver a los jóvenes autóctonos, Isabelle se instaló en el balcón para hacer fotos fumando, mientras que Johanna volvió a la caverna santa para explorarla antes de que cerraran el santuario. Esa noche, la enamorada de las viejas piedras se sintió revivir, pero no era la arqueóloga la que renacía, sino una niña liberada de un miedo primitivo: morir mientras dormía. Esa noche, tras el ágape habitual y un digestivo paseo por las callejas, Johanna se tendió junto a su amiga y no se tomó ningún somnífero.

A la mañana siguiente, cuando el despertador de viaje sonó, Isabelle se despertó de golpe. Saltó de la cama y describió las cortinas de terciopelo rosa: un sol resplandeciente iluminaba el cielo y el lejano mar, ambos de un azul claro y liso, sin nubes, sin olas. Frente al agua brillaban las rocas y los viñedos. La luz blanqueaba las casas de la montaña, que tendían sus tejas ancestrales hacia la nueva mañana. Isa abrió la ventana, se alegró de que hiciera un día tan espléndido y, al dar media vuelta para despertar a Johanna, se percató de que estaba sola en la habitación.

—¿Jo? ¿Estás en el cuarto de baño? —preguntó. Al no obtener respuesta, añadió—. ¿Adónde habrá ido? A misa *quizá*... —dijo, sin poder reprimir la risa.

El único rastro de su amiga era el equipaje, que estaba en un rincón. Isa dedujo de ello que Johanna no debía de estar muy lejos y tomó posesión del cuarto de baño. Unos instantes más tarde, vestida con un traje de chaqueta de color rojo y un jersey corto azul marino, cuidadosamente peinada y maquillada, subió la escalera que conducía hasta la sala común del hotel dejando tras de sí una estela almizclada. En una esquina del mirador construido bajo los tejados, un hombretón manejaba una máquina de café refunfuñando. Sentada frente a la cristalera, Johanna desayunaba sola. Junto a ella había un bolígrafo y un pequeño cuaderno azul.

—Buenos días —le dijo Isabelle dándole un beso—. ¿Hace mucho que estás aquí? No te he oído levantarte.

—Buenos días, Isa —contestó ella, poniendo discretamente el cuaderno boca abajo—. Me he despertado un poco antes de que amaneciera, pero he salido despacio para no despertarte.

—¿Has visto salir el sol desde aquí? —preguntó Isabelle señalando el cristal—. ¡Debe de haber sido una maravilla!

—Sí, absolutamente espléndido —contestó Johanna antes de llevarse la taza a los labios.

Isabelle se sentó a su lado, pidió un café solo y observó a su amiga. Estaba rara: poco locuaz, cara de cansada, la mirada atrapada por la cristalera, se pasaba por la frente los dedos sin anillos. Debía de haberse vestido a oscuras, sin lavarse previamente. Llevaba sus eternos pantalones de gruesa loneta oscura, sus inseparables botines planos y un clásico jersey de lana gris, con el cuello en pico, sobre una camiseta blanca. Estaba delgada, pero no demasiado, y se adivinaban formas firmes y generosas bajo la indumentaria andrógina. Isabelle hubiera dado cualquier cosa por tener ese cuerpo, todavía sin marcar por la condición de madre desbordada por la vida cotidiana. Si ella tuviera la suerte de estar hecha así, intentaría mantenerse, comería bio e iría a la piscina y al gimnasio, no como Jo, que se atracaba de lo que fuera y se declaraba incompatible con el deporte. Si ella tuviera la figura de su amiga,

se pondría largos vestidos ajustados, prendas escotadas, chaquetas ceñidas, faldas cortas, tacones, y no escondería su belleza bajo esas ropas informes y monótonas.

Por una vez, Johanna no se había recogido el pelo y la hermosa melena castaña, un poco ondeante, le caía sobre los hombros. Sin las gafas, no tenía tanto aspecto de intelectual y se apreciaban mejor sus soberbios ojos rasgados, azul claro con un círculo gris alrededor. ¡Si por lo menos se esforzara en maquillarse, dejaría a todos los hombres petrificados con tan solo una mirada! Tenía los labios muy bien perfilados y no necesitaban silicona en absoluto, pero un poco de carmín les daría vida... No tenía un trabajo estresante, no fumaba, no abusaba del té ni del café, así que conservaba los dientes blancos sin la ayuda ruinosa de un dentista... En cuanto a su piel, era fina, salpicada de esas pecas irregulares que tanto contrastaban con la oscuridad del cabello y de las cejas, apenas depiladas. Eso era un detalle absolutamente encantador; le daba un aspecto juvenil y travieso. Debería prestar atención a las arrugas, se distinguían algunas en forma de estrella en las comisuras de los ojos. Las primeras grietas del tiempo... Johanna debía de pensar en ellas menos que en su primera muñeca, pero, así y todo, no por ser arqueóloga tenía que parecer una pared vieja. Isa se prometió que le hablaría de la nueva generación de cremas y le daría unas muestras si sus compañeras de la redacción no se las habían llevado todas. Aparentemente, el momento presente no era propicio para una charla sobre cosmética: Johanna hacía caso omiso de la presencia de su amiga y parecía totalmente absorta en la contemplación del cielo, rasgado por un ballet de golondrinas juguetonas.

—¿No has dormido bien? —preguntó Isabelle.

—No he dormido mucho —respondió Johanna al cabo de un rato de silencio—, pero ha sido suficiente.

—Bueno... ¿Quieres volver a la gruta antes de que salgamos para Trani?

—No, no hace falta. Ya he visto lo que tenía que ver. Pero voy a ir a lavarme antes de dejar la habitación. Isa, ¿puedo ponerme tu jersey azul sin mangas? ¿Sabes cuál te digo? Ese que es tan suave...

—¿El top de cachemira? Pues claro —contestó Isa, sorprendida—. Es

posible que te quede un poco grande, pero cógelo, está encima de la silla.

Johanna le dio las gracias, cogió el cuaderno y el bolígrafo y dejó sola a su amiga, que no salía de su asombro.

El pequeño puerto de Trani olía a sal y a pescado. A unos metros de los barcos de pesca, en una terraza con flores, Johanna estaba concentrada en un plato de marisco y su compañera en una dorada a la plancha. El azul celeste del jersey realzaba el color de sus ojos, y su corte sin mangas la elegancia de sus brazos.

—¿Estás segura de que no quieres un poco de vino? —le preguntó Isa levantando la jarra de blanco.

—No, gracias, hoy me apetece agua.

—No estarás enferma, ¿verdad? —preguntó Isa—. Te noto rara desde esta mañana. Pareces ausente. ¿Hay algo que no va bien?

Johanna levantó la cabeza mientras se comía una ostra y miró a su amiga directamente a los ojos. Luego dejó de comer, estuvo un largo momento dudando, escrutó el mar y finalmente dijo:

—Voy a contarte una cosa, Isa. Esta noche he tenido un sueño.

—¿Un sueño? ¿Qué clase de sueño? —preguntó Isa, inquieta—. ¿Un sueño normal o tu famosa pesadilla en latín con sayal incluido?

—Al principio todo está oscuro —prosiguió Johanna a modo de respuesta—. Luego, una sombra salta a una habitación iluminada. En realidad, la silueta humana estaba escondida en el techo de una casa y desde allí ha saltado a un suelo de tierra. Alrededor, todo es de madera: el techo, donde se ve el agujero por donde ha pasado, y las paredes. Hay una chimenea, una mesa con pergaminos, unas velas encendidas, una pequeña jarra de vino y un vaso de estaño. En un rincón, un jergón sobre el que duerme un tipo desconocido: un rubio de cabellos largos, con bigote y barba, que apenas sobresale de una tosca manta de lana. Sobre su cabeza, un espléndido tapiz en el que aparece representado san Miguel con una balanza pesando las almas...

—Vaya, eso me suena... —la interrumpió Isabelle.

—Exacto. La escultura del siglo VIII o XI que vimos ayer en la gruta —contestó Johanna, exaltada—. El mismo motivo, idéntico, pero bordado en un tapiz... Bien, pues la sombra, a la que oigo respirar, se acerca al durmiente y

alarga una mano hacia él. Y entonces distingo claramente esa mano: es una mano de hombre.

—Pero ¿y el resto de su cuerpo? —balbució Isabelle—. ¿Quién es?

—No lo sé... No lo distingo. Solo le veo las manos... Resumiendo, con su viril mano derecha, agarra el brazo del hombre rubio, lo levanta y lo suelta. El brazo cae inerte sobre el lecho y el hombre no se despierta. La forma coge la jarra de vino y la tira al suelo; se forma una mancha roja, el aire se impregna de olor a vinazo, pero el otro sigue sin moverse.

Johanna hizo una pausa y respiró hondo antes de proseguir:

—Entonces coge una vela... y prende fuego a la manta. La manta arde, humea, y el hombre que está debajo, con los ojos cerrados, no profiere un solo grito, no hace un solo movimiento para escapar. El fuego va subiendo, llega a la barba, a la piel, huele a cerdo asado, es horrible... Las llamas ya han alcanzado el tapiz: la balanza se quema, san Miguel no tardará en sufrir la misma suerte... Debajo, el jergón es como una antorcha, una antorcha humana... De repente, me encuentro en la cripta de la Virgen Soterraña. Está oscuro, pero veo las piedras subterráneas y los altares gemelos con cirios; sobre uno de los altares, incluso distingo una Virgen negra. Él está arriba de todo de la escalera, a la derecha, me espera igual que un cura espera a sus fieles para predicar... Es el monje decapitado, el mismo de siempre, con su hábito benedictino. Está frente a mí, con los brazos colgando a ambos lados del cuerpo sin cabeza, y dice con su potente voz: *Ad accedendum ad caelum, terram fodere oportet*. «Hay que excavar la tierra para acceder al cielo.» Estoy frente al altar, alargo los brazos hacia él, le tiendo las manos, él levanta las suyas hacia el cielo y repite más fuerte: *Ad accedendum ad caelum, terram fodere oportet*. Estoy petrificada por el miedo; él me observa con sus ojos inexistentes y yo estoy completamente desnuda... De repente, empieza a volar con su cuerpo sin alas, se abate sobre mí como un pájaro negro, alarga una mano y me señala con el índice. Está a tan solo unos milímetros de mí, flotando en el aire, y de pronto me toca la frente mientras repite de nuevo su sentencia marcando las sílabas en un tono impaciente: *Ad accedendum ad caelum, terram fodere oportet!* Su dedo va a penetrar en mi cabeza como si fuera una barrena, me quema, me hace daño... Y entonces me he despertado.

Isabelle permaneció unos segundos en silencio mientras Johanna bebía un vaso de agua con gas tocándose la lisa frente.

—Bueno —consiguió decir por fin—, yo no soy una especialista en desmenuzar los mensajes oníricos, pero ahí hay material en abundancia. Deberías llamar a tu doctora Freud, estará encantada. Con eso tiene para un año de sesiones.

—Todo lo contrario, Isa, no le va a hacer ninguna gracia, porque en cuanto volvamos pienso decirle que voy a dejar de verla.

—¿Cómo? —exclamó Isa.

—Sí, ya sé lo que vas a decir —repuso Johanna—, es como si ya lo hubiera oído, ya oigo a Francois diciéndolo, y a mi psicoanalista insinuándolo como si nada. Ayer te hablé de la tercera aparición de san Miguel perforando la cabeza del obispo y esta noche, como por casualidad, mi monje sin cabeza se presenta por tercera vez y me toca la frente. De acuerdo. Ayer vimos en la gruta una escultura medieval del Arcángel, una sicostasia, y...

—¿Una sicoqué? —la interrumpió Isabelle.

—Sicostasia, «que pesa los espíritus», los pecados, las almas de los cuerpos fallecidos, y en mi sueño me encuentro ante un tapiz que representa al Ángel con la balanza en la misma postura. Es exactamente la misma composición, y la coincidencia no tiene nada de fortuito, hay que reconocerlo. Esta noche he sido testigo de una muerte trágica ante la que soy impotente, y sin embargo me siento culpable cuando el monje sin cabeza me señala con el dedo. Tampoco tengo nada que ver con la muerte de mi hermano, pero desde siempre, inconscientemente, me creo responsable de ella. En el fondo, no acepto estar viva y que él haya muerto. Por eso me niego a ser madre, a dar vida. Vale, todo eso lo sé, ha salido en el psicoanálisis, tienes toda la razón, pero no es eso lo importante.

Isabelle se quedó callada a propósito, en espera de ver adónde llevaba la locuacidad de su amiga. Johanna clavaba sus pupilas azules en la mirada oscura de Isabelle, y resultaba doloroso. Sus manos retorcían compulsivamente la servilleta, como si quisiera atarse los dedos. Sus labios apretados parecían el filo de una navaja. Isabelle sabía que su amiga estaba al borde de su abismo íntimo. La situación requería habilidad y prudencia.

—No sé en qué tengo razón —dijo por fin Isa con voz firme—, porque yo no interpreto. Yo no he dicho absolutamente nada, ni he pensado nada aparte de «sicostaloquesea».

Johanna abrió los ojos con asombro y sus dedos se quedaron inmóviles sobre la tela blanca.

—Bueno, ¿y qué es lo importante? —preguntó Isa.

Johanna acercó la cara a la de Isabelle y le cogió las manos entre las suyas.

—¡Pues el cielo! Me he centrado en la tierra y he olvidado el cielo, cuando la salida está ahí. ¡El cielo! Por eso volvió anoche e insistió. Yo no lo había entendido; lo he visto claro de repente esta mañana, en la terraza, cuando el sol se ha elevado.

—Jo, no tengo ni idea de lo que estás hablando...

—No estoy loca, Isa, tranquilízate, al contrario, por primera vez veo las cosas claras: ese sueño es una parábola de mi neurosis. No cabe duda, la psicoanalista me ha ayudado a comprender cuál era y yo tenía que saberlo para dejar de confundirlo todo y comprender por fin... que hay otra cosa cuyo origen no soy yo... ¿Comprendes? Otra cosa que yo presentía vagamente sin identificarla hasta esta mañana..., pero ahora lo sé, hay una historia que no es la mía. Se reproduce en mí debido a la pérdida de mi hermano, pero no me pertenece. El origen es una historia real situada en un pasado que no es el mío... Alguien comete de verdad unos crímenes, pero no soy yo. El monje sin cabeza no me juzga, contrariamente a lo que yo creía, sino que me invita a desnudarme y a buscar fuera de mí misma, en una *terra incógnita*... que encierra la clave de mis sueños, un enigma del pasado... En resumen, Isa, me había equivocado: lo que ha hecho es darme por tres veces una orden de buscar en otra tierra, no manifestar una condena de la mía.

Isabelle estaba superada por las explicaciones de Johanna, a su entender sibilinas e irracionales. Esperaba que se tratase de una excentricidad pasajera y que la salud mental de su amiga no se hallara en peligro. Por el momento, consideró preferible no contrariarla.

—Admitámoslo —dijo, escéptica, apartando las manos—. Si quieres verlo así... Pero ¿qué piensas hacer? ¿Irte a la Patagonia con un pico?

—Tal vez —respondió ella, sonriendo—. El monje sin cabeza insiste conmigo porque sabe que iré hasta el final y que comprenderé. Poseo los conocimientos necesarios y también el entusiasmo que hace falta, si me dejas guiar por él. Resumiendo: dejas de mirarme el ombligo y de tomar ese montón de pastillas, y me voy a buscar la clave de mis sueños a donde está, es decir, en el terreno fértil de la Historia, en el pasado y las leyendas de Mont-Saint-Michel. Ahora ya no siento ningún miedo, porque sé que no me desea ningún mal y que me ayudará en mis sueños... En cuanto disponga de un rato libre, exploraré las bibliotecas, encontraré el origen real del mito, rebuscaré en los libros y excavaré los archivos de esa maldita montaña.

Aquel 1 de noviembre llovía en París, como sucede a menudo en París y como sucede siempre el día de Todos los Santos. Había vuelto el día anterior, pero no había podido ver a François, quien había ido con Marianne a Caburé para acompañarla en la invariable ceremonia de depositar crisantemos en el panteón familiar. Él había pretextado una reunión en el Ministerio al día siguiente por la mañana, 2 de noviembre, día de la fiesta de los difuntos, y quería ir de inmediato a la calle Henri-Barbusse, pero Johanna se lo había impedido, pues prefería quedar con él para cenar en un restaurante de su elección. Él había pensado, con buen criterio, que la joven estaría cansada de pulpo y vino blanco y la había invitado a un restaurante chic de Saint-Germain-des-Prés, famoso por el buey japonés criado con cerveza y masajeador diariamente por geishas. En espera de tocar el cuerpo de Johanna, ceñido por un vestido de terciopelo rojo sangre, no se cansaba de degustarlo con la mirada mientras ella devoraba un enorme trozo de lomo con salsa de pimienta y se llevaba a los labios pintados una copa de vino de Pomerol.

—Estas vacaciones te han sentado maravillosamente bien, estás resplandeciente —constató François.

—Es verdad, me han sentado muy bien —contestó ella con modestia—. Pero no me resulta fácil devolverte el cumplido, tienes aspecto de estar preocupado.

—¿A ti te parece que he engordado?

—A simple vista, no —respondió Johanna—, pero no tengo una báscula en los ojos. Lo mío no es la «kilostasia».

—Estos últimos días han sido muy estresantes —dijo él, fingiendo no haber advertido la ironía de su compañera—. Ha surgido un contratiempo en el trabajo y...

—¿Ah, sí? —lo interrumpió ella, interesada—. ¡Cuenta, cuenta!

Francois se sentía incómodo. Bebió un sorbo de Burdeos, pero su tez privada de sol continuó pálida.

—No te enfades, pero prefiero no hablar de eso.

Ella lo observó con sus grandes ojos pintados de oscuro, lo que acentuaba la claridad de su mirada.

—No es lo que crees —se defendió él de inmediato—. No pretendo andarme con tapujos; además, no es ningún secreto, pero está relacionado con una cuestión que he decidido evitar contigo... desde el fin de semana sorpresa de septiembre —añadió devolviéndole la mirada, convencido de que esas palabras zanjarían el espinoso tema.

Ella dejó tranquilamente los cubiertos a ambos lados del plato, se limpió las comisuras de los labios, relucientes de grasa, y acarició la mano en la que brillaba una alianza de oro.

—Te equivocas, Francois. Recuerda que estoy psicoanalizándome —mintió—. He cambiado. No lo comprendo todo, pero ahora puedo entender, y ese tema ya no es tabú. Al contrario. Dime lo que te preocupa; te prometo que no habrá ni lágrimas, ni insultos en latín, ni crímenes —añadió guiñándole un ojo.

Él vaciló. Se vio de nuevo la tarde de aquel sábado de septiembre, vagando solo al volante por las calles de París, sin atreverse a volver a su casa, a la vez furioso con Johanna y preocupado por ella. Recordó sus estériles conversaciones, su sentimiento de culpa, el retraimiento de Johanna, la dificultad que él tenía para acercarse a ella... Había llegado a creer que iba a dejarlo, pero no, se trataba de algo más perverso: se había escabullido. Desde entonces, se debatía en un agua repleta de trampas, sin saber si era mejor salir de la piscina o aprender a nadar en el estilo de brazada de costado. Esa noche, sin embargo, tenía de nuevo frente a él a la mujer que lo atraía, viva y rebosante de humor, con una novedad irresistible: un aspecto sexy que le hacía estar muy sensible. Sus ojos ambarinos se recrearon en el moño, del

que escapaban unos bucles castaños, en el cuello desnudo, que habría devorado gustoso en lugar del solomillo de buey, en el nacimiento de los pechos, realizado por la tela roja, por no hablar de esas piernas satinadas, de un color arena brillante, que rozaba por debajo de la mesa confiando en que estuvieran enfundadas en medias, no en pantys... Aspiró una bocanada de Guerlain, Shalimar, sí, eso también era nuevo. Embriagado por los vapores orientales de la fragancia, se arrojó al vacío:

—Dentro de quince días tenían que empezar unas excavaciones muy importantes en Mont-Saint-Michel, al lado del potro, donde estaban el cementerio y el osario románicos de la abadía, destruidos durante la Revolución. No es más que una hipótesis, pero se cree que antes de la construcción de la iglesia abacial románica y la transformación del lugar en cementerio, se alzaba allí un monumento más antiguo, una capilla desaparecida, la capilla do San Martín, carolingia, de vocación funeraria... Al hacer unas obras se encontraron huesos prerrománicos, así que decidimos ir a ver y excavar durante un año, siguiendo un programa, por supuesto, para tratar de encontrar, si no los cimientos de la capilla, al menos las sepulturas. Hace meses que tengo el asunto entre manos, negocié con el administrador del Monte, que no es un tipo fácil, con el Centro de Monumentos Históricos y con el gabinete del ministro, la Asociación para la Promoción de las Excavaciones Arqueológicas Nacionales desbloqueó los fondos, el Centro Nacional de Investigación Agronómica emitió un informe favorable, conseguí el mejor equipo, redactaron el decreto de autorización, lo firmé, en resumen, todo estaba preparado para empezar el 15 de noviembre, la época en que hay menos turistas... Pero resulta que la semana pasada el director del proyecto, Roger Calfon, me informó de que su mujer tenía cáncer y pidió un permiso de seis meses para atenderla. Como sabes, en estos casos se tiene derecho a un permiso. Así que me encuentro sin un arqueólogo competente para dirigir el proyecto... ¡Un desastre! Roger es irremplazable, dado su prestigio y su experiencia: el especialista francés en excavaciones medievales, treinta años de trabajo, veinte de ellos en el yacimiento de Saint-Denis, eso no se improvisa, y no puedo permitirme enviar a un novato a Mont-Saint-Michel. El ayudante de Roger cayó en desgracia en el Ministerio

de Cultura a causa de un artículo en el que criticaba a la Dirección de Arquitectura y Patrimonio, de modo que no puedo nombrarlo en sustitución de Calfon. Total, que hace una semana que intento encontrar un ayudante de otro yacimiento para nombrarlo director provisional durante seis meses, en espera de que Roger vuelva, pero los buenos especialistas en sepulturas de ese tipo no abundan.

Esa noche, Johanna bendijo al destino que la perseguía, al azar que definitivamente no existía, e incluso a Isabelle, que la había animado a comprar aquel vestido rojo en Bari, así como un par de ligas.

—¡Francois, ese profesional de los esqueletos medievales inencontrables, ayudante en un yacimiento y, por lo tanto, fácilmente trasladable al del Monte, soy yo! —exclamó, citando en secreto al difunto que ocupaba su corazón y su mente.

Capítulo 6

En la capilla de San Martín reina la oscuridad, en concordancia con las negras supersticiones que pesan sobre el alma de Moira y con el negro hábito benedictino tras el que Román se esconde, enterrados bajo el coro, los muertos celtas y bretones aguardan la confrontación. Román es el primero en entrar, con la sensación de estar penetrando en un panteón. La gélida humedad le cala hasta los huesos y, al mismo tiempo, oleadas de calor le invaden el pecho.

Con la manga, se enjuga unas gotas de sudor de la frente. Quizá sea de nuevo víctima de la fiebre. Cojeando, avanza hasta el altar, se santigua y enciende tres cirios. Después posa su cuerpo tembloroso sobre un banco de piedra. Cierra un instante los ojos para calmar su respiración, pero se oye respirar más fuerte. Cuando levanta los párpados, nota que otros ojos se clavan en su espalda y le atraviesan el corazón, que se acelera todavía más. De repente, su piel se empapa, el sayal se le pega al cuerpo, le raspa, le quema como si fuera un campo de ortigas. Un enjambre de abejas revolotea dentro de su cabeza, sus piernas se vuelven como las patas de una libélula, enclenques e inestables. Sus dedos palpitan como alas de insecto, con un batir frenético e incontrolable. Torpemente, se levanta, respira hondo y deja caer los brazos a los lados del cuerpo. Entonces se da cuenta de que ha olvidado las frases durante largo tiempo recitadas en su soledad y de que una cuerda invisible le oprime la garganta. Con mucho esfuerzo, traga saliva y toma aire. Tiene que volverse. Instintivamente, contiene la respiración y vuelve la cara

sonrojándose.

Ella se ha quitado la toca de lana y el velo antes de entrar. Se ha peinado cuidadosamente, recogiendo el pelo en trenzas flotantes salpicadas de flores silvestres. Lleva un largo abrigo, cerrado a la altura del pecho con una joya de oro cincelado. Se ha pasado dos noches bordando los guantes de tela que afinan sus manos. Ha tomado un baño cantando aires que solo ella conoce; después se ha frotado el cuerpo con plantas aromáticas. Ha coloreado sus pómulos y sus labios con pétalos de flores y ha cepillado sus doradas pestañas.

La carta era breve pero explícita: una entrevista secreta a primera hora de la noche en el lugar de su primer encuentro. Ella, consciente del lazo que los unía antes incluso de que se tejiera, lejos de resistirse, había dado rienda suelta a su alegría y saboreado la miel de los sutiles preparativos. Desde que Román se había ido, hacía dos meses, todas las noches esperaba noticias suyas. Poco antes de Navidad, el cillerero de la abadía le había llevado verduras de las tierras del monasterio, huevos, pescado y tres orzas de vino de parte del abad, en agradecimiento por su hospitalidad. El monje le había dicho que Román estaba reponiéndose gracias a los cuidados de Osmundo, pero que seguía estando muy débil y todavía guardaba cama. Esa era la única noticia que había tenido de allá arriba. Allá arriba..., tan cerca y tan lejos: él vive en un templo en el cielo y ella en una cabaña en la tierra, separados por el mar. Poco antes de eso, había pensado en preguntar por él una vez que requirieron su presencia en el Monte, en casa de unos lugareños cuyo único hijo se había estrellado contra las rocas. Pero cuando llegó a la casa decorada con acebo, el muchacho, con el cuerpo destrozado, presa de indecibles sufrimientos pese a la unción de un sacerdote, estaba agonizando. Después de acompañarlo mientras exhalaba el último suspiro, no se vio con ánimos para hablar de Román con los desconsolados padres. No quiso interpretar el fallecimiento del niño como un mal augurio y regresó a Beauvoir para seguir esperando. Se negó a consultar el oráculo de las runas; prefería escrutar los ojos de su hermano, ese lago apacible y acariciador que le decía que continuara confiando. Esa mañana llovía y Brewen tenía los ojos tormentosos. Nubes negras velaban el verde del lago. Ella había acariciado

largo rato sus hermosos cabellos rubios, con el alma en vilo. Poco después de la misa matutina, había llegado Osmundo a pie. Unos sacos de recolectar unidos con una cuerda caían a ambos lados de su pecho, y llevaba unos cuchillos colgando del cinturón. Brewen salió corriendo al verlo. El hermano laico, con su barba castaña empapada por la lluvia, sonreía. Moira le ofreció asiento junto al hogar y una jarra de vino del monasterio, y él, riendo, dijo que Román, aunque todavía cojeaba, estaba curado. Moira se sentía tan oprimida por la emoción que le costaba hablar, pero contestó que había sido gracias a él, por sus eficaces cuidados. Entonces él se levantó y, orgulloso como el arcángel Gabriel, sacó del bolsillo de su escapulario un pergamino enrollado. Ruborizado, anunció que había sido gracias a Dios y a una de sus fieles servidoras llamada Moira, a quien su hermano Román deseaba dar las gracias en ese papel. Con sus grandes manos de uñas terrosas, había depositado delicadamente la carta sobre la mesa, se había despedido de la joven y había regresado al monasterio. Ella había aguardado un rato antes de cogerla. Tenía miedo. El daba por fin señales de vida, pero aquello podía ser el fin de la esperanza, el adiós definitivo. Osmundo no sabía leer, se había dado cuenta por su deferencia temerosa ante el pergamino. Moira cogió la carta y la apretó contra su pecho embargado por la tristeza y el abandono, convencida de que iba a perder a Román. Finalmente, resignada a aceptar su pérdida, la abrió.

Se había pasado dos días engalanándose para olvidar las dudas de todas aquellas noches sin él.

Moira continúa allí, en silencio e inmóvil como la primera vez, cuando él la tomó por un fantasma. Pero un espíritu no tiene ese cuerpo, ni esa mirada..., no es como una estrella serena. Entre sus dedos enguantados, el velo brilla por efecto de las gotas de lluvia de las que ha protegido su rostro blanco y rojo.

Román no se atreve a hacer nada por miedo a estropearlo todo. Permanecen cara a cara, pendientes el uno de los ojos del otro y del silencio que interpreta su canto de amor.

—Me... me alegro de veros, Moira —dice él finalmente—. Desde que he vuelto aquí, habéis estado presente en muchos de mis pensamientos.

—Vos jamás habéis abandonado los míos —confiesa ella en un susurro—. Celebro que estéis bien... y que hayáis desafiado la regla para verme.

Moira baja la vista y mira las manos de Román, sus bellas manos. ¿Cuándo va a abrirlas?

—Tenemos que seguir viéndonos —dice él—. Con frecuencia. Y en secreto. Nadie debe saberlo.

Moira nota que las lágrimas, unas lágrimas de alegría, afluyen a sus ojos, y lucha para no arrojarse en sus brazos.

—Nadie se enterará —contesta, controlando la voz y sus impulsos—. Solo Brewen, él siempre ha estado al corriente, pero no puede traicionarnos.

Román le tiende una mano. Ella está exultante. Con gesto febril, le da la suya y nota su calor bajo el guante. Él la conduce hacia el banco de piedra. Sus vestiduras se rozan. Se sientan.

—Me marché tan precipitadamente... —prosigue Román, sin soltarle la mano—. Vos me salvasteis, pero quedó algo inacabado... Lo vi claro de repente, como si fuera una revelación... Debía volver a veros... —Ella, dominada por el deseo, se pone tensa—. Sí, debía volver a veros para enseñaros en profundidad la religión cristiana.

El corazón de la joven se detiene. ¿Está burlándose de ella? ¿Se trata de un juego perverso? La iluminación que proporcionan los cirios no le permite distinguir bien su rostro, pues queda a contraluz, pero sí lo suficiente para ver que no sonrío. La corona de la tonsura aparece como un sombrío muro erigido sobre su piel lisa, como una muralla. La fortaleza está dentro de su cabeza, esa es la realidad. Pero ¿qué había imaginado ella? ¿Que un hombre que vive desde la adolescencia sometido a la severa clausura de un monasterio abandonaría de buenas a primeras sus compromisos por una mujer, una criatura a la que los religiosos temen y desprecian, aunque esa mujer le haya curado las heridas y le haya abierto su alma? ¿Qué insensata y estúpida ha sido! Aprieta los labios para no llorar. ¿Qué tonta! Él ni siquiera se ha enterado de que lo quiere. ¿Cómo puede ser ajeno a ello, si se trasluce en todos sus gestos? De repente, se da cuenta de que lo único que deben de tener en común es el hecho de haber nacido de una madre. Seguramente, la única mujer con la que el monje ha tenido contacto. Brewen es sordo y mudo,

pero quien no oye ni habla en esos momentos es Moira. Aturdida por su pasión, no ha pensado ni por un instante en Román, pese a que este ha ocupado de forma exclusiva sus pensamientos. Sin embargo, está enamorado de ella, ahora está segura. Lo que ocurre es que debe de estar aterrorizado por ese amor desconocido. Tiene que ser paciente, atraerlo poco a poco, vencer su miedo, salvarlo de sí mismo y guiarlo hacia ella.

—Os escucharé gustosa, fray Román —contesta, haciendo un esfuerzo sobrehumano, tras un momento de silencio.

Román también permanece callado unos segundos, inmóvil como un mago antes de obrar un prodigio.

Desde su regreso al Monte, a principios del Adviento, Román ha pensado a menudo en la joven. Ha soñado varias veces con ella, con su vestido silvestre, y la muchacha ha poblado sus noches de un ardor extraño. Al principio, al despertar por la mañana se sentía avergonzado, culpable, y no comentaba el asunto con nadie. Pero luego había llegado al convencimiento de que sus visiones oníricas no procedían de un rincón siniestro de su alma de hombre, sino que estaban inspiradas por Dios mismo: Moira no veía Su luz. Román se había refugiado entre los corazones puros de sus hermanos antes de conducir el de la joven celta hacia el Señor; había resuelto, pues, aportarle la divina luz. Ocultando a su conciencia la causa real de semejante estrategia, Román decidió encontrarse con Moira a escondidas de sus hermanos, convertirla en secreto y posteriormente abrirse al padre abad y solo a él. Como aún estaba demasiado débil para montar a caballo, no podía ir discretamente a la cabaña, de Beauvoir. Era preciso, pues, que fuese Moira quien se trasladara. No tuvo que dar muchas vueltas para que se le ocurriera dónde tendrían lugar sus encuentros clandestinos: la capilla de San Martín. La hora fue también una implacable evidencia: la noche, después de completas. Solo le faltaba convocar a la joven mediante una carta llevada por un mensajero, un cómplice involuntario y analfabeto, libre de las imposiciones de la clausura: fray Osmundo, el enfermero.

Román, que solo conoce de las mujeres los ojos fríos de su madre, los brazos intercambiables de las nodrizas y el sagrado amor de la Virgen, no comprende el origen del alborozo que toma posesión de su cuerpo y de su

mente cuando ve de nuevo a Moira esa noche: un calor difuso en el vientre, un cosquilleo en la piel, la respiración acelerada, un pájaro cantando dentro de su cabeza...

—Moira, ¿conocéis la historia de nuestros antepasados Adán y Eva? —pregunta.

Moira apenas sabe nada de ellos, aparte de que eran un hombre y una mujer, y además amantes. Se dice que Román elige muy adecuadamente las historias religiosas.

—He oído hablar de ellos en misa —responde.

—La Biblia nos dice que el Dios único creó la tierra, el mar, el cielo, el firmamento del cielo, las luminarias, que son el astro del día y el astro de la noche, después las plantas, los animales del mar, los de la tierra... y por último creó la primera pareja humana. Contrariamente a las plantas y los animales, al hombre y a la mujer los creó a su imagen y semejanza.

—¿Qué imagen —lo interrumpe la joven—, si Dios no tiene rostro?

—La imagen interior, el alma. Por eso ni las plantas ni los animales poseen un alma espiritual, solo la posee el Hombre —dice él, sonriendo—. Esa alma tiene tres cualidades: inteligencia, amor y dominación. La inteligencia permite al Hombre interpretar el mundo que lo rodea y, a través del conocimiento de las criaturas, ascender hasta su creador. La segunda cualidad, el amor, es la voluntad encaminada hacia el bien, hasta el bien supremo que es Dios. En cuanto a la dominación, solo se extiende a las criaturas; por eso Dios exhorta al Hombre a nombrar las plantas y los animales. Mediante el verbo, el Hombre controla toda la creación.

—¿Y es porque piensa, ama y domina por lo que el Hombre se parece a Dios, mientras que los otros seres no? —pregunta Moira.

—Porque piensa, ama y domina la naturaleza es por lo que el Hombre está hecho a imagen de Dios; el parecido es otra cosa: la jerarquía entre esas tres cualidades. Originalmente, la dominación está al servicio de la inteligencia y la inteligencia al servicio de lo más importante: el amor.

—¡No creía que la Biblia dijese tantas cosas sobre el amor! —exclama ella, con la mirada brillante.

—El texto del Génesis solo dice que Dios creó al Hombre a su imagen y

semejanza —dice él doctamente—. Fueron los doctores de la Iglesia, Casiano, Jerónimo, Gregorio y Agustín, quienes, inspirados por Dios, comprendieron el significado profundo de la Escritura para extraerle todo su jugo. Han sido ellos quienes nos han enseñado el significado profundo del texto sagrado, en especial las tres cualidades otorgadas por Dios al Hombre y su jerarquía.

Moira deja vagar su mirada por el suelo y piensa en Conan, Geoffroy y Ethelred, príncipes valerosos, heroicos y sanguinarios que reposan bajo las baldosas.

—Fray Román —dice con expresión maliciosa—, yo creo que, contrariamente a lo previsto por Dios, el mundo de los hombres no está gobernado por el amor, ni siquiera entre los cristianos.

—Moira, los hombres ya no están gobernados por el amor por culpa del propio Hombre: la pareja original vivía en un paraíso terrenal en armonía con el mundo. Pero un día Satán, en forma de serpiente, los invitó a transgredir la única orden que Dios les había dado: no comer el fruto del árbol de la ciencia del bien y del mal. Pensando que se convertirían en dioses, Adán y Eva comieron el fruto prohibido y fueron expulsados del Paraíso. Desde el día que cometieron el pecado original, su descendencia invirtió la jerarquía de las tres cualidades, colocando el amor y la inteligencia al servicio de la dominación. Así pues, al Hombre ya no lo mueve el amor, sino su voluntad de poder. De este modo, el Hombre continúa estando hecho a imagen de Dios, pero pierde su parecido con el Creador.

—Salvo los monjes —dice la joven.

—No, incluso los monjes —contesta Román, riendo de buena gana—, porque los monjes también descienden de Adán y Eva. Nosotros somos también pobres pecadores, no nos parecemos a Dios. Lo servimos y, mediante la oración, rodeándonos de su amor y del de los ángeles, intercedemos para que perdone al Hombre por ser un pecador. Tan solo un hombre, que era hijo de Dios, nació a semejanza de él, sufrió y murió para redimir nuestras faltas. Pero de Jesucristo os hablaré más adelante.

—Sí, habládme de las faltas de los hombres, eso lo entiendo mejor, aunque en la religión de mis antepasados no existe el pecado.

Román no hace caso de la ironía de Moira. Sabe que su tarea será ardua, pero la paciencia y la perseverancia forman parte de sus virtudes.

—Todos los hombres —prosigue sin alterarse— sienten en su alma nostalgia del jardín del Edén, pero es un paraíso perdido: Yahvé apostó a unos ángeles delante del jardín para impedir el paso. Eso significa que todo hombre que busca la felicidad únicamente en los bienes terrestres se extravía; el hombre está ahora exiliado en la tierra y debe caminar hacia el verdadero reino que está en el cielo. Tan solo Dios puede colmar los deseos de su corazón. Por eso todas las tentativas humanas para parecerse a Dios mediante el poder no son sino orgullo y vanidad; tan solo el amor puede acercarnos a él, y tan solo un ser al que aquí conocemos bien se le parece: el arcángel Miguel, pues en hebreo Miguel significa «el que es como Dios». Sí, san Miguel es el reflejo perfecto de la imagen divina.

Román se queda en silencio, con la mirada perdida en la lejanía. Su mente se llena de dibujos, de arcadas de granito y de las bóvedas de una abadía grandiosa que solo existe aún en los pergaminos de su imaginación.

—Os habéis quedado pensativo, fray Román —dice Moira—. ¿Qué deseos alberga vuestro corazón?

Román baja de sus nubes abovedadas. Durante unos instantes, oye a través de las altas ventanas cómo cae la lluvia en la oscuridad del exterior; luego se vuelve hacia Moira. Ella lo mira intensamente, con una pizca de provocación. Sus hermosos ojos verdes brillan como la manzana de la tentación. Román se convence de que ese refulgir venenoso es fruto de la ignorancia y de que no debe apagarlo mediante la violencia, como hicieron sus predecesores. Ella borra todo rastro de desafío y lo observa con una dulzura infinita. Él se aventura a perderse en esa mirada y ve en ella toda la profundidad de su inteligencia, toda la claridad de su alma. A partir de ese momento tiene la certeza de que, si bien los pensamientos de Moira están corrompidos por sus creencias impías, su alma se ha mantenido pura.

Sí, siempre lo ha sabido, el alma de esa mujer es hermosa, igual de hermosa que ese rostro que está cerca de él, esos ojos brillantes, esa piel finísima y blanquísima, esa boca delicada como el pétalo de una flor... Román se estremece. Reprime un súbito deseo de estrecharla entre sus

brazos, pero con la mirada ya está abrazándola. Moira se sumerge en sus ojos y, con un ademán tranquilo y gracioso, tiende hacia él una mano desnuda. Él no la ha visto quitarse el guante. Ella acerca lentamente sus dedos blancos y los apoya sobre los de Román. El contacto de las epidermis sorprende al monje como lo haría un trueno. Un relámpago interior le atraviesa el corazón, lo sacude y lo ilumina: la unión de sus manos es la de sus almas. En ese instante, él tiene la sensación de que sus almas se reconocen como hermanas: almas gemelas. Román se ruboriza y retira la mano.

—Para... para castigar a los hombres por tener tanta maldad en el corazón —prosigue, con voz vacilante—, y arrepentido de haberlos creado, Yahvé quiso eliminar de la faz de la tierra a los hombres y a las criaturas animales que los alimentaban. Envió el diluvio para destruir toda esa carne pervertida, pero un hombre justo e íntegro supo obtener su perdón: Noé, que tenía seiscientos años. Antes de destruir todo lo que vivía bajo el cielo, Yahvé.

—¡Moira! —exclama Román—. Nosotros construimos una basílica para ensalzar a Dios; la torre de Babel fue edificada para que el hombre usurpara el poder de Dios.

De pronto, como en respuesta a las palabras de Román, una campana suena a lo lejos. El pánico se apodera del monje.

—¡Vigilias! ¡Están sonando vigiliass! Debéis marcharos, van a descubrirnos, tengo que ir a la iglesia. Deprisa, escondeos y, cuando oigáis los cantos del oficio, podréis salir e iros.

—No temáis, fray Román —intenta tranquilizarlo ella—, no me verá nadie. Id y no os preocupéis por mí. Esta noche he aprendido mucho y estoy impaciente por escucharos de nuevo.

—Dentro de cinco noches, después de completas —dice Román, volviéndose.

Ella quiere cogerle las manos, pero él escapa hacia la puerta cojeando de un modo patético. Esta vez es él quien huye de la capilla de San Martín. Sin perder la calma, Moira se esconde detrás de un pilar y espera los salmos que, pese a la lluvia, el viento llevará desde la iglesia carolingia que se alza un poco más lejos.

—*Michael archangele... gloriam predicamus in terris...*

—*eius precibus adiuvemur in caelis...*

Esa noche, Moira escucha la oración de los monjes. Esa noche, entre vigiliyas y laudes, a Román le cuesta conciliar el sueño. Le duelen el vientre y la pierna. La curandera no es más que un recuerdo, pero la carne conserva la huella del dolor, regular y lancinante como los latidos de un corazón. Entre las tinieblas, poco a poco su carne acaba palpitando al ritmo de ese corazón, cuyo ardor se extiende por todo su cuerpo.

«En la cima de la peña construiré mi iglesia, el gran eje de Oriente en Occidente, el del transepto entre el norte y el mediodía, y sobre la misma punta de la roca, donde se cruzan las dos naves, se alzaré hacia el cielo, como mi plegaria, el campanario, que debe dominar el monasterio, la isla, el mar. No serán pocas las dificultades, pero tenemos la eternidad ante nosotros y con la ayuda de san Miguel las superaremos todas», escribe Hildeberto sentado bajo el tapiz del Arcángel, junto a la chimenea donde arde un gran fuego, al abad Odilón de Cluny.

En los últimos días, a fin de que el abad no tenga que soportar las molestias que causarán las futuras obras, han trasladado su cabaña a la ladera norte de la montaña, el lado sombrío, desierto y escarpado, poblado de oscuros bosques, donde el viento frío y salado debilita la sangre y consume las vísceras. Abajo está el único manantial de agua dulce de la isla, la fuente de San Auberto, que tiene fama de curar las enfermedades febriles. Pero el hilo de agua que ha hecho brotar el Arcángel no es suficiente para extender la cal que se utilizará en la elaboración del mortero para unir las piedras; la fuente sagrada tampoco podrá aplacar la sed del ejército de trabajadores que pululará por la montaña. Así pues, Román hace construir en las paredes del Monte unas cisternas de madera para recoger el agua de lluvia de esa tierra donde la lluvia no falta. Indiferente a las ráfagas de viento salobre, apoyado en un palo que le sirve a la vez de bastón, de unidad de medida y de instrumento para amenazar a los indolentes, dirige a un destacamento de campesinos que llevan los depósitos. La cabaña de Hildeberto, de madera, es frágil y precaria, se halla expuesta al fuego y al invasor. Hildeberto y Román sueñan con destruirla y reemplazarla definitivamente por las salas de granito

de la gran iglesia abacial. Solo la piedra constituye un reto para los agresores humanos y para el atacante infinito: el tiempo. Solo la piedra desafía a los siglos en una imagen de eternidad. En lo sucesivo, todo debe ser de piedra: los edificios conventuales, los muros, los arcos, los pilares y, sobre todo, las bóvedas del coro de la iglesia; hay que poner toneladas de granito sobre las cabezas de los frailes, pues el cielo es inmortal.

Semejante arquitectura exige proezas técnicas inéditas, es cierto, pero Pedro de Nevers ha pensado en todo, incluso en el sistema de arcos de descarga y de criptas de sostenimiento, que permitirá a Román controlar las fuerzas y los empujes de los bloques. Dentro de unas semanas, a mediados de Cuaresma, los pontones de maese Roger comenzarán a llevar las piedras a la isla, donde maese Jehan y sus oficiales las modelarán una a una con objeto de darles la forma apropiada para el lugar que ocuparán en el edificio. Pondrán en ellas su firma, la marca del obrero, signo de reconocimiento entre logias y factura indiscutible para que el promotor les pague su trabajo. El domingo de Ramos, Román preparará en el suelo todos los elementos de la construcción: con compás, escuadra, regla y, sobre todo, cuerda de doce nudos en las manos, y en la cabeza el teorema de Pitágoras y el número áureo, trazará en el suelo el entramado de los cimientos, que a continuación serán delimitados con estacas. Durante la Semana de Pasión llegarán los obreros que preparan el mortero, los techadores, los herreros, los fresquistas, los vidrieros, un trujamán que domine los dialectos hablados por todos ellos y, después, el ejército de jornaleros, peones y porteadores de piedras y de agua. Finalmente, en Pascua, Hildeberto dará la señal de empezar. En Pascua, después de Cuaresma y su cortejo de privaciones, ayunos y sufrimientos purificadores, cuando todos reciban la alegría de Cristo resucitado de entre los muertos, cuando vuelva la primavera, entonces empezará la vida eterna del palacio del Ángel.

Mientras tanto, el pueblo ya conjura los cuarenta días y las cuarenta noches de la futura Cuaresma cantando, bailando y comiendo carne. El período de festines es poco propicio a la conversión de las almas; sin embargo, esa noche Román tiene una cita con Moira. Desde por la mañana, es presa de una singular excitación, una especie de temor teñido de alegría

que él atribuye a las obras que están a punto de empezar. Entra en la capilla de San Martín cojeando con resolución y firmeza. Inmediatamente, su linterna capta una sombra que, a medida que se acerca, se torna roja como una zarza ardiente: la cabellera suelta y espesa, las mejillas enfebrecidas, la capa púrpura. Román se pone más rojo que la capellina. En el interior de su pecho, el corazón parece que le va a estallar. Se esfuerza en que no se note nada y le sonrío. En el halo de la antorcha, el rostro de Román posee una gran delicadeza, los ángulos de su delgadez se ahogan en la luz cálida, su mirada es más clara.

—Buenas noches, Moira. ¿Estáis preparada para continuar? —pregunta, sin más preámbulos.

—¿Continúa la lección, mi tierno predicador? —replica ella con ironía, sentándose en el ya familiar banco de granito—. Lo que más me gusta es cuando habláis de alianza, y de piedras...

El enciende un cirio con la linterna, apaga la lámpara y se sienta junto a ella. Antes de ponerse a hablar, escucha durante unos instantes el silencio de la capilla y el tintineo de las campanas en su corazón.

—Como recordaréis, la primera alianza fue instituida con Noé. Esa alianza era una promesa de paz entre Dios y los hombres. La segunda alianza, la de la posteridad, la estableció Dios con un descendiente de Noé llamado Abraham. Un día, Yahvé se apareció a Abraham y le ordenó que se marchara de su tierra natal para ir a una tierra lejana. El hombre obedeció, abandonó el culto a los ídolos y se marchó de su país. Su esposa, Sara, era de avanzada edad, como él, y además estéril. Pero el Todopoderoso le dijo a Abraham: «Alza los ojos al cielo y cuenta, si puedes, las estrellas», y le hizo una promesa: «Así de numerosa será tu descendencia». Sara dio a luz un hijo, Isaac, cuya esposa dio a luz un hijo, Jacob. De Jacob nacieron doce hijos que se convirtieron en las doce tribus de Israel, el pueblo aliado con Dios, cuyo signo de la alianza con Yahvé es la circuncisión de los varones que tienen más de ocho días, de generación en generación.

Román lamenta inmediatamente haber hecho esa precisión física, pues teme que ella le pregunte qué es la circuncisión. Si lo hiciera, repetiría el texto del Génesis, que se sabe de memoria, como todo el Libro sagrado, y que

es muy explícito en ese punto, pero preferiría no hablar de esa cuestión con ella.

—Varios siglos más tarde —se apresura a proseguir—, el pueblo de Israel se había multiplicado, pero Egipto lo redujo a la esclavitud. Duramente oprimido, suplicó a su Dios, el Dios único y verdadero, que lo liberara del yugo de los egipcios. Dios escuchó el ruego de su pueblo y envió a Moisés para que lo sacara de Egipto. El ejército del faraón fue engullido por el mar Rojo, mientras que el pueblo judío pudo atravesarlo andando, pues Yahvé había dispuesto que se abrieran las aguas para permitirle pasar.

Moira abre los ojos con asombro. Parece fascinada por la historia del pueblo hebreo, que, como la mayoría de los laicos de la época, apenas conoce, pues la Biblia solo es accesible a los clérigos. Román reanuda, más despacio, el relato del Éxodo, en el que afortunadamente no se habla de prepucios.

La descripción de las plagas de Egipto arranca a la joven exclamaciones de estupor, de horror y de admiración. Imagina el agua de las marismas normandas transformada en sangre, a sus vecinos campesinos cubiertos de úlceras, los insectos devoradores, el granizo, las tinieblas cubriendo toda la región de Cotentin, y baja la cabeza cuando el monje relata el episodio de la muerte de todos los recién nacidos. La historia de ese pueblo podría ser la suya. Bebe las palabras del fabuloso narrador, que exaltan unas cualidades esenciales buscadas por los celtas: los poderes sobrenaturales y el arte de la guerra. Durante la epopeya de la salida de Egipto, dominada por la emoción, se coge del brazo de Román. Abre la boca cuando él recita el canto de la victoria, el salmo de acción de gracias entonado por Moisés, su pueblo y Miriam la profetisa, que baila y toca el tímpano:

—«Canto a Yahvé porque se ha cubierto de gloria, ha arrojado al mar al caballo y al caballero.

»Yahvé es mi fuerza y el objeto de mi canto, a Él le debo mi salvación.

»Él es mi Dios, y lo alabo, es el Dios de mi padre, y lo exalto.

»Yahvé es un guerrero; su nombre es Yahvé.»

—Yahvé no es el Dios de mis padres —dice ella—, pero es un gran mago y un temible guerrero.

Turbado por el contacto físico con la joven, Román se levanta. La cera de la vela le cae sobre el hábito.

—Sin embargo —continúa, frotando la mancha con el reverso de una manga—, una vez fuera de Egipto, el pueblo de Israel no tardó en sublevarse contra Yahvé y contra Moisés: prefería la esclavitud, la opresión sin sorpresas, a esa marcha incierta por el desierto hacia una tierra desconocida. Entonces Dios estableció una tercera alianza con los hombres, hizo una promesa particular al pueblo judío. Yahvé convocó a Moisés en el monte Sinaí y le dijo: «Si vosotros, los israelitas, escucháis mi voz y respetáis mi alianza, os consideraré mi bien propio entre todos los pueblos, porque mía es toda la tierra. Os consideraré un reino de sacerdotes, una nación santa». Mediante esta tercera promesa, Dios convertía al pueblo judío en el pueblo elegido. Pero, mientras Moisés recibía en el Sinaí las tablas de la Ley, escritas por la mano de Dios, el pueblo se pervertía construyendo un becerro de oro para prosternarse ante él. Moisés, encendido de cólera, rompió las tablas de piedra. Con todo, Dios renovó su alianza, escribió la Ley sobre otras tablas de piedra, pero puso a prueba el corazón de su pueblo durante cuarenta años, a través de una larga marcha por el desierto. Cuando por fin lo condujo a la Tierra prometida, por donde fluían leche y miel, Moisés murió y Dios entregó esa tierra a su sucesor, Josué.

Román hace una pausa.

—Moira, hoy yo te prometo la tierra —dice, tuteándola por primera vez—. Esta historia es la historia del pueblo judío. También es la historia de toda la humanidad. Y es, asimismo, la historia de cada hombre y la tuya propia. Escúchame... —Se sienta de nuevo, apoya las manos en los hombros de Moira y acerca su rostro al de ella\1 \2l igual que Abraham, tú debes abandonar tu país —susurra— porque tu país está muerto. Renuncia al pasado que se descompone en ti como un cadáver e infecta tus carnes vivas, abandona tus viejas creencias, que te mantienen en la esclavitud, y deja de sentir nostalgia de esa esclavitud. Dios sabe que los viejos hábitos, aunque sean malos, resultan más cómodos, pero debes lanzarte a la aventura de la fe, tienes fuerza y valor para hacerlo. El Señor te ha enviado un guía para que te acompañe por el desierto. Purifica tu corazón, yo estoy aquí, avanzo contigo,

a tu lado, te muestro el camino hasta Su reino.

Ella observa sus labios, que se mueven como un pájaro, esa boca que le ha dicho «tú». Algunas notas suenan perfectas. Está presa de una época desaparecida. Es una guardiana de la agonía. Pero creer en su canto, cantarlo con él... Eso sería renegar del amor de su pueblo por un hombre que del amor solo ve el de su Dios y que solo ama a Dios. No obstante, la sujeta por los hombros y ella nota que tiembla. ¡Parece tan cercano en ese instante, tan familiar! Escruta sus ojos grises, penetrantes, recoge el calor de sus manos sobre su cuerpo, unas suaves ondas que atraviesan la tela del vestido y le inundan el pecho. De repente, pega el cuerpo al de él, lo abraza con todas sus fuerzas y respira junto a su cuello. El olor de su piel es el de las salpicaduras de las olas y el del viento. Moira tiene entre los brazos una tempestad.

Esa noche, cuando tocan a vigiliias, se separan sin cruzar palabra, igual que se habían encontrado. Durante un rato, su torso ha permanecido pegado uno a otro, la cabeza de Moira apoyada en el cuello de Román. Se han aspirado sin moverse, sin decir nada, simplemente respirando juntos. La campana ha sonado como si tocara a muerto y ella ha aflojado el abrazo. Él se ha marchado lentamente, ella se ha apoyado detrás de una columna y la piedra estaba helada.

Antes de incorporarse al ejército negro, los ángeles que viven mirando el cielo, él se ha vuelto y le ha dado otra cita, la noche del segundo domingo de Cuaresma.

El ayuno es duro para los pobres. Comienza el miércoles de Ceniza. En la iglesia, el sacerdote dibuja en su frente la cruz de polvo indicativa de su condición de hombres. Seguros de su fin último, se alimentarán de arenques y guisantes, de ballena curada y de oración. En cuanto a los monjes, empezaron la penitencia en las calendas de septiembre. Desde entonces, solo han hecho una comida al día, el prandium, después del oficio de nona; la cena ha quedado suprimida hasta Cuaresma. En cambio, durante esos cuarenta días y cuarenta noches, esa comida única es la cena y se sirve después de vísperas. Así pues, los frailes permanecen en ayunas desde medianoche, en que se levantan para vigiliias, hasta vísperas, al final del día, sin dejar de consagrarse a sus tareas habituales, a la lectura, obligatoria durante ese período, y en

ocasiones a mortificaciones suplementarias. Se trata de una prueba edificante y agotadora incluso para un monje. Para un convaleciente como Román, responsable, por añadidura, de trabajos tan importantes, es un martirio. Extenuado desde vigiliadas, arrastra su cuerpo como un peso muerto, luchando para que esa inercia mórbida no contamine a su espíritu. Sin embargo, el ayuno no es la causa de semejante estado. Se trata de un remordimiento moral y de un deseo orgánico que han tomado posesión de él y luchan uno contra otro, destrozándolo: su cabeza se siente culpable del abrazo con Moira, pero su cuerpo está dominado por una tentación, por un apetito desconocido que no lo deja en paz. ¿Por qué no la rechazó? Aspiró su alma, semejante a la de una flor frágil y olorosa... ¿Su alma? ¡Pamplinas! ¡Se ha dejado tocar por su piel, por su aliento, por su carne totalmente entregada! Esa mujer no es mala, simplemente está descarriada, y él es su pastor... ¿Pastor él? ¡Porquerizo sí, manchado de apestoso fango de los animales! El aliento de esa mujer es como el olor que desprende la inmundicia. Es una impía que quiere apartarlo de su camino..., sus brazos eran tan suaves, tan distintos de los de las nodrizas... Ese pensamiento le hace estremecerse. ¡Disoluto, corrupto, traidor de Dios! Román moviliza todas sus fuerzas contra esa emoción, cercana a la enfermedad, que no debe infectar su razón. Debe combatirla sin descanso para extirparla de ese cuerpo vil que se alimenta de ella a todas horas del día y, sobre todo, de la noche. Su cabeza ha llamado «lujuria» a esa diabólica pasión, y él le contrapone el poder purificador de la pasión de Cristo.

La Cuaresma del año 1023 lleva la marca de ese combate singular; fray Román la vive por primera vez como una compunción y una fuente de redención individuales: su carne abyecta debe ser castigada y, pese a la benevolente desaprobación de Os-mundo, a menudo rechaza la única comida del día para no interrumpir la oración.

El segundo domingo de Cuaresma, Román tiene las mejillas hundidas, y su cuerpo enflaquecido, sobre el que baila el sayal, se apoya permanentemente en el bastón. La piel amarillenta de su rostro está reseca y arrugada como la de fray Almodius, pero el monje lleva sus estigmas físicos como el estandarte de su victoria espiritual sobre la impureza; sus ojos grises

brillan como espadas, su boca parece congelada en un rictus guerrero. Está impaciente por enfrentarse esa noche a Moira, convencido de que esta vez conseguirá despertar en ella el deseo de convertirse. Pero, después de completas, Hildeberto lo convoca en su cabaña para pedirle que vuelva a negociar el precio de la mano de obra. Harto de ese asunto recurrente que él creía resuelto e irritado por el hecho de que le hagan llegar con retraso a la capilla de San Martín, mientras escucha a Hildeberto, Román imagina al padre abad en el lugar de san Miguel en la sicostasia del tapiz, con sus monedas de oro en un plato de la balanza y los robustos trabajadores en el otro. Pese a su estatura y sus músculos, los jornaleros son ligerísimos en comparación con el peso del dinero de un padre abad y un duque de Normandía. De repente, Moira, que estaba escondida detrás de Hildeberto-san Miguel, vuelca el contenido de la balanza de una patada furiosa, dejando entrever un muslo desnudo bajo la falda, arremangada hasta la cintura... La muchacha desdeña las monedas y se aleja riendo, sujetando de la mano a un porteador de piedra de ojos azules como el cielo.

—¡Fray Román! —dice secamente el abad.

—Perdonadme, padre —contesta Román mirando al abad—, estaba distraído. Debe de ser el cansancio, pero he entendido lo que os preocupa y mañana mismo hablaré de ello con...

—Debería haberos eximido de la Cuaresma este año, hijo mío —lo corta el abad frunciendo el entrecejo—. Vuestro cuerpo todavía está frágil y estas obras consumen vuestras escasas fuerzas. Estas privaciones son devastadoras para vos.

—¡En absoluto, padre! —exclama Román, con los ojos desorbitados.

—San Benito, con su gran sabiduría, asimilaba a ciertos mártires voluntarios con orgullosos exaltados más llenos de pecado que el más pecador de los paganos. A partir de hoy, os dispenso de la Cuaresma. Romperéis el ayuno por la mañana y por la noche, me parece más prudente —dice en un tono paternal—. Necesito un constructor lúcido y fuerte —añade con firmeza—, no un viejo con cara de espectro. Ahora, id a dormir.

—Obraré de acuerdo con vuestra voluntad, padre —contesta Román bajando la cabeza.

Sale de la celda del abad y se dirige, pegado a las paredes, a la capilla de San Martín. Esa noche hay marejada y la borrasca es más violenta que de costumbre. Además, hace frío. Ligeramente encorvado sobre el bastón de madera, se detiene un instante. Apoyado en la puerta de la capilla, escucha cómo el oscuro mar trata de tomar por la fuerza la augusta montaña en un apareamiento demoníaco. La cólera asciende en su interior como las olas. Ha cometido una falta frotando su cuerpo con el cuerpo de esa mujer, pero ¿por qué el abad lo priva de la expiación? Ha cometido una falta no confesándose ante sus hermanos en el capítulo de culpas, protegiendo a esa criatura con la que continúa soñando, pero reconoce continuamente sus pecados ante el Señor. ¿Por qué Hildeberto le prohíbe la vía de la redención? ¿Por qué alimentar esa carne culpable y distinguirlo de sus hermanos de clausura, que practican la abstinencia? Para su mente febril, tratarlo así equivale a señalarlo con el dedo sin darle una posibilidad de redimirse. La borrasca le irrita los ojos como si fuera un ácido y lo penetra, insuflándole su furor. Tiene que convertir a la joven celta. Ahora, la salvación de él también depende de ello. Rabioso, empuja la puerta con el bastón. Aparentemente no hay nadie, aparte de las tinieblas. Un olor fresco combate el viejo incienso de las piedras, en el coro. Román enciende los cirios y distingue en el altar un haz de grandes flores. Coge el ramo y lo arroja sobre las tumbas bretonas.

—Pareces muy contrariado —dice ella a su espalda.

El se vuelve con una expresión en los ojos y en la boca marcada por la agresividad. Moira profiere un grito apagado al verlo.

—¡Román! —exclama—. ¡Estás enfermo! ¡Te has quedado en los huesos!

—Estoy de maravilla —contesta él—. Y si mi carne impura desaparece, no es sino un acto de justicia.

—No lo entiendo. ¿Por qué maltratas así tu cuerpo? ¿Qué ha hecho para merecer semejante castigo?

—Vos deberíais saberlo, puesto que vos sois la causa —le espeta Román con una mirada sombría—. Nuestras intimidades carnales...

Ahora es a ella a quien invade la cólera. El hecho de que ya no la tutee la subleva tanto como sus palabras de fanático y su mirada de demente. La

absurda ofensa la empuja a huir, pero la visión de ese cuerpo descarnado y de ese semblante moribundo la conmueve. Román sigue luchando contra la verdad de su amor, flagelándose con una fuerza y un encarnizamiento inusitados. Su violencia se transforma en tristeza. «No, no puedo abandonarlo a sus extravíos, aunque tenga que pagar el tributo de su conflicto interior.» En primer lugar, es preciso calmar la ira de Román. Moira levanta lentamente la barbilla.

—Fray Román —murmura, sentándose en el banco de piedra donde él se ha dejado caer, serena frente al desasosiego del monje—, perdonad mi audacia de la otra noche. Pese a todos vuestros esfuerzos, ya veis que sigo siendo una lamentable cristiana. Pero creo que adivino vuestros tormentos.

Román suspira, al límite de sus fuerzas.

—Al principio —articula trabajosamente, con la mirada ausente y la voz apagada—, los cristianos eran mártires a su pesar, perseguidos por los romanos, mártires testigos de que Dios estaba por encima del emperador de Roma. Pero cuando Constantino se convirtió, el cristianismo ya no fue rechazado sino que, por el contrario, se volvió preponderante. A partir de entonces, los mártires lo fueron por voluntad propia: en Egipto, se marcharon al desierto para atestiguar que Dios era superior a todo. Esos anacoretas totalmente consagrados a Dios, le prometieron pobreza y castidad para demostrar al mundo que solo se podía vivir de Él. Cuando esos eremitas se reagruparon en comunidades nacieron los monjes. San Benito, en la regla que organiza nuestra vida, moderó las mortificaciones que se infligían los Padres del Desierto, pero un benedictino no puede casarse, contrariamente a los sacerdotes del bajo clero secular, a los que sí les está permitido, porque un benedictino hace voto de castidad. Mira —añade, volviéndose hacia Moira—, un monje vive fuera del mundo de los hombres, pues orienta todos esos deseos y su energía hacia Dios. Actualmente, nosotros somos los testigos ante los hombres de que lo más importante es Dios.

Román hace una pausa.

—Si dejas que me invadas —prosigue, mirando a la joven—, si mi corazón, mi cuerpo y mi espíritu tienden hacia ti, aunque solo sea un instante, entonces ya no soy digno de ser monje, porque dejaré de estar totalmente

consagrado a Dios.

—Pero... ¡pero tú eres ante todo constructor! —replica ella—. ¡Estás obsesionado con las piedras para tu proyecto!

—Son las piedras de una iglesia, Moira. Es una obra consagrada a Dios. Así es como cumplo mi deber de monje.

Ella no dice nada, tan afligida como llena de conmiseración. Siente de nuevo la tentación de la huida definitiva y del abandono: ¡no puede luchar contra un rival como El! ¡Qué gran error ha sido unir su corazón al de un monje, semejante a la piedra seca y fría de una iglesia! Pero las lamentaciones no sirven para romper su singular vínculo, que se fortalece incluso en la ausencia. Sus ojos contemplan el sayal oscuro, pesado y tosco, que envuelve su cuerpo como un sudario de plomo: ese es el enemigo... Él lo ha dicho: los vicarios se casan. ¿Cómo cambiar ese hábito por una sotana? Vuelve la cabeza hacia las bóvedas de granito. Vana esperanza: un cura de parroquia no construye su catedral. Ella sabe desde hace tiempo que, para Román, la arquitectura sacra no es un deber de monje sino una vocación de hombre, una pasión vital que lo une a Dios, desde luego, pero sobre todo a sí mismo. Ese sol absoluto es el que ha iluminado a Moira y moldeado su amor por él. No, ella no quiere segar esa luz angélica para recoger una nada humana, una sombra sin misterio. Si se marcha ahora, si desaparece de la realidad, sufrirá la pena de la separación física, pero no sentirá remordimientos por haber roto algo mágico que vivirá en ella como una gracia eterna. Continúa mirándolo, graba en su memoria los ojos de crepúsculo y se levanta.

Román sabe desde el principio que ella renuncia. Y sabe que no lo hace ni por respeto a su condición de religioso ni por miedo a luchar contra Dios, sino por amor hacia él. Sin pronunciar palabra, ella lo deja en el banco y le da la espalda. No, no es la criatura que él se ha convencido de que era, lo supo desde el primer instante, allí mismo, y lo ha intentado todo para olvidarla.

Lentamente, Moira se aleja. Román no sabe qué ha hecho. Observa sus manos, trémulas de inanición o de emoción, y la vara de medir que sostiene su cuerpo destrozado. A los treinta años, la edad en que la mayoría de los hombres de su época mueren, él se deja perecer. Después de haber sido

salvado, desafía la santa voluntad y se deja dominar por la desesperanza, por la furia del desprecio. Hildeberto tenía razón. Ella avanza por la nave. La puerta de la capilla está a unos pasos. Román ha renegado de sí mismo, hechizado por sus demonios ocultos, que él, equivocadamente, creía vencidos. Incluso ha descuidado las obras de la abadía.

Ella se va, la que le devolvió la vida lo abandona para que viva en paz consigo mismo, se consagre por entero a la obra para la que ha nacido y todo suceda como estaba escrito. Desaparece, va a abrir la puerta en medio de la noche y a volver a su noche.

—¡Moirá! —grita—. ¡Espera!

Ella se vuelve. El está de pie en el coro, sin bastón.

—Cuando te hablo de la fe y del Libro —dice en voz más baja—, también es por fidelidad a mi deber de monje. No hemos terminado, falta el final, el templo de Salomón, el advenimiento del Salvador, que redime todas las faltas, la última promesa, y el fin, sí, el fin del mundo terrestre.

De pronto, se tambalea y se agarra a las piedras del banco. Ella vuelve corriendo y lo ayuda a sentarse.

—Escucharé el final de tu historia con una condición, fray Román —susurra a unos centímetros de su cara, con una voz tan vacilante como el cuerpo del monje—. Es la última vez que nos vemos —constata, con un nudo en la garganta—, lo sabemos los dos, y quiero que me hagas un juramento: que no cederás nunca a la mortificación egoísta de la desesperación, que siempre lucharás por lo que te anima, las sagradas piedras..., y sobre todo que no deshonrarás el amor de los vivos —añade, sollozando— por el hecho de no ser Dios ni bloque de granito destinado a Dios. Ellos lo saben de sobra —dice, obligándose a sonreír—, pero eso no hace que sean despreciables. No los ames si no puedes, pero pide su ayuda cuando la necesites, porque están aquí por ti y te desean lo mejor.

Román lucha para no ceder también a las lágrimas. Mirando la llama de los cirios del altar, le coge la mano.

—Te lo prometo, Moira.

—Bien. Entonces, te escucho —dice ella, sentándose y estrechando la mano de Román con la suya—. Habla, hablame de la última alianza de Dios

con los hombres, cuéntame el fin del mundo, puesto que tiene que venir.

—El fin está en la tierra, pero la vida eterna está en el cielo.

—¿Y dónde está la esperanza?

—Entre los dos, Moira. La esperanza está entre la tierra y el cielo, en el corazón humano, encarnado en un palacio de piedra formidable que muy pronto existirá..., un castillo de amor perfecto, una pasarela entre los hombres, un puente entre los vivos y los muertos.

Ella vuelve la cabeza y lo mira de frente.

—Llévame a tu palacio... y descríbeme el amor perfecto.

Román se aclara la garganta para liberarla de la emoción y continúa:

—Ese palacio se llamará la nueva Jerusalén. Jerusalén, «la montaña de Dios». En la historia hay dos: al principio, hubo la Jerusalén terrestre, la ciudad del rey David, el templo erigido por su hijo, el rey Salomón, la casa de Yahvé construida en la tierra de Israel y destruida por Nabucodonosor, rey de Babilonia. Al final de los tiempos, cuando todos los vivos estén muertos, los muertos estarán vivos en la Jerusalén celeste. La iglesia abacial que vamos a construir estará entre las dos, se parecerá a la Jerusalén terrestre y a la Jerusalén celeste, como un símbolo que las una en el orden natural del mundo; recordará el principio y anunciará el fin, estará entre la tierra y el cielo, será esperanza porque encarnará la promesa de la vida eterna.

—Ya sé que tú y tus hermanos amáis a Dios más que a nada, hasta el punto de edificarle la más bella de las moradas —dice Moira—. Pero ¿por qué la dedicáis a un ángel, que es como Dios pero que no es Dios?

—Porque san Miguel es el camino entre los hombres y Dios. Esa basílica será la nueva ciudad del Altísimo, que descenderá hacia los hombres pero hacia quien los hombres deben poder ascender. Verás, los hombres aman a Dios, pero Dios ama todavía más a los hombres, los ama más que a nada, Moira. La relación con Dios es la de esposo y esposa unidos en un amor perfecto. Cuando Yahvé creó al hombre, anunció a los ángeles que lo rodeaban, el primero de los cuales era Lucifer, «el portador de luz», que, pese a su evidente imperfección, el hombre era su criatura preferida. Lucifer, presa del orgullo y los celos, se rebeló. Se apartó de Dios y arrastró con él a los ángeles caídos. A partir de ese momento, su obsesión fue demostrar a Dios

que se había equivocado al crear un ser semejante. Penetrando el lado oscuro de la imperfecta criatura, intentó una y otra vez empujarla a su auto-destrucción —dice Román, pensando en sí mismo—. No habrá victoria más grande para Satán que demostrar a Dios que el hombre es tan perverso que se extermina a sí mismo. Así pues, para proteger al hombre, Dios hizo dos cosas: primero, dotó a todo ser humano de un ángel custodio para luchar contra el diablo agazapado en su interior —prosigue, pensando en Moira.

«Luego hizo presentarse ante El a san Miguel, que se convirtió en el primero de los ángeles, en sustitución de Lucifer, y le encargó la misión de defender a la humanidad contra el ángel de las tinieblas cuando el señor de los ángeles caídos o su ejército de demonios la atacaran directamente. Así fue como el Arcángel se enfrentó al dragón, que era una de las numerosas encarnaciones de Lucifer. Lo venció, pero no lo mató, porque Lucifer es inmortal y porque la vida del cristiano y la de san Miguel tienen como objetivo combatirlo sin cesar. San Miguel, jefe indiscutible del ejército celeste, ayuda al hombre contra las fuerzas del mal durante toda su vida, e incluso en la muerte, conduciéndolo al Paraíso y luchando para que los íncubos no roben por el camino su alma purificada de los pecados.

—Sí —constata fríamente Moira—, en tal caso, sus constantes hazañas desde la noche de los tiempos merecen una iglesia.

—Su abnegación y su bondadoso amor por unos eternos pecadores —la corrige Román— deben ser agradecidos mediante el amor de los hombres, que podrán rezarle, darle las gracias y pedir su intercesión ante el Todopoderoso en un palacio digno de él. Debes comprender que, al igual que entre un hombre y una mujer... enamorados —dice, vacilante—, el amor entre lo divino y lo humano no es unilateral sino recíproco.

—Sin embargo, en una pareja nunca estamos seguros de que el otro nos ama —objeta en tono grave Moira.

—Tal vez porque las muestras de amor que da son diferentes de las que esperamos —contesta Román tras una pausa.

»Dios dio a los hombres una irrefutable prueba de amor, la más bella posible: les entregó a su hijo. Jesús, que significa "el salvador", vino para decir a los hombres que Dios los amaba por encima de todo. El primer acto

apostólico de Jesús, tras cumplir treinta años, fue asistir a un banquete de boda. Durante la celebración, el vino se acabó; entonces Jesús tomó agua y la transformó en vino, y lo ofreció a los invitados. Mediante este acto, el primero de los milagros que obró, expresó que Dios desea alegrar mediante su amor el corazón de los hombres, como el vino reconforta el cuerpo, como un esposo a su esposa...

—Y Jesús murió por los hombres...

—«No hay amor más grande que dar la vida por aquellos a los que se ama», había dicho él mismo. Murió, pero su amor salvó al mundo; cual un nuevo Moisés, liberó a su pueblo, que es la humanidad entera. Tal como Dios había prometido a Noé, Jesús, hijo de Dios, selló la última alianza: es el nuevo Adán, el hombre perfecto que conjuga en un mismo cuerpo divinidad y humanidad, que redime el pecado original de Adán y Eva y reconcilia definitivamente a Dios y los hombres. Y regresará cuando llegue el fin de los tiempos para juzgar a los vivos y a los muertos.

—El fin de los tiempos... —repite ella en un tono lúgubre—. No sé si es preciso esperar al fin del mundo incluso para encontrar el Amor...

—No hay que tener miedo, Moira —dice él sonriendo—, pues será una alegría, una liberación, dejaremos de sufrir..., no será un fin sino un principio. Escucha el Apocalipsis de Juan: «Después vi un cielo nuevo y una tierra nueva, porque el primer cielo y la primera tierra habían desaparecido, y el mar no existía ya. Y vi la Ciudad Santa, la nueva Jerusalén, que descendía del cielo, del lado de Dios, ataviada como una joven esposa se engalana para su esposo. Oí entonces una voz clamar desde el trono: "He aquí la morada de Dios con los hombres. El tendrá su morada con ellos; ellos serán su pueblo, y él, Dios con ellos, será su Dios. Él enjugará las lágrimas de sus ojos; la muerte ya no existirá, ni habrá duelo, ni gritos, ni trabajo, porque el mundo antiguo ha desaparecido".».

—Es muy hermoso, Román..., será hermosa tu Jerusalén, ciudad de Dios y ciudad de los hombres... Tu vida terrenal para construir el cielo... es una vida hermosa.

Román está íntimamente conmovido.

—Voy... —murmura— voy a enseñarte una cosa —dice, sacando un

pergamino de la cogulla y desplegándolo sobre las rodillas de la joven—. Tienes que verla. Mira la montaña de Dios. Mira nuestra Jerusalén.

Los dibujos en negro de Pedro de Nevers se extienden sobre las piernas de Moira. Ella contempla el misterio de Román como un sol fabuloso e inaccesible, una luminaria hecha de cuadrados y triángulos yuxtapuestos.

—Román, yo no sé leer eso —dice atropelladamente—, no hay palabras...

Román se levanta y el soplo de su cuerpo devuelto a la vida hace caer los dibujos al suelo de la capilla.

—Voy a explicártelo, sí, es mejor. Escúchame, Moira, ven.

Recoge el pergamino, coge el bastón, va hasta el coro y coloca los planos sobre el altar, donde antes estaba el ramo de flores.

—Mira —dice, señalando una forma sobre el documento con el bastón—, eso es la peña. Ese fue el problema principal, dado que su cima no es plana, y el atractivo principal, puesto que es muy alta y la morada del Arcángel debe estar lo más elevada posible. Mi maestro y el abad Hildeberto tuvieron la inspiración divina de situar el centro de la iglesia en la punta de la peña y de rodearlo de un conjunto de criptas que lleguen a su nivel y, de este modo, sirvan de basamento al coro y a los brazos del transepto. El conjunto formará una colosal elevación hacia el cielo, una sucesión de volúmenes ascendentes, incluso en el caso de los edificios conventuales, que no se extenderán a lo ancho sino que formarán pisos. La visión de conjunto es una pirámide, un gigantesco triángulo, pues el número tres es sagrado: es el de la Santísima Trinidad, el de las tres virtudes teologales, el del espíritu divino... Pero fíjate en la iglesia abacial: eso es la entrada, precedida del nártex, delante de la terraza; una primera escalera conduce a la nave, compuesta por siete tramos de gran altura, puesto que el siete, cuatro más tres, es la cifra del cuerpo y la del alma sumadas, la de los siete tonos de la música, la de los siete planetas celestes, la de los siete días de la creación... Habrá una nave central flanqueada de bóvedas en las naves laterales, el transepto, también de gran altura, y por último el coro, cuyo ábside está rodeado por un deambulatorio más alto que el transepto. En resumen, un ascenso de los peregrinos hacia el Altísimo, hacia la luz de Cristo, de oeste a este...

Moira, en pie a la izquierda de Román, está estupefacta. Una pregunta parece quemarle los labios. Finalmente se decide a interrumpirlo.

—Román, dime una cosa: ¿esas criptas... serán subterráneas?

—¡Naturalmente! —responde Román—. Habrá cuatro, como los cuatro elementos, los cuatro ríos del Paraíso, las cuatro estaciones, las cuatro virtudes cardinales y los cuatro Evangelistas. Sostendrán la iglesia y serán ellas mismas pequeñas iglesias. Habrá una bajo la nave, una bajo cada brazo del transepto y una bajo el coro, la más bella..., aquí —explica, señalando con el bastón—. Las obras empezarán por la cripta del coro, para depositar ahí las reliquias de Auberto. Esa cripta albergará el cuerpo sagrado de nuestro fundador y sostendrá el coro, sanctasanctorum que contendrá el altar de san Miguel. Habrá tres tramos que terminarán en un ábside de cinco lados, porque el pentágono es el símbolo de la creación sumado a la unidad divina, es la cifra del hombre..., los cinco sentidos..., y de Dios hecho hombre, las cinco llagas de Cristo...

—¡Pero las reliquias están en la iglesia actual! —lo corta ella de nuevo, con la mirada inquieta.

—Ya lo sé, Moira —contesta él, sonriendo—. Pero es que nuestra iglesia va a ser derribada. Es pequeña y fea, simboliza una época pasada.

—Claro, la de los canónigos bretones —precisa ella con una pizca de amargura—. Entonces era verdad... —constata, repentinamente pálida.

—Sí —dice él con calma—, el símbolo de unos pecadores que sirvieron mal a Dios y al primero de los ángeles será destruido, pero el lugar donde estamos, construido también por los canónigos, será conservado y transformado en cripta de sostenimiento de la nave. Las tumbas de tu pueblo, queridas y respetadas por ti, seguirán donde están. No estés triste.

Pero Moira no está ni entristecida ni aliviada por lo que acaba de decir el constructor. Parece aterrorizada. Con una voz que apenas le sale del cuerpo, se atreve a objetar:

—¡Pero la iglesia de los canónigos fue construida en el lugar donde estaba la gruta de Auberto!

—La gruta de Auberto encarna el nacimiento de la montaña sagrada, pero al mismo tiempo fue construida imitando la gruta italiana del monte Gargano.

Y nuestra ciudad debe ser singular, única, creada para sorprender a los hombres con una fuerza y una belleza hasta ahora desconocidas. Cuando hayamos terminado el coro y el transepto, la iglesia que encierra los muros del santuario primitivo será derribada —anuncia Román— para que podamos edificar una obra nueva y sostener la nave en construcción colocando pilares a partir de la roca...

—¡No!

El grito ha salido de la boca de Moira como de la noche de los tiempos. Román, desconcertado, observa su semblante lívido y su mirada de espanto.

—¿Qué te pasa? —pregunta, sorprendido y preocupado—. Se diría que has visto a Lucifer en persona —intenta bromear.

—¡No se debe excavar bajo la iglesia! —grita—. ¡No se debe hacer bajo ningún concepto!

—Moira, cálmate, van a oírnos. ¿Por qué no hay que excavar bajo la iglesia? ¿A qué viene eso? ¡Explícate!

Ella se tapa la boca con las manos. Sus ojos son los de una loca, y el dolor le hace fruncir la frente. Román se acerca lentamente y, con gestos de una gran ternura, la obliga a sentarse.

—¡Es el fin de los tiempos! El fin de los tiempos ya está aquí —balbuce la joven.

—Te lo suplico, Moira, te lo suplico... No entiendo nada de lo que dices... ¡Habla!

—No puedo, no debo... ¡Por el amor que sientes por mí, no remuevas la tierra de la iglesia, no la remuevas! ¡Prométemelo!

—¿Por qué? ¿Qué tiene que ver esa iglesia contigo?

Ella lo mira y se deshace en lágrimas.

—La iglesia no tiene ninguna importancia. Es... es...

—¿Qué? —pregunta Román, sentándose al lado de la joven.

—Román —responde ella recobrando la calma—, voy a contarte un gran secreto..., debo contártelo. ¡Confío en que no lo reveles jamás, en que no me traiciones jamás!

Román está mudo de asombro. La actitud de Moira es un enigma vertiginoso. Busca en los ojos de la joven un principio de respuesta y ve en

ellos una terrible angustia. ¿Qué secreto es ese que la hace tan distinta de la mujer que él cree conocer? Él mismo se siente acongojado por el desasosiego de Moira. La mira fijamente a los ojos, que lo escrutan con la intensidad de la desesperación. Luego, decidido a recibir ese misterio tan perturbador por el hecho de emanar de ella, se inclina suavemente hacia Moira, cual un confesor. Su mirada tranquilizadora le promete que no desvelará su revelación. Apaciguada por su silencio, ella recobra la confianza y comienza a hablar.

Román permanece perplejo junto a ella, oprimido por el peso de las revelaciones que acaba de hacerle. Pálido, con mirada despavorida, se levanta apoyándose en el bastón.

—Román, no digas nada ahora —susurra Moira, tocándole tímidamente un brazo—. Sé que no dirás nada, sé que lo que te pido es muy grave y que, si accedes a ello, tendrás que cambiar los planos de la abadía..., pero te suplico que lo medites con calma, piensa en la paz que reina hoy en la peña... y dame tu respuesta, te esperaré aquí la noche del...

—¡No! —la interrumpe él con vehemencia—. No, Moira —repite más calmado, sorprendido por su violencia—. No debes volver al Monte. Iré yo a verte cuando haya tomado una decisión.

Miedo. Un miedo nuevo y brutal ha guiado la reacción del monje. El poder de las entrañas de esa tierra es real. Todo lo que le ha contado Moira ha adquirido en ese instante un significado distinto.

—Bien —dice ella, temblando—. Como quieras.

Moira se levanta. Él mira la cruz del altar, el humo de los cirios le produce picor en los ojos. Le cuesta mantener una respiración regular. Se ahoga. Ella lo coge del brazo sin encontrar resistencia. Lo guía hacia la salida, como un segundo bastón. Mira su destino de cara, escruta el futuro de su historia, que está exclusivamente en manos de ese hombre que roza su costado. Moira entreabre la puerta de la capilla de San Martín. Una ráfaga de viento le azota los cabellos. Todo está oscuro, sometido al golpeteo del aire y del agua, que una vez más, en su pasión guerrera, se ensañan con la montaña. Adivina en lo alto la silueta de la iglesia y nota el calor del cuerpo de Román. Con un ademán desesperado, se vuelve hacia él y lo abraza.

—Román, Román... Quiero decirte que..., decidas lo que decidas, mi amor por ti no disminuirá.

Román la estrecha contra sí, tímidamente al principio, un poco asustado, y luego con más seguridad. El bastón cae al suelo cuando la rodea con ambos brazos. Tiene la sensación de que su alma se llena de una tibieza suave, de una ternura nueva, que destierra la violencia de su angustia y la opresión del dilema. No dejar escapar ese instante... Atrapa al vuelo un mechón rojizo azotado por el viento, refugia el rostro en el perfume salado de la abundante cabellera. ¡Que ese momento sea la eternidad! ¡Que las palabras se rompan como las olas contra la montaña, que el viento que los acosa atenúe su diferencia, que la lluvia ahogue la memoria y se la lleve en su torrente de fango!

—Román..., nuestro amor nos hace inmortales —dice Moira.

Él se desase y la observa, intrigado por su observación, pero la noche le impide distinguir la expresión de su rostro. Ella se vuelve y, sin otra fórmula de despedida, se va. Román se queda solo con el viento, con el ruido atronador de los elementos furiosos. Después se dirige cojeando al dormitorio.

Mientras Román renquea en la oscuridad, una forma alargada se mueve en la esquina de un contrafuerte exterior de la capilla.

Con una linterna apagada en la mano, avanza siguiendo el muro del santuario y se dirige al scriptorium. La luz azulada de la luna permite ver la gran cerradura. Una llave gira con dificultad. La silueta entra y cierra la puerta con llave. Una vez en el interior, enciende una vela. La llama ilumina el semblante surcado de arrugas del hombre, su piel amarillenta como un viejo pergamino, sus ojos negros, de los que brotan lágrimas que hunden todavía más su rostro demacrado. Atraviesa la gran estancia de amplias ventanas, vacía de humanos pero abarrotada de pensamientos griegos y latinos que recubren las paredes y destacan sobre las mesas, junto a plumas y tinteros de colores vivos, y presidida por una monumental chimenea. Al fondo de la sala, el monje abre una puerta y entra en un minúsculo despacho, donde los últimos trabajos de los copistas esperan para ser revisados. Deja la vela sobre el pupitre. Almodius se postra de hinojos y rompe a llorar en

silencio. El oscuro sayal es deformado por los espasmos. Unas manos grandes y finas, manchadas de tinta, sujetan la cabeza. Finalmente, un sonido escapa del pobre cuerpo, un gemido de animal al que están degollando. El monje se desploma, cae boca abajo al suelo del despacho. Gime, pronuncia palabras ininteligibles. Se arrodilla de nuevo, tiende la mano y saca de una cavidad escondida unas disciplinas, azote de tiras de cuero tachonadas de bolas de plomo. El hábito del subprior cae sobre su cintura. La blancura y la delgadez de su espalda aparecen como una débil luz.

—¡Señor todopoderoso, acude en mi ayuda! —suplica con voz quebrada.

Con los ojos cerrados, Almodius empuña las disciplinas y se azota violentamente la espalda mientras murmura una oración. Las bolas de metal trazan en la piel desnuda pequeños surcos granate, finas líneas de sangre desde las caderas hasta los hombros. Almodius respira hondo, se concede una tregua y se aplica de nuevo las disciplinas, con un movimiento regular e ininterrumpido. Un estremecimiento de dolor le sube por los omóplatos, tiene los labios apretados, unas perlas rojas gotean sobre los pliegues del sayal. Su espalda no tarda en estar en carne viva, en convertirse en una herida abierta de un bello color carmín brillante. Doblado sobre sí mismo, reprime gemidos de dolor. Finalmente, suelta una palabra largo tiempo retenida, una rabia que escupe en un susurro. A medida que la sangre chorrea bajo el hierro, el susurro se convierte en grito:

—Moira... Moira... Moira... ¡Moiraaa!

Capítulo 7

—¡Toma, Jo, salchichón con mantequilla y pepinillos! —se oyó, al tiempo que una mano tendía un sándwich por el agujero.

—Hoy no hace calor —dijo Paul, arrodillado al borde del enorme barranco—. ¡Te va a dar algo!

Johanna sonrió al director del yacimiento. Su anorak de plumas de oca estaba manchado de barro, al igual que sus largos cabellos. Con un pincel suave, desprendía una de las piedras del cuadrado de tierra que tenía asignado, de altura desigual y delimitado por cintas, estacas y números.

Paul también sonrió. El eminente profesor de la Universidad de Lyon sentía un gran afecto por su ayudante, la única mujer del yacimiento desde hacía dos años, aun cuando a veces no entendía su comportamiento. Veía con malos ojos la relación de la joven arqueóloga con François, que para él era un mandarín aferrado al poder. Pese a la discreción de los dos amantes, todos comentaban esa relación a espaldas de Johanna. Delante de ella, Paul y los demás fingían no saber nada, puesto que ella no hablaba nunca de su vida privada.

A menudo, Johanna soñaba que su trabajo no era un trabajo de equipo y que un día excavaría sola, donde y como mejor le pareciera, evitando la promiscuidad de los humanos en beneficio de una intimidad total con las piedras. No obstante, apreciaba mucho a Paul, un gran enamorado de Cluny y miembro del jurado que había evaluado su tesis: «Las excavaciones del arquitecto norteamericano Kenneth John Conant en el yacimiento de Cluny

III de 1928 a 1950: éxito arquitectónico y esbozo arqueológico», ochocientas páginas en las que había demostrado que, pese a su aportación inestimable al conocimiento de Cluny, la mayor abadía medieval desaparecida, el célebre investigador había pasado por alto ciertas pistas arqueológicas que seguían pendientes de explorar. Cuando, tres años más tarde, le encargaron a Paul dirigir una gran campaña de excavaciones en diferentes lugares del yacimiento, le pareció apasionante tener como ayudante a la autora de esa tesis, que empezaba a aburrirse en su laboratorio del Centro Nacional de Investigación Científica. En esa época, el cuarentón se debatía con los trámites de su divorcio y habría estado encantado de que el reconocimiento profesional de Johanna hacia él se transformara en un sentimiento más personal. Pero la atractiva arqueóloga parecía vivir solo para el trabajo y Paul, que era tímido, no se atrevió a confesarle su interés por ella. Juntos habían hecho centenares de levantamientos piedra a piedra, sondeado el claustro del siglo XVIII donde reposaban el claustro medieval y los restos de Cluny II, tal como llamaban en su jerga a la iglesia de San Pedro el Viejo, la segunda abadía, el triple de grande que la primera, acabada en el siglo XI y derruida en el XII para permitir que el abad Hugo de Semur construyera la tercera abadía, Cluny III, la maior ecclesia, la iglesia más grande de toda la cristiandad medieval, que después de la Revolución tardaron veinticinco años en demoler.

Desde hacía seis meses, el amor de Paul y de Johanna, aunque seguía sin ser recíproco, iba encaminado en la misma dirección: la mítica tumba de Hugo de Semur, sexto abad de Cluny y promotor de la gran iglesia Cluny III, que había dirigido la abadía durante sesenta años, de 1049 a 1109, y fallecido a la venerable edad de ochenta y cinco años. En su tesis, Johanna había recordado que, en la Edad Media, los monjes de Cluny eran especialistas en conmemorar a los muertos. Inventores de la fiesta de los difuntos, el 2 de noviembre, crearon para estos una liturgia riquísima que contribuyó ampliamente a su riqueza material. Eran muchos —laicos y religiosos, pobres y, sobre todo, adinerados— los que, mediante una donación, se hacían inhumar en la tierra de Cluny, garantía de su salvación. Actualmente, la abadía no existía y, no obstante las sepulturas descubiertas, sus entrañas

continuaban conservando la mayoría de las tumbas, entre ellas la de Hugo, que estaba en el coro de Cluny III y fue descrita en textos antiguos como la joya del arte funerario cluniacense. En 1928, el norteamericano Conant exhumó unos fragmentos, pero no prosiguió sus excavaciones. Hace unos años, el predecesor de Paul descubrió por casualidad, en un muro alejado del emplazamiento de la iglesia y que databa del siglo XIX, un trozo de friso y de cornisa del mausoleo. Esto había, llevado a algunos especialistas a concluir que el monumento había sido destruido junto con la abadía y que, al igual que la iglesia, sus piedras habían encontrado otro uso. Otros, entre los que se hallaban Johanna y Paul, querían seguir creyendo y reanudar los trabajos inacabados de Conant.

En cuanto llegó Johanna, Paul y ella prepararon juntos un informe para solicitar excavaciones en el lugar donde se encontraba el coro de Cluny III. Pero el emplazamiento del sanctasanctorum de la maior ecclesia ya no formaba parte del terreno de la abadía que administraba Monumentos Históricos, pues se había convertido en... un establo. Se trataba de unos acaballaderos públicos, sí, con sementales, yeguas y potros de pura raza subvencionados por el Estado, pero unos acaballaderos que estaban bajo la tutela del Ministerio de Agricultura, departamento que tradicionalmente no tenía como misión los estudios de arqueología medieval.

—¿Se puede saber en qué piensas, querida ayudante? —preguntó Paul.

El arqueólogo era bajito y regordete, llevaba gafas de cristales gruesos y unos cabellos rubios le crecían como una diadema alrededor de la calva.

—Empiezo a dudar de que la encontremos —dijo ella mirando hacia otro lado, avergonzada de su confesión—. ¡Llevamos seis meses aquí y nada! ¡Mira, Paul! ¡Otra piedra sin ningún interés! No puede ser... ¿Y si nos hubiéramos equivocado? ¿Y si hubiera sido destruida en el siglo XIX?

Las negociaciones entre el Ministerio de Cultura, representado por François, y el Ministerio de Agricultura habían durado más de un año: ridículo a escala del tiempo cluniacense, pero agotador para unos contemporáneos.

Por fin, tras ímprobos esfuerzos, un jueves de noviembre François había conseguido el acuerdo de Agricultura: ocho meses de excavaciones en el

jardín de los acaballaderos el año siguiente, de junio a enero. La euforia había barrido entonces sus últimos escrúpulos de hombre casado: esa noche, los sentimientos que cada uno de ellos despertaba en el otro desde hacía un año finalmente se concretaron.

—¿Cómo puedes dudar? —preguntó Paul—. Sabes que es real y que está aquí, te has pasado años preparando una tesis para demostrarlo. Debemos tener paciencia y trabajar más, la encontraremos, estoy seguro.

—Paul, solo nos quedan dos meses por delante para descubrirla. Piensa un poco. Calculamos que medía por lo menos dos metros y medio sin el pedestal. Un monumento de ese calibre no pasa inadvertido, y dentro de nada vamos a llegar a la capa freática. No, yo creo... que quizá hemos escogido mal la zona de excavación...

—¿Cómo? —exclamó Paul, rojo como la grana—. ¡El ábside estaba aquí, en este jardín, bajo este césped! ¡Se ve gracias al brazo del transepto que queda, todo el mundo lo sabe, hasta los más ignorantes!... ¡Tú desvarías, Johanna!

—¡No me grites, Paul! —replicó ella—. ¡Lo que quiero decir es que pudieron trasladarlo a la capilla axial, o a una radial, detrás del deambulatorio, allí! —dijo, señalando un punto imaginario frente a ella—. ¡Y allí no estamos excavando!

Paul suspiró antes de sentarse sobre el lodo.

—Tienes razón, allí no estamos excavando... Somos unos idiotas, porque, total, bastaría con alquilar un bulldozer y derribar el edificio de oficinas de los acaballaderos. En realidad, si pusiéramos dinamita en el hipódromo de al lado sería más rápido. Y ya que nos ponemos, podríamos volar también los establos.

—¡Bestia! ¡Los caballos no!

Johanna sonrió y se sentó al lado de Paul, apoyando una mano en su carnoso hombro.

—Perdona —dijo—. Me he pasado..., como siempre.

Él puso su manaza sobre la mano de la joven.

—No pasa nada, Jo —la tranquilizó—. Estás más enamorada que yo, eso es todo..., quiero decir de san Hugo. No te preocupes. No es muy científico,

pero siempre he tenido olfato para esto, ya que no para otras cosas, y aquí presiento algo importante... Aquí, no bajo el despacho del director de los acaballaderos. Confía en mí, está aquí, en algún sitio, vamos a encontrarlo los dos, y se hablará de esto hasta... ¡hasta en Luxor!

Paul había acabado por dejarla sola con sus arrebatos y su sándwich. Como de costumbre, volvería una hora más tarde con un café caliente y el resto del equipo. Johanna había salido de la cavidad para comer y desentumecer las piernas, anquilosadas por estar mucho rato de rodillas dentro del agujero. A veces iba a darle un trozo de bocadillo a Firmamento, un semental nervioso de pelaje negro, brillante y suave como la seda. Los caballos le gustaban, la serenaban. Sus finas patas los hacían parecer muy frágiles, y sin embargo eran muy fuertes. Unos auténticos atletas.

Al salir del establo, se dio de bruces con François.

—¿Tú por aquí? ¡Cómo me alegro de verte!

Desaparecieron en los míseros restos de Cluny III, lejos de la zona de excavaciones. A François le gustaba tratar de recrear con la imaginación la gran iglesia abacial, aunque la tarea era imposible. Desde lo que era la antenave, de la que solo quedaba un trozo de portada, miró a lo lejos abrazando a Johanna por debajo de su largo abrigo de cachemira.

—No consigo imaginar que llegara hasta los árboles, allá... —dijo—. Es prodigioso.

—Pues sí. Ciento ochenta y siete metros de largo, con una nave de treinta metros de alto. Solo San Pedro de Roma la igualó en esto, pero cinco siglos más tarde —explicó Johanna—. François, estaría más tranquila en nuestra capilla; aquí estamos a la vista, temo que nos vean al salir del restaurante...

—¡Vaya! Esta sí que es buena... Normalmente soy yo quien siente ese tipo de temores —confesó—. ¿Ahora es a ti a quien le angustia que nos vean juntos?

Johanna no sabía por qué había reaccionado así. No tenía nada que ocultar, y no se avergonzaba de François, al contrario... ¿Sería que se avergonzaba de sí misma? Lo cierto es que, desde la cena en Saint-Germain-des-Prés a su regreso de Italia, no había parado de acosarlo para ser nombrada directora del proyecto de Mont-Saint-Michel utilizando todos los

argumentos de que disponía, algunos de los cuales eran irrefutables. No lo había visto desde hacía una semana y, en lugar de alegrarse por su visita inesperada, le daba una clase sobre las dimensiones cluniacenses.

—Después de todo, aquí nos estamos helando, en plena corriente de aire —dijo François—. Tienes razón, vamos a nuestro pequeño santuario.

Los amantes clandestinos también tienen costumbres, aunque las encuentren románticas. A Johanna y François les gustaba citarse en una capilla gótica del siglo XV situada en el único vestigio elevado de Cluny III: el brazo sur del gran transepto. Los inviernos borgoñones eran crudos, pero Juan de Borbón, un padre abad del siglo XV, no deseaba pasar frío como sus hijos, de modo que hizo construir, lindando con la capilla glacial donde sus monjes oficiaban congelados, una discreta antecámara reservada para su uso, donde una gran chimenea le calentaba la espalda durante la misa.

Una noche, Johanna había encendido allí un gran fuego y descorchado una botella de vino de Meursault, y habían hecho el amor. A François le había complacido el excitante sacrilegio. Más tarde, Johanna le había dicho que su ultraje era mínimo comparado con los de los propios monjes; contó que, ya en el siglo XIII, los frailes de Cluny frecuentaban las tabernas, los garitos y a las prostitutas, y que en el siglo XVIII se empolvaban la nariz. Pese a ser atea, se preguntaba si el empeño de los habitantes de Mácon en demolerlo todo, durante veinticinco años, no sería un castigo divino cuyo brazo armado eran unos autóctonos escandalizados por esa decadencia secular.

—Debe de estar un poco caliente, pero no importa —dijo François de espaldas a la chimenea de piedra, mientras sacaba una botella de champán y dos copas de su maletín.

—¿Tenemos algo que celebrar? —preguntó Johanna, sorprendida.

—Pues claro —respondió él, abrazándola—. Nuestro aniversario. Hace un año que estamos... juntos. Normalmente son los hombres los que olvidan este tipo de cosas, pero yo no.

—François, estoy muy emocionada —dijo ella, bajando la cabeza hacia el anorak manchado de tierra—. ¡Eres un encanto!

Se besaron. Johanna se derretía como una chocolatina ante aquel delicado

e inesperado detalle. No era lo suficientemente consciente de lo tierno que era aquel hombre. A veces se decía que estaba loca por tener la cabeza y el corazón llenos de muertos del pasado, de piedras secas y de huesos polvorientos, cuando el presente le ofrecía a un ser vivo y amante. ¿No podía dejar de buscar lo imposible, de aspirar a un cielo inexistente, cuando la vida le ofrecía semejante regalo? ¿No estaba demostrando ceguera e ingratitud con la existencia? ¿No debería deshacerse de sus sueños para vivir libre y feliz?

—Además, tenemos otra cosa que celebrar que no quería decirte antes —añadió François, soltando a Johanna y descorchando la botella de champán—. ¿Te acuerdas de hace un año? Nuestra historia empezó gracias a Hugo de Semur y el decreto de autorización de las excavaciones... Pues bien, un año más tarde prácticamente día por día..., mira, mi amor.

Emocionado, sacó un papel del bolsillo interior. Johanna contuvo la respiración.

—¡Mira! —repitió—. Hoy, nuestra historia continúa bajo los auspicios del arcángel san Miguel. ¡Aquí tienes tu nombramiento para el Monte!

Pirámide gris cuya cima de oro brota de un desierto de agua. Fortaleza almenada con las entrañas de roca. Beso permanente al cielo, fugaz caricia a la tierra... Es un monstruo arremetiendo contra el infinito, un monstruo de lo bello y de lo imposible, que abraza a los dioses y baja los ojos hacia el hombre, redondeando sus flancos lamidos por el mar. Es el mito, el deseo eterno, la carne del misterio..., el sexo del Ángel.

Johanna lo contemplaba sin poder apartar la mirada. Cluny, construida en piedra calcárea, era blanca, de un blanco roto de virgen descarriada. El era gris, gris como una armadura de caballero. Diferentes matices de antracita, en facetas brillantes, prolongaban las nubes y las olas sin fundirse con ellas: victoria del granito sobre la naturaleza y el tiempo. Arrogante frente a los elementos, semihombre y semidiós, emanaba de él una fuerza viril cautivadora. ¿Qué ocultaba esa coraza guerrera, esa omnipotencia erguida?

—Si existió, la capilla de San Martín debía de estar aquí —explicó Christian Brard, el administrador de Monumentos Históricos, de pie junto al potro—. Un manuscrito antiguo cuenta que, en el año 992, el conde de Armórica Conan I, muerto en la batalla de Conquereuil, fue enterrado en el

Monte, en la llamada «capilla de San Martín», lo que llevó a deducir que se trataba de esa capilla y que dicho lugar tenía una vocación funeraria... Se encontraron varios esqueletos, pero no el de Conan. Se cree que uno de ellos puede ser el de Geoffroy, duque de Bretaña e hijo de Conan; los otros son de monjes y más recientes, del período románico, cuando la capilla de San Martín fue destruida y reemplazada por un cementerio, o cuando el abad Roberto de Thorigny construyó allí un osario. Durante la Revolución, cementerio y osario fueron arrasados, pero siguen quedando osamentas. En realidad, nos gustaría encontrar la tumba de Judith de Bretaña, la esposa de Ricardo II, duque de Normandía, el que expulsó a los canónigos, puso el Monte en manos de los benedictinos y financió la construcción de la gran iglesia abacial románica... Si me hubieran dicho hace dos meses que, en lugar de a Roger Calfon, tendría a una mujer para buscar a Judith, no lo habría creído.

Era un hombre alto, cercano a la sesentena, seco como un hueso, de hombros caídos, labios finos y penetrantes ojos de color avellana, que llevaba unas gafas pequeñas con montura de concha. Había resuelto el problema de la calvicie afeitándose la cabeza, lo que, entre aquellos muros, le daba un aspecto de presidiario intelectual. Johanna esperaba más hostilidad por su parte; hasta el momento, se había mostrado acuciante pero cortés. Ese comentario era el primero que le hacía desde que se había presentado ante él, media hora antes.

—Sobre todo, no lo interprete como una señal del cielo —repuso Johanna con una sonrisa\1 \2 tranquilícese, solo estaré aquí seis meses, mientras el señor Calfon se ocupa de su mujer antes de consagrarse a Judith.

La ironía desacostumbrada de la joven procedía de un violento sentimiento que se había apoderado de ella desde su llegada al Monte: el miedo, el miedo de una niña ante un sueño que se hacía realidad y el miedo de una mujer adulta ante una tarea de la que no se sentía a la altura. Se mezclaba todo: la fobia de ver de nuevo al monje decapitado y la angustia ante la posibilidad de no verlo nunca más; el temor de dirigir unas excavaciones en las que no encontraran nada y la ansiedad ante la perspectiva de descubrir apasionantes sepulturas.

—Y... dígame, señor Brard, ¿por qué fue destruida esta capilla de San Martín durante la construcción de la abadía románica? —preguntó la joven para cambiar de tema.

—No se sabe —confesó él, mirándola a través de las gafas—. De lo que se ha llegado a tener la certeza, aunque los planos de la abadía románica hayan desaparecido, es de que al principio lo que estaba previsto derribar era la iglesia carolingia, mientras que esta capilla iba a ser conservada. Al final, se hizo lo contrario: destruyeron San Martín y conservaron la iglesia, transformada en cripta de sostenimiento de la nave románica y bautizada con el nombre de la Virgen Soterraña. Hay una cripta de apoyo de uno de los brazos del transepto que se llama cripta de San Martín, pero no tiene nada que ver con esta capilla, quizá le pusieron ese nombre como un homenaje al lugar derribado. Seguramente fue un capricho del constructor o del padre abad; ya sabe que en la Edad Media los cambios de este tipo eran muy frecuentes durante las obras.

—Sí, lo sé —dijo Johanna tocando las piedras del muro, pensativa desde que había oído mencionar la Virgen Soterraña.

—Lo mejor que puede hacer es sumergirse en la historia de la abadía. Encontrará todo cuanto necesita en la biblioteca de mi despacho, la pongo a su disposición —dijo el administrador en un tono almibarado—. Mire —añadió, mirando el reloj—, esta tarde tengo que dar una conferencia en Rennes y no he terminado de preparar mi intervención. Si no le importa, le pediría que pasara en otro momento por mi despacho para firmar la incorporación; también tengo que darle las llaves de la abadía, y mi ayudante le enseñará su alojamiento. Con todos los imprevistos que han surgido, el inicio de las excavaciones se ha retrasado; el material y el equipo no llegarán hasta dentro de una semana. ¿Cuándo piensa empezar?

La cosa estaba clara: aceptaba a Johanna, pero permanecía al acecho por si daba algún paso en falso.

—De inmediato —respondió ella.

Era una casa grande situada bajo los contrafuertes de la abadía, detrás del museo de historia donde ahora descansaba Geoffroy, hijo de Conan, y con vistas al cementerio del pueblo. Johanna estaba rodeada de sepulturas, día y

noche. La construcción medieval, con postigos blancos, tenía un pequeño patio cuadrado y una garita redonda desde donde vigilaban la bahía durante la guerra de los Cien Años. En lo alto de la atalaya, se arrodilló al borde de la tronera. Se sentía bien, tenía la impresión de dominar un poco la situación y de estar segura en una torre de vigilancia. Al caer la noche, fue a su habitación para preparar su cuartel general. Arrastró la cama de hierro hasta el centro de la estancia para tener una visión circular. Colocó un sillón de terciopelo y la pequeña mesa de despacho contra la ventana que daba al cementerio.

Tendría que hacer un viaje a París para traerse sus cosas y ser totalmente operativa, pero ya podía pasar su primera noche en Mont-Saint-Michel. Sí, su primera noche como directora de excavaciones, su primera noche tan cerca de la Virgen Soterraña y del personaje que la atormentaba. Se estremeció. La humedad era peor que el frío; en Cluny, el invierno era glacial pero franco, mientras que allí era engañoso y solapado. El aire parecía suave, pero se deslizaba bajo la ropa como una serpiente mojada y mordía lentamente la piel, a pequeñas dentelladas insidiosas y acidas que corroían los músculos, helaban los huesos y destruían la energía. Johanna arrugó unas cuantas hojas de un periódico que estaba dentro de una caja, las echó a la chimenea, encendió una cerilla y colocó unos troncos sobre el papel. Empezó a brotar un humo acre que la aturdió.

Unos instantes más tarde, el viento nocturno entraba por las ventanas abiertas, disipaba el humo y hacía temblar la llama de las velas que Johanna había encendido por toda la habitación, prescindiendo de la lámpara halógena de diseño, que desentonaba en aquella atmósfera del pasado. Sentada en el centro de la cama, envuelta en el anorak negro manchado de tierra, tomando de vez en cuando un sorbo de calvados y galletas que había encontrado en la cocina, estaba sumergida en la lectura de un grueso libro, abierto junto a una decena de volúmenes más y un bloc de notas, algunas de ellas desperdigadas sobre la manta. El desarrollo de las obras de construcción de la iglesia abacial románica era un misterio y el nombre del constructor no había pasado a la historia.

«¡Qué obra maestra arquitectónica y mística! —pensaba mientras miraba

unos dibujos—. Todo tiene un sentido..., no hay sitio para el azar... ¡Qué pureza! ¡Qué armonía! Décadas construyendo, y ni rastro de la historia de las obras. ¿Por qué no derrocaron la vieja iglesia, la Virgen Soterraña? ¿Es posible que fuera a causa del monje decapitado? Todo es leyenda, leyenda de combate contra la muerte y las fuerzas del mal: el nacimiento de la montaña, la llegada de los benedictinos, las construcciones gigantescas, la lucha perpetua entre normandos y bretones, la guerra de los Cien Años... Increíble, la guerra de los Cien Años en el Monte —se dijo, elevando la mirada por los muros que la rodeaban y que databan de ese período—. Toda Normandía estaba en manos de los ingleses, incluso la isla de Tombelanie, al lado, todo salvo el Monte, que resistió y no llegó a caer. Sufrió un asedio de treinta años... Al principio de este —leyó— fue cuando el coro románico de la abadía se derrumbó sobre los monjes en pleno oficio...

»El coro, que se volvió a construir en estilo gótico treinta años después... La montaña estaba defendida por caballeros del rey de Francia y por los monjes, que jamás cedieron al invasor pese a la traición de su padre abad, Roberto Jolivet, que se pasó al bando de los ingleses y más tarde votó a favor de la muerte de Juana de Arco. Todo esto es increíble —pensó, suspirando y alzando los ojos al cielo—. El Monte, a imagen y semejanza de su Arcángel, es mucho más que una iglesia: es el símbolo del conflicto guerrero, individual y colectivo, de la lucha patriota, incluso nacionalista —continuó leyendo, tras ponerse de nuevo las gafas—. Después de la derrota de 1870, lo salvó la III República, laica y anticlerical, cerrando las prisiones y restaurando la iglesia abacial, pues la veía, no como una catedral, sino como una divisa: el emblema de la resistencia contra el ocupante.»

Una alegoría de la batalla contra los enemigos interiores y exteriores, eso es lo que era la fortaleza sagrada. Johanna no sabía qué demonios iba a encontrar, fuera y dentro de sí misma, pero notaba que el lugar le transmitía su potencia ofensiva. Todo iría bien... Debía aprovechar el poco tiempo de que disponía antes de la llegada de los demás y del comienzo de las excavaciones, así como la distancia que había interpuesto el administrador entre ambos, para buscar al hombre misterioso que la había inducido a ir allí. A la mañana siguiente iría a Avranches a consultar los manuscritos antiguos

de la abadía; quizá encontrara alguna mención al monje decapitado o a crímenes cometidos en el monasterio. Pero antes iría sola a la Virgen Soterraña. A no ser que fuera a visitarla esa noche... El monje no le haría ningún daño, estaba segura; no tenía miedo. El monje decapitado era como el Monte: más allá del tiempo, se alzaba erguido y sombrío. Indestructible, lleno de secretos, le hablaba como un valeroso paladín que combate contra una fuerza invisible... Johanna se levantó y cerró las ventanas, pero no los postigos blancos. Quería que la despertara la claridad, el amanecer del nuevo día. Se desnudó y puso sobre las baldosas rojas todos los libros excepto uno, que dejó junto a su cabeza abierto por la página del juramento que hicieron en 1469, después de la guerra de los Cien Años, los caballeros de la orden de San Miguel:

«En homenaje y por veneración a monseñor san Miguel, primer caballero, quien, por la querrela de Dios, batalló victoriosamente contra el antiguo enemigo del linaje humano y lo arrojó del cielo, y cuyo lugar y oratorio, llamado Monte San Miguel, siempre ha guardado, preservado y defendido sin ser sojuzgado ni haber caído en manos de los antiguos enemigos de nuestro reino».

En la cripta subterránea había una claridad sorprendente. El sol, si podía llamarse así al disco mortecino que la había despertado, la había calmado tras una noche de virulentos combates: en cota de malla y empuñando una espada, había luchado contra ingleses alados, cornudos, barbudos y de larga cola, que adoptaban el aspecto de Paul, François, Isabelle, su jefe de laboratorio en el Centro Nacional de Investigación Científica, Hugo de Semur, un ex amante, Judith de Bretaña, su madre e incluso un bebé, su difunto hermano Pierrot. En un rincón, la observaba sin moverse una estatua que representaba a un comendador con las facciones de Christian Brard, y detrás de él se alzaba la silueta, de un rojo resplandeciente, del Mont-Saint-Michel aplastando el último campanario de Cluny. Había abierto bruscamente los ojos al verse encerrada en una mazmorra, con grilletes en los pies, en espera de ser arrojada a una hoguera que ardía en medio del cementerio del pueblo, ante la mirada vacía de esqueletos con sayales andrajosos que balbucían en latín frases de su tesis. Todos sus familiares habían ido, todos excepto el que ella

esperaba. Todavía en la cama, empapada de sudor, había dejado un mensaje en el móvil de François diciéndole que estaría en París a última hora de la tarde. Su mirada había permanecido largo rato clavada en el grueso manojito de pesadas llaves de la abadía, que reposaban sobre la chimenea, metidas en un aro de hierro herrumbroso que los funcionarios de Monumentos Históricos solían llevar colgado de la cintura, lo que los hacía parecer guardias de prisiones. Curiosamente, se había sentido harta de sus eternos botines, téjanos, jersey de cuello vuelto desbocado y anorak acolchado, que ocultaban su feminidad. Esa mañana, para visitar la Virgen Soterraña, le apetecía algo elegante. Por suerte, pensando que el administrador la invitaría a cenar, había llevado un vestido negro de lana, unos zapatos de salón, un abrigo corto de tweed y un collar de perlas de baquelita gris. Su cuarto de baño era rudimentario y frío, pero no tendría que compartirlo con el resto del equipo, que disponía de otros tres cuartos de aseo en el piso inferior; ese pensamiento la alegró.

Seis días más tarde llegarían cinco personas: el ayudante habitual de Roger Calfon, contra el que François la había puesto en guardia, otros tres hombres y una chica joven. A Johanna se le encogía un poco menos el estómago ante la perspectiva de dejar de ser la única representante del sexo femenino; solo faltaba que su nueva colaboradora no viera en ella a una rival. Todavía tenía seis días por delante para prepararse para dirigir unas excavaciones interesantes y, sobre todo, a unos seres humanos complicados, se decía mientras se daba un toque de carmín en los labios. No encontró ni rastro de café en la cocina. Le tocaba a ella hacer las primeras compras; después de todo, era la jefa. Después habría que establecer un sistema de reparto de trabajo por turnos, procurando que a la chica no le tocaran todas las tareas domésticas como le había pasado a Johanna en Cluny al principio, hacía dos años. Cluny..., ¡pobre Paul! Cuando había ido a su cuarto a anunciarle su nombramiento provisional en el Monte, a la mañana siguiente de la visita de François, se había quedado desconcertado, sentado en la cama, callado y pálido como un muerto. Después había estallado con una furia que Johanna jamás habría sospechado en él: la había acusado de arrivista sin escrúpulos, de ingrata, de pelandusca, antes de salir, rojo de ira, dando un

portazo. Por la noche, ella le había suplicado que la acompañara a un bar lleno de humo y, con ayuda de varios vodkas, Paul había perdonado la desertión de su ayudante con la condición de que la arqueóloga volviera con él una vez finalizada su misión en el Monte. Esa noche, sola en la cama, con la habitación dando vueltas a su alrededor, Johanna había tomado conciencia de que a partir de aquel momento en su vida solo tenía cabida un hombre, un hombre sin nombre, sin cabeza, sin existencia real, pero más presente en ella que ningún otro. Estaba con ella desde siempre, en su mente, en su cuerpo y en su alma; la había modelado como un padre, en los momentos más íntimos se comportaba como un amante y le indicaba el camino al tiempo que la dejaba libre, como un hermano. Y además, la necesitaba, estaba convencida de ello.

Se hubiera dicho que lo veía por primera vez. Liberada de la angustia y de la incertidumbre, Johanna alzaba, los ojos hacia el doble techo de piedra, en forma de escalera. Sonreía. Le habría gustado estrechar los altares gemelos entre sus brazos, acariciar el granito de los pilares, impregnarse de arriba abajo del olor de ese lugar que era el suyo. Él no estaba, pero ella lo percibía allí arriba, muy cerca.

—Aquí estoy, por fin he venido —murmuró—. No sé quién eres, pero sí que estás aquí, en la Virgen Soterraña... No sé qué esperas de mí..., o quizá soy yo quien espera algo de ti... Estamos unidos por encima del tiempo, lo sé, estamos unidos por una espera recíproca, una esperanza, una búsqueda... Las piedras me han transmitido tu fuerza, tu valor, tu pasión... Era a ti a quien buscaba excavando la tierra en busca de huesos sin alma, a ti, que eres un cuerpo dividido..., dividido, como yo...

De pronto, un joven desconocido irrumpió en la cripta y se plantó delante de Johanna.

—¡Ah, está aquí! Es usted madrugadora, pero yo también. Kelenn, Guillaume Kelenn, montesino y guía-conferenciante, para servirla. Encantado de conocerla, señorita —dijo tendiéndole la mano.

Sorprendida por esta aparición, Johanna retrocedió instintivamente antes de rehacerse y estrechar la mano del guía.

—Encantada —contestó ella en un tono grave—. Jo...

—Johanna, sí, un nombre precioso. El femenino de Juan, el autor del Apocalipsis, el inspirador de la abadía románica.

—Si quiere verlo así —repuso ella con sequedad, disgustada por el hecho de que la hubiera importunado en un momento tan íntimo y esperando que no hubiese oído lo que decía.

Debía de tener la misma edad que la joven. No carecía de encanto, con su chaquetón de buen corte, sus largos bucles rubios tirando a rojizo atados con una cinta, su fino bigote y sus grandes ojos verdes con pintas marrones, aunque la nariz aguileña y el cuello demasiado largo hacían pensar en un buitre disfrazado de dandi.

—Perdone la intrusión, no quería molestarla, solo presentarme a nuestra nueva arqueóloga, una especialista en arte románico, por lo que me han dicho, y ver si podía serle útil en algo. Entre especialistas... Me proponía llevarla a visitar mi castillo antes de que lo abran al público y compartir con usted todos sus secretos —añadió, guiñándole un ojo.

—¿«Su» castillo? —preguntó Johanna, a quien aquel tipo empezaba a irritar.

—Es una forma de hablar, claro. Verá, yo nací aquí, en el pueblo, como toda mi familia desde el siglo IX, cosa nada corriente, y me encargo de las visitas guiadas a la abadía desde hace más de diez años, así que tengo cierta tendencia a considerarla mi casa. Es normal, ¿no?

—Desde luego. Le agradezco el ofrecimiento, pero habrá que dejarlo para otra ocasión; tengo que ir a la biblioteca de Avranches y después a París a buscar mis cosas. Lo siento.

—¡Qué lástima! Habría podido contarle infinidad de cosas que no se encuentran ni en los libros ni en los archivos, mostrarle su alma... Porque está aquí, ¿sabe? ¿La ha sentido?

La irritaba, pero también empezaba a despertar su interés.

—Sí —susurró—. Bueno, no sé, se respira una atmósfera tan particular en la Virgen Soterraña...

—Porque es el origen —contestó él, animándose—. Esta cripta era una iglesia construida por los bretones en el emplazamiento del santuario de Auberto, del que se ve un trozo de pared ahí, pero antes de eso era un templo

celta.

—Sí, lo he leído —dijo Johanna, decepcionada—. Auberto construyó sobre un antiguo túmulo megalítico, arrasado por los primeros misioneros.

—¡Pero todo está aquí! —dijo él con apasionamiento, levantando los brazos—. ¿Cree que mis antepasados, los celtas, escogían el lugar para construir sus santuarios al azar?

—Pensaba que era usted ciento por ciento montesino —objetó Johanna mirándolo mal.

—¡Montesino, exacto, luego bretón! —exclamó él con vehemencia—. ¡Los pérfidos normandos nos robaron el Monte en 933, pero nosotros ya estábamos aquí, y éramos celtas!

Johanna suspiró. Ese tipo de disputa milenaria la aburría.

—Yo creía que el Monte era cristiano desde el siglo VI —recordó.

—Cristiano, en efecto, pero poblado por celtas. Yo le hablo de un pueblo, no de religión..., de un pueblo aparte, con una historia, unas raíces, unos rasgos físicos, unas costumbres comunes. Por lo demás, Auberto procedía de Avranchin, que hasta 933 pertenecía a Bretaña, y sus canónigos servían al Arcángel pero eran celtas... Fue preciso que los benedictinos normandos invadieran el Monte y los expulsaran, en 966.

—Así y todo, desde entonces es usted normando.

—¡Me insulta! —repuso Kelenn en un tono patético, levantando la barbilla como un caballero escarnecido—. Mi familia se considera normanda, pero yo me niego. No quiero que se me asimile con esos salvajes disfrazados de intelectuales hipócritas, que se apoderaron de nuestra tierra e intentaron arruinar nuestra cultura.

A Johanna le entraron ganas de reír. Se contuvo haciendo un gran esfuerzo, diciéndose que aquel energúmeno quizá pudiera enseñarle algo sobre su monje sin cabeza.

—Los normandos también han hecho grandes cosas —dijo con calma—. Basta con mirar a nuestro alrededor.

—Eso es cierto, lo admito —contestó él, tranquilizándose un poco—. Se lo cuento todos los días a los turistas. En realidad, desarrollaron magníficamente un paraje mágico que no les pertenecía.

—¿Mágico? ¿Como la Virgen Soterraña? —preguntó Johanna, confiando en que se centrara en la historia de la cripta.

—Esta cripta no es una simple capilla —dijo finalmente Kelenn—. Arrasaron por completo el santuario celta que existía anteriormente, pero todavía se percibe su alma. Además, todos los templos celtas poseían dos partes absolutamente idénticas, con dos altares taurobólicos gemelos... Como en el año 708 Auberto imitó el modelo circular de la gruta del monte Gargano construyendo una caverna redonda, sus canónigos, en el siglo X, reprodujeron el principio arquitectónico celta edificando esta iglesia de doble coro y doble nave, ¿comprende? Así rendían homenaje a sus antepasados, pese a ser cristianos de los pies a la cabeza. Ellos, aunque habían cambiado de religión, no olvidaban a su pueblo.

En ese momento, la erudición de Guillaume cautivó a Johanna. Le hizo una seña indicándole que continuara y él obedeció sin hacerse de rogar.

—Los druidas veneraban a sus muertos y curaban a los vivos aquí; nos encontramos exactamente en el punto de convergencia de importantes corrientes telúricas, cuya existencia ha sido demostrada por la sacrosanta ciencia. Sí, el poder sobrenatural de la tierra está aquí... Los druidas rendían culto aquí al dios Ogmios, u Ogme, que es el opuesto al dios Dagda, venerado en el monte Dol, al lado; Dagda es el dios de la luz, y Ogmios el dios de las tinieblas, el caudillo de los muertos, el dios de la guerra, de la magia, el conductor del alma de los difuntos al otro mundo... ¿No le recuerda eso a otro personaje?

—Sicopompo..., el conductor y el protector del alma de los muertos en el camino del cielo... San Miguel, claro... —dijo Johanna, atónita.

—¡Sí, san Miguel! —exclamó Guillaume, henchido de satisfacción—. Y no es una coincidencia; tiene sentido: los cristianos se limitaron a recuperar y desarrollar nuestras tradiciones con la forma de sus mitos, y lo hicieron tan bien, con tanto énfasis y tanta fuerza que hemos olvidado el origen, nuestra cultura. Podría ponerle muchos otros ejemplos: el combate de san Miguel contra el dragón, que no es sino una variación de una de nuestras leyendas, «el pastorcillo y el monstruo», la fiesta de los difuntos y Samain, y el cráneo de san Auberto, que los fieles veneraban en la Virgen Soterraña y que haría

usted muy bien en ir a ver a Avranches, a la iglesia de Saint-Gervais, en su relicario de oro, en lugar de encerrarse en una biblioteca normanda.

—¿Un cráneo? ¿En la Virgen Soterraña? ¿Auberto? —repitió Johanna, palideciendo.

Kelell avanzó hacia ella, se pegó a su espalda y, frente a la escalera que había subido el monje sin cabeza, susurró en la nuca de la joven:

—¿Ve esos peldaños de ahí delante, sobre el altar dedicado a la Trinidad, que llegan hasta la puerta de madera, bajo la bóveda del techo?

Johanna, clavada al suelo de piedra, contenía la respiración. La escalera y la puerta eran idénticas a las que había sobre el otro altar, paralelo al primero, el altar de la Virgen.

—Pues bien —prosiguió Kelell sin esperar respuesta—, esos peldaños continúan al otro lado de la puerta, suben hasta la nave de la iglesia grande, y los de al lado también. En la actualidad, los dos pasos están condenados, pero en la Edad Media se utilizaban para presentar a los fieles prosternados en la cripta el receptáculo con las reliquias de Auberto, el fundador, que reposaba en el coro de la iglesia abacial. El estuche contenía un brazo y una cabeza, supuestamente pertenecientes a Auberto, que los canónigos habían escondido al llegar los benedictinos y que casualmente estos últimos encontraron cuando necesitaban dinero para financiar las obras de la gran iglesia abacial románica. El cráneo presenta una particularidad de lo más sorprendente: si nos remitimos a la leyenda, se supone que debería tener en medio de la frente la marca que le dejó con el dedo el Arcángel en su tercera aparición, una perforación angélica... Por lo tanto, no es el cráneo de Auberto, porque el orificio del cráneo no está en la frente sino en el parietal derecho, casi en la coronilla, vaya a comprobarlo usted misma a Avranches, a la iglesia de Saint-Gervais, que sigue presentándolo como una reliquia auténtica de Auberto. ¿Y sabe por qué el orificio está a un lado y no en la frente? Porque se trata de un cráneo celta, sin duda neolítico o de los primeros tiempos de la era cristiana, que no lleva la marca dejada por ninguna aparición, sino la marca de un rito sagrado de trepanación que los druidas practicaban a sus muertos.

Capítulo 8

Presa de angustia y de dudas, Román alza los ojos hacia el doble cielo de piedra en forma de escalera. Reza. Quisiera destruir los altares gemelos con sus manos, romper el granito de los pilares, incendiar el lugar sagrado y acabar con ese olor que percibe tan cerca...

—Divino Arcángel —invoca—, guíame. ¿Qué camino debo seguir? ¿Debo guardar este terrible secreto? Yo... yo podría, materialmente, modificar los planos de mi maestro, no destruir esta iglesia desde la que me dirijo a ti y que debía transformar en bosque de pilares apoyados en la roca para sostener la nave de la gran iglesia abacial, que se alzaría justo encima de mí. La capilla de San Martín, en la ladera de la montaña, es la que debía servir de contrafuerte exterior a los muros de la nave. La única solución sería derribar la capilla y utilizar esta iglesia, intacta, como cripta de sostenimiento de la nave, una cripta subterránea, oscura... Por supuesto, habría que reforzar esta construcción —dice Román, mirando a su alrededor—, duplicar el muro en el lado sur, hacer más grueso el pilar central, añadir una extensión al oeste de la iglesia para que aguante los tramos de la nave sin venirse abajo... Todo eso no exige excavar la tierra, sino convencer a Hildeberto. Quizá podría persuadirlo gracias a la gruta de Auberto, que ocupaba este emplazamiento y cuyo espíritu sagrado destruiríamos al mismo tiempo que estos muros, pero ¿debo hacerlo? ¿Debo conservar esta iglesia? Mi maestro, Pedro de Nevers, no lo deseaba. Mi maestro, mi querido maestro, cómo os echo de menos...

Román cierra los ojos. Nota el peso de los pergaminos de Pedro de

Nevers bajo la cogulla, contra su pecho; tiene la sensación de que los planos le queman la piel, penetran en su sangre, se graban en su corazón. De pronto se levanta, congestionado.

De pie en la iglesia, escruta la imagen de la Virgen negra como si fuera una persona, o un monstruo surgido de las tinieblas contra el que debe luchar solo, con su regla a guisa de espada. Deja caer su vara de constructor, que desde hace varios días ya no le sirve de bastón. Después se arrodilla ante el altar.

—¡Querido maestro! —exclama, con la cara entre las manos—. Soy incapaz de traicionaros. Estad en paz junto al Señor, todo se hará de acuerdo con vuestra voluntad. Amo a esa mujer, sí, siento por ella un amor casto, sin ultraje de la carne. Ese amor me atormenta, pero no puedo luchar, so pena de destruirme a mí mismo. Lo acepto, pues, como una ofrenda del cielo, que me ha puesto a prueba. Sigo amando igual a Dios y a los ángeles, y la amo a ella como a una hermana perdida a la que debo reconciliar con Dios y los ángeles. La incluyo en mi adoración del Todopoderoso. Intento aportarle paz. Ahora, guiada por las cadenas que la mantienen esclavizada, me pide un falso acto de amor que me haría caer también a mí en la servidumbre al traicionar la memoria de mi maestro. ¡No, no puedo! Santa madre —le dice en un murmullo a la imagen—, vos que sois mujer, ayudadme a anunciarle a Moira que su causa está perdida. Esta noche iré a Beauvoir. Dadme fuerzas para no flaquear delante de ella, a quien voy a quitar la razón de vivir..., a quien voy a arrebatarse el pasado y el futuro. Ella es huérfana de padres; esta noche se quedará huérfana de todo su pueblo.

El agua tiene el color de la tinta que utilizan los monjes en el scriptorium. El pequeño lago, bordeado por una primavera de verdes estampas, es para Moira un libro de historia sagrada: todas las mañanas va allí a leer la leyenda construida por su pueblo a lo largo de los siglos. El pantano es, pues, sagrado a la manera de un libro, es una puerta: un paso hacia un mundo donde el tiempo ha sido vencido, donde habitan, en palacios de oro y de cristal, seres inmortales que a veces van a buscar a los vivos para conducirlos, en una barca de vidrio, a la paz eterna. Moira escruta durante horas la superficie del agua oscura, esperando que un dios haga aparecer ante ella la entrada a la

sociedad de alegría y delicias donde sabe que está su padre. Pero los héroes permanecen escondidos en el fondo del lago; a ella, que es mujer, no la llevarán nunca al Sid.

Al igual que su madre, Moira regresará a la humanidad en otro cuerpo, y todo cuanto puede desear es que un día su alma se reencarne en un hombre y sus proezas le abran la puerta de los dioses. Ella no los ve, pero los siente agazapados bajo el agua, mirándola. A veces le envían señales. Cuando murió su padre, un perro, su mensajero, entró en la cabaña de Beauvoir y los condujo a su hermano y a ella allí. Un cuervo planeaba sobre el lago; Morigan, la diosa madre, el hada de la muerte y de la fertilidad, la que sobrevuela los campos de batalla para escoger a los futuros difuntos y aparearse con los héroes. Brewen y Moira comprendieron que había escogido a su padre, que lo había acompañado al Sid y que había que hacer una ofrenda a los espíritus de la marisma para darles las gracias. Moira también se preguntó si la profetisa de la desgracia no había ido también a ponerlos en guardia contra un peligro. Desde su última entrevista con Román, está convencida de ello, convicción reforzada por el hecho de que el cuervo ha vuelto, graznando, al borde de la charca. Brewen le ha dicho, por gestos, que si la muerte merodea a su alrededor es que se encuentra expuesta a un grave peligro, pero la joven solo piensa en el secreto revelado a Román. Esa mañana se ha teñido las cejas de negro, se ha coloreado las mejillas y se ha recogido el cabello en largas trenzas que caen sobre sus hombros como adornos. Va envuelta en una gran capa de lana rojo vivo, el color del saber, pero también el de la guerra. Esa capa pertenecía a su padre. Jamás se habría permitido ponérsela, pero hoy todo es diferente; para poder dirigirse a los dioses y pedir su ayuda, Moira debe ser el símbolo encarnado de las dos cualidades más importantes que posee su pueblo, debe representar el conocimiento y la energía combativa.

De pie en la orilla, contemplando la oscuridad del estanque, se pasa las manos por detrás del cuello y se quita la cruz bautismal, un pequeño crucifijo de madera que cuelga de un cordoncillo. Alarga el brazo con el crucifijo en la mano y, de repente, lo arroja al agua. Tiempo atrás, sus antepasados daban en ofrenda las espadas curvas del enemigo derrotado, o el cuerpo vivo y atado

del rival, mientras que los vencedores de la batalla se dedicaban a decapitar a los adversarios muertos y ataban la cabeza al cuello del caballo, a modo de trofeo. Ella quisiera abrazar la cabeza y el cuerpo de su enemigo, que tal vez sea su salvador si suelta su arma, ese símbolo cristiano que los dioses del Sid pueden vencer. Moira extrae del bolsillo un minúsculo objeto que le había dado su padre y que la noche anterior sacó de su escondrijo.

Es una cruz de oro y hueso que resume todos los conocimientos cosmogónicos y metafísicos de los druidas, una cruz en cuyos cuatro brazos, de oro e iguales, hay grabados pequeños signos geométricos pertenecientes a la escritura de los druidas y del dios Ogmios: los ogams. Esos símbolos representan los cuatro elementos: el agua abajo, el fuego arriba, el aire a la derecha y la tierra a la izquierda. Los brazos nacen de cuatro círculos centrales: el más pequeño es el círculo de Gwenved, que representa la ascensión del alma junto a los dioses; el segundo es el círculo de Anuim, el círculo del abismo; el tercero, el círculo de Abred, representa el destino dividido equitativamente entre el bien y el mal; por último, el círculo de Keugan, el más grande, es aquel del que salen las almas, en forma de chispas, para emprender la migración hacia otros cuerpos. Esos cuatro círculos están trazados sobre un trozo de hueso de forma circular insertado en la cruz, un amuleto que se remonta a los orígenes de su pueblo, a la época en que los druidas practicaban en el cráneo de los guerreros fallecidos la trepanación ritual, para extraer un opérculo que daba fuerza y valor a los combatientes que lo llevaban encima, mientras que a los muertos con el cráneo perforado los enterraban con muestras de júbilo. Moira besa la cruz druídica y se la pone alrededor del cuello.

—¡Ogmios! —exclama, alzando los brazos hacia el cielo y observando el agua— ¡Dios de la guerra, maestro de la elocuencia, de la escritura y de la magia, señor del reino de los muertos, guía del alma de los difuntos, tu dominio está en peligro! Ogmios, anciano con pelo de león, nuestro enemigo no lleva espada, es un guerrero del lenguaje, lucha por amor, y su campo de batalla es un castillo de piedra que se alzará hasta el cielo... excavando la tierra del Monte. Esa ofrenda que te he hecho, esa cruz, es su arma. Ogmios, no lo destruyas, pues yo amo su amor, pero inspírale, dale las palabras

mágicas que le impidan excavar. ¡Que deje de combatir! ¡Que sea vencido sin ser nuestro enemigo!

Unos pasos por detrás de Moira, una respiración roza la corteza de un árbol. Una mano ahuyenta a una abeja que celebra ruidosamente el renacer de sus flores preferidas. Unos ojos redondos y negros espían a la joven con avidez. Al oír su plegaria a Ogmios, el cuerpo que palpita bajo el sayal se apoya en el tronco y ahoga un grito.

Se enamoró cuando ella estuvo al cuidado de fray Román, pero esa mañana es cuando la conoce realmente. Ese descubrimiento lo deja anonadado, aunque no tanto como el del amor entre Román y ella, sorprendido la otra noche en el umbral de la capilla de San Martín. Almodius siempre se ha mostrado indiferente a las mujeres.

Entregado por sus padres a la abadía cuando tenía tres años —con una dote considerable—, no conservaba, como es natural, ningún recuerdo de su madre, y su familia se resumía en una sola palabra: el monasterio. Como la única mujer a la que tenía acceso —y un acceso muy discreto en el siglo XI— era la Virgen, Almodius había crecido con el corazón totalmente volcado en su vocación forzada y rodeado de hombres. Al alcanzar la mayoría de edad, el abad le había preguntado, como hacía a todos los oblatos, si deseaba regresar al mundo. Sin embargo, apasionado por los libros y por la fe, Almodius había decidido quedarse en la abadía como novicio, antes de pronunciar los votos y hacerse monje. Los libros que leía y copiaba con tanta aplicación le revelaron la existencia de María Magdalena y de algunas mártires de los comienzos del cristianismo que perecieron en el circo, devoradas por los leones por no haber renegado de su fe en Jesús, pero no comprendió su poder místico. En las fieles presentes en la misa, el maestro del *scriptorium* solo veía senos maternos, e incluso llegaba a preguntarse, como muchos en su tiempo, si Dios había dotado de alma a esas criaturas. Al ver por primera vez a Moira, en la cabaña de Beauvoir, Almodius había sufrido una conmoción: el desprecio que sentía su mente por las mujeres no había experimentado ninguna variación, pero una sensación fulgurante y desconocida se había apoderado de su cuerpo, una violenta atracción física, un instinto salvaje, un deseo de posesión que se había convertido en una

obsesión. El cuerpo del subprior parecía poseído por el Maligno, y la causa era esa mujer a la que odiaba, por naturaleza y por las circunstancias. Cada visita al constructor constituía una tortura insoportable: dividido entre sus pulsiones sensuales por la joven y sus deberes morales para con el enfermo, movilizaba todas sus fuerzas para ocultar su inclinación malsana. Hubiera querido arrancar en el acto a su infortunado hermano de las garras de ese demonio, al tiempo que había deseado estar en su lugar, agonizando en ese lecho, al alcance de Moira. Sí, pese a las heridas de Román, había envidiado su suerte, y en cuanto este había dado muestras de que iba a vivir, Almodius se había apresurado a trasladarlo al monasterio, a alejarlo de esa hembra, como él mismo había creído alejarse también. Pero la diablesa no lo había dejado en paz; lo atormentaba día y noche, le insuflaba un veneno de fuego que paralizaba su voluntad, excitaba su imaginación, se adueñaba de su carne como un animal carnicero. En el límite de sus fuerzas, y no sabiendo cómo liberarse de la carcelera de su cuerpo, había empezado a espiarla en secreto. Dado que su rango de subprior lo liberaba de la clausura de la abadía, en cuanto las obligaciones de su cargo se lo permitían, montaba en un caballo y se dirigía al galope a Beauvoir, donde, agazapado entre la maleza como un vulgar bandido, vigilaba las idas y venidas de la perversa criatura. Así es como había descubierto el paseo diario de Moira al lago. Esperaba verla bañarse desnuda, pero ella nunca se sumergía en aquellas aguas; las miraba como Narciso frente a su espejo, contemplando durante horas su demoníaca belleza. Solo su hermano, el sordomudo, se había mojado un día las manos y había emitido unos sonidos odiosos que parecían graznidos de cuervo. Almodius había sido infortunado testigo de la relación entre Moira y Román por casualidad; esa noche, presa de visiones infernales, como le sucedía a menudo desde su más temprana edad, se había despertado antes de vigiliars y se había levantado para alejarse del inocente sueño de sus hermanos. La tormenta desatada en el exterior coincidía con su estado de ánimo, de modo que había encontrado refugio en el desencadenamiento de la naturaleza, insensible al frío nocturno y a la lluvia, en armonía con la furia del mar y la exaltación del viento. Luego, decidido a expiar sus pesadillas, iba a confesar sus faltas a Dios y a purificar su carne del deseo de esa mujer con ayuda de

las disciplinas, tal como hacía desde que la tentación le hacía sufrir demasiado. Hildeberto prohibía a sus hijos que recurrieran a la mortificación; para él, al igual que para la mayoría de los hombres de su tiempo, la Pasión era ante todo un acto de amor, no de tortura, y los religiosos que se infligían suplicios voluntariamente eran unos orgullosos y unos exaltados, que se vanagloriaban de un sufrimiento egoísta e inútil en lugar de servir a Dios a través del amor a los hombres, quienes sufrían involuntariamente. Así pues, Almodius tenía un escondrijo en su despacho de jefe del scriptorium, donde guardaba las disciplinas. Para llegar a su guarida clandestina, no tenía más remedio que pasar por delante de la capilla de San Martín. Primero le había parecido ver la sombra de un espectro y había tenido el tiempo justo de esconderse detrás de un contrafuerte de la capilla. Habría preferido ver a un fantasma del abismo, al propio rey de los ángeles caídos, antes que asistir, aterrado e impotente, a esa escena infecta entre aquellos a los que inmediatamente tomó por amantes.

Ha sido más ingenuo que un novicio: esa criatura ha acogido a su hermano semanas enteras en su seno, en su antro, sin testigos... Un enfermo postrado en la cama, ¡qué presa tan fácil! El Demonio no tiene escrúpulos, se apodera de su víctima... Román... ¿Cómo se las ha arreglado para seducirlo? Román es un aristócrata, como él, pero no un oblato normando encerrado en un monasterio desde los tres años; él nació lejos de allí, ha visto mundo con su maestro, Pedro de Nevers, recorrido valles, mares..., quizá hasta ha conocido mujeres. Ha debido de hablarle a Moira de otras tierras y ella le ha ofrecido la suya, que apesta a pecado y corrupción; de noche, despliega sus encantos sulfúreos hasta el corazón de la montaña sagrada, hasta la morada del Altísimo.

En varias ocasiones ha estado a punto de hablar en el capítulo de las culpas, delante de toda la comunidad, para denunciar a Román. Pero todas las veces una voz interior se lo ha impedido: la incontinenencia de un monje es una falta muy grave que Román pagaría cara, pero que solo pagaría él; la que lo ha descarriado no se vería afectada. Y es ella quien debe ser castigada, ella, la verdadera culpable, Eva tendiendo la manzana al desdichado Adán, ella, la causa de todos los males de la tierra, ella, que fornicaba con Román y hechiza a

Almodius..., ella es la que debe ser definitivamente apartada de su mundo. En consecuencia, el subprior, movido por un misterioso instinto, ha estrechado la vigilancia en torno a Moira y ha comenzado a observar a Román. Así ha constatado que la joven no ha vuelto al Monte desde aquella funesta noche de Cuaresma y que, salvo si ha burlado su vigilancia mediante algún sortilegio, no ha visto a su amante desde hace semanas. Por otro lado, Román, en ausencia de Moira, parece recuperar sus fuerzas, lo que demuestra la nefasta influencia de esa mujer; ha superado poco a poco su cojera de viejo, está menos demacrado y se concentra por completo en su sagrada misión: las obras de la gran iglesia abacial. Pasa días y noches inclinado sobre los planos de su maestro con un estilete en la mano, sin duda para revisar de nuevo todos los cálculos de las cargas y de los empujes de la piedra. Sin ella, su hermano ha regresado al camino de la luz; Almodius se siente satisfecho de ello, y sus celos también.

Ella, en cambio, está ostensiblemente atormentada, invadida por las tinieblas que la habitan: su tez de cortesana ha adquirido una palidez mortal, su mirada verde se ha ensombrecido y parece buscar la respuesta a una improbable pregunta en las hojas de los árboles y en el barro del camino que la conduce al lago.

Esa mañana, una vez superada la sorpresa inicial, el subprior se siente impregnado de una alegría fecunda y radiante, como si se hubiera zambullido en un océano de felicidad. Su combate sobrepasa el de la pureza contra la lujuria; su lucha, inspirada por el propio Ángel, es la de los cristianos contra el mal absoluto: el paganismo, la falsa religión. Esa mujer es mucho más que una tentadora de la carne, es la encarnación de la antigua fe, es... ¡el Maligno en persona! Apoyado en el roble, Almodius observa a Moira alejarse y sonrío. Da las gracias a san Miguel por haberle mostrado la verdadera naturaleza de esa mujer y lo que realmente está en juego en la batalla que el subprior va a tener que entablar. Una batalla providencial, para la que está armado, y que va a liberarlo de una vez por todas de su pasión deletérea por Moira. De pronto, piensa en su hermano Román: ¿sabe él quién es su amante? La llama de la venganza pasa ante sus ojos. No, es imposible, inconcebible por parte de un benedictino, el mejor servidor de Dios, la élite

de los hombres. Su hermano ha sido hechizado, Almodius debe salvarlo. Sin embargo, Román merece un castigo, pues no ha sido capaz de luchar contra el espíritu del mal, se ha postrado ante él y ha traicionado, con su debilidad, el hábito que lleva. ¡Ese vil, ese cobarde, ese miserable que construye una catedral mientras se revuelca en el fango debe ser severamente sancionado! No, decididamente no merece su piedad. Almodius también se ha visto cegado por el embrujo del Diablo, pero ha conseguido liberarse de él y ahora siente en su interior el poder belicoso e invencible del Arcángel, no enternecimiento por los renegados. En cuanto a ella... El subprior corre hacia su caballo, monta y se dirige a galope tendido hacia el Monte.

Tranquilizado por el hecho de haber tomado por fin una decisión, Román sale de la iglesia. El espectáculo desusado y tan deseado que le ofrece la montaña le corta la respiración: desde la base hasta la cima, el Monte bulle de hombres ajetreados y atareados, como abejas alrededor de una colmena. Por el mar, todavía alto, se deslizan decenas de barcos cargados de bloques de granito.

La piedra sube con dificultad a través del pueblo, por las empinadas laderas, en grandes carretas de ruedas bajas tiradas por bueyes. Otros carros transportan la madera de los andamios. Junto a las cisternas donde se ha recogido el agua de lluvia, se alzan unos hornos de cal y humean recipientes donde los encargados de preparar mortero, sudando por el exceso de calor, remueven la cal viva con una gran vara de hierro. Más allá, unos jornaleros mezclan la cal apagada y enfriada con arena y pelo de vaca, antes de que otros hombres transporten a hombros el mortero hasta la cima de la montaña. Allí, en la punta de la peña, en el extremo opuesto de la iglesia carolingia, en el lado de levante, están empezando a levantar, al borde de la ladera, la cripta del coro. Para compensar la inclinación de la montaña, el equipo de maese Roger ha construido unas terrazas de madera, sostenidas por estacas clavadas en la tierra descendente. Encima de esos rellanos, sobre taburetes de una pata o sobre un ensamblado de tablones que forman una mesa, los oficiales de maese Jehan tallan las piedras; otros artesanos esculpen los capiteles que decorarán las columnas. Frente a ellos se yergue ya un fragmento de muro, donde se alzan, al mismo tiempo, andamios sostenidos por maderos

introducidos en mechinales. En las pequeñas plataformas de los andamios trabajan los albañiles, controlando la verticalidad del muro con plomada o arquipéndola. Imponentes tornos elevadores, cabrias, pescantes y palancas sujetan las piedras entre sus tenazas de hierro y las trasladan hasta lo alto de la construcción. Unos peones están instalando el potro, gran rueda de madera que permitirá, gracias a la fuerza de las piernas humanas, levantar bloques de hasta diez quintales de peso. Se oye gritar en todas las lenguas, el trujamán corre de un lado a otro para traducir, suenan cantos, no en latín, pero aun así el cielo los escucha, Román está seguro. El monje se acerca con el corazón ebrio de emoción y contempla su obra. Sí, suya y de Pedro de Nevers.

El día anterior, lunes de Pascua, el abad Hildeberto puso en marcha oficialmente las obras, y unas lágrimas de felicidad hacían brillar sus ojos azules. La alegría de las festividades pascuales nunca fue tan radiante como ese año. Era como si todos los ángeles se hubieran reunido en aquel lugar, encabezados por el primero de ellos. Tres días antes de Pascua, los monjes, solos en la montaña, celebraron el oficio nocturno, llamado «de tinieblas», y apagaron uno tras otro todos los cirios de la iglesia. Luego, durante las tres noches siguientes, cantaron las lamentaciones de Jeremías.

El jueves santo, el obispo de Avranches fue a consagrar los santos óleos y a reconciliar a los penitentes públicos; a la gente del pueblo y a los peregrinos, se sumaban ya algunos de los obreros que iban a trabajar en la construcción de la iglesia abacial. Por la noche, los frailes retiraron las sabanillas y los ornamentos de los altares y, antes de celebrar la misa, a la hora de la cena, Hildeberto lavó los pies de los hombres presentes; a esa hora santa llegaron los porteadores de piedra, cansados de su larga marcha desde los confines del país. El abad se arrodilló ante ellos y mojó sus pies sucios de tierra. Al día siguiente, mientras los monjes, en la falda de la montaña, levantaban sobre los hombros el enorme crucifijo para llevarlo hasta la cima, representando de esta forma el vía crucis de Jesús, desembarcó una tropa inmensa de jornaleros que, unos días más tarde, llevarán su carga siguiendo el mismo sendero. A partir de entonces, por la mirada de los hombres que, llenos de fervor, observaban a los benedictinos en las pendientes de la roca sagrada, los frailes estuvieron seguros de que el Todopoderoso bendecía esas

obras. El episodio más ardiente se desarrolló el sábado, durante la vigilia pascual: cuando Hildeberto salió de la iglesia, abarrotada de monjes y lugareños, para encender y bendecir el fuego de Pascua, vio una muchedumbre que lo esperaba arrodillada en el exterior de la iglesia. Todos estaban allí, los que iban a usar sus manos, los que iban a usar sus piernas, los que iban a morir para construir la casa del Ángel, y la iglesia no podía acogerlos. Hildeberto encendió la hoguera delante de la puerta del santuario, e inmediatamente el canto de Jesucristo resucitado se elevó de entre la multitud. Exultet, «que exulte la asamblea de los ángeles», salmodiaban, y el abad vio a los ángeles que habían acudido a él. Entonces, olvidándose de la iglesia, se sumó a ellos y, uno por uno, los bendijo a todos, hasta que acabó la noche.

—Vaya, maese Roger, veo que ya queréis dirigir la colocación de las bóvedas —le dice Román al carpintero de armar, que, con los brazos enjarras, supervisa el laborioso ascenso de una carreta cargada de cimbras de madera, que servirán para construir las bóvedas de cañón o las bóvedas de arista de los edificios.

El artesano se vuelve hacia Román con la mirada rebotante de luminosidad, y Román, como de costumbre, ve en ella la llama burlona de los ojos de su hermano.

—Ah, fray Román —contesta él, riendo—, es que estaba impaciente por mostrar al Arcángel el espléndido trabajo de mis oficiales.

En la mente de maese Roger, en ese instante el Arcángel presenta los rasgos del promotor, Hildeberto, su mensajero los del constructor, Román, y la gracia del cielo debe de tener la forma redonda de las monedas de plata. En el momento en que Román se dispone a contestar, su ayudante, fray Bernardo, lo llama para anunciarle que el abad desea verlo urgentemente en su celda.

—Pues precisamente ahora voy a ensalzar los méritos de vuestros hombres al promotor de esta obra —le dice al carpintero de armar.

Roger le hace un guiño y Román se aleja, esperando que el padre abad se atenga al precio acordado y no le pida que vuelva a negociar con los diferentes gremios, cosa que el constructor, más preocupado por la altura de

los muros que por su tarifa, no soporta. Román pasa junto a los antiguos edificios conventuales y la sala capitular. Llama a la puerta de la celda heredada de los canónigos, que será destruida cuando los edificios de piedra hayan sido erigidos.

—¡Pasad!

El tono del abad es seco. Román entra en la estancia. Hildeberto está sentado detrás de su escritorio, bajo el tapiz del Ángel. Sus ojos, habitualmente claros y afables, expresan una dureza llena de reproches.

—Padre, me habéis llamado...

Hildeberto observa a Román sin decir nada. De pie frente a él, el joven monje aguarda con la mirada gacha. Hildeberto tiene los labios apretados y el azul de sus ojos es el de un glaciar. En el hogar, las llamas lamen un tronco, pero Román no nota su calor, solo oye su crepitar voraz, que llena el denso silencio.

—¿Habéis vuelto a ver a la curandera de Beauvoir después de vuestro regreso a casa, fray Román? —pregunta por fin el padre abad, en un tono que presagia que ya conoce la respuesta.

Así que se trataba de eso... Era una imprudencia que Moira viniera al Monte. Ha debido de verlos algún hermano. Es preciso decirle al abad la verdad sin rodeos.

—Sí, padre —confiesa Román, levantando los ojos—. Por tres veces ha respondido a mi llamada y nos hemos encontrado en la capilla de San Martín, entre completas y vigili...

—¡Qué infamia! —lo interrumpe Hildeberto, golpeando el escritorio con el puño—. Vos, un hombre de Dios, un servidor del primero de los ángeles, un compañero de Pedro de Nevers designado para la misión más sagrada..., vos, el más erudito de mis hijos, en quien confiaba plenamente, a quien el Señor acogía con ternura en su seno... Me resistía a creerlo, pero confesáis vuestra lujuria como un ignorante primitivo desconocedor del pecado... ¡Vos!

—¡Padre! —exclama Román—. ¡He cometido un grave pecado, pero no ese del que me acusáis! ¡Mi carne no se ha corrompido!

Hildeberto se levanta y se acerca a Román. Su ira parece transformarse en una sombría gravedad. Escruta a su hijo como si el monje se hubiera

convertido en un extraño.

—Entonces vuestra falta es mucho peor —dice el abad, a unos centímetros del semblante de Román—. Porque es vuestra alma lo que habéis ofrecido..., ¿y sabéis a quién? ¿Sabéis quién se esconde detrás de la apariencia inofensiva de esa mujer?

El aliento especiado del abad envuelve a Román en un pavor húmedo. El joven sacerdote mira al Arcángel con la balanza. Moira está arrodillada en uno de los platos y cae hacia la oscuridad... Hildeberto lo sabe todo, está perdida. ¿Quién? ¿Quién ha visto cómo acosa a esa mujer la herejía? Román, mudo, ve un velo blanco que pasa por delante de sus ojos y lo ciega de golpe.

Las piernas no le responden, han dejado de pertenecerle. Caen a los pies del abad, desbordado por una emoción incontrolable.

—¡Padre! —exclama, con la cara contra el suelo, como los arrepentidos en el capítulo de culpas—. Padre..., Moira no es lo que creéis. Soy yo el responsable... —dice entre sollozos—. He querido ayudarla solo, por orgullo quizá, o por amor..., porque la amo, padre, es verdad, siento por ella un amor desgarrado..., desgarrado entre el cielo y la tierra. ¡Pero siempre he escogido el cielo! Debéis entenderlo, ella no es un demonio peligroso sino una esclava, y yo he querido liberarla. Su piel huele a bosque, sus cabellos son árboles, sus ojos..., hay... que salvarla, quiero salvarla —murmura.

Estupefacto por el discurso de Román, el anciano deja que el pesar del monje fluya en el silencio. Se arrodilla ante su hijo y, con un gesto paternal, pone una mano sobre la nuca de Román, sacudida por el llanto.

—Ahora, contádmelo todo, hijo mío —le ordena en voz baja—. Os escucho. Liberaos.

Román levanta un poco la cabeza. Con los ojos clavados en la cruz que cuelga sobre el pecho del padre, comienza a hablar. Cuenta las conversaciones con Moira en la cabaña de Beauvoir. Narra cómo le salvó la vida, por qué decidió volver a verla, sus extravíos, su apego, los encuentros nocturnos en la capilla de San Martín, las creencias de Moira, los esfuerzos del religioso para conducirla a la luz, la tentación de la carne, su combate interior...

—¡Pero jamás me ha apartado de mi vocación ni de mi obra, padre!

¡Jamás! —concluye, pensando en el secreto que Moira le ha contado y que todavía no ha mencionado—. Su falta es no ver la verdad; la mía es haber querido mostrársela.

—Desvelar la palabra de Cristo en el mayor de los secretos, de noche, como si se tratara de un verbo impío, ¡hermosa misión! —dice Hildeberto, levantándose con dificultad.

—Pero lo he conseguido, padre —objeta Román—. Creo que he abierto su alma a la palabra divina, he conmovido su corazón, aunque ella no lo diga.

Hildeberto se aproxima al fuego. Las llamas rojas iluminan su semblante cansado. Se vuelve hacia Román con una sonrisa sarcástica en los labios.

—Su corazón no lo dice, en efecto, hijo mío, y sus actos transmiten un mensaje muy diferente del que nuestro subprior ha sido testigo.

El abad relata entonces la escena del lago y la plegaria de Moira al dios pagano Ogmios, tal como le han sido referidas por el maestro del scriptorium. Román, arrodillado junto a la mesa de madera, está consternado: de modo que no ha escuchado el mensaje de Cristo, no ha comprendido la cólera de Moisés ante el becerro de oro, no ha visto la nueva Jerusalén... Nada más alejarse de los ojos y de la boca de Román, ha vuelto con sus escorias del pasado. El monje siente que una inmensa amargura se apodera de su corazón. Cuando dirige una mirada a la balanza del Arcángel, es a él mismo al que ve caer ahora desde lo alto de sus cándidas ilusiones. La decepción y el resentimiento le muerden el alma como un escorpión venenoso, y él apura ese veneno hasta las heces.

—Habéis fracasado, hijo mío —insiste el abad, que parece leerle el pensamiento—, porque habéis unido en un mismo deseo el de la carne, condenable, y el legítimo de salvar el alma de esa pecadora. Habéis confundido el grano bueno y la cizaña, mezclado el bien y el mal. Habéis apaciguado vuestra conciencia interponiendo la Biblia entre esa mujer y vos, cuando vuestro único deseo era poseer su cuerpo... La prueba intangible es que habéis actuado en el más oscuro de los secretos, y no a la luz divina. Los planes que se llevan a cabo en la oscuridad pertenecen al reino de lo oscuro...

El anciano se yergue ante la chimenea, de espaldas al fuego crepitante, como un vencedor de las llamas del infierno. Román sabe que sus palabras

son justas: sí sus intenciones hubieran sido realmente tan loables como él creía, le habría hablado de Moira al abad; la templanza y la experiencia del anciano no lo habrían puesto en peligro. Lo que Román temía sin saberlo no era descubrir a Moira ante el padre, sino descubrirse a sí mismo, pues, aunque él se había equivocado en lo concerniente a sus verdaderas aspiraciones, Hildeberto no se habría dejado engañar por las artimañas de su pensamiento. Pese a todo, él desea carnalmente a esa mujer y siempre la ha deseado. Sí, es cierto, y sin embargo, Román intuye que eso no es todo: ha podido superar esa tentación sensual, dominar su cuerpo, y el deseo no ha muerto; eso significa, pues, que su naturaleza es diferente y no se limita a la concupiscencia. Ahora que Hildeberto conoce las creencias profundas de Moira y el lazo que une a esa mujer con Román, el joven monje debería poder revelarle el secreto de Moira, el secreto del Monte.

—Padre... —comienza, para soltar ese lastre.

Pero su boca se paraliza. Algo lo retiene, algo infinitamente poderoso que le atenaza la garganta y le presiona los labios como una mordaza.

—¿Hay más faltas que no habéis confesado? —pregunta Hildeberto, frunciendo las blancas cejas.

Debe hablar, poner fin a ese asunto, purificar su alma. Mira el suelo de tierra batida y busca en él las palabras liberadoras. Pero la tierra del Monte está muda como una tumba. Ha sido removida recientemente para albergar la cabaña del abad, que debía ser trasladada. Y la tierra no ha revelado nada, ha guardado silencio. Román coge unos granos oscuros, finos, pegados entre sí a causa de la humedad. La gleba de Moira la tiene él en la mano, y solo con que haga un gesto, con que no diga una palabra, se deslizará entre sus dedos y volverá a su secreto. La joven celta lo ha inducido a error haciéndole creer que era receptiva a su ferviente mensaje, pero no mentía cuando le declaraba su amor; él se ha equivocado en lo relativo a su amor por ella. Ha querido creer que era el desvelo de un pastor por una oveja perdida, cuando se trataba del amor de un hombre por una mujer. Moira siempre ha sabido que mentía y lo ha aceptado. ¿A qué verdad debe ser él fiel ahora?

—Estoy esperando, Román.

La exhortación del abad sobresalta a Román. Suelta la tierra, que se

extiende sobre su sayal. Necesita tiempo para pensar, para rezar. En ese momento es incapaz de traicionar a Moira, como tampoco puede traicionar a Pedro de Nevers.

—Padre, perdonad mi turbación —dice, mirando a Hildeberto de soslayo—. Os he confesado todas mis faltas... y sé que son muy graves. Merezco el castigo, estoy preparado para recibirlo. Lo que ocurre es que estoy preocupado por ella. Mi amor por esa mujer, por culpable que sea, está teñido de compasión y...

—Incluso en la penitencia está la compasión, hijo mío —contesta Hildeberto en un tono más indulgente—. Compareceréis ante la comunidad reunida y entre todos decidiremos vuestra suerte. Vuestra posición particular de constructor exige de vos unas cualidades espirituales ejemplares que os han faltado. La paradoja es que esa misma posición os convierte en un elemento indispensable para la abadía y, por consiguiente, va a obligarnos a una ponderación totalmente inadecuada para la situación, pero hay que admitirlo, os necesitamos para construir la morada del Arcángel. Sin embargo, la montaña sagrada no tiene ninguna necesidad de que en sus tierras resurjan cultos paganos. Quiero ver cuanto antes a esa tal Moira; después decidiré. Os prohíbo terminantemente salir de la clausura del monasterio y tratar de establecer contacto, sea del tipo que sea, con esa mujer. Id a ocupar el lugar que os corresponde, supervisando las obras; os haré llamar cuando la reciba.

Román sale de la cabaña de Hildeberto atontado y echa a andar. El tumulto de hombres y materiales, que poco antes le parecía una oda religiosa, lo percibe ahora como un desorden incontrolable.

A la hora sexta, mientras los obreros se sientan en las laderas del Monte y los monjes en el refectorio para comer, ve una carreta de dos caballos que sube por la montaña con una extraña carga: delante van Almodius y un palafrenero laico de la abadía; detrás, dos corpulentos jayanes, hombres del pueblo habitualmente empleados en la cocina de los monjes, que flanquean a Moira, sentada entre ellos, erguida, como una prisionera. Los nervios de Román no pueden soportar esa imagen. Da media vuelta y se dirige apresuradamente hacia la celda de Hildeberto.

El abad está sentado de nuevo tras su escritorio, bajo el tapiz del Arcángel pesando las almas, y su mirada es la de un juez: severa aunque no insensible, llena de conmiseración y de bondad, pero implacable ante las faltas. En pie detrás del padre abad, se alza fray Roberto, el prior de la abadía. Frente a Hildeberto, Moira, con los ojos clavados en el tapiz y, a uno y otro lado, Román y Almodius. A la izquierda de Almodius, junto a la chimenea, un hermano del *scriptorium* está sentado ante un pequeño pupitre sobre el que hay unas tablillas de cera y un estilete. Román todavía no ha cruzado una mirada con Moira; lo ha evitado cuidadosamente. Ver en ella reproches, miedo, aflicción, pasión o petición de ayuda lo habría hecho derrumbarse. Su sensación de impotencia y su sentimiento de culpa son tales que tiene la impresión de que ya no es dueño de sí mismo; es como si su mente se hubiera separado de su cuerpo, de ese cuerpo todavía culpable, y observara la escena desde arriba, como un fantasma de visita al mundo de los vivos. El crepitar de los troncos en el hogar le llega desde muy lejos, como un eco. Se obliga a no apartar los ojos de las manos del abad, sus manos nudosas, arrugadas, que llevan el anillo de oro con su escudo de armas grabado y que están juntas, inmóviles sobre la mesa, en posición de espera. De pronto, los dedos cobran vida. El escriba se precipita sobre el estilete.

—Hija mía, tened la bondad de decirnos vuestro nombre de pila, el de vuestros padres y vuestros medios de subsistencia —dice Hildeberto.

Moira mira al padre abad directamente a los ojos. Pese a la avanzada edad de Hildeberto, ve en ellos una perspicacia, una inteligencia teñida de una humanidad tan poco común —heredada sin duda de su larga relación con los ángeles— que siente un poco menos de miedo. Cuando Almodius llamó a la puerta de su casa, protegido por los músculos amenazadores de su escolta, vio un odio tan grande en la mirada del subprior que, inexplicablemente, temió por Román. Cuando el maestro del *scriptorium* iba a visitar a su hermano convaleciente, ella sentía un malestar difuso ante la ambigua frialdad de ese hombre, cuya boca le lanzaba aceradas pullas cada vez que le hablaba, y cuyos ojos le hacían caricias obscenas cuando creía que no lo veía.

En relación con Román, también le parecía enigmático: protector, abnegado y rebosante de compasión, y sin embargo, un día que el enfermo

estaba inconsciente, había sorprendido a Almodius con las manos alrededor del cuello de Román, como si se dispusiera a estrangularlo. Osmundo, el hermano enfermero, no había, visto nada al entrar en la habitación, pues Almodius se había levantado inmediatamente como si tal cosa, pero ella estaba segura de lo que, aunque fugazmente, había visto.

Esa mañana, poco antes de la hora sexta, solo ha dicho que el padre abad quiere hablar con ella, pero lo ha dicho como si la invitara al suplicio. Pese a las preguntas de Moira, no ha dado ninguna explicación. Ella vive en las tierras del monasterio," pertenece, por lo tanto, a Hildeberto, y el poder de un señor sobre sus súbditos es absoluto. Brewen ha intentado interponerse, pero los guardaespaldas de Almodius han enseñado sus dientes negros de podredumbre. Es inútil... Moira le ha indicado por señas a su hermano que todo irá bien y ha montado en la carreta. Desde entonces no ha dejado de hacerse preguntas sin respuesta y de sentir una inquietud inmensa por Román, que quizá haya sufrido otro accidente, esté enfermo o algo peor. Por supuesto, ha contemplado la posibilidad de que sea ella la que está en peligro, pero, como no puede imaginar ni por un instante que Román haya revelado su secreto al padre abad, vuelve una y otra vez a él, intentando disimular ante Almodius y sus esbirros. La visión de las obras en marcha la ha dejado boquiabierta y aterrada: ¿han destruido la iglesia? No, sigue ahí. Pero, entonces, ¿por qué? Le ha dado un vuelco el corazón al reconocer la espalda de Román en la celda del abad y a la vez ha sentido un inmenso alivio: está vivo. Puesto que él la evita de manera ostensible, ha hecho un esfuerzo prodigioso para no tocarlo, no dirigirse a él, no mirarlo. Mientras que en su mente atribulada se abren paso otras preguntas, más perniciosas, es a ella a quien el apuesto anciano de ojos azules pide respuestas.

—Me llamo Moira —dice la joven—. Es mi nombre de pila, y significa María. Soy hija de Nolwen y de Killian, ambos fallecidos. Vivo en los bosques de Beauvoir con mi hermano pequeño, Brewen, y ejerzo el mismo oficio que mi padre y el padre de mi padre desde siempre. Como sabéis, intento curar los cuerpos enfermos —responde con valentía, dirigiendo una mirada furtiva a Román, situado a su derecha e inmóvil como una estatua—. Vivo de los animales que crío, las verduras de mi huerto y los frutos del

bosque.

—¿Cómo curáis a los enfermos? ¿De qué naturaleza es vuestra medicina? —pregunta Hildeberto.

—Fray Osmundo puede atestiguar que mi medicina es idéntica a la que practican los monjes, padre —precisa ella con un aplomo respetuoso—. Utilizo hierbas, frutos de los árboles, materias procedentes de animales...

Moira se vuelve de nuevo hacia su antiguo paciente, que esta vez se sonroja.

—¿También recitáis oraciones para curar? —pregunta el abad, fingiendo no percatarse del cambio de color del constructor.

En ese instante, Moira se queda pálida. Una sospecha atraviesa su mente.

—Recito oraciones, y no solo para curar —responde—. Rezo a la Santa Madre, al Altísimo y, sobre todo, al primero de sus ángeles.

—Al primero de sus ángeles... Hummm..., ¿el primero de qué tiempo angélico, Moira?

Al principio, la joven no comprende la pregunta del abad. Hildeberto fue a Beauvoir poco después de que ella acogiera a Román, sabe cuál es su manera de curar y tiene ante sí la prueba de que es una buena sanadora. Irritada, le entran ganas de interrumpir ese interrogatorio grotesco para preguntar qué hace ella allí y qué quiere exactamente de ella el abad. Pero piensa en Román, paralizado junto a ella, y recobra el dominio de sí misma. Veamos..., el tiempo angélico, que difiere del tiempo humano... ¿Qué tiempo angélico? Si pregunta cuál, es porque debe de haber varios... El tiempo de los ángeles..., el primer ángel junto a Dios es y ha sido siempre san Miguel. De repente, recuerda la extraña historia de Lucifer que Román le contó en la capilla de San Martín y que la impresionó. ¿Es posible que el sutil abad le pregunte si reza al Diablo? ¡Qué absurdo! ¿Por qué iba a invocar a un condenado del Infierno al que su padre y su madre siempre presentaron como un enemigo de Dios y de los hombres?

—El primero desde el tiempo angélico en que Lucifer, que despreciaba el amor de Dios por los hombres, criaturas imperfectas, se precipitó del cielo junto con los ángeles caídos —responde por fin Moira, orgullosa de su instrucción cristiana—. El Arcángel que vive aquí mismo, padre, y que nos

guía a todos: san Miguel.

Hildeberto se permite una sonrisa benevolente antes de proseguir. Esa joven es interesante y sus respuestas son pertinentes.

—Bien, hija mía..., ¿y dónde rezáis a nuestro Arcángel?

—Pues... en la iglesia de Beauvoir, durante la misa y las fiestas sagradas, a veces en mi casa...

—Entonces, ¿no venís a rezarle en su morada, vos que tenéis la suerte de vivir tan cerca, en las tierras de mi monasterio, y que formáis parte de mi grey?

Moira percibe la malicia del abad y empieza a comprender el motivo de que la haya convocado. Un fraile debió de verla dentro del recinto del monasterio, cuando acudió a una de sus citas con Román, y se lo habrá contado al abad; con suerte, el delator no vio a Román, y la presencia de este último se debe simplemente al hecho de que la conoce. Los monjes han tardado en identificarla, por eso han transcurrido varias semanas antes de que hayan ido a buscarla, tres exactamente, las tres semanas durante las cuales no ha visto a Román. Ello supone que, puesto que la capilla de San Martín queda fuera de la clausura, no se expone a gran cosa por haber entrado allí de noche, aunque esté prohibido. Estratégicamente, baja los ojos.

—Padre, debo confesaros... He venido, sí, pero... —vacila, retorciéndose las manos.

—Hablad, hija mía, vamos, no tengáis miedo —la exhorta amablemente—. ¿Cuándo habéis venido?

—Hace unas semanas, durante la Cuaresma. Sentí deseos de acercarme a él, a san Miguel, de rezarle en su casa, y vine a la capilla de San Martín..., pero era después de completas...

—Cuan viva y acuciante es vuestra fe, para que os obsesione hasta ese punto y os precipite en brazos de nuestro Arcángel en plena noche, ¿verdad, fray Román? —pregunta el abad mirando al joven monje petrificado, que se ha quedado más blanco que una estatua de alabastro.

El asunto es más grave de lo que ella imaginaba. La han visto con Román, tal vez incluso en una postura equívoca, durante su abrazo en la puerta de la capilla, por ejemplo. Seguramente todos creen que son amantes.

¿Qué debe hacer? ¿Negarlo? Ella no teme nada, pero él... ¿Qué transgresión de la regla benedictina! ¿Qué puede hacer para evitar que reciba un castigo demasiado severo?

—Entre fray Román y yo no hay nada reprehensible —se aventura finalmente a decir.

—Ah, ¿reconocéis, entonces, haber venido a reuniros con él en secreto en la capilla de San Martín?

Moira no sabe qué responder para no perjudicar a Román. Calla y baja de nuevo los ojos, en muestra de impotencia.

—Espero vuestra respuesta.

—¡Padre, no hemos hecho nada malo! ¡Por san Miguel y todos los ángeles de la creación, él no ha hecho sino cumplir con su deber de monje!

—¡Mentira! —grita de pronto Almodius, con los ojos inyectados en sangre.

Moira y Almodius se observan como dos perros salvajes dispuestos a devorarse mutuamente.

—¡Vamos, vamos, calma! —interviene el abad, levantándose—. Fray Almodius, vos hablaréis cuando yo os lo pida. Moira, ¿decís que fray Román acudía a vuestras citas nocturnas por «deber de monje»? ¿Por qué tenía que estaros agradecido? ¿En qué consistía su deuda hacia vos y cómo la pagaba?

Almodius pone ceño. Román abre desmesuradamente los ojos, pero no se atreve a intervenir. Moira está desconcertada de nuevo. En pie, Hildeberto apoya las manos en la mesa y escruta a la joven con impaciencia.

—Pero, pero... ¡no es eso lo que yo he querido decir! —replica—. Fray Román no me debía nada, yo nunca he hecho pagar por mi medicina, del sufrimiento de los hombres no se saca provecho... A veces me regalan una gallina..., vos, padre, me colmasteis de productos de vuestras tierras...

—No se trata de cosas materiales —la interrumpe el abad—, sino de un deber espiritual, tal como vos habéis admitido. ¿Qué deseabais que os diera este monje, si no era su cuerpo? Quizá su alma pura de servidor de Dios, ¿es eso..., queríais su alma?

Moira menea la cabeza de izquierda a derecha, con la mirada perdida. El llanto le atenaza la garganta; intenta sofocarlo tragando saliva, pero no puede

reprimir unas lágrimas de incompreensión que velan su mirada verde mar. Observa al prior, que está de pie ante el tapiz de san Miguel, con expresión acusadora. No debe mirar a Román, eso es fundamental, y todavía menos a Almodius.

—¡El alma de Román pertenece a Dios y yo no tengo nada que hacer con ella! —le dice por fin al abad, a voz en cuello—. Estáis equivocado conmigo, padre —añade más pausadamente, pero enfadada—. Yo no adoro a Lucifer, y no devoro ni la carne ni el alma de vuestros monjes, prefiero mis ocas. ¿Queréis saber qué alimento me ha dado, sin que yo pida nada? —pregunta, volviéndose hacia Román, que agacha la cabeza—. A mí, que soy cristiana pero ignorante, me ha ofrecido el manjar nutritivo de la palabra de Dios, a mí, que asentía sin comprender, me ha descubierto el significado del mensaje de Cristo. En eso consiste nuestro comercio, que vos juzgáis culpable y demoníaco.

Hildeberto se sienta de nuevo, con movimientos lentos y seguros.

—Sabed que yo todavía no he juzgado nada —contesta con sangre fría—. Así pues, afirmáis que fray Román, en plena noche y en secreto, os impartía clases de fe cristiana, ¿es así?

—Llamadlo así, si queréis.

—Ah, es que las palabras tienen su importancia —dice él, sonriendo con aire jocosos—. Pueden cambiarlo todo, ¿sabéis? En el caso que nos ocupa, se trata de distinguir claramente si era instrucción cristiana complementaria o bien... cristianización.

El ataque la ha pillado por sorpresa. Esa es el arma que bruñía hacía rato y que acaba de clavarle en el corazón con una sonrisa franca. El anciano lo sabe absolutamente todo, pero Moira no debe ceder al pánico.

—¿Cristianización? ¡Padre, ya os lo he dicho, soy cristiana! —replica como último recurso.

—Creo que yo también voy a necesitar unas clases particulares de fray Román —dice el abad—, porque ignoraba que nuestra hagiografía se hubiera enriquecido con la incorporación de un tal Ogmios.

Conmocionada, Moira no reacciona. Román cierra los ojos, Almodius disfruta en silencio, con los ojos brillantes. El escribano permanece a la

espera. Hildeberto, reacio a aprovecharse de su ventaja, se levanta y se acerca a Moira.

—Vamos, hija mía, basta de circunloquios. Voy a haceros otra pregunta, la última, y vuestra respuesta será capital. Reflexionad bien, es inútil mentir, nuestro subprior, aquí presente, os ha visto a orillas del lago. ¿Reconocéis que rezáis a dioses paganos?

¡Almodius! ¡Así que era él el espía, el delator, el pérfido! Román no la ha traicionado. Por un instante, ese pensamiento la invade por completo. ¿Qué puede responder? La ha visto en el lago... ¿La ha oído invocar a Ogmios para preservar el secreto de la montaña? Debe proteger el secreto del Monte... Román no ha dicho nada, está segura, pero es posible que Almodius los espíara en la capilla de San Martín y que la oyera contarle esa historia a Román. ¿Cómo podría comprobarlo?

Se da cuenta de que la única manera es confesar sus creencias: de todas formas, Hildeberto está al corriente y ella no logrará convencerlo de lo contrario, ese anciano es demasiado peligroso. Si no niega la acusación y el interrogatorio se detiene ahí, es que ignora lo que le ha contado a Román. Pero si sigue preguntando...

—Padre, rezo a san Miguel y a veces rezo... a Ogmios, su antepasado. Es cierto —dice, acorralada—, soy cristiana pero también soy fiel a los antiguos dioses de mi pueblo. Fray Román lo descubrió y ha intentado hacerme olvidar mis viejas creencias mostrándome la belleza y la fuerza de la Biblia, que al parecer no admite competidores. Ha empleado todas sus fuerzas, su razón, su corazón puro de monje para convertir el mío —añade, llorando—. Me ha contado historias prodigiosas, combates heroicos, ha citado frases indiscutiblemente justas, llenas de inteligencia y de amor, me ha mostrado mi error sin acusarme, y yo he abierto mi alma al mensaje de Jesucristo, pero no he podido borrar el recuerdo de los mensajeros celestes de mis antepasados y he continuado honrando ese recuerdo. Esa es la verdad, padre, ya he confesado todos mis pecados; ahora, haced de mí lo que queráis.

Se hace de nuevo un denso silencio. Moira está temblando. La verdad va a aparecer ahora en las palabras del abad. Ahora es cuando va a hablar del secreto o a callar para siempre. Nota que Román, a su lado, tiembla también.

Hildeberto ha cruzado las manos. Está tranquilo. El prior, Almodius y el escriba desaparecen de la mente de Moira. Solo existen el abad, Román y ella. Solo ellos tres.

—No hay más que un Dios, Moira —acaba por decir el abad en un tono asombrosamente paternal—. No podéis unir en la oración la luz y la sombra, la revelación de Jesucristo y la adoración del Becerro de oro. Lo que debéis reverenciar del pasado es el recuerdo de los seres humanos, el cariño de vuestros padres, el seno de vuestra madre, los brazos de vuestro padre, y no a esos espíritus mortíferos ahitos de la sangre de los sacrificios, que os arrastran por el camino de las tinieblas.

Moira levanta la cabeza y envuelve al abad en una mirada de agradecimiento. Su mano derecha se aferra a la capa para no estrechar los dedos de Román, de quien por fin tiene la prueba de su afecto, de su lealtad, de su confianza: Román no ha hablado, Almodius no ha oído nada y Román ha preservado su secreto, su vínculo, más poderoso que el respeto que profesa a su padre y sus hermanos.

La ama de verdad, siente el mismo amor que ella por él: el de un ser humano por otro ser humano. Ahí reside la fuerza de Moira, que ahora la hace invencible, decida lo que decida el abad. El pasado y el presente están indisolublemente unidos en su corazón, y el futuro ya no tiene importancia.

—¿Me oís, Moira? —prosigue el abad—. Debéis renegar de Ogmios y de los dioses de vuestros ancestros por siempre jamás.

Moira parece despertar de un dulce sopor. ¿Renegar? ¿Abandonar el pasado en el momento en que adquiere todo su sentido?

—No puedo, padre —contesta.

—¿Cómo os atrevéis? —replica el abad—. ¿Confesáis sin ambages un pecado de la más extrema gravedad y a continuación me decís en el mismo tono que deseáis perseverar en el pecado? ¿Sois consciente de vuestras afirmaciones? ¡Estáis diciendo a unos monjes que veneráis al Demonio y que vuestro deseo es continuar venerando al Demonio! ¿Pensáis que voy a aceptarlo? Vivís en mis tierras, hija mía, unas tierras sagradas, escogidas por el Arcángel, ¿creéis que puedo tolerar que se entregue una parcela a Satán? ¡Abjurad, Moira, abjurad inmediatamente, no tenéis otra opción!

—Sé que, con vuestra gran clemencia, padre, me ofrecéis el perdón con esa condición —dice ella en un tono neutro—, y os agradezco tal magnanimidad. Desgraciadamente, no puedo recibir ese perdón, pues no puedo renegar de la sangre que corre por mis venas, sea cual sea su naturaleza. Os pertenezco, haced de mí lo que consideréis oportuno, estoy en vuestras manos y totalmente sometida a vuestra voluntad.

Estas palabras hacen saltar al abad del sillón y avanzar hacia ella señalándola con un dedo acusador.

—¿Mi voluntad? ¡Mi voluntad es todopoderosa, en efecto, a la medida de vuestro crimen! ¿Sabéis que puedo entregaros al brazo secular, que odia más que yo aún lo que vos representáis? Ricardo os someterá a interrogatorio, y eso es algo muy distinto de esta amable conversación. ¿No habéis oído hablar nunca de los maniqueos, que declaraban rezar a un dios de la luz y a un dios de las tinieblas y veneraban a la vez el bien y el mal? ¡Los quemaron, sí, los quemaron vivos en la hoguera! ¡A eso os exponéis negándoos a renegar del diablo que hay en vos, a eso!

Moira agacha la cabeza. Su mirada vacía encuentra el suelo de la celda, la tierra del Monte. Las cadenas que la atan a esa tierra son más sólidas que esas otras con las que la amenaza el abad. El poder puro del vínculo que la une a Román es más fuerte que la supervivencia de su cuerpo. Ese amor nunca se ha concretado mediante la fusión de su carne, y de pronto se le ocurre que eso es lo que le da su intenso vigor y lo que sellará su eternidad: la fusión de su espíritu, de su alma. El cuerpo no cuenta, volverá a la nada, pero su alma irá a otro cuerpo, indefinidamente. Los envoltorios de piel se sucederán en el tiempo, al igual que se han sucedido desde el origen del mundo. Quedará el alma, migratoria pero eterna, en armonía con el universo de los suyos y enriquecida con un nuevo absoluto: el amor de ese hombre. Moira piensa en el sufrimiento que se puede infligir a un cuerpo y que Hildeberto parece prometerle; tendrá que soportarlo sin ceder, evitar que los tormentos físicos manchen su alma. El miedo la invade, pero enseguida recupera el dominio de sí misma. Su decisión es irrevocable. Su único deseo es comunicarse una vez más con el espíritu de Román. Lo observa intensamente. El sigue mirando fijamente un punto frente a él; luego, un soplo de vida lo anima, se estremece,

va a volverse hacia ella, tiene que mirarla, una sola vez más...

—No contéis con ninguna ayuda por parte de fray Román —dice el abad con un brillo metálico en los ojos, y Román vuelve inmediatamente a su posición inicial—. El no puede hacer nada por vos. Vuestra suerte depende de mí, y sobre todo de vos misma —añade con menos dureza—. Os lo pregunto por última vez, Moira: ¿renegáis de vuestras creencias impías?

¡Que esto acabe! Moira no puede más, y Román parece a punto de desmayarse; un sudor malsano resbala por sus sienes, y se diría que de un momento a otro va a desplomarse. Con un ademán definitivo, Moira niega con la cabeza esperando que la ira del abad se abata sobre ella. Sin embargo la respuesta es muy distinta.

—Moira, en este martes pascual, ante testigos —anuncia como si estuviera pronunciando una sentencia—, habéis reconocido vuestro pecado. Yo, Hildeberto, tercer abad benedictino de Mont-Saint-Michel, recuerdo que Jesús murió para redimir los pecados de los hombres y resucitó. Os dejo cuatro días y cinco noches para rezar y reflexionar en el misterio de la fe. El próximo domingo, primer domingo después de Pascua, iré yo personalmente, al amanecer, a recoger vuestra abjuración. Si os negáis a pronunciarla, vuestros bienes serán confiscados, vos y vuestro hermano seréis excomulgados y expulsados para siempre de mis tierras, con la prohibición perpetua de regresar tanto vos como vuestra descendencia. He dicho. Ahora, fuera de mi vista. Regresad a vuestros bosques sombríos y vuestra morada maldita. Rezaré para que el Señor acuda en vuestra ayuda. ¡Marchaos!

Moira está tan sorprendida por el veredicto que se queda un momento sin saber qué hacer. Mira a su alrededor como un animal encerrado al que le abren de repente la jaula. Almodius echa chispas, lucha con todas sus fuerzas para no protestar, para no abalanzarse sobre ella y agarrarla del cuello. Román llora en silencio. Hildeberto, de espaldas, camina lentamente hacia su escritorio y se deja caer en el sillón, sostenido por el prior. El abad parece exhausto. La joven encuentra su mirada celeste, perdida, extrañada de que todavía esté allí. Entonces, tras dirigir una mirada furtiva a Román, da media vuelta, abre la puerta y echa a correr en dirección al bosque de Beauvoir como si la persiguiera un monstruo fantástico.

Moira:

Si maese Roger ha aceptado llevarte esta carta es porque no está al corriente de la agitación que reina en el monasterio desde ayer, pese a la intranquilidad que se propaga como una epidemia y que muy pronto contaminará todas nuestras tierras. Temo por ti, Moira, temo la cólera mezquina de la gente sin instrucción, temo la pasión vengadora de los lugareños hacia quienes no son como ellos, temo que olviden los sufrimientos de los que les has aliviado y que conjuren su miedo haciéndote sufrir a ti. Roger aún no sabe nada, luego se acuerda de que curaste a su hija Brígida; quizá mañana vea en ti a un secuaz del Demonio. Sin embargo, tú has sido testigo, Moira, de la aguda inteligencia y el bondadoso corazón de nuestro querido abad, siempre dispuesto a perdonar las faltas, por graves que sean.

¿Comprendes que le confesara las mías sin reserva, como tú también te mostraste dispuesta a hacerlo de inmediato? La luz divina ha entrado en ese hombre, que no es sino misericordia. Él te espera, ha renunciado a hacer un importante viaje para permanecer junto a ti. Sabe que no escaparás, reza día y noche por ti, por tu salvación, por tu alma; te ama como te ama Dios y quiere mantenerte en su seno; no rechaces su generosidad y su benevolencia, tan poco comunes en un señor tan grande como él, recíbelo el domingo, al igual que al Cristo que lo habita, ábrele tu casa, deja que te purifique de tus pecados, no tienes más que decir una palabra, y te lo suplico, Moira, dila.

Te escribo con la complicidad de una vela y de fray Osmundo, en la enfermería improvisada donde ayer encontré refugio. Mi cuerpo me ha abandonado de nuevo y tú no puedes hacer nada por él, nadie puede. Te hablo del amor de Hildeberto, del Todopoderoso, mientras que todo mi ser proclama otro amor, relegado al rango de sospecha o de concupiscencia. Sin embargo, he tomado conciencia, con la violencia de una puñalada, de que te amo sin sombra, sin mancha, sin otro deseo que satisfacer que el de saber que existes y estás cerca de mí. Estamos ya en un más allá, el del cuerpo, hemos superado las exigencias de la carne, nos hemos tornado ajenos, por la fuerza de las cosas y de sus obligaciones, a sus satisfacciones efímeras y a sus desgarros. Tú me amaste cuando yacía medio muerto, febril y desangrándome; yo te amaré tanto si eres cristiana como pagana

clandestina, da igual mientras estés ahí.

Siempre encontraremos una manera de vernos y de escucharnos. Pero ¿cómo podremos hacerlo si te destierran? El cielo nos ha hecho una ofrenda: la de conocernos. Sí, Moira, hoy bendigo al bandido y su afilada arma; mañana le presentaría mi pecho, si su cuchillo me llevara hasta ti. Pienso sin cesar en aquellos días en Beauvoir, en tu casa: ¡cuán plácidos me parecen, fuera del tiempo, independientes de las contingencias del mundo que ahora nos asedian! He olvidado todos los sufrimientos que mi cuerpo soportó allí; recuerdo tu voz la primera vez que la oí, tu mirada amorosa, tus manos blancas, tu evanescente presencia a mi lado, la de un ángel... Ayer, Moira, ayer la generosidad del cielo fue todavía mayor: después de haberme permitido permanecer con vida, te ha concedido a ti el mismo favor, y no pongo en duda que de ese modo haya aprobado nuestro amor. ¿Y tendrías tú el valor de destruirlo todo, en el momento en que todo se abre ante nosotros? ¿Por qué? ¿Por una tierra de la que serás expulsada si le eres fiel? ¿Por salvar un culto que desaparecerá contigo? El enemigo de nuestro amor vivo es ese, es una religión muerta, una época difunta, unos pobres despojos a los que el alma ha abandonado hace siglos. No temas, no le he contado a nadie tu secreto, pero no me he atrevido a cambiar los planos de mi maestro, que son su testamento. Lo que te impide vivir desaparecerá dentro de unos decenios.

Te lo ruego, Moira, no te exilies tú misma de la existencia que el cielo nos promete, preserva nuestro amor, que es más importante que todo, y construiremos una tierra nueva en la que no habrá cadáveres sino las raíces de los árboles.

No me abandones a mis piedras, Moira; sin ti, están frías y mudas, al igual que mi alma. Sin ti, soy prisionero de una fortaleza oscura y mi corazón es una cárcel. ¡Te lo imploro de rodillas! ¡Danos la paz, mi bienamada, danos la paz!

Hasta pronto, mi ángel terrenal, hasta pronto, prométemelo.

Román.

Por prudencia, destruye esta carta en cuanto la hayas leído.

Brewen permanece inmóvil junto al humeante hogar. Fuera está oscuro. Moira aspira el manuscrito con los ojos cerrados. Sus bucles rojizos acarician el pergamino en un largo beso. Unos sollozos mudos la hacen estremecerse. Levanta la cabeza: su rostro revela tristeza, una tristeza sin lágrimas; luego lo ilumina una esperanza, débil, mortecina, poco a poco más resplandeciente y, al final, incandescente como la luminaria del día. ¡Por fin la dicha del amor desvelado, compartido, declarado! Una sombra cruza por su rostro, cuyas facciones se tensan antes de relajarse en una sonrisa. Moira presta oídos a su deseo: atreverse a creer en Román, en ella, en ellos, renegar del pasado... Las cosas han cambiado, puesto que él reconoce su vínculo. Se verán, a escondidas de los demás pero en la plena verdad de su corazón. Moira, con el alma desgarrada, vacila. Sus dedos acarician las palabras de Román, su bella escritura recta sobre la vitela curtida por los monjes. De pronto, unos golpes sacuden violentamente la puerta de la cabaña. Moira mira a su hermano y se apresura a poner la carta sobre la llama de una vela. El fuego ha iluminado esa carta y ahora la destruye. Los golpes suenan más fuerte. La inesperada misiva ha quedado reducida a cenizas. Moira se dirige hacia la puerta.

—¡Todo esto es prodigioso! —exclama Rolando de Aubigny, obispo de Avranches, frente a la cripta del coro—. ¡Querido Hildeberto, qué cambio en tan solo una semana! El jueves pasado, cuando vine a consagrar los santos óleos, la montaña estaba desnuda; hoy está espléndida, bulle, construye, se eleva hacia el cielo.

—Sí, monseñor —contesta el abad—, el jueves santo, la montaña vestía nuestro modesto sayal, el de mis hijos y el mío; ahora se engalana, y lo hará durante decenios, con el valor sencillo y la fuerza pura de estas gentes, que, lejos de ser ornamentos, consagrarán su vida a edificar la basílica.

Los dos hombres se cruzan una mirada fría. Envuelto en pieles de oso pese a la suavidad de ese mes de abril, Rolando de Aubigny deambula entre los jornaleros sudorosos y medio desnudos, escoltado por sus cuatro vicarios y el padre abad. Su llegada inesperada a la iglesia, al final de la misa conventual, ha sorprendido a toda la comunidad. Las aguas estaban altas y ha tenido que sentarse en una incómoda barca. Pero el Monte no es Cluny, y solo la abadía borgoñona disfruta del privilegio de exención, que la libera del

yugo del clero secular y solo la obliga a rendir cuentas al Papa. En el Monte, pese a las constantes reticencias de los abades y los frailes, el obispo está en su casa y puede presentarse a cualquier hora del día o de la noche. Más joven que Hildeberto, el señor de la diócesis de Avranches, y por ello sucesor de Auberto, profesa por la montaña sagrada una pasión lunática. Tan pronto omnipresente en la isla, tan pronto desdeñoso y concentrado en las tierras de su episcopado, el quincuagenario es íntimo de Ricardo II, con quien comparte los atributos de la nobleza: ropajes suntuosos, palacios, banquetes, cacerías, mujeres. Bastante apuesto, rubio y grácil, Rolando de Aubigny mira de arriba abajo a Hildeberto con sus ojos castaños.

—Este paseo me ha dado sed, querido abad —dice, enjugándose el trasudor de la frente con el reverso de una manga de piel—, y todo este polvo me quema el gaznate. ¿Accederíais a ofrecerme un poco de ese vino de Beaune que vuestro cillerero hace traer de Cluny?

—Estáis en vuestra casa, querido Rolando, y mi bodega es vuestra — responde secamente Hildeberto, contrariado por tener que compartir una jarra de su vino favorito con ese borracho mundano—. Vamos a mi celda, allí estaremos más tranquilos y podréis entrar en calor junto a la chimenea.

—Por cierto, no veo por ningún sitio a vuestro constructor, ese discípulo al parecer muy dotado del difunto Pedro de Nevers, a quien tengo en cuenta todas las mañanas en mis oraciones.

—Fray Román está enfermo, descansa en la enfermería. La humedad de nuestro clima despierta a veces la herida que sufrió al plantar cara a un vil desvalijador de peregrinos.

—¡Ah, recuerdo esa acción heroica! —contesta el obispo, levantando los brazos hacia el cielo—. Pero esos hechos se remontan a la fiesta de la Consagración, y yo creía que, gracias a haber recibido los más hábiles cuidados, vuestro monje estaba curado.

Hildeberto finge no comprender la alusión y continúa caminando hacia su cabaña sin pestañear. A lo lejos, ve a fray Bernardo, el ayudante de Román, que supervisa con maese Jehan la subida de gigantescos bloques de piedra.

—Fray Román posee una mente y un alma modeladas en el granito más sólido que pueda existir y demuestra ser un magnífico constructor, pero su

cuerpo está extenuado como consecuencia de la batalla que libró contra la muerte. La cuchillada está junto al corazón y de vez en cuando las fuerzas le flaquean, pero, después de unos días de descanso, se repone y trabaja todavía con más ahínco.

—El corazón parece más débil en unos humanos que en otros, es cierto —observa Rolando de Aubigny—. Os lo ruego, querido Hildeberto, primero vos.

El abad entra en su celda precediendo al obispo. Ordena al hermano laico que atiza el fuego que lleve una jarra de borgoña tinto y dos vasos. El prelado no sabe que el gran amigo de Hildeberto, el abad Odilón, acaba de enviarle unos toneles de un vino blanco delicioso que sus monjes de Cluny elaboran en Auxerrois, con uva de unas vides plantadas por los romanos. Decididamente, la razón de la visita de Rolando no es su bodega, lo cual alegra al abad, aunque este, pese a lo dicho por el obispo, no acaba de creerse que se haya desplazado para admirar las obras. Las palabras equívocas del prelado dejan traslucir otra cosa y no presagian nada bueno. Incitan al abad a provocar una confrontación pacífica.

—Acomodaos, monseñor —dice Hildeberto señalando un asiento frente al escritorio, donde se instala él—. Ahora que nos encontramos en la familiaridad de esta antigua celda, y al calor de este fuego, decidme, ¿estáis satisfecho de vuestra visita a nuestra casa?

—¡Me siento colmado por lo que acabo de contemplar, absolutamente colmado! Sin embargo, para estar plenamente satisfecho, debería cumplir del todo mi misión. Porque me falta narraros una curiosa anécdota. Oh, nada grave, una simple información que no podía daros entre todos esos oídos indiscretos.

—Os escucho, monseñor, y puedo aseguraros que, aquí, los únicos oídos son los míos, y el espíritu, el del Arcángel —dice el abad, levantando una mano hacia el tapiz.

En ese momento llama a la puerta el hermano laico que lleva el vino. Después de servir a los dos dignatarios, se retira. El obispo degusta el elixir, felicita al abad por tener un amigo tan valioso como Odilón y se aclara la garganta.

—Se trata de un hecho que se produjo ayer, miércoles, por la noche — comienza—. Me afecta directamente a mí, pero he considerado conveniente informaros.

Rolando se interrumpe para mirar al abad, que es presa de una viva inquietud, de un sombrío presentimiento. El obispo, por su parte, se deleita observando el efecto de su anuncio y bebe un sorbo de vino.

—Figuraos —prosigue en un tono de falsa indiferencia— que he descubierto a una hereje en mi diócesis..., para ser más preciso, en vuestras tierras.

Hildeberto se queda petrificado como un cadáver.

—Los soldados de Ricardo la arrestaron anoche —continúa el obispo con una satisfacción no fingida—. Está encerrada bajo vigilancia en una de sus prisiones, en Avranches, cerca de la diócesis. Todavía no la he interrogado; me ha parecido natural hablar primero con vos... Se trata de una curandera llamada Moira.

El abad parece revivir. Se levanta bruscamente y vuelca el vaso de estaño con el reverso de la mano. El líquido rojo fluye por la mesa.

—¡No teníais derecho a hacerlo! —grita—. ¡Moira vive en Beauvoir, en mi dominio, me pertenece!

—Ah, ¿conocéis a esa criatura?

—¡Alguien ha hablado! ¡Exijo que me digáis quién! Juzgué a esa mujer hace dos días y tiene hasta el domingo para abjurar de su fe impía. De lo contrario, será excomulgada y expulsada de mis tierras.

—¿Para que venga a refugiarse a las mías? ¡Bonita sentencia, padre abad! —replica Rolando, cuyos ojos devuelven la furia de Hildeberto—. No podéis censurar a uno de vuestros hijos por haber hecho gala de una altura de miras absolutamente apropiada en este asunto de la más extrema gravedad, que sobrepasa las fronteras de vuestro dominio.

—¿Quién? —repite el abad, de pie tras el escritorio—. ¿Vais a decirme quién se ha permitido semejante acto?

—Fray Almodius, vuestro subprior, se desplazó el martes para pedir mi opinión sobre este asunto. Juiciosamente, pensó que yo debía estar informado de la herejía de esa mujer, herejía que constituye un crimen de lesa majestad

dirigido contra todos los cristianos, y no solo contra vuestro monasterio, cosa que evidentemente no ignoráis. Siendo así, deberíais haberme informado. No os lo tengo en cuenta porque vuestro subprior lo ha hecho por vos.

—¡Almodius no tiene ningún poder para actuar en mi nombre! Ese felón será severamente castigado.

—Vamos, vamos, padre abad —dice el obispo, sirviendo vino en los vasos—, creo que exageráis. Almodius ha faltado a su deber de obediencia, es verdad, pero ha sido por una razón superior e imperiosa. El crimen no está en vuestro hijo, sino únicamente en el alma réproba de esa pagana. Es ella quien debe ser castigada de manera ejemplar.

—¿Qué vais a hacer con ella? —pregunta Hildeberto en un tono fatigado.

—Lo que vos no habéis hecho. Sondar su alma y ver hasta dónde llega la podredumbre.

—¡Por la fuerza, claro! —dice el abad, animándose de nuevo—. ¡En efecto, eso no lo he hecho, pues la tortura es indigna del hombre de Dios que aspiro a ser y de la Iglesia a la que sirvo! ¿Habéis olvidado acaso el principio promulgado por el papa Gregorio, según el cual no corresponde a la Iglesia verter sangre?

—Verter sangre, no, pero, como obispo, soy el sucesor de los apóstoles, y es a mí a quien corresponde calibrar el peligro que supone esa mujer, utilizando los medios que considere apropiados, y pronunciarme sobre ello en nombre de la Iglesia. No la castigaré yo mismo, por supuesto. Dejo esa tarea, tal como corresponde, al duque Ricardo. Él es quien debe hacer que la paz reine aquí abajo y auxiliar a la Iglesia en su lucha contra el Demonio, si es necesario, por la fuerza.

—¡Ricardo no es un verdugo! —objeta el abad.

—Claro que no. Nuestro príncipe es un buen príncipe, ávido de justicia, y un ferviente cristiano. En cuanto recibió mi mensaje, me mandó inmediatamente uno de sus destacamentos armados para prender a la presunta curandera y ponerla a buen recaudo. Muy pocos son los príncipes, afortunadamente, que subestiman el gravísimo peligro engendrado por la herejía. Esto me recuerda que hace seis años, el mismo de la boda de Ricardo con Judith y de la muerte de Judith, el año en que se encontraron las reliquias

de Auberto en este techo —dice, levantando la cabeza—, el año en que el duque tomó la decisión de construir la gran iglesia abacial y en que vos hicisteis venir al honorable Pedro de Nevers, el rey de Francia, Roberto II, acertadamente apodado el Piadoso, condenó a la hoguera a los canónigos adeptos al maniqueísmo. Normandía no es Francia, pero supongo que nuestro buen Ricardo ha debido de tener en cuenta este precedente cuando se ha enterado de que la tierra bendita del Monte, por la que tanto cariño siente y cuya futura abadía financia, albergaba en su seno a alguien de semejante ralea.

El ataque es pérfido, pero justo. Con mucho pragmatismo, Hildeberto evalúa la situación: Moira está ahora en manos del obispo y del príncipe; de momento, no puede hacer nada por ella. A causa del absurdo empeño de la joven en no abjurar el otro día, en su celda, y de la incalificable falta del subprior, el asunto es ahora de otro orden; se ha convertido en una cuestión política, de rivalidad de poder entre tres hombres: Ricardo, Rolando y él. La autoridad del abad ha sido severamente puesta en entredicho, y Hildeberto piensa que quizá la construcción de la iglesia abacial se vea amenazada. ¡No, Ricardo no puede poner en peligro ese proyecto grandioso que tanta gloria le dará! No obstante, el abad debe solicitar cuanto antes una entrevista con su soberano e intentar restablecer su influencia, evitando lo peor para Moira. Por el momento, debe batallar contra el hábil prelado, que ha rebatido todos sus argumentos. Pero el abad todavía dispone de un arma, la que maneja con la mayor destreza: el Verbo sagrado.

—Lejos de mí el propósito de predicar ante un hombre tan instruido como vos en las cosas divinas —dice, sirviendo vino—, pero, compartiendo con vos esta santa bebida acuden a mi mente la última cena de Cristo y sus palabras cuando fue prendido. Pedro desenfundó su espada para defenderlo y Jesús dijo: «Guarda tu espada». Si la propia vida del Señor no justifica el hecho de derramar sangre, entonces ninguna vida puede justificarlo. Nuestra espada, la de los servidores de Cristo, es la palabra, Su palabra. Debemos convertir mediante las palabras, no con las armas.

—Cristo también dijo: «No he venido a traer la paz sino la guerra», indicando así que la espada de la verdad es preferible a la paz del error y de la

mentira.

Los dos hombres se calibran con la mirada.

—Constato que nuestras visiones divergen incluso cuando se trata de las Sagradas Escrituras. Recurramos, pues, al Papa para que zanje nuestras diferencias —dice Hildeberto en un tono cortante.

—¡Yo soy el representante del Papa! —replica el obispo, poniéndose en pie—. Me parece que tenéis tendencia a confundir el Monte con Cluny —añade con voz melosa, sentándose de nuevo—. ¿Será quizá una consecuencia involuntaria del buen vino de Odilón?

—Odilón es un santo que, como Benito y todos los miembros de nuestra orden, rechaza la violencia para luchar contra la herejía —repone secamente el abad—. El mal solo puede ser vencido mediante el testimonio de la oración, de la fe y del amor. Evidentemente, hay que tener el valor de renunciar a las seducciones ilusorias del mundo terrenal —añade, mirando con desprecio las pieles del obispo— para sentir el poder de esa fe y de ese amor celeste.

—Comprendo que os parezca edificante la compañía de los ángeles, ese ideal os honra, al igual que a todos los miembros de vuestra orden. Pero ignoraba que vuestro querido arcángel Miguel hubiera atravesado al dragón con palabras fervientes.

—San Miguel es un ángel que combate con espada contra otro ángel —contesta Hildeberto, exasperado por la condescendencia del obispo—. Lucifer era consciente de su error, pecó con pleno conocimiento de causa, y el combate se desarrolló entre iguales. Esa mujer, en cambio, ha pecado por ignorancia, no por orgullo.

—¿Por ignorancia? Sin embargo, yo he oído decir que había sido profundamente instruida por uno de vuestros hijos, con una abnegación de lo más intensa y robándole horas al sueño.

—La vida, el sueño y las actividades de mis monjes son exclusivamente de mi competencia.

—Como os parezca. Yo no quiero usurparos el cargo, querido abad, tengo el mío y ya me da suficiente trabajo. Me voy a interrogar a ese demonio. Os saludo.

Sin otra despedida, el obispo se levanta y sale de la celda para reunirse con sus vicarios, que esperan pacientemente fuera. Hildeberto se queda solo, abrumado por el giro que han dado los acontecimientos. Después siente abatirse sobre él un cataclismo semejante a los que a veces sacuden la montaña: una furia natural que no conocía hasta entonces, una vehemencia, una impetuosidad rabiosa que le dan miedo por lo ajenas que son a su carácter y a su vocación. El anciano, incapaz de poner un dique a la monstruosa cólera, está hundido. De repente, se levanta dando un salto más propio de un hombre joven y se precipita fuera de la cabaña mientras suena la campana que anuncia la hora sexta. Entra como una exhalación en el refectorio, donde lo esperan en pie sus monjes, hambrientos. El sitio de fray Roberto, el prior, está vacío; el día anterior, Hildeberto lo envió a una importante reunión de dignatarios benedictinos en Anjou, a la que él renunció a ir para recoger personalmente la abjuración dominical de Moira. Detrás de su plato vacío, Román levanta la cabeza para ver entrar al abad. El joven monje tiene la tez cenicienta, del color de sus ojos, pero esa mañana, cuando maese Roger ha ido a la enfermería para confirmarle que había entregado la carta, se ha levantado y, de la misma forma que ha dejado de escapar de Moira y de sí mismo, ha vuelto a asumir sus funciones, pues no quería seguir evitando a sus hermanos y a los trabajadores. El abad lo fulmina con la mirada; Román nota que el dolor del castigo le quema la espalda, pero Hildeberto pasa de largo y avanza hacia el subprior.

—¡Almodius! ¡Venid de inmediato a mi celda! —ordena el abad—. ¡Y vosotros, comed! —añade dirigiéndose a los monjes, estupefactos.

Acto seguido, da media vuelta y sale teatralmente del refectorio con el jefe del *scriptorium* pisándole los talones. Hace entrar a Almodius en su aposento y cierra ruidosamente la puerta. El portazo hace estremecerse al monje, al que se le ponen las orejas rojas. El abad se sienta tras su escritorio y petrifica con la mirada al hijo indigno.

—Padre, yo... —dice Almodius.

—¡Callad! —lo interrumpe Hildeberto con la voz temblando de ira—. ¡Ninguna palabra vuestra manchará la santidad de este lugar! ¡Vos, a quien el abad Maynardo acogió siendo un niño, cuyo cuerpo y espíritu hemos

alimentado, cuya alma hemos forjado, a quien he elevado al rango de subprior, en cuyas manos he puesto la llave de esta abadía entregándole la del scriptorium, toda la memoria de los cristianos y el saber de nuestra comunidad, vos nos habéis traicionado a todos, sois un miserable!

—Padre —contesta en voz baja Almodius, espantado por el arrebatado del abad—, reconozco haber actuado en contra de lo que vos habíais ordenado... Me he guiado por la fe que vuestro predecesor y vos habéis insuflado en mí desde mi más temprana edad, esa misma fe que es más fuerte que todo y que está al servicio de la santidad de este lugar, cuya integridad he sentido amenazada.

—¡Yo soy el garante de la integridad de esta montaña! —replica el abad, fuera de sí—. ¡Sois vos, con vuestro acto, quien la ponéis en peligro frente al obispo y el príncipe. «La obediencia que rendimos a los superiores la dirigimos a Dios», escribió Benito. Desobedeciendo, es al Señor a quien escarnecéis. Habéis renegado de todo: de vuestra familia de sangre, que os dejó en manos de Dios, de vuestros hermanos del monasterio, de vuestro padre espiritual y de la familia de los ángeles.

—Mi pecado no es nada en comparación con el de mi hermano Román, que se ha dejado conquistar por la voluptuosidad del Maligno —replica el subprior, levantando la cabeza con aire desafiante—. He desobedecido, es verdad, pero para salvar el alma de nuestra abadía, infectada por esa hembra infernal y por vuestro buen corazón de anciano.

Al oír estas palabras, Hildeberto está a punto de ahogarse de rabia. Congestionado, se pone a toser violentamente y debe recuperar el aliento antes de poder contestar:

—Hace ya algún tiempo... —el abad se interrumpe para expectorar en un pañuelo— que vuestra actitud me producía cierta inquietud... Vuestra mirada se tornaba cada vez menos humilde. Vuestras ausencias del dormitorio durante la noche y vuestras salidas del recinto del claustro durante el día sin una finalidad declarada... Un súbito alejamiento de nuestras disposiciones temporales, que no pensaba que fuese una ruptura tan grande con nuestras convicciones profundas... Ahora lo veo y comprendo. Este corazón viejo que me reprocháis recibe la arrogancia, la ingratitud de vuestra boca, y la pasión

mortal de vuestro corazón, que os corroe por entero... Sí, comprendo el odio que sentís por vuestro hermano Román, por esa mujer, por nuestra clemencia hacia los pecadores que pecan por ingenuidad e impotencia frente al mundo, y no por vanidad. Eso es lo que la fe ha hecho de vos —concluye en un susurro—. Almodius, os depongo en el acto de todas vuestras funciones. Voy a reunir inmediatamente a la comunidad en consejo para el procedimiento de exclusión. Cuando Roberto vuelva de Anjou, designaré un nuevo subprior y elegiré a otro hermano para el scriptorium... Vos nos habéis dejado ya, yo me limito a ratificar vuestra decisión; solo espero que no estéis totalmente perdido y que podáis volver atrás.

Hildegarto se coge la cabeza entre las manos, destrozado como un padre a quien su hijo preferido fuera a asesinar.

—¡Decididamente, no entendéis nada! —exclama de repente Almodius, acercándose al abad—. ¡Preferís perdonar al débil y al infiel, y censurarme a mí por no haber sucumbido! ¡Vuestra justicia arbitraria solo está destinada a los inválidos, y no lamento en absoluto haberlo denunciado al obispo, pues él sí sabrá erradicar el mal! —vocifera, con los puños apretados, a unos milímetros de Hildegarto, que respira cada vez más ruidosamente—. ¡Vuestra presunta clemencia no es sino cobardía, y vuestra fe es la coartada de esa cobardía!

El monje se queda inmóvil frente al abad. El patriarca, repentinamente lívido, tiene los ojos desorbitados y abre la boca sin que de ella salga ningún sonido. Un hilillo de espuma blanca corre por las comisuras de sus labios. Hildegarto se lleva una mano al corazón y se desploma violentamente sobre la mesa emitiendo un ronquido. Almodius está estupefacto. Permanece unos instantes desconcertado, sin saber qué hacer; luego se acerca, despacio e incorpora tímidamente al abad. Hildegarto está blanco y rígido como un cadáver. Almodius se inclina sobre él. Una ínfima respiración parece salir de la boca. El joven monje aparta la mano paralizada del padre y coloca la suya a la altura del corazón: se diría que todavía late, aunque muy débilmente y de manera irregular. Hildegarto no está muerto. Almodius sale corriendo de la celda.

Unos instantes más tarde, Hildegarto está tendido en su camastro, mudo,

con el cuerpo yerto y los ojos extraviados. El fuego de la chimenea llena la habitación de sombras rojizas. Fray Osmundo está inclinado sobre él, tratando, con muchos esfuerzos, de hacerle ingerir una poción.

Almodius reza, arrodillado junto al lecho. En el exterior de la celda, todos los hermanos del monasterio, sacerdotes y laicos, han acudido nada más oír los primeros toques de matraca y cantan a media voz el Credo in unum Deum. Osmundo se incorpora y cruza una mirada sombría con Almodius. Este último lo interroga con los ojos.

—No sé, fray Almodius —responde el hermano laico—. Está encerrado en sí mismo, ajeno al mundo..., tiene los músculos y la lengua paralizados. Es el corazón, parece cansado de latir. No tiene fiebre, sino un intenso cansancio interior: la edad, las preocupaciones de las obras de construcción, los recientes acontecimientos... —dice, bajando la cabeza—. La ira siempre es nefasta para el alma. Hay que rezar por él, yo me encargo del resto, con la ayuda del Señor.

—Y la mía, fray Osmundo —dice Almodius en un tono que no admite réplica—. En ausencia de fray Roberto, yo soy el responsable de la abadía... y de los cuidados de nuestro padre hasta que se restablezca.

—Bien, fray Almodius. Voy a la enfermería a preparar los ungüentos y a hervir las hierbas. Tal vez una sangría lo libere de humores perniciosos. Oh, padre —dice, con el ancho rostro barbudo súbitamente bañado en lágrimas—, querido padre... ¿No creéis que habría que ir a buscar al prior y llamar al obispo para la unción? —pregunta a Almodius.

Este ase con mano firme por los hombros al enfermero.

—Vamos, hermano, la aflicción de todos es infinita, pero no ayudará a nuestro padre. Rezar, todos debemos rezar al Arcángel a fin de que socorra a su alma. Fray Roberto estará muy pronto de vuelta para unir su oración a la nuestra, es inútil precipitar el tiempo. En cambio, me parece más prudente llamar al obispo para la unción del enfermo. Voy a enviar a fray Guillermo a Avranches. Nuestro padre debe reposar en la quietud y la serenidad; me ocuparé también de que los hermanos no lo perturben. Vos y yo nos relevaremos para acompañarlo, mientras nuestros hermanos dirigen al Señor sus ardientes plegarias. Cuento con vos, fray Osmundo.

Almodius se vuelve y observa, a través de la única ventana de la celda, los rostros interrogadores e inquietos de los monjes. Sale para informarlos del estado del enfermo e impartir órdenes. Mientras habla en un tono de semiduelo, su mirada se cruza con la de Román, dura como una piedra y que parece desafiarlo con una acusación sin palabras. Pero el constructor permanece en silencio y se suma a sus hermanos, que se dirigen a la iglesia para implorar a san Miguel con sus lágrimas puras y su ardiente plegaria.

Esa noche, una gran calma se apodera de la montaña, una calma que no es la paz sino la espera sumisa de la decisión suprema. El propio cielo contiene sus accesos vespertinos: las nubes grises desaparecen, el temeroso sol se difumina poco a poco y la noche mate se abre paso como si nada, ligera y delicada como el pétalo de un cáliz lunar. El mar ha ido a adular a la tierra con una dulce canción, a balbucir a la roca un murmullo escurridizo. Arriba, todo está en suspenso. La obra parece abandonada y los pescantes erigidos parecen acunar a ahorcados imaginarios. No hay estrellas en la oscuridad. No hay luz en la iglesia, que la noche despuebla de humanos e invade de espíritus. Tan solo brillan las ventanas semicirculares de la capilla de San Martín, en un halo amarillo.

Al día siguiente, viernes, Rolando de Aubigny llega a galope tendido, con marea baja. El abad continúa entre la vida y la muerte, mudo y paralizado, a caballo entre los dos mundos. Almodius no se ha separado de él ni un instante; ha pronunciado las tres oraciones que habitualmente recita el prior a los enfermos cuyo estado es crítico, ha entonado el Confiteor por Hildeberto, que no puede hablar, y le ha administrado él mismo los remedios, mientras que Osmundo se ha unido a sus hermanos, que han rezado toda la noche en la capilla. Poco después del rojo amanecer, al salir del santuario cuyas piedras le hablaban de Moira, Román ha intentado ver a Hildeberto, pero el subprior se lo ha impedido cerrándole la puerta de la celda en las narices. Román no ha insistido para no provocar otro conflicto y se ha encaminado hacia la obra mientras llegaban los escasos jornaleros que no habían dormido allí. El alma de Román oscila entre Hildeberto y Moira, los dos seres amados de suerte desconocida, que puede dar un giro radical en cualquier momento, y por los que solo puede rezar. Román suplica al Altísimo sin amargura, con ardor y

esperanza, seguro de que el cielo acudirá en su ayuda. Esa noche, de pie en la capilla de San Martín, todo su ser se ha dirigido al Arcángel con un amor nuevo que nunca había sentido antes: un amor sin inquietud, sin aflicción, sin arrepentimiento, totalmente de cara al futuro, que él sitúa con confianza en la boca del primero de los ángeles, cuya respiración ha notado que le acariciaba. Sí, en lo más profundo de las tinieblas nocturnas, el invisible lo ha envuelto en su aliento azulado.

Al ver al obispo y su séquito, una absurda esperanza, que le recuerda el momento místico de la última noche, se adueña de Román. Sale al paso del prelado y espera.

Pero Rolando de Aubigny pasa por delante de él sin detenerse, sin siquiera verlo, y entra en la celda de Hildeberto. Fray Osmundo es despachado de inmediato. Almodius y Rolando se quedan solos con el abad para ungirle los ojos, las orejas, la nariz, los labios, las manos, los pies y la zona lumbar, vías de acceso a los pecados, y redimir sus faltas, que han irrumpido por los cinco sentidos, lavando un crucifijo con agua y vino, un modo de representar las cinco llagas de Cristo que borran los pecados de los hombres. Mientras tanto, Román interroga a su amigo Osmundo, que no le dice nada nuevo sobre el estado del paciente. Hay que seguir esperando y rezar.

Sábado. Segunda noche de oración. Esta vez, el efluvio azul tenía un olor extraño, fuerte, repugnante, de plumas de pájaro devoradas por el fuego. A Román le habría gustado decírselo a Hildeberto, pero el padre abad sigue inconsciente, ha dicho Osmundo, y estrictamente vigilado por Almodius el cancerbero, ha pensado Román. El día anterior no trascendió nada de la conversación que el obispo y el subprior habían mantenido después de que el prelado administrara los últimos sacramentos al abad. Nada sobre Moira. Sin embargo, una voz que posee la suavidad de la exhalación celeste ordena a Román no perder la fe en ella, en él, en su protector alado, que permanece vigilante. En el secreto de una súplica silenciosa a san Miguel, incluso le ha perdonado a Almodius su infamia hacia la joven: la total abnegación del subprior hacia el anciano abad enfermo, ¿no es la prueba de su remordimiento y de su voluntad de redimirse?

En el transcurso del día, el semblante del padre abad se ha tensado en un rictus semejante a una sonrisa, y el anciano ha abierto los ojos antes de precipitarse de nuevo entre los dos mundos. Han enviado a un mensajero para informar al duque Ricardo, mientras que Osmundo y Almodius han extendido un cilicio en el suelo, han trazado una cruz de ceniza y han depositado encima el cuerpo petrificado de Hildeberto.

Tercera noche en la capilla de San Martín, entre el sábado y el domingo, entre la luz y la sombra, entre ángeles y demonios. El vapor celeste no llega para reconfortar a Román. Siente un frío húmedo y glacial entre las costillas, junto al corazón, y le cuesta respirar. Cuando el cielo dominical empieza a clarear, Hildeberto despierta de su largo sopor. Almodius levanta la cabeza.

Bajo el tapiz de san Miguel, los dos hombres se miran. El subprior, solo con el moribundo, lo observa sin pronunciar palabra. El abad intenta moverse, articular unas palabras, apartar el cobertor de sarga, como si de repente fuera a levantarse y a llevar a cabo una misión urgente. Una sangre espesa, que parece coagulada por el intenso frío, le hincha las venas. Con el rostro y el cuello amoratados, jadea mirando hacia el techo de madera. De golpe, su cuerpo se resigna: se incorpora una vez más, en un gesto de última rebelión, después la respiración cesa y Hildeberto se desploma. De su garganta sale un espasmo final, y todo vuelve al silencio.

Capítulo 9

Dimitri, recibido por una algarabía de comedor escolar, dejó sobre la mesa las dos lubinas que acababa de retirar de la chimenea quemándose los dedos.

—¿Otra vez pescado? —protestó Sébastien—. Empiezo a cansarme... ¿No podríamos comprar unos buenos filetes para variar?

—Pobrecito —intervino Florence—, está harto de degustar exquisitas lubinas recién pescadas aquí mismo. Pues, si no te gustan, no tienes más que ir a consolarte delante de una hamburguesa con *ketchup*. Ah, y la próxima vez, hacer la compra.

—Ya vale, Fio —repuso Sébastien—. No te preocupes, a mí me toca pasado mañana. Y ten por seguro que iré al supermercado a comprar unos buenos entrecots y un montón de salchichas.

Dimitri volvió para coger las patatas asadas a la brasa. Se había esforzado mucho para convencer a uno de los escasos pescadores que quedaban en el Monte de que le vendiera a un precio razonable las dos piezas destinadas al mercado de Rungis para alimentar un restaurante de la capital. Dimitri era un treintañero delgado, excesivamente tímido pero conmovedor, coqueto y delicado, de gestos femeninos y, sobre todo, distante, a causa de las pullas que estaba acostumbrado a oír por parte de sus colegas masculinos.

—En resumen, Séb —concluyó Patrick Fenoy, el ayudante de Johanna—, tú eres como los obreros medievales que venían a trabajar a Mont-Saint-Michel, que ponían como condición no tener que comer lubina, salmón

salvaje o esturión todos los días.

—¡Claro, porque con este clima la carne entona el cuerpo! —insistió Sébastien—. Yo no consigo acostumbrarme a esta humedad que te cala hasta los huesos. ¿Os habéis fijado en que las sábanas están siempre mojadas cuando nos acostamos? Y la ropa apesta aunque esté limpia, ¡eso cuando se llega a secar! Huele a algas, ¡puaf!

—Pues imagínate las condiciones de vida de la gente de aquí en la Edad Media, cuando en las casas no había ventanas con cristales sino pequeñas aberturas protegidas con papel, que se ponía mugriento a causa del hollín de las chimeneas y el humo de las velas... Incluso tenían que caldear constantemente el scriptorium, contrariamente a los usos benedictinos, que limitaban la calefacción a la cocina y la enfermería, no porque les preocupara el confort de los monjes copistas, sino porque en esa sala reinaba tal humedad que los preciosos libros se enmohecían —le contestó Patrick.

Otra vez. Como todas las noches desde que las excavaciones habían empezado, hacía tres semanas, Patrick Fenoy les había dado una clase de historia medieval aplicada a Mont-Saint-Michel. Habría sido apasionante si el arqueólogo cuadragenario hubiera puesto más humildad en sus palabras y, sobre todo, en las miradas que le dirigía a Johanna, unas miradas de ser superior obligado a obedecer las órdenes de una mujer más joven que él, menos experimentada, que en su opinión no sabía absolutamente nada del pasado del Monte y había sido catapultada a ese puesto por medios poco confesables pero que a él no se le escapaban. Aún no sabía cómo había sucedido y con qué apoyos contaba Johanna, pero no digería que una pánfila que nunca había trabajado con el gran maestro Roger Calfon lo hubiera desposeído de un puesto que le correspondía por derecho.

Johanna miró con detenimiento el rostro anguloso y demacrado de Patrick Fenoy; observó sus ojos negros detrás de las pequeñas gafas, su barba incipiente, examinó sus cabellos castaños y lisos, ya escasos, su tez cenicienta, sus dedos amarillentos a causa de los cigarrillos que liaba él mismo y su jersey gris agujereado.

Ella no iba mucho más elegante con su gruesa chaqueta de lana, pero estaba harta de ese personaje arrogante, despreciativo y presuntuoso. En

conjunto, las cosas no iban demasiado mal: Dimitri era un ángel asexuado; Sébastien, un eterno adolescente de treinta años como algún otro que había conocido en Cluny; Jacques, un hombre discreto y acomplejado por su gordura, pero enormemente eficaz en su trabajo; Florence, una chica alegre y simpática que a Johanna le caía muy bien, aun cuando no se hubieran hecho íntimas. Tan solo Patrick le resultaba problemático: no podía confiar en la persona que le era más indispensable, su ayudante. Comprendía su hostilidad, desde luego, pero había creído que a la larga su rencor se aplacaría. Sin embargo, no solo persistía, sino que Johanna estaba convencida de que aumentaba de día en día. Una noche lo había sorprendido por casualidad hablando por teléfono con su antiguo director y objeto de devoción: Roger Calfon. La llamada no tenía en sí nada de anormal; la propia Johanna llamaba de vez en cuando a Paul para ver cómo le iban las cosas y para pedirle consejo. Pero en este caso había asistido, escondida en la cocina, a un combate sin adversario: su ayudante hacía un detallado relato de todos los sucesos profesionales y extraprofesionales del grupo, exagerando los pequeños errores de Johanna, denunciando sus vacilaciones como muestras de incompetencia e incluso atacándola personalmente, para acabar diciéndole a Calfon que le hiciera el favor de pedir informes sobre ella en las altas instancias. Si llegara a enterarse de la verdad... Johanna se había quedado pálida y había terminado por encogerse de hombros. ¡Después de todo, no había matado a nadie, qué demonios! Delante de los demás, y sobre todo delante de Patrick, había reprimido su cólera, pero esa noche su exasperación iba en aumento.

—Por cierto —dijo Patrick—, ¿qué opinas de nuestro descubrimiento de hoy?

—Creo que es fascinante —respondió Johanna después de tragar un trozo de lubina—, aunque muy posterior al período que nos interesa y sin relación aparente con el objeto de nuestra excavación, la tumba de Judith.

Esa tarde habían exhumado un trocito de piedra, los restos de un arco apuntado, probablemente un vestigio de la construcción de la abadía gótica.

—Comparto tu fascinación por el arco apuntado —dijo Patrick en un tono meloso—, pero yo no sería tan categórico como tú en lo que se refiere al

período y su ausencia de relación con lo que nos ocupa. Si bien fue empleado sistemáticamente en la época gótica, no olvidemos que se generalizó en el siglo XII, y fue inventado en los últimos años del XI, en pleno arte románico, del que constituye la cumbre, el final perfecto, antes de su declive. Imaginemos por un instante que su presencia en el Monte sea anterior... La capilla de San Martín fue destruida para construir la nave y los edificios conventuales, entre 1060 y 1084, y se coincide en datar la conclusión de las obras románicas en 1084. ¿Y si, por extraordinario que parezca, el arquitecto románico ya había descubierto en esa época el arco apuntado? Eso lo pondría todo en tela de juicio y nos encontraríamos ante un hallazgo de primerísimo orden, ante una revolución arqueológica y arquitectónica. Eso significaría que el arco apuntado fue creado aquí, en el Monte.

Johanna bajó los ojos. ¿De verdad creía lo que decía o estaba poniéndola a prueba? En cualquier caso, había conseguido picarla en su amor propio. Alrededor de la mesa se había hecho un desacostumbrado silencio, denso y eléctrico, mientras ella dejaba los cubiertos a ambos lados del plato. Se iba a enterar...

—Te responderé en dos partes, querido Patrick —comenzó, con una sonrisa socarrona—. Ya sabes, deformación doctoral. En primer lugar, la teoría histórica y su ejemplo práctico: todo el mundo sabe que el arco apuntado se inventó en Oriente en el siglo X, más exactamente en Siria y en Armenia, y que lo trajeron a Europa los primeros cruzados alrededor de 1099 o 1100. El primer ejemplo conocido del empleo del arco apuntado se sitúa en Cluny, abadía que no me es totalmente desconocida, durante la construcción de Cluny III, que se inició a fines del siglo XI. En segundo lugar, la aplicación de esta teoría a la abadía de Mont-Saint-Michel: la abadía románica, con arcos estrictamente románicos, es decir, de medio punto, fue acabada de construir en 1084, efectivamente, pero has olvidado que en 1103 la pared norte de la nave se desmoronó sobre los edificios conventuales, cuyas bóvedas, de medio punto, se vinieron abajo. Hubo que reconstruir, y fue entonces, alrededor de 1106, o sea, después de Cluny y después del regreso de los cruzados, cuando repararon los edificios dañados empleando por primera vez en el Monte el arco apuntado, sobre todo en la sala del

Aquilón. Expondré la conclusión también en dos puntos, si me lo permites. Uno: en lo referente a nuestro descubrimiento, me inclino más bien a pensar que se trata de un vestigio de las construcciones emprendidas por el abad Roberto de Thorigny, las arcadas del osario, la capilla de San Esteban o los edificios del lado sur, es decir, de la segunda mitad del siglo XII, construcciones con arco y bóveda apuntados. Dos: eso no significa que los constructores que edificaron el Monte no tuvieran talento, ante todo el de 1023, que ideó un sistema muy sofisticado de localización de las cargas y de apuntalamiento de los empujes, pero también muchos más, especialmente el de principios del siglo XII, que reconstruyó los edificios conventuales que se habían derrumbado en 1103 introduciendo un auténtico invento normando, el crucero de ojivas. Se dice, de forma poética, que es un homenaje al drakkar de sus antepasados vikingos, y es cierto que cuando vemos un crucero de ojivas, como el que se conserva en la sala de la Galería, pensamos en los extraños barcos de esos hombres procedentes del norte.

Johanna se quedó pensativa. Sorprendió la mirada admirativa de Jacques y el gesto de satisfacción de Florence. Pero el ayudante no había dicho su última palabra.

—Sea cual sea su datación —repuso—, esa ojiva equilátera es un símbolo capital y un avance tecnológico considerable con relación al de medio punto: se pueden abrir ventanas en las iglesias y por fin entra la luz. Además de eso, se aminoran las fuerzas de separación y se gana eficacia en el traslado del peso sobre los soportes... En resumen, el arco apuntado es el punto culminante del románico, su perfección absoluta.

Johanna iba a contradecirlo una vez más, pues había tocado un punto muy sensible para ella: su amor incondicional por el románico puro, el medio punto.

—Lo siento, Patrick, pero no comparto tu opinión sobre el simbolismo. Estoy de acuerdo en que el arco apuntado supuso un progreso técnico, pero en lo demás creo, por el contrario, que la ojiva equilátera consagra el declive del románico y de la concepción románica del mundo, no su ideal. Me explico: por su forma, el medio punto, curvatura perfecta a imagen y semejanza de la bóveda celeste, que deja entrar poca luz del exterior, obliga

al hombre a descender al interior de sí mismo, a mostrarse humilde, a replegarse en sí mismo al igual que está replegada en sí misma la iglesia románica, para sondear sus profundidades y elevarse a continuación por encima del mundo terrestre, imperfecto por naturaleza, hacia el reino celestial, que es la única finalidad de la vida en la tierra. Al cortar el medio punto por el centro, el arco apuntado parte en dos la bóveda celeste y eleva el arco en el espacio, por encima del arco románico puro, dejando entrar la luz: es una ruptura filosófica capital, el advenimiento de la dualidad. Se parten los arcos del cielo y el mundo profano, terrestre, temporal, penetra en la iglesia y en el hombre, lo que significa un cambio radical de punto de vista. Un ejemplo histórico: ese período es también el del inicio del declive de la orden monástica que había dirigido hasta entonces el mundo occidental, la de los benedictinos. A finales del siglo XI ya no se observa la regla de san Benito al pie de la letra, las costumbres, la vida terrenal y temporal triunfan sobre el texto, y eso es lo que provoca la escisión en 1098: la marcha de la abadía benedictina de Molesmes de algunos monjes que quieren regresar a la pureza de la regla original, a la pobreza, al trabajo manual, y se van a fundar Cîteaux...

Así era como había conquistado a François. Esa noche, sus palabras también atrajeron la atención de los comensales, que estaban pendientes de sus labios. Patrick, sin embargo, no pudo evitar romper el encanto.

—Lo que dices es interesante —se vio obligado a reconocer—, pero parece que tienes nostalgia del románico puro... Además, debes admitir que explicar la historia a través de la arquitectura, por muy poético que sea, es reduccionista.

—Sería esquemático y reduccionista —repuso ella— olvidar el símbolo y la influencia de la religión. En el siglo XI, todo es símbolo, todo está cargado de sentido, pues estamos en un siglo de fe: si admitimos que el mejor criterio para juzgar el arte de este período es el de la fe, lo que hacemos es estudiar a los teólogos de la alta Edad Media, según los cuales el primer atributo de Dios es la sencillez. Para los monjes de aquella época, que trataban de acercarse a Dios, la sencillez es el objetivo de la vida espiritual: purificarse, abandonar las pasiones, las contradicciones humanas, las presiones de la

carne. ¿Y qué es el arte románico sino renuncia y sencillez? El gótico, en cambio, traduce una preocupación estética y práctica que implica que la vida espiritual ya no es el único objetivo de la existencia. Sí —añadió, pensativa—, el gótico se eleva hacia el sol, es eréctil, conquistador y masculino, mientras que el románico, con sus redondeces, parece de naturaleza femenina... El románico desciende hacia la tierra para acceder al cielo...

—Insisto en que te encuentro nostálgica —repitió Patrick—, y por si fuera poco mística. Es extraño en una arqueóloga del siglo XXI. Y dado lo que sabemos de los monjes de Cluny, no creo que sean sus fantasmas los que te hacen ver con melancolía a los benedictinos del siglo XI y su medio punto.

Al oír esto, Johanna palideció. En su cabeza sonaron como un eco sus últimas palabras: «El románico desciende hacia la tierra para acceder al cielo», y las de Patrick sobre los fantasmas. «Hay que excavar la tierra para acceder al cielo», se dijo. De repente, se levantó y salió de la habitación, dejando a Patrick satisfecho por haberla, según creía él, humillado. Sébastien sacó otro tema de conversación para aligerar el ambiente:

—Ya falta poco para Navidad. ¿Qué vais a hacer vosotros durante las fiestas?

—¡Seré idiota! —se decía en voz alta mientras subía la escalera que llevaba a la abadía con el enorme manojó de llaves en la mano—. ¡Lo sabía todo, todo estaba en mí, y no he entendido nada hasta que ese pedante me ha puesto sobre la pista! Es evidente que el monje decapitado vivió, me ha dado todas las indicaciones: la Virgen Soterraña, iglesia carolingia construida en el siglo X, y «hay que excavar la tierra para acceder al cielo»: la vida en la tierra solo existe para acceder al cielo, hay que descender al interior de uno mismo para acceder al cielo. Siglos X-XI, tal vez principios del XII, en cualquier caso período románico, casualmente mi período favorito. Lo ha hecho adrede, o yo lo he hecho adrede... En los manuscritos de esa época es donde debo ahondar, en los manuscritos de la época románica, y él tiene que ayudarme. ¿Por qué no ha vuelto desde que estoy aquí?

Mientras mantenía este soliloquio, mirándose los zapatos, no vio a un individuo que hacía el camino en sentido inverso, perdido también en sus pensamientos y mirando el cielo estrellado. Se dieron de bruces.

—Lo siento, no lo había visto, iba distraída.

—Creo que yo me encontraba en el mismo estado. ¿Le he hecho daño?

—No, no. Perdome, tengo prisa.

—Si quiere visitar la abadía, lo tiene mal. En invierno cierran muy pronto.

—A mí eso me da igual, tengo la llave —dijo ella, exhibiendo el llavero igual que un crío agita un sonajero.

—¿Es una nueva guía-conferenciante? No la conozco.

Johanna se tomó la molestia de examinar al tipo: alto, una pizca más delgado de la cuenta, en torno a los cuarenta, cabellos negros cuyos espesos bucles formaban una aureola alrededor del cráneo, ojos aparentemente verdes, aunque estaba demasiado oscuro para poder estar segura, cejas bien perfiladas, piel aceitunada, labios pálidos que esbozaban una tímida sonrisa, un magnífico abrigo de tweed; en resumen, guapo y bien plantado. La joven echó un vistazo a su eterno anorak embadurnado de barro y se dignó responderle, esforzándose en adoptar un tono de mujer fatal y mirándolo directamente a los ojos.

—Yo tampoco lo conozco a usted.

—¡Perdón! Simón Le Meur —dijo el hombre, tendiéndole la mano tras extraerla de un guante de piel—. Soy anticuario en Saint-Malo y vengo aquí hacia finales de otoño. He llegado esta mañana.

—Yo llegué hace un mes —contestó ella estrechándole la mano— y dirijo unas excavaciones arqueológicas en la abadía.

—¿Es usted quien reemplaza a Calfon?

Johanna lo observó con sorpresa y recelo.

—¡Caramba, está muy bien informado!

—Olvida, seguramente a causa de los turistas, que el Monte es un pueblo —le explicó Le Meur—. En honor a la verdad, no me alojo en el hotel, sino que tengo una casa aquí, y eso lo cambia todo. Soy un verdadero residente, voto aquí, conozco mucho al alcalde, a los habitantes, a las personalidades locales... y me gusta enterarme de todo lo que pasa en este peñasco. Aunque, en realidad, al final resulta que no me entero de nada, porque no sé cómo se llama.

—Johanna.

—Mucho gusto, Johanna, es un nombre muy bonito. Oiga, ¿y si fuéramos a seguir conversando a un lugar más caldeado? ¡Aquí sopla a base de bien!

—Me encantaría, pero tengo que ir a comprobar una cosa a la zona de las excavaciones —mintió—. Tendremos que dejarlo para otra ocasión.

—Señorita, debe de haber observado que en invierno, y en especial en las noches de invierno, el Monte está bastante desierto. Esa es precisamente la razón de mi presencia aquí, es cierto, pero, por otro lado, las ocasiones de hablar con una chica tan encantadora que te plantifica un manojito de llaves delante de las narices son rarísimas. A mí es la primera vez que me pasa, y me gustaría celebrarlo con usted, amistosamente, por supuesto. No se preocupe, no tendré el mal gusto de intentar llevarla a mi casa. Iríamos a un lugar público, bien iluminado, así podría verle los ojos mejor que aquí, y tomaríamos tranquilamente una copa o, si lo prefiere, una infusión... Después la dejaré libre y podrá continuar su visita nocturna, y privada, a la abadía.

Johanna sonrió. Su mente estaba demasiado poseída por un hombre para dejarse distraer por las bromas galantes de otro, así que pensó que no corría ningún riesgo aceptando la invitación. Además, quién sabe, quizá un autóctono, no residente fijo pero al parecer muy al tanto de los asuntos del Monte, podría decirle algo que la pusiera sobre la pista del monje decapitado.

—Prefiero una copa de calvados, y creo que es usted un embaucador, pero me hace gracia... ¡Vamos!

Bajaron por la calle principal, azotada por el viento, y tomaron asiento en uno de los escasos bares-restaurantes que no había cerrado sus puertas durante la temporada baja. Al sentarse en el establecimiento inundado de luz amarilla, Johanna se guardó en el bolsillo el impresionante manojito de llaves, que hasta el momento no le había abierto nada.

—Parece muy pensativa —le dijo Simón Le Meur—. ¿Es mi compañía la que le produce ya semejante efecto?

—No, no, en absoluto, no se preocupe.

—Debe de estar preocupada por el trabajo. Cuénteme, las excavaciones arqueológicas me apasionan. Normal en un anticuario, dirá usted, cuando es

sabido que los primeros arqueólogos de la historia, en el Renacimiento, se llamaban anticuarios.

Johanna lo miró atentamente. Tenía los ojos verdes, en efecto, de un sorprendente verde claro con un círculo verde esmeralda. A ambos lados del rostro, unas patillas bien recortadas empezaban a grisear y algunas líneas blancas destacaban sobre el negro profundo de la cabellera rizada. Era realmente un hombre atractivo, pero demasiado seguro de sí mismo y, sobre todo, demasiado curioso.

—¿En qué está especializado? —preguntó sin transición—. ¿En qué época?

—Me dedico a los objetos marinos, querida señorita: sextantes, catalejos y otros instrumentos de navegación, mobiliario de barco, libros de a bordo, mascarones de proa e incluso algunas prendas y banderas. De todas las épocas, aunque tengo sobre todo del XIX y principios del XX, y a veces valiosas rarezas del XVII o del XVIII. Trabajo en verano y en otoño; después cierro la tienda y emigro aquí. ¿Y usted? ¿En qué período está especializada?

—En la Edad Media, sobre todo el período románico.

—La comprendo perfectamente, es una época fascinante. La edad dorada del monaquismo benedictino, la construcción de la gran abadía de Mont-Saint-Michel..., el medio punto, el reino de los ángeles, la búsqueda de la perfección del alma para que se eleve camino del cielo.

Ella permaneció callada, pero lo observó con interés. Les sirvieron las copas de calvados.

—Bien —dijo él levantando la suya—, por su futuro descubrimiento de la tumba de Judith de Bretaña, y enhorabuena por el fragmento de arco apuntado.

—Por usted... ¿También sabe eso? Me deja pasmada.

—Para que no me tome por un brujo que le lee el pensamiento —añadió en voz más baja—, le diré que, cuando hemos tropezado en la escalera, venía de cenar en casa de Christian Brard y lo había mencionado entre plato y plato. Se mostraba escéptico sobre el origen del fragmento de piedra; él diría que es un vestigio de las construcciones del abad Roberto de Thorigny.

Johanna sonrió interiormente por su pequeña victoria sobre su ayudante:

el administrador de Monumentos Históricos compartía su opinión.

—¿Brard es amigo suyo? —preguntó en un tono más afable.

—No diría yo tanto... Es más bien un cliente. Esta noche le he vendido un magnífico diario de a bordo de una fragata inglesa de finales del XVIII, una pieza de museo. Es un apasionado de los manuscritos antiguos.

—Ah, no lo sabía. Nuestras relaciones son estrictamente profesionales.

—Ya me figuro que sensuales no lo son, porque Brard es homosexual.

Johanna apenas pudo contener la risa ante la falta de discreción de Simón. ¡Ese hombre era la gaceta del Monte! Iría con cuidado para no contarle nada sobre ella, aunque ese encuentro podía ser providencial si estaba igual de informado acerca del pasado de la montaña. Había que hacerle hablar sin revelarle nada. Pidió otros dos calvados.

—No me malinterprete —añadió él, sonrojándose—. Si me he permitido decírselo es porque Brard no se esconde. No soy un cotilla, ni tampoco un grosero.

—No, claro —dijo ella en un tono tranquilizador—. Simplemente está al corriente de todo lo que pasa aquí, y eso me interesa mucho. Todo lo relacionado de cerca o de lejos con el Monte me fascina. Como les ha sucedido a tantos otros, me he enamorado de esta montaña.

—Y estoy seguro de que es un amor recíproco —contestó Simón con un brillo sombrío en la mirada.

En ese momento fue ella quien se sonrojó. Ese personaje la intrigaba. Parecía superficial, burlón y entrometido, y un instante después misterioso, profundo y huidizo.

—¿Qué más sabe sobre Brard? —preguntó demasiado bruscamente Johanna.

—¡Esto es un interrogatorio en toda regla! —se rebeló él.

No obstante, después de la tercera copa acabó por contarle que el administrador de Monumentos Históricos era francmasón, aunque Simón ignoraba a qué logia pertenecía. Como todos los masones, Brard profesaba un amor incondicional por los lugares espirituales y místicos, en especial los del Monte. Detestaba a la docena de monjes y monjas de las hermandades de Jerusalén que se había instalado en la abadía en 2001, tras largas

negociaciones con el Estado, propietario del lugar. ¡Si por lo menos hubieran sido benedictinos! Pero los monjes negros, que habían reaparecido en el Monte en 1966, con motivo del milenario monástico, no eran lo suficientemente numerosos para hacerse cargo de una abadía tan grande y tan llena de turistas; su vocación contemplativa, retirados del mundo terrenal, se llevaba mal con esas bandadas de gente en pantalones cortos que invadían las criptas en mitad del oficio. Así pues, los benedictinos habían renunciado definitivamente a su montaña. Nacidas a finales del siglo XX, las hermandades de Jerusalén, compuestas por hombres y mujeres cuya vocación era llevar una vida monástica sin apartarse del mundo, celebraban ahora la liturgia en la iglesia abacial y vivían en una parte de la abadía que no se visitaba. Uno de los triunfos de los que alardeaba el administrador era haber conseguido impedir que se cerraran las puertas de la iglesia a los turistas durante la misa mayor de las doce, cosa que exasperaba a los oficiantes y a sus fieles. En resumen, Brard hacía cuanto estaba en su mano para echar a esos religiosos «modernos» de las tierras sagradas de lo que él consideraba sus dominios. Simón incluso lo llamaba «el abad». En privado, el administrador decía que, puesto que los monjes negros —los únicos que tenían derechos históricos sobre el Monte— habían abandonado voluntariamente su santuario, este debía abrirse a los ritos laicos —los de la francmasonería— que entroncaban con la pureza simbólica y la belleza mística del lugar. El Monte había sido salvado de la destrucción por los laicos, en concreto por la III República, el Estado republicano era el que se ocupaba de su mantenimiento, lo restauraba constantemente, gastaba sumas considerables para conocer y hacer conocer su pasado, luego el Monte debía ser un templo laico.

Johanna escuchaba las anécdotas que le contaba el anticuario sin tomar partido, como un policía escucha a un informador, aunque comprendía la nostalgia de Christian Brard respecto a los benedictinos y estaba encantada de enterarse de tantas cosas que, llegado el caso, quizá podrían servirle. Estaba pensando en despedirse cuando vio a Guillaume Kelenn, que bajaba del comedor situado en la primera planta acompañado de una chica. El hombre sonrió a Johanna y empezó a acercarse a ella, pero al ver a Simón se alejó

rápidamente con semblante serio.

—¡Vaya, parece que Guillaume no es uno de sus clientes! —le comentó a Simón.

—Ese mamarracho que se llama bretón no distinguiría una brújula de un termómetro.

—Es posible —contestó ella, riendo—, pero también sabe montones de cosas sobre el Monte..., cosas menos actuales, pero mágicas, que no habría encontrado en la biblioteca de Avranches.

—¿Qué le ha contado?

—Me ha hablado de la Virgen Soterraña —respondió Johanna, provocándolo con la mirada—, de las fuerzas sanadoras subterráneas, del santuario celta destruido, del cráneo de Auberto, que al parecer no es el cráneo de Auberto sino de un celta trepanado...

—¡Sigue con sus historias novelescas! —la cortó—. Ese querubín confunde el celtismo con un grupo de rock.

—Veo que se pone muy vehemente...

Simón se calmó en el acto y cogió los dedos de Johanna entre los suyos. Ella no se atrevió a apartar la mano.

—Verá, Johanna, yo soy, como indica mi apellido, de padre bretón, en concreto de Saint-Malo, y como no lo indica, de madre española, otro pueblo de navegantes, de pasado inmensamente rico..., y debo decir que esa escenificación contemporánea de nuestros mitos ancestrales, cargada de esoterismo, me irrita profundamente. Reinventamos el presente, el pasado y el futuro en función de lo que nos conviene, nos creamos nuevas supersticiones... La vida de nuestros antepasados debe ser una leyenda, cuando en realidad era una lucha trivial contra la necesidad y no tenía nada de poética. De repente, tu propia vida se convierte en un cuento fabuloso y te tomas por un semidiós, pero eso es una usurpación. Los cuentos solo existen en los libros. Ese Kelenn es un romántico empedernido y defiende una supuesta identidad celta que lo desafía a que me explique en qué consiste. Mañana nos anunciará que desciende de Merlín el Encantador y habrá que creerlo.

—No, simplemente habrá que considerarlo ridículo, cosa a la que en mi

opinión debe de estar acostumbrado. Sueña despierto, y si reinventa su pasado seguramente es porque encuentra el presente insulso e inconsistente.

—Tiene razón —concluyó él, retirando la mano—. Usted, en cambio, tiene la cabeza sobre los hombros.

Esa observación hizo que Johanna se sintiera incómoda. Miró discretamente su reloj: las doce y media. No era demasiado tarde para su monje sin cabeza. Simón sorprendió su mirada al reloj.

—¿Va a subir a la abadía a estas horas? —preguntó—. ¿No tiene miedo?

—¿Miedo de qué?

—No sé. De las piedras antiguas, del alma del lugar, de las viejas historias, quizá de los fantasmas...

—Creía que los cuentos y las leyendas solo existían en los libros —repuso ella, irónica.

Simón pagó las consumiciones y salieron a la Grande-Rue. Una fina llovizna, penetrante y fría, empapaba la atmósfera barrida por el estruendo de las olas durante la marea alta. Johanna notó el efecto del alcohol en la cabeza y en las piernas. Le propuso acompañarlo, pues necesitaba andar para despejarse la mente. Simón vivía junto a las murallas de la guerra de los Cien Años, a la altura de la cortina situada entre la torre Norte y la torre de la Argolla. Tomaron, pues, el camino de ronda y a continuación una empinada escalera, y costearon la peña azotada por el mar. Johanna solo tendría que seguir hasta la torre Norte y llegar al Gran Escalón que conducía a la abadía.

—Los benedictinos se habrían dejado colgar antes que entrar en la iglesia entre completas y vigiliass —dijo él con una voz de ultratumba—. Dicen que los monjes oían con frecuencia a los ángeles cantar en la iglesia por la noche, y todos los que intentaron verlos murieron al hacerse de día. Por supuesto, lo que los mató fue el sentimiento de culpa por haber transgredido un tabú y no la mano vengativa de una fuerza celeste, pero a mí me parece que dejar que lo invisible continúe siendo invisible es una idea hermosa y llena de humildad. Creo que incluso los frailes y las monjas de las hermandades de Jerusalén respetan esa prohibición: el día para los hombres y la noche para los ángeles.

—Vamos, Simón —dijo ella cogiéndolo del brazo—, no se preocupe, respetaré la tradición. No estamos haciendo las excavaciones en la iglesia, y

no soy de las que van a rezar en plena noche, ni de día tampoco, la verdad. Dígame —añadió en un tono que quería ser desenfadado—, ¿ese tabú afectaba solo a la gran iglesia construida a partir de 1023, o también a la antigua iglesia carolingia convertida en la Virgen Soterraña?

Notó que dudaba.

—No estoy seguro —confesó—, pero me parece que esa costumbre ya existía en la época de la antigua iglesia construida por los canónigos. Yo creo que en el caso de ese santuario era peor, porque allí a quien se oía gritar por la noche era a los demonios.

—No me extraña, es lógico teniendo en cuenta la visión del mundo del hombre medieval —repuso Johanna—, aunque, así y todo, lo que cuenta me hiela la sangre... ¡A no ser que lo que me está helando sea la lluvia!

—Estamos en un lugar que continúa perteneciendo a la lógica medieval —dijo él en voz baja—, donde el tiempo tiene el sabor de esa época, y eso es lo que todos venimos a buscar: una brizna de eternidad. Yo soy un cartesiano del siglo XXI que no cree ni en ángeles ni en demonios, pero, en el Monte... no sabría explicarlo..., es algo tan vivo, tan palpable... Así que respeto la época y las costumbres del lugar, diferentes de las nuestras, para no romper el encanto y dejar que la magia actúe. En resumen, Johanna, la noche pertenece a los poderes de la noche; de noche, los humanos tienen otras cosas que hacer: dormir, bailar...

Ella lo miró sonriendo: sus palabras sobre el Monte la habían emocionado. Sí, por más que lo negara, ese hombre era sensible a los cuentos de la vida, oía las leyendas que no estaban impresas en los libros y que contaban las piedras. En la Virgen Soterraña cantaba el Infierno... Posiblemente recordaría más cosas sobre esos muros, pero no esa noche... Si continuaba preguntándole acerca de la vieja iglesia, se arriesgaba a que le pareciera sospechoso tanto interés, así que consideró oportuno cambiar de tema. Pensó en Sébastien.

—Hablando de diversiones —dijo—, ¿se queda en el Monte para Fin de Año?

—¡Desde luego! Como viejo solterón, coloco un sillón gastado delante de la chimenea, escucho una sinfonía de Mahler degustando unas ostras, me

sumerjo en una botella de vino blanco y después me voy a contemplar el mar tambaleándome.

—¡Menudo programa! —dijo Johanna, riendo.

—¿Le apetece apuntarse?

—Me gusta mucho Mahler y el vino blanco, pero no creo que esté en el Monte durante las fiestas. Tengo otros planes. Pero si cambio de opinión...

—En cualquier caso, no lo dude, estaré encantado. Bien, ya hemos llegado.

La fachada de su casa era la típica de las viviendas antiguas del Monte: de granito, con ventanas de pequeños cristales, los postigos y la puerta pintados de rojo oscuro, y un viejo farol oxidado. En un nivel más bajo había un jardincillo al que se accedía por una escalera con barandilla de hierro forjado a ambos lados, donde se entrelazaban rosales y una glicina pelada. Simón le propuso tímidamente entrar, invitación que ella rechazó. Entonces, sin saber muy bien qué hacer, apuntó su número de teléfono en un papel, se lo tendió torpemente, le estrechó la mano de forma viril y entró en su casa haciéndole un ademán de despedida. Johanna se quedó sola bajo la llovizna y siguió andando, pensativa, en dirección a la abadía. ¡Qué personaje! Difícil de describir, más inclinado a divulgar los secretos de los demás que los suyos. ¿Y por qué le había hablado ella de Fin de Año? No lo conocía y no iba a sacrificar a François por él. A no ser que fuera François quien la abandonase... No era seguro que consiguiera quedar libre. El año anterior no le había anunciado su presencia en la fiesta hasta el día 31 a las siete de la tarde. Y hasta que llegó, había temido una anulación de última hora y tener que pasar la Nochevieja sola. No era la soledad lo que la asustaba, sino la Nochevieja. Siempre veía llegar con angustia esa fecha fatídica en que tenía la sensación de estar pasando un duelo mientras que todos los demás se divertían.

¡Qué lejano le parecía François ese año! Lejos estaba, desde luego, mucho más que cuando ella vivía en Cluny. Se telefoneaban con frecuencia, pero Johanna llevaba tres semanas sin ir a París y él no había podido desplazarse a Normandía. De todas formas, no estaba deseando verlo. Los fines de semana, el resto del equipo se marchaba y ella se quedaba sola con la

montaña. Los sábados y los domingos había más turistas, pero estaba tan absorta en sus sueños que no la molestaban. Había intentado ver la habitación donde había dormido de pequeña, donde había visto a su monje decapitado por primera vez, pero la casa estaba cerrada, pues solo se utilizaba en temporada alta para alojar a algunos visitantes a precios elevados. Por la otra habitación, la de la segunda aparición, no había mostrado ningún interés, pues estaba convencida de que allí no encontraría nada. Pasaba largas horas en la Virgen Soterraña, inmóvil en un banco de piedra, con la mirada clavada en los peldaños, hasta que los ojos, exhaustos, sentían también el dolor de la ausencia. Porque el resto de su cuerpo se hallaba habitado por la ausencia, atormentado por esa carencia que la invadía hasta la obsesión. El sufrimiento era el signo de su presencia difusa en toda ella salvo en sus ojos, que se obstinaban en no verlo.

Su mirada lo había buscado por todos los rincones de la abadía, en la plétora de libros sobre la historia del Monte, en los manuscritos del monasterio, pero no lo había visto en ninguna parte. Tan solo su memoria aseguraba la imagen indispensable para hacer real su existencia. Johanna sabía que si un día, o una noche, aparecía por cuarta vez, con su cortejo de difuntos y su sentencia latina, era posible que la arrastrara por el sendero de la locura. Sin embargo, eso parecía no tener importancia.

Sin aliento, acabó de subir el Gran Escalón y llegó a las torres redondas de la Fortaleza, la entrada de la abadía. Escaló los abruptos peldaños de la escalera llamada «el abismo», sacó el manojito de llaves y abrió la monumental puerta de madera. Respiraba con dificultad. Se dio cuenta de que la llovizna le había empapado el anorak y los cabellos, atados en la nuca. Pensó en la prohibición, en las creencias relatadas por Simón, y un súbito frío la invadió sin que supiera si la causa era el miedo o la lluvia. Todo estaba oscuro allá arriba, pasados los escalones del gran vestíbulo. Como todos los arqueólogos, siempre llevaba una linterna en el bolsillo. La tocó para tranquilizarse; sí, estaba allí. Christian Brard no había considerado necesario darle las llaves del transformador que aseguraba la iluminación de la abadía. De todas formas, su visita debía ser clandestina; no quería explicarle a nadie lo que iba a hacer a la Virgen Soterraña en plena noche. Subió dos peldaños

más y paseó el haz de luz sobre las oscuras piedras. Tenía las gafas empañadas por el vaho y solo distinguió una nebulosa azulada. Mientras buscaba un pañuelo para secar los cristales, notó un aliento tibio en la frente, un suspiro húmedo y silencioso, como un beso invisible, una respiración. Se puso de nuevo las gafas y escrutó a su alrededor, asustada. Nada, nadie excepto el viento. ¿El viento? Repentinamente pálida, cerró la puerta, se guardó las llaves y la linterna en el bolsillo, bajó los escalones y se alejó por un camino de ronda que bordeaba las altas murallas góticas. Al llegar a la altura del Museo de Historia, bajó rápidamente hasta su casa. Entró jadeando en el comedor, donde Florence estaba leyendo delante del fuego.

—Buenas noches —dijo Fio en voz baja—. ¡Vaya pinta!

—¿Queda calvados o coñac? No, ya he bebido bastante —dijo, frotándose la frente—. Voy a acostarme. Buenas noches, Florence.

—¡Espera! Ha llamado tu amiga Isabelle; dice que no consigue localizarte en el móvil. Y también Paul, tu antiguo director en Cluny. Lo he notado raro; no ha querido decirme nada aparte de que debes llamarlo lo antes posible, esta misma noche.

Florence observaba a Johanna, que parecía tan perdida como su antiguo director cuando había hablado por teléfono con él hacía un rato. ¡Decididamente, las responsabilidades te hacían perder la chaveta!

—Gracias, Fio. Mañana me ocuparé de eso. Ahora me voy arriba. Buenas noches.

Era la una y veinte de la madrugada, cuando entró en su habitación. El móvil, que había dejado olvidado encima de una mesita, vibraba paseándose sobre el tablero. La señal del buzón de voz. Se quitó el anorak empapado, lo dejó sobre un radiador y se obligó a poner los pies sobre el suelo. Un mensaje de Isa, que estaba preocupada por ella, como de costumbre, y le proponía pasar la Nochevieja con unos amigos, gente de la revista. Ni hablar. Luego François. Como era habitual, no sabría hasta el último momento si estaría libre para Nochevieja, pero le mandaba un beso, la echaba mucho de menos y blablablá, blablablá, blablablá. Iba a dejarla plantada el 31, lo presentía. Por último, Paul. El no acostumbraba a hacerle ese tipo de llamadas. Sus relaciones eran corteses, pero lógicamente más distantes que en Cluny. El

mensaje era lacónico: repetía lo que le había dicho a Florence, aunque Johanna percibió una emoción contenida, una urgencia extrema que permitía presagiar que algo grave había ocurrido. Preocupada, lo llamó inmediatamente.

—¡Por fin! —gritó en el otro extremo del hilo telefónico—. ¡Oye, es increíble, extraordinario, fabuloso! ¡Un descubrimiento sensacional! Dios, ahora puedo confesarlo: había dejado de creer... ¡Una tumba, Jo, una tumba! Que no cunda el pánico, no es Hugo de Semur... Es casi mejor, por lo inesperado. Fue inhumado en 1022, ¿te das cuenta? ¡En 1022! Es un señor local, monje benedictino y constructor de Cluny II, bueno, uno de los constructores, yo creo que es el que terminó la iglesia... Debieron de enterrarlo con el abad Odilón en el coro de Cluny II y probablemente luego lo trasladaron al coro de Cluny III. Se llama Pedro de Nevers. ¡Su estado de conservación es asombroso! Y eso no es todo: en el panteón hemos encontrado un manuscrito fechado en el año 1063..., una carta dirigida a nuestro Hugo de Semur en latín, que he empezado a traducir. Y es absolutamente demencial, es increíble, no vas a dar crédito a tus ojos, Johanna... Tienes que venir sin falta, quiero reservarte la sorpresa, y te juro que no vas a sentirte decepcionada. ¡Duerme unas horas, monta en el coche y ven!

Capítulo 10

Cuando se entera de la noticia, Román se queda horrorizado. Fray Roberto, el antiguo prior, comparte la consternación del constructor.

—Ha sido juzgada en Ruán por un tribunal eclesiástico presidido por Rolando de Aubigny —añade Roberto—, luego a las órdenes del duque Ricardo. Nuestros hermanos Romualdo, Martín, Antelmo y Drocus formaban parte de los jueces. Debes conservar la esperanza, hermano, es una mujer juiciosa, sabe que es inútil obstinarse. Abjurará antes que ser torturada... y se salvará.

—¿A qué suplicio la han condenado? —pregunta Román con voz opaca.

—Pues... —dice el monje bajando los ojos y palideciendo— es que le quitaron la ropa para ver si su carne llevaba el sello del diablo y, colgando del cuello, encontraron... un trozo de hueso humano procedente de un cráneo y engastado en una cruz de oro, una cruz drúidica en la que aparecen representados los cuatro elementos del cosmos.

Un horrible presentimiento se apodera del constructor. Intenta encontrar la mirada esquiva de fray Roberto, que recorre la tierra del Monte y luego escapa hacia el cielo azul.

—¿Y bien? —interviene Román, asiendo a su hermano por los hombros—. ¡Habla, Roberto, te lo ruego!

—No sé a quién se le ha ocurrido esa idea infame, Román —acaba por articular el antiguo prior—, pero la sentencia es esta: puesto que Moira exhibía los cuatro elementos, será torturada con los cuatro elementos... hasta

que reniegue de la cruz celta y de la fe de sus antepasados. La sentencia será ejecutada aquí, en la montaña santa, el primer día con el aire, el segundo con el agua, el tercero con la tierra y, si todavía no ha abjurado, el cuarto día con el fuego hasta que muera. El último día debe ser el de la gran fiesta de la Ascensión.

La Ascensión, que tiene lugar cuarenta días después de Pascua y festeja la subida de Cristo al cielo...

Román, solo en la capilla de San Martín, está arrodillado delante de las tumbas, anonadado por lo que acaba de escuchar y por el peso del tiempo que acaba de transcurrir, durante el que ha asistido, impotente, al fin de un mundo. La alegría del inicio de la construcción de la gran iglesia abacial, que hasta entonces llenaba toda su alma, ha desaparecido bajo el sufrimiento causado por la detención de Moira, bajo el sentimiento de rebeldía provocado por la traición de Almodius, que ha entregado a la joven celta al obispo y al príncipe, y bajo la conmoción producida por la muerte del abad. Como solo un religioso del mismo rango puede prestar la asistencia mortuoria al fallecido, el abad de Redon fue a lavar el cuerpo de Hildeberto en la enfermería de Osmundo, sobre la piedra de los difuntos. Juntaron sus manos bajo la cogulla, cosieron esta y bajaron la capucha hacia su rostro, antes de incensar su sayal negro, que se convirtió en su sudario, y de rociarlo con agua bendita. El abad de Redon y fray Osmundo lo transportaron al santuario de los difuntos: la capilla de San Martín. Tendieron el cadáver y encendieron dos candelabros: uno más arriba de su cabeza, junto a la cruz, y otro más abajo de sus pies. Luego, sus treinta hijos se colocaron en círculo alrededor de Hildeberto y lo velaron, sin dejarlo ni un momento solo y rezando a san Miguel para que lo acompañara y lo protegiera por el peligroso camino que conduce al Todopoderoso. Fray Roberto, el prior, a su regreso de Anjou inscribió la fecha de la muerte del padre en el obituario montesino, y fray Guillermo partió para transmitir la noticia del fallecimiento a todas las casas y los monasterios amigos, y recogió las condolencias y las alabanzas al difunto en un largo pergamino enrollado. No regresará, con el rollo de los muertos, hasta dentro de varios meses. Mientras sonaban las letanías, los salmos y el soplo del viento, los frailes enterraron a su padre junto a la

iglesia, en el suelo, al lado de las tumbas del abad Mainardo I y de su sobrino el abad Mainardo II. Después señalaron el emplazamiento con una cruz de piedra, para que el ataúd sea trasladado a la cripta del coro de la gran abadía cuando la capilla de las reliquias esté terminada. Ha sido el duque Ricardo quien ha ordenado que se haga así; le ha parecido legítimo que los religiosos y los fieles, cuando vayan a la cripta a venerar las reliquias de Auberto, el fundador de la montaña, puedan manifestar también su amor a Hildeberto, el fundador de la nueva iglesia abacial. Así pues, Román debe apresurarse a construir la cripta del coro y a continuación el propio coro.

Esa es su misión y su salvación en la tierra. Al igual que Hildeberto, Rolando de Aubigny y Ricardo II lo han perdonado en virtud de su posición de constructor. La equidad y la probidad habrían exigido que también hubiera sido acusado y condenado en el proceso de Moira, por complicidad con una hereje, pero su nombre ha sido deliberadamente silenciado. El tribunal del monasterio, el capítulo de culpas, incluso lo ha dispensado de penitencia corporal, habida cuenta de su frágil estado de salud, y solo le ha impuesto una leve pena espiritual consistente en oraciones suplementarias. En consecuencia, cada vez que Román reza, piensa en la justicia del cielo, que inexorablemente llegará y será terrible. Después de haber perdido a su padre de sangre y a Pedro de Nevers, se ha quedado huérfano de nuevo, pero esta vez no ha podido exteriorizar su dolor. Por lo demás, nadie ha podido hacerlo en el Monte, pues nada más inhumar a Hildeberto ha empezado la lucha por el poder. Tal como estipula la carta otorgada por Ricardo I a los benedictinos en el año 966, son los monjes quienes eligen al abad dentro de su seno. Con frecuencia, su elección recae sobre el prior, en este caso, fray Roberto, originario de Saint-Brieuc y emparentado con el duque Alain III de Bretaña, adversario del duque de Normandía. Roberto ha sido formado por Hildeberto y permanece fiel al hombre que ha reinado catorce años en la peña. Pero el hijo de Ricardo I se siente menos vinculado a los principios dictados por su padre: Ricardo II y su consejo de obispos designaron como padre abad a Thierry de Jumiéges, sobrino del duque y chantre de la abadía epónima. La comunidad montesina, indignada por semejante nepotismo, eligió a Roberto. Entonces el duque amenazó con dejar de financiar las obras de construcción

de la abadía. El propio Roberto pidió a los monjes que eligieran al protegido de Ricardo, pues la construcción de la casa del Ángel era su deber divino, ordenado por san Miguel y por Hildeberto, y esa tarea debía estar por encima de las discrepancias temporales relativas a su gobierno. Fue preciso plegarse a la voluntad suprema, que les enviaba un padre normando, y alegrarse del parentesco de este con su soberano, garantía de apoyo del duque a la construcción de su gran iglesia abacial. Los frailes se inclinaron y Ricardo entregó el báculo pastoral a Thierry de Jumiéges. Roberto renunció a su cargo de prior antes de ser depuesto por el nuevo abad, que impuso a Almodius para desempeñar esta función.

Los monjes ratificaron esa decisión, persuadidos de que el maestro del *scriptorium* sabría erigirse en garante de la integridad de la abadía frente al abad Thierry. La querrela de las investiduras estaba zanjada, las obras continuaban, podían reanudar el curso de su existencia de oración. Todos los hermanos pensaban eso, todos salvo Román, que solo pensaba en Moira, cuya suerte desconocía.

Ese día, fray Roberto acaba de contarle cuál ha sido, y sus palabras destruyen el entendimiento de Román respecto a las cosas terrenales. La mirada del constructor vaga sobre la sepultura de la princesa Judith. La verdadera justicia no es de este mundo, pero ¿es posible que el universo de los hombres sea tan vil e ignominioso? ¿Va a perder para siempre a Moira en el momento en que ha descubierto la realidad de su amor por ella y la necesidad vital de su presencia? Su ausencia le resulta insoportable; mira las paredes y el altar de la capilla de San Martín. Sus ojos distinguen las aulagas amarillas que trajo ella, recuerda a la joven sentada en el banco de piedra, escuchándole contar la Biblia... Está ahí, con su largo vestido teñido de otoño, los cabellos recogidos en trenzas encendidas, los labios entreabiertos, está inclinada hacia él y ríe. El se inclina también para aspirar su aliento, que tiene el sabor azul de las nubes... El rostro de Moira se deforma de dolor y la joven desaparece. Román, solo con su recuerdo, tiene el corazón y el cuerpo vacíos. Las piedras grises de la capilla son el espejo de su impotencia. Moira regresará muy pronto a la montaña de Román para sufrir en su carne el martirio de su memoria demasiado viva, y él no podrá hacer nada. Solo verla

desde lejos, sometida a sus verdugos con pieles de armiño, rezar al cielo, que no ha atendido sus súplicas, y comunicarse espiritualmente con ella para que preste oídos a las heridas de su cuerpo, de esa época que la rechaza, y que abjure de una vez, que abjure. Ese es el precio que hay que pagar para que se desvanezca la ausencia.

Moira emprende el mismo camino que los monjes con la cruz el viernes santo y que los portadores de piedra todos los días, por la ladera norte de la peña. La tercera mañana antes de la fiesta de la Ascensión, con la marea baja, una carreta sube lentamente la montaña, donde resuenan las voces de una multitud acudida en masa para presenciar el espectáculo anunciado por los pregoneros hasta los confines de la Bretaña enemiga.

Está de pie en la carreta, atada de pies y manos, vestida con una túnica sucia del color del granito. Su mirada verde está perdida en la lejanía, velada por mechones de su larga cabellera enmarañada. Sus ojos parecen buscar el mar evadido. A su espalda se alza la isla de Tombelaine. A ambos lados de la calle de tierra bordeada de huertos y vergeles, los lugareños han salido de albergues y casas para incrementar el río humano que sube con ella, cubriéndola de odio, de insultos y de escupitajos. Algunos permanecen callados, como su hermano Brewen, maese Roger y su familia, los monjes de la abadía, el pequeño Andelmo, el viejo Heroldo y pacientes a los que ha curado. Otros, por el contrario, atenzados por el terror de haber sido salvados por el Diablo, gritan más fuerte. Ella busca en vano a Román entre la muchedumbre atronadora. Los caballos se detienen en la plaza, entre el cementerio de los lugareños y la pequeña iglesia parroquial consagrada a san Pedro.

Cuatro hombres, rodeados de soldados armados, la esperan: Enguerrando de Eglantier, el representante del duque Ricardo, Rolando de Aubigny, obispo de Avranches, el padre abad Thierry y fray Almodius, el prior. Al ver a este último, las facciones de Moira se crispan. La muchacha levanta la cabeza hacia la abadía, en la cima. Primero distingue la celda de madera del padre abad y los edificios conventuales, luego los muros de la capilla de San Martín, que se pierden en una bruma desacostumbrada a finales de mayo. El cielo está plomizo como un cielo invernal y ensombrece por contraste el color

de las piedras del edificio, cuya base negra destaca entre los vapores. Recuerda el interior de la capilla, las sepulturas bretonas, e imagina, junto a la tumba de Judith, en un banco, una silueta querida.

—Moira, hija de Nolwen y de Killian, habitante del bosque de Beauvoir, feudo de la abadía del Mont-Saint-Michel —pronuncia en voz alta y con firmeza el obispo, tras haber levantado la mano para imponer silencio—, habiendo sido descubierta celebrando ritos paganos, confesaste tu crimen, pero te negaste a renegar de tus creencias impías. Juzgada en Ruán, el día de San Pacomio de este año de gracia de 1023, fuiste declarada culpable del pecado mortal de herejía y condenada a sufrir el suplicio, en este lugar santo, hasta abjurar de tu fe demoníaca. Antes de que comience el primer castigo, voy a hacerte, pues, la pregunta: ¿accedes a abjurar de la falsa religión de tus ancestros para abrazar públicamente la única fe verdadera?

El semblante de Moira está tan blanco como la neblina que envuelve la capilla de San Martín. Sus pecas se funden con su piel transparente. En un silencio amenazador, la joven mira fijamente la cruz labrada que cuelga del pecho del abad Thierry. El público saborea los momentos que preceden al espectacular placer.

—Bien —dice el obispo—, puesto que persistes en el error, te entrego al conde Enguerrando de Eglantier, mandatario de nuestro soberano Ricardo el Bueno, para que ejecute la sentencia de Dios. En todo momento puedes interrumpir el castigo y adherirte al Todopoderoso.

Las últimas palabras del prelado son ahogadas por el griterío de la concurrencia. Un soldado coge las riendas del caballo que tira de la carreta, otros se colocan alrededor, y el cortejo toma de nuevo el sendero que conduce a la cima de la montaña, precedido por los cuatro dignatarios y seguido por la multitud. El cielo deshilachado se acerca poco a poco, al ritmo lento y caótico de la carreta, que se dirige hacia el este. La comitiva se detiene delante de un extraño escenario: al final de la peña, bajo la pendiente inclinada, un suelo llano y unos muros con arcadas parecen agarrados al Monte gracias a artilugios de madera con patas de insecto. Como no hay nadie trabajando, podría creerse que la montaña ha alumbrado, en una insólita excrecencia, un santuario de granito. Bajo la incierta bóveda que forma la

bruma, unas cimbras de madera están parcialmente cubiertas por dovelas de piedra, transportadas por grandes escalas vacías. La mirada de Moira, repentinamente llena de esperanza, escruta el fondo negro de la inacabada cripta del coro; adivina la presencia de columnas, pero no ve a ningún hombre, ningún sayal. Un soldado la desata y le indica por señas que baje. El clamor del populacho la ensordece. Esta vez es a su hermano a quien busca con los ojos. No tarda en cruzarse con la mirada de Brewen, cuya cabeza, dada la impresionante estatura del muchacho de trece años, sobresale entre la multitud. Brewen no llora, es alto y sólido como un pilar de piedra. La empujan hacia delante. Entonces ve una jaula de hierro en el suelo. No es una jaula de pájaros, sino más bien de esas que utilizan los exhibidores de animales feroces en las ferias y las fiestas de los pueblos. Inmediatamente comprende y entra de rodillas en su nueva prisión. Aunque Moira no es tan alta como Brewen, ni siquiera sentada puede permanecer erguida dentro de la jaula metálica: debe mantener el tronco y la cabeza inclinados hacia el suelo. Enguerrando de Eglantier cierra con llave la pequeña puerta de barrotes y se vuelve hacia sus guerreros.

Uno de ellos amarra la jaula a una larga viga de la obra de Román, mientras que los otros la hacen deslizarse horizontalmente hacia el abismo. En un extremo de la estructura, la jaula de hierro oscila en el aire. Entonces, los soldados estabilizan el otro extremo con enormes bloques de granito, ayudados por jornaleros de la obra. Suspendida en el cielo, doblada por la mitad, Moira siente náuseas. La gente grita. Algunos se precipitan hacia el limo para ver a la torturada desde abajo, expuesta al viento y a su cólera, que no tardará en hacer aparición, junto con la marea. Moira intenta moverse, pero cada movimiento transforma la jaula en una balanza descontrolada que oscila de derecha a izquierda, con un chirrido de metal oxidado. La posición en la que se encuentra la condena a mirar la arena, cuarenta toesas más abajo, lo que incrementa su vértigo. De vez en cuando, cierra los ojos para olvidar el vacío, pero las náuseas la invaden y tiene que abrirlos para no ceder a ellas. Se agarra a los barrotes. Es preciso aguantar, no flaquear ni un ápice, por el recuerdo de su pueblo y por el futuro de su amor por Román. Piensa en la carta quemada, la bella carta de Román... ¿Cree de verdad en el desenlace

que le prometió si abjura? Su amor no es de este mundo, la paz no es de este mundo. En la tierra, están condenados al secreto, a la huida, a la negación de sí mismos, a la traición. Sí, su decisión es correcta: entre el cielo y la tierra, ha escogido el cielo. Ese cielo que es ahora su calvario, su sufrimiento, será mañana la liberación, la libertad de su amor y su eternidad. A costa de un terrible esfuerzo, Moira pega el cuerpo a las piernas y hace girar el torso: en el balanceo odioso de su prisión, logra apartar los ojos de la arena y contemplar un fragmento de éter blanco, leve y lechoso como el beso de un ángel. A los gritos de los hombres suceden los de las gaviotas y los patos. A lo largo del día, el aire ligero se carga de peligros, mientras que la carne de Moira, presa de agujetas, de calambres, de la soledad, del hambre y, sobre todo, de la sed, se transforma en dolor continuo. Solo su mente lucha, ensamblada a la de Román, al igual que sus manos enrojecidas permanecen selladas a las barras de hierro de la conejera. El mar se acerca, insidiosamente primero, en lenguas plateadas que se deslizan por ciénagas vivas, luego despliega su fuerza brutal: surgidas de la nada, o bien del corazón del Infierno, las olas devoran la tierra en un hábil desorden, antes de unirse las unas a las otras en un impulso prodigioso.

Desde lo alto, el cuadro sería magnífico si el agua no tuviera por compañero al terrorífico aquilón, el viento procedente del norte, que congela y desestabiliza con una demoníaca constancia la pobre jaula. En sus brazos, Moira es zarandeada como una insignificante pluma, polvo obligado a soportar la ira del señor de los vientos. Un pavor emético invade su cabeza y su cuerpo. Con los ojos desorbitados, encorvada, jadeando, transida, susurra una plegaria ante los aires furiosos.

—¡Ogmios! ¡San Miguel! —murmura entre convulsiones, con la voz quebrada—. Alma de esta montaña, que venciste a los abismos del Mal, te lo ruego, llévame lejos de estos cielos... ¡Libérame de las cadenas que me atan a esta roca! Te lo suplico, ahórrale a Román la prueba de mis suplicios y la de la vana esperanza... Espíritu poderoso, que siempre has velado por mi vida, ocúpate de mi muerte... Mi existencia ya no es sino una cárcel impura y seguirá siéndolo aunque abjure. Tú, que lo sabes todo, lo sabes... No quiero renegar de la tierra, de modo que solo me queda el cielo. Pídele al viento que

estrelle esta jaula contra las rocas... ¡Desgarra este cuerpo que abandono por propia voluntad y atrapa mi alma para conducirla fuera del tiempo, a otro cuerpo, a otro mundo donde pueda amar a Román!, Moira no puede reprimir el llanto, pero no llora por su suerte, ni por el dolor que le muele los huesos. Sus lágrimas son lágrimas de esperanza. El aquilón sopla más fuerte con la llegada de la noche y de la lluvia, y Moira se alegra, pues el zarandeado balancín parece anunciarle su muerte sobre las piedras del Monte. El viento le habla a través de su vehemencia, pero se niega a matarla. Tal vez la noche se digne satisfacerla. La bruma de la iglesia desciende hacia ella, la envuelve en un sudario húmedo, un cuervo la roza con las alas. Después la asaltan las tinieblas.

—Moira, te hago de nuevo la pregunta: ¿accedes a abjurar de la falsa religión de tus ancestros para abrazar públicamente la única fe verdadera?

Antevíspera de la Ascensión. Al amanecer, los soldados han llevado la jaula a tierra firme. Moira estaba desvanecida, empapada de lluvia, pero viva. El enviado de Ricardo ha ordenado sacarla del calabozo y atarla a la viga, en el suelo, en espera de que vuelva en sí. Su cuerpo estaba tumefacto, sus manos, pegadas a los barrotes, tenían un color púrpura, igual que su rostro. Entre crujidos de huesos, la han extraído y la han atado de nuevo.

El pueblo ha esperado, con la mente oscurecida por los ágapes que se prolongaron hasta muy entrada la noche, pero satisfecho de que la bruja siga con vida, a fin de asistir al segundo suplicio y a otro día de fiesta. A la hora en que los obreros rompen habitualmente el ayuno de la noche, sentados junto a sus herramientas, los lugareños y los numerosos visitantes hacen lo mismo instalados en el suelo, cerca de la hereje, todavía inconsciente. El abad Thierry ha hecho poner una mesa al aire libre para sus invitados de excepción: el obispo y el emisario del príncipe. Mientras él celebra el oficio de prima, Moira abre los ojos. Rolando de Aubigny y Enguerrando de Eglantier están sentados ante unas ostras de Cancale, un pastel de esturión, unos cisnes asados, unos quesos del monasterio y unas jarras del vino enviado por Odilón a Hildeberto. Indiferente a las cadenas, la joven trata de abalanzarse hacia el festín profiriendo un grito ronco.

—¡Muy bien! —exclama el obispó al verla caer al suelo—.

Empezábamos a impacientarnos, Moira. Debes de tener hambre, y sed... Solo depende de ti compartir nuestra comida. No tienes más que decir una palabra, y podrás devorar todo esto...

En vista de que la joven permanece en silencio, Rolando de Aubigny se levanta, y los demás también. Dos soldados desatan a la joven y la mantienen en pie. Entonces el prelado levanta la mano para hacer callar a la muchedumbre, avanza y formula la solemne pregunta. Ella tiene ganas de escupirle a la cara, pero el obispo está demasiado lejos y su boca más seca que un viejo pergamino. Agua..., daría mucho por conseguir un poco de agua..., pero no cambiará la memoria de los suyos por unos sorbos. Ese dolor en las costillas y en las piernas... ¿Por qué se ha negado el aquilón a estrellarla contra los arrecifes? ¿Por qué la noche no se la ha llevado y la ha hecho caer en ese sueño profundo que ha aniquilado su resolución de morir? Ahora que ha recobrado la lucidez, reanuda su combate silencioso contra sus verdugos. Mira al prelado con repugnancia. Él está de pie, ella está en el suelo, pero esa tierra es la suya y ella le insufla su poder. El viento le ofrece el eco de los salmos que cantan los monjes en la iglesia, entre ellos Román, y el cántico le infunde valor. Mira la mesa del banquete matinal y vuelve la cabeza con arrogancia. Esa provocación desencadena la ira de Rolando de Aubigny.

—¡Como quieras! —vocifera—. ¡Puesto que nuestro vino no te parece bastante bueno, te ofrezco un brebaje que saciará tu sed, y por mucho tiempo!

El conde hace un gesto y los soldados arrastran a Moira por el camino del pueblo. El sol, que ha salido hace apenas dos horas, parece querer asistir al espectáculo: bajo una bóveda de transparencia acuática, tiende sus rayos hacia el Monte, seca el fango pegajoso del sendero, ilumina la bahía de azul y calienta los huesos agarrotados de Moira. La joven casi no puede caminar y los guardias tiran de ella por los brazos. Con la cabeza gacha, confía en que el suplicio sea rápido, atroz y definitivo, pues desea ardientemente acabar de una vez. Sabe que no volverá a ver a Román, al menos en este mundo, luego ¿para qué resistir? El único temor que aún concebía en relación con él se desvaneció durante el proceso: en ningún momento se pronunció el nombre del constructor. Así pues, Román está libre, vivo, y guardará su secreto.

Construirá su Jerusalén y morirá de viejo, en paz consigo mismo y con Dios. Tal vez entonces, si el alma de Moira sigue en el otro mundo, él la reconozca y se amen indefinidamente, en el reino de los difuntos o en la tierra, en otro cuerpo.

El cortejo llega a la base de la montaña lamida por el mar, que ya ha iniciado la huida. Pontones para el transporte de granito, ahora vacíos, y barcas de pescadores amarradas en la orilla chapalean sobre las olas moribundas. Enfrente, la isla de Tombelaine mira alejarse la onda tan rápidamente como ha nacido. Moira sueña que su vida es una ola. Han erigido un poste en la bahía, junto a la fuente de Auberto, y allí la atan como si fuese un mascarón de proa. Moira piensa que su último recuerdo de Román es su espalda oscura estremecida por los sollozos en la celda de Hildeberto, el bondadoso anciano de mirada semejante al mar, fallecido la mañana que debía recoger su abjuración en Beauvoir. Una sonrisa nostálgica distiende sus facciones, su mirada se extravía en el infinito. Perdida en pensamientos confusos por la falta de alimento, ajena a los clamores de la multitud, Moira parece no darse cuenta de que ahora es prisionera del agua y de que esa noche la marea subirá. En ese instante aparece lo que ella cree que es un gran ángel negro y barbudo, con un pellejo en la mano, acompañado de otras túnicas que flotan en el oleaje y se acercan a ella corriendo. Fray Osmundo es detenido inmediatamente por los soldados del duque.

—¡Monseñor, príncipe! —dice al obispo y al conde en un tono de súplica, tendiendo un odre—. ¡Es un poco de vino mezclado con agua! ¡Permitid que el Señor la alivie de la sed, no de sus pecados!

—El Señor la ha condenado —replica secamente el prelado— y su sentencia debe ser ejecutada tal como Él ha deseado, sin alivio de ninguna clase, hermano laico. Además —añade, señalando con ademán irónico la fuente de Auberto—, dispone de una reserva de agua pura, que podrá contemplar cuanto quiera antes de que el mar sacie su sed.

Osmundo, Drocus, Roberto y Bernardo se quedan desconcertados por la rudeza del obispo. Ante la mirada atónita de los monjes, Rolando de Aubigny intenta justificarse.

—Comprendedme, hermanos, esa mujer persiste en renegar de Nuestro

Señor, y lo hace con una insolencia que constituye un crimen suplementario hacia el Altísimo y hacia toda la comunidad de los cristianos —explica—. Arroja su desprecio de la fe a la propia cara del Arcángel, en su casa, y vosotros, sus devotos servidores, venís a aplacar su sed. Dudo de que vuestro abad os lo haya ordenado.

—Nuestro padre Thierry no lo ha exigido, en efecto —replica Roberto, el antiguo prior, dirigiendo una mirada sardónica al prelado—. Tal como decís, somos servidores del Señor; Jesucristo y la palabra de los Evangelios son, pues, los que motivan nuestra iniciativa.

—¡Pero la hereje es una desconocida para Jesús! —clama el obispo, rojo de ira—. Esa mujer perversa no está en la morada de Jesucristo y es indigna de su misericordia mientras no cruce el umbral.

—Bien —contesta Roberto, inclinándose ligeramente—. Entonces, vamos a rezar por ella... y para que Jesucristo la acoja en su morada.

—Rezad por la salvación de su alma, lo necesita —concluye el obispo.

Los monjes dan media vuelta con calma y se alejan abriéndose paso entre la multitud, que se aparta ante ellos.

—¡Román!

Fray Bernardo, el ayudante del constructor, se detiene un instante y reanuda su camino. Moira ha visto las espaldas oscuras y no ha ahogado el grito de su corazón. Aplastada contra el poste por la cuerda que ciñe su cuerpo hasta los hombros, dobla el cuello para verlos alejarse hacia la peña, en el lado opuesto del camino de las olas.

Por primera vez desde su detención, sus ojos se llenan de tristeza. El obispo se acerca y le habla en un susurro para que el conde y el populacho no lo oigan.

—Román no tiene nada que hacer contigo. Entérate de que, aunque abjures, no volverás a verlo. Jamás. Su único amor han sido siempre Dios y las piedras con las que edifica en esta montaña para la gloria de Dios. A ti te ha borrado de su memoria. Es libre y soberano de sus movimientos; habría podido venir a verte hace mucho, incluso al tribunal, y no ha querido hacerlo. Sí, lo único que cuenta para él es la construcción de la iglesia. De modo que no pienses en renegar de tus crímenes para ser de nuevo libre de reunirte con

él, porque él ya ha renegado de ti en público y tu saliva de ramera no lo tocará nunca más, ¿me oyes?, nunca más.

Las lágrimas resbalan por las mejillas de Moira. La joven cierra los ojos, se concentra y lanza un formidable escupitajo contra la frente del prelado.

—¡Que se haga la justicia divina! —grita el obispo al pueblo, limpiándose la cara—. ¡Que el océano creado por Dios ejecute su obra!

El público le responde con un estruendo ensordecedor. Enguerrando de Eglantier ordena a sus hombres que mantengan a la muchedumbre a distancia de la torturada, y las dos eminencias se retiran para asistir a la misa en la iglesia carolingia.

Moira echa de menos su jaula suspendida; por lo menos la aislaba de esa turbamulta vociferante que profiere insultos entre trago y trago de vino o de hidromiel y a la que se unen peregrinos, malabaristas, vendedores y acróbatas que llegan a pie del otro lado de Tombelaine. El día es largo como las serpientes líquidas y sinuosas que se evaporan al sol. El astro seca la túnica de Moira, mojada de lluvia nocturna, y hace insoportable la sed. El mar está muerto, pero el viento terrestre ha conservado su sal, que corroe su piel todavía más que el cáñamo de la cuerda. Es una roca que se erosiona lentamente. Ya no tiene fuerzas para mantener erguida la cabeza. Sus cabellos apelmazados caen en bultos informes sobre sus pechos y ocultan su rostro gris piedra. Su mente comienza a delirar. Imagina a Román en la iglesia, subiendo la escalera sobre los altares gemelos con unos bloques de granito en las manos y volviéndose para presentarlos a la veneración de los fieles. Después está junto a ella, que se ha transformado en piedra, y él la esculpe para metamorfosarla en pilar a fin de que sostenga la bóveda de la cripta del coro.

De pronto, un ruido la despierta: bajo el sol debilitado por la promesa de la luna, la gente deja estallar su júbilo ante la visión del agua, que se acerca en recompensa por la larga espera. Por fin las olas... El espectáculo que contempló desde arriba el día anterior hoy va a engullirla. Situada de cara al norte, oye el aquilón, que, a lo lejos, se une al oleaje naciente para traspasarla. Muy pronto, el viento se alza cual una espada, le atraviesa los oídos, le empuja la cabeza y el cuerpo hacia atrás, tensa su carne debilitada y

tantea su cuerpo con su punta afilada. El público exhorta al tímido mar, aplaude a las serpientes que crecen y se transforman en dragones, de cuya boca fluyen llamas líquidas con un rugido de ultratumba. La multitud y los soldados tienen miedo, retroceden a medida que los monstruos espumeantes se acercan. En cuanto a Moira, es un escollo árido que ansia el abrazo húmedo. El agua es su amiga, le ha hablado muy a menudo en el lago, durante las tormentas, en el mar... El agua consuela de todas las deshonras, sus abismos contienen la morada de los dioses, por ella se deslizan los barcos de cristal que conducen al otro mundo. El agua va a tomarla y a llevarla al país misterioso del origen de los hombres. Moira ruega al agua, madre de la vida, que le acaricie las mejillas, le moje los cabellos, le bese los ojos y los labios, y le inunde el corazón.

Marea baja. Raúl, el capitán del regimiento, tiene dificultades para cortar la cuerda adherida a la piel por el agua salada. Las piernas y los brazos sangran en las zonas donde ese cordón ha dejado su huella, el rostro está hinchado y amoratado a causa de la temperatura del mar, que retrocede a medida que avanza el día. Todo su ser es un prodigioso tiritar de la cabeza a los pies, un escalofrío del que Raúl no sabría decir si es muestra de vida o anuncio de muerte. Unas sílabas incomprensibles, una tos blanda y unas deyecciones líquidas escapan de sus labios azulados. Se diría que dirige vehementes reproches a su madre. Evidentemente, ha perdido la razón. Raúl y otro soldado la depositan en la carreta en presencia de los mirones. Luego, el carro reanuda su inexorable marcha hacia el pueblo, bajo la llovizna enviada por el cielo. Por todas partes han plantado tiendas para alojar a los innumerables curiosos que hacen prosperar el comercio montesino. Al lado de la plaza y de la iglesia parroquial, en el centro del cementerio de los laicos, los hombres de Raúl están terminando de cavar un hoyo. Moira ha perdido demasiado el control de sí misma para estremecerse al ver la fosa.

La lucidez parece haberla abandonado y, sostenida por Raúl, balancea la cabeza de derecha a izquierda como una loca, indiferente a la cara radiante de los maestros de ceremonias. Tan solo Almodius, junto al abad Thierry, frunce el entrecejo y, por espacio de un instante, la aflicción parece empañar su mirada azabache. Rolando de Aubigny abandona su tono irónico. Por tercera

vez, formula la pregunta ritual:

—Moira, en la víspera de la Ascensión, te hago de nuevo la pregunta: ¿accedes a abjurar de la falsa religión de tus ancestros para abrazar públicamente la única fe verdadera?

Moira clava una mirada vacía en el obispo y se echa a reír a carcajadas.

—¡He aquí la huella del Maligno! —deduce el obispo—. ¿Veis, señor conde, señor abad? ¿Oís? Se manifiesta en pleno día, los suplicios divinos le han arrancado la máscara. Ahí está: Lucifer, que viene a desafiar a san Miguel en su tierra y se burla de nosotros. ¡Demonio surgido de las entrañas del Infierno —dice, dirigiéndose a Moira—, vuelve al Infierno!

Al oír estas palabras, Raúl y su ayudante arrastran a Moira hasta el hoyo y la meten asiéndola por los brazos. El hoyo no es profundo, pero sí estrecho y oscuro. Su cuerpo inerte cae. Los cuatro dignatarios se inclinan para contemplar su obra: Moira permanece inmóvil como un cadáver, en posición fetal, con los ojos cerrados y los cabellos impregnados de sal extendidos sobre el suelo. La solapada llovizna enseguida transforma la tierra en fango, en turba viscosa que se pega al cuerpo de la joven como un amante. Un ligero impacto en una pierna la saca de su letargo. Descontento por la ausencia de espectáculo, el público le arroja piedrecillas y boñigas de caballo para despertarla. Moira recorre con los ojos extraviados su prisión de barro. La guardia del duque a duras penas puede contener a la muchedumbre. Animal salvaje enterrado, Moira decide dejar de emitir para siempre sonidos humanos, deseando que ese siempre sea de corta duración. Presa de fiebre y de alucinaciones, permanece postrada en la tumba, sentada contra una pared, sudando, mirando fijamente el muro de tierra, con las manos hundidas en el suelo blando, masajeándolo como si fuera carne viva. Cierra los ojos y respira para abstraerse del hedor del mundo. Dirige una súplica silenciosa a la tierra de sus antepasados:

«Tierra de esta montaña que has alumbrado a los dioses, a los celtas y a los ángeles... El viento y el mar luchan desde siempre para poseerte; hoy son los hombres los que se disputan tu poder... El viento y el mar no han querido separarme de ti, a quien pertenezco desde el amanecer de los astros. He revelado tu secreto a un hombre que es tuyo, aunque él lo ignora... Pero yo

sé que lo has escogido para festejar tu unión con el cielo. El no te traicionará. Es una criatura del cielo, pero su amor por ti es mucho más fuerte de lo que imagina. Te siembra con piedras bendecidas por el cielo que te harán invencible. Tierra de roca, mi tarea está cumplida: te he encarnado, le he amado y he obtenido su amor... Fue un amor celeste, a su imagen y semejanza, con la pasión y el vigor propios de ti... Hoy, el aire y el agua me han dejado con vida para que vuelva a ti. Solo tú, tierra bendita, puedes separarme de este cuerpo. ¡Te lo suplico, no dejes que el fuego me devore el alma! ¡No prives a mi alma de la vida perpetua!»

Música. Los lugareños y los peregrinos, tocados con sombreros de flores, forman un corro alrededor del hoyo cantando al son de flautines y de una viola. La Carola es alegre, se extiende por todo el cementerio, hasta la plaza, y la lluvia deja de caer. Muy pronto recogerán los frutos de la tierra, bendecidos en largas procesiones. Moira sonríe a la gleba fértil, segura de que esa noche su cuerpo la abonará.

—¡Moira! ¡Moira, despierta, te lo ruego! ¿Tú crees que...?

Osmundo le hace un gesto negativo a Román. Acerca la antorcha, pero ve que la muchacha todavía vive, oye el soplo irregular de su respiración. La noche ha caído, una noche sin luna. La oscuridad es total, cosa que conviene a Román, que ha acompañado clandestinamente a Osmundo. Este último ha recibido de Almodius el encargo de llevar vino y comida a la que morirá al día siguiente. La última comida del condenado, y en el caso de Moira la primera desde hace tres días y dos noches. Raúl ha aprovechado la visita de los monjes para llevar a su tropa a beber un cuartillo al albergue de enfrente. A unas horas de la muerte, tal vez la hereje quiera confesarse, nunca se sabe con estas criaturas. La fosa es de un negro opaco. No obstante, el halo de la antorcha distingue una silueta más clara que se mueve imperceptiblemente al fondo del agujero, como un gusano aplastado.

—¡Moira! —repite Román con voz sorda.

Ella se levanta, se apoya en el muro de tierra, se tambalea, se yergue de nuevo, y la linterna de Osmundo ilumina el horror: sus cabellos ya no tienen ni color ni bucles, su melena parece el pelaje de una rata muerta. La piel de la cara está gris, manchada de barro, abotargada; los ojos, brillantes de fiebre.

De rodillas al borde de la cavidad, Román se tapa la boca con una mano para no gritar.

—¿Eres... eres tú? —se atreve ella a preguntar.

—¡Sí, amiga mía, soy yo, Román! —responde él con dificultad.

—¡Aleja esa antorcha de mí e ilumina tu rostro! —ordena la joven.

Román se baja la capucha, que le oculta el rostro, y se traga las lágrimas, la cólera, los remordimientos y la desesperación para mostrarle la expresión de amor que ella desea ver. Moira no dice nada, pero tiende las manos hasta casi rozar las de Román, que se inclina cuanto puede.

—Moira —dice Román—, te lo suplico de rodillas, abjura en este mismo instante, abjura, hazlo por mí si no quieres hacerlo por ti.

Ella guarda silencio durante un largo momento y acaba por contestar con una voz descarnada:

—Estoy más lejos de lo que piensas, Román, hace tiempo que he superado ese dilema... Estoy encerrada bajo la tierra, pero fuera ya del mundo terrestre... Mi cuerpo se apaga, pero no sufro, pues, para que nuestro amor perviva, debo morir..., quiero morir, por amor a esta montaña y a ti... Si quieres ayudarme, reza para que parta esta noche y mi alma vaya al cielo...

—Moira, ¿qué dices? —replica Román rompiendo a llorar—. ¡La barbarie de esos felones te ha hecho perder la razón! ¡No puedes abdicar ante ellos y resignarte a dejarme! ¡No te dejaré desaparecer! ¡Abjura, amor mío, abjura ahora mismo y nos amaremos libremente! Moira..., he reflexionado, si reniegas de tu fe, yo abandonaré este hábito, el monasterio, el Monte, y nos marcharemos juntos lejos de aquí, a Bamberg. No tendremos ningún problema para vivir, pertenezco a la nobleza, viviremos del fruto de mis tierras. ¡Llama a la guardia, Moira, llámala, hay que despertar al obispo, abjura ahora y huyamos para siempre!

—Querido Román, el fruto de tu tierra es la Jerusalén celeste, y es aquí donde debe levantarse. ¿Crees que el sufrimiento físico ha corrompido mi cuerpo hasta el punto de que quiera sacrificarte por una efímera e incierta felicidad? Román, los tuyos han sido engendrados por el cielo y mi pueblo por la tierra... Somos los elegidos del espíritu que gobierna esta peña, yo

para conservar su pasado, tú para crear su futuro... Mis antepasados fueron la carne de esta roca, yo fui el mortero de tus piedras; te he transmitido el secreto de la montaña, el vínculo entre todas las épocas. Mi misión ha terminado, debo reunirme con mi pueblo difunto. Te dejo con el alma del Monte, a ti y a tus hermanos, para que erijáis su gloria perpetua.

—¿Qué dices? ¡Tu mente desvaría, no puedes dejarme solo, no puedes preferir la tortura y la muerte a vivir conmigo!

—Nos querremos un día, mi amor, pero no en esta época en que estábamos destinados a amar al Ángel de la montaña sagrada y a consagrarnos a él... Escúchame, Román, esta noche, la última de mi vida en este lugar, en este siglo, te hago una promesa —dice, tendiendo las manos hacia él—. Mi alma, sellada por tu amor, cuyo recuerdo conservará siempre, te dirige este juramento: dondequiera que estés, seas quien seas, te reconoceré. Cruzaré los ríos y los mares del universo de los vivos o de los muertos, violaré tu tumba y te llevaré conmigo al cielo, donde nos amaremos en paz hasta el fin de los mundos.

Román se queda callado. Está confundido por esa declaración que no esperaba y que lo supera. Un ruido de armas y de talabartes corona las palabras de Moira.

—¡Los soldados! —dice Osmundo a media voz.

—¡Moira, abjura, abjura! —suplica de nuevo Román en un susurro ronco.

Moira no contesta. El hermano laico coge un cesto y lo hace descender por el hoyo con una cuerda. Román se pone la capucha para cubrir su semblante descompuesto.

—¿Todavía estáis con la infiel, hermanos? —pregunta Raúl, un poco achispado—. Compartís su ágape, ¿eh? ¿Es que no os alimentan bastante en el monasterio? ¡Vamos, id al albergue, allí hay un ambiente más alegre!

Osmundo se pone en pie trabajosamente a causa de su peso, fulmina con la mirada al blasfemo y le indica por señas que completas ha sonado y que, por lo tanto, le está prohibido hablar. Empuja a Román delante de él y ambos regresan a paso rápido a la abadía.

—¡Mira, esa sigue ahí abajo más muda que una tumba, ja, ja, ja! —dice Raúl a otro centinela—. No me extraña que aquí el vino sea barato. En vista

del clima y de los temas de conversación, es lo único que hay para entrar en calor. Brrr... —se estremece al oír romper las olas contra las rocas—, no me importará volver a Ruán cuando todo esto haya terminado. Este lugar está acabando por helarme la sangre.

—Desde luego, mi capitán.

Raúl se acerca al hoyo y lo ilumina con la linterna. La condenada está de rodillas, con el rostro oculto entre las manos. El cesto de comida está a su lado, intacto.

—¿Eh, preciosa! ¿Sigues ahí? ¿Sabes que mañana te toca el asador?

Moira levanta la cabeza y lo mira de frente. En sus ojos no hay ni una pizca de inquietud, ni una pizca de tristeza; están fijos y luminosos como los de un espectro, pero impregnados de una dulzura y de una bondad asombrosas. La mirada de una santa, de una mujer tocada por la gracia de un amor inmortal. Raúl abre la boca, atónito, mientras se santigua.

—¿Queréis que haga venir a Monseñor el obispo o al señor conde? ¿Tenéis algo que decir?

Sin apartar los ojos, ella hace un signo negativo.

—Voy a rezar por vos —promete Raúl—. Y vos deberíais comer un poco, beber al menos... Creedme, si vuestro cuerpo está lleno de vino, resistirá menos al calor del fuego y os desvaneceréis antes... Bebeos la ración que os han traído y dormid, yo vendré al final de la noche a traeros más bebida para que mañana, cuando llegue el momento, la embriaguez os evite ciertos dolores.

Raúl se aleja unos pasos. Todos sus movimientos son espiados por una sombra alargada oculta detrás de un árbol del cementerio, la silueta negra de un hombre. Este no oye las palabras del capitán, sus labios están cerrados, marcados por el mismo silencio que los de su hermana y los de Román.

Destrozado por las palabras de Moira, el constructor, mientras tanto, está prosternado en la capilla de San Martín. Sus plegarias y sus lágrimas se han agotado. Al igual que Brewen, ya no posee el verbo. El verbo solo ha mostrado la impotencia de su amor. Sin embargo, Román y Brewen oyen besos fúnebres. El abrazo oscuro les susurra que el desenlace de la noche será el inicio de sus tinieblas.

Desde el amanecer, un gran fuego reproduce al resplandeciente sol en la plaza del pueblo, entre la iglesia parroquial y el cementerio. La hoguera roja crepita como una fogata en torno a la cual un alegre corro celebrará ese jueves de la Ascensión. Nada indica el suplicio; el poste fatal no está y la base de las llamas se encuentra rodeada de piedras secas dispuestas formando un cuadrado. Uno esperaría ver un buey en el suelo, a punto de ser asado y repartido entre el pueblo hambriento. Pero no hay ni rastro de carne ni de espetón en las proximidades; tan solo uno de los instrumentos utilizados en la obra, un pescante de madera provisto de un torno y cuya cuerda termina en un gancho destinado a levantar las vigas. Raúl no parece prestar ninguna atención a ese artilugio fuera de lugar y remueve las brasas con gestos de experto: ha cambiado la cota de mallas y la espada por un gran delantal y un pincho de hierro. Se pasa una mano desnuda por el rostro sudoroso e impasible. Poco después de acabar la misa matutina celebrada en la iglesia carolingia, llega desde la cima del Monte una solemne procesión encabezada por el duque Ricardo en persona, escoltado por su corte, el obispo de Avranches, Thierry y Almodius, seguidos de todos los frailes del monasterio y de una inmensa multitud de laicos vestidos de fiesta. Cerrando el cortejo, unos soldados llevan un gran armazón de acero. Muy pronto, la plaza y el cementerio del pueblo no son sino una masa hormigueante. Sin perder la serenidad, el capitán acaricia el fuego, que termina de consumirse. Un mar de brasas escarlata humea delante de él. Ante su público, Ricardo el Bueno, Enguerrando de Eglantier, Rolando de Aubigny, Thierry de Jumiéges y Almodius se sitúan detrás del hoyo de la torturada. El areópago exhibe el aspecto que corresponde a su rango y a las ceremonias litúrgicas: una felicidad grave y majestuosa. El pecho del abad lleva la cruz cincelada, sus manos, el anillo con el escudo de armas de la familia del duque de Normandía. Los ojos del prior resplandecen con una incandescencia de piedra preciosa. El obispo luce mitra brillante y báculo de oro con rubíes y esmeraldas incrustados. Con lujosas vestiduras de ceremonia, el señor indiscutible de la montaña, Ricardo II, barre a su pueblo con una mirada olímpica y vuelve su augusto rostro hacia sus guerreros. Entonces, una escala es colocada en la fosa de Moira y un soldado desciende a la cavidad. Todos

contienen la respiración en medio de un silencio brutal. Raúl se vuelve hacia el hoyo, por el que sube el hombre con su presa al hombro. Una vez fuera del agujero, dos esbirros cogen a Moira por los hombros y la exponen ante el príncipe, y un tercero la agarra del pelo y la obliga a levantar la cabeza hacia el soberano. El público solo ve la parte superior del cuerpo de la condenada, que les da la espalda. Sus cabellos apelmazados han adquirido el color oscuro de la tierra, su túnica, un tono indefinible entre fango y sangre.

—Moira, en este día sagrado de la Ascensión que une a todos los hombres en un alborozo ferviente —dice Rolando de Aubigny con voz afectada—, voy a formularte por última vez la pregunta que ya te he hecho tres veces en los tres últimos días y a la que, por tres veces, no te has dignado responder: Moira, hija de Nolwen y de Killian, habitante del bosque de Beauvoir, feudo de la abadía del Mont-Saint-Michel, practicabas el sospechoso oficio de curandera y, pese a estar bautizada, mantenías comercio con el Maligno a través de ritos paganos. Has sufrido tres suplicios purificadores para que tu alma sea entregada al Señor. Hoy, día santo de la ascensión de Jesucristo al cielo, dime si tu corazón está dispuesto a unirse a la familia de Dios.

Moira responde una vez más con el silencio.

—Puesto que el aire, el agua y la tierra no han podido con tu alma manchada, yo te condeno, en nombre del Señor, a perecer víctima del fuego. ¡Que tu alma maldita no acceda jamás al cielo y vaya a los Infiernos a los que pertenece!

El pueblo da rienda suelta a una alegría catártica. El artilugio es acercado a la alfombra de brasas.

Moira, con los brazos y las piernas abiertos, es atada por las muñecas, los tobillos y la cintura al armazón de acero. Luego, entre gritos y aplausos frenéticos, cuatro soldados la transportan hasta donde está Raúl, que sujeta el gancho del pescante en la cuerda que rodea el vientre de la joven. A continuación pasa detrás del artilugio y acciona la polea: la parrilla improvisada ya está en su sitio. Moira está suspendida horizontalmente sobre las brasas. La parrilla cruel se balancea en el aire y luego se detiene. Ricardo le hace una seña con la cabeza a Raúl, quien hace descender ligeramente a la

condenada. La excitación de la muchedumbre es increíble; el espectáculo supera todos los de los días anteriores. Tan solo los monjes, tan estáticos como Moira, guardan el mismo silencio que ella: se santiguan y rezan. En un rincón, Brewen observa sin manifestar ninguna emoción el último suplicio, el último dolor del presente; en lo sucesivo, su vida no será más que memoria, pues él también es el último, las últimas raíces. Cuando la parrilla se detiene a una distancia del lecho de ascuas equivalente a la mitad de la estatura de un hombre, un chisporroteo de fritura y un olor a carne se extienden por la atmósfera ardiente. Román pierde la compostura y empuja violentamente a los mirones que eructan de satisfacción para llegar a la primera fila.

Los cabellos de Moira se funden como una vela de sebo, la espalda de la túnica se consume en láminas humeantes y deja al descubierto la piel, donde aparecen rojas ampollas crepitantes, la cuerda de la cintura empieza a deformarse. La muchacha no se debate, sus ojos y su rostro no expresan nada. Román profiere un grito que queda cubierto por los de la muchedumbre. Se precipita hacia la cabria para accionar la polea y subir la carga, cuando unos fuertes brazos detienen su avance y lo hacen retroceder.

—¡Por favor, no hagas eso, Román! —dice Osmundo, reteniéndolo por la fuerza.

—¡Suéltame, Osmundo! —grita él—. ¡Suéltame!

—¡Por el Señor todopoderoso, escúchame! —le ordena el enfermero—. Escucha —prosigue a media voz, acercándose al oído de su hermano y presionándole el brazo para impedir que se mueva—, Moira está muerta, ¿me oyes? No siente nada porque está muerta, ya lo estaba cuando han encendido ese fuego.

Román observa a Osmundo con los ojos inmóviles como piedras.

—Justo después de laudes —explica el hermano laico—, cuando estaba durmiéndome de nuevo, Almodius vino y me ordenó que lo acompañara. En el exterior, el padre Thierry conversaba con Monseñor el obispo, que se había levantado, y con el capitán de la guardia, el que vimos anoche, que parecía presa de una gran agitación. El abad, contrariado, me dijo que la hereje había fallecido durante la noche y que el capitán acababa de darse cuenta. Me mandó que fuese con el oficial a la fosa para constatar la defunción y que no

dijera nada a nadie. Obedecí. Almodius vino con nosotros. El capitán nos contó que la había visto inmediatamente después que nosotros y estaba viva. Rara, según sus palabras, como habitada por un espíritu, pero viva. Permaneció en silencio, pero él le prometió ir a verla de nuevo al final de la noche. Al amanecer, cuando acercó la antorcha al agujero, estaba inmóvil. Creyó que dormía y le habló para despertarla, pero no se movió. Al cabo de un momento, se decidió a bajar y constató que había dejado de respirar. Sus ojos estaban cerrados, su cuerpo todavía tibio, su piel azulada, pero estaba muerta, lo comprobé yo mismo, no había ninguna duda. La tierra atendió a su súplica, Román, la tierra se la ha llevado con los suyos. Esta macabra puesta en escena solo está destinada a satisfacer al duque y a divertir al pueblo.

Aliviado por el hecho de que la muerte hubiera ahorrado a Moira la tortura del fuego y destrozado por el hecho de que hubiera dejado este mundo, Román dirige la mirada de nuevo a la demagógica mascarada: la carne de su bienamada está a apenas unas pulgadas de las brasas. La emanación sofocante le oprime la garganta. A su derecha, un campesino dice que huele igual que el cerdo cuando se pasa la piel por las llamas para chamuscar los pelos después de haberlo degollado. Osmundo suelta el brazo de su hermano. El rostro de Román se cubre de surcos líquidos. De repente, unas chispas saltan de los tizones y se apoderan de Moira, a quien devoran con una avidez salvaje. El cuerpo de la difunta se transforma en antorcha. El público es pura algazara. Román vuelve la cabeza y su mirada se cruza con la de Brewen. Después, se desploma.

El día transcurre entre misas y rogaciones presididas por el abad. Bajo el sol, la hoguera ha continuado ardiendo, atizada por Raúl y vigilada por los centinelas armados para que nadie pudiera robar un fragmento de cadáver con fines de culto pagano o de magia negra. No debe subsistir nada de ese cuerpo maldito, y la incineración es el medio más seguro de destruirlo en el momento y para siempre: la vida marginal de Moira, sus crímenes contra la fe y su terrible muerte la predisponen a aparecerse para atormentar a los vivos y a vengarse de los lugareños provocando epidemias, la destrucción de las cosechas y diversas catástrofes. Son muchos los brujos y curanderos condenados a muerte e inhumados sin precaución, que han devorado su

sudario y masticado su cuerpo dentro del ataúd, provocando así la muerte de las personas que los habían proscrito. Pero esa noche los montesinos dormirán tranquilos: las llamas exorcistas lo consumirán todo y privarán a Moira de sepultura y de vida futura, conjurando para siempre su potencialidad de aparecida.

Esa noche del jueves de la Ascensión de 1023, fray Osmundo está rezando de rodillas en el suelo de la enfermería cuando el abad Thierry entra en la estancia. Al contrario que Hildeberto, Thierry de Jumiéges es un hombre joven y corpulento.

—¿Cómo está? —pregunta el padre avanzando hacia el camastro donde yace Román.

—¡No os acerquéis, padre! —contesta el enfermero, levantándose y cerrándole el paso—. Está muy grave... Tiene una fiebre altísima y misteriosa que temo que sea contagiosa. Quedaos en el umbral, no os esponzáis.

El abad, estupefacto, retrocede y se tapa la nariz y la boca con un pañuelo. Observa al enfermo, presa de un delirio espectacular: extremadamente pálido, el constructor tiembla de pies a cabeza; empapado de sudor y sacudido por espasmos, mueve la cabeza de derecha a izquierda con los ojos desorbitados, estirando los brazos y profiriendo breves gritos roncocal animal carnicerocal o gemidos agudos de pájaro enjaulado.

—¡Por el Señor todopoderoso! —exclama el abad—. Nunca había visto nada parecido. —Se queda un instante callado, sigue contemplando a Román y luego mira el semblante descompuesto de su enfermero—. ¡Es ella! —proclama, aterrorizado, desde detrás del pañuelo—. ¡Se ha metido dentro de él, ha venido a buscarlo para llevárselo con ella al Infierno! La hereje ha pactado con la gehena antes de expirar en su calabozo subterráneo. Se ha apoderado del cuerpo y del alma de su amante. Es terrible, porque no se conformará con su compañero de lujuria: el alma fiel a Lucifer se dedicará después a cosechar almas puras... ¡Por san Miguel, nos envía el contagio para recolectar el alma de los servidores del Arcángel! ¡Vamos a perecer todos!

—Desgraciadamente, padre —contesta el hermano laico con voz trémula

a causa del miedo—, hay que reconocer que la extraña fiebre de Román apareció esta mañana, justo en el momento en que la carne de la condenada prendió. Estaba mirando la hoguera y de repente se desplomó; al despertar, después de haber sido trasladado aquí, ya se hallaba en este estado. Mi medicina y mis oraciones no sirven para frenar ese mal, que escapa a mis conocimientos y a mi experiencia. Quizá habría que llamar a Monseñor el obispo para que lo liberara de la presencia maléfica.

—El obispo se marchó con Ricardo después de nonas —contesta el sobrino del príncipe, cuyo rostro está casi tan blanco como el del enfermo—. Mi tío lo ha invitado a una cacería en los confines del ducado.

—Fray Bernardo era requerido a menudo para hacer exorcismos antes de convertirse en su ayudante —dice Osmundo mirando a Román.

—¡Pues que venga! —ordena el abad con su timbre de barítono—. Quedaos con él, hijo mío, voy yo mismo a llamar a Bernardo, debe intervenir sin dilación.

Ya entrada la noche, fray Bernardo sale de la enfermería extenuado. Tiene los ojos brillantes.

—He cumplido con mi deber, padre —le dice al abad, que espera impaciente fuera, rodeado por los monjes—. Parece que ahora dormita, pero no sé si vivirá. En cuanto volvió a ser dueño de sí mismo, obtuve su confesión. Una confesión ejemplar, inspirada por los ángeles. Me ha entregado los pergaminos de Pedro de Nevers, su bastón de constructor y unas instrucciones que tendré que someter a vuestra aprobación, si se precipita hacia la muerte. Pero esta noche conviene rezar para que no quede de nuevo atrapado por las tinieblas que nos rodean y lo acosan. Si vuelve a ver el sol, estará salvado.

Mientras Osmundo monta guardia junto a Román, el abad y los hermanos van a la capilla de San Martín para velar rezando. Cantan para que el Demonio renuncie a Román, y también para que renuncie a ellos. Sí, esta vez rezan también por sí mismos e imploran al Arcángel que los proteja del ávido dragón. Poco antes de vigiliás, el abad Thierry se dirige al dispensario. Lo acompaña Almodius, con una linterna que casi resulta superflua: es una noche clara, llena de estrellas, sin lluvia, sin ráfagas furiosas. Los elementos

están tranquilos. Esa noche, solo los hombres están atormentados. A unos pasos de la enfermería, unos gritos suenan al otro lado del tabique de madera. El abad da unos enérgicos golpes en la puerta. Enseguida aparece Osmundo. Thierry y Almodius dan unos pasos atrás.

—¡Ay, padre! ¡Fray Almodius! —dice el enfermero, alzando los brazos al cielo, trastornado—. ¡Es terrible, todavía más espantoso que antes del exorcismo! ¡Hace poco se ha despertado y su estado es mucho peor! ¡La fiebre es más alta, escupe sin parar, brama como una fiera! He... he tenido que atarlo. No me atrevo a deciros que entréis, pero mirad desde la puerta y escuchad.

Los dos superiores así lo hacen y asisten a una escena atroz. Atado al jergón, Román grita como un animal, con la barbilla y el cuello manchados de saliva, los ojos extraviados, las facciones crispadas, la mente atrapada en visiones infernales.

—Está perdido —constata fríamente Almodius—, y no me extraña, pero pone en peligro el monasterio.

—Tenéis razón, Almodius —dice el abad—. Debemos actuar con presteza, si no, esta calamidad nos hará sucumbir a todos. Osmundo, tenéis que alejar inmediatamente a este ícubo de la morada del Ángel. Sois robusto, podréis llevarlo sin dificultad hasta una barca de la bahía e ir remando a tierra firme.

—Pero... ¿no podemos esperar hasta que salga el sol? —protesta el hermano laico, abrumado, retorciéndose las grandes manos enrojecidas—. ¿Adónde vamos a ir en plena noche?

—La situación es de tal gravedad que no admite aplazamiento. El hospicio de Avranches me parece un refugio apropiado —sugiere con sequedad Almodius—. Si dejáis de hablar y desaparecéis ahora mismo, al amanecer estaréis allí. ¿Qué os parece, padre? —pregunta con obsequiosidad al abad.

—Comparto vuestro sentimiento, querido prior. El hospicio de Avranches, sí, ahí es adonde lo llevaréis —decreta el abad—. Le dispensaréis vuestros cuidados y Nuestro Señor decidirá. Hijo mío, poned en guardia a las buenas almas del hospicio y no lo traigáis de nuevo hasta que el peligro haya

pasado del todo. En cuanto a vos, habéis estado en contacto con él en estas horas demoníacas. Vuestra bondad es grande, pero permaneced alerta también en lo que se refiere a vos mismo; pase lo que pase, querido hijo, respetad un período de aislamiento.

—Se hará todo según vuestra voluntad, padre —contesta inclinándose Osmundo, quien no tiene más remedio que obedecer al abad, aunque esa orden lo condene a muerte—. No temáis, advertiré al hospicio y, si caigo yo, me mantendrán alejado de la montaña, sea cual sea el desenlace. Padre, partimos inmediatamente.

—Almodius —dice el abad volviéndose hacia el prior—, haced que traigan algunos alimentos para el viaje. Hijo mío —añade solemnemente volviéndose hacia el enfermero, aunque permaneciendo a una distancia razonable—, os bendigo, que el Arcángel os guíe y defienda vuestra vida. Y no olvidéis que esta noche tenéis en vuestras manos el futuro de nuestra abadía.

Más tarde, bajo la luminosa luna llena, el abad, el prior y los hermanos miran alejarse al rollizo enfermero con el escuálido Román a modo de hatillo al hombro, atado y amordazado. Los monjes se sienten aliviados por el exilio del peligroso demente. Es al Diablo en persona a quien el valeroso hermano laico aparta de la comunidad. ¡Ojalá el Señor lo juzgue a la luz de este sacrificio, que quizá pague con su vida!

La gratitud de los religiosos hacia Osmundo es ya infinita. Tan solo Bernardo, el ayudante de Román, continúa lleno de angustia: ha fracasado en su intento de devolver la razón a su maestro y ahora es él quien lleva, bajo la cogulla, los planos de la gran abadía. Piensa en sus anteriores depositarios, Pedro de Nevers, Hildeberto, Román, muertos o camino del Infierno, y siente que los planos le aplastan el pecho como si fueran un bloque de piedra.

Al final del jueves de la Ascensión del año 1023, a la hora en que los ángeles y los demonios abandonan la iglesia carolingia, en el pequeño despacho del maestro del scriptorium, una forma negra, arrodillada, deja caer el sayal sobre su cintura. Unas disciplinas laceran la espalda blanca del prior. Muy pronto brota la sangre, y con ella el lamento.

—Moira..., ¿por qué viniste a buscar a esta alma débil?

Almodius sigue golpeando. Antiguas cicatrices causadas por su instrumento de tortura se abren con atroces dolores. Su espalda está encentada, lacerada, desgarrada como su corazón.

—Moira... Todo lo que he hecho, lo he hecho por ti... Moira... Moira...
¡Moiraaa!

—Hijos míos —dice el abad a los monjes, reunidos en capítulo extraordinario—, como sabéis, hace dos noches que nuestro valiente hermano Osmundo se marchó de esta peña para llevar a cabo por nosotros, por el Ángel, una misión sagrada. Esta mañana ha venido un mensajero del hospicio de Avranches. Hijos míos, debo anunciaros la muerte de nuestro constructor. Consumido por la fiebre demoníaca que se había apoderado de él, sucumbió sobre las aguas vivas de la bahía, antes incluso de llegar a la ciudad de Avranches. Su esforzado guardián untó sus restos con óleo santo y los quemó por el camino, a fin de que las llamas purificadoras destruyeran la enfermedad y lavaran su alma manchada, y de que no regresara para perseguirnos con su rabia sobrenatural. Hijos míos, el Arcángel y Osmundo nos han salvado. Vuestro hermano, profundamente afectado, se halla sometido a un período de aislamiento en el hospicio. Os pido que recéis para que no haya sido víctima del terrible contagio, del que nosotros nos hemos salvado. ¡Ved, hijos míos, qué rauda y temible es la justicia del cielo! Nosotros, pobres mortales, creímos que debíamos proteger a fray Román porque estaba construyendo la morada del Arcángel. Pero san Miguel no ha consentido que un alma marcada por el sello del impuro actúe en su nombre. Ha condenado a su indigno servidor, al igual que el Señor había condenado a la mujer impía. Y ambos han perecido, ambos se han consumido por el peso de sus pecados. ¡Temed la justicia divina, sí, temedla más que a todo! ¡Ved el castigo infligido al apóstata que mantuvo relaciones culpables con la hereje! ¡Recordad sus sufrimientos, de los que habéis sido testigos! Hijos míos, vamos a rezar por la salud de Osmundo, nuestro benefactor, y por la salvación del alma de nuestro constructor, a fin de que sea liberada de su siniestra compañera... Redimamos sus faltas, hijos míos, redimamos sus

faltas mortales mediante la pureza de nuestra alma y de nuestros actos... ¡Consigamos que sea perdonado!

—Padre —lo interrumpe fray Roberto, el antiguo prior—, Osmundo es un alma santa, pero no es sacerdote. No ha podido celebrar la ceremonia de enterramiento de las cenizas.

—Con su gran previsión, el Todopoderoso puso en su camino a un grupo de peregrinos que regresaban de nuestra montaña, querido hijo —contesta Thierry con afabilidad—, unos fieles que vinieron para la fiesta de la Ascensión y que volvían a su pueblo con el cura de la parroquia. Por la mañana, cuando el cuerpo del poseído acababa de ser pasto de las llamas, el sacerdote asistió a Osmundo. Inspirado por el Arcángel, y edificado por los tormentos de la pagana, de los que había sido testigo, el buen cura enterró los restos en una marisma. Procedió a la inhumación después de haber trazado un recorrido serpenteante a fin de que Román no encuentre nunca el camino del Monte, pronunciando las fórmulas de absolución por la paz de su alma. No tenéis nada que temer, ni su regreso ni su destierro perpetuo.

Se hace el silencio, un silencio teñido de sosiego.

—Ahora que el peligro ha sido vencido y que la voluntad de san Miguel ha sido cumplida —prosigue el abad—, podemos reanudar, hijos míos, nuestra misión temporal: la edificación de la gran basílica. Nuestro constructor ya no está, pero nos ha dejado a su ayudante. Fray Bernardo aprovechó las enseñanzas del difunto Pedro de Nevers y del difunto Román, cuando este no estaba corrompido. La experiencia y el fervor de Bernardo están aliados con el apoyo de nuestro príncipe y con nuestra devoción al maestro espiritual de este lugar. A partir de mañana, hijos míos, se reanudarán las obras en la cripta del coro bajo la dirección de Bernardo. Con su gran prudencia, vuestro hermano me ha hecho partícipe de la confesión de Román, que obtuvo cuando los demonios abandonaron por un momento el alma de nuestro constructor, y yo voy a revelaros esas asombrosas confesiones, pues conciernen a toda la comunidad.

Thierry hace una pausa para avivar la atención y la curiosidad de los monjes. Hildeberto sabía utilizar en ocasiones tales recursos, pero el nuevo abad es un maestro en el arte del teatro. Roberto piensa con severidad que

Thierry parece inspirarse más en los bufones y los prestidigitadores que triunfan en la corte de Ricardo que en los sagrados misterios representados en las catedrales.

—Sí —prosigue el abad—, los demonios habían abandonado a Román, expulsados por el agua bendita y las invocaciones de vuestro hermano Bernardo. Entonces los ángeles se apoderaron de él. Con el espíritu y el corazón iluminados por san Miguel, Román habló por boca de Auberto, nuestro fundador. Bernardo me lo ha asegurado y os lo puede asegurar a vosotros también: vio a su maestro en pleno éxtasis, conducido por el Espíritu divino. Habiendo encontrado asilo junto al Señor, el santo obispo mandó modificar los planos de la futura abadía. El cielo se abrió por un instante al que iba a acabar en las tinieblas, y el cielo, en la persona de Auberto, le ordenó no destruir la iglesia que alberga su santuario. El primer constructor de la montaña prohibió tocar su oratorio, el que construyó con sus manos por orden del Arcángel, tras la tercera aparición de este.

En todos los rostros se lee estupefacción, seguida de un fervor intenso.

—Hijos míos —prosigue el abad, transportado él también—, sabemos lo que cuesta desobedecer las órdenes celestes. Oímos la advertencia enviada por el Ángel: el Ángel se dirigió a Román. Desgraciadamente, nuestro hermano se dejó atrapar de nuevo por el mal y eso le causó la muerte. ¡Ojalá la gracia infinita de Dios lo haya salvado de las garras de Lucifer en el último instante! Nosotros, que servimos a las fuerzas del Bien, respetaremos la voluntad de san Miguel y de nuestro fundador: conservaremos la iglesia de la época carolingia, en cuyos muros se conservan los vestigios de la gruta de Auberto. Las reliquias de ese hombre santo serán ofrecidas a la veneración de los fieles en ese lugar que él ha elegido, la iglesia actual, que transformaremos en cripta de sostenimiento de la nave de la nueva iglesia. A través de la mano y de la boca de fray Román, Auberto ha trazado unos planos y dado unas instrucciones muy precisas para que ejecutemos su sagrado deseo. Hildeberto reposará, como tenía previsto Ricardo, en la cripta del coro, con sus predecesores. Auberto, tal como él ha deseado, estará en la antigua iglesia, construida en el emplazamiento de su santuario original. Bernardo, me dijisteis que esa modificación implicaba la secularización de la

capilla de San Martín; yo convenceré a nuestro buen príncipe de esta necesidad material. Cuando comiencen las obras de la nave, dentro de unos decenios, la iglesia se convertirá en una cripta subterránea, oscura, propicia al recogimiento y a la humildad queridos por Auberto, y esa cripta sombría es la que sostendrá la nave de la iglesia abacial, bañada de luz angélica. La cripta, bajo tierra, sostendrá el cielo. Hijos míos, si el Señor nos da vida el tiempo suficiente, veremos esa cripta, pero desde ahora voy a bautizar ese edificio, en honor de la imagen de la Virgen negra que contiene y que nos ha llegado desde los tiempos inmemoriales de la destrucción del paganismo y de la conversión de la montaña a Jesucristo, porque, hoy, el dragón de la antigua religión está definitivamente vencido. Para que recordemos la orden sagrada del Arcángel y de Auberto, la bautizo con el nombre de la Virgen Soterraña.

Capítulo 11

Había atravesado los siglos, casi diez siglos, gracias a un tubo de cobre similar a un catalejo, herméticamente cerrado y metido en el panteón de piedra, que lo había protegido de las ratas, de los gusanos, del moho y de las laceraciones de la tierra. Provisto de guantes, Paul había desenrollado pacientemente las hojas de pergamino, con mucha precaución por miedo a que se rompieran, y verificado su grado de humedad, las había fotografiado con todo detalle y luego las había introducido en un clasificador de plástico. Después las había dejado sobre la mesa de su cuarto, al lado del cilindro de cobre, de un diccionario Gaffiot y de un taco de papel. Johanna iría primero al lugar de las excavaciones... Él había calculado que tardaría unas ocho horas desde el Monte. Paul esperaba que hubiera dormido un poco antes de ponerse en camino. Él estaba tan excitado por el descubrimiento que no había pegado ojo, ni siquiera después de la fiesta improvisada por el equipo. Después de comer, llegaron los representantes de Monumentos Históricos. ¡Nunca tenían prisa, como el día anterior por la mañana, cuando había que traer una grúa para retirar el sarcófago! Por último, la buena noticia era que François aún no se había trasladado desde su ministerio parisiense. A Paul le había parecido conveniente no avisarlo. Si se enteraba de que Johanna iba a ir, dos horas después lo tendrían allí, y Paul deseaba estar a solas con su antigua ayudante cuando ella leyera el manuscrito.

A las tres de la tarde desembarcó la prensa local y Paul se dejó fotografiar con el panteón, como Howard Cárter con Tutankamón. En cambio, no quiso

hacer ninguna declaración con el pretexto de que su trabajo empezaba a partir de ese momento y no soltó prenda sobre el pergamino. Por fin, a las cuatro, Johanna llegó como una tromba, con la ropa arrugada, el cabello revuelto y los ojos marcados por profundas ojeras, pero iluminados por una pasión que emocionó a Paul.

—¡Si ha esperado nueve siglos y medio, esperará cinco minutos más! — dijo Paul, con una copa de champán en la mano, en el centro de su habitación —. Primero brindamos y te lo cuento todo con detalle.

Johanna cedió a pesar de la impaciencia y el cansancio que sentía. Ella también había tenido que esperar: esperar que se hiciera de día para informar al equipo y darle a su ayudante instrucciones para los días de trabajo que faltaban antes de las vacaciones de fin de año. Hubiera preferido salir inmediatamente después de su llamada a Cluny, pero no podía permitirse una marcha precipitada que Patrick habría aprovechado para causarle problemas. De modo que había dormitado hasta las siete, nerviosa, y había anunciado el descubrimiento de la tumba durante el desayuno. Aunque no sabía por qué, no había dicho ni una palabra del pergamino. Había dejado su número de móvil, le había dado a Florence una carta para Christian Brard y se había despedido de todos hasta el 2 de enero, deseándoles que pasaran unas buenas fiestas. Al marcharse del Monte la había invadido una sensación extraña: en el dique, observándolo a través del retrovisor, le había parecido que el peñasco le hablaba. Le decía que era él quien le había preparado esa sorpresa y que esta iba a dar un vuelco a su existencia. Cuando volviera junto a él, Johanna sería diferente, lo miraría de una forma diferente, su amor por él sería todavía más fuerte. Inmortal. Porque a partir de entonces Johanna le pertenecería en cuerpo y alma. Estaría poseída por él. En el coche, durante ocho horas, Johanna había imaginado todo lo imaginable. Pero Paul, de forma deliberada, no había dicho lo suficiente.

—¡Es el mejor regalo de Navidad que el destino o el azar me han hecho jamás! —decía Paul, embargado por la emoción—. Estaba preparándome para decirle adiós a Hugo de Semur y a Cluny, ¿sabes? Desde que te fuiste, nada era igual... Había empezado a dudar. Resumiendo, ayer por la mañana, como de costumbre, me dirijo a las excavaciones consciente de que mis días

aquí están contados. Pero no llego a meterme en el agujero. ¿Cómo explicarlo? Una lasitud general, el frío, el agotamiento físico, los demás... La tierra me agobiaba; harto de removerla sin cesar, tenía la impresión de estar cavando mi propia tumba... Entonces me acordé de ti —confesó, sonrojándose— y fui a hacerle una visita a Firmamento, como hacías tú cuando te sentías desanimada. Estaba muy nervioso, piafaba en su box sin parar de relinchar y resoplar, no me transmitía ninguna tranquilidad. El mozo de cuadra me explicó que los caballos son muy sensibles al tiempo y a las cosas invisibles para los hombres... Aquello me hizo sonreír, pero de todas formas me quedé intrigado. ¿Qué podía notar aquel animal que a mí me resultase imperceptible? Me acerqué y, de pronto, se calmó. Se dejó acariciar el hocico y el cuello. Estaba tan caliente y era tan suave que me sentó bien. Me marché apaciguado por ese contacto simple y mágico... y me puse a trabajar. Inexplicablemente, dejé mi parcela para ir a excavar en otra, todavía virgen, que te había tocado a ti en el reparto inicial. Excavaba sin convicción, pensando que tú debías de estar haciendo lo mismo en tu montaña, pero con ardor.

»Y luego, hacia mediodía —prosiguió, mirando hacia la ventana—, el sonido característico de un objeto duro. Una esperanza inmensa, unida al miedo de que, una vez más, no fuera nada interesante. Y al mismo tiempo una sensación inexplicable, el instinto, la experiencia, no sé, en cualquier caso el presentimiento de que por fin tenía algo importante... pero que deberías haberlo encontrado tú. Poco a poco, limpié unos centímetros y vi aparecer una R grabada en la piedra de aquí, piedra calcárea de las canteras. El corazón dejó de latirme y yo también me quedé inmóvil, aunque ya sabía que no podía ser la sepultura de Hugo. Intenté controlarme y continué limpiando hasta dejar a la vista la palabra entera: PETRUS... Sí, "Pedro"... Estaba paralizado, subyugado, era incapaz de seguir adelante. Pensaba en el abad Pedro el Venerable. Después llamé a los otros... No fue fácil, porque la tumba se había desplazado con el paso del tiempo, estaba colocada de través, pero estaba bien sellada y no había sido profanada. La inscripción latina que figuraba sobre el panteón era de una simplicidad absolutamente románica: Pedro de Nevers, monje de Cluny, constructor de la iglesia, fallecido en el

año de gracia 1022, y las fórmulas habituales por la paz de su alma. Al ver la fecha, me dio un vuelco el corazón: ¡En 1022 era abad Odilón! Yo sabía que ese arquitecto era el que había terminado Cluny II y que había muerto como consecuencia de un accidente sufrido durante las obras de construcción, pero no me esperaba descubrir su tumba. Como te dije por teléfono, para mí hemos encontrado a Pedro de Nevers, que debía de reposar en el coro de Cluny II, con Odilón, gracias a Hugo. Fue Hugo quien debió de hacerlos trasladar a los dos al sanctasanctorum de Cluny III..., a no ser que fueran Hugo V o Beltrán I en el siglo XIII, cuando reorganizaron la disposición de las tumbas en el coro. Sea como sea, todo esto significa que estábamos en lo cierto respecto al emplazamiento del coro de Cluny III, y este descubrimiento abre el camino a muchos más. Ahora todo está permitido, ¿comprendes?, los trabajos para encontrar a Hugo, ni que decir tiene, pero no solo a él, también a Odilón, a Bernón y a Pedro el Venerable.

—Tienes razón —lo interrumpió Johanna—, pero, en primer lugar, todavía no tienes permiso para eso, y en segundo lugar, antes de nada hay que explotar a fondo este descubrimiento, confirmar la datación mediante arqueometría...

—¡Sí, por supuesto! —contestó él, sirviéndose otra copa que se bebió inmediatamente—. Bueno, como te iba diciendo, nos pasamos todo el día esperando la grúa y al conservador. Al final pudimos retirar la tumba y abrirla... Yo temía sentirme decepcionado, pero nada más lejos de la realidad: estaba allí, envuelto en su hábito de monje completamente raído... A su lado reposaba este cilindro de cobre. ¡Ah, queridos despojos, hermoso esqueleto, flor de mis sueños, ahora eres mi mejor amigo!

Johanna ya no podía más. Dejó su copa de champán, miró ostensiblemente el tubo de cobre y a continuación el clasificador que contenía el manuscrito.

—Un segundo más, querido ángel —dijo Paul, un poco achispado—. ¡Estoy llegando a la sensación del espectáculo! Porque he sido yo el primero que lo ha leído; es más, solo lo he leído yo, he prohibido a todo el mundo tocarlo. Te lo he guardado para que seas la segunda persona en recorrerlo con los ojos desde hace casi mil años. Lo he preparado para ti, lo he vigilado toda

la noche y ahora te lo ofrezco. Aquí lo tienes, ¡adelante!

—Paul —dijo ella cogiéndole las manos—, sé que nunca podré agradecerte lo suficiente esto y muchas cosas más. Te quiero infinitamente, Paul, y estoy muy emocionada por todo lo que has dicho, pero este descubrimiento es tuyo. Tú debes recoger ahora sus frutos: autentificarlo, estudiar todo lo que pueda enseñarnos sobre esa época y publicarlo a tu nombre. Pedro de Nevers te ha esperado más de nueve siglos, no te esperará cinco minutos más. Ve con él, tiene mil confianzas que hacerte... A mí me gustaría quedarme a solas con el manuscrito antes de devolvértelo. Por favor, déjame cara a cara con él unos instantes.

Paul la miró con ojos de perro apaleado, levantó la barbilla en actitud desafiante y, sin pronunciar palabra, salió para ir a reunirse con su nuevo compañero de estudio. Johanna se apresuró a cerrar la puerta. Temblaba de emoción. Lentamente, se sentó detrás de la mesa. Empezó por examinar el cilindro de cobre que había protegido el pergamino del aire, de la luz y del agua, antes de depositarlo en una esquina del escritorio. Sus dedos se acercaron poco a poco al clasificador. Cerró los ojos, respiró hondo y finalmente lo abrió. Era también un sepulcro que ella extraía de una tierra misteriosa y durante mucho tiempo muda, una tumba que se entreabría por sí sola ante su mirada. La escritura era una promesa: las letras trazadas con tinta negra, ovaladas y prietas —minúscula escritura Carolina heredada de Carlomagno— revelaban la maestría de las personas instruidas, sin la grafía dibujada y compleja de los monjes copistas. Para el autor, el fondo de aquel manuscrito era más importante que su forma; se trataba, pues, de la escritura usual de las cartas y los documentos corrientes, no de la de los textos sagrados. Sin embargo, ¡qué belleza se desprendía de esos caracteres casi milenarios, trazados sobre la piel amarillenta, raspados y corregidos! No se resistió al deseo de tocarlos y, con gestos de enamorada, los liberó de su corsé de plástico transparente. Contrariamente al uso medieval para los manuscritos corrientes, el pergamino era de excelente calidad, del que se reservaba para copiar biblias: una hermosa piel de cordero sin ningún defecto, curtida según las reglas del arte en un taller monástico de primer orden. ¿Cuál? ¿Cluny u otro? Cada taller tenía su técnica particular de

fabricación, pero Johanna no era una experta en la materia. Tendría que analizarlo un especialista. Fuera como fuese, el autor se había preocupado de que sus escritos se conservaran. Johanna no pudo evitar acariciar la piel lisa, suave como la espalda de un hombre. Se la acercó a la nariz. Según el novelista ruso Bulgakov, los pergaminos antiguos huelen a chocolate. Este exhalaba un olor de otoño a orillas del mar, un perfume de hojas secas y de sal..., no, brisa marina no, más bien el ligero efluvio de las lágrimas que se han secado. Johanna dispuso los nueve rollos ante sí. Retrasaba el momento de iniciar la lectura, palpitante ya el corazón por la sola presencia de las páginas. Emanaba de ellas un sentimiento confuso, una fuerza que había atravesado los siglos, una sensación de eternidad mezclada con una urgencia trágica... Limpió las gafas con la manga del jersey, se las puso de nuevo, dirigió una mirada al diccionario de latín y se zambulló en busca del significado y del desconocido que había redactado aquel texto.

Abadía de Cluny, Pascua del año de gracia de 1063. Al abad Hugo de Semur.

Padre en Cristo: Hace cuarenta años que vivo en este lugar consagrado a san Pedro, príncipe de los apóstoles y depositario de la llave del cielo, Cuarenta años en los que, como el pueblo judío en el desierto, mi alma y mi cuerpo han hecho acto de contrición y de arrepentimiento. En este santísimo día de la Resurrección del Salvador, no comparto el alborozo de mis hermanos porque voy a dejaros. Este imperioso viaje que debo emprender, en el crepúsculo de mi vida, no es el que todos esperamos con esperanza. La preciosa hora está cerca, pero antes de abandonar la tierra tengo que cumplir una última misión, y ese deber exige que me aleje de vosotros. Esta desaparición no es una huida, padre, aunque vos así lo creáis. Me avergüenza cubrir de deshonor nuestra casa con mi afrenta, esta morada sagrada que antaño me acogió; por eso redacto esta confesión dirigida a vos. No reclamo vuestro perdón, pues sé que no soy digno de él. Si leéis estas confesiones, es que mi alma habrá sido juzgada.

Dejaré este manuscrito en manos de fray Gregorio, quien me ha prometido entregároslo cuando empiece el nuevo año si no estoy de regreso.

Por consiguiente, solo el óbito desbaratará mi designio de volver para prosternarme ante vos e invocar vuestra misericordia por este pecado que me dispongo a cometer. Conociendo la pureza y las legítimas exigencias de vuestro corazón, no os he hecho partícipe de la angustia en la que me hallo sumido, pues sé que vuestra venerable autoridad y vuestra viva inteligencia habrían modificado mi decisión. Parto, pues, con aflicción y consciente de mi bajeza, pero habiéndoos contado las verdaderas causas de este ultraje. Para ello, yo que soy un anciano, debo rememorar mi juventud y relatar fielmente una historia cuyas heridas no han podido curar cuarenta años de oraciones. Esa historia, padre, es la siguiente.

No debéis de ignorar que fue vuestro predecesor, el abad Odilón, quien me admitió entre estos muros en el año de gracia 1023. No le oculté a ese santo hombre todo lo que me dispongo a contaros, y aun así, él, con su infinita bondad, me abrió las puertas de este monasterio. Siempre me he preguntado si Odilón, antes de tomar el camino del cielo, os había confiado el secreto de mi llegada a Cluny. Si mi memoria de anciano no se equivoca, vos ingresasteis en Cluny hacía el año 1040, cuando teníais unos quince años, y Odilón, al descubrir vuestras virtudes y méritos, os nombró rápidamente gran prior. Quizá os informó entonces sobre mí. Nunca he tenido la impropiedad audacia de interrogaros al respecto, en vista de que os comportabais conmigo igual que con los demás hermanos: con severidad, justicia y grandeza. Actualmente, esa cuestión ya no tiene importancia. En aquel lejano año 1023, yo era, pues, un hombre de treinta años y llevaba el hábito benedictino que sigo llevando hoy. Cuando ingresé en el claustro, mis hermanos creyeron que venía de uno de los numerosos establecimientos que habían adoptado las costumbres cluniacenses. ¡Confieso mi terror inicial de que uno de ellos preguntara algo al respecto en los momentos en que la palabra estaba permitida! Los primeros días me apartaba de su vista durante esos ratos en que podíamos hablar. Sin embargo, de acuerdo con San Odilón, había recuperado mi nombre de pila y decidido ocultar a mis hermanos una parte de la verdad... Gracias a Dios, me adapté con rapidez a los usos de la comunidad, que desconocía hasta entonces, y enseguida me integré en el grupo de veinticuatro monjes tan armoniosamente como si

hubiera sido un oblató que viviese en este lugar desde hacía decenios. Cuando un sacerdote o un hermano lego se interesaba por mis orígenes, decía que era un aristócrata nacido en Baviera y que venía de un monasterio benedictino de Colonia. Ocultaba que me había refugiado en Cluny huyendo de Normandía, donde se alza una abadía no cluniacense, en la que acababa de pasar más de seis años. Durante mucho tiempo, cuando un fraile de, ese monasterio normando pasaba por Cluny, el buen Odilón me autorizaba a no aparecer ni en el coro ni en el refectorio para no exponerme a ser reconocido. Esa abadía normanda, el difunto Odilón la conocía muy bien... Es un monasterio situado sobre una montaña, entre la tierra, el cielo y el mar, que los antiguos llamaban monte Tombe y nosotros Mont-Saint-Michel.

Johanna dejó escapar un grito. Se levantó y fue hasta la ventana para dominar su emoción, como Paul había hecho poco antes. ¡Paul, querido Paul! Maquinalmente, miró los vestigios de Cluny III que se alzaban a lo lejos, entre la luz crepuscular. Posó la mirada en la cima del campanario del agua bendita y vio aparecer el pico negro del Monte en un cielo cargado de amenazas. Volvió a la mesa y encendió la lámpara.

Viví, pues, seis años en Mont-Saint-Michel, de 1017 a 1023, como ayudante de Pedro de Nevers, mi maestro, al que había acompañado a Normandía, y después como constructor de la nueva abadía.

¡Increíble, fantástico! ¡El autor de aquella carta era el arquitecto de la abadía románica de Mont-Saint-Michel! Johanna sintió unos deseos locos de ir directamente hasta el nombre que figuraba en la última línea del pergamino, nombre que se había perdido en los siglos, pero se dijo que sería una profanación. Un poco de paciencia, un poco de paciencia. Él había esperado cuarenta años para hablar, las palabras habían tardado casi mil años en llegar hasta ella, debía respetar el tiempo, la progresión íntima del narrador... Calma.

Las piedras eran mi vida. Dios y después las piedras. Mi maestro me había enseñado su lenguaje de obra en obra, por toda Europa. Yo veneraba a Pedro de Nevers por lo que me enseñaba y por él mismo. Era un hombre piadoso y generoso, humilde monje frente al Señor, al que servía mediante la oración y, sobre todo, erigiendo iglesias de tal fuerza mística que sus piedras

edificaban el alma de los hombres. No temo en absoluto confesarlo hoy: ese hombre fue quien abrió mi corazón al más intenso de los fervores transmitiéndome su arte. Con él comprendí que el constructor es ante todo un misionero, un evangelizador de mente visionaria, que construye afín de revelar la fe a los hombres, la gloria de Dios, ahora y para la eternidad, guiado por el Altísimo.

Cuando el padre abad del Monte en aquella época, Hildeberto, a quien vos no habéis podido conocer pero cuya infinita sabiduría sin duda habéis oído alabar, hizo llamar a mi maestro para construir una nueva abadía, nos pusimos los dos en camino hacia Normandía, orgullosos y radiantes de servir a Nuestro Señor mediante ese grandioso proyecto. ¡Si hubiera sospechado que mi existencia entera y todo aquello en lo que creía se verían afectados hasta tal punto por ese viaje! Pero ese era mi destino.

Llegamos a esa extraña montaña construida por los elementos, aislada de los mortales y tan próxima al cielo que fue elegida como morada por el primero de los ángeles. Desde el año 1017 hasta el funesto año 1022, mi maestro y yo vivimos entre los ángeles, totalmente dedicados a la labor sagrada encargada por el Altísimo y su intermediario Hildeberto. No describiré las proezas inventivas que Pedro de Nevers llevó a cabo para dar vida, sobre el pergamino, a esta fabulosa empresa que ningún hombre había osado jamás imaginar. La Jerusalén celeste que se alza hoy sobre la peña normanda, sin estar totalmente acabada, se la debemos a mi maestro, que recibió la inspiración del Todopoderoso.

Fue ese año cuando el abad Odilón llamó a Pedro de Nevers para que terminara en Cluny la obra dedicada por el abad Maieul, la iglesia abacial de San Pedro el Viejo, desde la que os escribo. Durante los cuarenta años que he pasado entre vosotros, no ha habido un día en que no haya tocado con afecto estas piedras que son la vida y la tumba de mi querido maestro. Son su última plegaria, su alma, su sangre, constituyen su sepulcro tanto como el que se encuentra en el coro, y todos los días me han aportado consuelo y calor. ¡Ojalá el Señor me conceda el favor de terminar mi vida a su sombra! Su sombra protectora y familiar, eso es lo que vine a mendigar a Odilón y al alma de mi maestro hace mucho tiempo. Pero si leéis esta carta

es que ahora me encuentro bajo otro cielo. Hágase su voluntad.

Cuando Pedro de Nevers se marchó de Mont-Saint-Michel, afinales de la primavera de 1022, cuando, sin saberlo, mi mirada se cruzó con la suya por última vez, me entregó sus planos y su bastón de constructor, confiándome la gran responsabilidad de las obras hasta su regreso, que no llegó a producirse. No obstante, a la vez inquieto y confiado, acepté, secundado por fray Bernardo, un monje del Monte a quien mi maestro había iniciado en los secretos de las piedras. El comienzo de las obras había sido fijado para Pascua. El verano pasó como un soplo. En la montaña, poblada de demoníacos accesos de ira de la naturaleza y de apariciones, pero defendida por un poderoso santo patrón, la vida era dura. Sin embargo, nuestra alma ardiente era sometida frecuentemente a prueba, y yo no me libré de ello, la prueba que me envió el cielo era de la misma magnitud que la tarea que me había encomendado y que entonces ocupaba todos mis pensamientos.

Con el alma en vilo, Johanna escuchó el silencio nocturno y reconoció la falsa paz que precede a las grandes tormentas.

Se llamaba Moira, María en la lengua de su pueblo. Sus cabellos tenían el color y la vitalidad del fuego, sus ojos parecían hojas en primavera, su piel tenía la transparencia lívida de las nubes, salpicada de manchitas soleadas, y su boca era un mar cambiante, vivo, animado y peligroso, y tranquilo y sereno un instante después. Se comunicaba con los árboles, las rocas y los lagos, y todo su ser olía a bosque bajo una lluvia salada. Ella era la prueba de que el cielo me había elegido, el ángel terrenal, la alegría nacida de siglos de desdicha humana, que yo debía salvar del último desastre. Perdón, padre, no os confundáis, me he decidido por fin a hablar después de cuarenta años de silencio, de oración, de súplicas, no seáis víctima de esa confusión que causó nuestra pérdida: yo era monje, sigo siendo monje, en plena posesión de mis facultades pese a mi avanzada edad, y jamás este hábito de virtud fue mancillado por la ruptura de mi voto de castidad. Debéis creerme, jamás cometí ese pecado, aunque otras faltan

ensucian mi alma, faltas que he expiado durante estos cuarenta años. Pero sigo defendiéndome, yo que soy culpable, mientras que es a ella a quien habría debido socorrer... porque estaba sola. Sola con un hermano sordomudo de trece años llamado Brewen, un extraño muchacho que hablaba con los ojos y cuya incapacidad ella no había podido curar. Y sin embargo, jamás había visto yo semejantes dotes para aliviar los sufrimientos del cuerpo: culta y muy instruida en el arte de las plantas medicinales, fue mi abnegado médico durante días y noches cuando un matón, desvalijador de peregrinos, me hirió gravemente.

Ella me curó, cuando fray Almodius, subprior y maestro de scriptorium, me había confesado y administrado los últimos sacramentos, y cuando fray Osmundo, el enfermero del monasterio, no habría podido lograrlo con sus remedios. Ella me curó y, para su desgracia y la mía, fui repatriado al Monte, con mis hermanos. Entonces ella ya me amaba y yo ya la amaba; mi corazón, en sus recovecos más ocultos, lo sabía, pero mi mente lo ignoraba.

Johanna levantó la cabeza, se quitó las gafas y se frotó los ojos. El constructor de la gran abadía... Se había esperado épicas descripciones de las obras, una profusión de detalles técnicos, ideas abstractas, símbolos religiosos, pero en ningún momento había imaginado que fuera a contar una historia de amor. Sin embargo, no se sentía en absoluto decepcionada; el autor, todavía anónimo, la había atrapado en los meandros de su relato. La descripción de Moira y la pasión del monje la habían conmovido profundamente y, poco a poco, una sensación extraña, una atracción íntima que le parecía conocer, aunque no podía identificar su origen, iba invadiéndola.

Pero Moira me había hecho una confidencia que fue nuestra tragedia: Moira era celta, descendiente de un largo linaje de druidas, última depositaria de una parte de su saber ancestral. Pese a haber sido bautizada y a que veneraba a Cristo, a la Virgen y a san Miguel, continuaba practicando cultos paganos y siendo fiel a la falsa religión de sus antepasados.

Convencido de que tal era el deseo del Señor, me empeñé en seguir viendo a Moira, a solas y clandestinamente, para convertirla. Ese fue mi incalificable error, padre, no el haber querido convertirla, ese es el deber de todo cristiano, sino el haber creído que lo hacía para servir a Dios. El ya me había asignado mi misión sagrada en la tierra, y era construirle la Jerusalén celeste. Esa misión debería haberme contentado, ¿no?, pero ya era demasiado tarde... ¡Si hubiera podido tener en aquella época el conocimiento de mí mismo que poseo ahora! Demasiado tarde... Hacía tiempo que era demasiado tarde, pues yo no sospechaba que mi amor por las piedras estaba moribundo y se había mudado en un amor mucho más vivo, mucho más peligroso, el amor por esa mujer.

Ella había transformado mi corazón de constructor en un corazón de hombre y yo me obstinaba en ignorarlo, en luchar por salvar una parte de mí que ya no existía, que había desaparecido con mi maestro. Debería haber confesado mi propósito a Hildeberto, pero, cegado por mi vanidad juvenil, callé. Le hice llegar a Moira una carta en la que la convocaba en la capilla de San Martín por la noche.

Tres veces acudió, y tres veces me vio combatir mis sentimientos por ella del mismo modo que combatía sus dragones. Ella sabía, sin embargo, que me había vencido y esperaba el momento en que yo depositara las armas a sus pies, a los pies de nuestro innegable amor. Había estado a punto de hacerlo, pero continuaba guerreando. En cuanto a ella, me veía sufrir, y en nuestra tercera entrevista, que tuvo lugar el segundo domingo de Cuaresma de 1023, renunció por amor a mí. Quiso desaparecer y dejarme con mis piedras. En el momento en que iba a perderla, mis ojos se abrieron por fin y oí a mi corazón. Sin ser plenamente consciente del significado de mi acto, le revelé la pasión que me había animado hasta entonces; le mostré los planos de la abadía, los dibujos de Pedro de Nevers. Entonces, sabiendo perfectamente lo que hacía, me desveló el secreto de la montaña, el enigma de su misión sagrada en la tierra, que siempre he conservado en el misterio de mi corazón. Sufrid, padre, que yo continúo haciéndolo hoy en recuerdo de ella, pues es todo cuanto me queda.

Aquella noche escuché el alma de Moira, aunque sin comprenderla. Ella

ya se encontraba lejos y yo necesitaba tiempo para alcanzarla. ¡Como si no hubiera esperado bastante! Ese plazo suplementario nos fue fatal. En Pascua del año de grada de 1023, hace exactamente cuarenta años, comenzaron las obras de la gran iglesia abacial. El martes de Pascua fui convocado por Hildeberto, quien me acusó de mantener relaciones culpables con una mujer, y por añadidura, una hereje. Fray Almodius nos había visto juntos y, lo que todavía era peor, había sorprendido a Moira invocando a Ogmios, una divinidad pagana, a orillas de un lago. Ese mismo día, convocó a la muchacha, la confundió y exigió que abjurara. Esa escena, que presencié mudo de angustia, permanece grabada en mi carne como una cicatriz: ¡Almodius había denunciado su gravísimo pecado a Hildeberto, pero el infiel era yo! Ella me había salvado la vida, salvaba lo que ante mis ojos era el sentido de mi vida, y yo, a cambio, renegaba de ella con mi silencio. Moira llegó hasta el final y se negó a abjurar. El abad amenazó con expulsarla para siempre de las tierras del Monte, pero, por el momento, la dejó marchar libremente al bosque, conminándola a reflexionar y anunciando que él mismo iría a recoger su abjuración al alba del domingo siguiente. ¡Ay, si yo hubiera sido un poco más sagaz, no me habría alegrado de ese benevolente veredicto, no habría seguido pensando en mis sacrosantas obras, casi aliviado por lo que creí que era el desenlace inevitable y favorable de nuestra historia! Si hubiera sido menos débil, habría huido inmediatamente del monasterio, habría corrido hacia ella y la habría llevado conmigo lejos de esa siniestra montaña, a la fuerza si hubiese sido necesario, sí, a la fuerza. En lugar de eso, me desmoroné sobre un jergón de la enfermería, enfermo.

Al día siguiente le hice llegar a Moira una carta en la que le confesaba por fin mi amor y le imploraba que cumpliera la orden del buen abad. Había que actuar sin tardanza, y yo escribí suplicándole que renegara de su fe impía, prometiéndole amores clandestinos, citas inciertas, garantizándole días sin futuro... ¡Desvaríos de enfermo! Pero, sí bien yo me hallaba trágicamente desprovisto de valor para actuar, otros, en cambio, no lo estaban en absoluto, y en cuanto el abad hubo dejado marchar a Moira, mi hermano Almodius, a quien la magnanimidad de Hildeberto exasperaba, se

fue a denunciar a la hereje al obispo de Avranches, Rolando de Aubigny, un ser presuntuoso y grotesco. Este último no desaprovechó la oportunidad que se le ofrecía de cuestionar seriamente el poder del abad e informó en el acto a nuestro señor, Ricardo el Bueno. Moira fue arrestada por los soldados del príncipe y encarcelada en Avranches.

Johanna se sintió estremecer. Se levantó y se sirvió una copa de champán medio caliente para rehacerse. Ese hombre estaba devorado por tales remordimientos, cuarenta años después, que notaba el dolor en su propia carne. Estaba convencida de que, en la situación de ese clérigo, la mayoría de los hombres no habrían demostrado más bravura, más instinto o lucidez acerca de la realidad de sus sentimientos, pero esa herida amarga y cruel que había aumentado sin cesar, esa tortura, pocos seres se la infligían. Todos esos años en el silencio de un monasterio no habían aplacado su amor por aquella mujer, no habían alterado sus sufrimientos. Al contrario, habían exacerbado su conciencia de la distancia existente entre Moira y él. Sí, todo había sucedido como si la joven celta hubiera ido siempre unos pasos por delante del monje, previendo la desgracia antes de resignarse a ella. Sí, se había comportado como si todo hubiera sido trazado hacía mucho tiempo, como si lo supiera y tuviera que seguir el resplandor sombrío de su estrella desde el día de su nacimiento. Esa constatación hizo que Johanna se sintiera incómoda. En cualquier caso, estaba profundamente cautivada por el relato: la pasión de ese monje, que oscilaba entre las frías piedras de una abadía y el corazón de una mujer, era fascinante; la respuesta de Moira, todavía más: todo contribuía a llevarla a la perdición, pero ella proseguía su camino con la cabeza erguida, movida por un íntimo secreto que el monje no había querido desvelar y que la hacía más fuerte, capaz de resistirlo todo, incluso lo peor... Lo peor, que había sucedido, seguro, Moira lo esperaba, pues sabía que se hallaba en su camino. Johanna lo esperaba también.

Hildeberto irrumpió entonces en el refectorio en busca de Almodius. Jamás había visto a nuestro padre con semejante expresión. Sí, él, tan

ponderado y prudente, era presa de una rabia indescriptible que lo incendiaba por dentro. No he olvidado ese rostro, ya que fue la última vez que vi a Hildeberto vivo.

Según Almodius, nuestro padre sufrió un mareo durante su entrevista en su celda. Después de eso, fue el propio Almodius quien organizó y dispuso la asistencia al enfermo, rechazando casi en todo momento la ayuda de Osmundo, cosa que siempre me ha parecido sospechosa. No salió a la luz nada del contenido de la conversación que había provocado la enfermedad del abad, y Almodius se cuidó mucho de mantenernos apartados de la celda donde descansaba Hildeberto. Le resultaba fácil dejar a Osmundo con el abad, entrar en la enfermería y echar veneno en los remedios del hermano lego. Naturalmente, no tengo ninguna prueba de lo que digo, pero cuando os haya contado, padre, las infamias que continuó cometiendo Almodius después de este episodio comprenderéis mis serias dudas.

En ningún libro se mencionaba claramente que el famoso abad Hildeberto hubiera sido asesinado. Johanna recordó, no obstante, una obra que había leído y cuyo autor había formulado esa hipótesis, aunque sin demostrarla ni precisar sus circunstancias. El nombre de Almodius no le resultaba desconocido a la arqueóloga, pero no se acordaba del contexto en el que lo había encontrado. Habría que comprobarlo, si bien estaba prácticamente segura de que no era con relación a Hildeberto. Estaba convencida de que iba a averiguar más gracias a ese manuscrito desconocido para todos que en cualquier obra de historia.

Dos días y tres noches estuvimos mis hermanos y yo orando en la capilla de San Martín. El domingo al amanecer, a la hora exacta que Hildeberto había escogido para recoger la abjuración de Moira y hacerla entrar en la morada de Dios, a esa hora fatídica, expiró.

A partir de ese momento, el mundo que yo había conocido escapó a mi razón, hasta tal punto cambió y hasta tal punto me sentí perdido entre los acontecimientos, los cuales provocaron en mí unos sentimientos violentos y

confusos: junto con Hildeberto, desaparecieron la clemencia y la ponderación; la peña fue presa de un desencadenamiento de codicia, intrigas y conspiraciones. El duque Ricardo nos impuso a un nuevo abad, Thierry de Jumiéges, sobrino suyo; Almodius fue nombrado prior y conservó su cargo de jefe del scriptorium. Los felones tomaron, pues, el poder en la montaña. En cuanto a Moira, la juzgaron en Ruán. El tribunal eclesiástico, manipulado por Ricardo y presidido por Rolando de Aubigny, pronunció una sentencia que todavía hoy me inspira terror y cólera.

«Vaya... —se dijo Johanna—, ¡curiosa coincidencia! Juana de Arco, a la que san Miguel se apareció para que tomase las armas, también fue juzgada en Ruán, concretamente por Roberto Jolivet, antiguo abad del Monte, que había traicionado a sus hijos, a su rey y al peñón sagrado para adherirse al bando del invasor inglés. Y fue quemada por hereje en esa ciudad en una fecha cercana a la fiesta de la Ascensión, el 31 de mayo de 1431, junto a la iglesia de San Miguel, que pertenecía a la abadía montesina.»

Fui mantenido al margen del proceso; no me enteré de que había tenido lugar hasta que se hubo pronunciado la sentencia. Padre, no digo esto para disculparme, al contrario. La juzgaron a ella, pero el culpable era yo. Culpable de haber estado ciego, culpable de haber dejado que Almodius la entregara al obispo y al príncipe, y de no haber hecho nada para salvarla. Una vez más, ella, ángel aguerrido, me protegió: en el curso de los interrogatorios no pronunció mi nombre ni una sola vez. Por otra razón, sus jueces, entre los que figuraban cuatro de mis hermanos del monasterio, tampoco lo mencionaron. Ellos pensaban en las piedras de la abadía, creían que las piedras eran más poderosas que mi amor por Moira. Yo debía continuar dirigiendo las obras. Puesto que mis hermanos, puesto que los mortales no me han juzgado, padre, lo harán Dios y las piedras. Incluso Almodius, que declaró como testigo, respetó la consigna y guardó silencio en relación conmigo. Vertió su hiel sobre Moira y quizá fue él quien tuvo esa idea abyecta, esa ocurrencia demoníaca y cruel que fue la pena. En

referencia a la cruz celta que llevaba al cuello, Moira sería torturada recurriendo a los cuatro elementos de la naturaleza hasta que abjurara o muriera. La sentencia sería ejecutada en el Monte, en público, el día de la Ascensión.

Querido padre, mi pluma se paraliza de pronto, al igual que mi sangre se hiela, y me siento impotente para describiros sin exaltarme ese espectáculo que presencié desde lejos. Esas terribles imágenes permanecerán para siempre incrustadas en mí, son mi herida inmortal, y no puedo pensar sin lágrimas en el calvario de Moira, que es desde hace cuarenta años mi cruz. El aire. Un día y una noche. No abjuró y continuó viva. El agua. Un día y una noche. No abjuró, continuó viva y gritó mi nombre. La tierra. Un día y una noche. No abjuró y murió. La tierra la había matado. El día que se celebraba la Ascensión del alma de Cristo al cielo encendieron una gran hoguera en la plaza del pueblo. Ocultaron su muerte al duque y al pueblo, agitaron sus restos como si fueran una marioneta. Después ataron su cadáver a un armazón de hierro y lo colgaron, con ayuda de un pescante, sobre una gran alfombra de brasas. El fuego. Durante un día y una noche, se consumió en las llamas.

Johanna se alejó un instante para que sus lágrimas no mojaran el manuscrito.

Comprenderéis, padre, que me resultaba inconcebible proseguir mi misión como constructor. El único y sagrado deber que me habitaba desde entonces era no abandonar en la segunda muerte a aquella a quien había desasistido en la existencia y sacrificado a las piedras de la abadía; debía luchar para salvar el alma de aquella que no había cesado de salvarme la vida. De manera instintiva, pensé en esta casa, padre, en este santo refugio totalmente dedicado al culto a los muertos, pensé en el abad Odilón, el amigo de Hildeberto, de quien me habían dicho que poseía la misma grandeza de espíritu y de corazón que mi difunto padre, vi el querido rostro de Pedro de Nevers, imaginé su tumba, que sabía que estaba en esta iglesia, pensé, lo confieso, en el privilegio de Cluny, que la situaba al margen del

poder temporal, de todos los obispos y de todos los príncipes de la tierra, y una evidencia iluminó mi mente: debía marcharme del Monte y pedir asilo en Cluny, donde, si Odilón y mi difunto maestro me otorgaban su protección, podría refugiarme en el silencio, expiar mis pecados y, sobre todo, liberar el alma de mi amada para que me acogiera en el cielo el día de mi muerte, puesto que estábamos prometidos el uno al otro para la vida eterna.

Inmediatamente hice partícipe de mi plan a Osmundo, que formuló una sabia objeción: Thierry de Jumiéges y Almodius, el cual tenía un gran ascendiente sobre el nuevo abad, desconfiaban de mí, pero jamás me permitirían dejar la abadía a causa de las obras. De pronto se me ocurrió la solución: hacer creer a mis hermanos que estaba poseído por el alma diabólica de Moira, en forma de una fiebre contagiosa y mortífera que los mataría a todos si permanecía entre ellos. Tuve que convencer a Osmundo de que se prestara a ser cómplice de este engaño, y no fue cosa fácil.

Confieso la impostura, padre, por la que con frecuencia he pedido perdón a Dios, para mí y para Osmundo, pero en aquellas circunstancias ese truco de ilusionista fue la única salida que encontré. Así pues, antes de vísperas ingerí la poción de hierbas que mi amigo había preparado y que debía producirme fiebre, una fiebre física que no disminuiría mi lucidez mental, pero permitiría creer que padecía una misteriosa y gravísima enfermedad. Osmundo estaba aterrorizado, lo que favoreció mis propósitos. En el transcurso de un viaje por Sajonia con mi maestro, había visto a un alma auténticamente poseída por el Diablo, de modo que me inspiré en ese recuerdo. El brebaje provocó sudores, palidez, espasmos y escalofríos. A ello añadí gritos penetrantes, andares descoordinados y movimientos desordenados de los miembros.

Tal como había previsto, el abad vino a interesarse por mi salud al final de la larga jornada de ceremonias. El mismo se convenció de que el alma de la pecadora me perseguía con sus malsanas atenciones y de que muy pronto atormentaría del mismo modo a todos los hermanos de la abadía. Osmundo no tuvo más que sugerirle que tan solo el exorcismo de fray Bernardo podía salvarnos. Y mi ayudante entró entonces en escena. Confieso, padre, haberme aprovechado del aprecio y de la sumisa deferencia que me

profesaba. En cuanto me hubo rociado con agua bendita y hubo pronunciado las fórmulas expiatorias, dejé de agitarme. A continuación le representé un espectáculo sacrílego que me llenó de vergüenza y del que todavía hoy me arrepiento infinitamente, pero que obedecía a una motivación imperiosa. Sabed que era absolutamente preciso que modificara en un punto los planos de Pedro de Nevers, que llevaba en mi escapulario. Esos planos preveían que, cuando se construyera la nave de la nueva iglesia abacial, nuestra iglesia, heredada de los canónigos y de la época en que el Monte pertenecía a Bretaña, y construida en el emplazamiento del primer santuario de Auberto, fuera completamente arrasada. Y era preciso conservar esa iglesia. La iglesia, donde rezábamos a lo largo de todo el día y a la que teníamos prohibido acceder por la noche, ese lugar Santo donde Ricardo el Bueno había contraído matrimonio con Judith de Bretaña, ese doble santuario que se nos había quedado pequeño, que había legitimado la decisión de construir una gran iglesia abacial, en ningún caso debía ser destruido. Era fácil transformar esa iglesia en cripta subterránea que sostuviera la nave de la iglesia abacial, era fácil corregir los planos en ese sentido; era complicado, en cambio, conseguir que el nuevo constructor aceptara ese cambio sin indicarle las causas.

Por eso se me ocurrió aquella idea infamante de hacer que Auberto se expresara por mi boca: Auberto, el santo fundador de la montaña, aprobaba la construcción de la grandiosa iglesia abacial pero prohibía a los hombres tocar su oratorio transformado en iglesia, donde ordenaba que fueran veneradas sus reliquias. Un poseído puede estarlo por un demonio o por un ángel, de modo que yo hice creer a Bernardo que me había liberado de Moira y que eran las fuerzas del Bien las que hablaban a través de mí.

¡Inaudito! Ese era el famoso e inexplicado cambio que tuvo lugar durante las obras de construcción. Era él, ese hombre, quien había firmado el acta de nacimiento de la Virgen Soterraña. Pero ¿a qué se debía esa rocambolesca puesta en escena? ¿Cuáles eran sus misteriosas e imperiosas razones? Tenía que decirlas. Más adelante, más adelante...

No me siento orgulloso de esa artimaña, padre, pero confieso que funcionó más allá de mis esperanzas. Le tendí a Bernardo, no sin sentir una intensa emoción y una gran nostalgia, los planos de Pedro de Nevers que acababa de rectificar delante de él. Mi misión en el Monte ya había terminado. Mi mente estaba liberada de las piedras de la abadía, pero mi cuerpo y mi alma no eran libres. Para eso, tenía que representar la última escena, el último acto. Nada más salir Bernardo de la enfermería, con los planos de mi maestro y el peso de la orden sagrada de Auberto, Osmundo prorrumpió en justificados reproches. El amigo fiel no soportaba que traicionara de ese modo no solo la memoria de Auberto, sino también la de Pedro de Nevers. Tuve que mentirle, pues, también a él, a la persona sin la cual hacía tiempo que estaría muerto. Al ser más leal que me haya sido dado conocer, tuve que asegurarle que había sido mi propio maestro quien, por razones materiales, había concebido ese cambio pero me había dejado la responsabilidad de efectuarlo o no. Lo engañé todavía más diciendo que había llegado a esa conclusión al empezar las obras, pero que, demasiado preocupado por los recientes y trágicos acontecimientos, no había tenido valor para aplicarme a esa tarea, ni tampoco había imaginado que me viera obligado a partir tan repentinamente. Osmundo me creyó, o fingió creerme. No obstante, estaba seguro de que no me traicionaría, y en efecto, jamás me traicionó.

¡Ninguna justificación técnica! ¡Ninguna razón relacionada con la arquitectura! Pero ¿de qué se trataba, entonces, de qué?

Sin embargo, al igual que me estaba vedado revelarle a Osmundo los argumentos que me habían empujado a cometer semejante blasfemia, tampoco puedo exponéroslos hoy a vos, padre, las causas reales de la modificación de los planos deben permanecer siempre ocultos a todos.

La noche había caído, pero, por suerte, estaba bien iluminada por el

astro de las tinieblas y un piélagos de estrellas. Osmundo me hizo beber entonces una sustancia cuyos efectos jamás olvidaré. Dicen que esa planta, la mandrágora, que tiene forma humana y crece bajo el cadalso de los ahorcados, es utilizada por los brujos y los espíritus malignos. La había mezclado con belladona y beleño negro, otras hierbas mágicas, y fue terrible. Mi ser perdió toda conciencia y fue presa, esta vez de verdad, de demoníacas e insostenibles apariciones. Era devorado vivo por criaturas fantásticas que me arrancaban las manos y las vísceras. Tenía la sensación de sangrar por todos los poros de la piel, de vaciarme en una lenta y dolorosa agonía. Los monstruos me comían los ojos, las mejillas, la lengua, mi cabeza era un muñón pútrido, mi cuerpo, una negra marea líquida.

Me sentía desaparecer sin poder morir. Cuando volví en mí, al amanecer, al borde de un campo de centeno, esa sensación era una realidad: había desaparecido, pero no estaba muerto. Osmundo me miraba, espantado y exhausto. Me sonrió. Estaba salvado. Me describió mis terroríficos gritos, los atroces movimientos de mis ojos dilatados, y la prisa del abad y de Almodius por que desapareciera del monasterio e ingresara en el hospicio de Avranches. Yo había previsto que los ilimitados desvelos del prior por la abadía, combinados, y os pido perdón por esto, padre, con cierta cobardía del abad, provocarían ese resultado. Odiaba a Almodius porque había enviado a Moira a una muerte atroz entregándola al poder secular y porque quizá había provocado, de otra manera, la muerte de Hildeberto, pero sabía que todo eso lo había hecho en nombre de la fe. Daos cuenta, padre, la fe era para él una pasión desatada, un amor violento y celoso, obstinado y casi sanguinario, muy alejado de la dulzura y la moderación defendidas por Benito y Hildeberto, y esta vez se encarnaba en su abadía. Eso lo comprendí más tarde, entre estos muros. En aquella época, lo presentía. La abadía era para él una mujer, era su madre y su amante exclusiva. Moira representaba todo lo que él despreciaba y yo, poseído por el Demonio, ponía el monasterio en grave peligro, y eso no podía tolerarlo, porque lo que yo amenazaba era su propia carne. Aquella noche, si hubiera podido estrangularme con sus manos para salvar la abadía, estoy seguro de que lo habría hecho. Se conformó, sin embargo, con exigir mi marcha inmediata al hospicio.

Bebí un poco de vino para recuperarme y comí un trozo de pan mientras Osmundo recitaba el epílogo de la magancería, que tendría que representar él solo: al llegar a Avranches, anunciaría mi horrible muerte, sobrevenida en la barca mientras atravesábamos la bahía de noche, durante la marea alta. Había llevado mis restos a tierra firme y decidido quemarlos para destruir toda amenaza contagiosa de mi diabólica enfermedad. Por la mañana, había recibido la ayuda de unos peregrinos y un vicario que regresaban del Monte para proceder a la inhumación religiosa de mis cenizas en una marisma, a fin de conjurar a los demonios. Temiendo haber sido contagiado, el hermano lego se aislaría en el hospicio y, puesto que no sabía escribir, pediría que enviaran un mensajero al Monte. Al finalizar el período de aislamiento, podría regresar definitivamente al monasterio. Abracé largamente a mi hermano; su barba me pinchaba. Los dos llorábamos, avergonzados de nuestra mentira, felices de haber conseguido nuestro propósito, abrumados por tener que separarnos después de todos los momentos dolorosos que habíamos compartido. Le propuse que me acompañara a Cluny, pero, guiñándome un ojo, contestó que debía de haber calculado mal la dosis de mandrágora, porque seguía diciendo cosas descabelladas. Con el corazón en un puño, me resolví, pues, a separarme de él. A menudo he rezado por él, para que el Altísimo lo perdone por haberse apiadado de mí.

Así pues, comencé mi larga marcha hacia Odilón, Pedro de Nevers y el alma de mi bienamada.

Tras dos semanas de camino, llegué a esta abadía, extenuado, vacilante, dudando súbitamente de que se me ofreciera la misericordia que no merecía. Pero inmediatamente reconocí a Hildeberto en Odilón y me confesé ante él, al igual que ahora me confieso ante vos. Dijo que esta casa era de los difuntos y de los necesitados, y que yo era ambas cosas. Añadió que el largo camino que acababa de recorrer a pie no era nada en comparación con el que me esperaba, y que ese tendría que hacerlo de rodillas. Me prohibió solicitar jamás un cargo de responsabilidad en el seno del monasterio. Se lo prometí; yo tan solo aspiraba a llevar la carga del silencio y la compunción. La única tarea que Odilón me encomendó fue redactar un fragmento del Liber tramitis dedicado a la descripción de los edificios de la abadía.

El Liber tramitis, el Libro del camino, un costumario cluniacense redactado entre 1020 y 1060, describía con una precisión asombrosa la liturgia, pero sobre todo la vida cotidiana de los monjes y su entorno. Ese costumario se había conservado y Johanna lo había estudiado a fondo para su tesis, especialmente la parte relativa a la arquitectura, justo la parte escrita por ese monje.

A lo largo de cuarenta años, fue mi único encuentro con las piedras.

Ese trabajo me resultó muy penoso, ya que las piedras habían dejado de hablarme. Me toleraban como un recuerdo lejano, igual que accedemos a estrechar la mano de un gran amigo que un día nos traicionó. Si me reconfortaron con frecuencia el alma, era únicamente en memoria de mi difunto maestro, su maestro. Yo era para ellas un corazón frío e inerte, que las había cambiado por el de una mujer.

Por esa mujer sin sepultura, sin refugio, he rezado todos los días y todas las noches durante cuarenta años, en todas las misas, en todos los oficios e incluso entre los oficios. En el Monte necesitábamos una semana para cantar el salterio entero; en Cluny, al igual que mis hermanos, lo recitaba de principio afín todos los días. Las numerosas misas destinadas a los difuntos animaron mi corazón árido como un desierto... Réquiem. He rogado, suplicado por la paz del alma de Moira. Me he dirigido a María. He invocado a Pedro. Réquiem. Imploro al cielo que la haya acogido. He envejecido replegado en el silencio, pero no era un silencio sereno. He vivido rodeado de rostros fervientes que eran para mí fantasmas. Convertido en espectro humano, en penumbra entre la luz, en espejismo de una existencia extinguida, solo aspiraba a perecer para ver surgir la vida, besar su aliento y abrazar su voz... Ella me espera, la reconoceré entre todas las almas del firmamento. Tal vez en el momento en que estáis leyendo esto por fin me he reunido con ella. Indudablemente he terminado mi último deber en la tierra, realizado en memoria de ella, en fidelidad al secreto que me confió y a nuestro amor inmortal.

Mi corazón está apesadumbrado porque debo partir, pero no puedo eludir hacerlo. Rezad por mí, padre, vos que sois sapiencia y supremo intercesor. Rezad para que mi alma recupere la paz. Adiós.

Fray Juan de Marburgo, anteriormente fray Román.

Capítulo 12

Las arcadas de medio punto con vidrieras tienen el color del cielo: un azul oscuro salpicado de amarillo, velado poco a poco por franjas rojizas que anuncian la salida del sol. El disco del astro todavía no es visible, pero el éter se aligera y el viento se vuelve menos cortante. Abajo, las aceradas olas aflojan su abrazo nocturno. Muy pronto, la peña quedará libre de sus besos flagelantes.

—*De Angelis... Michael archangele veni in adiutorium...*

De una columna de monjes del color de la noche se eleva la claridad, suave como la luz azulada, modesta, celeste, que acaricia el altar del Arcángel.

—*In excelsis angelí laudant te. In conspectu.*

Bajo las ventanas ilustradas con la leyenda de san Auberto, una segunda columna de benedictinos, paralela a la primera, responde respetando la armonía. De pie en el coro redondo terminado en un ábside de cinco lados, y enmarcados por los pilares que delimitan el deambulatorio, los servidores del Ángel cantan, salmodian a uno y otro lado del altar mayor, en comunión con el universo invisible. Su señor, el príncipe de la milicia celeste, ha velado por ellos en la oscuridad que toca a su fin, al igual que ellos han defendido a los hombres con su plegaria. Los intercesores entre los dos mundos se quedan en silencio. La oración del sacerdote hebdomadario marca el final del oficio de laudes. De dos en dos, los monjes se inclinan ante un alto y enjuto anciano de ojos negros, que bendice a cada uno de sus hijos antes de que salgan del

sanctasanctórum en un avance lento y ordenado. En el exterior, las columnas mudas se ponen la capucha y su silueta se recorta contra la aurora cerúlea. Los monjes que van en cabeza soplan sobre las linternas, superfluas, y toman el camino del dormitorio, más allá del brazo del transepto, pegado al coro de la iglesia y con un alto campanario cuadrado en el centro. La torre, acabada tres años antes, en 1060, alberga una enorme campana llamada Rollón en honor del navegante vikingo, primer señor normando.

Se oye su toque grave en leguas a la redonda, y cuando hay niebla, repiquetea sin parar para guiar a los marinos perdidos entre los peligrosos vapores. Esa mañana de primavera, el aire es tan puro que la campana permanece en silencio. Un novicio alza los ojos hacia las delicadas nubes. Semejante paz en el cielo es excepcional allí, y el religioso se impregna de ella como si de una ofrenda se tratara. De repente, se detiene. El monje que lo sigue con la cabeza bajada tropieza con él refunfuñando. Mirando hacia arriba, el novicio se tapa la boca con una mano mientras con la otra agarra el sayal de su compañero. Este último acaba por mirar en la misma dirección y, paralizado también, grita tendiendo un brazo hacia el cielo. Muy pronto, las dos columnas no son sino vociferaciones, desorden y exclamaciones de espanto. Llaman al abad. Este, que ha sido el último en salir de la iglesia, acude todo lo deprisa que le permiten sus setenta años. Todos sus hijos están vueltos hacia el campanario de la iglesia. Levanta la cabeza y se queda él también petrificado: bajo las arcadas del campanil hay... ¡un ahorcado! Amarrado por el cuello con una gruesa cuerda atada a una viga, un monje se balancea en el aire, la cabeza inclinada hacia un lado, el cuerpo sin vida a merced del viento, rozando las piedras de la atalaya en un balanceo como de incensario.

—¿Quién es? ¿Quién es? —repiten los monjes, santiguándose—. Es imposible, es horrible, ¡por el Señor todopoderoso!

Tan estupefacto como sus hijos, el abad escruta desde lejos el cadáver, difícilmente identificable a esa distancia, y luego toma las riendas de la situación.

—Vamos, calma —dice Almodius—. Que lo desaten y lo bajen inmediatamente —ordena—. ¡Vosotros tres, id! ¡Deprisa!

Unos instantes más tarde, los tres monjes depositan a los pies del abad los restos mortales de fray Antelmo, uno de los monjes más viejos del Monte. Sus ojos azules están desorbitados, como si hubiera visto al Demonio, tiene la piel amoratada, la boca abierta, y todavía lleva la cuerda alrededor del cuello, como un collar. Los frailes prorrumpen en exclamaciones de desesperación: todo lleva a creer que el anciano se ha quitado la vida, un acto rarísimo e inconcebible en un religioso, un elegido de Dios.

—No podemos tener a un suicida en la zona de clausura —constata Almodius, con la voz quebrada por la sorpresa y la emoción—. Hay que llevarlo al refugio de los jornaleros. Prohibidles entrar y..., hermanos enfermeros, examínelo inmediatamente, pues, si se ha quitado la vida, no podremos enterrarlo como buen cristiano. Hijos míos, haced lo que corresponde a vuestro oficio, rezad por el pobre fray Antelmo. Os reuniré lo antes posible, en cuanto nuestros hermanos enfermeros hayan terminado, para decidir la suerte de los restos mortales de nuestro hermano.

Almodius dirige una última mirada al ahorcado y gira sobre sus talones. ¡Fray Antelmo! ¡Un viejo! Sin embargo, estaba en plenas facultades, gobernado por la fe y el amor a su monasterio. ¿Qué ha podido empujarlo a cometer un acto tan grave, un pecado mortal que lo condena a ser repudiado por el Señor y por la comunidad de los fieles? No, decididamente todo eso es inverosímil. Antelmo ya formaba parte de la abadía cuando Almodius llegó siendo un niño, el abad se acuerda muy bien. Antelmo era un joven novicio; fue él quien lo instruyó, los primeros días, acerca del desarrollo de la vida temporal en ese lugar. Pensativo, confuso, Almodius entra en su celda de madera, la celda de los abades donde se encontraron las reliquias de Auberto. El abad Almodius se acerca al fuego y una idea absurda se impone en su mente: dos días y dos noches más tarde tendrá lugar la gran fiesta de la Ascensión de ese año 1063, y Almodius, como todos los años en esa época, celebrará en el secreto de su carne un aniversario más funesto, el de la muerte de Moira. Cuatro décadas. Hace exactamente cuarenta años, justo a esa hora, ella se balanceaba en el aire, al fondo de una jaula de hierro. Almodius se sobresalta: ¡oscilaba en el aire, igual que hoy fray Antelmo! La coincidencia es impresionante. El abad se queda lívido y se sienta tras el escritorio para

controlar el súbito temblor que se ha apoderado de sus viejas piernas. No, es imposible, su mente extenuada le juega malas pasadas, ¡esos cuarenta años han sido tan agotadores para él! Agotadores, caóticos incluso, y Almodius conserva un sabor amargo de los acontecimientos acaecidos en la peña tras la muerte de Moira: tres décadas de intrigas y de luchas habían hecho arder la montaña y Normandía como una hoguera insaciable. Sí, durante treinta años, el gobierno del ducado normando y el de la abadía de Mont-Saint-Michel fueron presa de un destino tumultuoso e inestable. El duque Ricardo el Bueno y el abad Thierry murieron los dos el mismo año, en 1026. Uno de los dos hijos de Ricardo II, Ricardo III, ascendió al trono pero pereció un año más tarde, envenenado. Su hermano Roberto, apodado el Magnífico, le sucedió. En la morada del Ángel, al sobrevenir la muerte de Thierry, Almodius, entonces prior, estaba seguro de que sería nombrado abad.

Pero eso era menospreciar el rencor de fray Roberto, el antiguo prior de Hildeberto, a quien Almodius había usurpado el cargo tres años antes. Por la abadía circuló un rumor, según el cual la muerte de Thierry, misteriosa y fulminante, recordaba la de Hildeberto, y que en los dos casos era Almodius quien había velado personalmente a los enfermos. Asustados por el escándalo que podrían provocar tales habladurías, los monjes se guardaron de elegir como abad a Almodius. Nombraron a Aumodio, un monje del Monte originario del Maine, que mantenía estrechas relaciones con los bretones. Destrozado por esta traición, Almodius renunció a su cargo de prior y se refugió en su scriptorium, pero intrigó ante Roberto el Magnífico, en guerra contra Bretaña, para denunciar las culpables simpatías del abad Aumodio. El duque Roberto expulsó a los bretones de Avranchin y Cotentin, les impuso la paz y retiró el favor a Aumodio a causa de sus colusiones con el enemigo. Pero, aunque había conseguido echar a Aumodio, Almodius no fue recompensado con el cargo que codiciaba, pues el príncipe prefirió a un extranjero. Designó él mismo al nuevo abad: Suppo, originario de Roma, abad en Lombardía y, por lo tanto, ajeno a las batallas de la región. El duque Roberto creyó que se había impuesto la calma. Dejó Normandía en manos de Alain, príncipe de Bretaña, antiguo rival y nuevo aliado, y partió en peregrinación a Tierra Santa. Murió en el camino de regreso, pero tuvo

tiempo de nombrar a su sucesor, un hijo ilegítimo que había tenido con su concubina Arlette, una mujer del pueblo, hija de un curtidor: Guillermo el Bastardo, que entonces contaba siete años. La decisión provocó disturbios en todo el país y el bretón Alain, respetando el juramento hecho a Roberto de preservar Normandía del caos, intervino militarmente, no para apoderarse del ducado, sino para defender los derechos del joven Guillermo, amenazado por la nobleza. Finalmente, Guillermo el Bastardo, a quien más tarde llamarían Guillermo el Conquistador, pudo reinar en Normandía. Fue este príncipe tan joven quien sofocó la rebelión de los nobles y quien, poco a poco, restauró una paz duradera. La paz de Dios protegía a campesinos, peregrinos, religiosos, mujeres, niños y comerciantes de la sangrienta hostilidad de los señores. El nuevo duque proclamó la tregua de Dios sobre todo el territorio y prohibió los combates durante el Adviento, la Cuaresma, la Pascua y en domingo. Naturalmente, ese armisticio no era aplicable a él. Esa tregua de Dios era, de hecho, la tregua del príncipe, un príncipe que se casó con una reina, Matilde de Flandes, y convirtió Normandía en la provincia más dinámica de Europa, un gran soberano que partiría a la conquista de Inglaterra en 1066, el día de san Miguel.

Sin embargo, si bien la calma había regresado a la casa del príncipe, no había sucedido lo mismo en la morada del Ángel. En realidad, el abad Suppo enriquecía el patrimonio, el tesoro y la biblioteca de la abadía montesina, pero también a su familia transalpina. Almodius, al igual que sus hermanos, no tardó en descubrir la simonía de Suppo, sin embargo no se enfrentó a él; decidió esperar, fingiendo no ocuparse de los asuntos temporales del monasterio. Contrariamente a Almodius, Roberto, el antiguo prior de Hildeberto, entró en conflicto abierto con el abad y tuvo que exiliarse del Monte. Se hizo eremita en la isla vecina de Tombelaine, donde redactó un comentario del Cantar de los Cantares. Lo llamaron Roberto de Tombelaine. Liberado de un enemigo, Almodius decidió sacar provecho de los despilfarras del romano amante de la riqueza: hizo dotar a la biblioteca de libros de gran valor y desarrolló las actividades del scriptorium, que adquirió una fama considerable. La paz militar y social restaurada por el duque Guillermo favoreció la circulación de manuscritos y la llegada de los copistas más

hábil y de brillantes intelectuales que fundaron una escuela en Avranches. En esa época, el mundo de Almodius era de pergamino de piel de cordero, o de delicada vitela de ternero nacido muerto. Su universo estaba constituido de plumas de pájaro, cuernos de buey, patas de liebre, hojas de oro y pigmentos de color, de cuya secreta alquimia nacían las iluminaciones en rojo y verde típicas del trabajo montesino. Sus pensamientos estaban poblados de orlas, de palmetas, de letras capitales con cabezas de perro, máscaras de dragón, águilas y leones. El constructor había construido la leyenda del Monte con piedras; él la erigía sobre finas pieles de animal y sobre su propia piel: arrugada y amarilleada por los años, reseca a causa de la interminable espera y fustigada por la penitencia, la carne de su cuerpo estaba marcada por estigmas densos como regueros de tinta. Sus ojos negros, fatigados por el examen minucioso de los manuscritos, veían a veces danzar las criaturas fantásticas de las iniciales zoo-mórficas.

Hizo copiar a Platón, la Biblia, a Beda el Venerable, a los santos Agustín, Jerónimo, Ambrosio y Gregorio Magno, numerosos tratados de ciencias profanas, pero la obra de la que se sentía más orgulloso era sin discusión *De introductio monachorum*, la historia sagrada del Monte, la leyenda de Auberto y de la montaña, escrita como la de Moisés y el Sinaí, en la que la abadía benedictina adoptaba la forma de la Jerusalén celeste. La construcción de la gran iglesia abacial aún no había terminado, pero ya vivía para la eternidad la gloriosa epopeya de los benedictinos del «Mont-Saint-Michel a merced del mar». Con vistas a edificar el alma de los peregrinos, Almodius hizo escribir también los *Miracula*, una recopilación de anécdotas sobre las apariciones y los milagros protagonizados por el Arcángel, como la de aquella mujer embarazada a quien san Miguel salvó de las aguas durante la marea alta apartando el mar a su alrededor, en un lugar que después habían señalado con una gran cruz que aparecía y desaparecía a capricho de las mareas.

Mientras Almodius se dedicaba por entero a la ciudad de los libros, el conflicto entre el abad Suppo y sus indignados hijos alcanzaba tal magnitud que los monjes amenazaban al abad con toda clase de hostilidades. El duque Guillermo tuvo que intervenir y mandó a Suppo de vuelta a su península.

Almodius creyó una vez más que había llegado su turno, y una vez más sus esperanzas se vieron frustradas. En la montaña, la excitación había llegado al límite y, pese al alivio causado por la destitución de Suppo, los hermanos seguían irascibles: ¡un abad había osado robar a su abadía! ¡Era al mismísimo Dios a quien Suppo había traicionado! Había que dejar de reclutar a los abades fuera de la montaña; que los duques normandos cesaran de intervenir en esa elección y que los monjes los eligieran libremente entre ellos, tal como prescribía la regla. Almodius era uno de ellos, es verdad, pero los benedictinos desconfiaban de quien había explotado los vicios de Suppo. No tenían en cuenta que Almodius había enriquecido el scriptorium, luego la abadía, y no a sí mismo. Ofendido por tanta necedad e ingratitud, Almodius se dejó llevar por la vehemencia que teñía su carácter y cometió un error que le costó el cargo de abad. Acusó a sus hermanos de regodearse en el desorden que reinaba en la peña y de gozar personalmente de aquellos años de incuria: en el refectorio les servían vino puro en proporciones que no habían cesado de aumentar, se atiborraban de carne asada, de tocino y de alimentos que la regla prohibía. Descuidaban el trabajo manual, tan querido por Benito, en beneficio de misas privadas, cada vez más numerosas, por las que recibían dinero que algunos no entregaban a la comunidad. En una palabra, se habían aprovechado de la manga ancha de Suppo y, como su antiguo abad, su corazón estaba corrompido. Irritados por semejante acusación, y asustados ante la idea de verse reducidos de nuevo a la pobreza, al vino mezclado con agua y al puré de judías, los monjes relegaron a Almodius a su sagrado *scriptorium* y se negaron a elegirlo. Lo lamentaron amargamente: el duque Guillermo aprovechó la circunstancia para imponerles a otro de fuera de la abadía montesina, un monje de Fécamp, Raúl de Beaumont. Esto sucedió en 1048, Almodius tenía cincuenta años y hacía veinticinco que esperaba acceder al abaciado. Raúl resultó ser un pésimo abad, y la situación en la peña se hizo insostenible. En 1050, Raúl salió del Monte para ir a Jerusalén. Murió en el camino de regreso, extenuado por las fatigas del viaje, como Roberto el Magnífico. En su deseo de evitar a toda costa que el duque Guillermo les impusiera de nuevo a una de sus criaturas, los monjes estuvieron sin abad durante casi tres años, en una anarquía total. Mientras

tanto, el tenaz Almodius iba convenciéndolos uno a uno de que solo él podía restaurar el orden y la grandeza en todo el monasterio. Como había aprendido la lección que sus hermanos le habían dado con ocasión de la sucesión de Suppo, contuvo su violencia y empleó la diplomacia. Su argumento principal era su pertenencia a la abadía, a la que llevaba consagrado cincuenta y siete años. Pocos hermanos podían jactarse de haber sido fieles al monasterio montesino durante tanto tiempo. Prometió que, si era elegido, no modificaría la práctica de las misas de pago ni las costumbres en vigor en el refectorio. El candidato logró convencer. Quedaba, no obstante, un obstáculo mayor: el duque de Normandía. Aprovechando las dificultades militares de Guillermo frente al rey de Francia y su necesidad de dinero, los monjes obtuvieron su permiso para elegir libremente a un abad entre ellos a cambio de un donativo financiero al ducado. Era un acto de simonía similar a los que habían reprochado a Suppo, pero para ellos tenía una justificación suprema: que el Monte fuera de los montesinos. Los frailes del Monte, insulares celosos de su autonomía y su independencia, obtenían, pues, su revancha frente a los príncipes normandos.

El poder sobre la abadía de personas de fuera de esta se había vuelto tan abiertamente incompatible con su particularismo y su deseo de ser soberanos de sí mismos que, unos años más tarde, Almodius y sus monjes llegaron incluso a redactar una falsa bula papal en la que se concedía al monasterio libertad para celebrar elecciones. Guillermo se lo creyó. De momento, en ese año 1053, Almodius podía por fin, después de treinta años de espera, remar sobre los cincuenta frailes y sobre la peña sagrada. A los sesenta años hacía realidad el sueño de toda su existencia: el báculo, la cruz cincelada y el anillo blasonado. Poseía la abadía, el Mont-Saint-Michel.

Transcurrió un decenio en la paz que la montaña del Ángel finalmente había encontrado, sin incidentes, sin desórdenes, hasta la antevíspera de la Ascensión de 1063.

—Nuestro hermano Antelmo no presenta ninguna huella de herida, padre —dice fray Godofredo, uno de los dos monjes enfermeros, ante la comunidad reunida en capítulo—. Ninguna lesión, salvo la ocasionada por la cuerda, lo que me lleva a pensar que se trata de un accidente: estaba oscuro, y todos

sabemos que había perdido mucha visión... En la oscuridad, pudo enredarse con las cuerdas, golpearse la cabeza con un objeto duro, seguramente la campana Rollón, y malhadadamente caer y quedar inconsciente, estrangulado por la maraña de cabos que lo mantenían prisionero.

—¿Caer fuera del campanario? Además, ¿qué iba a hacer en el campanario? —objeta Almodius—. Fray Antelmo tenía más de ochenta años, estaba, efectivamente, casi ciego, pero además caminaba con dificultad, daba los menos pasos posibles, se consagraba por entero a la oración. No tenía ninguna razón para destruirse, estoy de acuerdo, pero tampoco tenía ninguna para infligirse ese penoso ascenso a la torre.

—Ignoro por qué subió —interviene fray Marcos, un joven monje sacerdote—, pero lo que puedo atestiguar ante vosotros, padre y hermanos, es que le vi subir la escalera del campanario y luego bajarla.

El estupor invade las filas de los religiosos.

—¿Cómo, fray Marcos? —pregunta el abad en medio del tumulto—. ¡Explicaos!

—Veréis, padre, Dios quiso que fuera el vecino de dormitorio de fray Antelmo, y vos habéis recordado que se movía con dificultad. Así pues, yo había tomado la costumbre de ayudarlo a acostarse y a levantarse, con el debido respeto a su rango y a su edad. Anoche, después de vigiliass, me sorprendió no verlo entrar en la habitación. Temí que hubiera sufrido una indisposición por el camino, así que cogí una linterna y me dirigí a la iglesia para buscarlo. Fue entonces cuando lo vi en la base del campanil. Apoyado en el bastón, entró en la torre y subió la escalera con muchas dificultades. Infringiendo la regla, lo llamé, pero ya sabéis que estaba un poco sordo; no me oyó o no quiso contestarme. Preocupado, me situé a cierta distancia de la torre y esperé. Al cabo de un rato, apareció al pie de la escalera con la capucha puesta y apoyado en el bastón, pero, en lugar de dirigirse hacia, mí, le vi dirigirse hacia el exterior de la clausura. Pensé en llamarlo de nuevo, pero no me atreví a importunar de tal modo al patriarca de la abadía. Temía que me regañara agriamente, tal como en ocasiones hacía —añade, sonrojándose—, y me acusara de estar demasiado encima de él. Volví y me acosté hasta laudes.

—¿No levantasteis la cabeza? ¿No visteis el cadáver colgando? — pregunta Almodius.

—Por desgracia, no, padre. Miraba la puerta del campanil haciendo un gran esfuerzo, pues estaba muy oscuro, e interrogándome acerca de la conveniencia de cruzarla yo también, y desde donde estaba no podía distinguir el otro lado del campanario, el lado donde hemos descubierto a nuestro hermano.

El abad reflexiona un momento, se pasa una larga y nerviosa mano, manchada de tinta, por la tonsura convertida en calva bordeada de contados cabellos grises. Mientras tanto, los monjes, aterrorizados, murmuran que es el alma de Antelmo lo que Marcos vio salir de la torre. Su alma o... su fantasma.

—¡Basta! —dice Almodius, cuyo humor se agria cada vez más—. Dejaos de pamplinas. La explicación de ese fenómeno es simple: o bien Antelmo esperó fuera de la clausura a que fray Marcos desapareciera, y regresó más tarde al campanario para cometer el pecado que la Iglesia reprueba y que le valdría la excomunión, o bien alguien atrajo a nuestro hermano al campanario, alguien que esperaba en lo alto de la torre, ahorcó a Antelmo y bajó, y es a ese alguien, a ese asesino, a quien fray Marcos vio salir y escapar, tomándolo por fray Antelmo.

Las últimas palabras del abad dejan helados a los presentes. ¡Un crimen! ¡Un crimen en su abadía! Pero ¿quién podría desear algún mal a uno de los más ancianos y devotos servidores del Ángel, aparte... aparte del Maligno?

—Hijos míos, os lo ruego —dice el abad en tono firme pero afable—, no dejéis que el pánico se apodere de vosotros. Todavía no estamos seguros de nada, y el Arcángel nos ayudará a dilucidar este penoso asunto. Vamos a rezar a san Miguel, hijos míos, para que nos ilumine tal como siempre ha hecho, vamos a rezar para que cuide del alma de Antelmo, vamos a celebrar misa. Dejo en manos de nuestro prior, fray Juan de Balbec, la tarea de interrogar con toda discreción a los numerosos peregrinos y a los lugareños. ¡Vayamos hacia la luz, hijos míos!

Esa mañana, la primera misa del día tiene lugar en la cripta de Nuestra Señora de los Treinta Cirios, como todas las mañanas, pero la ceremonia se

tiñe ese día de tristeza, de un sentimiento de temor y luego de una esperanza extática que la atmósfera del santuario subterráneo refuerza: coronada por dos bóvedas de arista y una bóveda de cascarón en el ábside, la cripta parece una gruta oscura, íntima y tranquilizadora como el vientre de una madre. El techo es bajo, el espacio reducido, tiene una sola nave, y está dedicada a la Madre, la Virgen, una Virgen blanca de misericordia. Llamada así a causa de los treinta cirios que arden en su interior, se encuentra situada en la zona de clausura y, por lo tanto, está reservada a los monjes del Monte. Es el lugar donde se celebra la primera misa de la mañana y completas, el último oficio de la noche; las demás ceremonias se desarrollan ahora en el coro de la nueva iglesia. Nuestra Señora de los Treinta Cirios sostiene el brazo norte del transepto de la gran iglesia abacial.

La cripta de San Martín, al sur, sostiene el otro brazo del transepto: majestuosa, monumental, con bóveda de cañón continua de un tamaño colosal, traza un cuadrado perfecto rematado por un semicírculo puro. Fuera de la zona de clausura, por consiguiente de libre acceso para todos, y ricamente decorada, representa la muerte y la lírica accesión del alma al cielo. Destinada a ser el lugar de inhumación de los grandes personajes benefactores del monasterio, la cripta de San Martín inaugura un nuevo espacio mortuario, un cementerio cuya explanada se extiende entre sus muros y la antigua capilla de San Martín, que ha sido secularizada y transformada en osario.

Finalizada la misa matutina, Almodius deja a los monjes sacerdotes celebrando sus lucrativas misas privadas. A dos días de la Ascensión, la multitud de peregrinos es inmensa. Perdido en sus pensamientos, da una vuelta alrededor de la iglesia abacial e inspecciona el dominio del que es señor indiscutible. Hace diez años, cuando por fin fue nombrado abad, su primera preocupación fueron las obras de construcción. En tres décadas, los constructores se habían sucedido al mismo ritmo que los abades y la confusión ambiental había afectado a las obras, que habían sufrido retrasos.

De 1023 a 1026, fray Bernardo había bregado solo con las obras de la cripta del coro, pero el bastón de constructor parecía quemarle las manos. Poco a poco, se había ido convenciendo de que sobre los que tocaban los

planos de la nueva abadía recaía una maldición: Pedro de Nevers, Hildeberto y su maestro, Román, habían muerto, y él temía que le llegara el turno. El abad Thierry le había explicado que, si realmente había habido anatema, este había sido retirado por Auberto la noche que había hecho modificar los planos en presencia del propio Bernardo: la voluntad del fundador de la montaña, que sus predecesores no habían tenido en cuenta, era ahora respetada, y ya no había ninguna razón para que la muerte se abatiera sobre los que manejaban los dibujos. Bernardo lo había creído durante algún tiempo, pero la muerte de Jehan, el maestro cantero, que consultaba a menudo los planos, lo había sumido primero en el escepticismo y más tarde en el pánico. Se trataba, sin embargo, de un accidente normal, semejante a los que se producían casi a diario en la obra: un pescante cargado con un bloque de varios quintales se había partido y maese Jehan, que se encontraba cerca, había desaparecido bajo la enorme piedra. No había perecido enseguida, sino que, trasladado a la enfermería de Osmundo, se había pasado varios días gritando, con el cuerpo destrozado y presa de apariciones infernales, antes de morir.

Esa visión hizo acudir a la mente de fray Bernardo el doloroso recuerdo de su maestro poseído por el Demonio y reavivó sus temores. A partir de entonces, todos los accidentes que se producían en la obra eran interpretados por Bernardo como una amenaza directa contra él. Abandonaba a menudo su trabajo para rezar y prefirió cada vez más el silencio de la capilla de San Martín al estruendo de la obra. Cuando el abad Thierry y más tarde Ricardo II el Bueno murieron, de manera repentina y misteriosa, en el intervalo de unas semanas, Bernardo perdió la cabeza. Declaró que era la maldición, arrojó los planos y el bastón de constructor sobre uno de los dos altares de la iglesia carolingia, que todos llamaban ya la Virgen Soterraña aunque estuviera inundada de claridad. Después se marchó. Nadie supo nunca qué había sido de él.

Fue Aumodio quien edificó el coro, con un nuevo constructor al que hizo ir desde Bretaña y que había trabajado en el coro de la abadía de la Couture, en Le Mans, ciudad de la que era originario el abad. El sanctasanctorum, estrictamente reservado a san Miguel y a los monjes sacerdotes, fue

construido según los planos de Pedro de Nevers: la cabecera sobresale de la montaña y los muros de la cripta del coro sostienen esa parte. Antes incluso de terminar el coro, los servidores del Ángel supieron que su señor había tomado posesión del lugar: se produjeron fenómenos sobrenaturales que los escribas de Almodius relataron de inmediato. Fray Drogón vio tres ángeles disfrazados de peregrinos, sosteniendo cirios ante el altar mayor durante la noche. No se inclinó, e inmediatamente recibió un bofetón de una mano invisible; por la mañana, estaba muerto. En otra ocasión, una llama surgida del altar quemó a dos monjes que leían descuidadamente el breviario; el propio Arcángel atravesó el coro, también de noche, en forma de columna de fuego. En cuanto a las tormentas magnéticas, fueron propicias a las apariciones. Por estas razones, el acceso nocturno al santuario fue estrictamente reglamentado, como ya se hacía con la iglesia carolingia. En ese lugar consagrado, la noche quedó reservada para las criaturas espirituales, y ningún mortal debía penetrar en la nueva iglesia entre completas y viglias.

Suppo había erigido el transepto en la punta aplanada de la peña. En cuanto a Raúl de Beaumont, apenas tuvo tiempo de edificar los pilares del crucero del transepto y de comenzar la torre que se eleva sobre dichos pilares. La finalización de ese campanario mortal para Antelmo fue la primera tarea del abad Almodius y del constructor que hizo ir desde Gasuña: Eudes de Fezensac, un laico, hecho rarísimo en la época.

Los edificios conventuales que rodeaban la iglesia carolingia fueron destruidos y reemplazados por unas construcciones provisionales de madera situadas en una ladera de la montaña, a fin de poder levantarlos de nuevo, en piedra, escalonados a lo largo de la nave de la iglesia abacial, nave cuya construcción está en curso. Almodius desea grabar su nombre en la historia como el de quien terminó la gran iglesia abacial y por ello ha hecho acelerar las obras. La iglesia carolingia merece por fin su nombre de la Virgen Soterraña: forrada de mampostería, han reforzado sus muros, aumentado el diámetro del pilar central y añadido un vestíbulo para que pueda aguantar sin derrumbarse los tramos de la nave que están construyendo encima. Circundada por una galería ascendente y flanqueada por los edificios conventuales en proceso de construcción, han tapado sus ventanas y ahora se

halla totalmente privada de luz, lo que altera su atmósfera. Los exaltados responsorios de antaño han sido sustituidos por un silencio sombrío y recogido, por la introspección oscura, apenas guiada por la llama de los cirios que arden en el altar de la Santísima Trinidad y en su gemelo, que acoge a la Virgen negra, reina de los ángeles. El cráneo de Auberto, agujereado por el dedo del Ángel, y su santísimo brazo han sido depositados en una urna opaca y cerrada, ornada con brocado y pedrería. Nadie debe poner sus ojos impuros sobre las reliquias, pues se expone a quedarse ciego en el acto, pero, tal como deseó Auberto, todos deben poder venerar a distancia el tesoro de la abadía, su corazón glorioso e ilustre, que late en ese lugar de misterio, antes de acceder a la iluminación de la iglesia de arriba.

Almodius examina las obras de la nave escoltado por su constructor: encima de la cripta de la Virgen Soterraña emergen, a cielo abierto, un suelo de piedra y unos pilares, invadidos de artilugios y de efervescencia obrera. Por el momento, aquello parecen las ruinas de un templo romano, pero el abad imagina lo que será ese lugar dentro de una o dos décadas: de una longitud impresionante, la nave de la cruz latina estará constituida por siete tramos idénticos, separados por columnas que suben hasta el final y divididas en tres niveles. Arriba se abrirán grandes ventanas, coronadas por arcos de descarga de medio punto que cerrarán cada tramo sobre sí mismo. Las vidrieras representarán la Pasión, y un bello artesonado cubrirá la nave. Será magnífico, original, poderoso y eterno. Será la obra de Almodius, con la que sueña todas las noches. Desgraciadamente, esa mañana Eudes de Fezensac interrumpe el sueño grandioso del constructor.

—Padre, perdonad la pregunta, pero los porteadores se han encontrado con la sorpresa de que los han echado de su cabaña. Han visto el cadáver, rodeado de vuestros enfermeros, y no hablan de otra cosa. Temen una epidemia... ¿Podéis explicarme qué ha sucedido para que apacigüe sus temores?

El abad parece despertar.

—¿Creéis que, para salvar a mis monjes, soy capaz de matar a los hombres que construyen nuestra inmortalidad? —replica de mal humor—. ¡Calumnias y más calumnias! —vocifera, mirando con frialdad a su

constructor.

El gascón es un robusto jayán rubio con barba y bigote, que le harían parecer un vikingo de no ser porque los lleva cuidadosamente recortados. Siente una devoción teñida de temor por el viejo abad, cuyas reacciones, a menudo violentas, es imposible prever. El delgado anciano parece enclenque, pero está más robusto que una cepa de vid y tiene una mente tan viva y coriácea como una mala hierba. Sobre todo, es impenetrable y no tolera que nadie intente averiguar lo que piensa, ni siquiera en lo referente a la comunidad, que parece llevar él solo sobre los hombros. Eudes de Fezensac baja la cabeza y se muerde la lengua. ¡Diantre, qué desconfiado y susceptible es ese hombre! ¡No es un crimen preguntar por un difunto cuyo cuerpo es depositado sin motivo en la casa de sus hombres! Sus hombres, sí, porque, a cada cual lo suyo, el abad protege a sus monjes, pero él debe ocuparse de los obreros, que son mucho más numerosos. No puede impedirles hablar, y ¿qué hará si se marchan del Monte por miedo a la enfermedad? Los religiosos no se pondrán a transportar piedras y a preparar el mortero. El constructor levanta la barbilla para contestar a Almodius, pero el abad ya se ha ido.

Refugiado en su celda, Almodius echa chispas: sea cual sea la causa de la muerte de Antelmo, ese fallecimiento amenaza con sembrar la confusión en la montaña, en el momento en que él necesita el apoyo de todos, y sobre todo del duque, para terminar las obras. Extiende los planos de la iglesia abacial sobre la mesa. Al ver los dibujos de Pedro de Nevers, rectificadas por la mano de Román en cumplimiento de los deseos de Auberto, no puede evitar una oleada de emoción. El anciano está solo en su celda de abad, la celda en la que Moira fue interrogada hace cuarenta años, la celda donde Hildeberto y Thierry murieron, donde los abades deshonorados vivieron, la celda tan ansiada y que tardó tanto en ser suya. Ese día, las paredes de la cabaña hacen surgir siluetas lejanas, fantasmas dolorosos que él creía domeñados desde hacía tiempo. Acaricia los pergaminos que Bernardo creía fatales pensando que quizá el antiguo constructor tenía razón: todos esos muertos, esa agitación, esas traiciones, esas intrigas..., y ahora el misterio de esa muerte súbita. Coge un poco de agua fresca de un lebrillo de barro y se lo echa sobre la cabeza mientras se dice que está perdiendo el juicio. No, san Miguel vela

por él, por todos ellos. La prueba es que ninguno de los abades indignos, ni Aumodio, ni Suppo, ni Raúl, disfrutaron del honor y la gracia de acceder al cielo en este lugar bendito. Él espera morir en la montaña sagrada. ¡Todo este tiempo amándola, suspirando, trabajando para que un día su aliento alcance las nubes del Arcángel y su cuerpo la tierra del Monte! Sí, todo lo que ha hecho en su larga existencia era con ese propósito. Ojalá el Señor le conceda la alegría de esa hora tan ansiada, apaciguar su memoria y permitirle continuar sirviéndolo, acabar la Jerusalén celeste... El poderoso Almodius nota los ojos húmedos. Parpadea y se levanta con energía. El cielo lo ayudará a contemporizar con el pasado y a modelar el futuro.

Víspera de la Ascensión. Las indagaciones del prior, Juan de Balbec, entre los peregrinos y la gente del pueblo no ha permitido aclarar la muerte de Antelmo. Fray Marcos sigue siendo la última persona que lo vio vivo. Los sospechosos restos mortales todavía yacen, sin recibir los sacramentos, en un cobertizo de la obra. Eudes de Fezensac ha intentado frenar las murmuraciones de sus hombres, pero estas han sido estimuladas por los interrogatorios del prior y los chismorreos de los monjes. Los rumores se extienden por la montaña, y hablan de suicidio, o de homicidio. Las dos cosas son igual de graves para unas conciencias cristianas, pero las consecuencias para el alma de Antelmo son muy diferentes. En el primer caso, tiene todas las posibilidades de pudrirse en el Infierno, mientras que en el segundo las puertas del cielo se abren ante él. El abad sabe perfectamente que, de todas formas, graves acusaciones pesarán sobre su monasterio. Esa mañana debe decidir la suerte de Antelmo y se halla presa de un dilema interior. A falta de pruebas claras, ¿por qué solución inclinarse, que afecte menos a la reputación de la abadía? Lo menos perjudicial para todos ellos, incluido Antelmo, sería la tesis del accidente.

A Almodius no le parece creíble ni por asomo y sabe que a muy pocos se lo parecerá, pero debe pensar ante todo en la gloria de la casa del Ángel. Ningún crimen puede mancharla. Al finalizar la misa mayor celebrada en la iglesia, ante las miradas llenas de sobreentendidos de los lugareños, de los obreros y de los peregrinos apiñados en el transepto, el abad ha decidido que, oficialmente, el anciano casi inválido había caído entre las cuerdas y que será

inhumado como buen cristiano. Los fieles y los monjes salen de la iglesia. Almodius se queda en el coro para recogerse delante del altar mayor. De rodillas, con la cabeza bajada y los ojos cerrados, pide perdón por la mentira que se dispone a hacer pasar por verdad en nombre del Arcángel, cuando una mano le toca la espalda.

—Padre, perdonad que turbe vuestra oración, pero debéis venir enseguida.

Almodius se vuelve, con la mirada tan inflexible y seca como su cuerpo. El prior está frente a él, con el semblante descompuesto.

—Bueno, Juan, ¿qué ocurre?

—Os lo ruego, padre, acompañadme, es importante.

Almodius obedece, con el corazón invadido por un desagradable presentimiento. En el exterior lo esperan dos pescadores de la bahía, padre e hijo, que retuercen, angustiados, sus grandes manos rojas y callosas. El abad se acerca a ellos en silencio.

—Padre —dice el mayor—, pobres de nosotros... ¡el Señor nos ha enviado otra desgracia!

—Ya os lamentaréis más tarde. ¿Qué pasa? —pregunta el abad, impaciente.

—Ha sido esta mañana, hace un rato —responde el hijo, un pelirrojo con los dientes amarillos—. Aprovechando la marea baja, padre y yo estábamos revisando la barca. Hemos oído gritos en la playa, hacia Tombelaine. «Otro peregrino atrapado en las arenas movedizas», ha dicho padre. Hemos ido a socorrer al imprudente, solemos hacerlo, a veces dan una moneda, y no es cuestión de rechazarla.

—Sí, sí, ¿y qué?

—Nos hemos acercado, había mucha gente gritando, llorando, levantando el bastón hacia el cielo... Pero... pero... ¡no eran las arenas movedizas, era el mar, un ahogado, y no era uno de ellos, padre, era uno de los vuestros!

Almodius ha hecho llevar el cadáver directamente a la enfermería.

El ahogado se llama Romualdo y es un anciano de sesenta años, presente en el monasterio desde hace más de cincuenta.

Otro veterano, aunque más joven que Almodius. A él, el abad también lo

había conocido bien, ya que fue copista en el *scriptorium* mientras la vista se lo permitió. También él vivía encerrado en la oración y la espera de la muerte. Esta ha llegado esa mañana, pero otro hombre ha precipitado el destino. Esta vez no cabe lugar a dudas: Antelmo y Romualdo no se han quitado la vida, y tampoco se trata de accidentes. Un asesino merodea por la montaña.

Los dos cuerpos han sido lavados por sus hermanos, su cogulla ha sido cosida, su capucha bajada; luego, Almodius los ha hecho trasladar solemnemente a la cripta de San Martín. Reposan juntos, incensados, rociados de agua bendita, con los candelabros rituales junto a la cabeza y los pies. Los monjes los han acompañado todo el día, pero, poco antes de completas de la víspera de la Ascensión, las dos víctimas están solas en el aire oscuro y denso de la cripta de los difuntos: los vivos se encuentran reunidos en la sala capitular improvisada, donde el ambiente es explosivo.

—¡Es obra del Arcángel! —clama con su voz de bajo fray Esteban, uno de los patriarcas de la comunidad—. ¡No ha sido un hombre, sino la mano del Ángel quien ha cometido esos crímenes, para castigarnos por haber roto la promesa que le hicimos hace cuatro décadas!

—Veamos, fray Esteban —interviene Almodius—, sabéis de sobra que he tomado esa decisión precisamente para hacer honor a la promesa hecha al Arcángel de terminar su morada.

—¡Tonterías! —ruge el viejo Esteban, tendiendo un dedo acusador hacia el abad—. ¡Vos servís a san Miguel mediante el ultraje e insultáis a su primer servidor: san Auberto! San Auberto, sí, que hace cuarenta años se manifestó y pidió que no se tocara nunca la antigua iglesia que contiene su sagrado oratorio. ¿Y qué hacéis vos, sino mancillar ese lugar sagrado? ¡Las fuerzas del cielo se vengán en nuestra persona a causa de esa profanación! ¡Esos crímenes son una advertencia de los ángeles, lo sé, hermanos, y os lo aseguro!

Entre los asistentes se forma un terrible guirigay. Los monjes se increpan, exponen sus argumentos y se dividen en dos bandos: los partidarios de Esteban y los de Almodius.

El motivo de la disputa es crucial, ya que afecta a san Auberto, a los

ángeles y a la Virgen Soterraña. Hace unos días que, por decisión del abad Almodius, está prohibido el acceso a la cripta subterránea. Se han puesto en marcha nuevas obras, para ser más exactos, unas excavaciones en los cimientos del santuario para exhumar eventuales reliquias. El abad ha ordenado realizar esta insólita campaña porque, en ese año 1063, se encuentra acorralado: las obras de construcción de la abadía son caras, más de lo que reportan las propiedades del monasterio. Desgraciadamente, el principal inversor de la abadía, el duque de Normandía, se muestra menos generoso desde que su pariente, el rey de Inglaterra Eduardo el Confesor, le ha prometido su trono en herencia. Guillermo sabe que la nobleza inglesa, en particular el conde Haroldo, se opone a esa sucesión, de modo que, mientras espera la muerte de Eduardo, se prepara para una expedición a Inglaterra que marcará la historia pero que por el momento exige todo su dinero. Pensando ante todo en su abadía, Almodius ha recordado el descubrimiento de las reliquias de Auberto, escondidas por los canónigos en el techo de la celda del abad: a raíz de este acontecimiento, que la leyenda ha convertido en fortuito, Ricardo II, la duquesa Gonor y un gran número de personajes, famosos o desconocidos, hicieron donativos sustanciales al monasterio, lo que permitió a Hildeberto iniciar las obras de la gran iglesia abacial. Para terminar esas obras, Almodius necesita más reliquias. Y ¿qué sitio mejor para descubrirlas que la antigua iglesia, construida en el emplazamiento del santuario de Auberto? En caso necesario, Almodius está dispuesto a inventar esos santísimos restos, tal como algunos impertinentes sospecharon que había hecho Hildeberto.

Sin embargo, lo que el abad jamás confesará es que esas excavaciones también están motivadas por una oscura razón, por una pregunta que lleva haciéndose cuarenta años: ¿por qué modificó Román los planos de su maestro antes de morir? ¿Por qué quiso salvaguardar la antigua iglesia de los canónigos, que todos odiaban? Almodius enseguida puso en duda que san Auberto se hubiera manifestado por boca de Román y prohibió a sus escribas que consignaran ese hecho en las recopilaciones de milagros. Que el constructor hubiera estado poseído por el alma malévolamente de esa mujer impía, sea, pero que el venerable fundador de la montaña le hubiera pedido que

corrigiera los planos... Todos querían creerlo, él mismo había fingido aceptarlo para proteger al monasterio y desembarazarse de Román, pero, en el fondo, siempre había sido escéptico. El abad Thierry y fray Bernardo estaban convencidos del prodigio, pero ellos ya no están allí para tratar de persuadir a Almodius.

Este último esperaba que, al no haber constancia de ella por escrito, la anécdota se olvidaría, pero la memoria de los viejos monjes la conservó y, de boca en boca, la historia fue transmitida a los más jóvenes, embellecida, adornada, iluminada como un pergamino que nunca existirá más que en la mente de los frailes. Cuarenta años después, coexisten varias versiones orales de aquella aventura, pero en el monasterio nadie desconoce el relato. Ese día, fray Esteban sigue intentando convencer al abad de la veracidad del milagro, al igual que algunos monjes, jóvenes y viejos, que tiemblan de espanto ante la idea de desobedecer la orden de Auberto de no excavar jamás bajo la iglesia. Pero Almodius es el señor de la montaña y ya no está obligado a obedecer a unos ancianos crédulos y tontos. Muy pronto tendrá la respuesta al interrogante que lo atormenta desde hace cuatro décadas. En cuanto a los crímenes, una idea se abre paso en su mente, una explicación que le atrae más que la de la mano justiciera de un ángel iracundo.

—Hijos míos, escuchad lo que tengo que deciros —ordena a la estrepitosa asamblea—. Los ángeles nos observan, nos vigilan, y el primero de ellos gobierna esta casa. San Miguel ha manifestado en repetidas ocasiones su voluntad y su cólera, muchos de nosotros hemos sido testigos de ello, y algunos sus justas víctimas. Pero recordemos que las potencias celestes nunca han dejado espacio para la ambigüedad, para la duda sobre el sentido de su deseo, y que han mostrado su determinación mediante estigmas flagrantes. Acordaos de nuestro hermano Dragón, que había insultado a los ángeles penetrando en el coro de la nueva iglesia entre completas y vigiliias. Cuando murió, por la mañana, en su mejilla era visible la marca de la bofetada celeste. El propio Auberto lleva en el cráneo la marca del dedo de san Miguel. En cambio, los cuerpos de Antelmo y de Romualdo, que todos habéis visto, no presentan ninguna huella de una eminente firma sobrenatural.

Almodius ha logrado captar de nuevo la atención de sus monjes. Puede

proseguir su estrategia de defensa atacando:

—¿Me creéis hombre que se atreva a desafiar los designios de nuestro señor supremo, yo que siempre he actuado por la salvaguarda de la abadía, por todos vosotros, por nuestra salvación colectiva? Nuestro buen hermano Esteban despierta ahora de su sopor, señala a un culpable, pero ¿qué hizo durante las sombrías horas que atravesó esta casa, cuando era puesta en peligro por abades decadentes y el secuestro de los señores normandos?

Esteban se subleva. Los monjes bajan la cabeza en un silencio denso.

—Os aseguro que, si tal fuera el deseo del Arcángel, abandonaría de inmediato esas excavaciones, cuyo único objetivo es permitirnos seguir financiando las obras de la iglesia abacial. Pero estoy convencido de que las muertes de Antelmo y de Romualdo no han sido causadas por una mano angélica, sino por una mano muy humana, y tengo una idea acerca de quién es el autor de esos crímenes, aunque es demasiado pronto para hablar de ello.

Entre los presentes vuelve a producirse un revuelo.

—¿A quién acusáis? —pregunta Esteban, desconcertado.

—En este momento no incrimino a nadie, pero, si en esta abadía se esconde un asesino, contad conmigo para descubrirlo. Ahora, hijos míos, vamos a celebrar nuestro último oficio de este funesto día y a proclamar nuestra indefectible consagración al Arcángel. ¡Vamos a cantar completas!

Los frailes intercambian miradas llenas de terror antes de encaminarse a la cripta de Nuestra Señora de los Treinta Cirios. Tras el oficio, cuando el silencio y la noche han caído, los monjes se dirigen hacia el dormitorio para tratar de dormir hasta vigiliass pese al miedo que los oprime. Algunos van a velar a Antelmo y Romualdo en la cripta de San Martín. En cuanto al abad, regresa tranquilamente a su celda. Atiza el fuego de la chimenea, se sienta, se sirve un vaso de vino tinto y prepara un plan para desenmascarar al autor de los homicidios. Parece esperar a alguien, y en efecto, no tardan en sonar tres golpes en la puerta de madera.

—¡Pasad!

Una silueta encorvada y rechoncha, con el sayal mugriento y gastado, entra en la celda del abad e inmediatamente la impregna de un olor a estiércol. Cubre su cabeza una blanca cabellera hirsuta, sembrada de briznas

de paja, y una tupida barba también canosa, sin peinar desde hace mucho tiempo. Su rostro castigado está lleno de costras rojas. Su mirada sombría permanece encerrada en sí misma, como una cripta condenada.

—¿Un vaso de vino, Osmundo? —pregunta el abad.

El antiguo enfermero dirige una mirada torva a la jarra de estaño y hace un gesto negativo.

—¿Dónde estabais anoche y anteanoche? —pregunta Almodius, sin invitarlo a sentarse.

Los ojos castaños del hermano laico reflejan un vacío abisal. Mira a su alrededor como un animal acorralado.

—¿Dónde estaba? ¿Dónde estaba? —repite, como si no comprendiera las palabras—. ¡Diantrecarambavaderretro, con mis caballos!

El tiempo, que ha alterado menos la carne de Almodius que sus constantes mortificaciones, ha podido con el hermano laico, quien ha caído poco a poco en la locura de la senilidad. El rostro, antes mofletudo, se le ha afilado, y lo tiene salpicado de costras a las que Osmundo consagra sus días, rascándose sin parar y comiéndose las placas de sangre coagulada. Ha olvidado el latín y se expresa en una mezcla de dialecto vikingo, lengua romance y neologismos. Los caballos, que le provocaban auténtico terror, ahora le despiertan una pasión exclusiva. Y esa devoción por los équidos ha sido lo que le ha salvado del hospicio de Avranches, adonde algunos hermanos querían enviarlo a terminar sus días, ya que sus despropósitos lo excluían de la comunidad. Osmundo ha abandonado por iniciativa propia el dormitorio, el refectorio y la iglesia para alimentarse de forraje y descansar con los caballos en el establo. Después de haber pasado una buena parte de su vida cultivando hierbas, ha olvidado toda su ciencia y se sustenta de heno. Pese a las burlas de los oblatos y de los novicios, que se meten con su permanente olor a excrementos, jamás se muestra violento y colabora con el herrero y los hermanos laicos encargados del establo de la abadía.

—¿Sabéis lo que sucedió anoche y anteanoche?

Osmundo, con la mirada extraviada, mueve la cabeza negativamente.

—Sin duda os acordáis de fray Antelmo y de fray Romualdo, aunque no frecuenten el establo.

El monje asiente con la cabeza sin mucha convicción.

—Pues bien, ayer por la mañana encontramos el cuerpo de Antelmo colgado en el campanario, y esta mañana el de Romualdo ahogado en la bahía.

Osmundo se santigua, pero permanece callado y no muestra ninguna sorpresa.

—Es una tragedia para todos nosotros... y un misterio inexplicable, pues esas dos muertes, debido a una inquietante coincidencia, reproducen unos acontecimientos que se desarrollaron aquí hace mucho tiempo. Los reproducen con toda exactitud, puesto que mañana celebraremos la Ascensión.

Almodius escruta el rostro impassible del fraile.

—¿Sabéis a qué me refiero? —insiste.

Osmundo persiste en guardar silencio. Se limita a bajar la cabeza hacia el suelo de tierra batida.

—Estoy seguro de que lo sabéis. Y el azar ha querido que Antelmo y Romualdo fueran precisamente los últimos supervivientes de los jueces que oficiaron, hace cuarenta años, en el proceso de aquella mujer. Los hermanos Martín y Drocus abandonaron este mundo hace tiempo, así como el obispo Rolando de Aubigny, el duque Ricardo y el abad Thierry. Los únicos que quedaban con vida eran Antelmo y Romualdo. Es sorprendente, ¿no os parece? Aparte de mí, que me limité a declarar como testigo, no queda en estos momentos ningún superviviente de ese tribunal. ¿Qué opináis?

—Pero... ¿de qué, padre?

Almodius frunce las cejas, salpicadas de canas. Se siente dominar por la cólera. Parece vano interrogar a ese viejo senil, pero el abad continúa convencido de que Osmundo oculta algo y de que está menos loco de lo que parece.

—¿No veis que todo esto tiene el aspecto de una odiosa venganza, viejo majadero? —le espeta, golpeando la mesa con ambos puños—. ¡Un primer crimen mediante el aire, el día del aniversario del primer suplicio de Moira, y un segundo homicidio mediante el agua, y las dos víctimas fueron jueces de la hereje! ¿No os parece raro? Vos erais entonces amigo de fray Román y

ahora sois, aparte de mí, el último actor de aquella lejana historia.

—¡Los caballos! ¡Yo estaba con los caballos! —grita el pobre monje.

—Mentís, estoy seguro de que mentís y de que no chocheáis tanto como os gustaría hacerme creer. Vuestra estratagema tal vez funcione con los cándidos de este monasterio, a los que engañáis igual que los engañasteis hace cuarenta años haciendo hablar a Auberto por boca de Román, pero conmigo no valen vuestras pérfidas trapacerías, ¿me oís?

Por primera vez, los ojos de Osmundo cobran vida y, por espacio de un instante, son presa del desasosiego.

Este hecho no escapa a la observación de Almodius, que se calma y reanuda su monólogo en un tono sorprendentemente conciliador, el tono de un guerrero que arroja las armas porque le han arrebatado la victoria.

—Durante todos estos años he aprendido mucho sobre mis semejantes y sobre mí mismo —confiesa—. He sondeado a mi pesar el fondo del alma humana, y ningún mortal volverá a engañarme. Por fin estoy en mi verdadero lugar, el lugar que merecía y que me usurparon durante tres décadas, y no dejaré que nadie lo amenace. A lo largo de tres decenios de batallas, he vencido el miedo, la felonía, la ingratitud, la negligencia, el caos, he vencido al propio duque Guillermo. El sangriento recuerdo de una muerta no va a asustarme ahora. Aunque lo neguéis, estoy seguro de que sois vos quien intenta vengar a Moira y lanzar el anatema sobre la abadía. Y no me cabe duda de que yo mismo figuro en vuestra siniestra lista de represalias, que, lógicamente, debe incluir dos crímenes más, mediante la tierra y mediante el fuego. Incluso creo que me habéis reservado el fuego, la hoguera final, la apoteosis. Lo único que no entiendo de momento, aunque lo sabré muy pronto, es por qué habéis esperado cuarenta años.

Almodius ríe condescendentemente; luego se levanta con energía y va a abrir la puerta. Dos imponentes hermanos laicos se encuentran apostados a la puerta. Osmundo los mira con espanto. A una seña del abad, entran y atan a Osmundo a una silla. El antiguo enfermero no se debate. Los dos jayanes conducen al pobre Osmundo hasta la chimenea y le quitan las sandalias.

—Fray Osmundo —dice Almodius—, ese fuego con el que planeáis castigarme, os lo ofrezco yo a vos.

Los torturadores agarran a Osmundo cada uno de un tobillo y acercan los pies de este a las rojas brasas. El anciano monje intenta resistirse y se retuerce como un pobre gusano.

—Os lo pregunto de nuevo: fray Osmundo, ¿sois vos quien ha ahorcado a fray Antelmo y ahogado a fray Romualdo para vengar la muerte de la impía Moira?

—¡Soy inocente! —grita Osmundo—. ¡Yo no he sido!

—¡Mentira!

Los pies mugrientos entran en contacto con el lecho de ascuas. Alrededor de la carne se desprende un poco de humo y Osmundo profiere un grito prodigioso. Los hermanos laicos aflojan la presión.

Osmundo se retuerce bramando y la silla cae hacia atrás. El anciano se desmaya a causa del dolor. Entonces se oyen en la puerta unos golpes que sus gritos habían ahogado. Almodius mira a uno de los verdugos y este se apresura a abrir. El prior de la abadía surge de la oscuridad. Fray Juan apenas mira el cuerpo que parece recobrar la vida en el suelo de la celda. Parece aterrado.

—¡Padre, esto es una maldición! —le dice a Almodius—. ¡Un incendio, se ha producido un terrible incendio en la cabaña del constructor! ¡Eudes de Fezensac ha muerto!

Capítulo 13

—Son unas confesiones conmovedoras, ¿verdad? —dijo Johanna, levantando los ojos húmedos del cuaderno donde había copiado la carta de Román—. No pienso en otra cosa. Me sé las palabras casi de memoria, y tú eres el primero a quien se las digo, el primero al que le hablo de esto, después de Paul, claro. En cualquier caso, eres el único del Monte. Esto va a saberse, es inevitable, el manuscrito original está en manos de peritos, pero todavía tengo un poco de tiempo antes de que otros se adueñen de esta fabulosa historia —dijo, estrechando las hojas contra su pecho—. Todavía es mía, solo mía. Y tengo que encontrar lo que sea antes que ellos, tengo que penetrar su secreto, el de los dos, Román y Moira, el enigma de la montaña, ¿comprendes? ¿Por qué demonios cambió los planos de la abadía? ¿Por qué se marchó de Cluny? ¿Adonde fue? ¿Qué hizo? ¿Cuándo murió? La llave está en Cluny, pero estoy convencida de que la puerta está aquí... Volvió al Monte, estoy segura, lo percibo, las piedras lo saben, ¡tengo que hacerlas hablar!

—¡Ah, así que es eso lo que has ido a buscar a Cluny! Es atroz y maravilloso, en efecto, pero ¿de qué piedras hablas, Johanna? —intervino Simón Le Meur, levantándose para echar un tronco a la chimenea—. ¡Si apenas queda nada de la abadía románica! No esperarás encontrar en la capilla de San Martín otro cilindro de cobre con un pergamino donde el monje te cuente la continuación y el desenlace de la historia, ¿verdad? Y ya puestos, ¿por qué no con tu nombre en el manuscrito: «De parte de fray

Román, siglo XI; destinatario: Johanna, siglo XXI»? Vamos, sé realista y agradece el regalo que la vida acaba de hacerte. Ya es increíble que ese texto haya llegado hasta ti a través de los siglos y los lugares; no pidas más de la cuenta.

Johanna lamentó haber compartido el testamento de Román con Simón. Había confiado en él y él ya empezaba a comportarse como un ingrato.

—No lo entiendes —dijo con voz sorda—. Yo no aguardo nada, pero lo espero todo. Es absolutamente imprescindible que averigüe qué le sucedió, por eso elaboro todas las teorías posibles. No tengo más remedio que inventar, que recurrir a la memoria de las piedras, puesto que la de los hombres lo ha borrado todo. No queda nada de los costumarios de la abadía, que se quemaron en 1944 en Saint-Lô, y en la biblioteca de Avranches solo hay textos religiosos. Me paso allí todo el tiempo libre que tengo, pero ni siquiera he encontrado la anécdota de Auberto hablando por boca de Román, y eso es algo que los monjes deberían haber consignado en las recopilaciones de milagros. He encontrado información sobre el famoso Almodius, pero nada sobre Román, absolutamente nada en ninguna parte, así que me veo reducida a tocar las piedras que quizá él tocó, en cualquier caso que amaba, confiando en que me cuenten su historia.

—¿Te has fijado en que Román tiene un nombre que se presta de maravilla a la ficción? Y además, se ajusta a su oficio de constructor.^[1]

—Muy gracioso —dijo ella, levantándose también—. Te recuerdo que antes del siglo XIX todas las construcciones medievales eran calificadas de «góticas» sin distinción. El arte románico no fue bautizado así hasta 1818, por un arqueólogo normando, Charles Duhérissier de Gerville, en referencia a la lengua romance que utilizaba el pueblo en la Edad Media, la *rustica romana lingua*, que era la variante hablada del latín. En Normandía, al igual que en todo el norte de la antigua Galia, era simplemente francés. Por lo demás, fray Román era culto, como todos los monjes, y no se expresaba en lengua romance sino en latín, tanto por escrito como oralmente. En cuanto al género literario al que aludes, no existía en la época de este hombre, ya que fue inventado en el siglo XII para hacer soñar y para festejar el amor cortés de la caballería, el ideal místico del amor a la mujer, diferente del ideal

religioso del amor a Dios...

Simón se acercó a ella con mirada ardiente.

—¡Ah, no, señora profesora! —dijo—. Yo diría que fue ese monje quien, sin saberlo, inventó el género novelesco. Porque, ¿qué es su relato sino el elogio de una mujer, el culto al amor perdido visto como un absoluto, teñido de tragedia y del sueño de un mundo mejor? Tiene todos los elementos, y es eso lo que constituye la belleza del texto —añadió, cogiendo a Johanna por la cintura—. Perdona por haberte ofendido. Es que yo soy un romántico empedernido y no veo ese relato como un testimonio histórico, sino como un cuento mágico comparable a los que me contaba mi madre cuando era pequeño. La veracidad de lo que cuenta Román no tiene ninguna importancia; a mí me da igual que esa historia sea auténtica o no. Lo único importante es su fabulosa belleza, que me lleva por los caminos de la fantasía. Y el hecho de no saber cómo sigue no me frustra, pues eso permite todas las posibilidades, es un cielo abierto e ilimitado, ¿comprendes?

Johanna le sonrió: era irresistible.

—Comprendo que seas un tranquilo soñador a quien le interesan las historias, mientras que yo intento descifrar la Historia. No tenemos la misma profesión, eso es todo.

—¿Sabes que en la tienda —dijo Simón, animándose como un crío— muchas veces me invento aventuras fantásticas para los objetos que vendo? No miento sobre su pertenencia al pasado; simplemente adorno un poco ese pasado. A la gente le encanta comprar no solo un objeto, sino la historia de ese objeto. Me invento tempestades, naufragios, vueltas al mundo, tesoros... Los clientes saben de sobra que lo que cuento no es verdad, pero les gusta escucharme, viajan...

—Simón, te has equivocado de oficio, deberías haber sido novelista.

—Bueno, la verdad es que he empezado a escribir una novela. Tal vez un día te lea unas páginas.

—¿Una novela de amor?

—Por supuesto —respondió él, rozándole una oreja—, aunque por desgracia jamás tendrá la fuerza mítica de la fábula de fray Román.

—Simón —dijo ella cogiéndole la mano—, comprendo tu visión de las

cosas y me parece cautivadora, pero no la comparto del todo. Yo también siento las emociones de las que hablas, pero no me gusta que digas que es una fábula. Perdona que insista, pero para mí no es una fábula, es verdad, y no pararé hasta que lo demuestre.

Él meneó su bonita cabeza cubierta de cabellos negros como dejándola por imposible.

—Eso es lo que no comprendo de ti, Johanna, y lo que me fascina: que te obstinas en confundir quimera y realidad. Eres una auténtica obsesiva, y resulta muy atrayente. Digas lo que digas, ante ese manuscrito no reaccionas como historiadora sino como si esa historia te afectara personalmente y estuviera relacionada con tu vida. Y no es porque un día estudiaste el fragmento del *Liber tramitis* escrito por Román en Cluny, es mucho más que eso, algo mucho más profundo, lo noto... ¿Ese monje es antepasado tuyo o qué?

Johanna se obligó a reír para no contestarle. No le había dicho ni una palabra de los tres sueños que la habían conducido hasta allí, pero él lo había adivinado. Se conocían desde hacía muy poco, no eran amantes, y le leía el pensamiento como si fueran amigos de toda la vida. No le había pasado antes nada igual y se sentía confusa. Sus cuerpos no se conocían el uno al otro, y sin embargo ya eran conscientes de su complicidad íntima. La unión de su carne era inevitable, pero por el momento no habían cedido; era algo tan evidente que no tenían prisa, y la espera resultaba deliciosa. Era ella la que tenía que poner fin cuando se sintiera preparada, lo sabía sin que hubieran hablado nunca de la cuestión, pero seguía aplazando el momento. En realidad, Johanna estaba aterrorizada por ese sentimiento nuevo repentino. ¿Cómo explicar que, de pronto, François le pareciera un extraño y que fuese a pasar la Nochevieja con Simón? Se sentía culpable de traición. Isabelle la había tranquilizado, se había burlado amablemente de que no supiera lo inopinado que es el amor y lo viviese como un desagradable accidente. Después la había felicitado y había dicho horrores sobre François, cuando hasta entonces parecía apreciarlo. Johanna se había quedado estupefacta. No estaba preparada para semejante desbarajuste en su vida. Había pasado el día de Navidad en Cluny con Paul y su compañera, Corinne, que se había reunido

con ellos. François, tal como había previsto, estaba pasando las fiestas en familia, en su casa de Cabourg, a unas decenas de kilómetros de Mont-Saint-Michel, pero lejos de Cluny.

Fue una fiesta insólita y eufórica: Paul solo hablaba de Pedro de Nevers, Johanna de Juan de Marburgo, alias fray Román, y Corinne los miraba de reojo, celosa de aquellos dos muertos que infundían tanta vida y tanta complicidad a los arqueólogos, y contrariada por que François no estuviera allí para restablecer el equilibrio entre ellos. Se relajó cuando Johanna anunció, el 26 de diciembre, que regresaba al Monte. Había terminado de copiar el manuscrito y estaba impaciente por encontrar a su monje constructor entre las piedras de la abadía. En voz alta, dio las gracias a Hugo de Semur por no haber destruido el documento, por no haberlo sacado a la luz y por haberlo guardado en la tumba del maestro de Román, Pedro de Nevers. Fue a despedirse del caballo Firmamento, que, según ella, había sido «la musa de Paul», acarició largo rato el pergamino y por último besó a Paul, que se entristeció. Él insistió en que se quedara, pero, por suerte para Corinne, se fue.

Llegó a Mont-Saint-Michel la noche del 26 de diciembre, sin siquiera haber dado un rodeo para ver a sus padres en Fontainebleau, ni a Isabelle en París, y todavía menos a François, que la esperaba en un discreto hotelito de Cabourg. Les mintió a todos: contó que Christian Brard la había llamado urgentemente, sin preocuparse de que François podía comprobarlo y descubrir que el administrador estaba de vacaciones. A todos les narró el fantástico descubrimiento de Paul; a nadie le mencionó el manuscrito encontrado en el panteón. François no tardaría en enterarse, cuando volviera al ministerio a principios de enero. Cuando vio la irreal silueta de luz recortándose contra las tinieblas del mar y del cielo, supo que la ofrenda que acababa de recibir emanaba de la montaña: el Arcángel había elegido a Román para construir la Jerusalén celeste, y el alma de la peña la había escogido a ella para llevar a cabo una misión cuyo contenido desconocía, pero cuyos contornos poco a poco iban dibujándose, como los de la abadía. Mientras circulaba por el dique, con los ojos clavados en los del castillo de piedra, la mirada en la aguja de oro coronada por la escultura del Arcángel,

sus últimos temores desaparecieron. Aceptaba su destino. Presentía que la esperaban intensas convulsiones, pero tenía confianza. El espíritu que reinaba en el Monte continuaría acudiendo en su ayuda, iluminándola en sus momentos de duda, insuflándole su ardor combativo. Sí, lucharía por él, descubriría la clave de sus sueños y resolvería el enigma de la peña sagrada.

Dejó el coche en el aparcamiento de los residentes y cruzó las tres puertas fortificadas que conducían al pueblo. Las diez de la noche. Hacía un tiempo digno de los relatos medievales: los cañones y los adoquines estaban bañados por una lluvia de gotas invisibles. Las potentes olas respondían al viento del norte, el aquilón, que extendía la humedad como un sudor helado por el terror de una brusca aparición. El frío era tan violento que se apoderaba de la carne, paralizando los músculos tan cruelmente como los grilletes de un calabozo. Pensó en los benedictinos de la Edad Media, que sobrevivían sin calefacción de ninguna clase. Los faroles amarillos de las tabernas se balanceaban en la oscuridad, y uno esperaba cruzarse en cualquier momento con un caballero furioso o un bardo ebrio de vino y de lira. Johanna se encontró con una joven pareja de enamorados que, con su ropa moderna y sus efusiones, parecían perdidos en aquel tiempo en suspenso. Les sonrió y subió con dificultad los resbaladizos peldaños. Al llegar a la altura de la iglesia parroquial dedicada a san Pedro, giró a la izquierda y entró emocionada en el cementerio local. Entornando los ojos, podía ver un hoyo excavado en la tierra del que salía flotando Moira, vestida como una diosa celta, dejando allí a un monje negro que lloraba mientras le acariciaba las alas. Johanna levantó la cabeza y vio su vivienda vacía, que por primera vez consideraba su única y verdadera casa, el balcón forjado de su habitación cerrada, desde la que se veía una incongruente palmera plantada en la calle. La lámpara instalada en la pared arrojaba un velo blanquecino sobre las sepulturas alineadas a lo largo de una muralla de vegetación. Descubrió que la tumba situada justo bajo sus ventanas, junto a la cual también había una insólita palmera, era de un soldado de la Primera Guerra Mundial caído en el campo del honor a los treinta y tres años, exactamente su edad, justo antes del armisticio de 1918.

El corazón se le encogió y se estremeció de frío. Notaba en el bolsillo el peso de las llaves de la abadía y le pareció que el manajo ardía. Cogió su

pequeña bolsa de viaje y continuó subiendo la escalera hasta el monasterio. Al abrir la pesada puerta de madera de la Fortaleza, recordó la noche que no se había atrevido a entrar, la noche que había notado una respiración extraña que la había asustado tanto, la noche de la llamada de Paul, unas horas después de su descubrimiento. Había sido la semana anterior, pero había pasado una eternidad: entre la semana anterior y el momento presente habían transcurrido casi mil años. Sonrió: aquella noche no había podido ir más lejos porque no estaba preparada. Ahora, él sabía que lo estaba, había hecho lo necesario para que lo estuviera. La linterna trazaba un surco puro sobre las piedras: Johanna iba precedida por un velo de novia. Pilotos de luz lechosa coronaban los muros de granito como una guirnalda de azahar. La felicidad que había invadido el alma de Johanna en Cluny aquí la inundaba. Atravesaba las inquietantes salas con una calma y una serenidad que le resultaban desconocidas. Tan solo ante la puerta de la Virgen Soterraña se estremeció. Era la primera vez que iba a entrar sola en la antigua iglesia por la noche, y recordó las palabras de Simón sobre los ángeles y los demonios que habitaban esos lugares. Abrió muy despacio. Inmediatamente, un hecho al que hasta entonces no había prestado atención la tranquilizó: la temperatura dentro de la cripta era agradable, cuando en todos los demás sitios tiritabas de frío. Las entrañas ancestrales de la abadía estaban calientes como un vientre humano. La tierra nutricia fecundaba ese lugar, que le pareció que pertenecía a lo femenino. Sí, los lugares tenían sexo. La peña y la mayor parte del monasterio eran masculinos, pero ese santuario era mujer, y albergaba a un hombre al que Johanna buscó con los ojos en la escalera que subía por encima de los altares gemelos. No había nadie, pero la cripta no estaba vacía: ella sentía confusamente una vida muda, una fuerza imperceptible. Guillaume Kelenn le había contado que, sin saber nada de ese lugar, sin creer ni en Dios ni en el Diablo, algunos turistas entraban en trance en la Virgen Soterraña. ¡Las energías telúricas! Johanna sabía que esas potencias no le serían nefastas. No tenía nada que temer, ya que una de ellas la protegía. Se quitó el anorak y se apoyó en un pilar. ¿Tendría su monje decapitado alguna relación con fray Román? Sí, seguro; de lo contrario, ¿por qué iba a haberle dirigido ese manuscrito desde el fondo del tiempo?

Porque ya no le cabía duda de que el texto le estaba destinado, y tan íntimamente como sus tres sueños: el espíritu misterioso que se había dirigido a ella a través de sus sueños también se las había arreglado para que encontrara el manuscrito y fuera informada del prodigioso amor entre aquellos dos seres a los que todo separaba y a los que una tragedia había separado. En la suave calidez de la cripta, pensó que, para acabar de comprender, le faltaba un eslabón crucial: el que unía la existencia de fray Román a la del monje sin cabeza. Poseía el principio y el final, pero no podría resolver la historia sin deshacer el nudo central. Ese fragmento desaparecido era lo que le había sucedido a Román después de su marcha de Cluny, en el año 1063.

—Sé que está aquí, en el Monte, que tengo que encontrarlo para llegar hasta ti —le susurró a la presencia invisible—. Sé que me ayudarás... Guíame, ¿qué camino debo tomar? Indícamelo, por favor.

Cuando salió de la cripta subterránea, alrededor de medianoche, tuvo la extraña sensación de que ya no estaba sola. Un alma bondadosa la acompañaba, poblando el silencio nocturno con un suave murmullo. Era un antiguo rezo cantado en latín, una antífona. Quizá era el viento, o las piedras de la abadía, que se acordaban del oficio de vigiliias y de los benedictinos. Quizá no era nada.

Los días siguientes, Johanna aprovechó las vacaciones de su equipo para explorar todos los rincones del monasterio y del pueblo: la peña no debía tener ningún secreto para ella. A lo largo del día se veían desfilar los inevitables autocares de turistas, pero a partir del crepúsculo invernal la montaña era devuelta a los elementos de la naturaleza que constituían su estrepitosa singularidad. Se encontró varias veces con Simón Le Meur, quien la invitó a dar un paseo en su pequeño velero. Pero Johanna se mareaba y prefirió acompañarlo a coger berberechos, con la marea baja y a pie. Calzado con botas de goma y provisto de un rastrillo, la inició en la vida de la bahía, le mostró pájaros magníficos, recordándole que el Monte era también una reserva natural, y encontró bajo la arena esas pequeñas conchas blancas llamadas pechinas de San Miguel, que los peregrinos medievales lucían en la esclavina. Dieron un largo paseo y, por la noche, la invitó a degustar en su

casa los mariscos que habían cogido. Con ese paseo al aire libre y esa velada había empezado todo. Johanna descubrió a un hombre distinto del insaciable charlatán a quien había conocido la primera vez, en el bar: un ser sutil, sensible y discreto. Atribuyó la actitud de propagador de cotilleos que había exhibido aquella noche al torpe impudor que a menudo demuestran los extremadamente tímidos.

La casa de Simón poseía tanto encanto como él: además de la espléndida vista del islote de Tombelaine que ofrecía, estaba protegida por una gárgola de piedra en la cima del muro de granito. Sobre la puerta de entrada, el antiguo portafaroles recibía a los visitantes. En el interior, el anticuario había arreglado las habitaciones con un criterio de comodidad y elegancia carente de afectación, en armonía con el ambiente de la montaña: una gran cocina con fogones de loza coloreada, azulejos decorados y cazuelas de cobre, un cálido salón lleno de cuadros antiguos e instrumentos marinos, con una inmensa chimenea muy bien restaurada, unos sofás mullidos y un globo celeste del siglo XVIII. El escritorio era un auténtico baúl medieval rodeado de hileras de libros desde el suelo hasta el techo, con vigas a la vista, y en todos los dormitorios había imponentes armarios normandos finamente trabajados, donde las sábanas debían de oler a lavanda. Esa primera noche fue frívola y alegre; no hablaron del Monte. Simón evocó con mucha gracia las galletas bretonas que su madre, española, se esforzaba en hacer para su padre y en las que no podía evitar poner aceite; Johanna contó sus memorables catástrofes culinarias. El la interrogó hábilmente sobre su vida sentimental y ella se oyó responder que había mantenido una larga relación con un hombre casado, pero que su idilio había terminado. ¿Qué le había ocurrido de repente para mentir así? Cambió de tema y se percataron de que tenían los mismos gustos en materia de música y de literatura. Cuando terminaron de cenar, Simón reiteró su invitación para la Nochevieja y Johanna aceptó. De vuelta en casa, se hizo amargos reproches: ¿acaso había perdido el juicio? Le había dicho que sí a ese hombre, cuando le había prometido a François que pasaría el día de Año Nuevo con él en París. Durante toda la velada había tenido la sensación de que otra persona hablaba por ella y la empujaba hacia los brazos de Simón. ¡Era un hechizo! Johanna

estaba tan confusa que telefoneó a Isabelle pese a lo tarde que era.

A su amiga solo le preocupaba una cosa: ¿estaba Simón soltero, libre, disponible, solo, sin mujer ni hijos escondidos en alguna parte? Cuando Johanna respondió afirmativamente, oyó un grito de alegría en el otro extremo de la línea, seguido de incitaciones tan apremiantes que se quedó perpleja. Tres días antes de Nochevieja, le entró tal pánico que se puso enferma. La oportuna gastroenteritis resolvió el dilema impidiéndole ir a París. Le suplicó a François que no fuera a visitarla porque no le apetecía nada que la viera en semejante estado. Vomitó hasta la primera papilla, hizo una dieta purificadora, guardó cama y la noche del 31 de diciembre estaba curada. Tenía la sensación de tener un cuerpo completamente nuevo. Esa noche, en casa de Simón, observó con estupor que se había liberado de la macabra desesperación que la oprimía todas las Nocheviejas. Estaba cambiando, y habría jurado que el espíritu benéfico que parecía poseerla no era ajeno a ello. Pero de eso no podía hablarle a nadie.

Simón había preparado una mesa principesca. La velada fue un cuento de hadas. Estaban viviendo en un libro de leyendas, se encontraban fuera del tiempo, fuera del presente. A medianoche, situó a Johanna frente a la ventana y, después de abrirla, se pegó a su espalda y le tendió un catalejo de cobre para que admirase Tombelaine y la luna. La resistencia de la joven se había quebrado y, al ver el cilindro, sintió unos irreprimibles deseos de abrirse a él, de contarle la historia de Román y de Moira. Con aires de conspiradora, sacó del bolso el cuaderno del que no se separaba, se arrellanó en un sillón, frente a la chimenea, y mientras se esparcía por el aire el aroma dulzón del tabaco holandés con el que Simón acababa de llenar una pipa de marino, leyó las palabras del monje, que había traducido al francés.

Le resultó mucho más fácil perdonar a Simón que lo animara una vena de literato, y no de historiador racional, porque era precisamente ese ardor novelesco lo que la seducía.

Estaba tomando conciencia de que ella misma se alejaba cada vez más de la mente cartesiana que creía ser: la historia no pertenecía a las ciencias llamadas «duras», desde luego, pero exigía rigor y verificación; un arqueólogo era ante todo un científico. Y sin embargo, había dado

inmediatamente ese manuscrito por auténtico, sin esperar el resultado de los peritajes. Peor aún, ella, que se declaraba atea, pensaba estar ahora poseída por una especie de ángel custodio, con sayal y sin cabeza. Finalmente, para poner la guinda, estaba cautivada por un individuo que, a sus cuarenta años, se entretenía contemplando la luna. Se dijo que apenas unos meses antes ni siquiera se habría fijado en el anticuario. Había conocido a algunos de esos tenebrosos ultrasensibles y los había apartado cuidadosamente de su camino: la vida era demasiado seria para abandonarse al romanticismo, que ella consideraba cosa de chiquillos que se niegan a crecer. El amor por las piedras antes que el amor por los hombres, y nada de hombres que pudieran arrebatarse un ápice de la pasión que sentía por su oficio. Johanna veneraba las piedras, pero no podía negar que estaba locamente enamorada de Simón y que eso no era antinómico... Luchaba contra sí misma, pero era en vano: deseaba a Simón como jamás había deseado a François ni a ningún otro. A su cuerpo le encantaban los abrazos carnales de François, pero en este caso era todo su ser en perfecta armonía, cuerpo y mente, lo que ardía. Una idea descabellada acudió a su mente: ¿y si fuera la fuerza celeste lo que la atormentaba, lo que la empujaba hacia ese amor? ¿Quería ponerla a prueba, o bien hacerle sentir un amor tan ardiente como el de Román y Moira para que lo comprendiera mejor? Dejando a un lado interpretaciones esotéricas, llegó a la conclusión de que el relato del monje la había impresionado tanto que su inconsciente podía haberse visto afectado hasta el extremo de intentar vivir una relación similar, imposible con François. Fuera como fuese, no tenía ningunas ganas de volver a su casa y separarse de Simón. Tampoco quería entregarse totalmente. Pensando en el poderoso pero casto vínculo que unía a Román y a Moira, le dijo a Simón que quería dormir con él, pero sin que la tocara. Se sentía pueril, pero él aceptó.

Simón le prestó un pijama que olía a tilo y Johanna pasó las primeras horas del nuevo año acurrucada entre sus brazos, contra su pecho, mientras él le besaba delicadamente los cabellos, como en una novela caballeresca de Chrétien de Troyes.

La mañana del 1 de enero, Johanna tuvo una intuición. Sin saber por qué lo hacía, se despidió de Simón y se marchó precipitadamente a su casa. La

vivienda estaba desierta, ya que el equipo no volvía hasta el día siguiente. Sin embargo, una hora más tarde, cuando salía del cuarto de baño, alguien llamó abajo y vio a François esperando en la puerta. Su visita era inopinada. Pretextó estar preocupado porque Johanna había desconectado el móvil y no contestaba al fijo. Al final, había pasado la Nochevieja con Marianne y los niños, en Cabourg, y temiendo por Johanna —que estaba enferma—, había acudido de inmediato al Monte. La joven no tuvo valor para confesarle la verdad y afirmó que se había acostado pronto después de haber tomado somníferos, pues seguía encontrándose mal, además de que aborrecía —él sabía cuánto— la Nochevieja. François constató que, en efecto, tenía un aspecto horrible y que le sentaría bien tomar el aire. Recomendó un paseo inmediato por las murallas. Johanna se sentía culpable ante François y buscó un medio de evitar encontrarse con Simón. Sin duda alguna sucedería, precisamente porque no debía suceder, y los dos rivales podían adivinarlo todo al primer golpe de vista. Además, ¿acaso François no se había oído ya algo? Nunca se había presentado sin avisar, ni siquiera cuando ella estaba ilocalizable. Johanna dijo que le apetecía cambiar de aires y, como hacía casi buen tiempo, propuso pasar el día en Bretaña. Para no despertar sospechas, se apresuró a añadir que, en la Edad Media, Cancale formaba parte de las tierras de la abadía y que no le importaría hacer una visita de inspección... François sonrió. Quiso ver las excavaciones, así que primero fueron a la antigua capilla de San Martín. Ella le describió distraídamente los trabajos arqueológicos y le habló de las osamentas en proceso de análisis; pensaba en los encuentros clandestinos entre Román y Moira que habían tenido lugar allí y se preguntaba si Simón y ella estarían también condenados a mantener su amor en secreto. El amor siempre es secreto para alguien, se decía pensando en Marianne, lo importante es no ocultarlo al propio corazón. ¡Pero hasta Román había hecho caso omiso de sus sentimientos por Moira durante mucho tiempo! La situación no era comparable, desde luego; Johanna no era monja, aunque también dirigía unas obras. Cuanto más pensaba en ello, más convencida estaba de que su alma se parecía a la del constructor... Juan de Marburgo, fray Román..., ¿su monje sin cabeza quizá?

El día fue agradable: una gigantesca fuente de marisco en el puerto de

Cancalle, la punta del Grouin, desde donde se veía a lo lejos el Monte, y para acabar las murallas de Saint-Malo. Alegó la ausencia de piedras antiguas —la ciudad había sido totalmente destruida durante la última guerra— para negarse a entrar en la ciudad. Sabía que no podría disimular su emoción si pasaban por delante de cierta tienda de antigüedades marinas. Temía el regreso al Monte, y no solo a causa de un posible encuentro con Simón. No, había otra cosa, algo más confuso y más poderoso..., como si la montaña santa, que acogía todos los años a tres millones de turistas, rechazara a François. ¡Era ridículo! Claro que François no era un visitante como los demás: él se metería en la casa de Johanna, en su cama y en su carne. ¿Le resultaba penosa esa idea al espíritu de la montaña o al de la joven? Para Johanna estaba todo tan nebuloso que confundía los dos. Ella pertenecía al Monte, su misterio se fundía en ella porque ella le había abierto su alma; ya no podía distinguir su propia respiración de la de la montaña. Así y todo, tenía que reconocer que vivía en el Monte gracias a François. Ese hecho indiscutible la enterneció, pero no hasta el punto de llevarlo a la peña. Lo condujo a una casa solariega del municipio de Courtils, transformada en hotel-restaurante, desde la que se disfrutaba de una espléndida vista de la morada del Arcángel. Durante toda la cena, se repitió que su felicidad actual se la debía a ese hombre y se apaciguó. Incluso se sintió a gusto estando con él. Rió, habló de nuevo de Paul y su descubrimiento, de Navidad, de Corinne, pero no dijo nada del pergamino. Desde detrás de la ventana, parecían admirar el Mont-Saint-Michel, pero era él el que los observaba. Los vigilaba. Cuando terminaron de cenar, se negó a ir a su casa: era fría, impersonal, estaba segura de que Patrick Fenoy había vuelto y ese hombre la exasperaba; además, si los veía juntos toda la profesión se enteraría, le haría la vida insoportable, tal vez hasta se enteraría Marianne... Naturalmente, él cedió y cogieron una habitación. Johanna, para saldar todas sus cuentas, gozó en cuanto él la penetró.

La reanudación de los trabajos arqueológicos fue sombría: los colegas de Johanna habían vuelto cansados de las vacaciones, sobre todo en lo tocante a la zona hepática. El único que no había perdido ni una pizca de hiel era su ayudante, quien la repartía a diestro y siniestro, aunque seguía agasajando

preferentemente a Johanna. La acusaba, indirectamente, de desinteresarse de las excavaciones de la abadía y tener la mente centrada en el descubrimiento de la tumba de Pedro de Nevers en Cluny. En parte era cierto: la directora de las excavaciones tenía la cabeza en otro sitio, pero no en Borgoña; estaba en el Monte, obsesionada con fray Román y con Simón. Al primero, lo buscaba en la Virgen Soterraña y en la biblioteca de Avranches. En la cripta, percibía su rastro, mientras que en la biblioteca se perdía en volúmenes maravillosos, alegorías en rojo y verde, caras de ángeles y de demonios que le consumían la vista y le provocaban pesadillas. Estaba consiguiendo conocer mejor la labor de Almodius que la de Román, pues este último se escabullía. Al segundo, en cambio, lo veía todas las noches a escondidas del grupo, ya que no deseaba alimentar el espíritu venenoso de Patrick y exégeta del resto. Su ayudante había comentado que el hecho de no cenar con el equipo denotaba desprecio, así que se imponía compartir con ellos ese rito inmutable y soportar las lecciones de historia y buenas costumbres de Fenoy. En cuanto terminaban de cenar, escapaba sigilosamente, mientras en la casa de los arqueólogos los cotilleos iban que volaban. Florence y Dimitri, los más perspicaces, con toda seguridad habían descifrado su mirada perdida, sus mejillas sonrosadas, su mayor esmero en el arreglo personal y, sobre todo, su impaciencia, que aumentaba en el transcurso de la cena, pero tenían el pudor de no dejarlo traslucir. Johanna sabía que su relación con Simón acabaría por ser descubierta. No sería un escándalo ni una ofensa para nadie. Sin embargo, le causaba un placer novelesco cubrirse el rostro con una bufanda de lana o de seda, correr por las murallas al caer la noche, con el corazón palpitante por si se cruzaba con algún conocido que no la reconocería, y llamar a la puerta de la torre donde suspiraba su príncipe utilizando la señal convenida. A esa alegría infantil sucedía un júbilo de mujer. Johanna había vencido su miedo, y desde hacía dos noches, había emergido entre ellos la sensualidad. En ese terreno, estaban descubriendo una sinfonía de emociones en modo mayor. Accedían a la esencia del amor, y cada vez era una sorpresa, una ofrenda más grande... Para Johanna, una revelación inédita, la creación del amor.

François se había enfadado al enterarse de que Johanna le había ocultado la existencia del pergamino de Cluny. El documento estaba siendo sometido a

un análisis químico en la Biblioteca Nacional. A primera vista, el experto pensaba que las pieles y la tinta podían datar del siglo XI y que provenían de los talleres de la abadía borgoñona. Johanna, en el otro extremo del hilo telefónico, sonrió. ¡Pues claro que el manuscrito era auténtico! Procuró acabar cuanto antes la conversación con François, que por suerte solo conocía el contenido del pergamino a grandes rasgos —su conocimiento del latín era reducido y el texto no había sido traducido oficialmente—, y se dirigió de inmediato a la Virgen Soterraña para dar las gracias al poder que había iluminado su alma. Se encontró de cara con Guillaume Kelell, que se exhibía como un pavo real rodeado de un grupo de turistas, numerosos los sábados por la mañana.

—¡Ah, qué suerte! —exclamó al ver a Johanna—. Señoras y señores, les presento a la directora de las excavaciones arqueológicas que nos impiden admirar el potro y su fabulosa rampa hacia la base de la peña... ¿Le importaría hablarnos de sus trabajos y de Judith de Bretaña? Aquí tengo un grupo que viene de Brest.

Era inoportuno, como casi siempre. Pero en esta ocasión a Johanna le sentó especialmente mal que se interpusiera entre ella y las piedras de la cripta. Lo miró de hito en hito con los labios apretados. Sus ojos adoptaron la forma de cañones imaginarios y le lanzaron una salva de bombas cargadas del más mortal de los venenos. Después, giró sobre sus talones y salió del santuario dando un portazo. ¡Maldición! Raramente estaba de tan mal humor. ¡Y encima Simón se había marchado a pasar fuera el fin de semana! Había dicho que iba a felicitar a sus padres, que vivían cerca de Brest. ¿Y ella? ¿No visitaba a sus padres? Se había limitado a telefonarlos. De todas formas, ¡ir a pasar tres días a casa de papá y mamá a su edad...! Además, eso es lo que él decía, que iba a ver a sus padres, pero no había nada que lo demostrara. Los celos la reconcomían por dentro. Eso también era nuevo, ese deseo ardiente de poseer al otro, de compartir con él todos y cada uno de los movimientos, de los segundos, de respirar al unísono.

Y por si fuera poco, ese fatuo de Kelell le impedía ver a Román, o a su monje sin cabeza, o a los dos, puesto que según todos los indicios estaban relacionados. Podía esforzarse en prescindir de Simón unas noches, pero nada

la obligaría a apartar la atención de Román. Estaba a punto de encontrarlo. Bajó al pueblo a paso marcial, montó en su coche y se dirigió a toda velocidad a Avranches.

—Le digo que no existe, al menos que yo sepa —dijo el jefe del servicio de conservación de la biblioteca, a punto de perder los nervios.

—Que usted no sea capaz de encontrarlo en sus nidos de polvo no significa que no exista —replicó Johanna—. Estoy segura de que se hace mención en uno de estos libros.

El quincuagenario recorrió con mirada iracunda los documentos que lo rodeaban: con sus volúmenes de cantos de piel gastada, que cubrían desde el suelo hasta el techo, sus estanterías de madera clara y su galería, que se extendía por la parte superior de las paredes de libros, la sala patrimonial tenía aspecto de museo o de biblioteca nacional.

—Señorita, los «nidos de polvo» de los que tenemos el honor de ser depositarios —le espetó— y que han escapado por milagro de los múltiples incendios de la abadía, del derrumbamiento de las construcciones, de la codicia de los príncipes y de los prelados desaprensivos, de la Revolución, de la expropiación de los monjes, de los pillajes, de las guerras, de los bombardeos norteamericanos de 1944, de la acción del tiempo, de la humedad, de la luz artificial, del salitre, del moho, de los insectos y, por último, de la incuria de lectores malintencionados, esas obras, pues, o lo que queda de ellas, se han salvado gracias a nuestros cuidados, consistentes en desinfectarlas, catalogarlas, microfilmearlas, reclasificarlas y reunirías aquí. Solo de la abadía del Mont-Saint-Michel, hay cuatro mil volúmenes, de los cuales doscientos tres son manuscritos medievales. Son supervivientes, tesoros, y no le permito que los insulte. Adiós, señorita, son las doce y tenemos que cerrar.

Johanna se puso como la grana y bajó la cabeza, desarmada. El conservador tenía razón. Era como si alguien calificara a su Hugo de Semur o su Judith de Bretaña de viejas carcasas, y sus pilares románicos de puñados de piedras. Apesadumbrada, le sonrió tímidamente. La pasión de aquel hombre por los libros antiguos hacía que le resultara muy interesante. Era la primera vez que se dirigía al jefe del servicio de conservación; normalmente

se las arreglaba sola con las fichas, o bien pedía ayuda a un empleado. Pero ese día tenía tanta prisa, intuía el desenlace de su búsqueda tan cercano que había decidido consultar a Dios en lugar de a sus santos, y había ofendido al maestro.

—Le ruego que acepte mis disculpas —dijo en un tono sincero—. No..., no sé qué me ha pasado. Hace dos meses que busco y no encuentro nada, por eso estoy tan insoportable.

—Bueno, ha exhumado un fragmento de arco apuntado y algunos esqueletos; no es poca cosa, aunque no sea lo que anda buscando. Además, no querrá hacerme creer que está desesperada al cabo de dos meses, cuando se ha pasado dos años excavando en Cluny.

—¿Sabe quién soy?

—Hace dos meses que la veo varias veces por semana. He tenido tiempo de informarme —respondió, haciéndole un guiño—. No estamos en París; aquí resulta difícil pasar inadvertido. De todas formas, entre nosotros, no comprendo cuál es la relación entre la antigua capilla de San Martín, Judith de Bretaña y ese oscuro «fray Román» al que busca por todas partes. En 1063, Judith llevaba muerta más de cincuenta años...

Johanna estaba atónita. ¿Y si le enseñara su copia del manuscrito de Román? Ese hombre estaba familiarizado con ese tipo de textos; quizá leyéndolo se produjera un clic en su cabeza y recordara algo que había leído en sus libros. No acababa de decidirse. ¿Mantendría la boca cerrada? Si se comportaba como sus colegas arqueólogos, más valía callar... El bibliotecario pareció compadecerse de la joven.

—Mire —dijo, ajustándose las gafas—, se me acaba de ocurrir una idea. Yo no llevo aquí mucho tiempo y no he podido estudiar el contenido de las cuatro mil obras, pero conozco a alguien que les consagró treinta y cinco años de su vida.

Los ojos de Johanna se iluminaron como sendos faros.

—La verdad es que, si hemos podido salvarlas, ha sido gracias a él. Sufrían el ataque de la carcoma y de hongos microscópicos, y él removió cielo y tierra hasta que consiguió que le hicieran caso. Acudió una y otra vez a las autoridades municipales, departamentales y regionales; casi acabó por

asaltar el Ministerio de Cultura. En 1986, ganó la batalla y trasladaron todos los volúmenes a la Biblioteca Nacional, que los curó mientras aquí se realizaban obras de reparación y de tratamiento de los locales para que estuvieran en condiciones. ¿No ha notado que la temperatura es constante, dieciocho grados? ¡Y hasta hay filtros para los rayos ultravioleta sobre las ventanas!

—¿Quién es ese hombre? ¿El antiguo conservador? —lo interrumpió Johanna.

—No, no, en absoluto. Aunque, de hecho, asumía esas funciones en el caso de las obras heredadas de la abadía, no tenía el título —contestó el conservador—. Se trata de un monje, de un benedictino bretón que llegó al Monte en 1966, cuando volvió a establecerse allí una comunidad religiosa. ¡Los primeros benedictinos que pisaron de nuevo el suelo de la abadía desde 1791, exactamente mil años después de que los primeros monjes negros conquistaran la montaña, figúrese!

Johanna abrió todavía más los ojos.

—Resumiendo, el abad le había encomendado la tarea de catalogar el patrimonio escrito de la abadía, o más bien de comprobar los daños... Se pasaba el día aquí y volvía al monasterio para el oficio de vísperas, en motocicleta, hiciera sol o lloviera. Se tomaba tan en serio su misión que en 2001, cuando los benedictinos se marcharon y cedieron el sitio a las hermandades de Jerusalén, él prefirió volver a su casa y jubilarse. Tenga en cuenta que ya había sobrepasado con mucho la edad.

—¿Cómo se llama?

—Placide, es el padre Placide. Sigue viviendo en Bretaña, en una residencia para religiosos que está en Plénée-Jugon, entre Diñan y Saint-Brieuc. Parece ser que al pobre le afectó mucho tener que separarse de sus queridos manuscritos y que se encerró en el silencio para esperar la muerte.

Johanna ya se había puesto en marcha. Desde la puerta, le dio las gracias a su informador y salió corriendo hacia el coche. No esperaba encontrar a esas alturas a un benedictino, un monje negro. Sin embargo, era evidente.

Se perdió dos veces, preguntó cuál era el camino y acabó por encontrar una construcción del siglo XIX con la fachada deslucida, al fondo de un

parque infestado de zarzas por donde deambulaban monjes de piel y hábito de todos los colores. Se habían pasado la vida rezando, reclusos entre hermanos de la misma orden, pero envejecían mezclados: franciscanos, dominicanos, benedictinos, cistercienses, carmelitas... Los únicos puntos que todos tenían en común eran un curioso brillo en los ojos, el que confería estar retirado del mundo, y la vejez. Una hermana estuvo a punto de impedirle ver al padre Placide. No entendía lo que a una chica joven, ajena a la familia, podía ofrecerle un viejo que ya no quería ni hablar ni escuchar, solo esperar dormirse en el Señor. Pero a Johanna la movía una determinación demasiado firme para que se dejara amilanar por el silencio voluntario de un religioso. Acabó por conseguir el número de su habitación y subió los escalones de tres en tres. Comparados con los del Monte, eran bajos. La pintura de las paredes, de color cascara de huevo, se desconchaba y dejaba al descubierto otra capa de un gris lúgubre. La única nota alegre la ponían las puertas, pintadas de rosa, que por un segundo permitían creer que uno se encontraba en una maternidad. Llamó varias veces sin obtener respuesta. Se arriesgó a entrar. Un calor artificial y un olor de orina se le agarraron a la garganta. En una pared verdusca, frente a la cama, colgaba un grabado del Mont-Saint-Michel. Sobre la cama, rodeada de instrumentos médicos, yacía un organismo cadavérico cuyo hábito negro se desparramaba en pliegues antiguos. La cabeza era amarillenta, calva, con hilos blancos que se electrizaban a trozos. Parecía dormir, o morir. Las arrugas, cubiertas por una barba recia, formaban olas que hacían colgar las mejillas y flotar el cuello: la piel, separada de los músculos y de los huesos, llevaba una vida autónoma que se esparcía en dobleces salpicados de manchas oscuras. Debía de tener por lo menos ochenta años, quizá noventa. Johanna, incómoda, se sentó en una silla metálica que chirrió. El monje abrió los ojos y mostró unas pupilas acuosas como un cielo desvaído.

—Señor —dijo ella levantándose—. Perdón, padre... Usted no me conoce, me llamo Johanna, el conservador de la biblioteca de Avranches me ha dado su dirección.

Él se limitó a escrutar el grabado del Mont-Saint-Michel.

—Soy arqueóloga, historiadora medievalista —recitó como una niña—, y

estoy haciendo unas excavaciones en la abadía del Mont-Saint-Michel.

Ante la evocación del Monte, se dignó mirarla. Sus ojos eran magníficos, pero estaban cubiertos por un velo translúcido. Al cabo de un instante, sin embargo, volvieron a apagarse, a quedar sumidos en un abismo. Sin más ni más, le volvió la espalda a Johanna. Pese a las advertencias del conservador de Avranches y de la bondadosa hermana, no se esperaba eso. ¡El espíritu de los manuscritos del monasterio estaba muerto! Permaneció callada. El solo le envió su eterno silencio.

—Padre, no quiero importunarlo en su legítimo descanso —dijo, en un nuevo intento—, pero usted es la única persona que puede ayudarme.

Mutismo. Como último recurso, buscó ayuda en el grabado del Monte: el aguafuerte, con cristal y un elegante marco dorado, estaba firmado por Georges Gobo y había sido editado por el Museo del Louvre; sin duda se trataba de un regalo de Monumentos Históricos con motivo de la marcha del monje. Vista desde el sur, en un momento de marea baja, la montaña se alzaba sobre un cielo cargado de brumas ondeantes en la cima. En la base, el dique acabado de construir era un camino de tierra, bordeado de barcas y barcos de pesca. El Monte tal como debía de ser a principios del siglo XX, tras el cierre de la prisión y las obras de restauración efectuadas por la III República, la época en que habían encontrado casualmente la Virgen Soterraña, emparedada, desfigurada y perdida desde finales del siglo XVIII. Ciento treinta años de olvido del alma ancestral del Monte. ¿Cuánto tiempo necesitaría Johanna para rescatarla? Lentamente, volvió la cabeza y observó la forma tendida que respiraba ruidosamente. ¿Cuánto tiempo...? De repente, cogió el bolso y sacó el cuaderno que contenía la confesión de Román. Después de todo, no tenía nada que perder. Había que jugarse el todo por el todo antes de que fuera demasiado tarde, y desde luego el padre Placide no iba a ir a contarle a nadie el contenido del testamento del constructor.

—Un colega acaba de descubrir esto en la abadía de Cluny, dentro de la tumba de un tal Pedro de Nevers —dijo a modo de introducción, sentándose a los pies de la cama—. «*Abadía de Cluny, Pascua del año de gracia de 1063. Al abad Hugo de Semur. Padre en Cristo...*»

Mientras leía, notó que el padre Placide se movía, sintió su mirada

clavada en ella, pero se obligó a no levantar la cabeza. Tan solo su voz delataba su emoción.

Cuando hubo terminado, suspiró y, cual una acusada en espera del veredicto, escrutó a su juez con temor. Este estaba sentado en la cama, con unas almohadas tras la espalda, y esa posición le daba un aspecto diferente, como si hubiera regresado al mundo de los vivos. Su mirada estaba inundada de una luz intensa pero grave. Tan solo sus manos, salpicadas de manchas, y su labio inferior se obstinaban en temblar. Johanna se mordió la lengua para no estropearlo todo hablando. Esperó.

—Es un espléndido descubrimiento —dijo por fin con voz débil—. Y usted, ¿qué busca?

—Oficialmente, busco osamentas medievales, en particular los restos de Judith de Bretaña, pero en realidad busco a fray Román, padre. En secreto, por supuesto. Debo conocer como sea el final de su historia.

—¿Por qué?

Lo había preguntado en un tono seco, tajante como una amenaza, que hacía suponer que sabía muchas cosas. Johanna no le había dicho nada sobre ella, pero el padre Placide, al igual que Simón, le leía el pensamiento. Ese hombre sabía que su búsqueda condicionaba toda su existencia. El también había sido penetrado por la quintaesencia sobrenatural de la peña, estaba convencida de ello. Johanna no dudó ni un segundo.

—El primer signo me fue enviado durante mi primera visita al Monte, cuando no era más que una niña —comenzó—. Hace de eso veintiséis años... Una noche, soñé con un benedictino que se balanceaba en lo alto de una gran torre, colgado de las cuerdas del campanario... Después, en un lugar que más tarde he identificado como la cripta de la Virgen Soterraña, apareció el cuerpo de un monje decapitado que decía en latín: «Hay que excavar la tierra para acceder al cielo»... La segunda vez fue en septiembre del año pasado, durante otra visita al Monte, adonde no había regresado desde la infancia. En sueños también, vi una mano que empujaba a un monje negro desde lo alto de la peña, mientras sus hermanos cantaban vigiliás en la abadía románica... Luego volvía a aparecer el monje sin cabeza, otra vez en la Virgen Soterraña, y repetía la sentencia en un tono de súplica. La tercera y última vez que lo vi

fue por Todos los Santos, hace tres meses, en el monte Gargano, en Italia, y de nuevo durante la noche, mientras dormía. Pero en esta ocasión vi claramente las manos de un asesino incendiar un jergón donde parecía dormir un laico rubio al que tampoco conocía. El hombre inerte ardió, así como un tapiz que representaba a san Miguel pesando las almas, antes de que el fuego alcanzara las paredes de la cabaña de madera... Me encontré de nuevo en la Virgen Soterraña, donde el mismo monje sin cabeza me esperaba en lo alto de la escalera, sobre uno de los dos altares gemelos. Repitió tres veces: «Hay que excavar la tierra para acceder al cielo», y la tercera vez se acercó volando hasta mí para hundirme un dedo en la frente. Igual que le hizo el Arcángel a san Auberto en la leyenda, cuando san Miguel le ordenó por tercera vez que le construyera un santuario. Esta es mi historia, padre. Es mía y no lo es, como se habrá dado cuenta..., ¡y ya no sé qué hacer! —concluyó, deshaciéndose en lágrimas—. Desde hace dos meses vivo en el Monte, busco en vano al monje sin cabeza en la Virgen Soterraña y en la biblioteca de Avranches. No lo veo en ninguna parte, pero noto que me posee, que espera no sé qué de mí, sí, que espera como un ángel o un diablo, y sé que ha sido él quien ha hecho que llegue hasta mis manos el testamento de Román. ¡Ahora debo averiguar con qué finalidad, debo averiguar quién es, si es fray Román u otra persona, si tengo razón o estoy para que me encierren!

Lloraba desconsoladamente. El padre Placide cerró los ojos. Se hubiera dicho que rezaba. Lentamente, se inclinó y cogió las manos de Johanna entre las suyas. Las palmas del anciano monje estaban rasposas y templadas.

—El encierro no es lo que usted cree, hija —dijo con voz más firme—. Cuando es oración, no es una prisión sino una puerta, una puerta entre la tierra y el cielo. En su caso, creo que la comunión entre los dos mundos ya ha tenido lugar en lo más profundo de su alma. No tema perder el juicio y escuche a su corazón, pues está en un camino de luz.

Johanna no comprendió todo el sermón del religioso, pero tuvo la prudencia de callar y dejar las manos entre las suyas.

—Su corazón es puro —prosiguió él sin abrir los ojos, como si sondeara el alma de la joven—. No, su corazón no la engaña, pues otros han visto lo que usted ha visto, y oído lo que usted ha oído...

—¿Cómo?... ¿Cómo dice? —preguntó, alterada—. Perdona, padre, pero soy tan feliz... Por primera vez desde hace veintiséis años, tengo la confirmación de que existe. ¡El monje decapitado existe! ¿Cómo se llama? ¿Lo ha visto usted?

—Proviene de la noche de la montaña sagrada... Yo no me lo he encontrado nunca en persona, pero, en un pasado lejano, otros hombres lo vieron y lo describieron.

—¡Los manuscritos de Avranches! ¿Lo encontró en los manuscritos de Avranches? ¿Dónde están, padre? Se lo suplico, ¿en qué estante, en qué volumen? ¿Dónde están esos archivos?

El padre Placide abrió los ojos tan apaciblemente como los había cerrado. Tenía la mirada febril. Lo consumía un inmenso fuego interior que contrastaba con la calma de sus palabras y de sus gestos. Soltó las manos de Johanna, acercó los dedos a su cabeza de viejo y, hundiendo el índice de la mano derecha en su frente surcada de arrugas, respondió: —Los archivos... están aquí.

Capítulo 14

Cuando Almodius llega a la cabaña del constructor, esta acaba de derrumbarse ante una multitud de laicos y de monjes que conjugan juntos todos los verbos de la consternación y la desesperación. El ayudante de Eudes de Fezensac, un gascón bajo y corpulento, se acerca a los escombros humeantes para buscar el cuerpo de su maestro. Con gran estruendo, aparta las planchas carbonizadas y el abad distingue un pichel de estaño volcado, un vaso del mismo material y los jirones de algo que recoge emocionado: un tapiz destrozado casi por completo, el tapiz de san Miguel pesando las almas, del que solo quedan la cabeza amenazadora del Arcángel y el mango de la espada que empuñaba con la mano derecha. Diez años antes, cuando Almodius accedió al abaciado, descolgó el ancestral tapiz de la celda donde siempre había ocupado un lugar privilegiado, la de los abades, para colgarlo en el alojamiento del constructor. Demasiados recuerdos funestos se hallaban unidos a ese trozo de tela, por muy sagrado que fuera: el interrogatorio de Moira por parte de Hildeberto, el enfrentamiento entre Hildeberto y Almodius, la muerte de Hildeberto, más tarde la del abad Thierry, y por último el paso de los abades pervertidos. Almodius temió que el hecho de verlo a diario despertara en él fantasmas a los que había vencido, mientras que, para Eudes de Fezensac, la convivencia con el Ángel podía resultar beneficiosa al abrir su alma a la de una montaña que le era desconocida.

Esa noche, mientras el ayudante del constructor y dos porteadores de agua extraen de los escombros ardientes los restos calcinados, una oleada de

compasión invade a Almodius.

—Trasladadlo a la cripta de San Martín —les ordena—, al lugar donde se vela a las almas puras y a los benefactores del monasterio. Hijos míos —dice a los monjes—, no tardará en sonar el toque de vigiliat. Os pido que intercedáis ante el Señor por quien acaba de ser llamado a Su presencia. Invocad la clemencia del Arcángel, rogadle que acuda en su ayuda y proteja su alma en el camino hacia el Altísimo. Id, hijos míos, id. Eudes nunca flaqueó en su misión terrestre, socorrámosle para que acceda al cielo.

Los monjes miran con gravedad a su abad y se suben la capucha para encaminarse al coro de la iglesia.

—¡Beltrán! —Almodius llama al ayudante del constructor y hace un aparte con él—. Decidme, Beltrán, ¿sabéis algo de los hechos que han precedido al incendio?

El joven, con los ojos enrojecidos por el humo y el pesar, mira cómo se llevan el cadáver envuelto en mantas.

—Estábamos los dos en la Virgen Soterraña —comienza—. Era después de vísperas, el sol no se había puesto, pero allí abajo reinaba la noche, la noche eterna. Estábamos examinando el trabajo del día, pero los resultados no podían ser más decepcionantes: después de unas pulgadas de tierra blanda, las perforaciones topaban con la roca de granito, sólida e impenetrable. Eudes de Fezensac miraba, descorazonado, la sombría topera que se extendía ante él, cuando de repente vi que sus ojos se iluminaban.

Almodius contiene la respiración y paraliza a Beltrán con su mirada de hurón.

—Tenía la vista clavada en los altares gemelos —prosigue el ayudante—, sobre los que titilaba la llama de los cirios. Observaba, para ser más exactos, la base de los pedestales. Me miró y comprendí lo que estaba pensando: era el único lugar donde a sus hombres no se les había ocurrido excavar. Nos acercamos al altar de la Virgen negra y, con algunos instrumentos y mucha dificultad, conseguimos desprenderlo. Eudes suplicaba en voz alta a la madre del Señor y Reina de los ángeles que le perdonara esa ofensa. Pero bajo el altar había tierra, y bajo la tierra, roca, de nuevo roca. Se santiguó y se precipitó hacia el altar de la Santísima Trinidad. Nos costó todavía más que el

otro desprenderlo. Bajo el altar había tierra, pero bajo la tierra vimos piedras talladas.

Almodius abre con asombro los ojos, que brillan como dos soles negros.

—Mi maestro y yo retiramos las piedras. Estábamos sudando, teníamos miedo, conocíamos la euforia que a veces provoca el miedo... De pronto, profirió un grito: bajo los restos de granito se abría un orificio circular lo bastante ancho para permitir pasar a un hombre de complexión media, que descendía por la roca hacia profundidades oscuras. El conducto vertical, como un pozo, había sido excavado por la mano humana, no cabía duda, tallado en la roca. Mi maestro colocó la linterna en la boca negra, tiró una piedra y, aunque sin poder distinguir dónde caía, la oímos chocar contra un suelo plano. Ahí abajo hay algo, seguramente una gruta, e inmediatamente dedujimos que quizá se trataba de otro templo, excavado por Auberto bajo su santuario, y que ese nicho secreto contenía las reliquias santas que vos esperabais encontrar.

El abad respira entrecortadamente. La alegría lo oprime: ¡por fin va a encontrar la respuesta a la pregunta que lleva cuarenta años haciéndose!

—Dado el legítimo apego de los vuestros a la obra de Auberto y su carácter sagrado —prosigue Beltrán—, así como lo avanzado de la hora, ya que completas estaba a punto de finalizar y los demonios invadirían la cripta, mi maestro no quiso penetrar. Temía violar un lugar santo con sus manos profanas, temía ofender a las potencias celestes, tenía, sobre todo, terror de contrariar el alma de Auberto y la voluntad del Arcángel, que habían prohibido tocar la antigua iglesia y acababan de vengarse en la persona de los desdichados Antelmo y Romualdo.

«Así que Eudes de Fezensac también prestaba crédito a esas zarandajas —piensa Almodius—. Decididamente, ese hombre era tan supersticioso como un siervo sin dos dedos de frente.»

—En consecuencia —continúa Bertrán, oprimido por la aprensión de haber tocado los altares consagrados y el temor de cometer una ofensa mayor aún—, mi maestro decidió no hacer nada e informaros enseguida. Colocamos en su sitio el altar de la Virgen, dejamos unas velas encendidas y salimos de la cripta, aliviados de respirar el aire frío del exterior. Después de todo eso,

completas había terminado, pero aun así fuimos a despertaros. Sin embargo, nos sorprendió ver ante la puerta de vuestra celda a dos hermanos laicos, que nos prohibieron molestaros adoptando una actitud impropia de su rango. Mi maestro no tuvo más remedio que aceptar que su descubrimiento debía esperar hasta la mañana siguiente; me ordenó que fuera a descansar y se dirigió a su cabaña. Estaba pálido, en su mirada se leía terror; estoy seguro de que presentía lo que iba a sucederle: el fuego del cielo iba a caer sobre quien había contrariado la santa voluntad de Auberto y de san Miguel, y efectivamente, su cólera cayó sobre él.

Beltrán llora desconsoladamente.

—Padre, os lo suplico, hay que interrumpir esos trabajos en la Virgen Soterraña, de lo contrario la hecatombe será mayor. El cielo está contra nosotros, pobres mortales, y nosotros no tenemos poder para luchar contra sus designios. Padre, debo... debo informaros de que, en cuanto mi infortunado maestro haya sido enterrado, tomaré el camino del sur en dirección a Gasconia. Me niego a privar a mi alma de la salvación de Dios por obedeceros. Tendréis que buscar otro constructor que tema menos el Infierno.

Sin despedirse del abad, Beltrán gira sobre sus talones resoplando y se dirige a la cripta de San Martín para recogerse ante los restos mortales de su maestro. Almodius encaja el golpe. Alza los ojos hacia las oscuras nubes: el firmamento, áspero y sin florituras, permanece impassible. Tan solo el fiel aquilón libra su perpetuo combate nocturno.

Por la mañana será la fiesta de la Ascensión de Cristo al cielo, con su muchedumbre, sus comitivas y las tres inhumaciones que el abad tendrá que officiar ante las recriminaciones mudas de los monjes: Antelmo, Romualdo y Eudes de Fezensac. Hacia la mitad del día llegarán, para la gran misa solemne, el obispo de Avranches y el duque Guillermo, que no dejarán de dirigirle acerbas críticas. Sí, estarán allí los dos, el obispo y el duque, como todos los años, como sus predecesores hace cuarenta años... Pero esta vez Almodius será el acusado, a quien condenarán como responsable del caos presente. El prelado y el príncipe no saben quién era Moira, la mujer que Almodius ha querido olvidar y que resurge de entre los muertos más viva que

nunca. Almodius tendrá que confesar que la leyenda de piedra, la que debía coronar su misión terrestre y hacerle acceder a la inmortalidad, por el momento queda suspendida a falta de constructor. En el siguiente oficio tendrá que sofocar la rebelión de sus ingenuos hijos, persuadidos de la ira del Arcángel. En breve tendrá que hablar a su soberano de las excavaciones en la cripta, de las que todavía no le ha informado, del descubrimiento del conducto subterráneo y de la gruta, convencerlo de que los tres crímenes no deben impedir la exploración de la cavidad, que sin duda contiene un tesoro..., y probablemente tendrá que luchar contra la codicia de Guillermo. El abad despliega en su rostro apergaminado una sonrisa rígida, aprieta los puños y regresa a su celda a paso de viejo soldado con ganas de pelea. Abre la puerta; la silla de Osmundo continúa volcada ante el fuego agonizante, pero el hermano laico ha desaparecido, cosa que no preocupa en absoluto al abad, convencido ahora de su inocencia. Almodius se envuelve en una gruesa capa de sarga, coge una lámpara y, mientras sus hijos cantan vigiliyas, se dirige a la cripta del coro de la nueva iglesia. Desde allí, accede a la Virgen Soterraña.

Los cirios dejados por Eudes de Fezensac y Beltrán arden sobre el suelo, sembrado de agujeros y de montículos de tierra removida. Al lado de la Virgen negra, sobre el altar de la izquierda, titila la llama de una linterna. Desplazado contra un muro lateral, el altar de la derecha, dedicado a la Santísima Trinidad, está perpendicular a su gemelo en lugar de estar paralelo. Junto a su emplazamiento habitual se alzan montones de piedras. A despecho de las luces, la cripta está en penumbra.

Pese al fresco de la noche, el ambiente es templado. Arropado con su hopalanda negra, Almodius se acerca a la cavidad misteriosa. Mira a su alrededor, pero no ve a nadie. La chimenea descubierta por Eudes de Fezensac es tal como Beltrán la ha descrito: vertical, excavada por la mano del hombre en las entrañas de la roca. El abad la ilumina con la antorcha, pero su resplandor es demasiado débil para llegar hasta el fondo. Con todo, la gruta clandestina está ahí, constituye una promesa de futuro y, sobre todo, una explicación del pasado.

—No cabe duda de que esta es la razón de que hayan matado a esos tres

infelices —murmura Almodius, incorporándose.

—Muy bien razonado.

El abad se vuelve hacia la voz, que parece de ultratumba. Junto a un pilar se recorta una silueta negra, endeble, encorvada como las arcadas de la cripta. Sorteando los montículos de tierra, Almodius se dirige hacia la sombra. Esta lleva un sayal idéntico al del abad, un bastón de peregrino y, en la cabeza, una espesa corona de cabellos blancos. Es un hombre viejo, igual que Almodius, pero sus ojos, grises como un crepúsculo o una delicada aurora, rodeados por un cerco de congoja, poseen una gran viveza. El bastón le recuerda otro, y la mirada...

—¡Román! —exclama Almodius a unos pasos de su interlocutor—. ¿Sois vos, Román?

—A lo mejor soy un fantasma que ha venido para vengar la muerte de una inocente a la que vos entregasteis y mirasteis perecer con absoluta frialdad.

—Guardaos vuestras historias de espectros y de poseídos para fray Esteban y los demás monjes de esta abadía —replica el abad, una vez pasado el primer momento de estupor—. Están tan ávidos de ellas como hace cuarenta años. Así que mi razón y mi instinto no me engañaron hace cuatro décadas, cuando dudaba de que hubierais muerto. Ahora tengo la prueba de que todo aquello de la fiebre súbita y la posesión de vuestra alma por parte del Demonio, y luego de Auberto, fue una odiosa representación orquestada con la complicidad de Osmundo. ¡Sabía que ese bribón estaba encubriendo siniestras fechorías!

—No tenía más remedio que obrar así —confiesa Román, bajando la cabeza— e implicar a Osmundo en aquella infame comedia. Debía hacerlo para huir de esta abadía, del abad Thierry, de vos mismo, debía renunciar a mi misión como constructor con la seguridad de que me dejaríais en paz.

—Siempre pensé que, desgraciadamente para nosotros, amabais más a esa hembra que las piedras sagradas de la gran iglesia abacial —dice Almodius con una súbita afabilidad, mirando las bóvedas de cañón del santuario. Erais el mejor constructor que el Arcángel haya elegido jamás y lo traicionasteis por una mujer, una mortal, y por si fuera poco una impía, cuya alma

condenada debe de estar pudriéndose en un abismo de sufrimiento.

—¡Su alma no está en el Infierno! —ruge Román—. ¿Cómo sabéis que no accedió al cielo? Hace cuatro décadas que rezo por ella en la abadía de Cluny.

—¡Ah!, ¿ahí es donde os refugiasteis? No me sorprende que Odilón acogiera a una oveja negra, pero me resulta curioso que no hayáis colgado los hábitos.

—¿Colgar los hábitos? ¿Por qué? Mentí fingiendo mi muerte, es cierto, pero siempre he sido fiel a Dios y a la regla de Benito.

—Fray Román, ¿a quién queréis hacer creer que un asesino es digno del hábito benedictino? Esta vez ni siquiera engañaréis a los más tontos del monasterio.

Román no se digna replicar al abad y Almodius aprovecha esa ventaja.

—Es evidente que Moira os había revelado la existencia de esta gruta — dice, señalando con el dedo su emplazamiento— y habéis vuelto, cuarenta años más tarde, para impedir que se descubra. No sé qué fabuloso tesoro contiene, pero debe de ser importante, porque para protegerlo modificasteis los planos de vuestro maestro Pedro de Nevers y ahora sembráis el terror en la comunidad con esos crímenes odiosos. Vuestra mano no golpea al azar y sirve a un doble propósito, teñido de demoníaca habilidad: con esos asesinatos, perseguís la cancelación de mi campaña de excavaciones en la cripta a la vez que elimináis a vuestros enemigos del pasado. Sí, es una maniobra ingeniosa... Antelmo y Romualdo eran los últimos supervivientes del tribunal que condenó a la hereje, de modo que los habéis elegido a ellos para perpetrar vuestra venganza; en cuanto al pobre Eudes de Fezensac, digamos que ha cometido la fatal imprudencia de descubrir la gruta, que su posición de constructor ha provocado vuestra amargura y que, matándolo, me heríais de muerte a mí.

—Os equivocáis —contesta Román, meneando la cabeza—. Estáis describiendo la obra de una mente de una frialdad satánica, que sé que encaja más con vos que conmigo.

El abad tiene calor, siente cómo la cólera le invade el pecho.

—¿Osáis afirmar que todo esto no ha sido premeditado? —replica,

alzando un dedo acusador—. ¡Tonterías! Dentro de unas horas será la fiesta de la Ascensión. Lo habéis calculado todo día por día, reproduciendo el simbolismo de los cuatro elementos, y desgraciadamente todo ha sucedido de acuerdo con vuestro funesto plan. Habíais preparado tan bien vuestros bárbaros actos que no habéis dejado lugar alguno para el apresuramiento o la impaciencia. De modo que la oscura silueta que fray Marcos vio bajar del campanario anteayer, después de vigiliás, y que confundió con fray Antelmo, era la vuestra... Os marchasteis del escenario del crimen con tanta tranquilidad que Marcos no sospechó ni por un instante la atroz verdad.

Román se siente sobrecogido. Temblando, se apoya en su bastón de peregrino y suspira antes de contestar:

—En Cluny he llevado durante cuatro décadas una existencia de compunción y de plegaria, poblada de silencio, de remordimientos y de recuerdos —dice, mirando los cirios que están en el suelo—. Nunca he olvidado los acontecimientos que se desarrollaron aquí, jamás, no lo he intentado, estaba condenado a recordar. Esa herida en carne viva se ha hecho más grande con el paso de los años, y ni siquiera las súplicas por la salvación del alma de Moira han logrado aplacar mi angustia. Sin embargo, mi corazón nunca ha sentido deseos de venganza. La venganza pertenece a los seres agraviados por la existencia, que se creen dueños de su destino cuando lo cierto es que este es trazado por Dios; yo desconozco esa vehemencia y esa fatuidad. En Cluny, he agradecido al Señor que me haya dado tanto, que me haya ofrecido a la vez el amor celestial y el amor terrenal. Mi mayor falta fue haber rechazado durante demasiado tiempo este último, haber estado ciego ante el esplendor de esa ofrenda; mis remordimientos provienen de esa imperfección voluntaria que me infligí, que le infligí a Moira y que fue su perdición. La única venganza que puedo concebir es contra mí mismo.

Almodius cruza los brazos bajo la capa y observa a Román con mirada burlona. Román finge no darse cuenta y prosigue:

—Me marché de la montaña, ahora sabéis por qué y cómo, me refugié en Cluny con mi nombre de pila, Juan de Marburgo, y aspiraba a acabar allí mis días. Pero es cierto que hace cuarenta años me juré, en recuerdo de Moira, modificar los planos de la iglesia abacial: lo hice para impedir que excavaran

bajo la antigua iglesia de los canónigos, para impedir que la destruyeran y descubrieran ese conducto y esa gruta. Desde mi exilio cluniacense, intentaba mantenerme informado de las obras de la gran iglesia abacial, y me sentí tranquilizado cuando me enteré de la transformación, gracias a vuestro celo, de la antigua iglesia en cripta de sostenimiento de la nave, bautizada con el nombre de la Virgen Soterraña. Pensaba que esta gruta estaba fuera del alcance de cualquiera, pero eso era subestimaros. Durante la Cuaresma de este año, mi amigo Osmundo me hizo llegar clandestinamente una carta, la única en cuarenta años, que un peregrino había redactado en su nombre. Osmundo desconoce la existencia de esa cavidad, pero sabía que yo concedía la mayor importancia al hecho de que no se excavara nunca el suelo de este lugar. Así pues, me informó de vuestra intención de buscar reliquias en la Virgen Soterraña. Confieso que, sin su ayuda, nunca lo habría sabido o me habría enterado demasiado tarde, pues habéis marcado estos trabajos con el sello del secreto.

—De modo que el viejo Osmundo no está loco... Lo sabía... ¡Menudo farsante! En cuanto a la clandestinidad de las excavaciones, no era para sustraerlas a tu curiosidad, sino a la del duque Guillermo, el obispo y eventuales ladrones de reliquias, que proliferan en esta región.

—Claro, esa discreción os permitía actuar a vuestro antojo, como gran señor de esta región.

Los dos ancianos se miran de hito en hito, preguntándose cuál de los dos conoce mejor al otro, cuál de los dos odia más al otro.

—He reflexionado mucho —prosigue Román—, porque regresar al Monte me aterrorizaba. Ver de nuevo la montaña, los suplicios de Moira, sin poder recogerme en el lugar de nuestros encuentros, puesto que la capilla de San Martín ya no existe, contemplar la gran iglesia abacial con la que tanto había soñado en mi juventud y que no construí, exponerme a encontrarme con vos, así como con otros hermanos... Todo eso me parecía que estaba por encima de mis escasas fuerzas. Sin embargo, no podía dejar de cumplir el juramento que, en mi corazón, le había hecho a Moira. Me puse un manto de peregrino para ocultar el sayal, cogí un bastón y emprendí la marcha con el alma atenazada por el miedo.

—¡El miedo lo perdisteis enseguida! —ironiza el abad.

—Lo que perdí es el miedo a mí mismo. Lo que vi claro es la necesidad de suscitar el miedo en los demás, en este caso en los monjes de la abadía, un miedo tan intenso que su mayor preocupación fuese que cesaran los trabajos en la cripta. El medio para lograrlo era evidente, ya que todos me creían muerto. Al menos todos los que se hallaban presentes en el monasterio en aquella época y aún vivían. Al término de mi larga marcha, me presenté ante Osmundo en el establo con mi vestimenta de peregrino. Me esperaba desde hacía semanas. Fue como si me hubiera ido ayer, aunque hayamos cambiado mucho. Me contó todo lo que había pasado en la abadía durante estos cuarenta años, me habló de vos, de los que fueron mis hermanos... Yo le hice partícipe de mi plan y escogí para llevarlo a cabo a Antelmo, ya que había sido uno de los que condenaron a Moira y ahora tenía fama de sensato.

Almodius se echó a reír. Román iba a confesar por fin sus crímenes.

—Anteayer, Osmundo se encargó de anunciarle a Antelmo que había visto mi espectro. Fantasma errante desde hacía cuatro décadas, me había aparecido a mi amigo Osmundo porque presentía que Antelmo, mi enemigo, no iba a tardar en dormirse en el seno del Señor. Osmundo le hizo creer que yo ansiaba venganza, que era incapaz de liberarme de las contingencias de la tierra y de mi rencor. Mi mayor deseo era cerrar el camino del cielo a los que habían condenado a Moira. Sí Antelmo quería acceder de inmediato al cielo, si quería evitar que yo lo retuviera aquí abajo infligiéndole las mismas torturas que había sufrido Moira, debía hacer las paces conmigo.

—Tengo que reconocer que esta vez os habéis superado —lo interrumpe Almodius, riendo—. ¡Qué imaginación tan diabólica! ¡Mucho más aguda que antes!

—Antelmo se lo creyó —prosigue Román, indiferente a los sarcasmos del abad—. El pobre estaba aterrorizado. En la oscuridad de la noche, durante vigiliyas, me quité el manto de peregrino y, con el sayal, subí al campanario para esperarlo. Acudió puntual a la cita, pálido y sobrecogido, convencido de tener ante sí a un fantasma. Le dije que estaba furioso por su sentencia contra Moira, cuya alma condenada me perseguía desde hacía cuarenta años reclamando venganza. Cuando preguntó qué tenía que hacer para liberarme

de ella, y liberarse él de mí, respondí: «Servir al Arcángel, obedecer la orden sagrada de Auberto, la que dio a través de mi boca poco antes de mi muerte. Tienes hasta la fiesta de la Ascensión para hacer que cese la profanación de la antigua iglesia y, por lo tanto, del santuario de Auberto. Hasta entonces, te dejaré en paz. Pero si la noche de la Ascensión la mancha de la cripta no ha sido lavada, volveré y robaré tu alma para infligirle el castigo».

—Pero, entonces —interviene Almodius—, ¿qué razón había para matarlo esa noche?

—¡Exacto, exacto! —exclama Román, dando unos pasos por la cripta—. Os cuento todo esto porque yo no lo asesiné, yo no lo maté, los ángeles fueron testigos. Yo solo quería asustarlo y utilizarlo para convencer a sus hermanos de poner fin a las excavaciones. Él habría contado este episodio a todos y eso habría sido mucho más útil para mi propósito que su muerte.

El abad, desconcertado, frunce sus penetrantes ojos.

—Mentís, Román —concluye finalmente—, siempre habéis mentido, antes y ahora. Creo que intentáis engañarme porque no tenéis valor, como en otros tiempos, para admitir vuestras pasiones humanas. Atrajisteis a Antelmo a lo alto del campanario del modo que habéis descrito, pero después, lejos de soltarle ese discurso edificante, os abalanzasteis sobre él y lo ahorcasteis. El símbolo era demasiado evidente para que pudierais resistir la tentación, y procedisteis de manera idéntica para eliminar a Romualdo y a Eudes de Fezensac.

—¡Eso es falso! —replica Román con firmeza—. Cuando bajé de la torre, Antelmo estaba vivo, ¡estaba vivo! No, yo no le hice nada. Pero al día siguiente, al enterarme de su muerte, comprendí lo que había pasado. A veces hacéis gala de sagacidad, Almodius, y en lo que se refiere a Antelmo, vuestra primera impresión era acertada: se quitó la vida él mismo, es la única explicación. Su terror era mayor de lo que yo había imaginado, temía no lograr convencerlos de interrumpir las excavaciones y volver a ver mi «espectro». Prefirió exponerse a ir al Infierno y esperar el Paraíso solo, antes que estar seguro de sufrir con un fantasma los tormentos de la entrada a los dos mundos.

—¿Y ahora vais a decirme que Romualdo deseaba darse un baño y se

zambulló él mismo en el mar, y que el constructor tenía tanto frío que prendió fuego deliberadamente a su cabaña?

Román está de espaldas. Lentamente, se da la vuelta.

—Me quedé tan sorprendido como vos al enterarme de la muerte de fray Romualdo y de la del constructor. No había vuelto a ver a Romualdo desde hacía cuarenta años; en cuanto a ese infortunado de Eudes de Fezensac, lo vi aquí, pero no tuve el honor de acercarme a él.

—¿Qué esperáis hacerme creer? —dice secamente el abad—. Las víctimas, el móvil, el momento de los crímenes y la manera de perpetrarlos, mediante el aire, el agua y el fuego, están teñidos de un significado demasiado manifiesto para que seáis inocente. Vuestra propia presencia en la montaña es una confesión de culpabilidad.

—Comprendo vuestro razonamiento y lo comparto hasta cierto punto. Si bien persisto en mi idea de que fray Antelmo se quitó la vida él mismo, estoy convencido, como vos, de que Romualdo y Eudes de Fezensac han sido asesinados de acuerdo con un simbolismo preciso vinculado a los suplicios de Moira, con objeto de interrumpir las excavaciones en esa cripta para que la gruta permanezca oculta. La prueba de ese designio nos la ha aportado, desgraciadamente, el último crimen, el del constructor, pues Eudes de Fezensac era ajeno al drama que hace años tuvo lugar aquí. Era inocente en lo que se refiere a la venganza cuya causa es el martirio de Moira, pero culpable de haber encontrado la entrada de la gruta subterránea; por eso lo mataron poco después de su descubrimiento. Para proteger esta gruta es, en definitiva, por lo que alguien mata. Pero, por más que os desagrade, ese alguien no soy yo.

—Entonces, ¿quién? ¿Y por qué?

—Por qué, lo habéis adivinado: para impedir el acceso a este lugar y al mismo tiempo ejecutar una venganza relacionada con la muerte de Moira. Pero, en mi opinión, la manera de llevar a cabo estas represalias, sirviéndose de los cuatro elementos, y la elección de las víctimas no han sido premeditadas; ha sido la muerte imprevista de Antelmo, colgado en el aire como Moira hace cuatro décadas, lo que ha hecho germinar en la mente de alguien el macabro plan que ha sido puesto en práctica. En cuanto al nombre

del asesino, tengo una idea al respecto, pero no os la diré. En cualquier caso, os aseguro que no se trata de Osmundo, a quien habéis torturado injustamente.

Almodius reflexiona en silencio. De pie uno en cada lado de la cripta, los dos religiosos se observan, desconfían el uno del otro, asaltados por sus respectivos recuerdos, en parte idénticos. Los dos ancianos son como esos recuerdos: de vez en cuando se encuentran, pero no coinciden. Esa noche, nada ha cambiado: al igual que antaño, el tiempo los ha reunido, su conocimiento de los seres y de las cosas los acerca, pero entre ellos sigue habiendo una disonancia tan explosiva como la atmósfera de la cripta. Almodius y Román son como los dos altares de la Virgen Soterraña, aparentemente gemelos, tallados en el mismo granito, pero en realidad muy diferentes: uno está al norte, pegado a la tierra y a la peña donde él es abad, esa peña maciza e intacta que él venera como a una mujer sagrada, una Virgen negra; el otro, al sur, que fue dedicado al Padre, a Jesucristo y al Espíritu Santo, ha sido desplazado de su sitio inicial para dejar al descubierto un camino clandestino, abrupto, profundo y excavado con mucha dificultad, que desciende por la piedra hasta una gruta en forma de vientre donde Román sabe que hay un tesoro secreto pero donde él no ha penetrado.

—Admito que la mano de Osmundo no ha cometido esos crímenes —dice Almodius, sentándose en un banco de granito—, pero es, al igual que lo fue en el pasado, cómplice de vuestra mano. Y no puedo aceptar que la vuestra sea inocente. No, vuestra demostración no me ha convencido en absoluto, para mí sois el único asesino y creo que esta vez sí estáis poseído realmente por el Maligno. ¿Cómo, si no, ibais a atreveros a cometer semejantes infamias en un lugar santo, vestido con el hábito benedictino?

Román se sienta también en un banco de piedra, frente al abad, con las manos apoyadas en su bastón de peregrino. Es inútil que continúe defendiéndose, puesto que su antiguo enemigo quiere que sea culpable. Así pues, Román pasa al ataque en un tono deliberadamente reposado:

—Almodius, vos que, vestido con este hábito, hicisteis torturar a una inocente y envenenasteis a un abad, ¿creéis que el sayal preserva a quien lo lleva de cometer los crímenes más sacrílegos?

Almodius esboza un rictus. Ahora le toca a él defenderse en ese extraño tribunal en el que los jueces son fantasmas.

—De modo que vos también creísteis que yo había envenenado a Hildeberto... Muchos lo creyeron y lo utilizaron vilmente para impedirme acceder al abaciado. Pero os aseguro que mi único crimen contra Hildeberto fue haber provocado en él la cólera que finalmente se lo llevó; era de natural frío y no soportó aquella súbita llamarada. Mis palabras, sin quererlo, encendieron ese fuego que lo consumió, pero las llamas de la ira emanaban de su corazón y yo no las aticé con ningún veneno. Al contrario, lo intenté todo para enfriar su cuerpo, pero fue en vano. Murió por haber contrariado él mismo su naturaleza. Yo no soy responsable de eso, y sin embargo, pagué por una falta que no había cometido. Contrariamente a vos, que vivís en el arrepentimiento, yo lo asumí y acabé por convertirme en abad. Más vale aceptar lo que a uno le adjudican, aunque sea equivocadamente, que imponer por la fuerza una verdad que los demás no desean oír.

—Curiosa metafísica... ¿Y vos me reprocháis mis mentiras?

—Yo no os reprocho nada, Román, aparte de renegar de vuestros actos, por graves que sean, y por lo tanto de vos mismo. Yo no conozco el arrepentimiento; pienso y actúo.

—Parecís sincero —admite Román—, y sin embargo, me cuesta imaginar que no intoxicasteis a Hildeberto. Su muerte beneficiaba demasiado vuestra ambición.

—Quizá me creáis si os confieso que le administré veneno a alguien, pero no a nuestro antiguo abad.

Román le lanza una mirada de satisfacción. Almodius le devuelve la mirada.

—Al abad Thierry, supongo, para apoderaros del báculo, ¿no? —pregunta Román—. Su súbita muerte era muy sospechosa..., pero no os benefició.

—Me decepcionáis, Román —contesta el abad en un tono condescendiente—. Cuarenta años de remordimientos no os han enseñado mucho acerca del hombre. Para matar, es preciso odiar visceralmente o amar apasionadamente, y mis sentimientos hacia Hildeberto y hacia Thierry no alcanzaban ese grado de unión.

Román mira al abad, irritado por no haber sabido acorralarlo.

—La única sustancia que he envenenado en toda mi vida —concluye Almodius— es la comida que le llevasteis a Moira cuando estaba recluida en la fosa de tierra.

Román se queda lívido, mudo de estupor. Almodius saborea su victoria como si fuese un excelente vino de Borgoña.

—*Atropa bella donna, solanum dulcamara, hyoscyamus niger* —dice, como si enumerara vinos exquisitos—. Una decena de bayas frescas de belladona, otros tantos frutos rojos de hierba mora dulceamarga y raíces de beleño negro, todo robado en la enfermería de Osmundo, majado y mezclado con el vino y la comida destinados a Moira.

Román se levanta, rojo de ira.

—Sois... ¡Sois un monstruo! —grita.

—¡Qué poco me conocéis! —replica el abad con calma, perdidos los ojos en las profundidades de la cripta—. ¿Seguís estando tan ciego como lo estabais entonces? ¿No os dais cuenta de que si hice aquello fue para ahorrarle a Moira el cruel dolor que la esperaba al día siguiente, el causado por el fuego? La maté, sí, le ofrecí lo que ella esperaba, la muerte, porque yo sabía desde el principio que no abjuraría jamás. ¿Para qué verla sufrir? La liberé de la tierra, atendí a sus deseos devolviéndola a la tierra, y lo hice por amor.

—¿Cómo pudisteis? —se indigna Román, con los ojos anegados de lágrimas y los puños cerrados—. ¿Cómo podéis hablar de amor vos? Sí, me equivoqué respecto a vos, ahora veo cuánto... ¡Dios todopoderoso! La asesinasteis, y fui yo quien le serví el alimento mortal. Iba a salvarla y la maté. ¡La maté!

—Yo más bien diría que, sin saberlo, le ofrecisteis por fin lo que ella deseaba. Fue la única vez, en mi opinión, que respondisteis a sus expectativas, y lo hicisteis ignorando lo que estabais haciendo. Porque vos erais una criatura ingenua y nunca la comprendisteis, y nunca habríais tenido valor para ejecutar ese acto de manera deliberada. Solo yo conocía el secreto de su alma, porque nuestras almas eran idénticas. Cuando vos todavía concebíais esperanzas fútiles e insanas, yo oí la voz de su corazón llamando a

la muerte, la oí, su alma suplicaba, le respondí y ella me entendió. Era demasiado experta en materia de hierbas para no reconocer el sabor amargo del veneno. Si hubiera querido permanecer a vuestro lado, no habría comido, pero lo ingirió todo dando las gracias, estoy seguro, a la mano amante que la salvaba y consciente de que no podía tratarse de la vuestra. Quizá adivinó que era yo quien le daba la única prueba de amor que esperaba, prueba que vos erais incapaz de proporcionarle. Siempre he confiado en que lo supiera... Sí, en la hora de la muerte supo quién era lo bastante fuerte para amarla y quién la había abandonado cobardemente.

—¿Abandonado? Pero, pero... ¡Vos la condenasteis! ¡Fuisteis vos quien, no contento con haberla entregado y hecho condenar al suplicio, la condenasteis de nuevo a muerte, a lo irremediable! —exclama Román alzando los brazos al cielo, furioso—. ¡Qué equivocado estaba! ¡Cómo nos habéis engañado a todos! ¡Señor, mira, sé testigo de las confesiones de tu hijo, de la mistificación de este ser que, lejos de ser guiado por la fe que proclama, está gobernado por la pasión deletérea! Finalmente veo vuestro verdadero rostro, vuestra vanidad y vuestra insumisión a Dios. Porque un creyente habría creído hasta el último instante en la gracia divina que podía descender sobre Moira, iluminar su corazón y llevarla a enmendarse, salvándole así la vida. Pero vos... vos habéis querido reemplazar al Creador arrogándoos poder de vida y de muerte sobre ella. Yo pensaba que vuestra fe era tan poderosa, tan imperiosa, tan vehemente que había matado en vos la capacidad de amar; pero es al contrario, es el amor que tratáis de sofocar, la pasión humana lo que ha destruido vuestra fe. Si denunciasteis a Moira, no fue para salvar la abadía, sino por despecho, por despecho amoroso y deseo de venganza porque ella no estaba enamorada de vos. ¡La fe no es en vos sino la coartada de vuestras pasiones!

Almodius se levanta del banco.

—¿Somos tan distintos, queridísimo Román? —pregunta en tono meloso—. ¿Sois realmente tan piadoso y puro como pretendéis? ¿No fue la conversión de Moira a la verdadera fe un argumento que utilizasteis para tener citas secretas con ella y enmascarar vuestra inclinación sexual? ¿No era también la fe la coartada de vuestra atracción sensual? Lo que nos diferencia

es que vos habéis sido siempre un hipócrita y un cobarde en lo relativo a vuestros sentimientos, mientras que yo he acogido ese deseo poderoso y oscuro que me destroza el alma y el cuerpo. Habláis de pasión, pero no sabéis qué es la pasión, esa epidemia mortal que lo aniquila todo a su paso. Yo no huí de ese incendio fatal, lo dejé tomar posesión de mi ser y después le planté cara con valentía, lo combatí en mi carne tanto tiempo como fue necesario y lo vencí.

—Luchasteis contra él entregando a Moira, y como eso no bastaba para apagar el fuego del que habláis, la matasteis. Era la única manera de liberaros, pero de ella, de sus sentimientos, de sus pensamientos, de sus proyectos, no os preocupasteis en absoluto.

—¿Sus proyectos? ¿Sus sentimientos? ¿Acaso pensáis que os incluían a vos, que necesitasteis su suplicio para entender el amor de ella, y su muerte para admitir el vuestro? Cuando estaba viva, rechazasteis la llama que Moira os ofrecía; esperasteis a que se hubiera extinguido para adorar las inexistentes cenizas de una difunta. En eso consiste el poder de vuestro «amor», en el desprecio de los vivos y la veneración de una desaparecida. ¡Un icono, el culto a los muertos! Ah, estuvisteis muy inspirado cuando se os ocurrió huir a Cluny. ¿Qué habrías podido prometerle a Moira cuando estaba viva? ¿Una existencia miserable junto a un monje exclaustro?

El abad suelta unas carcajadas atronadoras. En el otro lado de la cripta, Román nota que se le enciende la sangre. Sus labios están pegados el uno al otro, sus manos nudosas aprietan el bastón con todas sus menguadas fuerzas.

—Moira viva era para vos un enigma que jamás habrías sido capaz de dilucidar —prosigue Almodius—. Porque por vuestras venas, Román, corre la misma sangre que corría por las de Hildeberto, una sangre fría, tibia en el mejor de los casos, que el fuego destruye por lo ajeno que es a vuestra alma, pútrida como un pantano. Moira, por el contrario, era el fuego encarnado, ese fuego que me constituye a mí también y que me hizo comprender que jamás renegaría de sus creencias. Habría sido abjurar de lo que alimentaba su existencia, y, al igual que yo, poseía la conciencia, la tenacidad y la energía guerrera de los seres que prefieren la muerte a una existencia anodina arrancada a la matriz de su Creador. Aquella hoguera final, se la ahorré para

rendirle homenaje, como muestra de complicidad de un alma ferviente, por locura de mi corazón enamorado, pero no por celos ni por despecho. Aquel veneno que capturó sus entrañas, se lo ofrecí para defender vuestra alma, que ella estaba corrompiendo, para preservar la mía, es cierto, pero sobre todo para que la tierra que me sustenta, la de esta montaña, no fuera mancillada, pues la mayor de mis pasiones está en la cima de esta peña y no debía ser alterada. Está sobre nuestras cabezas, es un castillo de piedra que llega al cielo, y jamás he dejado que nadie lo ponga en peligro, y desde luego tampoco Moira. Yo la amaba, pero ella amenazaba a nuestra comunidad con su contaminación monstruosa, ¡no había más que ver lo que había hecho de vos! Vos, a quien yo admiraba tanto...

Almodius da unos pasos en dirección a Román.

—Vos, a quien el Arcángel había elegido y que os dejasteis apartar de él y de sus piedras ardientes. Vos, a quien él hablaba para que le erigierais el cielo, la inmortalidad, y construyerais la eternidad de los hombres del Monte, vos, a quien Moira arrastró a su arroyo inmundo, en el que continuáis revoleándoos solo sin siquiera debatiros. Al igual que a mí, el Arcángel os había tocado con su espada, os había mostrado el camino, y vos tuvisteis la debilidad de dejar que os desviarán de él. Ella no era un ser humano corriente, lo reconozco, y vos erais incapaz de luchar. Solo yo pude vencerla. Si hubierais comprendido que deseaba ayudaros entregándola al tribunal terrestre, que haciéndolo os liberaba de sus cadenas, en lugar de odiarme y huir, os habríais quedado en la montaña, nuestra montaña sagrada, y entre los dos le habríamos ahorrado todos estos años de caos.

Román avanza también hacia Almodius. El abad tiene lágrimas en los ojos.

—Pero, en vez de eso, seguisteis prisionero de los grilletes de esa mujer incluso después de su muerte. Erais un alquimista santo, con el granito creabais el oro divino, pero ella acabó con vuestro arte. Erais un señor y ella os transformó en esclavo... ¡Fue ella quien os mató, hace cuarenta años, y espero que en el fondo de sus Infiernos lo haya pagado!

—¡Callaos, os lo suplico! —grita Román, a unos pasos del abad.

De pronto, Román suelta el bastón de peregrino, introduce una mano bajo

la cogulla y saca un puñal con el que amenaza a Almodius. Este último, sorprendido, retrocede hacia el conducto subterráneo.

—¡Basta! —prosigue Román—. Habéis perdido el juicio y vuestras palabras son las de un demente. Me reprocháis mi debilidad; sabed, sin embargo, que nunca he tenido la de odiaros... hasta esta noche. Pero acabáis de abriros como no lo habíais hecho jamás, y el poder de vuestra ignominia me ha iluminado. Vos jamás amasteis a Moira. Todo cuanto vuestro tumultuoso ser pudo concebir es concupiscencia vil y deseo de posesión. Ella os rehuyó como yo rehuí vuestros designios, y nunca habéis podido perdonarnos. Vais a mancillar con vuestro aliento abyecto esta gruta por la que Moira dio su vida, pretendéis violar sus entrañas como ardáis en deseos de profanar las de Moira, pero yo os lo voy a impedir. Porque ella está muerta, sí, pero esta caverna es su corazón palpitante, al que yo juré fidelidad.

Almodius está al borde de la abertura. Se queda inmóvil, recoge los extremos de su gran capa y envuelve a su adversario en una mirada arrogante.

—Matadme si tal es vuestro deseo. Asesinadme, después de haber cometido ya tres asesinatos. Será el último crimen, mediante la tierra, la tierra en cuyos brazos murió Moira. Acabad conmigo si tenéis valor, porque yo no soy un pobre diablo aterrorizado sobre el que caéis por sorpresa haciéndoos pasar por un espectro. Vamos, pero antes sabed que, si no lo hacéis, mis hombres bajarán a ese vientre subterráneo y descubrirán todo lo que contiene. ¿Tan importante es lo que alberga para que corra tanta sangre?

—Vais a bajar vos mismo al fondo de esa chimenea, así podréis satisfacer vuestra curiosidad —responde Román—. Cuando hayáis desaparecido, taparé el conducto colocando las piedras una a una, volveré a poner encima el altar de la Trinidad y vos, sin aire, os asfixiaréis lentamente ahí abajo, igual que Moira se ahogó, víctima de vuestro veneno, al fondo de su fosa, y yo me iré con la seguridad de que nadie excavará nunca más aquí.

—¿De verdad pensáis que voy a haceros el favor de arrojar me a ese agujero porque me amenazáis con un miserable cuchillo? No, Román, una vez más, me subestimáis. Si queréis que muera, vais a tener que degollarme con vuestras propias manos y rendir cuentas eternamente al Señor por ese

acto.

Almodius permanece inmóvil delante de la abertura. Román no puede más: levanta el arma y se precipita hacia delante para apuñalarlo. El abad no se mueve. De pronto, justo en el momento en que iba a clavar la hoja, Román se detiene en seco y dobla el cuerpo por la cintura. La daga cae al suelo. Román abre la boca de estupor, pero no sale de ella palabra alguna, tan solo un hilillo de sangre oscura; ha sido atravesado por una larga espada, una espada de caballero que Almodius tenía escondida bajo la capa. De un tirón, el abad extrae el sable del abdomen de Román. Este cae a sus pies, sobre la tierra de la cripta, emitiendo un débil estertor.

—¡Tú que traicionaste al Arcángel —dice el abad—, tú que creíste engañar a Almodius, el primero de sus servidores, tú que has sembrado la muerte en la comunidad, mueres por mi mano, por la espada de san Miguel, la espada con la que el príncipe de la milicia del cielo decapitó al dragón!

Haciendo acopio de todas las fuerzas que llevaba cuarenta años reprimiendo, el vigoroso anciano levanta el arma y la abate de golpe sobre el cuello de Román, cortándole la cabeza. El cráneo tonsurado va a parar al borde del pozo. Almodius jadea. Suelta la espada, se agacha y recoge la cabeza de Román.

—Así no volverás para atormentarme —declara—. Ya que le has sido fiel, incluso después de la muerte, ve, pues, al Infierno a reunirte con el demonio que te ha consumido el alma hasta empujarla al crimen.

El abad arroja la cabeza de Román al fondo del agujero que conduce a la gruta. Se oye caer el cráneo en las profundidades oscuras. Extenuado, el anciano se enjuga la frente con el reverso de una manga.

—Esta sangre impura será la última que manche la peña del Arcángel —concluye—. Ahora bajaré y descubriré el secreto de esta gruta. Por fin voy a saber por qué sacrificó Moira la vida por él, consagrándole la muerte.

Almodius mira a su alrededor mientras recupera el aliento. Su cólera se apacigua. En un rincón de la cripta hay una escala de cuerda enrollada. Con sus manos amarillentas y nudosas, ata un extremo al altar de la Santísima Trinidad.

Lentamente, desenrolla la escala sobre el suelo, rodea el cuerpo

decapitado de Román y deja caer la cuerda por el conducto. Ya no tiene edad para realizar semejante proeza física, pero esa noche el tiempo ha sido abolido: el abad tiene cuatro décadas menos, es joven y vigoroso, la sangre que acaba de derramar ha fortalecido su alma, la ejecución de una venganza que para él es un acto de justicia ha apaciguado su espíritu. Con una linterna en la mano, asomado a la garganta de piedra, se deleita en la deliciosa impaciencia, en la curiosidad frustrada que pronto va a saciar, en el misterio de una mujer que va a abrirse para él. Delicadamente, como si penetrara en una flor, desciende por los barrotes de madera y se pierde en el abismo.

Transcurre un rato antes de que el resplandor de su lámpara emerja de nuevo a la superficie de la cripta. La fisonomía del abad ha cambiado por completo: regueros de sudor inundan las profundas arrugas que surcan su rostro, sus ojos están llenos de estupor. Almodius apoya los pies en el suelo de la Virgen Soterraña. Lívido, mira el cuerpo sin cabeza de Román, que yace boca abajo junto a la espada de san Miguel. Permanece largo rato postrado ante la escena. Alzando los ojos al cielo, el anciano exhala un largo suspiro de dolor. Luego, recoge los extremos de su capa, se santigua y, con paso vacilante, se dirige hacia la puerta de la cripta. En ese momento, un ruido sordo, a su espalda, lo sobresalta. El abad se vuelve hacia los coros gemelos. Una silueta sale de la oscuridad y avanza hacia Almodius lentamente, como una fiera salvaje segura de que va a atrapar a su presa. Con los ojos desorbitados por el miedo, el abad retrocede hacia un muro de la nave. La enorme sombra continúa avanzando.

—No, es imposible... —masculla Almodius, presa del terror, pegado al muro.

Entonces, una mano vengadora se alza por encima de su cabeza.

Capítulo 15

Sentado en la cama, el padre Placide no aparta los ojos de la pared donde está el grabado que representa el Monte.

—Los tres pilares de mi existencia siempre han sido el silencio, la liturgia y los libros —explica—. La voz de los libros a veces es ensordecedora, pero a mí siempre me han gustado las notas con que me llenaba la cabeza, pues es el canto de los hombres liberados del tiempo.

Johanna arde de impaciencia, pero calla para dejar que el anciano encuentre a su ritmo el camino de las palabras abandonadas.

—Antes de trasladarme a él —dice, señalando el Monte—, estaba en la abadía de Solesmes y trabajaba en la nueva biblioteca, construida después de la última guerra. Allí no quedaba nada de los manuscritos medievales y casi nada de los archivos anteriores a la Revolución, pues, contrariamente a él, que es un valiente guerrero, mi abadía no sabía defenderse y fue víctima de las vicisitudes de la Historia. Mientras que, durante toda la guerra de los Cien Años, el Monte resistió y no cayó nunca en manos del enemigo, Solesmes fue tomada por los ingleses, ocupada y destruida. Mientras que los preciosos libros del Monte fueron transportados a través de los arenales de la bahía hasta Avranches, durante la Revolución, la biblioteca de Solesmes fue saqueada. Observe que en aquella época, y más adelante, Inglaterra compensó sus ultrajes de la guerra de los Cien Años convirtiéndose en una tierra de asilo para los monjes de todas las abadías francesas, perseguidas por la Revolución. Yo creo que, en el fondo, los bravos monjes del Monte y los

ingleses se parecían..., ese temperamento peculiar de los insulares, que preservan a toda costa su libertad. En mi opinión, lo que los ingleses no habían perdonado era la victoria de Guillermo el Conquistador, aunque el normando les hubiera aportado mucho.

Guarda silencio un instante y de pronto parece despertar de un sueño.

—Guillermo el Conquistador no tiene nada que ver con esto... Mis palabras divagan y se pierden en mi cabeza —confiesa—. Hace tanto tiempo que las encerré que se vengan intentando escapar juntas.

—¡Pues déjelas! —dice Johanna con una sonrisa llena de ternura—. Las atraparemos al vuelo y las colocaremos en su sitio.

—No, no, señorita, el orden y el rigor son hijos de la virtud. En el caos no hay salvación. Deme un poco de agua, por favor.

Johanna obedece. Su presencia debe de fatigar al octogenario. Hablar es una facultad natural para la mayoría de los hombres; para él es un lujo del que, como buen monje, se ha privado. Sin embargo, en cuanto ha bebido, el padre Placide parece querer reconciliarse con la opulencia del verbo. Johanna vuelve a ocupar su sitio a sus pies.

—Como decía, estaba en Solesmes —continúa—, donde me ocupaba de los numerosos libros editados o comprados por la abadía. En 1966, con motivo de la gran fiesta del milenario monástico, André Malraux aceptó la idea de un regreso provisional de los monjes al Monte. A lo largo de nueve meses pasaron un centenar de hermanos de diferentes monasterios benedictinos, cistercienses y trapenses por la abadía. Hasta 1969 no se instaló de forma duradera una pequeña comunidad. Mi abad me ordenó que fuera para ocuparme de los manuscritos de la abadía. Yo ya tenía cincuenta años, pero fue precisamente eso lo que incitó a mi superior a enviarme allí: quería hombres con experiencia, capaces de soportar la rudeza del clima y las incomodidades del lugar, sobre todo la proximidad y la abundancia de fieles y turistas, aunque estos últimos no eran tan numerosos como ahora.

Se interrumpe un instante y respira profundamente. Junto a la cama hay una botella de oxígeno, pero no parece necesitarla. Una energía nueva se ha apoderado de él.

—Nada más llegar, el misterio grandioso de ese lugar me atrapó, y

también me di cuenta enseguida de que los manuscritos de Avranches se hallaban en un estado lamentable. ¡Corrían un gran peligro de desaparecer!

—Sí, lo sé —lo corta Johanna—. El conservador me ha contado cómo luchó usted por salvarles la vida.

—Por desgracia, lo que quedaba era ya muy poco comparado con los tesoros que poseía la abadía medieval. No sé qué milagro se produce, pero en cuanto te acercas a ellos, el Monte y el Arcángel te inspiran un deseo irrefrenable de combatir por ellos. ¡Te confieren una fuerza, un valor y una voluntad increíbles!

Du Guesclm y los caballeros franceses de la guerra de los Cien Años que se sucedieron para defender el Monte durante los ciento quince años que duró esa guerra, en particular durante el asedio de la peña, sin duda estarían de acuerdo con el padre Placide. Johanna espera que el anciano le hable de un documento perdido en las estanterías de la biblioteca de Avranches y que ella no ha sido capaz de encontrar. Le sorprende el giro que toma el relato del monje.

—Hace unos veinticinco años, cuando estaba en lo más duro de mi batalla para salvar los manuscritos, recibí la visita de un hermano benedictino, un antiguo codicólogo inglés.

La joven frunce el entrecejo.

—Era prior de la abadía benedictina de Ampleforth, en el norte de Gran Bretaña, cerca de York, y había ido a Solesmes para participar en un encuentro de superiores de las diversas congregaciones de nuestra orden. Por suerte, hablaba francés mejor que yo inglés. Traía un regalo para la abadía del Monte. Me entregó solemnemente, por orden de su abad, un pequeño cuaderno de tapas rígidas, oscuras y deterioradas, que reposaba en la biblioteca de su abadía y que él había encontrado hacía unos años al catalogar las obras. Esta databa del año 1823. Me explicó que el contenido del cuaderno se refería al monasterio de Mont-Saint-Michel; por eso, dado que volvía a haber monjes benedictinos en la montaña, me lo regalaba. Añadió que en lo sucesivo yo era el único depositario de ese extraño texto. No pareció querer extenderse sobre la cuestión y se marchó al congreso. Cuando, intrigado, abrí el cuaderno, encontré una hermosa y cuidada caligrafía,

pero... en inglés. Las pocas palabras que había aprendido durante la guerra en las redes de la Resistencia no me permitían descifrar el manuscrito. Y mis hermanos «importados» de Boquen y de Bec-Hellouin al Monte se encontraban en la misma situación; la única lengua «extranjera» que practicábamos era el latín. Mi prior me recomendó a un laico al que conocíamos por su piedad y su humildad, un montesino de pura cepa, maduro, que había trabajado y vivido en Londres hasta que decidió retirarse del mundo de los negocios. Era un hombre discreto, muy religioso, que me recibió en su casa varias noches seguidas para hacerme la lectura del texto y me prometió no decir nada a nadie. El contenido de ese manuscrito supuso una gran conmoción en mi vida.

El misterio que rodea el cuaderno inglés empieza a despertar la curiosidad de Johanna.

—Había sido escrito en 1823, como he dicho, por un benedictino británico de la abadía de Ampleforth llamado Aelred Croward. Había sido redactado en el siglo XIX, pero los sucesos que relataba eran más antiguos.

«¡Ya está! ¡Va a hablar de la Edad Media, de la Virgen Soterraña y del monje decapitado!», piensa Johanna.

—En realidad, Aelred Croward había trasladado al papel un relato narrado, en su lecho de muerte, por otro fraile de Ampleforth originario de la abadía de Mont-Saint-Michel. Se llamaba José Larose, fray José o, según el uso de los maurinos, dom Larose.

—Pero ¿qué hacía un monje del Monte en Inglaterra? —lo interrumpe Johanna.

—Usted sabe que en Inglaterra existían grandes y antiguos monasterios benedictinos: Westminster, Canterbury, Gloucester, Saint-Alban... — responde el padre Placide—, aunque fueron disueltos en el siglo XVI por Enrique VIII y más tarde por Isabel I, y aunque los católicos fueron perseguidos por los anglicanos; nuestra orden cuenta con muchos mártires ingleses. Resumiendo, en 1607 solo quedaba con vida un monje de Westminster; se llamaba fray Sigeberto Buckley, y se refugió en Francia. En su tierra de exilio, Dieulouard, cerca de Nancy, fundó un priorato benedictino que se desarrolló hasta la Revolución francesa. En 1791 fue Francia la que

suprimió las órdenes monásticas, persiguió a los religiosos, los encarceló y los ejecutó, y Gran Bretaña la que se convirtió en tierra de asilo. Así que fray Anselmo Bolton y sus monjes de Dieulouard regresaron a su patria y fundaron un nuevo monasterio en el norte, en Ampleforth. Acogieron a numerosos monjes franceses que habían huido de su país, en especial bretones y normandos, para quienes el camino de Albión era el más cercano. Habían coincidido con dom Larose y otros monjes del Monte en el barco que los llevaba a Inglaterra. Así fue como dom Larose los acompañó hasta Ampleforth y participó en la fundación de esa nueva abadía.

—Ahora comprendo mejor el origen del cuaderno, claro —lo interrumpe Johanna, que aprecia los conocimientos históricos del padre Placide, pero prefiere que le cuente la única historia que le interesa.

—El vínculo entre Francia y Gran Bretaña es mucho más fuerte de lo que se cree y siempre me ha interesado —prosigue Placide—. Desde la conquista de Inglaterra por Guillermo el Conquistador y el imperio Plantagenet, nuestros destinos se cruzan de un modo curioso. Colectivamente, hemos combatido violentamente unos contra otros, pero individualmente sabemos que el otro es un refugio seguro en caso de peligro en el propio país.

—Y dom Larose también lo sabía —dice Johanna, que empieza a impacientarse.

—Ah, dom Larose, sí... En resumen, no regresó nunca a Francia y murió en Ampleforth, en 1823. Ese cuaderno contiene la extraña historia que le contó a fray Aelred antes de dormirse en el Señor.

—¿Cree que tendrá fuerzas para contarme esa historia, padre?

—Soy viejo, pero tengo más energías de lo que parece —dice maliciosamente el padre Placide—, y si en algún momento desfallezco, san Miguel me infundirá fuerzas —añade, mirando el grabado—. Unos quince años antes de la expulsión de los monjes del Monte por la Revolución, hacia 1775, en la montaña sucedieron unos extraños acontecimientos de los que el joven dom Larose..., en aquella época tenía alrededor de veinte años..., fue testigo. En aquellos tiempos, el Monte, entre un buen número de monasterios más, estaba en manos de los frailes negros de la congregación de San Mauro, un movimiento benedictino reformado. Tenían mucho que hacer en la peña:

las construcciones se venían abajo, no había dinero para reparaciones... La guerra de los Cien Años y posteriormente las guerras de religión habían arruinado el monasterio en el terreno práctico, y el nacimiento de la imprenta había sellado hacía tiempo el fin de los scriptoria. Las mentalidades habían evolucionado con el auge de las ciudades y el advenimiento de las órdenes mendicantes y más tarde de los jesuitas: las vocaciones se apartaban del monaquismo contemplativo, en pleno declive... Sí, la «edad de oro» medieval había pasado, y era una lenta agonía. Con todo, mejor o peor los frailes vivían en la Maravilla, dedicados a lo que daba fama a los maurinos: el trabajo de investigación y de conservación histórica. Desgraciadamente, no dispusieron de medios para restaurar los edificios de la abadía y les dieron un curioso uso, pero es a los maurinos a quienes debemos la salvación de numerosos manuscritos medievales del *scriptorium* montesino que han llegado hasta nosotros. Dom Larose, al igual que la mayoría de sus hermanos, trabajaba en la biblioteca, trasladada a la cocina del siglo XIII, retirando de los manuscritos las encuadernaciones medievales dañadas por la humedad, cotejando las obras y uniéndolas en grupos de dos o tres con una nueva encuadernación de piel de becerro negra.

—Y un día, encontró un curioso manuscrito —lo interrumpe Johanna.

—En absoluto. Un día, el prior de la abadía contó en el capítulo que había sido testigo de una aparición sobrenatural en la cripta de la Virgen Soterraña. Había visto, en la escalera situada sobre el altar de la Santísima Trinidad, a un benedictino decapitado, y había oído a ese fantasma sin cabeza decirle en latín: «Hay que excavar la tierra para acceder al cielo».

La emoción hace enmudecer a Johanna.

—La noticia tuvo una enorme repercusión en el seno de la comunidad. Como le he dicho, eran tiempos muy turbulentos y todos temían por su salvación. Los hermanos estaban convencidos de que la aparición era una señal divina que el Arcángel dirigía a su prior, una exhortación celeste: a imagen y semejanza del monje sin cabeza, los hermanos tenían el espíritu extraviado. Si querían salvarse y seguir el camino del cielo, debían excavar las tinieblas de la Virgen Soterraña en busca de la luz de un tesoro inmaterial: la liberación de los pecados, la pureza, que constituye la eterna búsqueda de

todo religioso. El prior designó para ayudarlo a tres hermanos de entre los más sabios y comenzaron a excavar bajo la Virgen Soterraña en busca de un ideal místico: la redención de las faltas humanas. De rodillas, a la luz de linternas, excavaban el suelo de tierra con las manos, en la semioscuridad, acompañando sus movimientos de fórmulas mágicas y cantos sacros para obtener el perdón. Apartaban tierra hasta llegar a la roca, que jamás dejaba de aparecer a unas decenas de centímetros de profundidad.

—¿Qué encontraron? ¿Volvieron a ver al monje decapitado?

—No, jamás. Espero que accedieran al cielo, porque los cuatro encontraron rápidamente la muerte.

—¿La muerte? —repite Johanna—. ¿Qué pasó?

—Dom Larose no lo explica con precisión. Yo creo que las circunstancias no estaban claras, pero, aparentemente, los cuatro monjes fueron asesinados.

Johanna abre la boca con estupor. ¡Cuatro benedictinos muertos violentamente! ¿Es posible que se trate de los crímenes que ella ha visto en sueños? No lo cree; vio tres cadáveres, no cuatro. Además, la última víctima, la que ardió en la cabaña, era un laico, no un monje, y un laico vestido según la moda medieval. Y, por último, los detalles arquitectónicos que recuerda son románicos, sin nada de las construcciones góticas realizadas con posterioridad.

—Padre, ¿cree que esas víctimas son las que he visto en sueños? ¿Describió dom Larose un ahorcamiento, un ahogamiento y un incendio?

—Dom Larose no describió nada, hija. Se limitó a mencionar los cuatro crímenes sin dar detalles; contó, eso sí, lo que habían suscitado en los frailes y en él mismo: un prodigioso terror y la certeza de que el espectro sin cabeza era un espíritu maligno, un demonio que había arrojado sobre ellos una fatal maldición. Dejaron de excavar en la cripta, y el abad, arrepentido de haber dejado que su prior siguiera las diabólicas exhortaciones, pidió a sus hijos que silenciaran ese drama. Él no dijo ni una palabra al rey de Francia, Luis XVI. Dom Larose calló, pero su memoria habló: se acordó de un antiguo costuario de la abadía, cuyas páginas había limpiado y que había encuadernado de nuevo varios años antes. Estaba seguro de que allí se contaba una historia de muertes sospechosas, acaecidas en la Virgen

Soterraña, a la que él no había prestado mucha atención.

Johanna se estremece.

—Dom Larose exhumó el manuscrito medieval de la biblioteca y allí encontró, con gran asombro, el edificante relato de un monje del siglo XIII, que empezaba con una página añadida doscientos años después, en el siglo XV, por otro monje.

El padre Placide se detiene para recobrar el aliento. Debe de padecer la enfermedad de Parkinson, porque le tiemblan los miembros.

—La enmienda del siglo XV había sido redactada en plena guerra de los Cien Años, durante el asedio del Monte, que mantenían el capitán Luis de Estouteville y sus ciento diecinueve caballeros franceses frente a los ingleses, que ocupaban el resto de Normandía. El bloqueo del Monte por parte de los ingleses era total, por tierra y por mar, a pesar de los marinos bretones de Saint-Malo que por la noche aprovisionaban clandestinamente la peña. En pocas palabras, el Monte se había transformado en plaza fuerte rodeada de murallas y de cañones, poblada de irreductibles monjes y caballeros que resistían infatigablemente al invasor.

Johanna sonríe interiormente, pensando en unos famosos tebeos que cuentan las aventuras de irreductibles galos que resisten infatigablemente al invasor romano.

—Desde Carlomagno, el Mont-Saint-Michel era, y sigue siendo, el emblema de la defensa de la nación, de la lucha contra la adversidad, en los planos espiritual, geográfico e histórico —dice el anciano monje, como en respuesta a los pensamientos de la joven—. Y durante toda la guerra de los Cien Años, no cayó en ningún momento. Porque los hombres que lo defendían eran valerosos y tenían fe en Dios y en su héroe, el Arcángel guerrero.

—Sí, he leído documentos fantásticos sobre la valentía de los defensores del Monte, que derrotaron a la artillería inglesa, mucho más numerosa y mejor equipada pero menos ferviente.

—Sí, una Valmy anticipada, en 1434. Pero nosotros estamos en 1425, hija, 1425, el año en que san Miguel se apareció a la doncella de Orleans, cuatro años después de que el coro románico de la abadía, se derrumbara

sobre los monjes en pleno oficio. Ese año, pues, el hermano bibliotecario del Monte relató, como introducción al manuscrito del siglo XIII, la aventura de un caballero francés que una mañana había visto un espectro en la Virgen Soterraña.

Johanna mira al anciano intensamente.

—Ese noble guerrero había sido turbado durante su plegaria por un monje negro desprovisto de cabeza, que se le había aparecido en la escalera situada sobre el altar de la Santísima Trinidad y le había dicho: «Hay que excavar la tierra para acceder al cielo». He olvidado el nombre de ese gallardo personaje. Lo que sí recuerdo es que el caballero decidió volver solo a la cripta de noche y excavarla de arriba abajo. Estaba convencido de que encontraría un tesoro escondido por los monjes del pasado, un botín de oro, plata y piedras preciosas.

—¿Qué le ocurrió a ese bravo paladín? —pregunta Johanna, temiendo que la historia acabe mal.

—Al amanecer, lo encontraron muerto en el suelo de la cripta. De la garganta, de la boca le salían borbotones de tierra que había tragado y que sin duda alguna lo habían ahogado.

—¿Por qué comería tierra de la cripta?

—Nadie lo sabe y nadie lo sabrá jamás —responde el padre Placide—. El texto del monje bibliotecario acaba con unas advertencias contra el fantasma sin cabeza, unas exhortaciones a no tocar la tierra de la cripta y a respetar la prohibición ancestral de penetrar en el santuario entre completas y vigilias. Dice que cualquiera que vea a ese espectro y le obedezca poniéndose a excavar tiene la muerte asegurada; y añade que ese monje negro es el demonio de la muerte, la maligna guadaña que recoge las almas para conducir las al Infierno.

Johanna intenta tragar saliva, pero una bola de angustia le obstruye la garganta. El padre Placide percibe su miedo y cambia de tema.

—También hace referencia al costumario del siglo XIII donde insertó esa página para contar su relato. Dice que es conveniente leer la anécdota que sigue y que ilumina las razones por las que ese benedictino frecuenta la cripta. Dice, por último, que ignora lo que le sucedió al monje del siglo XIII

que narró esa curiosa historia, pero que, en vista de que la cripta está maldita, sin duda no fue nada bueno.

Johanna está lívida.

—Ese monje se llamaba fray Ambrosio. Los hechos que relata se desarrollaron en 1204, y ese hecho es fundamental, pues en 1204 se produjo un inmenso incendio que destruyó los edificios románicos situados al norte de la abadía. Por lo demás, si me permite hacerle una observación personal, parece que cada aparición del monje sin cabeza haya tenido lugar en un contexto histórico y arquitectónico particular, un contexto de destrucción del pasado: en 1425, el Monte es atrapado por la tenaza inglesa y el coro románico de la abadía se derrumba: la joya de la iglesia románica queda destruida para siempre. El coro será reconstruido, pero en gótico flamígero, el que conocemos actualmente. En 1775, la abadía está moribunda, los edificios están en ruinas y los monjes arruinados, y esa agonía del monaquismo montesino se consumará en la Revolución, con la expulsión de los frailes. Las piedras sagradas se mueren, anunciando el fin de los que habían construido su leyenda: los religiosos. El monje decapitado apareció tres veces en el pasado lejano y las tres veces lo hizo en un contexto de desaparición de un mundo antiguo. Es interesante, ¿no le parece?

—Es fascinante —asiente Johanna.

El padre Placide ha debido de pensar en ello a menudo durante sus años de silencio. Johanna piensa que el fantasma está vinculado a la historia política y, sobre todo, arquitectónica de la abadía: vive con sus piedras, las piedras románicas, y aparece cuando esas piedras desaparecen. Eso significa que el espectro puede ser fray Román, antiguo constructor de la iglesia abacial. Sin embargo, hay algo que no encaja en esa teoría: la cuarta aparición del monje decapitado, su propia visión cuando era pequeña. En ese caso el contexto era diferente: no se trataba de una muerte del pasado sino de todo lo contrario, de un renacimiento. En aquella época, no solo los benedictinos habían regresado a la peña —benedictinos de los que formaba parte el padre Placide— sino que Monumentos Históricos había efectuado considerables obras de restauración, sobre todo en la Virgen Soterraña. No, hace veintiséis años la muerte había abandonado las piedras de la abadía, que

estaban reviviendo... Hace veintiséis años, igual que en el momento actual, la muerte estaba únicamente en sus sueños, en los tres cadáveres que los otros testigos no mencionaron. Meditando en las diferentes apariciones del fantasma en el transcurso de los siglos, Johanna se da cuenta de que es la única que ha visto al monje sin cabeza en sueños y no en la realidad, la única que ha visto las tres muertes sospechosas, la única que lo ha visto varias veces, en diferentes épocas de su vida y fuera de Mont-Saint-Michel, la única que se halla en un contexto arquitectónico de vida y no de muerte, y, por último, de todos los testigos, la única mujer.

—Es muy raro —le dice a su interlocutor—. Se diría que conmigo ha cambiado de táctica... Fíjese en que el entorno espiritual e histórico es totalmente distinto: ahora, nuestras luchas son individuales, más interiores que exteriores, y gracias a Freud creemos más en nuestros sueños que en fantasmas.

—Tiene razón —dice él, sonriendo—. Estamos lejos de la Edad Media y sus cortejos de espectros, tan reales como la lepra. Porque, en aquella época, que los muertos se presentaran ante los vivos era corriente, algo temido pero aceptado. Probablemente veremos las cosas más claras cuando le haya contado lo que vio fray Ambrosio en el año 1204. Sin duda sabe que en la Edad Media presidía el concepto de buena muerte o mala muerte. La ironía de la historia está en que fue precisamente un hombre llamado Ambrosio, san Ambrosio, quien, en el siglo IV de nuestra era, formuló el concepto de buena muerte. Para dormirse en el Señor y acceder de inmediato al cielo, hay que seguir el camino de la redención antes de fallecer: contrición, confesión, expiación. Las víctimas de muerte súbita no tienen tiempo de pasar por esas tres etapas y, por lo tanto, su fallecimiento puede ser problemático: son víctimas de la mala muerte. Esta afecta a dos categorías de difuntos, predispuestos a no ir inmediatamente al otro mundo, cualquiera que sea su suerte en el más allá: las personas muertas prematuramente, sean suicidas o asesinados, que siguen necesitando la ayuda de sus allegados, y las que han llevado una mala vida: bandidos, asesinos, brujos, curanderos... Estas dos clases de difuntos están predispuestos a vagar entre los dos mundos: los espectros son esas almas vagabundas, atrapadas entre la tierra y el cielo,

víctimas de la mala muerte.

—Comprendo, padre. Cuénteme qué le sucedió a fray Ambrosio.

—En el mes de mayo de 1204, hacia la Ascensión, creo, fray Ambrosio, un copista del scriptorium, inspecciona el desastre causado por el tremendo incendio. Deambula solo entre la negra desgracia. Bajo la nave de la iglesia, la Virgen Soterraña, al oeste, está intacta, aparte de un pilar añadido a finales del siglo XII, durante las obras del abad Roberto de Thorigny, que la hace parecer recargada pero no modifica su atmósfera. En el momento en que penetra en la penumbra de la cripta, nota un soplo que le acaricia la cara y oye un ruido extraño, como si arrastraran una escoba por el suelo. Luego, la linterna de fray Ambrosio localiza una sombra en el sitio de siempre, sobre el altar de la Santísima Trinidad, en la escalera. Y esa sombra es de un benedictino sin cabeza, con los brazos cruzados como si permaneciera a la espera. Pasado el primer momento de intenso miedo, Ambrosio se da cuenta de que se halla ante un espectro, y de que ese espectro lo necesita. Ambrosio aplaca su miedo. El fantasma permanece inmóvil en la base de la escalera. Ambrosio sabe que solo puede tratarse de un familiar, ya que los espectros se dirigen a sus allegados para pedirles ayuda frecuentando los lugares donde han vivido, e intenta tranquilizarse diciéndose que la infernal cacería de vivos por parte de los demonios tiene lugar en invierno. Estamos en primavera, luego ese espectro no quiere hacerle ningún daño. Sin duda alguna es un buen espíritu, atrapado entre la tierra y el cielo. Ambrosio intenta hablarle. Le pregunta su nombre. El otro no responde, pero emite un ruido terrorífico. Ambrosio concluye que, naturalmente, al no tener boca, el espectro está privado de la facultad del habla. Temblando, se santigua. El fantasma levanta los brazos al cielo, junta las manos en señal de plegaria y... empieza a hablar en latín.

Johanna junta las manos con un mimetismo instintivo. El padre Placide prosigue su relato con voz solemne:

—El monje sin cabeza dice que su nombre está proscrito... Ambrosio se atreve a preguntarle cómo es que posee la facultad del habla, no teniendo ni boca ni lengua. El espectro responde que no es su cuerpo el que se expresa, sino su alma., cuyo cuerpo humano es el instrumento; su alma, cuya voz

espiritual puede dirigirse con toda libertad a oídos corporales, pues tal es la voluntad de Dios. Ambrosio lo interroga acerca de la manera en que los vivos pueden ayudarlo. Y el espectro le cuenta su historia...

Un silencio de muerte invade el cuarto. Johanna contiene la respiración.

—El monje sin cabeza dice que está atrapado entre los dos mundos y que necesita la ayuda de los vivos para entrar en el cielo. Necesita sus sufragios en forma de oraciones, de misas a los difuntos y de odas al coro de los ángeles. Los mortales deben prestarle auxilio, en particular sus hermanos del Monte, con los que antaño vivía, pues fue el propio Arcángel quien lo condenó a esa prisión, hace mucho tiempo. Cuenta que sufrió una mala muerte, súbita y prematura, que no le dejó tiempo para hacer acto de contrición, de confesión y de expiación. Revela que fue asesinado, por decapitación, en la Virgen Soterraña.

Los azules ojos de Johanna parecen querer salirse de las órbitas.

—Al fallecer, se le apareció san Miguel, a pie, alado, enfundado en su armadura de príncipe de la milicia celeste y de heraldo divino, con la mirada clara y dura, empuñando la espada con la mano derecha y sosteniendo la balanza en la izquierda.

Johanna piensa en su tercer sueño y ve de nuevo el fuego devorar el tapiz que representa al Arcángel en esa misma postura.

—San Miguel le pesó el alma, que estaba cargada de pecados, pero también de amor y de acciones piadosas. Los demonios esperaban al lado, preparados para llevarse su alma al abismo. Pero la balanza estaba equilibrada, no se inclinaba ni hacia el Paraíso ni hacia el Infierno. Entonces el Arcángel posó sobre él sus ojos en forma de torbellino para transmitirle el juicio de Dios: dijo que el monje había servido bien al Todopoderoso, pero que también había cometido graves faltas y que no era digno de reunirse inmediatamente con el Señor. Así pues, el Ángel no lo conduciría junto a él. Primero, su alma debía esperar para que el tiempo la enmendara. La sentencia fue la siguiente: el monje decapitado era condenado a errar entre el mundo de los vivos y el de los muertos, entre la tierra y el cielo, sobre el lugar donde había fallecido, la cripta de la Virgen Soterraña, hasta que su cabeza fuera unida al cuerpo. Este terrible fallo iba acompañado de una promesa: el Ángel

prometió al monje que la maldición que pesaba sobre él quedaría rota en el mismo instante en que, por intervención de los vivos, su cabeza fuera colocada de nuevo sobre su cuerpo. Entonces sería liberado de ese mundo incierto y el Arcángel vendría a buscarlo para llevarlo al otro mundo, al Paraíso eterno.

«Entonces, se llame como se llame el monje sin cabeza, es un pobre vagabundo, no un espíritu maligno. —Johanna piensa en fray Román y siente que se le encoge el corazón—. Si el monje decapitado es él, el ángel celeste condenó a su alma a permanecer en la tierra, cortándole el camino de la paz y del encuentro con Moira. San Miguel le prometió el cielo, pero el cielo lleva siglos esperando, y Moira también, porque nadie ha sido capaz de liberar al fantasma. ¡Román y Moira siguen estando separados!»

—Conmovido por el relato del monje errante, Ambrosio prometió a su desdichado hermano que lo incluiría en sus oraciones y que buscaría su cabeza y su cuerpo para unirlos y romper la maldición del Arcángel. Interrogó al espectro para saber cómo debía proceder. El espíritu respondió entonces: «Hay que excavar la tierra para acceder al cielo». Ambrosio preguntó dónde estaban escondidos el cuerpo y la cabeza cortada. El alma en pena repitió: «Hay que excavar la tierra para acceder al cielo». Ambrosio insistió una vez más y el espectro dio la misma respuesta.

«La tierra de la cripta —piensa Johanna—. Ahí es donde los otros dedujeron, en el pasado, que había que excavar, y es lógico, puesto que es ahí donde le cortaron la cabeza al monje.»

—¿Qué fue de fray Ambrosio después de este episodio? —pregunta—. ¿Excavó en la Virgen Soterraña? ¿Le sucedió una desgracia como a los otros?

—No puedo responderle —dice el padre Placide, exhalando un suspiro—. El relato de Ambrosio terminaba con las palabras *Ad accedendum ad caelum, terram fodere oportet*. No sé si Ambrosio vivió o murió en circunstancias extrañas. Lo que podemos suponer es que no cumplió su promesa, ya que el espectro ha aparecido de nuevo para pedir ayuda.

—Padre, ¿qué ha sido del costumario medieval descubierto por dom Larose, que contenía el relato de Ambrosio y el del caballero? —pregunta Johanna—. ¿Se quemó en 1944, junto con los otros costumarios de la abadía

de Saint-Lô, cuando se produjeron los bombardeos norteamericanos?

El padre Placide parece presa de un sentimiento chocante tratándose de un monje: la cólera.

—¡No, hija mía! ¡Desgraciadamente, en 1944 hacía tiempo que había dejado de existir! Cuando dom Larose encontró ese documento en la biblioteca, en 1775, se lo mostró al abad. Este, temiendo que otros monjes lo leyeran, excavarán en el lugar maldito y murieran, lo destruyó delante de dom Larose, que se quedó sumamente desconcertado —explica el ex codicólogo, rojo de ira por que hubieran hecho correr semejante suerte a un manuscrito antiguo—. Hay que decir que se trataba de uno de tantos sacrilegios cometidos por el abad maurino, quien había transformado el dormitorio románico en sala de esparcimiento, la cocina en biblioteca, la cripta de Nuestra Señora de los Treinta Cirios en bodega de vinos, la estancia contigua en bodega de cerveza, la sala del Aquilón en bodega de sidra, la capilla de San Esteban en leñera y la cripta de San Martín en molino. El joven dom Larose, pese a su amor por los manuscritos, no pudo hacer nada y miró arder el costumario. Pero su memoria conservó la historia durante casi cincuenta años y la noche de su muerte, en 1823, se la transmitió a fray Aelred Croward en Ampleforth. Lo más extraño es que, unos meses después de que el abad hubiera arrojado el costumario a las llamas, se declaró un gigantesco incendio en la iglesia, que sufrió daños considerables: la fachada y la parte inferior de la nave románica, justo encima de la Virgen Soterraña, amenazaban con derrumbarse, arrastrando en su caída los basamentos románicos. En vista de que no disponía de medios financieros para emprender una reconstrucción, el abad de dom Larose decidió hacer derribar lo que corría peligro de convertirse en ruinas; entonces fue cuando la nave de la iglesia abacial quedó reducida a la mitad, cuando se erigió la actual fachada y cuando, abajo, los dos pequeños coros gemelos de la Virgen Soterraña quedaron ocultos por el muro que servía de cimientos de esa fachada. Emparedada, la cripta maldita era inaccesible a todas las miradas, y de paso así se impedían nuevas apariciones del monje decapitado. La Virgen Soterraña fue redescubierta a principios del siglo XX, pero hubo que esperar hasta 1960 para que el arquitecto Yves-Marie Froidevaux la liberara de las murallas que la obstruían

y la restituyera a su estado inicial. Quizá fue Froidevaux quien, al proporcionar de nuevo a la cripta su verdadero aspecto, devolviéndole el alma, desató la presencia del alma vinculada a la Virgen Soterraña: el espectro.

—¿Cree que Froidevaux lo vio? —pregunta Johanna.

—No lo sé. En cualquier caso, si bien ese arquitecto restauró magníficamente la Virgen Soterraña, tengo la certeza absoluta de que ni él ni nadie emprendió en el siglo XX una campaña de excavaciones... y de que no se ha producido ninguna muerte sospechosa.

—¿Está seguro de que el monje decapitado no se dirigió a uno de sus hermanos benedictinos cuando una comunidad de monjes negros regresó a la peña? —insiste ella.

—Puedo asegurarle que entre 1969 y 2001, año de nuestra partida, no habló con ninguno de nosotros. La primera vez que supe de su existencia fue cuando leí el cuaderno de fray Aelred Croward, sobre el cual, lo confieso, tenía muchas dudas... Desde entonces, nadie había vuelto a mencionarlo hasta hoy, hasta que usted ha venido a verme para contarme su relato, que presenta unas similitudes sobrecogedoras con el contenido del cuaderno inglés.

—¿Y qué ha sido de ese cuaderno? —pregunta Johanna, nerviosa e impaciente por encontrar una prueba tangible que corrobore su historia—. Me gustaría mucho verlo. No tema, sé leer inglés y no se lo enseñaré a nadie.

El padre Placide baja sus ojos acuosos y respira más fuerte.

—Desgraciadamente, al igual que el antiguo costumario de la abadía, ese cuaderno tampoco existe ya.

La noticia deja a Johanna sin habla.

—Como dom Larose en sus tiempos, en relación con el costumario —prosigue el anciano—, yo soy el único testigo de que ese cuadernito existió, y esta tarde mi memoria ha transmitido lo más fielmente posible su contenido.

Las manos y la boca le tiemblan convulsivamente.

—No quería que ese texto cayera en manos de cualquiera —explica el anciano—. Después de que me lo hubieran traducido, y con el consentimiento de mi prior, decidí no depositarlo en los archivos de Avranches, sino

conservarlo en el recinto de la abadía, en la pequeña biblioteca privada de los monjes. Pero, dos años antes de que nos marcháramos del Monte, una mañana encontramos una de las puertas de los edificios conventuales forzada. Todo estaba en orden y, aparentemente, no se habían llevado nada. Sin embargo, me di cuenta de que el cuaderno de Aelred Croward había desaparecido. Era el único documento que habían robado..., el único, pero era un desastre del que yo era responsable. Si lo hubiera sabido, lo habría llevado siempre conmigo, debajo del hábito.

Johanna está consternada. ¡Robado! Pero ¿quién pudo hacerlo?

—¿Alguien más sabía de su existencia, aparte de usted! —exclama—. ¿Quién, padre, quién sino la persona que se lo tradujo?

—Va desencaminada. Ese hombre jamás habría cometido un acto sacrílego. Nunca dudé de Fernand Bréhal. Además, en el momento del hurto, hacía varios años que había muerto, descanse en paz.

—Pudo hablarle del asunto a alguien antes de morir, incluso en su lecho de muerte.

—No, no. Me he hecho miles de veces esa pregunta, pero no, Fernand Bréhal jamás se lo habría contado a nadie; me lo había prometido, y era un hombre de palabra. Tanto que, después de habérmelo traducido, ni siquiera se atrevió a hablar de ello conmigo.

—Está bien, si usted responde de él... —admite la joven—. Pero entonces, alguien más estaba al corriente, no puede negar esa evidencia. Perdóname, pero... ¿y entre sus hermanos del Monte, o los de la abadía de Ampleforth?

—Es imposible —replica el padre Placide con vehemencia—. Un hermano, fuera de donde fuese, no habría tenido necesidad de forzar la puerta para entrar en el edificio.

—Claro, pero eso habría sido firmar su acto, confesar que el robo había sido cometido por un monje, ya que los monjes son los únicos autorizados a entrar en el recinto del monasterio. Mientras que, forzando la puerta, hacía creer que el culpable era un laico.

—¡Se equivoca! —replica de nuevo el fraile—. Además, ninguno de mis hermanos sabía nada. En Ampleforth, el cuaderno había caído en el olvido, y

aquí, al único que le revelé su contenido fue al prior. ¡No irá a acusar a un superior de haber desvalijado su propio monasterio!

Johanna esboza una triste sonrisa. El padre Placide parece al límite de sus fuerzas. La joven decide, pues, abandonar la partida.

—Por desgracia, creo que en el pasado se cometieron fechorías similares tanto en esta abadía como en otras. Pero tiene razón, fue hace mucho tiempo, y no me permitiría incriminar a su antiguo prior. Ese hurto continuará siendo un misterio.

Exhausto por haber hablado tanto, el padre Placide cierra los ojos y se desploma bruscamente. Johanna se precipita hacia él. Respira. El anciano simplemente se ha dormido. Con ternura, le arregla las almohadas, estira la blanca sábana que le cubre el hábito y se sienta junto a él, en la silla, como si velara su sueño. Durante siglos, los monjes han defendido de los demonios el descanso de los laicos, permaneciendo despiertos, cantando y rezando mientras los profanos duermen. Ahora es ella quien está en posesión de las armas protectoras del sopor de ese hombre, ese hombre que acaba de ofrecerle un regalo inestimable: la realidad histórica del monje decapitado, la prueba de su existencia, las razones de sus apariciones y la demostración de que Johanna no está loca. Está poseída, pero por un ser indefenso que cuenta con ella para salvarse. Sí, por fin tiene la respuesta a una pregunta que lleva veintiséis años haciéndose: por qué lo ha visto y qué espera de ella. Aún no sabe con certeza quién es, de acuerdo, pero esa cuestión le parece que reviste menos importancia.

¡Qué suerte ha tenido Johanna de hacer hablar al padre Placide antes de que se duerma definitivamente! Mira al anciano con un infinito reconocimiento teñido de admiración. ¡Qué mente tan despierta la de ese hombre, a su edad! ¡Qué memoria tan prodigiosa! Veinticinco años después de que Fernand Bréhal le tradujera el cuaderno que no pudo leer personalmente... Como dom Larose, que había guardado el relato para sí mismo durante casi cincuenta años, hasta el momento de su muerte... Johanna frunce el entrecejo y, por un segundo, la asalta un terrible pensamiento: no hay nada más falible y parcial que la memoria humana, en especial cuando el recuerdo, además de ser oral, es indirecto. Tan solo lo

escrito conserva los hechos con una apariencia de objetividad. El autor del cuaderno, Aelred Croward, no vivió nada de lo que cuenta; no hace más que repetir, lo mejor posible, lo que le contó un anciano moribundo, dom Larose, sobre unos sucesos que habían ocurrido medio siglo antes, a partir de un manuscrito que el fraile montesino había leído una sola vez. En cuanto al padre Placide, un anciano también, relata el recuerdo, no visual sino auditivo, de una lectura de ese cuaderno, que era ya una recopilación de recuerdos de segunda mano. ¿Cómo es posible que la realidad no haya sido alterada? Es evidente que ciertos hechos han sido deformados... ¡El único elemento indiscutible es que no queda ninguna prueba material de toda esta historia!

A falta del costumario quemado por el abad de dom Larose, Johanna decide hacer lo que sea necesario para encontrar el cuaderno inglés de fray Aelred Croward y al ladrón que se lo llevó. El robo es reciente. Hay muchas posibilidades de que su autor todavía viva y de que haya conservado el objeto con la codicia que lo empujó a arriesgarse tanto. Por el momento, no tiene ninguna idea acerca de la identidad del malhechor... De repente, llaman a la puerta y la religiosa que tan mal la recibió abajo entra con una bandeja sobre la que hay un tazón de chocolate y unas tostadas.

—La merienda —le dice a Johanna mirando al viejo monje, en plena siesta—. Veo que está tan locuaz como de costumbre —constata con cara de satisfacción—. ¡Ya se lo había dicho!

—Sí, tenía usted razón —miente Johanna—. Pero no tiene importancia... Deme —añade, cogiendo la bandeja—, yo me ocuparé de esto.

—Como quiera —dice la monja, retirándose.

—¡Demonios! —exclama el padre Placide cuando la puerta se ha cerrado—. ¡Con ella vale más estar sordo y mudo!

—Ah, se ha despertado —observa Johanna, riendo—. Soy yo quien lo agota, padre, lo siento. Ahora mismo me voy.

—Ni hablar —replica él—. Tenía miedo de que ya no estuviera aquí. ¡Para una vez que puedo hablar de él con alguien que lo quiere tanto como yo! —dice, señalando el grabado del Monte—. No me había pasado desde que me retiré. Por eso había decidido callar. Deme eso —ordena, indicando la bandeja con la merienda que Johanna tiene en las manos—, hoy me apetece.

Ella obedece de buena gana y lo ayuda a beber el cacao, y como el padre no toca las tostadas, Johanna, percatándose de que no ha comido, las devora con apetito. Una vez sustentados, se miran como viejos amigos, dos seres de alma cómplice, unidos por un lazo poderoso e invisible.

—Hija mía —murmura él, cogiéndole las manos—, contándome sus sueños, me ha aclarado el relato de Aelred Croward, del que confieso haber dudado. Ha iluminado un período de la historia de la peña, que, pese a haberla conocido tardíamente, ocupó el centro de mi existencia. En lo que a mí se refiere, narrándole el contenido de ese cuaderno, he aclarado sus sueños y el sentido de su búsqueda, cuyo centro es, desde su infancia, la montaña sagrada. Sin embargo, debo ponerla en guardia. Hoy la veo por primera y quizá última vez, pero le leo el pensamiento, y lo que leo me llena de miedo. Temo que su propósito sea ahora hacer excavaciones en la Virgen Soterraña, y le ruego, hija mía, que no lo haga. Porque si la historia del monje decapitado relatada por el hermano Croward y por dom Larose es cierta, entonces los asesinatos de los que han excavado lo son también. ¡Alguien mata sistemáticamente, en el transcurso de los siglos, a los que excavan el suelo de la cripta! Y no me conteste que eso sucedió en tiempos oscuros que la modernidad ha borrado: el robo no resuelto del cuaderno inglés, dentro del recinto del monasterio, constituye la prueba de que el peligro perdura en nuestros días.

Justo eso es lo que hay que decirle a Johanna para que decida no perder ni un minuto y consagrar a partir de ese momento todas las noches a excavar la cripta, sola y en secreto. La advertencia del padre Placide hace que la invada un miedo natural, pero ese temor justifica su sensación de urgencia y su certeza de que está en el buen camino. Conseguirá un aerosol de gas lacrimógeno. ¡Llegado el caso, el aliento del monje sin cabeza o del Arcángel la protegerá! Sin embargo, no quiere avivar la inquietud del anciano monje y le parece preferible cambiar de tema. Tampoco desea mentirle.

—Padre, siempre me he preguntado qué puede significar la famosa frase: «Hay que excavar la tierra para acceder al cielo». Seguro que usted tiene alguna idea al respecto.

El padre Placide, que no se deja engañar, entorna los ojos en señal de

desconfianza, pero le contesta a la joven:

—Recuerdo precisamente un pasaje del cuaderno de Aelred, donde cuenta que, en 1204, fray Ambrosio interrogó al espectro sobre ello, y que el fantasma respondió: «Tendréis que casar los tres sentidos de esta palabra para que todo pueda cumplirse».

—¿Los tres sentidos? ¡Antes no ha mencionado eso! —dice Johanna, escéptica, preguntándose si el padre Placide ha olvidado otras cosas o acaba de inventarse en su honor la contestación del monje sin cabeza—. La respuesta es todavía más enigmática que la pregunta —añade la joven.

—Para una atea, sin duda, pero no para un religioso —replica él, molesto—. Paso por alto el simbolismo cristiano del número tres, que por su oficio debe de conocer...

Johanna guarda silencio.

—Tres como la Santísima Trinidad —prosigue doctamente el anciano—, las tres personas divinas: el Padre, el Hijo y el Espíritu Santo... Tres como las tres virtudes teologales: la fe, la esperanza y la caridad, que son las vías que se abren ante el hombre para reunirse con Dios. Tres como los tres arcángeles: Miguel, el guerrero, Gabriel, el mensajero, y Rafael, el sanador.

—Nunca me acuerdo de Rafael —confiesa ella.

—Como decía, los teólogos medievales enseñaban, en su exégesis de las Sagradas Escrituras, los tres sentidos que siempre poseen los textos sagrados: un sentido literal, un sentido simbólico y un sentido espiritual. Probablemente son esos tres sentidos los que debemos buscar nosotros en la frase del monje sin cabeza para unirlos.

—En el ámbito espiritual —dice Johanna—, «hay que excavar la tierra para acceder al cielo» sin duda significa que, ahondando en su lodo íntimo, uno accede a la liberación del espíritu.

Es un concepto muy románico. Y no solo románico, porque se trata de otra manera de decir «conócete a ti mismo», máxima filosófica que ya estaba inscrita en el templo de la Pitonisa, en Delfos, y que aparece hasta en el psicoanálisis moderno.

—Sí, es también la esencia de la vida espiritual en general y monástica en particular: en todas las épocas, la introspección y la oración han servido para

purificar el alma y perfeccionarla todo lo posible, prepararla para el cielo. Ha entendido el sentido espiritual: el espectro nos incita a realizar ese trabajo interior y pide que recemos por él. Ahora falta el simbólico y el literal.

—El alma del monje decapitado está prisionera entre los dos mundos, puesto que él es un fantasma. Excavando literalmente la tierra de la cripta, podríamos encontrar su cabeza y su cuerpo, unirlos y romper la maldición del Arcángel, que liberará su alma y la conducirá hasta el cielo simbólico: el Paraíso. De este modo, los tres sentidos, espiritual, literal y simbólico están casados.

—Exacto. En cualquier caso, Johanna —dice el padre, estrechando las manos de ella entre las suyas—, le repito lo que he dicho hace un momento: límitese al sentido espiritual de la frase y no siga un camino sembrado de cadáveres. Estoy convencido de que pondría su vida en peligro.

Johanna sigue allí, pero ya no escucha. En su fuero interno, supone que le será imposible hacer unas excavaciones clandestinas en la Virgen Soterraña, tal como en un principio ha pensado. Necesita brazos, instrumentos, informática, luz eléctrica, y todo eso no puede pasar inadvertido. En tal caso, solo hay una solución: realizar unas excavaciones arqueológicas oficiales en la cripta. La administración de Monumentos Históricos nunca ha contemplado esa posibilidad, pues siempre ha dado preferencia a la restauración de la existente que a la búsqueda del pasado enterrado. No es un asunto fácil. Si la campaña en el emplazamiento de la antigua capilla de San Martín ha exigido años de negociación y de preparación, ¿cómo va a arreglárselas, sola contra todos, para conseguir que se abra otra campaña? Piensa en Patrick Fenoy, en Christian Brard, en François... ¡Sí, François será de nuevo su último recurso! ¡Qué acierto haberle ocultado su relación con Simon y no haber roto con él! Pero ¿qué argumento puede esgrimir? No puede contarle a nadie su conversación con el padre Placide..., y aunque lo haga, sin pruebas materiales no la creerán. ¡Pasarán meses, incluso años! De repente, sus ojos se iluminan al mismo tiempo que los del monje comienzan a cerrarse de nuevo de cansancio y de vejez. Al bajar la mirada hacia él, una lágrima la empaña. Ese hombre la conmueve. ¡Acaba de darle tanto en apenas unas horas! Le susurra que esta vez sí va a dejarlo descansar, pero él no

contesta.

Muy despacio, retira las manos. Las del padre Placide, descarnadas e inánimes, caen sobre la sábana. Irá a verlo otro día para llevarle chocolate y hacerle compañía, antes de que se reúna con los ángeles. Lentamente, se levanta, echa un último vistazo al anciano y después al grabado del Monte, y sale de puntillas. En el pasillo de puertas rosa, retoma el hilo de su idea súbita: el manuscrito de fray Román, ese es el argumento. En él habla de la cripta, sugiriendo que encierra un secreto, un secreto relacionado con Moira, seguro, y que fue la causa de que cambiara los planos de la iglesia abacial. El documento ha sido científicamente autenticado; su contenido no puede ser puesto en duda, y de todas formas no tardará en salir a la luz... Más vale que lo aproveche para solicitar permiso para excavar en la Virgen Soterraña. Para excavar y cumplir la promesa que acaba de hacerle, en la intimidad de su corazón, al monje sin cabeza: la promesa de liberarlo.

Capítulo 16

El cráneo afeitado de Christian Brard brilla como un charco de lluvia bajo los rayos primaverales. Detrás de las gafas con montura de concha, mantiene los ojos fijos en un documento mientras, con un ademán, invita a Johanna a sentarse.

—«*Motivación imperiosa*» —lee—, «*era absolutamente preciso que modificara en un punto los planos de Pedro de Nevers, que llevaba en mi escapulario*», «*era preciso conservar esa iglesia*», «*las causas reales de la modificación de los planos deben permanecer siempre ocultas a todos*»...

—«*Tal vez en el momento en que estáis leyendo esto por fin me he reunido con ella. Indudablemente he terminado mi último deber en la tierra, realizado en memoria de ella, en fidelidad al secreto que me confió y a nuestro amor inmortal*» —dice Johanna, pues se sabe de memoria la confesión de Román.

—¿Y esta cita la conoce? —replica él—. «Las piedras eran trozos de azúcar empapados de agua.»

—No...

—Prosper Mérimée, el escritor —añade el administrador—. También era inspector general de Monumentos Históricos y escribió esas palabras en el informe que envió al ministro en 1841, tras su visita al Monte. Había encontrado la abadía en tal situación de deterioro que alertó a los poderes públicos, precisando que sobre todo no había que hacer obras, si no, la administración penitenciaria aprovecharía para meter todavía más presos.

Afortunadamente, en 1863 el Estado se dio cuenta de que la única manera de salvar esta joya de la historia era cerrar de una vez esa maldita prisión.

El administrador de Monumentos Históricos se levanta y se quita las gafas.

—En ese estado se encontraba cuando lo pusieron en nuestras manos —concluye—. Desde 1872, el Estado francés ha invertido miles de millones en su restauración, que no acaba nunca, y continúa gastando miles de millones en su conservación... Ya supondrá el talento, la imaginación y la energía que han sido necesarios para salvarlo, devolverle su esplendor y su alma, y hacer que los comparta, tal como establece la República democrática, el mayor número de personas. Tengo un millón de visitantes al año en la abadía, nueve mil al día en verano, y estoy encantado. Porque si les hiciéramos caso a ustedes, los arqueólogos, la abadía se cerraría al público para reservársela exclusivamente a ustedes, acabaría amenazando ruina y, sobre todo, ustedes la transformarían en un queso de gruyere excavando por doquier porque tienen una intuición o porque un manuscrito del siglo XI permite suponer la existencia de un hipotético misterio. Si los hubieran dejado, no quedaría nada de esta abadía, nada, solo agujeros diseminados a capricho de su curiosidad y de su inspiración del día, y ni una sola piedra permanecería en pie. ¡Nosotros, los administradores, invertimos años tratando de salvar un emplazamiento arqueológico, haciendo que todos lo conozcan y lo aprecien, mientras que ustedes..., ustedes quieren cerrarlo para destruirlo a su antojo!

—Y sin embargo —lo corta la joven sin alterarse—, las excavaciones en la antigua capilla de San Martín también se autorizaron sobre la base de un viejo manuscrito. Los dos trabajamos para el mismo empresario, el Estado, el Ministerio de Cultura, y de hecho servimos al mismo fin: exhumar un pasado aniquilado por la Historia, volver a darle vida y hacer que se comparta para que ilumine a nuestros contemporáneos.

—Su presunta salvaguarda de la historia exige el saqueo oficial de otra historia —replica él en un tono ácido—. La campaña de excavaciones en la antigua capilla de San Martín no dañaría ningún vestigio, absolutamente nada, ¡mientras que las excavaciones en la cripta! Froidevaux consagró más de dos años de su vida " a restaurar la Virgen Soterraña, el emplazamiento

arqueológico más antiguo del Monte, a liberarla de escoria, a interpretar, a reconstituir los muros desaparecidos, «la epidermis», como él decía. Sintió tan bien el lugar, lo reparó con tanta sensibilidad y habilidad que actualmente desafía a cualquiera a que distinga las piedras contemporáneas de las originales. Incluso descubrió un lienzo de pared del santuario de Auberto... Supo restituir la cripta con un arte tan perfecto que esa restauración se considera un modelo que sorprende y encanta a todos los visitantes. ¡Y usted, con el pretexto de desenterrar un pasado más antiguo, del que sin duda no subsiste nada, quiere destruirlo todo!

—Señor, comprendo su punto de vista y su inquietud —dice Johanna, levantándose también—. Usted ama su oficio, ama esta abadía, y yo también, cómo no. Es indiscutible que Monumentos Históricos ha realizado aquí, y continúa realizando, una obra considerable que en ningún caso yo deseo dañar. En lo que se refiere a la Virgen Soterraña, no tocaré la restauración de Froidevaux.

—Permítame dudarle. ¡De todas formas, no va a encontrar más que roca!

—Es posible. El futuro lo dirá.

—Usted dice que me comprende, señorita —dice Brard, sentándose de nuevo detrás de su mesa y limpiándose las gafas—, pero en cambio yo no la comprendo a usted. Usted, reconocida y respetada especialista en Cluny, remueve Roma con Santiago para que la envíen, en sustitución de Roger Calfon, a una abadía de la que, con perdón, no sabe gran cosa. Eso, en último término, puede explicarse por una ambición profesional legítima y por el interés de las excavaciones en la antigua capilla de San Martín, los primeros trabajos arqueológicos importantes que se hacen aquí, iniciados a partir de un pergamino, cierto, pero un pergamino que da indicaciones precisas y verificables. En lo que no la sigo es en que, lejos de aprovechar esta fantástica oportunidad, se enemista con todo el mundo, empezando por mí, y utiliza su influencia en el ministerio, exponiéndose a arruinar su carrera, para que trasladen las excavaciones de la antigua capilla de San Martín a la cripta de la Virgen Soterraña, sobre la base de un antiguo manuscrito cluniacense cuyos oscuros y sibilinos argumentos, lo sabe tan bien como yo, son insuficientes para justificar la realización de unas excavaciones. Y como

guinda, y eso no se lo perdono porque es una actitud indigna de un funcionario, en lugar de venir a hablar conmigo abiertamente de ese manuscrito y de su proyecto, que conciernen directamente al Monte y, por lo tanto, me conciernen a mí, ha pasado por encima, ha intrigado a mis espaldas, en secreto, hasta que me han impuesto desde arriba esa decisión.

Johanna se sienta antes de contestar.

—En eso —confiesa—, reconozco no haber demostrado una lealtad total hacia usted. Pero, sinceramente, ¿cree que si hubiera acudido a usted tras el descubrimiento del testamento de fray Román, habría acogido favorablemente mi petición? Vamos..., no tenía ninguna posibilidad, salvo entrar en conflicto abierto con usted.

—¿Al menos mi pasión por los manuscritos antiguos se habría visto satisfecha antes! Porque este es excepcional, y me hubiera gustado ser de los primeros en examinarlo. Pero tiene razón, me habría opuesto a sus deseos, es verdad, pues tanto ayer como hoy me parecen sin fundamento, absurdos y peligrosos, puesto que atentan contra la salvaguarda de las piedras de la abadía.

—¿Y si le dijera que la cripta esconde un tesoro? —se aventura a decir Johanna, al ver que el administrador se muestra mejor dispuesto que al principio de la entrevista.

Él la observa como un alienista escrutando a un loco incurable.

—Supongo que será una broma —dice con voz apagada—. ¿Ha deducido de las palabras de fray Román que había modificado los planos para proteger un tesoro? ¿Es eso lo que espera encontrar, un tesoro de los vikingos, de los celtas, de los cruzados, de los monjes normandos o qué sé yo de quién, y lo que justifica esta conspiración, esta mascarada ministerial? No me lo puedo creer... Ha leído demasiadas novelas de Stevenson o de Dumas y se le han subido a la cabeza.

Ella lamenta sus palabras, pero ya es demasiado tarde. Más vale añadir algo para demostrarle su convicción, aunque sin revelarle el verdadero motivo.

—Cuando digo «tesoro», no me refiero forzosamente a oro y piedras preciosas. La cripta encierra un secreto, eso no puede negarlo: fray Román, el

constructor, protege un secreto que ni siquiera quiso confiarle a su abad y por el que cometió una inmensa blasfemia, tratándose de un monje y de aquella época. Ese secreto no lo ha desentrañado nadie. Puede tratarse de reliquias muy antiguas de santos que se remontan a los primeros cristianos o al propio Auberto, de manuscritos, biblias o vasijas que datan de los celtas o de los canónigos, o de algo relacionado con Moira, sí, Moira, el amor de su vida. Algo que ella escondió allí y que habría sido descubierto sí hubieran derribado la antigua iglesia, cosa que Román evitó. En cualquier caso, hay un misterio muy concreto que la arqueología contemporánea tiene los medios para esclarecer sin saquear la cripta. Sería un crimen no hacerlo.

El administrador se coge la cabeza entre las manos en un gesto de desesperación.

—¿Moira? ¡Vaya! ¡Yo la consideraba una científica —dice en un tono desolado—, y ahora resulta que hace todo esto para satisfacer a un alma romántica! ¿Mi cripta, la Virgen Soterraña, va a ser removida de arriba abajo, transformada en una zanja, rastreada y profanada porque una joven arqueóloga con influencias ha decidido que, hace casi mil años, una torturada de la que un monje se había enamorado quizá enterrara ahí un «secreto» que nadie ha descubierto jamás? ¡Es delirante! Salga de aquí, no quiero oír nada más. De todas formas, no puedo hacer nada para evitar esa profanación... ¡Un momento!

Brard le arroja el decreto ministerial de autorización para hacer excavaciones que acaba de recibir esa misma mañana.

—Le dejo la tarea de explicar todo esto a su equipo, y a Patrick Fenoy en particular. Mañana limpiará y protegerá la zona de excavaciones de la antigua capilla de San Martín; no quiero que un turista caiga en un hoyo y se rompa una pierna. Y pasado mañana empezará en la Virgen Soterraña. Pero se lo advierto, señorita, el ministerio le ha concedido solo dos meses en la cripta, del 15 de abril al 15 de junio. Acato la orden pese a mi oposición, porque yo respeto la jerarquía, pero usted no tendrá ni un día, ni una hora más. El 16 de junio abriremos de nuevo la cripta para las visitas-conferencias y este verano para los recorridos nocturnos. Y cuente con que voy a hacer todo lo que esté en mi mano para que me la devuelva en el mismo estado en que la encuentra,

es decir, en perfecto estado, virgen de sus elucubraciones.

Johanna sale con el decreto en la mano, avergonzada y furiosa. Pero ¿qué iba a hacer? No podía hablarle del monje decapitado, del padre Placide, del costumario quemado y del cuaderno inglés robado. ¡Brard la habría hecho encerrar en el asilo con el anciano monje sin pensárselo dos veces! Porque el manuscrito de Cluny, el testamento de Román, existe y ha sido oficialmente autenticado. En parte, eso ha sido lo que la ha salvado. El pergamino data del siglo XI y fue fabricado en el taller de la abadía de Cluny. La tinta fue elaborada según las técnicas y con los ingredientes propios del *scriptorium* de Cluny, y podría datar de 1063, el año que figura en la carta. La escritura, el lenguaje y el estilo corresponden también a ese período. La única incertidumbre reside en la época en la que introdujeron el documento en el tubo de cobre antes de guardarlo en la sepultura de Pedro de Nevers, sepultura autenticada también, en este caso por Paul. Este último sigue defendiendo la tesis de que fue Hugo de Semur, convencido de que Román —o más bien Juan de Marburgo— había muerto, quien hizo desellar el panteón de su maestro para esconder allí el testamento de su discípulo. Después, bien el propio Hugo o bien otro abad trasladó la tumba al coro de Cluny II. El minucioso examen que, desde hace casi cuatro meses, Paul está efectuando del panteón y de su habitante parece corroborar su teoría: ha encontrado huellas ínfimas y muy antiguas de apertura y posterior cierre del sepulcro. El manuscrito no es, pues, obra de un falsario: fue escrito en la fecha indicada. En cambio, en lo que se refiere a su contenido, que están estudiando latinistas y medievalistas especializados en la historia del Monte y de Cluny, suscita una encendida polémica: algunos expertos desean creer en la veracidad histórica de este testimonio y buscan, en vano, rastros de la existencia de fray Román y de Moira. Los duques normandos y los abades mencionados no plantean ningún problema: el posible envenenamiento de Hildeberto es incluso una pregunta que se hacen desde hace mucho tiempo los historiadores, y su posible envenenador, Almodius, ha pasado a la historia en virtud de su labor como director del *scriptorium*.

Juan de Marburgo no figura en los costumarios cluniacenses, y no hay ninguna posibilidad de leer el nombre de fray Román en los costumarios

montesinos, ya que lo que quedaba de esos documentos se consumió en el incendio de 1944. Sin embargo, todos coinciden en pensar que el tal Román conocía la vida monástica y que pudo muy bien haber sido monje en el Monte y posteriormente en Cluny. También pudo haber conocido a Pedro de Nevers, pero que él mismo fuera constructor de la gran iglesia abacial montesina está por demostrar, y de hecho es indemostrable, pues los documentos relativos a esa obra de construcción también han desaparecido. En resumen, fray Román es el fantasma de un monje invisible, ilocalizable e inidentificable, pero dotado de un espíritu que ha atravesado el tiempo gracias a ese documento. En cuanto a Moira, históricamente no es nada, no se conserva ningún indicio ni del juicio al que fue sometida en Ruán ni de los suplicios de que fue objeto en el Monte: tan solo vive a través de las palabras del autor del manuscrito. Tal hecho es el que ha llevado a algunos expertos a dejar de considerar ese documento un testimonio histórico, para verlo como la sorprendente fantasía de un monje, una obra de ficción original, revolucionaria incluso, una fábula inventada por una inteligencia atormentada, viva e imaginativa: un cuento dirigido a Hugo de Semur, una novela corta, la primera novela escrita en Occidente, un siglo antes que las obras en verso escritas a partir de escritos latinos, más de un siglo antes que los franceses Chrétien de Troyes, Béroul y Thomas, que hasta ahora se pensaba que eran los inventores de ese género literario en Europa. Cuando Johanna se enteró de la controversia que enfrentaba a los «partidarios de la revelación histórica» con los «partidarios de la novela», pensó en Simón, que había elegido bando nada más leerle ella el testamento de Juan de Marburgo, en Nochevieja, y lo había considerado inmediatamente una creación genial pero sin relación alguna con la realidad. Después decidió utilizar esa polémica para sus propios fines.

Eran los primeros días de febrero, ese mes apagado, gris, fallido. Estaba obnubilada por las revelaciones del padre Placide, que la habían conmocionado profundamente. Fingía concentrarse en las excavaciones de la antigua capilla de San Martín, pero había pasado a la fase 2 de su plan: conseguir excavar oficialmente en la Virgen Soterraña sirviéndose del único elemento tangible que ya conocían todos, o sea, la confesión de Román. Le

dijo a Simón que iba a visitar a sus padres y, el fin de semana siguiente, se reunió con François en un hotel de Etretat, lujoso, desierto y anticuado. Cuando el alto funcionario mencionó la disputa tonta que dividía a los historiadores en relación con el manuscrito de Cluny, atrapó al vuelo la oportunidad que le brindaba la providencia: si las investigaciones históricas llevadas a cabo en el ámbito bibliotecario habían sido infructuosas, la única manera de averiguar cuál de los dos bandos estaba en lo cierto era la arqueología. El autor decía claramente que la cripta de la Virgen Soterraña encerraba un secreto, por cuya causa había modificado los planos de la gran iglesia abacial, puesto que dicho cambio no respondía a ninguna consideración arquitectónica. Pues bien, era muy sencillo, bastaba con excavar en la cripta: si el relato era un testimonio histórico, los arqueólogos exhumarían ese secreto; si no encontraban nada, los partidarios de que era una novela tendrían razón. En ambos casos, el documento poseía un valor inestimable y merecía que se zarandeara un poco a la Administración. François, que distaba mucho de ser ingenuo, se había dado cuenta enseguida de lo que la afirmación de Johanna implicaba y de la razón que había empujado a esta a ir a pasar tres días con él. Aquello lo entristeció.

—Y, si no me equivoco —había dicho, disimulando su pesar—, serías tú la encargada de dirigir esas excavaciones en la cripta, ¿verdad?

—Mira, François, resulta que por suerte ya se encuentra en el lugar un equipo completo y operativo de arqueólogos, y sería una tontería no aprovecharlo. Es más sencillo y menos oneroso que enviar otro. Basta con desplazarlo temporalmente de la antigua capilla de San Martín a la cripta; la campaña de excavaciones será breve, porque la cripta es pequeña; después, reanudaremos el curso normal de nuestros trabajos. Además, para ser sincera, es evidente que me gustaría dirigir yo misma esas investigaciones en la Virgen Soterraña. Recuerda lo que te conté el pasado septiembre cuando me llevaste al Monte y que eres el único en saber —había mentido—. Yo creo que, simbólicamente, excavar en la cripta sería para mí como excavar en mi inconsciente y liberarme de mis pesadillas infantiles. Pero habrá que actuar de prisa, porque mi nombramiento en el Monte es provisional y solo es válido para seis meses.

Había tenido la prudencia estratégica de no insistir y de no volver a mencionar el asunto durante el resto del fin de semana. François tenía todas las cartas en su mano; no habría servido de nada acuciarlo. Por el momento, Johanna sabía que la esposa de Roger Calfon estaba muy mal —Patrick Fenoy había ido recientemente a visitarla al hospital— y que el veterano arqueólogo tardaría en asumir de nuevo sus funciones. François tenía que saberlo, pero habría sido de pésimo gusto que Johanna aludiera a ello. Más bien se dedicó a hacer comprender a François lo mucho que se había alejado de él durante los últimos meses —sin mencionar a Simón— y que podría alejarse definitivamente si no la ayudaba. Era chantaje, tenía conciencia de ello, pero no sentía ningún escrúpulo: su prioridad absoluta y secreta era romper la maldición que caía sobre el monje decapitado; debía liberarlo para liberarse a sí misma, y ese objetivo era lo único que importaba. Llevaría a cabo su misión, cumpliría su promesa, y para hacerlo estaba decidida a utilizar todos los medios a su alcance. Todos los medios, el peor de los cuales no era la ayuda de François; lo utilizaba, en efecto, pero ¿acaso no le había dado ella mucho a lo largo de su relación? Mientras que él, ese hombre casado, ¿qué le había ofrecido, aparte de citas clandestinas y sin futuro? Ese era el argumento preferido de Isabelle, razonamiento que, en el fondo, Johanna sabía que aplicado a ella era falaz. Porque era ella quien había elegido a François y, por lo tanto, la discontinuidad y la frustración inherentes a esa relación. Esa forma de no compromiso la había tranquilizado, pero por el momento fingía no recordarlo. Isabelle tenía razón, se decía, lo mejor que François podía ofrecerle era una ayuda profesional que Johanna habría sido tonta de no pedir. Conocía lo suficiente al género masculino para intuir que, si François la sentía a su merced, débil e implorante, no movería un dedo, mientras que, si temía perderla, la respaldaría para demostrarle lo mucho que lo necesitaba.

La maniobra había funcionado a la perfección: François tenía tanto miedo de que Johanna lo dejara que había removido todo el ministerio para conseguirle un decreto de autorización de excavaciones en la cripta y prolongar sus funciones en el Monte. La oposición de Christian Brard había sido inmediata, vehemente y legítima en un punto: ni el contenido objetivo

del manuscrito de Cluny ni la polémica de los especialistas sobre él podían justificar que, de repente, Monumentos Históricos cambiara radicalmente la política de conservación del patrimonio que prevalecía en la peña desde hacía casi ciento cincuenta años. No obstante, François, apoyado por algunos historiadores conocidos pertenecientes a los dos bandos, había impuesto su criterio, aunque sabía que el administrador tenía razón. Este último había conseguido que la campaña de excavaciones no excediera de dos meses.

Mientras sale del despacho de Christian Brard, Johanna sabe que otra prueba igual de temible la espera: anunciar a su equipo la reorientación de los trabajos de excavación. Han corrido rumores, pero nada concreto, pues, para lograr el objetivo deseado, François ha mantenido el proyecto en secreto a fin de evitar que las asociaciones de defensa del Monte o arqueólogos resentidos como Patrick Fenoy obstaculizaran sus gestiones. El administrador, respetuoso del juego que impone su cargo, ha luchado solo, sin divulgar el asunto —cuando darle publicidad habría aumentado considerablemente su poder de oposición—, y François aprecia sinceramente su actitud, él que, en esa lucha intestina, se ha comportado con total falta de lealtad profesional. Brard es un hombre perspicaz y sutil, quizá se ha dado cuenta de todo, pero de momento se ha limitado a hacer alusiones. Johanna y él deben ser prudentes.

—Es..., es francamente increíble, pero muy excitante —exclama Florence acodada en el potro, junto a la antigua capilla de San Martín—. Ya no disfrutaremos del sol, pero no importa.

—Es increíble, desde luego —dice Jacques—. Me encanta la idea de excavar en busca del verdadero valor de palabras surgidas del pasado: factura histórica o novelesca.

—Sí... Personalmente desearía —añade Dimitri, quitándose delicadamente los guantes—, sin duda por primera y única, vez en mi vida, no encontrar nada en la cripta para que ese manuscrito fuera la primera novela que se ha escrito.

—¡Menudo romántico estás hecho! —se burla Sébastien—. Yo también me presento voluntario, Jo, pero espero que encontremos un sustancioso botín escondido por Auberto y sus canónigos: incensarios de oro y rubíes,

cálices de plata, un tabernáculo de diamantes, ¡la propia espada de san Miguel! Bueno, señora directora, lo tenías muy calladito, ¡vaya que sí! Notábamos que se estaba tramando algo, pero no nos esperábamos esto. ¿Cómo te las has arreglado para conseguir la autorización de nuestros queridos peces gordos del ministerio tan deprisa y sin que se haya sabido nada del asunto? No es ni mucho menos su manera de hacer las cosas.

Johanna se sonrojó.

—Es que... desde que descubrieron el pergamino en Cluny... —empieza a decir torpemente—. No podíais estar al corriente a causa de los grupos de presión.

—¿Grupos de presión, dices? —la interrumpe Patrick—. La señora tiene sus contactos en el ministerio, esa es la razón. Cluny ya no era suficientemente bueno para ella, se las compuso para que la nombraran aquí y ha utilizado también esos contactos para su última extravagancia, las excavaciones en la cripta. Y claro, era vital que ninguno de nosotros nos metiéramos por medio. En fin, que os aproveche —dijo, dirigiéndoles a todos una mirada despreciativa—, ya que parecéis tan contentos de colaborar en los abracadabrantes caprichos de la señora, pero yo tengo otra concepción de nuestro oficio. No pienso avalar esas excavaciones improvisadas y grotescas, y me niego a ser tratado como un peón al que ponen ante los hechos consumados.

Dicho esto, Patrick Fenoy gira sobre sus talones.

—Eh, Patrick, ¿adónde vas? —se aventura a preguntar Florence.

—¡A informar a Brard de mi dimisión! —les espeta.

Johanna está desconcertada.

—Déjalo, no tiene importancia —la consuela Flo—. Es simplemente una reacción de amor propio, un reflejo de macho herido en su virilidad. Se siente humillado porque no le has pedido su opinión antes de actuar, eso es todo. Es su manera de salvar la cara. Estoy segura de que dentro de unas horas, mañana como mucho, estará de vuelta en su puesto. Nunca se han hecho excavaciones en la cripta; no se lo perdería por nada del mundo.

—No es que le tenga mucho aprecio —contesta Johanna—, pero debo reconocer que es un buen arqueólogo, y además, nunca es bueno para un

equipo que uno de sus miembros lo abandone de esta forma.

—No le des más vueltas —insiste Jacques—. Deja que haga lo que quiera. Te apuesto una botella de calvados a que no dimite.

—Apuesta aceptada. Si tienes razón —dice Johanna—, te compro uno de veinte años.

Esa noche, cuando Sébastien se pone a preparar la cena —un plato fuerte, callos, que solo tiene que calentar—, el ayudante de Johanna todavía no ha vuelto al redil. Simón espera a la joven en Saint-Malo, pero ella ha retrasado su salida por si Patrick regresa: se impone una explicación y ella está impaciente por enfrentarse a Fenoy. Johanna mira el reloj, suspira, huele con pesar el bloque de callos que empieza a fundirse lentamente en la cazuela y se decide a irse. Mientras baja los escalones que conducen a la calle principal, con cuidado a causa de los tacones, levanta la cabeza hacia el crepúsculo rojo. Pasado mañana, dentro de dos días como máximo, comenzarán las excavaciones en la Virgen Soterraña. Debería estar satisfecha, pero se siente oprimida. Sí, como ahogada por una mano invisible que no es la de su espectro. Camino de Saint-Malo, se esfuerza en encontrar la causa de esa sensación sin conseguirlo. Está encantada de encontrarse con Simón, a quien no ha visto desde hace varios días debido a las vacaciones de Pascua y a la llegada de los primeros turistas; él ha vuelto a Saint-Malo para abrir su tienda todos los fines de semana y ahora solo vive en el Monte a tiempo parcial. Esa obligación, lejos de contrariar a Johanna, la ha aliviado, pues ve con malos ojos que se haga pública su relación y se empeña, en contra de los deseos de Simón, en rodearla de la mayor discreción posible. No obstante, lo quiere, lo quiere más de lo que ha querido nunca a François o a cualquier otro hombre, pero es más fuerte que ella, no puede soportar exhibir a la luz del día ese amor excepcional, esos instantes robados a la insignificancia de su realidad afectiva, que, para seguir siendo hermosos, sólidos y duraderos, deben permanecer ocultos, inaccesibles a la cara cruel del mundo. Pasado el arrebató romántico de las primeras semanas, las citas nocturnas en la vivienda montesina de Simón volvieron a la joven temerosa y esquiva; la distancia geográfica que separa el Monte de Saint-Malo, aunque escasa, le devuelve el aplomo. Eso le permite, efectivamente, proteger a François, a Simón y a ella

misma de los chismorreos inherentes a un pueblo, pero intuye que ese no es el principal motivo de su apaciguamiento. Ese pequeño alejamiento le permite mantener el control de la relación, no entregarse por completo a Simón, pues tiene la impresión de que, si lo hace, lo perderá.

Antes de llamar a la puerta del suntuoso apartamento que Simón ocupa arriba de la tienda, entra en una bodega y compra una botella de champán fresca: tiene ganas de celebrar con él el próximo inicio de las excavaciones en la Virgen Soterraña. Él la estrecha entre sus brazos como si Johanna regresara de una expedición de diez años al Polo Norte.

—Estoy deseando que llegue el domingo por la noche —le susurra al oído, abrazándola fogosamente— para cerrar la tienda y volver al Monte. Después, una semana más y se acaban las vacaciones de Pascua, vuelvo a casa y podremos vernos de nuevo todos los días, como antes.

—Pero a mí me gusta mucho venir aquí —objeta ella—. Me permite cambiar de aires y es agradable.

—Sí, y sobre todo aquí no corres el riesgo de cruzarte con algún conocido... No te entiendo. ¿Te avergüenzas de mí o qué?

—Simón, ¿cómo puedes decir una cosa así? No, ya te lo he explicado mil veces: mi vida privada solo me concierne a mí, y no me apetece nada alimentar los cotilleos de mi equipo y de la gente del Monte.

—¡Pues que hablen! —replica él, irritado—. ¿A nosotros qué más nos da? Somos mayores, libres, y estamos juntos por voluntad propia. Tu preocupación constante por el qué dirán me parece completamente ridícula y anacrónica. ¿O acaso son esos dos años con un hombre casado los que han hecho que te aficiones a andar a escondidas?

—Por favor, Simón, no empieces. No tengo ningunas ganas de que discutamos esta noche, he tenido un día muy duro. Mejor escucha la estupenda noticia que tengo que darte.

Johanna saca la botella de champán de la bolsa de plástico.

—¿Burbujas? —dice él, sonriendo con cara de sorpresa al tiempo que la coge por la cintura—. ¿He olvidado la fecha de tu cumpleaños? Yo diría que cae en pleno verano.

Ella deja la botella, observa sus bucles negros con hilos plateados, sus

patillas grises, sus espléndidos ojos, su piel bronceada por las escapadas al mar, que le hacen parecer un marino del Mediterráneo. Aspira su perfume, que huele a carreras desbocadas a caballo por un bosque oscuro y mágico. Le coge la cabeza y mira fijamente sus pupilas, que parecen bolitas de anís.

—Es algo mucho más importante que mi cumpleaños —contesta—. En realidad, se trata de un segundo nacimiento. Sí, una vuelta a la vida, de entre los muertos... hacia el mundo de los vivos... El mío y el de otra persona.

—Yo también tengo esa sensación, Johanna —susurra Simón—, estaba muerto y tú me has reanimado.

Ella no comprende de qué habla. Después se da cuenta del peligroso malentendido.

—Es verdad —masculla—, pero no es de nosotros dos de quien hablo. Se trata de otra cosa. Bueno, ahí va: voy a dirigir una campaña de excavaciones en la Virgen Soterraña; empezamos dentro de dos días.

El estupor hace que Simón se quede lívido. Johanna no habría imaginado que su tez aceitunada pudiera mudar hacia un tono tan pálido. Él creía que iba a manifestarle su amor, mientras que lo que hace ella es declarar su pasión por una cripta y su habitante sin cabeza. Johanna se siente idiota... Él la suelta y a ella le parece ver pasar por sus ojos un destello de asco.

—Estoy atónito —confiesa—. Atónito y disgustado, sí, disgustado... Como todos los enamorados del Monte —dice, recalando bien las dos últimas palabras—, siento un apego especial por ese lugar, el más antiguo de la abadía, que constituye una prueba de los orígenes de la montaña y posee una atmósfera insólita, de encanto medieval perfectamente perceptible. Me parece irritante y lamentable que alguien ponga patas arriba ese lugar. Es... es como un sacrilegio, una profanación.

—Tranquilo —contesta ella en voz baja—, no eres el único que opina así.

—¿Qué esperas encontrar? ¿Y por qué no me habías dicho nada hasta ahora? —se subleva—. Decididamente, antes me he quedado corto: no es el culto al secreto lo que tú profesas, sino a la intriga, el complot y el disimulo. Te compadezco... ¡Para demostrar tan poca confianza hacia los que te quieren, debes de detestarte mucho!

—No tanto como tú en este momento... —replica ella débilmente, con

los ojos empañados.

—¡No ves lo que tienes delante de las narices, te lo juro! ¿Ahora crees que te odio? ¡Ciega y encima paranoica! Pero ¿qué demonios te ha pasado para que rechaces hasta ese punto el amor humano? ¡Una cosa al menos es segura, y es que con tus piedras, tus viejas tumbas y tus tipos casados, no arriesgas nada! ¡Con eso no hay peligro, no hay *discusiones matrimoniales*, no hay promesas que cumplir, no hay compromiso, no hay traición ni abandono posibles! Bueno, ¿vas a contestarme de una vez en lugar de ponerme esa cara de víctima en la que no creo ni por un segundo?

Jamás lo habría creído capaz de tanta ferocidad. Pillada en falta, permanece plantada, con el abrigo puesto, frente a Simón, cuya pasión decepcionada le hace agitarse, dar vueltas por el vestíbulo como una fiera hambrienta que no puede alcanzar su comida. Luego, como aquella noche de septiembre con François, cuando por primera vez desde su infancia acababa de ver —y de reconocer— la Virgen Soterraña, una inmensa tristeza la invade. Corre a encerrarse en el cuarto de baño para dejar que los espasmos y los gritos de niña sacudan su gran cuerpo de mujer. Simón se queda anonadado por su reacción; luego despliega todos los remordimientos, las disculpas y las palabras tiernas que conoce —y conoce muchas— para que se digne abrirle la puerta. La abraza como una madre mimosa a su hijo, le habla como un hermano consuela a su hermana; por último, se refugia en ella como un hombre desahoga su dolor en una mujer.

Desplomada en un sillón del salón, frente a la chimenea, Johanna se siente exhausta y rota por las lágrimas. Allí también se oye la violencia de la marea, y la joven se compara con las murallas de piedra que los cuchillos de espuma intentan atravesar. Cuando Simón se decide a tenderle una copa de champán, de ese champán que ha desencadenado el drama, ella mira la copa con expresión hostil y luego ausente.

—Brindemos, de todos modos —murmura él, ansioso—. Por lo menos este champán me ha permitido, sin haber bebido una gota, decirte, muy mal, eso sí, cosas que me pesaban en el corazón desde hacía tiempo.

Con los ojos rojos e hinchados, cercados de manchas negras de rímel, ella le envía una sonrisa triste.

—Sí, y creo que yo también debo liberar el mío de cosas que lo habitan desde hace todavía más tiempo.

Levanta la copa hacia él, la vacía de un trago y comienza su relato. Le cuenta sus tres sueños, le habla del cuaderno de Aelred Croward, del padre Placide, del espectro, de la maldición del Arcángel... Al terminar, su copa, que Simón ha llenado y ella no ha vuelto a tocar, se alza junto a la botella, que Simón se ha bebido mientras la escuchaba. Sin decir palabra, él se levanta, llena una pipa curva y la enciende, de pie en el otro extremo de la habitación.

—¿Crees que estoy loca? —pregunta Johanna, incómoda por ese silencio.

—Johanna —dice él en tono grave—, sabes lo que siento por ti. Gracias o debido a eso, me niego a mentirte. Me alegro de que por fin hayas confiado en mí, ahora comprendo que te haya resultado tan difícil, pero... debo decirte que esa historia me produce una inmensa desazón.

Ella aprieta los labios y espera a que se explique mejor.

—Desde un punto de vista puramente racional —prosigue Simón, sacando humo de la pipa como un Sherlock Holmes—, no tienes ninguna prueba material de que ese espectro haya existido y de que apareció realmente en el pasado. En cuanto al hecho de que sea la misma «persona» que el autor del manuscrito de Cluny, del que no se sabe nada y que se sospecha que se lo inventó todo, lo cual no le quita ni un ápice de talento, es pura y simplemente delirante. Lo peor es que vas a destrozar la cripta más antigua del Monte para verificar esas alegaciones. Oficialmente, por supuesto, porque tus razones oficiosas me parecen alucinantes. ¿Cómo puedes dar crédito a ese viejo chocho, que, contentísimo por tu visita, con toda probabilidad te ha soltado lo que tenías ganas de oír? En resumen, todo eso no es más que una creación de espíritus demasiado sensibles, y muy neuróticos, con una imaginación desbordante.

Johanna ya está de pie y se dirige con paso decidido a la puerta del salón.

—Espera —dice él con suavidad, cogiéndola de un brazo—, no he terminado. No olvido que estoy ante una brillante universitaria, así que hago una exposición en dos partes. Esta era la primera, la concepción cartesiana.

—Perdona, pero terminé los estudios hace tiempo —replica ella

secamente— y no estoy aquí para jugar.

—Discúlpame... Era para desdramatizar —confiesa con cara de colegial—. Por favor, siéntate y escúchame hasta el final.

Johanna le dirige una mirada acerada, pero vuelve a sentarse en el sillón y cruza las piernas.

—Decía... —prosigue él, apoderándose de la copa de Johanna— que era la visión lógica, razonable, contemporánea, «normal». Pero..., porque hay un pero..., tú sabes que soy español por parte de madre y bretón por parte de padre; tengo, por lo tanto, un alma apasionada, romántica, literaria..., vamos, que de vez en cuando envía alegremente la sacrosanta razón científica a paseo.

Está justo detrás de Johanna, con los dedos sobre el respaldo del asiento, y a ella le parece notar una súbita oleada de calor.

—Bien, supongamos..., es una hipótesis de estudio, no una certeza..., supongamos que ese monje decapitado existe, se encuentra atrapado en la Virgen Soterraña por culpa de un asombroso castigo angélico y escoge de vez en cuando a un vivo para que lo saque de la trampa. Imaginemos..., repito, imaginemos que realmente se apareció en el pasado a fray Ambrosio, al caballero intrépido y al prior de dom Larose, y en el presente, o por lo menos en el pasado reciente, a ti, a través de tus sueños. Sería demencial, inexplicable, paranormal, irracional, pero... ¿por qué no? Sin ser un católico ferviente, yo no creo que el mundo solo tenga una dimensión material, al menos espero que no, sería demasiado deprimente. Pienso que algunas cosas superan el entendimiento humano; por eso, tu historia, por descabellada y absurda que parezca, quizá sea plausible en algunos puntos.

Ella se vuelve y le quita la copa de champán medio vacía.

—Quizá sea concebible... —prosigue, pensativo—. Pero dudo de que haya que desear que lo sea, porque sería terrible..., incluso dantesco, porque ese espectro no es Román, ese pobre fraile extraviado en los meandros de su mundo imaginario, ese monje frustrado, no, eso no es posible. Si en todo esto hay un ápice de veracidad, ese espectro al que quieres liberar, cosa que al parecer ya han intentado otros..., ¡es un espíritu maléfico!

Simón se coloca frente a ella, delante de la chimenea, con la pipa en la

mano.

—Mira —prosigue—, si lo que te ha contado ese tal padre Placide pasó de verdad, cometes una equivocación al identificar al autor del manuscrito, fray Román, con ese espectro. Para empezar, no hay ningún vínculo directo o indirecto entre esas dos historias. Y después, ¡te olvidas de los crímenes! Los que has visto en sueños no se corresponden con los que al parecer se describen en el cuaderno inglés. En realidad, los asesinatos que tú no has soñado no vienen a cuento de nada, lo que me hace pensar que ese monje sin cabeza está jugando contigo, igual que jugó con los otros «testigos». Además, no creo en esa supuesta maldición de San Miguel. Si hay una maldición, no puede emanar de un ángel sino del Diablo. Ese fantasma, si existe, solo puede ser un espíritu maligno, impregnado de fuerzas maléficas que seducen y matan a los que lo han visto, sin duda para apoderarse de su alma. Sí, probablemente es él el asesino, y si no ha suprimido a esos hombres con sus propias manos, lo habrá hecho indirectamente, entrando en posesión del espíritu enfermo de pobres humanos que, manejados por ese poder, se han destruido a sí mismos o han matado a sus hermanos. En conclusión, si toda esa fábula encierra algo de verdad, de ninguna manera debes excavar en la Virgen Soterraña.

Ella lo observa con interés y sobrecogimiento, pero guarda silencio.

—En el fondo —continúa Simón—, sigo siendo muy escéptico. Una de dos: o todo esto es un entramado de estupideces y supersticiones, más propias de estar en una novela que en tu encantadora cabeza, en cuyo caso deploro que te las creas, por ti misma y por esa cripta que te dispones a destrozarse, o esta historia tiene algún fundamento y sería suicida excavar en la Virgen Soterraña, y no quiero que lo hagas porque no quiero que te pase nada.

—Es muy amable por tu parte que te preocupes tanto por mí, pero, si te he entendido bien, eso significa que o bien soy una tonta muy crédula, o bien una kamikaze temeraria, y tanto una cosa como la otra son tremendamente halagadoras.

Él se arrodilla a los pies de Johanna y le acaricia los tobillos.

—Lo siento, pero es lo que pienso —confiesa con dulzura—. No me guardes rencor. No me apetece andarme con paños calientes contigo. Déjame

ayudarte.

—Pero, entonces, ¿quién te gusta? —insiste ella, más tranquila—. ¿La ingenua o la suicida?

—Pensándolo bien, tal vez las cosas no sean tan tajantes —retrocede—. Reconozco que, si yo me encontrara en tu lugar, no estaría más orientado. Todo esto es muy desconcertante. Personalmente, siempre he tenido a gala separar sueño y realidad, ficción y concreción, pero comprendo que sea una tarea ardua para un alma como la tuya, de belleza alimentada de libros, atrapada por largos estudios históricos.

—Ese cumplido ya me lo has hecho —replica Johanna con mordacidad, liberando sus tobillos y levantándose—. En Nochevieja, cuando te leí la confesión de Román, ya me acusaste de no saber establecer la diferencia entre lo imaginario y lo real. Pues bien, aunque te pese, no es que crea, es que sé, ¿me oyes?, sé que todo eso es verdad, que el monje decapitado existe fuera de mi cabeza, que no es un espíritu maléfico, que no me hará ningún daño, y que me necesita y se llama fray Román.

Ha pronunciado las últimas palabras prácticamente gritando. El se levanta, primero desconcertado por la rabia de Johanna y luego dominado por una cólera fría.

—Puesto que te empecinas en tragarte todas las leyendas que te cuentan, hazme el favor de creer la que ahora voy a contarte yo —le espeta en un tono cortante.

Se aleja unos pasos y enciende de nuevo la pipa. Una bruma gris que despide un aroma a melaza avainillada invade la habitación. Inmóvil como una estatua, Johanna observa a Simón con acritud.

—La verdad es que sospecho que tu anciano del asilo —dice, aspirando una bocanada—, que me has dicho que es bretón, se ha inspirado en este cuento para tejer, total o parcialmente, la historia de fantasmas que te ha ofrecido. Porque se trata de una leyenda bretona que en Armórica todo el mundo conoce. Se llama La misa del aparecido y transcurre en la parroquia de Plougasnou, en Finisterre, en tiempos remotos, unos días antes de Todos los Santos. Una de las últimas noches de octubre, uno de los jóvenes vicarios estaba rezando con tanto fervor en la iglesia que no se dio cuenta de que el

sacristán cerraba el santuario. Cuando el vicario se percató de que se había quedado encerrado y de que nadie lo oiría, se resignó a pasar la noche en el coro. Se instaló en su asiento y se durmió. De repente lo despertó un ruido extraño y vio, acercándose desde la sacristía, a un sacerdote desconocido que lucía ornamentos negros, llevaba una vela en la mano y se dirigía hacia el altar para encender los cirios. Una vez que hubo terminado, habló con voz profunda, sombría y cavernosa. El sacerdote de negro preguntó tres veces: «¿Hay alguien para responder a mi misa?». Aterrorizado por esa aparición, el vicario permaneció en silencio. Entonces el misterioso sacerdote apagó los cirios y desapareció. El vicario buscó en la iglesia y en la sacristía, pero no encontró ni rastro del oficiante. Por la mañana, al ser liberado por el sacristán, contó su aventura. Nadie lo creyó y fue acusado, en el mejor de los casos, de haber soñado, y en el peor, de haber bebido demasiado. Ofendido, el vicario se prometió regresar a la iglesia la noche siguiente, esperar y salir de dudas. Así lo hizo y, al oscurecer, ocupó de nuevo su sitio en el coro, solo. A medianoche apareció el mismo sacerdote de negro, quien hizo exactamente lo mismo que la víspera y formuló la misma pregunta, también tres veces. El vicario no se movió. Entonces, el religioso sopló sobre los cirios y se desvaneció. Por la mañana, el vicario repitió lo que había visto y convenció al párroco, que seguía mostrándose incrédulo, de que pasara la noche siguiente con él en la iglesia. La tercera noche, a la misma hora, el sacerdote de negro apareció y, ante la mirada atónita del párroco y del vicario, preparó el altar como tenía por costumbre. Pero, cuando hizo su eterna pregunta: «¿Hay alguien para responder a mi misa?», el vicario se levantó y se presentó ante él. Entonces, el enigmático sacerdote se puso a celebrar el oficio de difuntos y el vicario lo asistió. Cuando la celebración hubo terminado, el sacerdote se volvió hacia el vicario y le contó su historia. Trescientos años antes, él era vicario de esa parroquia y había muerto súbitamente, antes de poder decir una misa que había solicitado una desdichada mujer y por la que esta había pagado. Desde entonces, aparecía todos los años durante la semana de la fiesta de Todos los Santos, esperando que alguien respondiera a la misa que seguía debiéndole a Dios y a aquella mujer. Como no había encontrado a nadie hasta esa noche, siempre volvía al purgatorio. Dio las gracias al vicario

que acababa de liberar su alma prisionera. Antes de partir para el cielo, dijo su nombre, que no podía pronunciar desde hacía tres siglos, y advirtió al vicario de que antes de Navidad moriría. Porque todo aquel que responde a un difunto o acude en ayuda de un aparecido, muere poco después..., aunque la ayuda que ha dispensado al alma en pena garantiza a la suya el Paraíso. Citó al vicario en el cielo, y casi dos meses después el joven vicario murió.

Simón se queda en silencio. Levanta los ojos hacia Johanna. Ella está tan blanca como una losa de mármol, cuyas vetas negras las forman los regueros de maquillaje.

—Es increíble —murmura la joven, con expresión ausente—. El que establezca relación con el otro mundo perecerá, pues ha cruzado la frontera entre mundo terrestre y mundo celeste. Ha visto el reverso de las cosas y, en consecuencia, a partir de ese momento pertenece al otro lado del espejo. Es maravilloso, otro sentido para «hay que excavar la tierra para acceder al cielo» que yo no había visto... Si lo libero cavando la tierra, accederá al cielo... ¡y yo también, justo después de él!

Simón avanza a zancadas, rojo de exasperación y a punto de estallar.

—¡Estás completamente loca! —grita, zarandeándola por los hombros—. ¿Te das cuenta de lo que dices? Está claro que tu imaginación se ha impuesto definitivamente a tu razón, has perdido el sentido común. ¿Quieres morir, es eso? ¿Estás dispuesta a desaparecer para demostrar la verdad de una leyenda? ¡Enciértrate en esa cripta, puesto que solo estás bien ahí, y ahógate atracándote de tierra como aquel caballero! Cuando encuentren tu cadáver, explicaré que habías perdido la cabeza pero habías encontrado la del hombre de tu vida, así que te fuiste con él al cielo. ¿Y yo? ¿Piensas en mí? —pregunta, agarrándola del cuello de la camisa y respirando contra su cara—. ¿Prefieres estar enamorada de un fantasma inexistente, o de un espectro asesino si existe, antes que de mí? Pero ¿qué te he hecho yo para recibir esto, o, mejor dicho, qué no he hecho? ¿Vas a decírmelo, eh? ¿Tengo que contarte historias macabras sin parar para que te dignes prestarme atención? ¿Tengo que hacerte tener pesadillas para que me mires? ¿Tengo que convertirme en un asesino para que me quieras?

—¡Estás a punto! ¡Vas a estrangularme! —articula con esfuerzo Johanna.

Él la suelta de inmediato, paralizado al tomar conciencia de lo que está haciendo. Contempla sus grandes manos morenas y a Johanna mientras recupera el aliento. Ella le dirige una mirada afligida y se encamina hacia la puerta.

Simón permanece postrado un rato demasiado largo. Cuando se rehace, lloroso, mascullando disculpas, corriendo después hacia la entrada del piso, ella ya se ha ido. Baja precipitadamente la escalera para ver arrancar en tromba, en la calle iluminada, el pequeño coche de Johanna.

Esta se detiene a varios kilómetros de allí, al borde de la carretera que conduce al Monte. Desconecta el móvil para no contestar a Simón y se mira en el espejo retrovisor. Parece que se haya escapado de un manicomio, con el pelo revuelto y las mejillas manchadas de rímel. Cierra los ojos y deja caer la cabeza sobre el volante, pero no puede llorar por la actitud de Simón. La ha desconcertado, pero las palabras duras, las dudas, el discurso acusatorio que ha pronunciado contra ella le repugnan más que su acto, motivado por la pasión. Es cierto que ha intentado acercarse a ella admitiendo, pese a no creerlo, que su historia puede encerrar una parte de verdad, pero se equivoca de medio a medio si toma al monje decapitado por un espíritu maligno... En el fondo, es Johanna quien andaba descaminada al pensar que el amor de Simón le permitiría seguirla. No, nadie puede respaldarla, ni siquiera ese hombre que la quiere. Está irremediadamente sola en el camino que ha elegido, y ni Paul, ni François, ni Isabelle, ni Simón son capaces de acompañarla. Ella es la única que ha sido tocada por el aliento del espectro y ese hecho la vuelve ajena al mundo de los vivos. Recuerda la leyenda que Simón acaba de contarle y comprende cuan vano y quimérico es contar la historia de uno a cualquiera. Ese sendero que ha tomado está en los confines del mundo terrestre, en la linde del cielo, es su vía y no tiene ningún derecho a hacer caminar por ella a nadie más. Sí, ahora todo está claro..., ella está lejos, demasiado lejos ya para los hombres. Si quiere llegar al final del viaje, debe renunciar a las circunstancias y a las normas del mundo en el que ha vivido. Contrariamente a lo que cuenta la leyenda bretona relatada por Simón, ella no cree, después de todo, que el final del periplo sea la muerte, su muerte... No, el fantasma no la conducirá al cielo, al contrario, la devolverá a

sí misma. Se da cuenta de que, pese a lo ajeno que le es todo cuanto rodea su vida desde que vive en el Monte, jamás se había sentido tan cerca de lo que es realmente y que antes desconocía. Esa búsqueda le ha hecho descubrir a una mujer intuitiva, amable, consciente de sus deseos, sensible, comprometida, íntegra. Íntegra, sí, esa es la palabra adecuada, no dividida entre los apetitos de su espíritu y los, divergentes y despreciados, de su cuerpo... Un ser coherente, armonioso, dedicado a una búsqueda que en ocasiones la supera, pero otorga a su existencia un valor nuevo: el sentido exonerado de la duda. Poco importa que la crean o no, que pase por loca, que Román y Moira hayan vivido realmente, que el monje decapitado no sea sino un fantasma nacido en su cabeza o en la de los monjes de antaño... La realidad patente de toda esta historia, tal vez la única realidad, es que sitúa a Johanna en el corazón de su propia historia, la centra en la única aventura válida: encontrarse a sí misma. Eso, naturalmente, los demás no lo ven... Johanna mira a través del parabrisas el polvo de estrellas que espolvorea las tinieblas como si fuera azúcar angélico. Suspira y decide romper con Simón. Pondrá como excusa su acto violento para dejar de verlo. Quizá más adelante, cuando haya terminado su misión, esté preparada para acercarse a él y caminar a su lado, con plena conciencia de sí misma. Si todavía se aman... Pero, por el momento, es demasiado pronto. Conecta de nuevo el móvil. Busca el buzón de voz y escucha la música de los remordimientos de Simón. Después, firme y decidida, reanuda el camino hacia la montaña.

Mientras sube los peldaños que conducen a su casa, piensa que se ha liberado de la sensación de opresión que tenía en el pecho unas horas antes, cuando se disponía a reunirse con Simón. En lugar de eso, nota simplemente el hambre que le pellizca el estómago. No ha comido nada desde mediodía, y constata que ya son las doce y media de la noche. Con un poco de suerte, quedarán callos... Con mucha mala suerte, Patrick habrá vuelto y lo encontrará en el salón, esperándola para una batalla en la que ella ya no tiene ganas de participar. Prefiere que lleve a cabo su amenaza de dimitir; así habrá un obstáculo menos. Está pensando en esa posibilidad cuando oye a su espalda unos pasos apresurados y una respiración jadeante. Se vuelve y ve a Guillaume Kelenn.

—¡Johanna! —la llama—. La he visto pasar, estaba en el bar... ¿Tiene un momento?

Sus largos y rubios cabellos sueltos, su brillante mirada castaña verdosa —sin duda a causa del alcohol— y su fino bigote le hacen parecer un vikingo. ¡El colmo tratándose de él, tan orgulloso de sus orígenes celtas! La arqueóloga, desconfiada, hace un gesto afirmativo. Nunca es muy locuaz con el joven, cuyos arrebatos la irritan.

—¿Quiere venir a tomar una copa conmigo? —propone Guillaume.

—Es que... todavía no he cenado —confiesa— y estoy muy cansada. Prefiero irme a casa.

—Bueno, no pasa nada —dice él, aunque su rostro expresa lo contrario—. Solo quería felicitarla.

—¿Felicitarme? ¿Y por qué, si puede saberse?

—¡Por qué va a ser! ¡Por la campaña de excavaciones en la Virgen Soterraña! ¡Es fantástico! —exclama, como si fuese algo evidente.

Johanna no disimula su estupor.

—Gracias, Guillaume. La verdad es que usted es uno de los pocos que se alegra. Estoy agradablemente sorprendida —añade, dedicándole la mejor de sus sonrisas.

—Ah, sí, estoy al corriente —contesta Kelenn—, en particular respecto a Fenoy, del que no se tiene ninguna noticia, por cierto... En cualquier caso, Brard no lo ha visto. Su ayudante ha desertado sin más.

Es una grata información para Johanna, que se siente cada vez mejor.

—Eso no debe afectarla. Podrá prescindir perfectamente de él —prosigue Guillaume, haciendo unos gestos que muestran su grado de afinidad con el ayudante de Johanna—. Es absolutamente maravilloso, unas excavaciones en el santuario más secreto de la abadía... La envidio, ¿sabe? ¡Me encantaría estar ahí! Si quiere, podría sustituir a Fenoy.

Johanna está tan atónita como tranquilizada. Por lo menos hay alguien que no vilipendia sus excavaciones.

—Me temo que es imposible —le contesta con voz melosa—, pero no tendré ningún inconveniente en permitirle visitar con regularidad los trabajos arqueológicos y en comentarlos con usted.

—Gracias —dice él, acercándose para estrecharle la mano—. Es un detalle encantador por su parte. Oiga Johanna, ¿no le parece que ya va siendo hora de que nos tuteemos?

Capítulo 17

El mes de mayo ha llegado tendiendo puentes que Johanna no cruzará. Prefiere quedarse en su isla, al fondo de la cripta, donde la primavera no penetra jamás. En los muros exteriores de la abadía, el sol parece haberse abatido sobre las piedras cubiertas de un líquen amarillo. Sus rayos, sin embargo, no son incandescentes, y las noches continúan estando bajo el imperio helado del aquilón. Junto con los brotes de las plantas han aparecido los autocares de turistas, quienes, con la misma regularidad que la marea, se esparcen por las tiendas de camisetas y de imágenes fluorescentes de san Miguel: las viejas piedras atraen el plástico. Tan solo una tercera parte de los visitantes siente la suficiente curiosidad para subir hasta la abadía. No es el flujo humano del verano, pero el pueblo y la iglesia abacial ya han cambiado de aspecto, al menos durante el día, y ese aspecto lleno de gente desagrada a Johanna. Afortunadamente, por la noche la montaña parece lavada por los elementos, encerrada en una coraza negra azotada por el viento que logra protegerla de la multitud y ocultarle a esta los misterios de su corazón, la Virgen Soterraña, cerrada a los visitantes, envuelta en tinieblas desde hace más de nueve siglos, se muestra esquiva a los arqueólogos, y las excavaciones de que es objeto desde hace tres semanas, bajo potentes focos, no han revelado nada del secreto guardado por fray Román. Pese a las plegarias profanas aunque apasionadas de Johanna, el monje decapitado no ha aparecido. En cambio, Patrick Fenoy regresó hace una semana, y esa noche, en la casa de los arqueólogos, unos días antes del puente del 8 de

mayo Johanna regala a la comunidad una caja de vino de Bourgueil y a Jacques una ancestral botella de calvados, pues ha perdido su apuesta con él. Están todos reunidos en el salón-comedor para cenar.

—¡Ah, muchas gracias! —exclama Jacques, mirando la etiqueta y haciéndole después un guiño—. Voy a probarlo como aperitivo... ¿Alguien se apunta?

Todos hacen una mueca de asco. Patrick no se toma la molestia de responder. Permanece como está desde su regreso: sombrío y taciturno. Sébastien, Jacques, Florence y Dimitri creen que el combate mantenido durante su ausencia lo ha agotado; Johanna teme que esté tramando una mala jugada. Porque, durante su deserción, Patrick no ha escatimado esfuerzos para conseguir que anulen el decreto de autorización de excavaciones en la cripta. Fue a París, a casa de Roger Calfon y al ministerio, y armó un escándalo en el servicio que dirige François y luego en el despacho del propio François. En vano. François llamó a Johanna: iba a tener que excavar con un enemigo, pero lo más importante seguía siendo que pudiera excavar. Sin embargo, la vuelta de su ayudante sufrió un retraso de varios días, ya que la esposa de Roger Calfon sucumbió al cáncer que padecía. François representó al ministro en el entierro. Brard estuvo dudando, pero acabó por ir a las exequias de aquella mujer a la que nunca había visto, no tanto por la difunta o su destrozado esposo como para ejecutar una maniobra diplomática: manifestar, mediante su presencia, su apoyo a Calfon y a Fenoy, dirigir unas palabras de adhesión a François a fin de descargar la atmósfera, y traer de vuelta al Monte al ayudante de Johanna.

En la casa de los arqueólogos, Patrick encontró un ambiente cargado, incluso hostil; el equipo no le perdonaba que hubiese intentado sabotear los nuevos trabajos. Johanna se había preparado para un enfrentamiento y lo esperaba imperturbable. Pero la actitud de Fenoy ha desconcertado a todo el mundo: habitualmente jactancioso, aleccionador y agresivo, se muestra ahora reservado, encerrado en sí mismo, huraño y silencioso. Evita toda confrontación, en particular con Johanna, y no hace ningún comentario al ver las excavaciones en la cripta. Johanna no baja la guardia y desconfía de él, pero los demás se abandonan a un buen humor primaveral y al ligero

Bourgueil, del que han descorchado algunas botellas a guisa de aperitivo.

—Yo creo que los sondeos que estamos haciendo en los muros son demasiado imprecisos —afirma Sébastien, sirviendo vino—. Si hay una cavidad secreta practicada detrás, seguro que hemos pasado por al lado.

—Lo dudo —replica Johanna—, aunque es verdad que he visto sondeos más radicales. En cualquier caso, es para no estropear la mampostería. No podemos permitirnos perforar todas las juntas y convertir la pared en un queso emmenthal... No olvidéis que cada piedra tocada o desplazada debe serlo con tal meticulosidad que pueda recuperar su apariencia anterior a las excavaciones. Además, hacer unos sondeos más precisos llevaría demasiado tiempo, un tiempo del que no disponemos.

—De todas formas, en la cripta no puede haber miles de sitios para esconder un cofre, un relicario, un joyero... —constata Florence.

—O un cadáver metido en una o varias sepulturas clandestinas —completa Johanna, pensando en la cabeza y el cuerpo separados del espectro.

—¿Un cadáver? —se extraña Jacques, dejando sobre la mesa su copa de calvados—. Pero ¿qué quieres que hagamos con un cadáver? ¡No estamos en el emplazamiento de la antigua capilla de San Martín, Jo, ni en Cluny! El sepulcro que había que descubrir lo encontró Paul, y Román no habría hecho todo eso para proteger unos pobres restos. A no ser que ese esqueleto sea sagrado, claro..., sagrado para él..., o vergonzoso... Tal vez la osamenta de un feto o de un recién nacido, el fruto de sus amores clandestinos con Moira, o los restos calcinados de la propia Moira, ¡quién sabe!

—¿Y qué me decís de la osamenta de san Miguel en persona, con armadura, capa, espada, escudo, fósil de dragón y balanza incluidos? —bromea Sébastien.

—¡Tonterías! —grita Dimitri, que empieza a estar achispado—. Os digo que no encontraremos nada, absolutamente nada, porque es una novela, y a una novela no se le pide que se ajuste a la realidad.

—No, pero toda ficción se basa en la realidad para reinventarla —objeta Johanna.

—Pues en mi opinión —dice Jacques—, la pura y simple realidad es que Moira era una campesina de la que fray Román abusó..., eso debía de

sucedier con más frecuencia de lo que creemos..., la dejó embarazada, murió al dar a luz, o quizá se mató por despecho o por vergüenza, y el indigno monje, que vivía en el momento de la construcción de la gran iglesia abacial pero no era su constructor, fue expulsado del Monte a modo de castigo y, recluido en Cluny, se inventó esa historia rocambolesca para limpiar su conciencia llena de pecados.

—¿Por qué tienes siempre que ensuciar lo que es puro y hacer triviales y repugnantes las cosas bellas? —se rebela Dimitri.

—¿Y qué te parece la sugerencia de Guillaume de sondear el suelo porque podría haber una gruta subterránea? —pregunta Florence a Johanna para neutralizar la discusión que se avecina.

Al oír mencionar a Kelenn, la mirada sombría de Patrick se ilumina. El guía-conferenciante es su nueva bestia negra: a su vuelta, encontró al joven en la cripta observando y comentando lo que hacían o dejaban de hacer los arqueólogos, echándoles una mano si era necesario. Guillaume ha tomado la costumbre de pasar sus ratos libres colaborando en esas excavaciones que le apasionan.

Al principio, Johanna lo miraba con indiferencia, pero los conocimientos de Kelenn sobre la abadía y la Virgen Soterraña son tan profundos que Johanna permite su presencia, con la esperanza de recoger alguna información insignificante para Guillaume y fundamental para ella. Además, no carece de sentido del humor, y esa cualidad hace que sea aceptado por el resto del equipo. Poco a poco, Johanna ha ido tomando aprecio a ese chico que se muestra brillante y generoso, y disfruta en su compañía. No obstante, no le ha pasado por alto que Guillaume no manifestó nunca ningún interés por las excavaciones anteriores. Ella atribuye la fascinación de Kelenn por el edificio carolingio a su obsesión por sus antepasados celtas, que en el neolítico erigieron allí un dolmen. Patrick tiene demasiada conciencia de su propio valor para pensar que el guía-conferenciante pretende sustituirlo. Lo que ocurre es que su espíritu corporativista se siente ofendido por la presencia de un extraño, un vulgar aficionado, un profano en arqueología, que se inmiscuye en el trabajo de profesionales rigurosamente escogidos y altamente especializados.

—Creo que debemos explorar el camino de una cavidad subterránea, aunque esa hipótesis me parece poco probable a causa de la roca —responde Johanna.

—¿Poco probable? ¡Ridículo, eso es lo que es! —grita de pronto Patrick, que no puede contenerse pese a su decisión de hacerlo—. ¿Por qué y cómo iban a excavar una gruta en medio de la roca, en el siglo XI o en cualquier momento anterior? ¿Os imagináis el trabajo que eso representa, con las herramientas de la época y sin dinamita? Ese principiante os llena la cabeza de ideas pueriles que os hacen olvidar el sentido de vuestro oficio. Si hay algo que descubrir, no es otra cosa que las fantasías delirantes de una adolescente retrasada. El manuscrito de Cluny, aunque sea auténtico, no tiene ningún interés arqueológico, pero, en fin, puesto que de todas formas nos pagan para eso y no nos dan elección, supongamos que sí... Resumiendo, si hay algo, para todo profesional digno de tal nombre sería evidente que está detrás de uno de los muros exteriores de la cripta, que puede encerrar un espacio secreto, una estancia oculta o un corredor, por ejemplo, construido cuando edificaron la iglesia, o cuando la transformaron en cripta de sostenimiento de la nave, o incluso cuando levantaron los edificios conventuales alrededor de la Virgen Soterraña. La finalidad habría sido esconder allí un tesoro o permitir a los monjes escapar de la fortaleza en caso de peligro. Ese tipo de construcción paralela era muy corriente en la Edad Media, ¿debo recordároslo, como os recuerdo que esta abadía posee pasajes secretos que hemos visto?

Entre el pequeño equipo se hace el silencio. Todos saben que, en parte, Patrick tiene razón, pero esperan la reacción de «la adolescente retrasada». Curiosamente, esta parece mantener la calma.

—En efecto, era un procedimiento tan corriente —dice Johanna mirando su copa de vino tinto— que precisamente por eso hemos empezado sondeando los muros sur, norte y este. Es inútil perforar el muro oeste, ya que da al vacío y a la escalera románica. La hipótesis más verosímil es la de un lugar secreto que se encuentra oculto detrás de una muralla, todos estamos de acuerdo en eso. Pero tenemos un problema: los sondeos no nos han proporcionado ninguna información, por una parte, como decía antes, porque

no podemos hacerlos como deberíamos para no dañar el edificio, y por otra, porque detrás del primer muro carolingio hay un segundo muro más antiguo, que data del siglo VIII y de la fundación de la montaña: el del oratorio de Auberto, que probablemente rodea la cripta. Eso todo el mundo lo sabe desde hace tiempo; es más, Froidevaux encontró un trozo detrás del altar de la Santísima Trinidad cuando restauró la Virgen Soterraña. Resumiendo, es evidente que, si hay una habitación o un pasadizo secreto, estará bien al otro lado de ese segundo muro, bien entre las piedras carolingias y las piedras de Auberto, y ese corredor podría datar de mucho antes de la construcción de la abadía románica. El dilema es: ¿cómo acceder a él sin derribar el santuario? Si fray Román no quería de ninguna manera que los constructores de la gran iglesia abacial derribaran esta, eso significa que, para desentrañar el secreto, hay que destruir el santuario.

—Ahora que lo dices, parece incuestionable —la interrumpe Florence, aliviada de que Johanna no responda a los ataques personales de su ayudante—. Pero ¿cómo vamos a arreglárnoslas? No podemos dañar ese lugar. Brard no nos lo permitirá, y las asociaciones de protección del paraje tampoco. Nos arriesgamos a tener serios problemas.

—Estoy pensándolo —responde Johanna—. Me paso día y noche dándole vueltas —añade, suspirando—. Y quiero exponeros una idea que se me ha ocurrido: si lo que buscamos existe, tiene que estar forzosamente en el coro o junto a él. Los coros, debería decir, puesto que la cripta tiene dos. Un tesoro debe estar junto al sanctasanctorum, no en la nave, con los peregrinos. En consecuencia, hacia ahí debemos orientar nuestra búsqueda. Mañana empezaremos a retirar, una a una, las piedras del lienzo de pared de Auberto que Froidevaux dejó libre detrás del altar de la Trinidad, para ver qué hay al otro lado. Con suerte, encontraremos un pasillo que rodea la cripta y no tendremos necesidad de tocar las otras paredes. Si no, entonces, sintiéndolo mucho, habrá que plantearse desmontar una muralla, la que se encuentra detrás del altar de la Virgen, por ejemplo..., o pensar que la idea de Guillaume Kelenn no es tan descabellada.

—Johanna —interviene Dimitri—, Froidevaux embaldosó totalmente el suelo de piedra. ¡Habrá que romperlo todo, será una carnicería!

—Todavía no hemos llegado ahí, Mitia —replica ella, vaciando la copa—. Primero, el muro ciclópeo de Auberto; después, ya veremos.

Patrick se enfurruña. Pasan a la mesa hablando de otras cosas. Jacques echa un poco de calvados al asado de cerdo con manzanas que ha preparado y aprovecha para tomarse la tercera copa en la cocina. Es una cena alegre y regada con más vino del habitual. Al llegar a los quesos, Dimitri dice sonrojándose que es su cumpleaños —treinta y uno cumple— y lo felicitan al tiempo que le reprochan no haberlo dicho antes. Florence improvisa un gratinado de plátanos sobre el que Johanna coloca una gran vela blanca, con lo que acaba pareciendo una lámpara de barco de pesca perdida entre rocas carbonizadas. Dimitri contiene unas lágrimas ante su gratinado de cumpleaños y, desatada la lengua por la emoción, da las gracias calurosamente, aunque está demasiado ebrio para darse cuenta de que mezcla palabras rusas en su discurso. Después se refugia en su cuarto para llorar a gusto. Mientras dan buena cuenta entre todos de la botella de calvados de Jacques, que también colabora, Florence cuenta que a Dimitri acaba de dejarlo su novio. Sébastien pone los ojos en blanco al enterarse de que su compañero es homosexual.

—¿Y qué más da? —masculla Jacques, arrastrando las palabras—. Hombre o mujer, homosexual o heterosexual, el amor no es más que la banal fachada de la soledad.

—Claro, y tú te has cargado el escaparate para dejar la mercancía al aire libre —replica Flo.

—Exacto —dice él—. Yo he roto el cristal deformante. Cien kilos de piltrafa solitaria con la etiqueta «solterón», y lo asumo.

—Qué remedio —interviene Sébastien—. Ya nos conocemos la cantinela. Lo asumes por obligación, porque nadie quiere la mercancía.

—¿Qué creéis, que no soy capaz de seducir? —replica, levantándose—. Si os contara mi vida, no saldríais de vuestro asombro.

—Deja tus aventuras de Casanova para otros —replica Sébastien, muerto de risa—. Te creemos, no te preocupes.

—¡Maldito mocoso! —lo insulta Jacques, tratando de agarrarlo por la camisa—. Te vas a enterar.

—¡Calma! —exclama Johanna—. Muy bien, habéis conseguido bajar al nivel de jardín de infancia.

Jacques lanza una mirada asesina a Sébastien, apura su copa y farfulla que va a tomar el aire. La puerta se cierra ruidosamente. Patrick, que ha asistido a la escena en silencio, esboza una sonrisa altanera y sube a acostarse. Sébastien ayuda a las dos mujeres a quitar la mesa refunfuñando.

—No hemos sido nada amables con Jacques —constata Florence mirando a Sébastien—, y es un buen tipo. El pobre..., estoy casi segura de que no ha tocado a una mujer en su vida; ve historias de sexo en todas partes, ¡menuda manera más simple de interpretar el relato de fray Román hace un rato! Anda necesitado, se nota por la forma que tiene de mirar a las mujeres, de soslayo, ¿eh, Jo?

—Como tú misma has dicho, es un buen tipo —la corta Johanna—. Las piedras las mira directamente a la cara, y para mí eso es todo lo que cuenta. Lo demás no me interesa.

—Aunque solo sea por una vez, deja de hacer de jefa. En la vida hay algo más que el trabajo —bromea Sébastien.

—No lo entiendes, Séb —objeta Florence—, Johanna no quiere despotricar de los demás porque no le gustaría que chismorreáramos sobre sus asuntos amorosos. Pero ¿sabes, Jo?, pese a todas tus precauciones, ya no es un secreto para nadie. Y debo decir que te envidio: Simón Le Meur es guapísimo, parece un príncipe. ¡Qué prestancia! ¡Y qué ramos de flores! A mí no me han regalado nunca uno así.

Johanna está a punto de soltar la pila de platos que tiene en las manos para abofetear a Florence. Esta última se da cuenta de que ha metido la pata. Johanna deja con calma el cargamento sobre el lavavajillas.

—Simón Le Meur se ha acabado —contesta con voz lúgubre, como si estuviera muerta—. Mira por dónde, tu información no estaba al día, Florence. Ahora sí lo está. Buenas noches.

Johanna deja plantados a Florence y a Sébastien y se retira a su habitación.

Antes no había dado rienda suelta a su cólera y lo hace ahora, por dentro. Román y Moira acostándose juntos..., ¡qué vulgaridad! Para calmarse, piensa

en su viejo sueño, su deseo imposible de excavar sola. Piensa en ello cada vez más a menudo. De hecho, desde que han empezado los trabajos en la cripta, soporta muy mal la presencia de sus colegas. ¡Ojalá desaparecieran todos! Para ella, el único que se salva es Guillaume Kelenn. Hay entre los dos una complicidad insólita y misteriosa que no es atracción amorosa, y todavía menos física, ni siquiera amistosa... Es otra cosa, un vínculo externo: sin duda su pasión común por la cripta, su receptividad a sus ondas telúricas — que los demás perciben con expresión de hastío—, su ardiente interés por las excavaciones, aunque con un propósito diferente. Johanna no le ha dicho a Guillaume nada de su objetivo secreto, de modo que el joven, como todo el mundo, lo desconoce. La lectura del manuscrito de Román le ha impresionado, sobre todo la historia de Moira, una celta, quizá una de sus antepasadas. Johanna cree que lo que Guillaume espera encontrar en la cripta son los vestigios del antiguo dolmen, o el alma de Moira, el alma de su propio pasado, un pasado —real o imaginado— que le obsesiona hasta el punto de impedirle vivir el presente. Al igual que Johanna, lo que persigue con tanto ardor es una parte de sí mismo. Al igual que Johanna, el verdadero sentido de sus indagaciones es inmaterial, personal, místico. Al igual que ella, lo que desea resolver es su enigma íntimo; lo que excava, su tierra interior. Sí, la similitud simbólica de su búsqueda es lo que ha creado esa complicidad instintiva entre Guillaume y ella, un entendimiento profundo pero tácito que sus inconscientes conectados han debido de comprender. En un arrebato de afecto fraterno —alentado por el alcohol—, Johanna siente deseos de telefonar a Guillaume para hacerle partícipe de sus reflexiones. Pero se echa atrás. Recuerda su decisión: debe permanecer sola en el camino. Se acuerda de la noche fatal con Simón, hace tres semanas, cuando desveló toda su historia y aquello provocó el fin de su relación. Se prohíbe sentir remordimientos. Durante una semana, Simón lo intentó todo para conseguir que lo perdonara, pero los ramos de flores que le envidia Florence exhalan para Johanna el repugnante olor de su error. No lamenta haber conocido a Simón, guarda recuerdos conmovedores de los momentos que han pasado juntos; en cambio, se reprocha haber confiado en él, haberse quedado en una situación de indefensión a sabiendas de que la consecuencia sería acabar

devorada. «Abandonarse a otros lleva indefectiblemente a que esos otros te abandonen a ti», piensa.

Ha sido ella quien lo ha dejado, es verdad, pero no ha hecho sino confirmar la reacción de rechazo de Simón. Ella le ha mostrado el alma y él ha escupido encima; no solo no la ha creído, sino que la ha insultado y casi la estrangula. Ha renegado de ella, así de simple.

Armada con esta relectura de la escena, Johanna ha arrojado teatralmente al mar, al caer la noche, las rosas rojas que le ha enviado Simón. Para que se canse, ha mantenido el móvil desconectado y ha hecho que su aliado Dimitri, el más discreto del equipo, filtre las llamadas al teléfono de la vivienda. En el Monte, no ha encaminado sus pasos a otro sitio que no sea su casa o la cripta a fin de no encontrárselo por las callejuelas, contando con la presencia de sus colegas —y el escaso gusto de Simón por el escándalo público— en caso de que se le ocurra aparecer. El fin de semana se ha ido a París, donde ha visto a Isabelle y a François. Ha tirado la carta que le ha mandado sin abrirla. El silencio y la huida son su armadura, y el orgullo viril de Simón el órgano en el que debe clavar la punta de su espada; ha apuntado bien, y al cabo de ocho días de tentativas tan incesantes como infructuosas para comunicarse con Johanna, Simón se ha ofendido y se ha refugiado en su orgullo. Las llamadas han cesado y no ha recibido más flores ni cartas. Solo tiene que seguir evitando entre semana la zona peligrosa donde vive Simón. De todas formas, el avance del mes de mayo, sus puentes y el inicio de la temporada alta la separarán definitivamente de él, pues Simón tendrá que marcharse de la montaña para atender su tienda, recluida detrás de las murallas de Saint-Malo.

A la mañana siguiente, apaciguados por la resaca, los miembros del equipo se reúnen en torno a la mesa del desayuno. Dimitri tiene la cara congestionada, como si se hubiera pegado con alguien; las lágrimas rusas tienen la fuerza de un puñetazo. Sébastien y Florence, mudos frente a Johanna, escrutan su tazón como si esperaran encontrar dentro el tesoro de la cripta. Patrick, atrincherado en su nuevo yo, permanece impassible y silencioso ante las tostadas. A las ocho y media, Johanna empieza a preocuparse por la ausencia de Jacques, a quien nadie ha oído entrar en casa.

—Debió de hacer un recorrido por los bares —deduce Sébastien sin alterarse— y acabar demasiado borracho para atreverse a venir, teniendo en cuenta el jaleo que armó la última vez a las tres de la mañana y la bronca que le echaste. Debe de estar durmiendo la mona en un arroyo medieval.

De pronto llaman a la puerta.

—¡Ahí está! —exclama Sébastien.

Sobrecogida por un mal presentimiento, Johanna se levanta para abrir.

No es Jacques quien aparece en el umbral, sino Christian Brard, con un hermoso cielo de fondo y un policía a cada lado. Todos se levantan. Brard está muy pálido.

—Buenos días... Lo siento mucho, pero tengo que darles una mala noticia —dice—. Esta mañana, temprano, un empleado del servicio de limpieza ha encontrado a nuestro amigo Jacques... al final de la rampa del potro. Desgraciadamente... está muerto.

Sébastien se queda lívido, Patrick suelta la cuchara, Dimitri se tapa la boca con las manos y Florence deja escapar un grito.

—Es increíble... y terrible —resume Johanna—. ¿Qué le ha pasado?

—Eso, ustedes nos ayudarán a averiguarlo —responde el oficial de policía, que, al igual que muchos eminentes colegas suyos, tiene un curioso acento y un bigote impresionante—. Por el momento, todo lo que podemos decir es que cayó por la abertura practicada junto al potro..., una caída de treinta y cinco metros por el aire hasta que el desdichado se estrelló contra el suelo. No resulta agradable verlo...

—¿Cuándo lo vieron por última vez? —pregunta Brard en un tono de policía.

Johanna relata brevemente los acontecimientos de la noche anterior.

—Mmm... A primera vista, la ebriedad podría demostrar la tesis de un accidente —concluye el policía, atusándose el bigote—. Sabremos más cuando el inspector y el forense lo hayan visto..., y todavía más después de la autopsia. Ustedes no se muevan de aquí —dice, dirigiéndose a todos—. La policía judicial querrá interrogarlos.

—¿La autopsia? ¿La... policía judicial? —murmura Florence, espantada.

—Así es, señorita —confirma el policía—. Ha caído, tal vez por

accidente o tal vez voluntariamente, pero también es posible que alguien lo haya empujado.

—Johanna —le dice Brard en un aparte—, cuento con usted para avisar a la familia.

Mujer e hijos, el pobre Jacques no tenía, eso Johanna lo sabe de sobra. Busca entre las cosas del arqueólogo y encuentra una pequeña libreta de direcciones roja donde unas pocas personas tienen el privilegio de figurar. Identifica a los padres de Jacques, que viven en París, pero no tiene valor para llamarlos. Se inclina por su hermana, que vive en Estrasburgo.

La hermana promete estar allí esa misma noche y avisar a sus padres. Johanna cuelga y se reúne con los otros. Están abatidos, pero no olvidan perderse en conjeturas: el potro está junto al lugar donde estaban excavando, Jacques fue por alguna razón, quizá para dormir allí, se asomó por encima de la barrera que protege mal el acceso a la gran abertura, se recostó para mirar las estrellas —sí, había muchas la noche anterior— y, dado su estado de embriaguez, cayó... Fue una caída mortal, claro... ¡Oh, pobre, pobre Jacques, era un hombre tan dulce, tan cordial, tan competente, tan admirable, lo querían todos tanto! Johanna no puede soportar esas expansiones morbosas y sale a la calle. Recuerda el pensamiento que formuló la noche anterior de verse libre de sus colegas y excavar sola en la cripta. Se siente fatal. Tiene que respirar, que reflexionar, que tomar el aire, como Jacques anoche... ¡El aire! La palabra la azota como un latigazo, y más allá de la palabra, la idea, la idea aterradora. Jacques ha muerto al caer por el aire, como el monje de su sueño infantil, al que vio colgado..., y Moira, hace casi mil años, que se balanceaba bajo el cielo del Monte cuando la sometieron al primer suplicio...

«¿Es posible que no sea una coincidencia? —se pregunta—. Sería horrible, ya que implicaría que Jacques ha sido víctima de un asesinato y que alguien, un loco, un demente, lo ha matado siguiendo el modelo de tiempos pasados. Sin embargo, Jacques no vio al monje decapitado... No, pero el arqueólogo estaba sondeando la cripta. Es eso, alguien reproduce la trama criminal de que antaño fueron víctimas, tal como se cuenta en el cuaderno de dom Larose, los que excavan en la Virgen Soterraña. Entonces, ¡todo el equipo está en peligro!»

Johanna se echa a temblar en mitad de la escalera que sube hacia la iglesia abacial, con la mirada perdida en una lontananza más alejada que la del mar, cuyas olas retroceden.

«El mar..., el agua, el segundo suplicio... —piensa—. ¿Y si las advertencias escritas en el costumario que leyó dom Larose estuvieran fundadas? ¿Y si la cripta estuviera maldita... y el espectro fuese un espíritu maléfico, tal como creían algunos monjes y Simón? ¡No, no! ¡Están equivocados! Piensa, Johanna, piensa: el asesino tiene que ser forzosamente el que robó el famoso cuaderno. O el que lo tiene en su poder. Es él el espíritu malsano y peligroso, que ha usado lo que ha leído en la libreta para matar a Jacques, pero esto no tiene nada que ver ni con los cuatro elementos que inspiraron los suplicios de Moira, ni con el manuscrito de fray Román, y todavía menos con un carácter "diabólico" del monje sin cabeza..., es obra de un psicópata, sin duda, pero ese hombre, o esa mujer, es un contemporáneo, un ser de carne y hueso.»

Mientras medita, ha reanudado la marcha hacia la abadía. No se fija en el camino que sigue y al cabo de un momento se encuentra a unos metros de la rampa de acceso al potro. El espectáculo que tiene ante los ojos es surrealista: una furgoneta de la policía, un coche de bomberos y una ambulancia llenan la estrecha calzada. Los uniformes correspondientes van de aquí para allá, ocultándole a medias una forma gris, cubierta con una manta, que yace al pie de la impresionante cuesta. Bordeada de rocas y de matorrales anárquicos, la pendiente construida en piedra por la mano del hombre parece la rampa de lanzamiento de un misil: arriba de todo, desemboca en la fachada sur de la abadía, y se interrumpe en la cima de una abertura practicada entre dos grandes arcadas en el siglo XIX, en la época de la prisión estatal, para albergar el potro. Johanna baja la mirada hacia la zona de lanzamiento y de repente se siente en otro mundo, el de una realidad que no conoce. Se acerca. Nadie le presta atención. Unos camilleros depositan la voluminosa silueta gris sobre una camilla. La levantan, pero han calculado mal el peso de su carga, y esta resbala y cae al suelo, boca arriba, medio destapada. Johanna jamás habría podido imaginar lo que ve entonces por espacio de dos segundos, el tiempo que los enfermeros tardan en reparar su torpeza. Es el

cadáver de un hombre al que no habría reconocido. La ropa que cubre sus gruesos miembros destrozados quizá... Pero el rostro... No tiene rostro: una papilla oscura lo cubre por completo, un magma de sangre, huesos y carne desmenuzada, un maquillaje atroz que le ha aplastado la nariz, los ojos, la boca, el maquillaje de la insostenible realidad, que ninguna quimera pueda conjurar. Johanna se vuelve de espaldas y vomita en medio de la calle.

En una nebulosa, le parece distinguir las facciones finas de Christian Brard; después cae en un agujero negro que se ha abierto a sus pies.

Se despierta una hora más tarde, en su cama, con Florence a su lado. Tiene la boca pastosa y nota un sabor acre.

—Hola —dice Fio—. Me alegro de que estés de vuelta, Jo... Te desmayaste y unos enfermeros te trajeron.

—Me acuerdo, era... monstruoso, indescriptible.

—Sí, lo sé... Pero prefiero que no me cuentes nada.

—Florence, por favor, tráeme un litro de café.

—Deberías comer algo.

—No, no quiero nada.

—De acuerdo, voy a preparártelo. Por cierto, un inspector está interrogando a Patrick.

Johanna se sienta en la cama y la atroz escena se apodera de su mente. No, aquello no era una obra de teatro, no era una película, era la realidad... Es la realidad. Jacques, pobre Jacques. Finalmente puede llorar. A través de sus sollozos, se da cuenta de que la teoría según la cual su subordinado ha sido asesinado por el ladrón del cuaderno de dom Larose es absurda, irracional..., la elucubración de una mente novelesca que no da la talla ante el cadáver de Jacques. Esa visión la ha devuelto a tierra firme, en una súbita caída que, en su caso, no es mortal. Es preciso que deje de mirarlo todo a través del prisma legendario de Román y de su historia del monje decapitado; la realidad de los demás humanos es diferente. Y sin duda esa realidad es la que ha matado a Jacques, es decir, su desesperación por estar solo, la amargura, el peso de vivir, que él intentaba aligerar bebiendo..., sí, su embriaguez es lo que ha provocado el suicidio o el accidente, que en el caso de Jacques tal vez eran lo mismo.

Durante todo el día, la policía interroga a los miembros del equipo y a la dirección montesina de Monumentos Históricos. El cuerpo de Jacques ha sido trasladado a Saint-Lô, donde el médico forense debe practicarle la autopsia. La velada en casa de los arqueólogos es un velatorio sin cadáver; algunos lugareños, por curiosidad o por compasión, van a dar el pésame a la familia profesional de Jacques. La presencia de Guillaume Kelell reconforta a Johanna y hace que Patrick se vaya a su habitación; el ayudante no ha abandonado su habitual actitud taciturna.

A la mañana siguiente se reanudan las excavaciones en la Virgen Soterraña, pero nadie excava. Dimitri llora en un rincón, Patrick está apático, Sébastien y Florence mantienen un conciliábulo bebiendo café de un termo. Johanna observa el altar de la Santísima Trinidad y el lienzo de pared de Auberto descubierto por Froidevaux, detrás del pedestal. Se pregunta si oculta una estancia secreta donde yacen separados el cráneo y el esqueleto de su monje. Está impaciente por retirar una a una las piedras toscamente colocadas de la muralla, pero, en vista del ambiente que reina en el seno del equipo, no se atreve. Una religiosa de las hermandades de Jerusalén pone fin a su postración. A mediodía, una silueta que se diría envuelta en un sudario blanco va a proponerles que recen con ellos por el alma de su amigo y que asistan a la misa mayor en la iglesia. Con excepción de Dimitri, todos son ateos, agnósticos en el mejor de los casos, pero aceptan con alivio. Toman asiento junto al coro gótico flamígero, en unos bancos, entre una multitud de turistas y de peregrinos provistos de venera y bastón, como en la Edad Media. Johanna alza los ojos hacia el azul evanescente que forma una aureola celeste alrededor de las vidrieras, creando una atmósfera casi sobrenatural. Piensa en el coro románico que se derrumbó sobre los benedictinos en 1421, durante la guerra de los Cien Años, en el caballero que poco después vio al monje decapitado en la cripta, en su cadáver, en su boca y su garganta llenas de tierra... Se obliga a apartar esos pensamientos y se concentra en el oficio de los hermanos y las hermanas blancos. Se sorprende dirigiendo una plegaria silenciosa a san Miguel para pedirle que acompañe al alma de Jacques hasta el cielo. El cielo está allí, delante de ella, asciende en bandadas de piedras gráciles, en líneas finas y majestuosas que dan una irresistible sensación de

elevación, de verticalidad piadosa. Un zumbido arranca a Johanna de su arquitectónica oración: unos turistas con bermudas, cámara de fotos colgada al cuello y auriculares pegados a las orejas, revolotean en torno a los fieles como grandes abejas curiosas. El murmullo de sus aparatos comentando la visita de la iglesia llega a cubrir la voz del oficiante. Acostumbrados a este ultraje cotidiano, los monjes y las monjas continúan cantando como si tal cosa.

Johanna hace un esfuerzo para concentrarse en el sermón del sacerdote. Observa la cruz que cuelga como un péndulo sobre las vestiduras inmaculadas. Poco a poco, ve que un sayal y un escapulario sustituyen la toga clara y que el hábito se cubre de tinieblas. De pronto, el oficiante ya no tiene cabeza. Después aparece la del padre Placide, con el semblante arrugado y descarnado, y repite tres veces: «¿Hay alguien para responder a mi misa?», y Johanna responde muy bajito: «*Ad accedendum ad caelum, terram fodere oportet*». Un codazo de Florence le hace abrir los ojos. Cuando levanta la mirada, el sacerdote de blanco, con los brazos levantados hacia el cielo, está entonando el Padre Nuestro. Mira a su alrededor: los arqueólogos, de pie, recitan la oración con una fe inédita. Johanna se levanta, pero a duras penas se mantiene en posición vertical. Por suerte, aparte de Florence, nadie parece haber reparado en su adormilamiento. La misa termina. Johanna se precipita al exterior, a la terraza. El cielo no acaba de decidirse entre el azul y el gris tirando a negro: desgarrada por franjas oscuras, la sofocante bóveda descende sobre la cabeza de la joven como la lápida de una tumba de granito. Johanna da la tarde libre a su equipo. Necesita estar sola para recuperarse. Cierra tras de sí la puerta de la Virgen Soterraña. Retira del altar de la Santísima Trinidad los instrumentos de sondeo dejados negligentemente sobre él. Enciende unos cirios y apaga todas las luces eléctricas. Flota en el ambiente una extraña emoción: las piedras blancas de la cripta son atravesadas por sombras que parecen mucho más antiguas que la llama de las velas que hoy las hacen nacer. Johanna roza con la mano sus inestables contornos. Quiere ver las huellas de otra mano bajo la suya..., unos dedos afilados y negros como las patas de una araña paseándose sobre su piel. Apoya la frente en las piedras embrujadas, luego acerca la boca. Siente

palpitar el corazón de los muros. Recoge su memoria y sus recuerdos afligidos se deslizan por sus mejillas.

—Román... —susurra—, si te libero, te irás de aquí... Te reunirás con Moira y me abandonarás tú también... ¡Hace tanto tiempo que me acompañas! A medida que me acerco a ti, cada vez temo más que te alejes. Ya lo ves, te necesito... Los dos somos como esta cripta..., dobles y gemelos. Me has dado mucho de ti mismo: el amor por tu arte, el diálogo incesante con el pasado, más vivo que el presente, la soledad y el consuelo de las almas muertas... Pero me has condenado al silencio. No puedo hablarle de ti a nadie, a excepción de tu viejo cómplice, el padre Placide... Simón existía de verdad y tú me lo has quitado, pero sé que no tienes nada que ver en la muerte de Jacques. Ha muerto porque estaba solo consigo mismo, mientras que nosotros estamos solos el uno con el otro, nos mantenemos vivos... Dos vidas paralelas. Estamos muertos en el mundo, Román. Tú no tienes cielo y mi cielo eres tú. Lo sé, Román... Debo tenerte todavía más, debo abrazar tu cuerpo para que alcances la estrella que te espera desde hace casi mil años..., pero, entonces, ¿quién será mi astro?

Permanece largo rato pegada al muro que bordea el altar. Luego mira los bloques toscos e irregulares del oratorio de Auberto, el mismo Auberto cuyo cráneo perforado se exhibe en la iglesia de Saint-Gervais de Avranches. Está convencida de que la cabeza y el cuerpo que debe exhumar se encuentran detrás de esas piedras. Pero es imposible separarlas sin la ayuda de los demás. Los bloques son enormes, están superpuestos y pesan muchísimo. A media altura de la muralla hay una piedra impresionante que requiere incluso un torno elevador. Exhala un suspiro... ¡A Johanna le gustaría tanto descubrirlo, verlo, tocarlo sola! Paul ha desenterrado el manuscrito que le estaba destinado a ella, el padre Placide recibió un precioso cuaderno que no supo conservar..., pero ella ha conseguido reunir todos los indicios, y la liberación, el desenlace final le pertenece. Fenoy, Dimitri, Florence, Sébastien e incluso Guillaume no tienen nada que hacer de un esqueleto y una cabeza perdidos en el tiempo y las piedras; las angustias de esa alma infortunada no les conciernen en absoluto. Desgraciadamente, sus brazos deben inmiscuirse en esa historia íntima para que la mano de Johanna pueda

escribir en ella el final. Suspira de nuevo, palpando el muro de Auberto. El fundador de la montaña trató de imitar la roca natural, la gruta, como la del monte Gargano; ningún bloque está tallado, las sujeciones son mínimas. En el santuario circular, san Auberto y sus canónigos debían de tener la impresión de estar en el centro de una caverna, la morada de Dios, una cámara secreta y cerrada como un vientre. Johanna sopla para apagar los cirios, cierra la cripta y vuelve a casa. No encuentra a nadie salvo a Dimitri, que se aburre en el salón intentando leer.

—Simón Le Meur ha llamado —dice en un tono indiferente—. Se ha enterado de... de lo de Jacques y quería tener noticias tuyas. Por cierto, ¿alguna novedad sobre Jacques?

—No lo sé... Es verdad, voy a llamar a Brard ahora mismo.

El administrador le dice que espera los primeros resultados del forense por la noche y que la mantendrá informada. El entierro será dos días más tarde en París. Cree que sería conveniente interrumpir las excavaciones una semana y dar vacaciones a todos. Johanna desbarata la tentativa de Brard de acortar la duración de las excavaciones: acaba de conceder la tarde libre al equipo y el entierro de Jacques es la víspera del 8 de mayo, así que harán el puente, pero no más. No llama a Simón, pero se las arregla para convencer a François de que le dedique el fin de semana del 8 de mayo. Dadas las circunstancias, él no se hace de rogar... Cena a solas con Dimitri, a quien el drama no hace sino agudizar la depresión.

A las nueve de la noche, Brard va a informarla de que se trata de un accidente que tuvo lugar alrededor de las dos de la mañana: ningún rastro de lucha en el cuerpo de Jacques ni alrededor del potro, ninguna sustancia extraña en su organismo, aparte del asombroso índice de alcohol. Cayó solo, debido a la embriaguez y a la mala suerte. Ella lo presentía, pero se siente aliviada por la noticia. Abre el armario para ofrecerle una copa a su jefe y ve la botella de calvados que le regaló a Jacques y a la que le faltan tres cuartos. Se queda pálida, como si se tratara de un revólver y ella hubiera disparado con sus propias manos contra el arqueólogo.

Al día siguiente, el equipo, al que se ha unido Guillaume, empieza a trabajar con el muro de Auberto. Lentamente, con gestos precisos, separan las

piedras de arriba del lugar que ocupan desde el año 708. Ese granito no procede de las islas Chausey, sino que fue extraído del mismo Monte. Según la leyenda transcrita por los canónigos y más tarde por los benedictinos, Auberto fue finalmente al monte Tombe después de la tercera aparición del Arcángel y descubrió que el emplazamiento del futuro santuario había sido señalado por san Miguel, tal como el Ángel se lo había anunciado en sueños; un toro robado por un ladrón y escondido allí en espera de ser vendido aguardaba al obispo en el centro de un gran círculo dibujado por el rocío de la mañana, en el lugar donde se alzaban dos grandes piedras. Allí debía ser erigido el oratorio dedicado al primero de los ángeles. Allí lo erigió san Auberto.

Los historiadores y los arqueólogos creen que esas dos piedras, que fueron abatidas para aplanar el suelo, podían ser dos losas verticales de un antiguo dolmen en ruinas, y la huella circular, la del túmulo del monumento megalítico. Los celtas construían sus templos en lugares especiales, allí donde percibían el poder de la tierra; así pues, se admitió que la caverna — artificial— de Auberto había ocupado el sitio de un dolmen secularizado, al igual que la religión cristiana suplantó la fe celta. Las antiguas creencias fueron cristianizadas, pero los templos paganos fueron destruidos: del dolmen montesino no queda ningún rastro, pero las murallas de Auberto, al adaptarse a la forma exacta de aquel santuario precristiano, conservan una reminiscencia de aquel. En cuanto Patrick, Séb y la pequeña grúa han retirado las primeras piedras del muro de Auberto, Guillaume Kelenn se precipita con una linterna. Johanna le cierra el paso de un salto.

—¿Me permites? —dice en un tono agresivo—. ¡Ya mirarás después!

Kelenn retrocede, confuso. Con una sonrisa de satisfacción, Patrick coloca una escala delante del muro. Johanna, con el corazón a punto de estallarle, sube y pasa la linterna por la abertura que acaban de practicar: frente a ella ve la roca, muralla natural e infranqueable, idéntica al muro de roca construido por Auberto. Ningún pasadizo secreto ni estancia oculta. Con todo, se dice que, más abajo, la roca pudo ser perforada unos centímetros cuadrados a fin de hacer un nicho suficientemente grande para albergar una cabeza humana y un cuerpo tendido. Se dobla en dos para tratar de ver algo

entre las piedras de Auberto y la roca, pero solo distingue un reducidísimo espacio, aparentemente sin ningún escondrijo. Se agarra a los bloques de granito para no llorar. ¿Dónde está Román entonces, si no está ahí? En la posición en la que se encuentra, siente que una arcada le sube a la garganta.

—¿Qué hay, Johanna, qué hay? ¿Ves algo? —preguntan febrilmente los otros.

Lentamente, baja la escalera. Se quita las gafas y se frota los ojos. Ellos creen que es el polvo lo que provoca las lágrimas de su jefa.

—Nada —dice esta con una voz inexpresiva—. Aparentemente, no hay nada. La pared de roca, eso es todo... Pero vamos a desmontar todo el lienzo de pared; hay que estar seguros. Vamos.

—¿Crees que es necesario? —interviene Dimitri—. Esta muralla es el vestigio más antiguo de toda la abadía, tiene casi mil trescientos años... Si no has visto nada, ¿por qué vamos a destruirla?

Ella le dirige una mirada glacial.

—Porque somos científicos —responde ella secamente—, y un científico no se conforma con un vistazo rápido para abandonar su tesis; necesita pruebas que la invaliden. Así que vamos a echar abajo ese muro para estar seguros de que no nos oculta nada. Y si es preciso, echaremos abajo todos los demás, uno por uno.

Dimitri baja los ojos con tristeza: Johanna está, pues, dispuesta a destruir la Virgen Soterraña... Ese descubrimiento lo deja estupefacto. Johanna, a la que admira, ha cambiado: ¡ella, que hablaba de las piedras de la cripta con tanta pasión, ahora quiere abatirlas! Tal vez la muerte de Jacques la ha afectado más de lo que aparenta..., o sus amores difuntos con el anticuario de Saint-Malo. Ella también debe de sentirse muy mal, como él, Dimitri, que a menudo tiene la sensación de respirar un olor a muerto a su alrededor.

El funeral de Jacques es discreto y breve. El único oficio religioso celebrado en memoria del arqueólogo ha sido la misa de las hermandades de Jerusalén, a la que asistió el equipo. Es incinerado en el crematorio de Péré-Lachaise y su padre se lleva las cenizas en una urna negra. Al finalizar, Dimitri regresa con Brard al Monte.

—No tengo nada más que hacer en París —dice Mitia—. Quiero volver al

que se ha convertido en mi pueblo.

Iba a pasar otro fin de semana solo, alentando su melancolía depresiva.

—Vente conmigo a Marsella —le propone Florence—. He quedado allí con unos amigos. Podremos bañarnos.

Mitia rechaza la oferta y da media vuelta para dirigirse al gran coche de Brard, aparcado en el bulevar de Ménilmontant. Sébastien hace una mueca elocuente mirando a los dos hombres, pero de su boca no sale ni una palabra. Johanna teme que Dimitri revele al administrador su intención de desmontar todas las piedras de la cripta, pero se obliga a dominar esa angustia. Patrick se despide con una cordialidad desacostumbrada en él antes de irse a su casa, en Montmartre, donde lo esperan su mujer y sus dos hijos. Sébastien toma el tren hasta Cergy, donde viven sus padres. Johanna va a la orilla izquierda en taxi.

En un soleado café de la plaza Saint-Sulpice, describe las exequias de Jacques a Isabelle. Su amiga manifiesta su compasión y le pregunta si ha vuelto a ver a Simón. Johanna responde que lo ha olvidado por completo y que se dispone a pasar tres días con François. Una hora más tarde, las dos mujeres se separan con una sensación extraña: por primera vez desde la época de estudiantes, y pese a la disimilitud de sus existencias, algo las separa realmente, algo que no pueden identificar con claridad. Johanna encuentra a Isa muy prosaica, materialista y superficial. Se ha aburrido en su compañía. Aun sin saber nada de los recientes descubrimientos de su amiga, Isabelle encuentra a Johanna exaltada y fría a la vez, distante de lo que habitualmente anima a los seres humanos, es decir, las relaciones amorosas. Johanna se dirige a su piso de la calle Henri-Barbusse para esperar allí a François. El apartamento le resulta desconocido. De repente se da cuenta de que desde hace años vive en un edificio situado en una calle que lleva el nombre de un famoso veterano de la guerra de 1914, un hombre de las trincheras que sobrevivió metido en una fosa, en la tierra, esperando morir para acceder al cielo liberador de sus sufrimientos. Dos horas más tarde, cuando François llama a la puerta, ese pensamiento continúa obsesionándola.

François le hace pensar en otra cosa llevándola a un suntuoso castillo de la región de Puisaye, al norte de Borgoña, en Prunoy, lejos de Cluny. La

construcción no es medieval, la habitación está decorada en estilo art-déco, la orquesta vespertina interpreta música barroca, la propietaria es una mujer tan encantadora como extravagante y no hay ninguna iglesia románica en las proximidades; en resumen, un exilio calculado y conseguido, que Johanna agradece a François. La joven se relaja y cierra provisionalmente la puerta de su cripta. Dan largos paseos por el parque, a orillas del lago, comen, beben excelentes vinos, evitan hablar del Monte y hacen el amor. Johanna percibe de nuevo el olor de la piel de François, el hechizo de su sudor, pero muy pronto se produce en ella un sutil fenómeno: se sorprende imaginando a Simón en el lugar de François, y el recuerdo de sus abrazos con el anticuario se yuxtapone a los abrazos presentes con el alto funcionario. La primera noche, se siente contrariada e intenta obligar a su cabeza a ceñirse a la realidad. Pero su cuerpo se rebela, se tensa y se vuelve reacio a las caricias de François. Así pues, acepta el subterfugio de su mente y se abandona a su memoria. Entonces su cabeza y su cuerpo se unen con placer a los besos de su amante.

El domingo a mediodía hay que dejar el castillo de los sueños tranquilos para ir al de las guerras soterradas. En el coche que se dirige a gran velocidad hacia París, suspira pensando en el lienzo de pared de Auberto que han desmontado del todo y tras el cual no han encontrado nada. Tendrá que decidir entre perforar primero los otros muros o el suelo de piedra.

François insiste en acompañarla hasta el Monte. Al principio, Johanna se irrita.

—Es para disfrutar un poco más de tu compañía —le dice con dulzura— y facilitarte la vida... No temas, te dejaré en el aparcamiento del dique, no tengo ningún interés en encontrarme con Brard por las callejas.

Ella se calma y le sonrío. Ese hombre sabe ser atento y transmitir seguridad. Como ha hecho un tiempo espléndido, François tiene la tez de color miel y en la nariz de Johanna han aparecido más pecas. La circulación es intensa hasta París, pero más tranquila desde allí hasta Normandía. Al pie de la montaña, estrecha largamente a François entre sus brazos. Él le dice que se alegra mucho de haberla reencontrado. Ella está emocionada, pero se decide a dejarlo marchar. Se siente triste, como si acabara de decirle adiós

para siempre a François. Todas las separaciones la dejan apesadumbrada, bien durante unos minutos o bien durante toda la vida. Mira el reloj: apenas las cinco de la tarde. Los demás no habrán vuelto todavía; podrá aprovechar sola esos últimos instantes de paz antes de la batalla del día siguiente contra las piedras de la cripta. Dimitri estará en casa, claro, paseando su aflicción entre las cuatro paredes, pero él no la molesta. Al contrario, el alma de Mitia, atormentada por la melancolía, la conmueve. Decide tener una charla con él, animarlo a hacer confidencias y escucharlo. Sí, debe intentar ayudarlo, vale la pena hacer un esfuerzo por ese chico, y hasta el momento ella no ha hecho ninguno.

En la montaña hace buen tiempo. Las riadas humanas avanzan en dirección contraria a la que sigue Johanna, hacia las cafeterías y los aparcamientos. Unos críos gritan, un tipo gordo la empuja con la barriga, tan voluminosa como la de una mujer embarazada. Se da de bruces con una señora mayor cargada con una bolsa de viaje. Finalmente, el cementerio y, más arriba, la bonita casa de granito gris con los postigos blancos.

Hace girar la llave en la cerradura y llama alegremente a Mida. No hay respuesta. Si ha salido, es señal de que está mejor. Entra en su habitación, deja la bolsa sobre la cama, abre la ventana de par en par, se despereza, decide darse un baño y tomar un té mientras espera el regreso de Dimitri. Pone un CD de tangos argentinos en el lector que está sobre su mesa de trabajo y baja a la cocina a calentar agua. Sube de nuevo con una tetera, una taza y unas galletas de mantequilla sobre una bandeja y lo deja encima de la mesa. Abre la puerta de su cuarto de baño privado, que comunica con su dormitorio... y se queda paralizada en el umbral.

La bañera ya está llena. Restos de espuma flotan alrededor de una forma desnuda y horriblemente delgada. Inmóvil pese a la música de Astor Piazzolla, Dimitri la mira con sus hermosos ojos fijos y aterrados. Su piel es de una blancura azulada y sus brazos esqueléticos cuelgan a ambos lados como dos ramas muertas. En el extremo de los brazos, sobre los azulejos, se extienden dos círculos oscuros, dos pequeños charcos helados: la sangre que ha fluido de las venas cortadas.

Capítulo 18

El entierro de Dimitri es más patético que el de Jacques, privilegio de los suicidas en plena juventud. Él era creyente, y la iglesia ortodoxa de Lille está llena de gente y del llanto de su madre, que no tiene más hijos. Pese a la autopsia, el forense ha devuelto el cuerpo en perfecto estado, con la salvedad de algunas cicatrices nuevas y las fatales marcas en las muñecas. Johanna y su equipo están consternados por el acto de Mitia. A la joven la corroen los remordimientos por haberlo dejado solo ese fin de semana. Christian Brard, que llevó al arqueólogo al Monte después del funeral de Jacques, se siente incómodo como puede estarlo la última persona que ha visto viva a otra, que ha hablado con ella de cosas banales, que después se ha callado sin sospechar que una palabra suplementaria quizá podría haber cambiado las cosas; pero el joven estaba taciturno y el administrador respetó ese silencio de duelo. François intenta tranquilizar a Johanna diciéndole que es imposible hacer nada contra ciertas pulsiones suicidas, que Dimitri había decidido acabar con su vida y que lo habría hecho de todas formas. Johanna sabe que si el destino quiere que salve a alguien no es ni a Jacques ni a Dimitri, pero está abrumada por la suerte brutal que la muerte ha infligido a esos dos seres. Sí, la muerte se abate a su alrededor y ella espera que haya actuado al azar. Aparte de la policía y Christian Brard, Johanna es la única que ha visto los dos cadáveres. En sus pesadillas, son uno solo, con el rostro sin facciones de Jacques y el cuerpo huesudo de Mitia. La arqueóloga se ha acostado después de cenar, ha cogido un somnífero de la mesilla de noche y se lo ha tomado con los ojos

cerrados, esos ojos que se vuelven continuamente hacia la puerta del cuarto de baño. Antes de que la policía la precintara, ella, en su fuero interno, ya había condenado la habitación. Nunca más podrá entrar ahí, y todavía menos darse un baño, so pena de que la asalten visiones infernales.

Ese funesto domingo se quedó largo rato en el umbral, petrificada por esa realidad que la superaba y de la que no tenía más remedio que tomar conciencia. No había posibilidad alguna de escapar a su fortaleza íntima, lo ineluctable estaba allí, blanco, frío, inmóvil como Mitia y su mirada atónita. No gritó, no lloró. Tuvo la sensación de ser un castillo de arena efímero y frágil, frente a una prisión de roca terrible e invencible; una delicada y sofisticada casa construida por un niño en la duna, que iba a derrumbarse bajo las pedradas de los guardianes de la realidad. Sin embargo, no se desmayó y, con calma, a paso regular como el péndulo de un reloj, bajó a telefonar a la policía. Al servicio médico de urgencias era inútil llamar. Incluso pensó en avisar a Christian Brard. Cuando, dos horas y media más tarde, Patrick llegó a la casa tomada por policías uniformados y de paisano, fue cuando se puso a temblar de la cabeza a los pies sin poder articular ningún sonido. Permaneció dos días en estado de choque en la cama, atendida por un médico y lo que quedaba del equipo: Patrick, Sébastien y Florence, más Guillaume. En su sueño artificial, Simón le hablaba sin parar y le suplicaba que despertara. Ella lo hacía y se encontraba en medio del cementerio; entonces las tumbas se abrían y los muertos se desprendían de su piel putrefacta en un striptease obsceno, para provocarla con sus huesos llenos de gusanos.

—¿No crees que deberíamos sugerirle que fuera a un psicólogo? —le pregunta Florence a Patrick, que está en el salón tomando un café—. El inspector Marchand lo ha aconsejado.

—Sé muy bien de qué madera está hecha, una madera de piedras medievales —responde Patrick—. Mañana por la mañana reanudaremos las excavaciones, y estoy seguro de que, en cuanto se vea en la cripta, se encontrará mejor. No, personalmente, no es ella quien me preocupa.

—¿Quién, entonces? —pregunta Sébastien.

—¡Pues nosotros! —exclama el ayudante de Johanna.

—Sí, es un pensamiento trivial dadas las circunstancias —contesta Séb—, pero no cabe duda de que con dos pares de brazos menos esto va a ser más duro..., y no nos mandarán ningún sustituto. Sé que no te cae bien, pero menos mal que Kelenn nos ayuda un poco. Acaba de asegurarle a Johanna que estará aquí todas las tardes.

—A mí, vuestro Guillaume Kelenn me trae sin cuidado —replica secamente Patrick—. Que venga todo el día si se le antoja, y hasta a pasar la noche en su cama —dice, alzando sus ojos grises hacia la habitación de Johanna—. No es él quien me preocupa, ni tampoco me refería a las excavaciones al decir «nosotros»...

—¿Pues qué quieres decir? —lo corta Florence, irritada.

—¿No os parece raro a vosotros un accidente mortal y un suicidio en apenas diez días? —pregunta Fenoy, levantándose.

—Qué... ¿qué estás insinuando? —pregunta Sébastien, lívido.

—Que deberíamos hacernos algunas preguntas —dice Patrick mientras lía un cigarrillo—. Una: ¿qué demonios iba a hacer Jacques, en plena noche, junto al potro? Dos: ¿por qué Dimitri tenía tanto empeño en quedarse aquí solo?

—¿Estás... de broma? —balbucea Florence—. ¿Quieres decir que... que Jacques no se cayó accidentalmente y que Dimitri no se ha suicidado?

—No lo sé —concluye, encendiendo el cigarrillo—. En algunos momentos me parece que son muchas coincidencias. Estas excavaciones en la Virgen Soterraña me resultan inquietantes. Hay demasiada gente que se opone a ellas, y me pregunto si no estará alguien intentando interrumpirlas.

—¿Matándonos uno a uno, como en Diez negritos? —replica Florence con agresividad—. ¿Qué pretendes, Patrick, meternos el miedo en el cuerpo para que salgamos corriendo? ¿Es tu nueva arma contra estas excavaciones? ¡Porque te recuerdo que tú también te has opuesto firmemente a estas excavaciones en la cripta!

—Lo sé —admite él, sonrojándose—. La angustia me hace imaginar de todo... En cualquier caso, mañana, con el resultado de la autopsia, saldremos de dudas.

La mañana del 19 de mayo, Patrick y Johanna suben en silencio a las

estancias abaciales donde está el despacho de Brard. La joven tiene las facciones tensas y los ojos hinchados. Piensa en Simón; ha estado a punto de llamarlo a Saint-Malo para que la consuele. Únicamente el orgullo le ha hecho marcar el número de François.

—Les presento al comisario Henri Bontemps —dice el administrador—. Al inspector Marchand ya lo conocen. El comisario es el encargado de los casos criminales del departamento.

—¿Criminales? —pregunta Johanna, sorprendida.

—Por desgracia, señorita —dice el policía, de unos cincuenta años, buena presencia y voz agradable—, la autopsia de Dimitri Portnoi ha revelado que la incisión de las venas fue efectuada post mortem. Llevaba unos quince minutos muerto cuando se la practicaron. Murió ahogado en la bañera, tenía los pulmones llenos de agua; alguien lo sumergió a la fuerza y luego le cortó las muñecas para hacer creer que había sido un suicidio.

—¡Eso es imposible! —exclama Johanna, lívida—. ¡Un crimen!

—Lo lamento, pero no cabe ninguna duda —insiste el comisario—. Voy a reabrir el caso de Jacques Lucas, porque, como nosotros decimos, un asesinato puede llevarnos a otro. La investigación no ha hecho más que empezar, y si ustedes nos ayudan, no hay ninguna razón para que no encontremos rápidamente al culpable. Para empezar, interrogaré a todo el equipo de arqueólogos uno a uno en la brigada. Los espero mañana por la mañana en Saint-Lô.

—Perdone, pero ¿no podría recibirnos a última hora del día? —pregunta Johanna—. Se tarda una hora en ir a Saint-Lô, y las excavaciones están sufriendo un retraso considerable.

El comisario Bontemps, atónito, mira a Johanna de soslayo sin sospechar que, después de semejante noticia, la reanudación de las excavaciones significa para ella la supervivencia psicológica.

—Mañana a las seis de la tarde, usted —dice, señalando a Johanna—, usted —añade, mirando a Patrick— y los otros dos.

Los otros dos se vienen abajo al oír las terribles palabras. Escrutan al ayudante, que permanece en un silencio incómodo. ¡Así que tenía razón! Pero ¿el móvil es interrumpir las excavaciones? ¿Por qué? y, sobre todo, ¿quién?

Al día siguiente, 20 de mayo, los cuatro supervivientes —Johanna, Patrick, Sébastien y Florence— se reúnen por la mañana en la cripta. La directora de las excavaciones se comporta como si no hubiera pasado nada: de pie ante el altar de la Trinidad, acaricia con la palma de la mano la roca natural que ha sustituido la muralla de Auberto, totalmente desmontada y cuyos bloques yacen a sus pies. Suspirando, regresa al centro de la Virgen Soterraña, bajo las arcadas del muro que separa las naves y los coros gemelos.

Duda entre derribar el muro de la izquierda, el que queda detrás del altar de la Virgen, desmontar los que bordean los coros, al sur y al norte, o levantar las baldosas de piedra del suelo de la cripta para realizar sondeos hacia abajo. Parece buscar la solución en el aire oscuro y caliente del santuario. Cuando escruta las dos tribunas situadas sobre los coros con bóveda de cañón, se diría que está rezando.

—¡Allí! —dice Johanna, como un brujo ante un manantial invisible, señalando el muro situado detrás del altar de la Virgen—. Quizá el pasadizo se interrumpa entre los dos altares para prolongarse hacia el norte... Hay que trabajar deprisa, solo nos quedan tres semanas.

—Estás perdiendo el tiempo y haciéndonoslo perder a nosotros — contesta Patrick, que desde el día anterior ha abandonado la actitud reservada que adoptaba—. ¿Te das cuenta de la situación, Johanna? Acaban de decirte que uno de tus arqueólogos o tal vez dos han sido asesinados aquí, en el Monte, ¿y todo lo que te preocupa a ti es saber qué muro hay que derribar? ¿No te parece una indecencia?

Johanna se quita con calma las gafas y se planta delante de su ayudante, procurando tener también a Sébastien y a Florence en la línea de mira. Había previsto ese amotinamiento. Es un momento crucial: está en juego la suerte de fray Román, el monje decapitado. No pensar en su anhelo secreto de buscarlo sola y librarse de sus colegas..., no pensar en Moira, un suplicio mediante el aire, uno mediante el agua, Jacques precipitándose en el vacío, Dimitri ahogado..., olvidar a dom Larose, el cuaderno, los cadáveres del pasado... Ceñirse a una realidad que los arqueólogos puedan aceptar. Tan solo ella sospecha la verdad. Pero ¿es la verdad? En cualquier caso, sus

sospechas son inconfesables. Debe ser fuerte y luchar para que prosigan las excavaciones.

—Mirad —dice, dirigiéndose a los tres científicos—, yo estoy tan triste como vosotros y tengo tanto miedo como vosotros. No olvidéis que fui yo quien encontró a Mitia y que vi a Jacques... Eso me obsesiona y me aterra, pero trato de controlar mis emociones. Cuando pienso en ello, estoy convencida de que Jacques murió como consecuencia de un accidente..., una investigación seria llegó a esa conclusión, no lo perdáis de vista..., y de que al pobre Dimitri lo ha matado no sé quién ni por qué, pero todos sabemos que tenía graves problemas personales... Hemos estado junto a ellos, los hemos acompañado y hasta hemos rezado, pensamos en ellos sin parar, vamos a hacer cuanto podamos para ayudar a la policía a atrapar al culpable... No creo que haya que abandonar ahora las excavaciones; no tiene ningún sentido. Al contrario, yo me digo que están aquí, en esta cripta, muy cerca de nosotros. Eran arqueólogos, un oficio difícil por el que habían librado duras batallas. Sabéis tan bien como yo que uno no se hace arqueólogo por casualidad. Ellos adoraban las piedras, estas piedras, les apasionaba excavar. ¡Les hubiera gustado tanto saber qué tesoro hay oculto aquí! Cada uno tenía su teoría... Yo continúo por ellos, pensando en ellos. Vosotros haced lo que os parezca.

Sébastien y Florence agachan la cabeza después del sermón; Patrick, que ha fracasado momentáneamente en su intento de poner fin a las excavaciones, se precipita hacia un pico y avanza con rabia hacia el muro de detrás del altar de la Virgen. El ruido de los golpes no tarda en invadir la cripta cerrada.

—¿Y usted no tiene ninguna idea de quién podía odiar a Dimitri Portnoi? —repite el comisario Bontemps, sentado detrás de la mesa de su despacho.

—Ya se lo he dicho, ninguna —responde Johanna con seguridad—. No hablaba nunca de su vida privada; ya le he contado cómo nos enteramos de que su novio lo había dejado.

—¿Se había opuesto a que se hicieran excavaciones en la Virgen Soterraña?

—No... Mmm..., no. No se había opuesto, aunque le preocupaba estropear la cripta. Pero era una reacción normal que muchos compartían,

incluida yo misma. Se trata de la construcción más antigua de la abadía y del Monte.

—¿Quién estaba en contra de la autorización de esos trabajos arqueológicos en la cripta?

—¿En contra? Christian Brard, el administrador —responde ella, azorada por la pregunta.

—Olvida a Patrick Fenoy, su ayudante —le espeta el comisario—. ¡Hizo de todo para impedir las excavaciones!

—¡Supongo que no sospechará que ha llegado al extremo de matar a Dimitri para conseguirlo! —se subleva Johanna.

—No sospecho de él más que del señor Brard, que me ha confesado espontáneamente su hostilidad contra esas excavaciones, así como la de su ayudante, y las particulares condiciones en que han sido autorizadas —dice él, haciendo que la joven se sonroje—. Simplemente le pido que no omita nada en su declaración.

—El asesinato de Mitia no tiene nada que ver con las excavaciones —replica ella, irritada—, y estoy segura de que Jacques murió accidentalmente.

—Tal vez sí o tal vez no. Es a mí a quien me corresponde decirlo, y por el momento, a falta de pruebas en uno u otro sentido, no debo pasar por alto ninguna pista, aunque también me inclino por un crimen pasional en el caso Portnoi. De hecho, la Brigada Criminal de París acaba de arrestar a su ex compañero, cuya actuación en esta historia no está clara. Parece ser que Portnoi no aceptaba la separación y lo acosaba. El otro lo amenazó violentamente delante de testigos, y no tiene ninguna coartada para la noche en que mataron a su colaborador. Mañana voy allí para interrogar personalmente al sospechoso.

Johanna no puede contener un profundo suspiro de alivio al enterarse de que no hay ningún vínculo entre este crimen y la Virgen Soterraña. Una vez más, sus dudas eran fruto de su imaginación. Simón tenía razón... Simón... ¡Cómo lo echa de menos! La prensa, si es que ese montesino de adopción la necesita para estar informado de lo que sucede en la peña, se ha hecho amplio eco de la muerte de Dimitri y de la investigación en curso, pero en esta ocasión él no ha llamado. Si lo hubiera hecho, ella le habría respondido,

porque tiene muchísimas ganas de hablar con él, de sentir su piel, de acurrucarse entre sus brazos. Simón no ha dado ninguna señal de vida y el amor propio de Johanna, así como el temor de ser rechazada, le ha impedido ponerse en contacto con él. Con todo, el día anterior marcó el número de su tienda de objetos marinos, pero en cuanto Simón contestó, colgó el teléfono. François, en cambio, la llama varias veces al día; la Brigada Criminal de París lo ha interrogado en el ministerio. Brard ejerce una presión considerable para que se suspendan las excavaciones y François teme por Johanna. Ha estado a punto de ceder a los argumentos del administrador, pero la joven los ha rebatido: ese crimen odioso no guarda ninguna relación con las excavaciones (¡Dios mío, menos mal que François no sabe nada del cuaderno de dom Larose!) y, después de todo lo que ha hecho para conseguir que se autoricen, después de todos los riesgos que ha corrido, ¿va ahora a abandonar y a abandonarla a ella?

24 de mayo. Detrás del altar de la Virgen, el muro carolingio. Detrás del muro carolingio, el muro de Auberto. Y detrás del muro de Auberto, la roca, recta y dura como una amenaza. Ningún escondrijo, ningún pasadizo, ninguna cabeza ni otros huesos corporales.

Dos días antes, la policía registró metódicamente toda la casa. ¿Qué buscaban? Nadie lo sabe salvo el presunto asesino de Mitia, su amante, que continúa retenido. El granito de la roca natural es frío, oscuro y húmedo como una mazmorra. Esa mañana, Florence ha sido convocada en Saint-Lô, en la brigada, y todavía no ha vuelto. Solo Florence. ¿Por qué? Esa tarde, Guillaume no ha ido a ayudarlos. Las paredes están mudas. Y hacen oídos sordos a las súplicas. ¿Hay que atacar el suelo? Román, ¿dónde estás?

—¿A que no sabéis la última? —grita Florence entrando en la cripta, sobreexcitada—. ¡Acaban de detener al asesino de Mitia! ¡Ya lo han pillado!

—¡Ah, por fin has vuelto! —contesta Johanna—. Gracias por la noticia, pero no es muy fresca.

—No es quien tú crees. Al amante de Dimitri lo soltaron ayer, completamente limpio.

Johanna, Patrick y Sébastien se vuelven hacia Florence.

—No ha sido él —repite Florence dándose aires de importante—. No vais

a dar crédito a vuestros oídos, ¡es totalmente demencial! Nos hemos librado de una buena, creedme.

Johanna tiene una sensación de vértigo.

—¿Sabéis qué buscaba la poli anteayer en casa? —pregunta Florence.

No pueden sino negar con la cabeza. Florence sacude la suya antes de responder. Un mechón rubio le cruza la frente.

—¡Cabellos, señoras y señores! Nuestros cabellos... Bueno, sobre todo los míos.

—¿Vas a contárnoslo de una vez? —se impacienta Patrick.

—Como siempre ocurre en este tipo de investigaciones, la policía oculta elementos importantes a la prensa y a los sospechosos a fin de confundir al criminal... En lo relativo al asesinato de Dimitri, nos han ocultado dos cosas. Una: la ventana del cuarto de baño parecía cerrada desde el interior, pero en realidad no lo estaba, lo que indica que alguien pudo entrar y salir por ahí. Dos: al peinar a fondo el cuarto de baño, encontraron cabellos que no pertenecían ni a Dimitri, ni a Johanna, ni, tras las oportunas comprobaciones, a ninguno de nosotros, aunque eran similares a los míos.

—¿Rubios? —pregunta Sébastien.

—Rubio natural tirando a rojizo, ligeramente ondulados y... largos. No procedentes de una peluca. Desgraciadamente, o más bien afortunadamente, en mi caso el rubio es artificial. No soy una auténtica vikinga.

Johanna nota un zumbido en los oídos.

—Con eso, la policía científica puede reconstruir el ADN de una persona —dice Patrick.

—Exacto —confirma Florence—. Y por lo tanto, es una prueba irrefutable de la presencia de esa persona en el lugar del crimen, sin que ello signifique que sea quien lo ha cometido. Resumiendo, como la policía se había centrado en el antiguo compañero de Dimitri, que es moreno, no buscó a esa misteriosa mujer rubia hasta que estuvo convencida de la inocencia del chico. Entonces examinaron a conciencia nuestros cepillos del pelo.

—¿Y han encontrado a esa mujer? —pregunta Séb con ingenuidad—. ¿Quién es? ¡Por aquí hay rubias para dar y vender!

Johanna se apoya en el altar de la Virgen negra. La cabeza le da vueltas.

Florence pone los brazos en jarras, como una vendedora de pescado anunciando su mercancía.

—Han encontrado... a la persona cuyos cabellos coinciden con los hallados en el cuarto de baño. Es alguien que todos conocemos, con una espléndida cabellera rubia con reflejos rojizos, larga y ondulada, unos bonitos ojos verdes con pintas marrones y... bigote: ¡Guillaume! ¡Guillaume Kelenn!

Una bomba silenciosa explota en las profundidades de la cripta.

—¿Ha confesado haber matado a Dimitri? —pregunta Johanna, atónita.

—No lo sé, la poli no me lo ha dicho —responde Florence—. En cualquier caso, Micheline limpió el cuarto de baño el sábado por la mañana, el crimen se cometió en la noche del sábado al domingo, y tú descubriste el cuerpo el domingo a las cinco de la tarde, así que Guillaume tuvo que entrar forzosamente en esa habitación durante ese espacio de tiempo. ¿Para qué, si no fue para matar a Mitia? ¡No sería para darse un baño!

—Pero ¿por qué? —pregunta Sébastien, que se lleva muy bien con Guillaume—. No puedo creerlo. Es un tipo divertido, no tiene pinta de asesino... ¡y no tenía ninguna razón para matar a Dimitri!

—Otro que cree que la palabra «asesino» está grabada con letras de sangre en la frente de los criminales —comenta Patrick—. Pues a mí no me extraña que ese cretino sea culpable, no soportaba no poder ocupar nuestro lugar.

—Esperad, que todavía hay más —añade Florence—. Resulta que Kelenn no es su verdadero apellido. Es el apellido de soltera de su madre, que suena muy celta; el apellido de su padre, típicamente normando, es Bréhal. Debería llamarse Guillaume Bréhal.

Johanna sale de la cripta corriendo. Se ahoga. Baja corriendo los peldaños del Gran Escalón y toma el camino de ronda que la conduce a casa de Simón. Los postigos están cerrados. Todo está sin vida. A lo lejos se alza la isla de Tombelaine, bajo el sol ventoso.

«Bréhal... Bréhal... —se repite—. ¡Fernand Bréhal, el hombre que le tradujo el cuaderno de dom Larose al padre Placide! Sin duda el padre de Guillaume... ¡Por San Miguel! Está claro que Guillaume es quien robó hace unos años el documento de la pequeña biblioteca de los benedictinos. Leyó el

cuaderno, sabe... conoce la historia del monje decapitado. Quizá también lo ha relacionado con el manuscrito de fray Román. ¡Guillaume conoce el pasado, está al corriente de los crímenes cometidos en la cripta y los reproduce! No, no es posible... Tengo que verlo, sí, tengo que verlo como sea.»

27 de mayo. Durante las cuarenta y ocho horas de retención legal de Guillaume, Johanna no ha podido llegar hasta él. Hasta Simón tampoco: dos llamadas en las que ha colgado al oír la primera palabra. Los periodistas siguen el caso de cerca; ella los esquivo y deja en manos de Brard la compleja estrategia de los medios de comunicación. Esa mañana, Guillaume ha sido sometido a reconocimiento por el asesinato de Dimitri. Nada sobre Jacques. La instrucción no ha hecho más que empezar. Las piedras de la Virgen Soterraña han caído sobre el que las amaba tanto como ella. Vigilaba las excavaciones durante el día y mataba a los arqueólogos por la noche. ¿Por qué? ¿Para resucitar el pasado del cuaderno? ¿Para perpetuar la maldición que pesa sobre los profanadores de la Virgen Soterraña? ¿Con qué finalidad? ¡La cripta se defiende muy bien sola! Es huidiza; han desmontado otros muros y nada, nada salvo la piedra brutal que no conoce la mano del hombre, la roca bárbara sobre la que la magia de la historia no ha actuado: granito natural, luego estéril. El comisario Bontemps dijo que podría ver a Guillaume hoy. Pero el policía quiere entrevistarse antes con ella.

Saint-Lô, locales de la policía judicial, despacho del comisario, catorce horas. Bontemps es de estatura media, delgado, de ojos castaños claros y piel bronceada; debe de hacer vela, como Simón. No lleva ni gabardina ni sombrero y no fuma en pipa. Ni rastro de bocadillo de jamón, lata de cerveza o copa de aguardiente sobre la mesa. Simplemente un café de la máquina automática. Largo. Con azúcar. Johanna mira hacia fuera; hace buen tiempo. Demasiado bueno para una novela negra.

—Él niega haber matado a su colaborador —explica Henri Bontemps— y da una versión de los hechos que me parece absolutamente rocambolesca, pura ficción. ¿Está segura de que no quiere un café?

—No, gracias. ¿Qué dice exactamente?

—La noche del crimen..., la hora de la muerte ha sido establecida entre

las doce y media y la una de la madrugada..., estaba paseando por la parte baja de la abadía. Afirma que, al pasar por el camino de ronda situado detrás de su casa, vio salir por una ventana, saltar sobre el parapeto y huir a toda velocidad una silueta negra, de la que es incapaz de dar una descripción. Se acercó, la ventana estaba abierta de par en par y reconoció su cuarto de baño, iluminado. Desde el lugar donde se encontraba, no podía ver la bañera, ya que está en un lado de la habitación. Inquieto, preguntándose si había vuelto y si le había pasado algo, llamó a la puerta en vano. Como no tenía llave, dice que trepó hasta la ventana del cuarto de baño para entrar en su casa. Según él, en ese momento descubrió el cuerpo de Dimitri Portnoi, que yacía ahogado en la bañera, rodeado de numerosos rastros de lucha: agua en el suelo, frascos volcados... Un crimen, y él acababa de ver la silueta del asesino. Permaneció unos minutos conmocionado. Y después, en lugar de avisarnos, decidió maquillar el asesinato para que pareciera un suicidio: recogió el agua, lo puso todo en orden y le cortó las venas al infeliz con la cuchilla de la maquinilla de afeitarse que estaba sobre la mesita. Por último, tras haber borrado sus propias huellas, salió por la ventana, cerró los batientes tirando de la parte inferior de las cortinas y escapó igual que el criminal un cuarto de hora antes.

—Esa versión de los hechos podría ser plausible salvo por una cosa: ¿qué sentido tiene hacer que un asesinato parezca un suicidio si no es para proteger al asesino, al que Guillaume debe de conocer?

—Así es exactamente como yo lo veo: o bien Guillaume Kelenn..., mejor dicho, Bréhal, pero esa es otra cuestión..., es el asesino, o bien sabe quién es el asesino, y en los dos casos nos miente.

—¿Cómo justifica su acto?

El comisario se rasca la cabeza con expresión de incomodidad.

—Verá, aquí es donde las cosas se complican, y si sabe algo que pueda ayudarme a esclarecerlas, la escucharé encantado.

Johanna observa a Bontemps, que se aclara la garganta.

—Ese chico me tiene totalmente desconcertado. Su comportamiento ha sido anormal desde el principio; lo habitual es que, cuando los sospechosos niegan, nieguen en bloque, es decir, los hechos y el móvil. Pero, en cuanto lo trajimos aquí y empezamos a interrogarlo, el tal Kelenn-Bréhal confesó en el

acto los acontecimientos que acabo de relatarle, obstinándose en no decir las razones que lo habían empujado a actuar así.

—Claro, porque estaba atrapado. Ustedes tenían una prueba: sus cabellos, su ADN.

—No se lo habíamos dicho. Lo ignoraba por completo. Nos contó inmediatamente su versión de los hechos, así que no tuvimos ninguna necesidad de sacar eso a relucir. Hablaba como si se tratara de una historia bonita, de un cuento, y durante veinticuatro horas de interrogatorio riguroso se negó a explicar cuál era su lógica. Pero luego su comportamiento cambió; el cerco se cerraba a su alrededor, tomó conciencia de la realidad que se perfilaba: iba a ser acusado de asesinato. Se puso nervioso, se le veía preocupado, tenía la mirada casi extraviada... Temimos un incidente. El médico le administró unos calmantes. Y entonces, por fin se vino abajo.

Al igual que en la cripta, Johanna se siente dominada por el vértigo, aunque no lo deja traslucir.

—Empezó a decir cosas totalmente incoherentes —prosigue Bontemps— y se negó a rectificar durante el tiempo restante de retención en comisaría. Son las palabras de un loco, pero de todas formas se las repito: un fantasma decapitado, que además era monje benedictino, fue castigado por el arcángel Miguel y se aparece en la Virgen Soterraña desde hace lustros porque no tiene cabeza, y resulta que al bueno de Guillaume se le ha metido entre ceja y ceja liberar al espectro reuniendo sus huesos, escondidos en la cripta. Pero, y esto es lo más interesante, alguien misterioso, que sin duda alguna detesta a los fantasmas, se opone a que se le devuelva al monje su cabeza, y ese desconocido es quien se ha cargado a los dos arqueólogos para hacer que se suspendan los trabajos en la cripta. Guillaume simuló un suicidio al descubrir que Dimitri Portnoi había sido asesinado para impedir que interrumpieran las excavaciones en la Virgen Soterraña, porque de ser así ya no habría ninguna posibilidad de encontrar los huesos del monje en cuestión. Como puede ver, es absolutamente delirante.

—¿Dijo de dónde había sacado esa historia? —pregunta Johanna con un nudo en la garganta.

—Habló de un viejo cuaderno que, según él, robó del monasterio,

propiedad de un tal fray La Tulipe o algo parecido, pero como se imaginará hemos registrado su casa y no hemos encontrado nada. Lo dijo para liarnos y ganar tiempo. Por lo tanto, una de dos: o se cree de verdad lo que cuenta y está para que lo encierren en un psiquiátrico, o es una hábil maniobra para que lo declaren irresponsable y evitar la prisión. En ambos casos, sé que tengo al asesino de Dimitri Portnoi y tal vez al de Jacques Lucas, aunque él lo niega y yo no consigo demostrar que fue también un crimen. Queda el asunto de la premeditación...

—¿Dónde está ahora Guillaume? —lo interrumpe Johanna.

—En el lugar donde ansiaba estar y por el que nos ha hecho toda esta representación. En el manicomio. Pese a todos mis esfuerzos, no conseguí que cambiara de discurso, así que tuve que informar al psiquiatra, y cuando ese encuentra a uno que le suelta un rollo que le gusta, no hay quien lo pare. Desde luego, hay que reconocer que la historia del monje sin cabeza da que pensar..., debe de ser muy grave... Total, que está en prisión preventiva en el hospital psiquiátrico de Saint-Lô, a dos pasos de aquí. —Bontemps hace una pausa—. Pese a su insistencia en verlo a solas, al principio no era favorable a ello —añade, tirando el vaso de café vacío a la papelera—. Va en contra del procedimiento y es peligroso. Sin embargo, este caso desafía las convenciones, además de que estoy seguro de que ese tipo no está loco, al menos no del todo. A lo mejor lo bloquea el hecho de estar ante la policía, como les sucede a muchos, y he pensado que con usted no fingirá. Necesito su confesión, ¿comprende? Así que vamos a intentarlo; cuento con usted para intentar sonsacarle algo coherente. Pero, cuidado: loco o no, es un criminal, de eso estoy seguro, y en consecuencia tan violento como imprevisible. La acompañaré y me quedaré cerca.

Saint-Lô, hospital psiquiátrico, pabellón de los internos peligrosos, quince horas. Un edificio moderno se alza en medio de un jardín con la vegetación cuidadosamente podada. Por el jardín no deambula nadie. Batas blancas pasan apresuradamente. En el interior, siluetas en pijama azul intenso caminan sumidas en su silencio, entre los gritos que traspasan las puertas amarillo limón. Las formas azules se pasean, recluidas entre sus hermanos de la misma orden, la que confiere a los ojos un curioso brillo, el del retiro en la

pesadilla interior. Escoltados por un auxiliar, el comisario Bontemps y Johanna montan en un ascensor de acero. Guillaume, atiborrado de tranquilizantes, no se levanta de la cama. «Psicosis delirante», parece ser que dijo el psiquiatra al preguntarle el comisario. Sin embargo, Johanna no tiene miedo; sabe demasiado bien que podría estar en el lugar de Guillaume para dejarse asustar por lo que la sociedad llama «locura». Al llegar ante la habitación del joven, el guarda mira a través de la mirilla, abre la puerta y se planta delante con los brazos cruzados. Bontemps le indica a Johanna que puede pasar y se coloca también delante de la puerta, junto a la mirilla. No oirá nada, pero lo verá todo: en cuanto la arqueóloga haga el más mínimo gesto, intervendrá. Johanna entra.

La habitación, redonda, está acolchada desde el suelo hasta el techo. Ninguna ventana. Un fuerte olor a medicamentos se le agarra a la garganta. Sus ojos se acostumbran poco a poco a la semipenumbra. Guillaume está allí, sobre la cama, con los brazos y los tobillos atados con unas correas que lo mantienen en posición horizontal, boca arriba. No tiene almohada para evitar que se asfixie. Sus largos cabellos rubios se extienden alrededor del rostro como los pétalos de un girasol. Esos cabellos lo han delatado; habría hecho mejor afeitándose la cabeza, a pesar de que, sin bigote y con el cráneo rapado, su aspecto de guerrero celta habría desaparecido. Tiene los ojos cerrados; parece dormir, o renunciar a la realidad. No hay ninguna silla, solo una mesilla de noche clavada al suelo, como el mobiliario de un barco. Allí todo está estibado en previsión de la tormenta. Johanna se sienta en la cama y se esfuerza en olvidar que Bontemps está observándola. Con delicadeza, toca una mano prisionera. Los dedos se mueven lentamente.

—Guillaume, soy yo, Johanna —susurra.

Al joven le cuesta emerger. Se halla perdido entre brumas artificiales.

—Querido Guillaume —susurra ella, acercando la cara—. ¿Qué te han hecho? Guillaume, te lo suplico, despierta.

Él sonríe, mientras que ella llora sin saber si lo que provoca sus lágrimas es el hecho de que Guillaume esté en esa cama o la posibilidad de que fuera ella quien estuviese ahí.

—Jo... Johanna, qué alegría —consigue articular trabajosamente—.

Yo... yo no lo he matado... A nadie... No he matado a nadie... Ya estaba muerto...

—Lo sé, Guillaume, lo sé. Voy a intentar sacarte de aquí, pero para eso tienes que decirme algo —susurra—. ¿De dónde has sacado la historia que le has contado a la policía, la del monje decapitado?

El joven tuerce la boca. En su frente aparecen profundos surcos. Parece un viejo.

—Sabía... que debía permanecer callado —confiesa—, nunca se lo había contado a nadie, no debía, pero era demasiado duro... No podía más... No me dejaban en paz... No pude...

—No te preocupes por eso, no han entendido nada, no podían entender. Pero yo sí puedo, porque mi alma pertenece al Monte y a la Virgen Soterraña, igual que la tuya. No olvides quién soy: la que está excavando en la Virgen Soterraña. Y te prometo, Guillaume, que continuaré excavando gracias a ti, por ti, pero necesito que me ayudes...

El joven parece relajarse. La química de las inyecciones seguramente, o quizá la alquimia de las mentes.

—Cuando era pequeño —comienza—, aún había benedictinos en la montaña. Uno de ellos, el único que vestía a la antigua usanza, como los «monjes negros» de antaño, venía casi todas las noches a ver a mi padre con un cuaderno, para que papá le contara la historia que este contenía y que estaba escrita en inglés. Mi madre me llevaba entonces a mi cuarto. Yo fingía dormir, pero, en cuanto ella se iba, me escapaba para escuchar desde la puerta del salón. Mi madre se acostaba, pero algunas veces se levantaba para beber un tazón de leche fría. Cuando oía sus pasos en el pasillo, me escondía en el interior de un viejo reloj cuyo mecanismo estaba estropeado, y cuando mamá había vuelto a subir a su dormitorio, regresaba a mi puesto. Mi padre leía páginas que hablaban de la Virgen Soterraña, de un benedictino sin cabeza, anónimo, un espectro que se había perdido en el tiempo, condenado a errar entre los dos mundos... Era extraordinario. Era peligroso, fabuloso, pero el cuaderno decía lo que había que hacer para liberar al prisionero de la cripta. Unos años después, mi padre y mi madre se divorciaron. Mi madre y yo nos fuimos a Montpellier. Te ahorro los detalles; solo te diré que fue difícil,

doloroso (tanto más cuanto que mis padres ya eran mayores), y que no volví a ver a papá. Estaba perdido, desarraigado. Entonces adopté el apellido de mi madre, Kelenn, y empecé a estudiar historia. Lejos de la peña, me interesé por sus orígenes, que son también los míos por parte de madre: el celtismo. Tras la muerte de mi padre, regresamos por fin al Monte. Yo no había olvidado al monje sin cabeza, que me obsesionaba. Justo antes de que los últimos benedictinos se marcharan definitivamente de la peña, robé el cuaderno de Aelred Croward, pues a partir de ese momento yo era su único depositario legítimo, el único testigo presente de ese pasado, y me hice guía-conferenciante para poder ir con la mayor frecuencia posible a la Virgen Soterraña. Me he pasado años esperando que el fantasma se me aparezca, me hable, me escoja para salvarlo, puesto que hace tanto tiempo que lo acompaño y lo conozco mejor que a mí mismo. Pero jamás lo he visto, y solo no podía liberarlo. Mi madre también murió, hace dos años. Ya no tenía ni padre ni madre, tan solo la Virgen Soterraña, con el monje sin cabeza, que llena mi vida y la hace fecunda, aunque no lo vea. Después viniste tú. La primera vez que te vi fue precisamente en la Virgen Soterraña.

—Sí, lo recuerdo muy bien.

—Algo me intrigó enseguida. Estoy acostumbrado a encontrarme chalados que recorren la abadía como si estuvieran en trance o a personas sensibles que sufren mareos en la cripta a causa de las corrientes telúricas, pero en tu caso percibía que había otra cosa, algo diferente, relacionado con ese lugar, aunque no sabía qué. Cuando empezaron las excavaciones en la Virgen Soterraña, sentí mucho miedo. ¿Y si sabías algo acerca del espectro? ¿Y si lo habías visto y querías liberarlo en mi lugar? En esa época, no eras muy afable conmigo. Sin embargo, yo sabía que era imposible que lo conocieses, puesto que me pertenecía. Comprendí que esas excavaciones eran una ocasión inesperada para mí, la oportunidad que esperaba para cumplir con mi deber hacia el fantasma medieval. Cuando me permitiste asistir a las excavaciones, me di cuenta de que éramos aliados, no competidores, y de que uniendo nuestras fuerzas lograríamos cada uno nuestros fines, unos fines primordiales, pero diferentes.

Johanna se obliga a sonreír y le coge la mano. ¡Qué mal interpretó la

actitud de Guillaume! Es como un hermano, un hermano simbólico, que lo sabe todo pero al que ella no puede decirle nada. Porque Guillaume quiere ser el único detentador de las palabras, de la magia de su infancia, del reloj con el tiempo en suspenso, de la ausencia... No hay sitio para Johanna. Ella debe permanecer fuera del alcance de su mirada, la mirada de esos ojos verdes salpicados de pintas color avellana que la observan y parecen leerle el pensamiento.

—Las excavaciones debían continuar, ¿comprendes? —prosigue Guillaume, moviéndose agitadamente—. ¡Hay que encontrarlo! ¡Como sea! Al igual que en el pasado, la sangre derramada podía interrumpir las excavaciones... Así que corté su piel fría... y sangró... ¡Y esta vez la sangre derramada lo ayudará!

—Guillaume, ¿viste al asesino, a la persona que huyó por la ventana? Descríbemelo.

—Tal como se dice en el cuaderno, las tinieblas dirigen su venganza contra los vivos —murmura—, pues codician el alma del espectro, un alma con un patrimonio de casi mil años de vagabundeo entre los dos mundos. La oscuridad quiere esa alma, y se apodera de la de los mortales que intentan quitársela revolviendo las vísceras de la Virgen Soterraña. Era la oscuridad criminal... ¡Pero yo reconocí al antiguo monstruo del abismo, el del pasado! ¡Porque la cripta es esa fuerza de las tinieblas, ella es la que quiere conservarlo! La sombra de la cripta condenada a la sombra, que protege el vientre de la tierra para que regrese a su sagrada negrura y los vivos no vuelvan a tocarlo...

—Guillaume, cálmate... Ese cuaderno del que hablas es una prueba, la única prueba de que todo lo que dices es verdad... La policía no lo ha encontrado en tu casa. Dime dónde lo has escondido; iré a buscarlo y, gracias a él, se demostrará que eres inocente y saldrás de aquí.

El semblante del joven se inmoviliza. Guillaume frunce el entrecejo. La situación se vuelve peligrosa. Desconfía de ella.

—¿Te crees que soy tan tonto como para guardarlo en mi casa? —masculla—. Y donde está, nadie lo encontrará, ni siquiera tú.

Se hace un silencio denso. Johanna no sabe cómo hacerle entrar en razón.

Sin embargo, tiene que entender que ese cuaderno es el punto de conexión irrefutable entre la fantasía y la realidad, entre el ayer y el hoy.

—En el fondo —dice Guillaume tranquilamente—, creo que me he equivocado. Tú eres como los demás y no has creído una sola palabra de todo lo que te he dicho sobre el espectro. Me has hecho hablar con mucha habilidad, pero lo único que te interesa es el cuaderno de dom Larose. Es cierto que, como ha sucedido con el manuscrito de fray Román, si lees ese documento, me creerás. Crees en el papel... Pero es falso que harás que me suelten, porque entonces sabrás lo que hay que hacer para liberar al monje decapitado y querrás hacerlo tú. ¡Quieres quitármelo! ¡Y yo me pudriré aquí hasta el fin de los tiempos! ¡Por fin he entendido por qué has venido al Monte! ¡Para robarme al fantasma! —grita, intentando incorporarse pese a que tiene los brazos y los tobillos atados—. ¡Quieres arrebatarme mi infancia y todos sus secretos! ¡Socorro! ¡Ayudadme! ¡Venid! ¡Auxilio! ¡Es el asesino!

Al oír los primeros gritos, Bontemps y el auxiliar irrumpen en la habitación. Johanna está a unos pasos de la cama, desarmada frente a la violencia de Guillaume. Rápidamente, el comisario la coge de un brazo y la hace salir. Una enfermera y un médico entran para ponerle una inyección de tranquilizantes al demente. Guillaume está congestionado, con los ojos en blanco, tira con todas sus fuerzas de las correas y no para de enviarle escupitajos e insultos. Johanna está en el pasillo, inmóvil, mientras la bandada blanca se afana en la habitación.

«Guillaume —se dice para sus adentros—, eres mi cómplice y mi hermano porque compartimos sueños, todo un imaginario... No te abandonaré.»

Consternada, se deja conducir por Bontemps fuera del edificio. Piensa en el padre Placide. Tiene que verlo, hablarle de Guillaume, del crimen, pedirle su opinión... El comisario la sienta como si fuera una muñeca en un banco de los jardines del hospital. Inclinado sobre ella, le ordena que respire hondo.

—¿Se encuentra mejor? —le pregunta, mirándola con benevolencia—. ¿Quiere que vaya a buscarle algo de beber?

Ella le indica por señas que no mientras su semblante recupera el color.

—Lo siento —murmura él—. Hacía bien en desconfiar; nunca se sabe

cómo van a reaccionar esos tipos. De todas formas, parecía que la cosa había empezado bien, ha hablado mucho, por lo que he visto... ¿Revelaciones inéditas, o le ha contado el mismo cuento que a nosotros?

—Lo mismo que a ustedes, pero yo no creo que sea un cuento —responde Johanna, febril pero lúcida—. Bueno, lo que quiero decir es que estoy convencida de que no miente: él no ha matado a nadie y cree sinceramente en la leyenda del fantasma decapitado al que hay que liberar de la cripta. Lo sé, parece descabellado a primera vista, en nuestra época, pero no lo es cuando vives en el Monte, cuando estás, como él y como yo, impregnado de la historia de la peña y te pasas el tiempo en la Edad Media. Los hombres medievales creían de verdad en los espectros, los que no creían en ellos eran los insensatos.

—No discuto los conocimientos de ambos en materia de historia medieval —dice el comisario, mirándola con más dureza—, pero, por si no se ha dado cuenta, ya no estamos en la Edad Media.

Johanna se sonroja.

—Mire —prosigue él en un tono más suave—, lo ha intentado y no lo ha conseguido. No se reproche nada; eso indica que ese tipo está realmente loco, nada más. Gracias a usted, ahora estoy convencido de ello. No es su famoso fantasma, sino él quien está atrapado en el tiempo, bloqueado en la Edad Media. Los psiquiatras nos lo devolverán al siglo XXI, no se preocupe. Y acabará por confesar que ha matado a Dimitri Portnoi. Mientras tanto, lo mantendremos a la sombra. Está usted de enhorabuena, pues, en vista de su estado, si no lo hubiéramos detenido, seguro que ese chiflado habría seguido matando... a los componentes de su equipo o incluso a usted misma. Sí, tiene suerte de que hayamos atrapado al asesino, señorita, porque de lo contrario habría hecho suspender esas excavaciones, tal como me ha pedido el señor Brard.

En la carretera que la conduce al Monte, Johanna nota el peso de los siglos sobre sus hombros. El milenio que separa el siglo XI del XXI posee la fuerza de atracción del tiempo que se ha escapado antes que ser vivido.

«Guillaume... —piensa Johanna—. ¡Qué desastre, qué embrollo! Ha hablado, y sus palabras lo han condenado a esa prisión sin ángulos rectos, sin

abertura al cielo, con el cuerpo atado a una cama... Ahora, su calabozo está en su cabeza. ¿Qué puedo hacer para salvarlo de sí mismo? Sin el cuaderno de Aelred Croward, no hay ninguna esperanza. A no ser que detengan al verdadero asesino. Primero el aire, después el agua. Como Moira. Como en mis dos primeros sueños: el ahorcado del campanario y el ahogado en la bahía. No. No debo seguir pensando en eso. Es imposible. Es una casualidad. No se trata de eso. No puede ser. Hay que tenerlo en cuenta todo, separar, desglosar, para no sucumbir a mis sueños como le ha sucedido a Guillaume. Pero ¿quién es? ¿Por qué lo hace? Misterio... Hay que atenerse a la realidad y al presente; de momento, el sacrificio de Guillaume ha logrado su objetivo: salvaguardar las excavaciones.»

30 de mayo, día siguiente de la Ascensión. Solo quedan diecisiete días de excavaciones, menos los fines de semana. La tierra está bajo nuestros pies. Guillaume sintió la llamada de lo subterráneo, lo enterrado. Johanna no ha seguido dudando; ha hecho retirar varios adoquines de las naves gemelas. Unos centímetros de tierra y luego la roca. De nuevo la roca. Los sondeos dicen: roca, piedra impenetrable. Todo está estancado, las excavaciones y la investigación criminal, que no aporta nada nuevo aparte de palabras para describir la locura de Guillaume: esquizofrenia paranoica con tendencias alucinatorias. Reclusión forzosa y neurolépticos en dosis de caballo. A través de Guillaume, Johanna sabe que también está condenada. Si dice algo, si habla, la declararán también loca de atar. Pero ella lucha callando.

Los cuatro arqueólogos vuelven de comer; toman un bocadillo al aire libre, en la terraza del oeste cuando no está invadida por los turistas y el soplo del viento, o, aprovechando que tienen acceso a lugares prohibidos al público, en los balcones de piedra del exterior del coro de la iglesia, que ofrecen una vista mágica sobre las gárgolas, los arbotantes, los pináculos y la escalera de Tracería, cien metros por encima de la playa. Después de haber comido bajo el cielo, el regreso a la tierra de la cripta siempre es un momento extraño, un descenso a los orígenes de la humanidad. Un objeto incongruente atrae de inmediato la atención de Johanna. En el altar de la Trinidad, apoyado contra un instrumento de perforación, un sobre blanco, rectangular, corriente, con una sola letra escrita sobre su superficie: una J estilizada, trazada con

tinta roja. Instintivamente, se lo guarda en un bolsillo confiando en que los demás no lo hayan visto. Mientras están ocupados retirando otras baldosas del suelo, se retira a una esquina del coro de la Virgen y abre el sobre. Una hoja de papel tan común como su continente. El contenido, sin embargo, no lo es: Johanna reconoce la escritura en minúscula Carolina, la misma que utilizó fray Román en el manuscrito de Cluny. La carta alterna el empleo de tinta roja y verde, los colores del *scriptorium* montesino. La inicial Q está iluminada a la manera medieval. No obstante, el texto está escrito en francés moderno, sin firma, de modo que no hace falta ningún especialista para descifrarlo:

Que cese vuestra acción sacrílega en la cripta de la Virgen Soterraña, si no, la muerte se os llevará... a todos.

Johanna esconde inmediatamente el documento en un bolsillo del pantalón. ¡Con tal de que nadie la haya visto, con tal de que no la haya recibido nadie más! Les entraría miedo, suspenderían las excavaciones.

«Es evidente que ha sido el asesino de Dimitri quien ha escrito esta nota —deduce—. La mano que ha trazado con tanta habilidad estas letras románicas es la misma que la que mantuvo la cabeza de Mitia bajo el agua. ¡Qué horror! Pero ¿cómo ha entrado el asesino en la Virgen Soterraña para depositar su obra? Cuando nos hemos ido a comer, no había nada desacostumbrado sobre el altar; si no, me habría llamado la atención. Recuerdo perfectamente haber cerrado con llave la puerta de la cripta al salir y haberla abierto yo misma al volver. A no ser que haya accedido por un pasadizo secreto que no he descubierto, eso significa que el asesino tiene una llave. Claro que todos los guías-conferenciantes y los empleados de Monumentos Históricos tienen una llave. Además de mi equipo...»

Se vuelve hacia Sébastien, Florence, Patrick...

«¡Fenoy! Se ha ausentado un cuarto de hora, supuestamente para comprar un zumo de naranja. Fenoy..., ese traidor, ese intrigante, ¿es también un criminal? Tengo que pedir a la administración un candado suplementario cuya llave solo tendré yo. Sí, eso es lo más urgente. Después pensaré en lo demás.»

Se precipita hacia la gran puerta de madera, la cruza y se da de bruces con

Christian Brard, que se disponía a entrar.

—Ah, precisamente la buscaba a usted —le dice—. Venga enseguida a mi despacho. Se trata de algo grave.

El administrador ha recibido una carta igual esa mañana. Original, no fotocopiada. Pero él no tenía ningún motivo para esconderla, así que ha informado al comisario Bontemps. Al igual que el manuscrito de Román cuando fue encontrado, el documento está siendo analizado. Por grafólogos y expertos de la policía, no por codicólogos. Es un falso manuscrito medieval, pero una auténtica carta amenazadora. El testamento de Román permitió pasar a la acción; ese papelucho puede detenerla. Johanna está hundida. Delante del administrador, intenta minimizar el hecho, pero Brard se toma el documento muy en serio. Claro, siempre se ha opuesto a las excavaciones; en el fondo, debe de estar feliz. Sin embargo, no parece satisfecho, sino más bien inquieto.

—Comprenda que no puedo arriesgarme a que se produzca otro drama —le dice a la arqueóloga—. ¡Renunciaría encantado a la publicidad que ya nos está haciendo la prensa! Todos quieren ver la abertura que está junto al potro, hemos tenido que condenarla. Como supondrá, un asesinato en esta abadía, o dos, excita la imaginación. Y aquí hace falta poco para enardecer las mentes... Si los periodistas se enteran de la existencia de la carta anónima... Kelenn está a buen recaudo, o sea que a lo mejor se trata de una broma, pero tal vez no. Considero que ustedes están bajo mi responsabilidad y, por lo tanto, me niego a correr ese riesgo. Piense que la vida de todos se encuentra amenazada.

—Yo creo que lo único que se encuentra amenazado, en lo que a usted respecta, es su puesto —replica Johanna con amargura—. En cuanto a Guillaume Kelenn, esa carta anónima demuestra su inocencia.

—En primer lugar, usted no sabe nada. Pudo escribirla antes de que lo internaran y tener un cómplice que la ha enviado. En segundo lugar, aunque le pese, deseo conservar mi puesto —dice, ofendido—. Nada me obliga a informarla, pero le advierto que también he puesto al corriente al Centro de Monumentos Nacionales y al ministerio de este... de este hecho inquietante. En nombre del principio de precaución, he solicitado de nuevo, y lo he hecho

oficialmente, la interrupción de la campaña arqueológica en la cripta.

2 de junio. Saint-Lô, brigada criminal, despacho del comisario Bontemps. Once horas.

—El análisis de nuestros especialistas ha establecido por el momento una cosa —anuncia el policía a Johanna—: la carta ha sido escrita con la mano izquierda, y Guillaume Kelenn-Bréhal es diestro. No obstante, eso no quiere decir que no se haya beneficiado de la complicidad de alguien. Alguien cercano a él, física y, sobre todo, psicológicamente, apasionado por la Edad Media y que no soporta verlo recluido en ese hospital, alguien que ha pensado que esa carta podía contribuir a que se reconociera su inocencia, que conocía el manuscrito de fray Román, así como la abadía, y habría podido dejar fácilmente las dos cartas, una en el despacho del administrador y la otra en la cripta, cuyas llaves tiene...

—Sospecha de mí, pero no tiene en cuenta que ese alguien también debe estar absolutamente en contra de las excavaciones —contesta ella, furiosa.

—Tranquilícese, señorita, confieso que por un momento pensé en usted, pero el test grafológico al que se ha prestado demuestra que es una auténtica diestra, ni siquiera un poco ambidextra.

—¡Es ridículo! —se rebela Johanna—. Hubiera hecho falta que fuese ambidextra, desde luego, pero también que poseyera el don de la ubicuidad. Yo no estaba en el Monte la noche del asesinato de Dimitri, lo ha comprobado usted sobradamente. Y lo único que me interesa son los trabajos en la cripta. ¡Sería autosabotaje!

—Era una pista como cualquier otra... El ser humano posee lógicas complejas, incluso cuando no está loco. Podría haber querido desembarazarse de sus colegas, meterles miedo, alejarlos. El autor de la carta no es forzosamente el asesino del señor Portnoi, puesto que al asesino lo tenemos... Bueno, eso creo. Pero, como todavía no hemos identificado a ese misterioso zurdo, mi deber es protegerlos, a usted y a su equipo, hasta que este asunto se aclare del todo, como se dice en las novelas policíacas.

—¡No tendrá intención de ponernos guardaespaldas! —replica, temerosa.

—Oh, no, tranquila, no disponemos de medios para eso. No, hay una solución más eficaz, menos onerosa y que parece contar con la aprobación de

su administrador. En cuanto usted salga de aquí, simplemente telefonaré a la persona que la acompañaba en Borgoña aquel famoso fin de semana y que le ha permitido excavar en esa cripta, para pedirle que tenga a bien interrumpir esta campaña. Si le digo que quizá esté en peligro su vida, no me cabe ninguna duda de que hará todo lo necesario para satisfacer mi deseo.

Mediodía. 2 de junio. «Todo ha terminado —piensa—. Ni siquiera tengo ganas de llorar. Solo de pegar. A ese maldito poli. A Brard. A Fenoy. A François. Tengo que llamar a François. Ahora mismo. Aquí, en el aparcamiento de la policía. ¿Y para qué? Se ha acabado. Es inútil seguir prostituyéndose. La batalla está perdida. La guerra ha terminado. Van a cerrar la Virgen Soterraña. Y a encerrarme a mí. Soy una inepta. Yo he fracasado, Guillaume ha fracasado, el padre Placide fracasó hace tiempo. ¡Y todo por culpa de un papel escrito por un zurdo! Es para morirse de risa. Para morirse...»

Levanta los ojos hacia los transeúntes.

«Esos son inocentes. Inocentes de llevar una vida opaca y sin objetivo, en la que vagan sin preguntarse jamás por qué.»

Una mujer de su edad camina con un bebé en un cochecito. Johanna no sabría decir si el niño es guapo o feo. Una anciana encorvada avanza muy lentamente, con un bastón y un capazo.

«Osteoporosis —piensa Johanna—, un esqueleto muerto bajo una carne todavía viva. La pobre... puede partirse en cualquier momento.»

De pronto, un hombre calvo de unos cincuenta años llega en sentido inverso, distraído, apresurado, con el móvil pegado a la oreja, y está a punto de derribar a la anciana al cruzarse con ella. Johanna sigue con la mirada a ese maleducado. De repente, la cabeza de la arqueóloga se queda inmóvil y su boca se entreabre. Tras unos segundos de desconcierto, se precipita hacia el coche, arranca y sale en tromba. Un calvo, un calvo que tiene todas las llaves de la abadía y conoce todas sus claves, incluida la de la escritura de los manuscritos antiguos, un zurdo que desde siempre adora las piedras restauradas tanto como odia las excavaciones: ¡Brard! ¡Christian Brard!

Capítulo 19

«Brard no ha digerido que se autoricen las excavaciones en la Virgen Soterraña —piensa Johanna—. Luchó por la vía legal en vano. Una derrota humillante. A Brard no le gustan las mujeres, salvo la Virgen Soterraña, que, en su opinión, nosotros, los arqueólogos, hemos destrozado, mancillado, corrompido. Las piedras yacen en el suelo, están estropeando la obra de su querido Froidevaux en nombre de un sueño que le es ajeno... Lo único que importa es que no ha sabido proteger y conservar la cripta. Ha fallado. Brard no ha matado a Jacques, claro que no, pero la muerte accidental de este debió de hacer que germinara en él la idea diabólica: combatir a los profanadores, suscitar el miedo a fin de conseguir que suspendieran la campaña de excavaciones... Debió de pasar algo durante el trayecto en coche con Dimitri, después del funeral de Jacques; Dimitri debió de contarle que el día antes habíamos empezado a desmontar el lienzo de muro de Auberto, detrás del altar de la Trinidad. Dimitri y yo habíamos discutido por ese asunto; Mitia no estaba de acuerdo con mi proyecto de desmontar los muros de la cripta. Si se lo dijo a Brard, eso debió de atizar el odio del administrador, y el hecho de que Mitia se quedara solo todo el fin de semana le brindó la ocasión de poner en práctica su funesto plan... O quizá pasó otra cosa: por ejemplo, Brard se sintió atraído por la delicada belleza de Mitia y este último no hizo caso de sus insinuaciones. El administrador es un hombre orgulloso, debió de sentirse humillado y se dio cuenta de que podía vengarse del joven y al mismo tiempo conseguir que suspendieran los trabajos en la cripta. En cualquier caso, lo que

ocurrió a continuación, por desgracia, está claro: Brard espió a Dimitri. Brard vive solo y no lejos de nuestra casa, así que le resultaba fácil. Mitia estaba muy deprimido, no debía de poder dormir. Pensó que yo no pondría ninguna objeción a que utilizara mi bañera en mi ausencia... Nada mejor que un baño para relajarse y conciliar el sueño. Abrió la ventana del cuarto de aseo para disfrutar de la templada y serena noche, y eso permitió que el asesino entrara. El pobre Mitia no tenía la suficiente corpulencia para luchar contra ese hombre alto y fuerte, deportista y vigoroso pese a su edad. Un sexagenario que se afeita la cabeza; por lo tanto, que no deja ningún cabello a su paso... Al día siguiente, Brard debió de quedarse muy sorprendido al enterarse del "suicidio" de Dimitri... No había previsto la intervención de Guillaume. Si pasaba por un suicidio, su plan había fracasado, las excavaciones proseguirían; había matado a un hombre, a un hombre inocente, para nada... En ese momento, debió de sentir una rabia y unos remordimientos considerables. La detención y el posterior internamiento de Guillaume sin duda reforzaron esos sentimientos, porque Brard siempre ha apreciado a Guillaume. Brard es un enamorado de los manuscritos antiguos. Tiene una colección. Y ha leído el manuscrito de Cluny. Nada más fácil para él que imitar los caracteres románicos y las iluminaciones medievales. En rojo y verde, los colores del Monte, naturalmente. Quiso actuar contra la verdadera responsable de esta matanza: yo. El es zurdo. Tiene la llave de la Virgen Soterraña. Conoce los horarios de nuestros descansos. Circula a su antojo por la abadía. Sabe que yo no enseñaré la carta de amenazas, de modo que deja un ejemplar sobre su propia mesa para poder informar a la poli. Sabe que en la peña cundirá el pánico, que la policía tal vez dude de la culpabilidad de Guillaume, pero que jamás sospechará del más alto dignatario del Monte. No tendrá necesidad de cometer otro crimen, porque el comisario hará su trabajo: hará que suspendan las excavaciones, y esta vez él cree que yo no podré impedirlo, ni tampoco François... Buena jugada. Muy buena jugada, señor Brard. Pero yo no soy tonta. Yo sé que alertar a la policía sobre usted de momento es inútil; Bontemps se reiría en mis narices. No iré a verlo al Monte para hacerle partícipe de mis sospechas, pues no son más que una teoría. Por fin he aprendido la lección: para hacerlo caer de su posición de padre abad,

voy a necesitar pruebas, cosas concretas, reales. Lo más urgente es protegerse de usted y conseguir unos días de tregua para darme, para darle a Román, una última oportunidad...»

Las dos puertas de la Virgen Soterraña están en los extremos de la escalera románica, de la galería ascendente: en el recorrido ritual medieval, había que abrir siete puertas sucesivas antes de que los fieles penetraran en la gran iglesia, la morada del Arcángel, el séptimo cielo. Los peregrinos entraban en la cripta por una de las puertas monumentales, se recogían en la penumbra y salían por la otra antes de llegar a la cima del edificio: la iglesia abacial. Una de las dos puertas de esta ascensión iniciática actualmente está condenada, cerrada para siempre mediante una cerradura inutilizable. Por la otra, en cambio, continúa accediéndose a la cripta: esa puerta es la que Johanna debe defender. Se detiene en una ferretería para comprar una gruesa cadena y un enorme candado, cuya llave llevará siempre encima. Pondrá la cadena y el candado en la única puerta practicable de la cripta, y nadie, aparte de ella y su equipo, podrá entrar allí. Primera parte del plan solucionada. Falta el otro punto, más complicado: convencer a François de que no la abandone. Nada más salir de la ferretería, coge el teléfono móvil. Se aclara la garganta, respira hondo y selecciona «François» en la agenda del móvil.

—Hola, Johanna, precisamente ahora iba a llamarte —dice, antes de que ella haya pronunciado una sola palabra. Acabo de hablar con el comisario Bontemps, y después he tenido una larga conversación con Brard.

—Sí, lo sé, ahora te lo explico.

—No vas a explicarme nada —la interrumpe con sequedad—. Ya sé todo lo que hay que saber y he tornado una decisión. Esta vez, la situación es demasiado grave; lo siento por ti, Johanna, pero todo ha terminado, voy a cancelar oficialmente las excavaciones.

—¡Espera un momento! François, yo...

—Soy subdirector de arqueología, Johanna, lo que significa que soy responsable de ese departamento —dice, levantando la voz—. Si no hago nada, es decir, si os dejo continuar después de que Brard y Bontemps me hayan advertido del peligro que corréis, tendré las manos manchadas de sangre si os ocurre algo. No puedes, nadie puede pedirme que corra ese

riesgo con pleno conocimiento de causa... Así que voy a suspender las excavaciones en consideración a vosotros, mis arqueólogos, pero también por mi carrera.

Ha soltado la palabra fatídica: carrera. Lo que significa, Johanna lo sabe: «Se acabó tener en cuenta los sentimientos, la relación privada; ahora solo cuenta el trabajo, donde tú eres mi subordinada y debes obedecerme». Es 2 de junio y son las trece horas. François le anuncia que al día siguiente, 3 de junio, llegará por la tarde al Monte un equipo que está reuniendo urgentemente: una cuadrilla constituida por obreros especializados, que dejarán la cripta en buen estado, bajo las órdenes del jefe de arquitectos de Monumentos Históricos y del administrador. Johanna se dice que no vale la pena contarle a François sus sospechas relativas a Brard. Encaja el golpe: tras los destructores, los reconstructores. Bontemps incluso le ha prometido a François que los restauradores contarán con la protección de la policía mientras duren los trabajos, cuando no había considerado esa asistencia para los arqueólogos. François le ordena a Johanna que interrumpa inmediatamente las excavaciones. Ella contesta que tiene que avisar a los demás, recoger el material, limpiar... y le suplica que le conceda un plazo. ¡Si pudieran llegar aunque solo fuera el día siguiente por la noche, o el otro, y darle un poco de tiempo! Él se niega. Dice secamente: «Esta noche». Esa misma noche, los arqueólogos deben abandonar la Virgen Soterraña y esperar la llegada del equipo de François, acompañado por él mismo. En persona. Es categórico, perentorio. Incisivo. Johanna tiene ganas de pegarle, pero debe inclinarse. De acuerdo, lo deja.

Catorce horas y treinta minutos. Johanna circula sin rumbo fijo. Le resulta imposible regresar al Monte, pero es incapaz de permanecer alejada de allí. Toma, pues, un atajo que la conduce a los pólders que bordean la montaña. Es un vasto desierto llano en el que los carteles indican lugares de nombre desconocido, un infinito de tierras tristes robadas al mar por los hombres del siglo XIX, una inmensidad baja y sin color que ha contribuido al enarenamiento del Monte. Para los agricultores que han domeñado el limo fértil de la bahía, esos campos fecundos son una victoria del hombre sobre la naturaleza salvaje. Para Johanna y los suyos, es una tierra de desolación que

priva a la montaña sagrada de su verdadera naturaleza: una isla aislada en el mar. La carretera es recta. Aquí y allá se ven granjas oscuras y cuadradas en medio de campos grises. Johanna avanza en línea recta sin encontrar a ningún ser humano. Es fácil perderse en los pólders, pero el Monte, su punto de referencia, está allí, a la derecha, detrás de un oquedal simétrico y negro que se lo tapa. Debe ir hasta el final para verlo; acelera. La carretera termina en un talud de hierbas saladas. Más allá comienza el reino del agua indómita: la arena, la bahía, las mareas. Un camino herboso se extiende a lo largo del terraplén. En su extremo, más o menos a un kilómetro, se alza el Monte. Se muestra por el flanco oeste, aquel donde muere el sol y despiertan las tinieblas, el de la Virgen Soterraña, oculta por las piedras de la iglesia abacial. Johanna aparca el vehículo delante del talud y se adentra a pie en el sendero. Durante dos horas, camina hacia la montaña, retrocede, se sienta, la contempla, la interroga con la mirada, se desespera. Todo ha terminado, ha perdido, está taciturna, como el paisaje que la rodea, pero su tristeza se niega a estallar. Está desconsolada, abrumada, enfadada, pero no acaba de resignarse. Confía en que todavía no sea el momento de la despedida. Las excavaciones han sido canceladas, pero su unión con el Monte no se ha consumado del todo. De repente, tiene la sensación de que la peña la llama. A las dieciséis horas y treinta minutos, tras haberse serenado, Johanna monta en el coche y se aleja de los pólders en dirección a la roca sagrada.

Al llegar al dique, no ve los autobuses de turistas que se apiñan al pie de la montaña en mecánica procesión. Allá arriba, en el extremo del campanario, se alza la afilada aguja rematada por la estatua del Arcángel. La escultura se encuentra ciento sesenta metros por encima de la bahía y sus quinientos kilos de cobre dorado forman un sol conocido en el mundo entero, alado, belicoso y protector, que domina a los hombres y corona la montaña en el cielo. Johanna solo lo mira a él, que, alto y orgulloso, le susurra que son sus últimos instantes de amor y de misterio. El príncipe de oro amarillo atraviesa los aires como un metrónomo celeste.

«Tac, tac... Ha llegado la hora de la verdad, hija mía, voy a ver qué contiene tu vientre, yo que te he ofrecido el mío... Tac, tac... El vientre de las mujeres es fértil, ¿es aguerrido su corazón? El Ángel siempre cumple sus

promesas, ¿tendrás tú la valentía de hacer lo mismo? La Virgen Soterraña es bendita entre todas las mujeres, y el fruto de su vientre está muy escondido... Olvida tu cabeza, escucha la memoria de tus entrañas, ¡esa es tu fuerza! La memoria de las entrañas...»

Diecisiete horas. Johanna no puede ir a la Virgen Soterraña. En ese momento, no. Los otros deben de estar aún allí recogiendo el instrumental y ella quiere estar sola. Busca el recuerdo de fray Román en el emplazamiento del coro original de la iglesia abacial. Sondea la atmósfera en busca de rastros invisibles de Román, así como de su propia huella, la de la niña que era hace veintiséis años, cuando se produjo su primer encuentro. Vaga por el deambulatorio de la iglesia cerrada y despoblada. Se sienta en el banco que eligió su madre el 15 de agosto del año que ella cumplió siete. Por primera vez en su vida adulta, reza a María, como su madre hizo y como la obligaba a hacer cuando ella era pequeña.

—Dios te salve María, llena eres de gracia...

Dieciocho horas. Capilla del Santo Sacramento. Un murmullo de tela que se arrastra por el suelo y el chillido de un fantasma despiertan a Johanna, sobresaltada. Inmediatamente, nota la espalda dolorida por haberse quedado dormida en el banco de madera. Se vuelve hacia la nave y sus ojos sin gafas distinguen el avance mágico de un cortejo de difuntos claros, que se deslizan en medio de lejanas volutas rojo sangre. Se pone las gafas y suspira ante la maravillosa realidad: una monja de las hermandades de Jerusalén se acerca a ella; envuelta en su largo hábito blanco y su ceñida toca, avanza escoltada por un vuelo de palomas y gaviotas, animales que tienen predilección por la basílica cuando en ella no abundan los humanos. El rojo es el color de las piedras de la iglesia abacial junto a la puerta, huellas indelebles de los besos del fuego al granito durante uno de los doce incendios que sufrió la iglesia. Johanna esboza una sonrisa sombría, como el gris de la paloma torcaz que se posa a sus pies.

—La he reconocido —dice en voz baja sor Adèle, sin extrañarse de que la arqueóloga duerma en la iglesia— y no quería despertarla... Iba a buscar a los fieles para el oficio.

—No se preocupe, tengo que irme —contesta ella mirando el reloj.

—Dentro de unos minutos celebramos vísperas. ¿Desea unir su plegaria a la nuestra?

—Con mucho gusto, hermana. Creo que necesito su oración; la mía es...
—Johanna se interrumpe—. En fin, gracias por su plegaria.

—Puede contar siempre con ella.

Bajo el brazo norte del transepto reposa la cripta de Nuestra Señora de los Treinta Cirios, pequeña, baja, cálida, totalmente abovedada. Detrás del altar, la bóveda de cascarón realza una ventana abierta en el muro. Una sola vidriera, de medio punto y dimensiones reducidas, con un dibujo esquemático, desprende una luz azulada y suave, hábilmente realzada por la arquitectura: la vista es atraída de inmediato hacia la vidriera, y esta parece el punto final del efecto de prolongación producido por las bóvedas. Johanna se sienta en un banco. Esa cripta exalta un sentimiento románico, una vida replegada en una piedad humilde e íntima, al final de la cual hay un resplandor simple y sereno, que no es fulgurante como un descubrimiento, sino que refleja la claridad de un camino que ha guiado la existencia terrestre: la salvación no se concede de forma violenta; procede del interior y es la finalidad de toda la vida. Una decena de monjes y monjas con hábito blanco están arrodillados, los hombres a un lado, las mujeres al otro, y comienzan a cantar su deseo de pureza. Algunos visitantes asisten al oficio junto a Johanna. La joven piensa en los monjes negros que celebraban allí la primera misa de la mañana encendiendo treinta cirios y el último oficio del día, completas, antes de que la noche envolviera la peña. Piensa que quizá fray Román rezó en aquel lugar y aspira buscando su olor: el incienso le responde y la acuna con una suave languidez. Sus ojos son atraídos por la imagen de la Virgen colocada contra un muro, frente a ella. María tiene rastros de pintura rosa y azul en los pliegues del vestido, está coronada, le falta la mano derecha y con la izquierda protege a un niño... decapitado.

Johanna sabe que esa imagen es posterior a la época románica y que el hecho de que el Niño Jesús no tenga cabeza es cosa de los revolucionarios, que decapitaban a Cristo Rey en todas las iglesias. Lo sabe, pero le impresiona ese pequeño tronco sin cabeza que su madre exhibe como si fuera un trofeo. Dirige una plegaria al monje decapitado escrutando al Niño Jesús

mutilado. Fray Román posee la fuerza que otorgan decenios de sufrimiento terrestre, y el espectro, la humildad de los siglos de castigo celeste. Si pudiera transmitirle un poco de su vigor para que Johanna viera la salida, la última ventana de tonos azules, si pudiera guiarla hacia ese último resplandor... Serenidad. Una sensación de quietud la invade, como si la hubiera atravesado una nube. La voz de los hermanos y las hermanas sobrevuela el cielo...

Diecinueve horas. Finalizado el oficio, Johanna da las gracias a sor Adèle y desciende a paso decidido hacia la casa de los arqueólogos. Ha tomado una decisión, y los instantes de paz que acaba de vivir la han ayudado a hacerlo: va a luchar de nuevo, a hacer un último intento. Tiene que ser pragmática, se lo debe a sí misma. Realista y eficaz. Como los guerreros: hay que combatir la conciencia, pues obstaculiza la acción. Ahora solo cuenta la acción. Le queda una noche para excavar, ilegalmente, antes de que llegue François. Está resuelta a encerrarse sola en la cripta, protegida por la cadena y el grueso candado, que colocará en el interior a fin de que no los rompan. Nadie la sacará de allí: la Virgen Soterraña se encuentra en estado de sitio. El Monte aguantó durante los ciento quince años de la guerra de los Cien Años, resistió durante los treinta años que duró su asedio sin caer jamás en manos de los ingleses; Johanna puede muy bien aguantar unas horas. Por ella y, sobre todo, por Román.

—¡Te hemos buscado por todas partes! —exclama Sébastien—. Ya nos hemos enterado de la noticia. A las dos y media, Brard ha venido a la cripta a anunciarnos a tambor batiente el cese de las excavaciones, y tú no estabas allí. No sabíamos qué cara poner.

—Estábamos preocupados por ti —precisa Florence con amabilidad—. Brard estaba exultante... Nos ha echado de la cripta como si fuéramos chusma y nos ha prohibido que volvamos a poner los pies allí. Se hubiera dicho que trataba de humillarnos; en cualquier caso, de vengarse. ¿Todo este revuelo es por culpa de la carta anónima? —pregunta, segura de la respuesta que va a recibir.

—Sí —dice Johanna—. La tentativa de intimidación ha producido el efecto deseado: están muertos de miedo, no por nosotros, sino por su posición, y lo proclaman a gritos. Es humano... Voy a ser sincera con

vosotros: pienso aprovechar las horas que quedan antes de que lleguen los otros para volver a la cripta. Esta noche. Sola. Creo saber quién mató a Mitia y ha escrito la carta, pero no puedo demostrarlo, así que, de momento, no diré nada. Pero no fue Guillaume, estoy segura. No creo que el asesino intente hacer nada, puesto que ha conseguido su propósito: las excavaciones han sido interrumpidas. Y si vosotros no decís nada, nadie se enterará. La única protección con la que cuento es esta —dice, exhibiendo la cadena y el candado—, pero será suficiente. En lo que se refiere a vosotros, dado que lo que voy a hacer es ilegal, permaneceréis al margen. Simplemente os pido que no me denunciéis.

—Johanna, ¿te das cuenta del peligro? —se rebela Florence—. Nos anuncias fríamente que, según tú, el asesino sigue merodeando por la abadía, pero da igual, tú vas a ir a escondidas a la cripta, esta noche, sola, a riesgo de toparte con él. ¡Es una locura!

—Confieso que no tengo ni idea de por dónde vas, Johanna —dice con calma Sébastien.

—¡Exacto! —replica Johanna, fuera de sí—. No os pido que vengáis conmigo, solo que cerréis el pico durante unas horas. Mirad —prosigue, tranquilizándose—, intento ser honrada y leal con vosotros, y os digo que vosotros no volveréis a poner los pies en la cripta. Yo voy a ir ahora, no para trabajar, sino para despedirme de la Virgen Soterraña. Mañana no podré hacerlo, con toda la gente que habrá; o ahora o nunca, y si es nunca, me quedaré con una sensación de obra inacabada... Algo muy poderoso y muy personal, que no puedo explicar, me une a este lugar. Para mí, esta cripta es una persona y debo despedirme de ella. Es como el duelo por alguien al que hemos amado apasionadamente... durante largos años. Al que siempre hemos amado, siempre, y que de pronto desaparece... Un duelo terrible..., una segunda muerte. Debo ir, y no me pasará nada; hacedme el favor de comprenderlo y de dejarme actuar a mi manera, vosotros que también estáis enamorados de las piedras, aunque mi actuación no sea muy racional.

Las palabras de Johanna parecen ablandar a Séb y a Florence, pero Patrick, que había permanecido callado hasta entonces, observando la escena con mirada distante, salta del sillón:

—¡Muy buena la parrafada sentimental! —dice con socarronería, fingiendo aplaudir—. ¡He estado a punto de llorar! No salgo de mi asombro, no estoy acostumbrado a que seas honrada y leal con nosotros. Es la primera vez que nos haces partícipes de tu estado de ánimo. Normalmente nos mantienes cuidadosamente al margen de tus planes. Gracias por la confianza que nos demuestras exigiendo que nos convirtamos en tus cómplices y que encubramos con nuestro silencio tus actos ilegales y absurdos, que pueden causarnos graves problemas; Brard es influyente y ha recuperado su posición de dominio. Si se entera de que hemos hecho caso omiso de sus órdenes, no dudará en intentar hundirnos en la profesión. Gracias, es todo un detalle pedirnos por anticipado que no digamos una palabra acerca de tu comportamiento inepto, que desde el principio no ha estado motivado por ninguna causa profesional.

—Yo he comenzado estas excavaciones y yo las terminaré —replica Johanna con amargura—. Sola. Se trata de algo simbólico, eso es todo. Tú haz lo que quieras; puesto que desde el principio tu única finalidad ha sido causarme problemas, continúa, te brindo una ocasión fantástica para perjudicarme, incluso para acabar definitivamente conmigo... Corre, ve a contárselo a Brard; él sabrá recompensarte y yo quedaré descalificada, mucho más de lo que piensas. ¿A qué esperas? Yo me voy a concluir mi historia con la cripta.

Johanna se dirige hacia la puerta del salón. «Fenoy no retrocederá ante nada —piensa—. En cuanto haya cruzado esa puerta, irá como una flecha a casa de Brard... No importa. Me arriesgaré.»

—Qué pena que todo acabe en estas deplorables condiciones y que no hayamos encontrado el tesoro —exclama Sébastien para distender la atmósfera—. Al final resulta que Dimitri tenía razón: el manuscrito de fray Román es una historia inventada para hacernos soñar; el tesoro no está en la cripta, sino en nuestras cabezas.

—Sí, en nuestras cabezas —repite Patrick—, pero ha sido la Virgen Soterraña la que, por nuestra culpa, ha acabado desfigurada. Mañana, los restauradores se tirarán de los pelos cuando vean en qué estado se encuentra.

Johanna está en el umbral. Al oír esas palabras, se vuelve hacia su

ayudante.

—¡Piensas en las piedras, pero no te acuerdas del rostro aplastado de Jacques ni de las facciones congeladas de Dimitri! —le espeta.

Patrick adopta un aire amenazador.

—¡No solo los recuerdo, sino que pienso que eres tú quien los ha matado! —le grita a Johanna—. ¡Eres tú, con tu obstinación cerril y egoísta en excavar en la Virgen Soterraña, quien los ha destruido!

Johanna, furiosa, avanza hacia él dispuesta a agredirlo. Sébastien se interpone en el momento en que la joven se abalanza sobre su ayudante.

—¡Os habéis vuelto completamente locos! —grita—. ¿Qué os pasa? Vete, Johanna, ve a la cripta, te prometo que no diremos nada. Y él tampoco —añade, mirando a Patrick—. Pero no te quedes mucho tiempo, es peligroso.

—De acuerdo, Séb, gracias. Tú no pierdes nada esperando —dice, mirando de hito en hito a su ayudante—. ¡Ajustaremos cuentas cuando vuelva!

—Te esperaré —contesta él, con la mayor tranquilidad del mundo.

Veinte horas y treinta y cinco minutos. Johanna se funde con la penumbra para llegar discretamente hasta la puerta de la Virgen Soterraña. Lleva su bolsa de viaje al hombro. Abre la puerta de la cripta, pulsa el interruptor de la luz y entra. Se diría que el santuario ha sido víctima de un seísmo: algunos adoquines están levantados y puestos contra la arcada central. Los que quedan forman un extraño tablero de ajedrez junto a la tierra batida que aparece bajo ellos. Todos los muros que enmarcan los dos altares están desmontados; los bloques de granito etiquetados se amontonan y la roca que aparece en el lugar de las murallas humanas hace que el fondo de la cripta parezca una cueva primitiva, oscura y asfixiante. Johanna saca la cadena y el candado de la bolsa, coloca la cadena por el interior y pone el candado: Brard no podrá entrar, y Fenoy tampoco. Nadie. Se adentra en la cripta y arroja el contenido de la bolsa sobre el altar de la Virgen: un jersey de lana, una botella de agua, un termo de té caliente, un cuchillo, el teléfono móvil (sin cobertura debido al grosor de las paredes), unos bocadillos, unas galletas, su copia del manuscrito de Román y un aerosol de gas lacrimógeno. Observa la puerta con recelo. ¿Está realmente segura? La invade cierto temor. Entonces,

con ayuda de la pequeña grúa, transporta hasta la entrada unos bloques de la muralla de Auberto y comienza a construir un muro de piedra contra la puerta.

Veintiuna horas y treinta minutos. El crepúsculo envuelve la iglesia abacial. De noche, se diría que las piedras susurran leyendas terribles y que las tinieblas son la cogulla negra de todos los benedictinos que han intentado sobrevivir allí. El áspero sayal de los que han muerto, cuya sepultura se ha perdido en el tiempo. De noche, la abadía se llena de los recuerdos de las guerras que se desarrollaron en el pasado: los combates místicos, políticos, fratricidas contra las fuerzas visibles e invisibles, los dragones del interior y del exterior, los de la naturaleza y los de los hombres. Johanna piensa demasiado en su lucha personal para tener miedo. Al contrario, se siente en osmosis con el alma de la basílica, con las fuerzas sobrenaturales que frecuentan la Virgen Soterraña entre completas y vigilias y que le han dado la energía necesaria para construir su bastión: porque la cripta está por fin preparada para el asedio. Johanna está encerrada en su fortaleza. Con el rostro sudoroso, observa su obra con satisfacción: la puerta de entrada casi ha desaparecido tras una muralla de granito. La edificación es tosca, pero simbólica: ya no son las piedras de Auberto, son las de Johanna. Acaba de fundar su santuario, que la protege de los enemigos exteriores y la aísla en las entrañas de la Virgen Soterraña. Sus entrañas. Tendrá que pasar un rato desmontando el muro con la grúa para salir de la cripta, pero no le importa, pues en ese momento no piensa en salir; lo único que desea es entrar. Entrar en el secreto de sus sueños. Johanna, de pie en la nave, mordisquea un bocadillo. El pan sabe a polvo. A granito. ¿Y ahora qué hay que hacer? Llamar a Román para que le dé un indicio... Invocar al espectro. Pero, como siempre, el fantasma permanece agazapado en las murallas de la Virgen Soterraña.

—Te niegas a aparecer en la realidad —le reprocha Johanna en voz alta—. ¿Por qué, si yo creo que eres real? ¡Eres real, así que deja de sustraerte a mi mirada! No tendré miedo. Sé que estás aquí, en alguna parte... ¡Déjate ver de una vez, no puedo seguir esperándote indefinidamente! Estoy harta de tus enigmas cabalísticos. Se acabó el juego, ya no nos queda tiempo, es el

momento, el último, y tú lo sabes. Ayúdame ahora o jamás serás liberado.

Soy tu única oportunidad..., tu única oportunidad..., solo me tienes a mí...

El cansancio y la desesperación hacen que Johanna caiga de rodillas, sollozando.

—¿Por qué? —balbucea—. ¿Por qué solo te dejas ver dentro de mi cabeza? En sueños, siempre en sueños... Son nuestros últimos instantes, Román; mañana tengo que irme, esta noche tengo que dejarte para siempre... Te lo suplico, ayúdame... San Miguel, por favor... ¡Déjale darme una señal, solo una señal! ¡Duérmeme si quieres, Román, haz que me suma en mis sueños y ven!

Cierra los ojos, pero la angustia no la deja en paz. Los sueños son como el sol: el hombre no puede ordenarles que salgan, son ellos los dueños de la tierra. Los sueños... Johanna ha soñado hace un rato, cuando estaba dormida en la capilla del coro de la gran iglesia... Era un sueño extraño, como todos los sueños, con su propia lógica, su parte de memoria inconsciente, transformada en cuadro surrealista: en esa escena onírica, Johanna iba vestida con ornamentos negros, como los que llevaba el espectro en la leyenda de Simón. Ayudaba al padre Placide a celebrar la misa de difuntos en la Virgen Soterraña, en el altar de la Trinidad cubierto de cirios encendidos. El anciano alzaba una hostia cuadrada, azul como una ventana abierta...

Johanna abre los ojos y contempla el pedestal. Al igual que su gemelo, el altar de la Virgen, es obra de Froidevaux en los años sesenta: un aire moderno se desprende del tablero de mármol, en cuyo canto hay grabada en letras doradas una inscripción latina. El pedestal es de una fealdad incomparable; de piedras vistas unidas con mortero, como la fachada de una casa de suburbio, y apoyadas sobre una base rectangular más ancha de losetas de granito gris. Froidevaux, que tan bien restauró el alma medieval de la cripta, construyó, en cambio, unos altares típicos de la arquitectura del siglo XX que no armonizan nada con el resto del lugar. ¿Por qué? Porque los antiguos altares fueron destruidos en el siglo XVIII, cuando los maurinos tapiaron y condenaron la cripta, y no existía ninguna reproducción. Dado que los altares originales se habían perdido, Froidevaux tuvo que inventar unos

nuevos.

Sí, pero ¿por qué construyó unos pedestales que contrastan tanto con el espíritu de la Virgen Soterraña? ¿Para que la vista sea atraída y sienta rechazo por esos altares contemporáneos? Johanna esboza un mohín dubitativo. ¿Para que los pedestales sean identificados como elementos recientemente incorporados a la cripta y, por lo tanto, ajenos a su ancestral historia, a su alma, a sus secretos?

De hecho, Johanna nunca ha prestado atención a esos dos horrores, que utiliza para dejar encima los instrumentos y como espacio para ordenar el material. Sin embargo —lo recuerda muy bien—, el padre Placide dijo que en el pasado el espectro había aparecido en la escalera que quedaba sobre el altar de la Trinidad. Asimismo, en sus tres sueños, el monje decapitado estaba siempre sobre el altar de la Trinidad, y el altar era el mismo que ella mira ahora con desprecio... Sí, ese altar se hallaba presente tal cual en sus sueños, incluido el de un rato antes, en el que era el personaje principal. ¡Por el príncipe de la milicia celeste! ¿Sería posible? ¿Y si era esa la señal que esperaba? Sería absolutamente demencial... Casi toda la cripta ha sido puesta patas arriba, lo único que no se ha tocado son los pedestales... No puede perder ni un segundo, debe comprobarlo inmediatamente. Se levanta, coge un pico y golpea con todas sus fuerzas la base del altar de la Trinidad para romper el sellado. Está muy duro, pero su vigor aumenta a medida que pasan por su cabeza las imágenes de sus sueños y las palabras del anciano monje, cuyo elemento central es el altar. Encierra un secreto, sí, está segura, encierra un importante secreto; de lo contrario, no sería igual que ese y no habría aparecido siempre. Seguro que Froidevaux vio algo; era muy creyente, aunque ¿creía en los espectros? Pasó casi tres años de su vida aquí, en la Virgen Soterraña, encontró algo, es evidente, o bien se negó a encontrarlo, se asustó y no intentó desentrañar el enigma. Al cabo de media hora de esfuerzos, la base cede. A cuatro patas, Johanna retira los cascos. Mecánicamente, empuja el altar para apartarlo, pero, como es natural, no lo consigue. Necesitaría la ayuda de Patrick, Séb y Florence. ¡No! ¡Tiene que lograrlo sola, tiene que excavar sola, ese es su deseo! Un deseo que una mano ensangrentada ha cumplido... Los cimientos del pedestal son sólidos, se

hunden profundamente en el suelo. Johanna cambia de táctica: los obreros medievales tenían unos artefactos manuales provistos de polea, que sujetaban los bloques con su boca de acero; ella... ella tiene la pequeña grúa. Johanna acerca los potentes clientes de la máquina al altar y acciona el brazo de la grúa. Es una maniobra peligrosa. ¡Vamos, maquinita, haz un esfuerzo, por favor! Ya está, el pedestal se eleva tres centímetros. La sobrecarga de peso es enorme; la máquina está ideada para trasladar bloques de granito, no semejantes construcciones con tablero de mármol..., es posible que no aguante. Sin embargo, Johanna consigue, con movimientos suaves y precisos, desplazar lentamente la carga y depositar el pedestal más lejos.

Detiene la grúa y se precipita hacia el emplazamiento del altar. Si esta vez vuelve a dar con la roca, sabe que todo habrá terminado..., pero, en lugar de la roca natural, descubre un agujero, un corredor vertical que parece descender no se sabe adónde, abajo, muy abajo... El conjunto está obstruido por grandes piedras y cascotes de toda clase, pero no cabe duda, ahí abajo hay algo. ¡Victoria! Ha encontrado el lugar secreto. La estancia secreta no estaba tras los muros, sino en las profundidades del vientre, en las entrañas subterráneas. ¡Las entrañas, tal como el Ángel le había indicado! Guillaume iba, pues, por buen camino al intuir la existencia de una gruta.

«Gracias, Guillaume —piensa—. Gracias, Román. Gracias, Arcángel guerrero. Gracias, Froidevaux. Deprisa, deprisa, a trabajar, hay que despejar el paso... Grúa, ven aquí...»

Veintidós horas y cuarenta y cinco minutos. Johanna termina de retirar de la chimenea vertical las piedras que la obstruían, y esas piedras le cuentan historias sorprendentes: la mayoría de los bloques de granito son medievales, unos sin labrar, otros labrados y con una cicatriz: la marca de los obreros, el distintivo de los talladores de piedra. Johanna reconoce algunas firmas, visibles en la terraza del oeste. Las piedras han conservado la firma de los que construyeron la nave románica, y esas firmas son idénticas a las que aparecen grabadas en los bloques que Johanna extrae del suelo. El abad Almodius inició la construcción de la nave; a su muerte, en 1063, Ranulfo de Bayeux se convirtió en abad y terminó la gran iglesia abacial románica. Esos bloques forman parte del material utilizado para la nave de la gran abadía.

«O sea, que en esa época aquí ocurrió algo —concluye—, algo provocó el cierre del pasadizo por manos humanas. 1063, muerte de Almodius... 1063, año en que fue redactado el manuscrito de Román... y tal vez muerte de Román, decapitado aquí mismo... y condenado por san Miguel a errar entre la tierra y el cielo. 1063, ¿cierre del pasadizo secreto? ¡Esos tres acontecimientos están relacionados! La cabeza y el cuerpo de Román están al final de ese túnel vertical, eso es evidente. Alguien o, en vista del peso y del tamaño de los bloques, más bien varios hombres, monjes o albañiles, taponaron la chimenea después del asesinato de Román; sin duda arrojaron su cuerpo mutilado por el conducto. Pero ¿quién y por qué? Johanna, deja de hacerte preguntas —se ordena—, mira las piedras, escúchalas..., te hablan... Esta, por ejemplo, es muy anterior al siglo XI, aunque no puedo datarla con precisión. No importa, ahora mismo voy a bajar a la cavidad y ahí encontraré el esqueleto de Román. Cuando construyó los cimientos de los altares, Froidevaux tuvo que ver forzosamente la chimenea, pero estoy convencida de que la dejó tal cual, taponada por las piedras. ¿Qué sucedió para que no fuera más lejos? ¡Y qué más da! Si lo hubiera hecho, el monje decapitado no habría llegado hasta mis sueños. ¡Es mi misión, el desenlace de toda mi vida, un sueño infantil que se hace realidad!»

Ha sido imposible sacar los últimos bloques. La chimenea es demasiado profunda para los brazos de la grúa. Unos cinco metros. La única solución es empujar las piedras hacia el fondo, confiando en que rueden y no obstruyan la salida del conducto. Vamos... Un último esfuerzo antes de descubrir el tesoro. Johanna, boca abajo al borde del orificio, intenta desencajar los bloques del útero de roca y precipitarlos hacia abajo con ayuda de una larga barra de hierro utilizada para efectuar las perforaciones.

«¡Vamos, Johanna, empuja, empuja! —se anima—. ¡Ha llegado la hora de tu nacimiento, Johanna, el metrónomo se ha detenido, debes salir de las entrañas calientes del mundo que conoces para ir hacia lo desconocido! ¡Es ley de vida, Johanna, sigue empujando aunque tengas miedo!»

—¡Aaah!

Grito de liberación. Las últimas piedras han acabado por ser expulsadas. Johanna retira la barra de acero y contempla el conducto con ansiedad.

Negro. Está todo negro. Acerca una linterna. El camino vertical que desciende al abismo ha sido excavado por hombres. El potente haz luminoso permite distinguir restos de peldaños, deliberadamente rotos, eliminados; el primer tramo del conducto debía de ser menos abrupto, seguramente tenía una escalera y por oscuras razones lo hicieron impracticable. Los ojos expertos de Johanna se fijan en los golpes asestados a la roca para destruir la escalera. La joven se pone en pie. La cabeza le da vueltas por efecto del vértigo. Va a tener que bajar a la galería... Las lágrimas acuden de nuevo a sus ojos, unas lágrimas en las que se mezcla la alegría y la pena por estar a punto de lograr su objetivo. Es el final, pero ¿desea realmente que todo acabe? Siente la dolorosa opresión de un mundo cuya desaparición ha prometido, el último soplo de vida de una larga espera, la angustia del porvenir, el nostálgico beso anunciador de un inevitable tránsito. Román... En ese instante, a través de la fortificación hecha con piedras de Auberto, suenan unos fuertes golpes en la puerta de la cripta. Johanna, vacilante, se acerca.

—¡Johanna! ¿Dónde estás? ¡Abre! —dice la voz de Sébastien.

—¡Jo! ¡Contesta, por favor! ¿Va todo bien? —añade Florence.

—¡Estoy aquí! —dice ella con voz firme—. Todo va bien.

—¡Déjanos entrar!

—No. No he terminado.

—¿Terminado qué, Jo? —replica Florence—. ¡Hace casi tres horas que estás aquí dentro sin permiso, es más que suficiente para despedirte de la cripta! Vuelve a casa con nosotros o tendremos graves problemas.

—Lo siento, pero no puedo. Todavía no. Necesito un poco más de tiempo.

—Se te ha acabado el tiempo —contesta Flo—. Mira, aunque nos hayas mentado sobre lo que estás haciendo en la cripta, da igual, de verdad, pero tienes que salir inmediatamente de ahí o no podrás volver a hacer excavaciones en ningún sitio.

—¿Qué ha pasado? —pregunta Johanna, presintiendo complicaciones.

—La culpa ha sido mía —dice Sébastien—. Hemos cenado los tres abajo, y yo vigilaba a Fenoy por el rabillo del ojo para impedir que telefonara a

Brard, pero... ha sonado el teléfono, le he dado la espalda un segundo para cogerlo, y él ha aprovechado para salir... Lo siento, Johanna. Eso ha sido hace cinco minutos, hemos venido enseguida a avisarte... Date prisa y así, cuando Brard y él lleguen a la cripta, no encontrarán a nadie.

—No os preocupéis —dice Johanna—. No pasa nada. Me quedo, pero ellos no podrán entrar.

—¿Que no pasa nada? —repite Sébastien—. ¿Que no van a poder entrar? ¿Piensas impedir que el administrador entre en la cripta, en «su» cripta? Pero ¿has pensado en las consecuencias que tendrá eso en tu carrera?

La palabra «carrera» hace que Johanna rompa a reír.

—Si supierais lo poco que me importa ya mi carrera... Me trae completamente sin cuidado. Gracias por haber venido a avisarme, pero ahora dejadme... Marchaos y no os preocupéis.

Silencio.

—Jo —dice de pronto Florence—, ¿y si estabas en lo cierto cuando antes has dicho que... el asesino se encuentra todavía entre estas paredes? Que te traiga sin cuidado tu futuro profesional es una cosa, pero... ¿y tu futuro sin más?

—¡Bueno, ya está bien! —replica ella, exasperada—. ¡Marchaos! En la Virgen Soterraña estoy protegida, es en el exterior donde está el peligro. Aquí no temo nada, ¿entendido? ¡Largaos! ¡Que os larguéis os digo!

—No sé qué estás haciendo ahí adentro —contesta secamente Sébastien—, pero me niego a apoyar semejante actitud, propia de una irresponsable. Así que... —prosigue, mirando el reloj—, son las once..., si a la una de la madrugada no has vuelto, echamos la puerta abajo. Adiós, Jo, y suerte.

Johanna esboza una mueca de maldad.

«¡Echar la puerta abajo! ¡Ja, que lo intenten! —se dice—. Con la cadena y el muro que he levantado, no lo consiguen ni por casualidad.»

Da media vuelta y regresa junto al agujero negro. La una de la madrugada... Le quedan dos horas para explorar la cavidad y colocar la cabeza de Román sobre su cuerpo. Más que suficiente. Deja caer una escala de cuerda por la chimenea de granito y constata con sorpresa que toca el suelo pasados siete metros. Sujeta el extremo a la grúa, se pone la cazadora y

coge una linterna. Por fin, el momento de la verdad. Lentamente, intentando calmar los latidos de su corazón, desciende por el secreto de Moira y de Román.

Capítulo 20

El pasadizo es estrecho. Las paredes de piedra raspan la cazadora de Johanna. Sensación de descenso al abismo y de comunión con el granito. Impresión de penetrar en su propio vientre. El miedo ha desaparecido en beneficio de la certeza del tiempo suspendido a sus pies, los cuales salvan los escalones del mismo modo que se vuelve atrás, a la retaguardia de la historia, al otro lado del espejo deformado por el imaginario. Sus pies tocan un suelo pedregoso. Suelta la escala y empuña la linterna, cuyo círculo luminoso surge del bolsillo superior de la cazadora. Planta cara al misterio y le clava su luz en el corazón. De pronto aparece una gruta. Una gruta circular, natural, que le recuerda la del monte Gargano. Una cavidad redonda de altura variable, entre uno y alrededor de cuatro metros, y que debe de medir al menos veinte de diámetro. Johanna respira despacio para no turbar el silencio de las tinieblas. En el umbral de la caverna, examina el suelo y las paredes: rastros de erosión, seguramente la roca fue excavada por un río subterráneo que volvió a su cauce. Los hombres solo han abierto el acceso que ella acaba de tomar. La gruta es obra de la naturaleza. Johanna avanza por el oscuro antro y se detiene ante la asombrosa visión que muestra la linterna: dos altares primitivos se alzan en el centro. Dos altares gemelos, toscamente tallados en granito, que parecen dólmenes. Sobre cada uno de ellos, un pequeño reguero para recoger la sangre de los sacrificios. En un nicho excavado en el muro, aparece una escultura, la estatua de una mujer con túnica y cabello largos, montada en un caballo.

«¡Epona! —adivina Johanna—. Una de las numerosas representaciones galas de la diosa madre, sacerdotisa de la fecundidad. Epona, protectora de los caballos, animales preciosos que simbolizan la caza, la guerra, la muerte. Epona, patrona de los guerreros, de los viajeros y de los que se dirigen al más allá, al otro mundo, al universo de los difuntos... ¡Increíble! Un santuario celta, sí, se trata de un auténtico santuario celta. Pero en ningún documento se menciona este lugar. Nadie ha hablado jamás de él. Nadie lo conoce. ¡Acabo de hacer un descubrimiento arqueológico importantísimo! Por todos los dioses, ¿de cuándo puede datar este templo pagano?»

Con suma delicadeza, pese a que le tiemblan las manos, Johanna coge la estatuilla que representa a Epona.

Sus conocimientos del arte celta son demasiado limitados para permitirle evaluar con precisión la época de la escultura, pero le parece muy anterior a la Edad Media. No obstante, su cultura histórica le proporciona algunos datos.

«Tradicionalmente, los celtas no hacían imágenes de sus dioses —se dice—. Fueron los romanos los que introdujeron las representaciones antropomórficas de las divinidades, de modo que esta estatuilla fue esculpida después de la invasión romana de la Galia, en el siglo I, y antes de la cristianización, en el siglo VI... ¡Un margen de cinco siglos, menuda precisión! La gruta seguramente es prehistórica, y este santuario puede muy bien datar de la gran época céltica, la civilización de La Tène, en 450 antes de Cristo. No tengo ningún medio de estar segura de eso, pero es prodigioso desde el punto de vista arqueológico y humano. ¿Desde cuándo no ha pisado un hombre el suelo de este lugar?»

Johanna está subyugada por su descubrimiento. De repente, piensa en Guillaume. Recuerda lo que el joven le dijo la primera vez que se vieron, en la Virgen Soterraña. Le habló de los celtas y del dios Ogmios, venerado en la montaña.

«Ogmios, el dios de la guerra, de la elocuencia, de la escritura, de la magia y de los muertos... Ese dios sicopompo que, como Epona, como san Miguel, conduce el alma de los difuntos al otro mundo. Guillaume no sabía que Ogmios también era venerado debajo de la montaña... Me encuentro ante

el antepasado pagano del Arcángel cristiano. La morada de Ogmios parece una versión primitiva de la Virgen Soterraña: forma redonda, como el oratorio de Auberto que rodea la cripta, altares gemelos, consagración a la diosa madre, representación pagana de la virgen negra que preside arriba, consagración por Ogmios-San Miguel...

»Arriba, la cripta fue bautizada con el nombre de la Virgen Soterraña, pero la que merece tal nombre es esta gruta, pues es el lugar más antiguo del Monte, el origen de la montaña, sus raíces, la fuente, la madre que lo ha engendrado todo..., sus entrañas.»

Johanna deja la escultura sobre uno de los dos altares. Retrocede unos pasos. Algo la roza y se sobresalta de miedo. Dirige el haz de la linterna hacia sus piernas y ve un esqueleto tendido a sus pies. No puede contener un grito de terror... y de alegría. ¡Román! Recorre el suelo de la caverna con el foco de luz y descubre tres esqueletos, dispuestos alrededor de los altares. Los mira uno tras otro, para constatar que todos tienen la cabeza sobre el cuerpo. Ninguno es Román. En cambio, los tres llevan jirones de tela blanca y una cruz de oro alrededor del cuello. Johanna ilumina con la linterna el colgante: una cruz drúidica con cuatro brazos iguales. Los difuntos debieron de ser tendidos sobre flores, pues resultan visibles rastros de polen. A su alrededor, el suelo está alfombrado de vasijas, joyas y armas curvadas: las ofrendas a los dioses.

«¡Cielo santo! Esto debía de ser un lugar de culto, transformado en monumento funerario para acoger a estos tres dignatarios, sin duda grandes hombres de la casta de los guerreros, lo que explicaría la presencia de Epona. ¿Cuándo fueron depositados en este vasto panteón?»

Johanna se inclina sobre uno de los cuerpos.

«Habría que hacer un análisis químico de los restos, una datación mediante arqueometría —constata—. ¡Paul se quedaría boquiabierto ante este espectáculo! A simple vista, la estructura y el color de los huesos permiten presagiar varios siglos de edad... ¿Cuántos con exactitud? Imposible decirlo, ¡es frustrante! Vaya, junto al tercer cuerpo hay depositada una estela, una placa de granito con una inscripción grabada en una lengua desconocida, con un alfabeto desconocido. ¿Qué significa este misterioso epitafio?»

Ideogramas..., una sucesión de trazos verticales, horizontales y oblicuos..., parecen runas..., ¡no, Johanna, son ogams! ¡Sí, exacto, es escritura ogámica, inventada por el dios Ogmios para uso exclusivo de los druidas! La lengua sagrada que empleaban para la divinización y las inscripciones en las tumbas... Sí, por el trazado, es la lengua del dios de los muertos. Pero soy incapaz de descifrar los jeroglíficos celtas. Guillaume habría podido hacerlo. Estos tres guerreros debieron de ser depositados aquí, escondidos tal vez, a raíz de un drama. ¿Guarda esto alguna relación con Román? Estos cadáveres probablemente son anteriores, y en el siglo XI nadie conocía ya el lenguaje de los ogams. Nadie salvo... Moira. ¡Sí, ese era el secreto de Moira que Román deseaba preservar a toda costa! Pues claro..., es evidente. La joven celta conocía la existencia de esta gruta, sabía lo que había en el interior de este vientre clandestino, milagrosamente salvado de los cristianos. En 1023, el proyecto inicial de la gran iglesia abacial preveía la destrucción de la iglesia carolingia. Pero, si derribaban la iglesia, esta guarida sería descubierta. Moira, fiel a su pueblo, imploró al constructor que no tocara la iglesia de los canónigos a fin de proteger este lugar subterráneo; por eso Román modificó los planos de Pedro de Nevers antes de marcharse del Monte, ocultando a todos las verdaderas razones de ese cambio arquitectónico. Si hubiera dicho la verdad, los benedictinos habrían asolado este templo pagano... Román era monje, desaprobaba las creencias impías de su amada, pero Moira acababa de morir y él estaba triste y desesperado... Se inventó la extravagante superchería que cuenta en su manuscrito para salvaguardar este cementerio celta y honrar la memoria de Moira... y la iglesia de arriba se convirtió en la cripta de la Virgen Soterraña, oscura como la gruta que cubría. En 1063 sucedió algo que hizo regresar a Román; este osario debía de estar en peligro. Alguien debía de amenazar con descubrirlo. Román cumplió la promesa hecha a Moira, la necrópolis celta permaneció oculta a la mirada de los cristianos, pero él murió aquí... ¿Quién lo decapitó? ¿Dónde está su cadáver?»

Da la espalda a los tres esqueletos para acabar de inspeccionar la caverna. «Hay que excavar la tierra para acceder al cielo.» La tierra del Monte es la roca. Román está fatalmente aquí, en el corazón de la montaña. Atrapado en

el centro de la pirámide de piedra, como una momia egipcia. Una momia en dos trozos.

Lejos de los altares y de las sepulturas, la linterna ilumina de pronto otros despojos humanos, muy diferentes de los tres anteriores: este esqueleto está sentado, apoyado en la pared. Ninguna ofrenda a su alrededor. Ningún rito funerario. Vestiduras negras se adhieren a sus huesos como miserables ornamentos. Johanna las toca. Caen convertidas en polvo, pero son los restos de un sayal. Del cinturón de cuero cuelgan un rosario casi intacto, un pequeño cuchillo y una tablilla de cera. Un monje. Un benedictino. A diez centímetros del cuerpo, yace en el suelo... una cabeza. Su cabeza.

Johanna se queda petrificada. Es él. Quisiera hablarle, decirle lo que ha sido para ella durante todo el tiempo que ha permanecido en su interior y ha alimentado su alma. El alma... Ahora Johanna debe apaciguar la suya, aceptar y consumir la separación, su separación. Debe abrir la ventana azul, y él saldrá volando para reunirse con Moira..., sus almas se encontrarán en el infinito. Johanna se quedará sola con el cuerpo de Román, ese esqueleto cubierto de ornamentos negros que ha buscado toda su vida. ¿Podrá continuar excavando, animado el corazón por la búsqueda de otras osamentas? Si ya no hay búsqueda, tampoco hay sentido y tampoco hay vida. ¿Deberá resignarse a llevar una existencia separada del misterio, indiferente al enigma de sus sueños? Johanna se arrodilla, deja la linterna y toca el cráneo. Levanta la mano hacia el pecho de Román. Constata que tiene varios huesos fracturados a la altura de las costillas, del codo izquierdo, de la muñeca y de los miembros inferiores. Examina la nuca: ningún rastro de decapitación. Es evidente: el cuello no ha sido seccionado. Durante la descomposición del cadáver, el cráneo se ha desprendido de las vértebras y se ha separado del tronco apoyado en la roca. No es Román. Una inmensa decepción invade a Johanna; luego la asalta una pregunta: si no es él, ¿quién es?

Distingue un estilete junto a su mano derecha. La tablilla de cera, el desconocido ha escrito algo, sus últimas palabras... Es latín. Johanna conoce esa lengua muerta a la perfección. Deja la cabeza e ilumina con la linterna los caracteres románicos: la escritura es torpe, como la de un niño, las palabras no están rectas; claro, las ha trazado en la más absoluta oscuridad,

trabajosamente, con los huesos rotos. Es el testimonio de un moribundo. Emocionada, Johanna lee. Traduce.

Brewen, el hermano de Moira, ha colgado a fray Antelmo en el campanario, ahogado a fray Romualdo en la bahía y quemado a Eudes de Fezensac, mi constructor. El aire, el agua, el fuego, los suplicios que sufrió Moira hace cuarenta años. La tierra, lugar de la muerte de su hermana, me la ha reservado a mí: me ha partido los miembros y arrojado a este santuario impío, cuya única salida, bajo el altar de la Santísima Trinidad, ha condenado con ayuda de varios cómplices. Voy a morir como ella, bajo tierra. No temo esta muerte, temo el castigo de Dios. Que el Arcángel interceda ante El, pues soy un asesino. Por amor, he matado a los dos únicos seres humanos que amaba. Maté a Moira y he matado a fray Román. Ángel del firmamento, que el alma de ambos esté contigo en la paz del cielo. Príncipe de la guerra, ten piedad de mi alma extraviada entre los demonios.

Padre abad Almodius - noche de la Ascensión del año 1063

Johanna olvida a Epona, a Ogmios y los tres esqueletos celtas. La gruta se desvanece ante sus ojos, invadidos por imágenes de otra época, la de sus tres sueños anónimos, que por fin se encarnan y se personifican a través de Almodius, cuyos restos contempla.

«¡Almodius! ¿Qué clase de hombre era? —se pregunta la arqueóloga—. Un maestro reconocido y respetado del scriptorium, un padre abad cuya muerte se halla envuelta en el misterio, no figura en ningún archivo y hoy se aclara... Su pasión por Moira debía de ser inmensa para haber conducido a la joven celta a la muerte. Pero ¿y Román, al que declara amar? ¿Por qué mató a Román? Seguramente por celos en relación con Moira..., ¡no obstante Moira llevaba cuatro décadas muerta! Unos celos reprimidos durante cuarenta años, a los que quizá se sumaban otros sentimientos...»

Johanna no sabrá nunca la verdad, pero no consigue detestar a ese ser que murió asfixiado en la gruta o destrozado por las heridas hace más de nueve siglos. Aunque Almodius entregara a Moira, provocara la separación entre

Román y la joven celta y matara con sus propias manos a su querido Román, ella no lo odia. Al contrario, una profunda compasión se apodera de ella frente a los huesos del padre abad. ¡Cómo le gustaría enterarse de lo que ocurrió entre él y Román! Pero el triste cadáver, tras haberse presentado del modo en que lo ha hecho, se queda en silencio. No, tiene una cosa más que decirle: el esqueleto de Almodius no lleva ni la cruz labrada ni el anillo característicos de los padres abades. ¿Dónde están esos signos distintivos? Y sobre todo, ¿dónde está Román?

«Román —piensa—, eres inocente de los crímenes que he visto en sueños y que se produjeron de verdad en 1063; el testamento grabado en cera lo demuestra. Me enviaste la visión de esos crímenes, perpetrados por el hermano de Moira, para ilustrarme sobre las circunstancias de tu propia desaparición. No era una confesión de culpabilidad, tal como yo siempre había presentado. El monje decapitado no es un espíritu maligno. Pero ¿dónde está? ¿Por qué me ha pedido que excave aquí?»

Johanna explora el resto de la gruta, pero no encuentra ninguna otra osamenta.

«¿Y si me hubiera equivocado? —se pregunta—. No, es imposible. Su cuerpo tiene que estar forzosamente aquí, con el hombre que lo asesinó. Almodius, ¿qué hiciste con tu víctima?»

A modo de respuesta, se fija en un montículo de piedras, a un metro del cadáver del padre abad. Conteniendo la respiración, las aparta y descubre... un cráneo y una cruz cristiana de oro colgada de una cadena.

Bajo la Virgen Soterraña, 3 de junio, veinticuatro horas y cuatro minutos. Las lágrimas brotan en silencio de los ojos de Johanna.

La joven tiene la certeza de haberlo encontrado por fin y de estar al final del camino. Lloro por el duelo que va a tener que hacer. No se atreve a tender la mano hacia la cabeza de su bienamado Román. Almodius dio sepultura al cráneo de su víctima, enterrándolo como pudo bajo un montón de piedrecillas y colocando junto a él su propia cruz bautismal.

«Almodius decapitó a Román, pero lo amaba —concluye—. Después de haberle construido esta extraña sepultura, rezó por él. Almodius no intentó escapar, era inútil. En vista de las fracturas de las piernas, ni siquiera debía de

poder mantenerse en pie. Se arrastró boca abajo por la gruta para apoyarse en esta pared, redactó su testamento y esperó la muerte implorando a los ángeles.»

Johanna acaricia la cabeza de Román. ¿Dónde está su cuerpo? No lo ve en ninguna parte... Busca de nuevo, examina todos los rincones de la gruta, y de repente oye un ruido extraño, una especie de repiqueteo de madera en la roca, detrás de ella, donde está el conducto por el que ha bajado. Coge la linterna y se dirige hacia, la garganta de granito. En ese momento constata que la escala de cuerda ha desaparecido. El pánico se apodera de ella.

—¿Hay alguien ahí arriba? —grita.

En un instante, el miedo le empapa el rostro y el pecho de un sudor acre. Silencio. Nadie responde, pero tiene que haber alguien, la persona que ha retirado la escala. Desde el fondo del pozo, percibe una presencia en la Virgen Soterraña. ¿El espectro? No, claro que no. ¿Una presencia humana? ¡Imposible! ¡La puerta, la cadena, el muro! Imposible, y sin embargo... Se agarra a la roca: demasiado vertical, sin asideros, es imposible escalar utilizando solo las manos. Dirige el haz de la linterna hacia el círculo de luz. Distingue un trozo de bóveda del techo de la cripta.

—¡Eooo! ¡Estoy aquí abajo! —grita de nuevo, angustiada—. ¡Sé que está ahí, sea quien sea! ¡Eche la escala, tengo que subir!

Silencio horrible y eterno. Johanna vocifera más aún. Sabe que su vida depende de ello. ¡Tiene que salir de allí! Sufre un ataque de claustrofobia. Jadea, se asfixia en las profundidades de la piedra. Chilla, se agarra a la roca, mira la cima del corredor vertical. De repente, una voz que no alcanza a cubrir sus gritos. No comprende las palabras, pero el sonido..., ese timbre, esa entonación..., ella los conoce. Deja de gritar. Silencio de nuevo. Luego, en el redondel luminoso, siete metros por encima de ella, aparece una cabeza. Una cabeza aureolada de cabellos negros y rizados, con los ojos verdes, con la piel aceitunada.

—Lo siento, Johanna —dice Simón con dulzura—, pero no vas a subir.

—¡Eres tú! Pero... ¿qué haces aquí? ¿Cómo has entrado en la cripta?

—Por la nave de la iglesia abacial. Ocultas bajo los bancos de la iglesia, hay dos trampillas que conducen por arriba a la cripta, hasta las puertas

situadas en las tribunas, sobre los altares gemelos. Esos dos pasadizos han existido siempre. Todo el mundo cree que están condenados, pero yo tengo la llave de la gran reja que, bajo una de las trampillas, corta el paso desde la iglesia al altar de la Trinidad. La he tenido siempre y nadie lo ha sabido jamás. Aunque hubieras construido diez muros para proteger la puerta de la cripta, no habrías podido impedirme entrar en la Virgen Soterraña por el cielo...

—Simón, pero ¿qué significa todo esto? No entiendo nada. ¿Para qué te sirve esa llave? ¿Qué haces aquí?

—Johanna, mi querida Johanna... Yo tengo todas las llaves de la abadía, incluso las que los hombres y el tiempo han olvidado, porque yo soy un centinela. Soy el guardián secreto de la gruta que desgraciadamente has descubierto. Soy celta por parte de padre, pertenezco a un largo y prestigioso linaje, soy el descendiente de un primo de Moira y de Brewen... Mucho antes de que ellos nacieran, durante la conquista de la montaña por parte de los cristianos, mis antepasados condenaron este santuario y designaron a unos clanes para protegerlo e impedir el acceso a los cristianos. La familia de Moira formaba parte de esos elegidos del espíritu que gobierna la peña, nacidos para custodiar este lugar. Moira cumplió su misión y lo pagó con su vida... Su hermano la vengó y también impidió que los infieles descubrieran y destruyeran nuestro pasado. Muchos más, después de ellos, recogieron esa antorcha sagrada, y muchos más la recogerán...

La voz de Simón retumba entre las paredes del conducto y, con un timbre solemne, grave, y un ligero eco, llega sin dificultad hasta Johanna. Una voz de iglesia. Un tono de sermón bíblico. ¡Simón, su Simón, adicto a las antiguas creencias de un pueblo desaparecido, él, el agnóstico obsesionado por la realidad de las cosas, él, el que vituperaba el romanticismo, la imaginación fértil de Johanna, el neoceltismo de Guillaume! Johanna se queda muda de estupor y de espanto. Jamás lo habría sospechado.

—Sé lo que piensas —dice él—. Pero precisamente acepté esta tarea sagrada que me transmitió mi padre por coherencia conmigo mismo: preservó un templo real, una historia real, unas sepulturas reales... El santuario existe y yo existo; no hay ninguna nostalgia enfermiza en esto: yo soy la prueba de

la supervivencia de los celtas, la encarnación de un pasado vivo y, por lo tanto, de un presente y de un futuro.

Johanna se siente a la vez consternada y cautivada por las palabras de Simón.

«Simón sabía que Moira era la guardiana del santuario —piensa—. Hace casi mil años, ella le contó a Román lo mismo que Simón me está diciendo ahora. Luego, murió en una fosa, prisionera, cuando Román ocupaba el lugar de Simón, libre, al aire libre... e impotente para liberarla. Esta noche soy yo la cautiva bajo tierra y estoy a merced de Simón. Simón era el vínculo con Moira y yo no me di cuenta. Hacerle hablar, sí, hay que hacerle hablar... Debo entenderlo todo, debo aclarar los misterios.»

—Simón, ¿quiénes son estos tres cadáveres por los que se ha derramado tanta sangre? —pregunta—. ¿Guerreros?

—No, Johanna, esos tres cuerpos son la carne de la historia. Druidas, los tres olams, el testimonio de que la leyenda céltica no es una fábula... Yo soy el depositario de esa historia, pero voy a compartirla contigo.

Silencio, que ella no se atreve a romper. Silencio, que él saborea como su victoria.

—En el siglo VI —comienza—, cuando los cristianos evangelizaron por la fuerza la región, con el monje gales Sansón a la cabeza, el Monte, llamado entonces monte Tombe, era un lugar dedicado al culto a nuestros dioses y un punto de paso hacia el Sid, el mundo de los inmortales. En la cima había un gran dolmen, pero debajo existía desde hacía milenios esta gruta subterránea, que servía a los druidas de santuario secreto para la preparación de los ritos de paso al otro mundo, bajo la égida de Ogmios y de Epona. En el año 550, el templo de arriba fue saqueado, destruido, y tres olams que oficiaban allí, tres druidas del grado más elevado, fueron hechos prisioneros. Los cristianos los interrogaron, trataron de convertirlos... Ellos se negaron a abjurar, como Moira. Los tres fueron colgados en público y sus cuerpos dejados a la vista de todos para que sirvieran de ejemplo. Pero la tercera noche desaparecieron del cadalso como por arte de magia. Por la mañana, descubrieron las tres cuerdas intactas, sin rastro de cortes, colgando solas de la horca. Los cristianos los buscaron por todas partes y jamás los encontraron. Entonces la gente empezó

a decir que los cadáveres de los tres olams habían sido robados por nuestros dioses, y que esos dioses los habían llevado al monte Tombe para que llegaran al Sid y se convirtieran en héroes inmortales... Ese relato se conoce con el nombre de «la leyenda de los olams robados».

—Eso es lo que cuenta la leyenda —constata Johanna, con los ojos clavados en Simón.

—La leyenda de los olams robados no existe hoy en día porque no fue transcrita, pero es lo que contaba. Y todo es cierto... salvo un detalle. No fueron dioses los que robaron los cuerpos de los tres olams, sino su familia y, por lo tanto, la de Moira y Brewen, la mía: los que se llevaron los cadáveres fueron los hijos de los olams, druidas también como lo eran sus padres, y como los padres de sus padres desde el principio del mundo, y como no lo serían sus hijos a causa de la evangelización: el último eslabón a la luz del día antes de que nuestra historia se tornara subterránea. Para salvar el alma de sus padres, los últimos padres, y para que naciera la leyenda que los haría vivir eternamente, descolgaron los cuerpos sin cortar la cuerda y los transportaron con la mayor discreción hasta el monte Tombe. Los depositaron en la gruta secreta y celebraron la ceremonia funeraria, por la paz del alma de los difuntos y sobre todo para que fueran al Sid. Después condenaron la abertura del conducto que permitía acceder a la caverna, esta chimenea donde te encuentras, taparon la entrada y se prometieron no revelar jamás la existencia de las sepulturas subterráneas. A partir de entonces no hubo padres ni troncos de árbol, sino raíces clandestinas... Poco tiempo después, esos druidas fueron eliminados también por los cristianos, al igual que todos los miembros de la clase sacerdotal celta. Tan solo las tres familias de los olams robados conservaban el secreto del santuario y de las misteriosas exequias, que se transmitían, como todos los secretos de los druidas, de generación en generación. En el monte Tombe levantaron un oratorio dedicado a San Esteban y otro a San Sinforiano, donde vivían inofensivos eremitas. Cuando Auberto llegó, en 708, y construyó su santuario a San Miguel en el emplazamiento exacto del megalito derribado, al principio mis antepasados se mostraron muy preocupados, aunque luego se tranquilizaron al ver que los canónigos procedían del pueblo celta. Eran buenos cristianos, pero no

olvidaban el origen de su sangre... Respetaban las antiguas costumbres y vivían entre nosotros. Conocían la leyenda de los tres olams, sabían que el monte Tombe era el lugar de tránsito de las almas celtas, lo que les había llevado a deducir que la tierra del Monte era tan sagrada para los cristianos como para los celtas, que encerraba fuerzas ocultas y que había que andar con cuidado. Con ellos surgieron la leyenda de las apariciones nocturnas en los lugares santos y la prohibición de entrar en ellos entre completas y vigiliás, prohibición que se ha perpetuado hasta nuestros días... En el siglo X, edificaron la iglesia carolingia en el sitio que ocupaba el oratorio de san Auberto, con ese doble coro con altares gemelos como los que había en los templos celtas. Otro guiño de la historia: en la entrada invisible del conducto que conduce a la gruta, colocaron el altar dedicado a la Santísima Trinidad, Padre, Hijo y Espíritu Santo. El altar tenía un nombre muy apropiado y presentaba la ventaja de proteger la boca de la chimenea secreta. Con la llegada de los benedictinos, en 966, todo fue diferente. Esos monjes vivían en el cielo, sin mezclarse con nadie, animados únicamente por el espíritu..., el Espíritu Santo. Desconfiaban del pueblo, parecían «druidas negros» y eran tan instruidos como los olams, con la diferencia de que ellos no prestaban atención a las leyendas celtas. Al contrario, aspiraban a destruir nuestra historia, ya que construían su propia leyenda. Cuando se anunció la construcción de la gran iglesia abacial y Moira se enteró de que la iglesia de los canónigos sería demolida, convenció al constructor, tu famoso fray Román, de que no removiera la tierra, de que no derribara el edificio. Sin violencia, con la convicción del amor, cumplió la misión que su padre le había encomendado antes de morir: custodiar el santuario sagrado de los tres olams, impedir que los cristianos lo descubrieran y lo destruyeran... Más tarde, los demás guardianes cumplieron ese mismo deber, pero tuvieron que utilizar otra arma: el terror.

—Eso lo explica todo... Tus antepasados han sido los que han matado, a lo largo del tiempo, a todos los que han excavado en la Virgen Soterraña: los tres frailes y el prior de dom Larose en el siglo XVIII, el caballero de la guerra de los Cien Años en el XV, fray Ambrosio en el XII, y muchos más. Y eso significa también que tú, Simón, que perteneces a esa familia de

criminales, eres el asesino de Jacques y de Dimitri.

Simón permanece callado unos instantes. Observa a Johanna con una mirada dura. A esa distancia, ella no puede distinguir los cambios que se producen en sus ojos, pero oye los de su voz.

—Pensaba que comprenderías, pero si acusas a mi familia de asesinos es que no entiendes nada —dice secamente—. Desde hace quince siglos, mil quinientos años, somos los garantes de nuestras raíces, nos negamos a dejar nuestro pasado en manos de los historiadores, de los políticos y de los arqueólogos. Somos los actores de nuestra libertad y de nuestra memoria, sin ideología dogmática, sin utopía irrealizable, sin revolución sangrienta. A veces nos vemos obligados a matar, pero es para impedir que nos maten. Si los benedictinos hubieran descubierto la gruta, la habrían destruido en nombre de la fe, pero si el hombre moderno la hubiera encontrado, la habría transformado en museo por falta de fe. Riadas de turistas habrían inundado el santuario, al igual que el resto de la abadía, privándolo de su alma y volviéndolo estéril para el pueblo al que pertenece. Y sí, yo he preservado nuestra alma de la corrupción haciendo todo cuanto he podido para interrumpir estas excavaciones, y después de mí, alguien de mi familia a quien he instruido proseguirá nuestra obra milenaria, que se transmitirá de generación en generación.

Es un demente. Aun así, Johanna sabe que no está totalmente equivocado: la gruta de los tres olams sería mancillada por los religiosos y los ateos, por razones diferentes, si dejara de ser secreta. Sin embargo, ese ser al que ella ha amado, al que en el fondo pensaba que seguía amando, ese hombre que tan voluptuosamente la ha tocado, es el asesino de Jacques y de Dimitri. De pronto se le revuelve el estómago y le entran ganas de vomitar. Sus suaves manos, su boca, su olor, su piel... El rostro destrozado de Jacques, el cuerpo hinchado de Dimitri, los gritos de Guillaume, encerrado en el psiquiátrico en lugar de Simón... Johanna tiene el tiempo justo de inclinarse; las náuseas que siente son irreprimibles. Poco a poco se recupera. No dejar de pensar. Simón es peligroso, Simón es un asesino, Simón está loco. Conservar la sangre fría. Hacerle hablar, seguir haciéndole hablar. Para comprender su lógica —«los locos tienen su propia lógica», decía Bontemps— y después seducirlo con

palabras y conseguir que le eche la escala de cuerda.

—¿Cómo lo hiciste? Me refiero... a Jacques y a Dimitri —pregunta, asqueada ya por la respuesta.

—No deseaba llegar tan lejos, pero no me dejaste elección; lo intenté todo para disuadirte de excavar en la cripta, pero mis palabras no tenían ninguna influencia sobre ti. Lo único que conseguí, como recordarás, la noche que... me dejaste, es perder los estribos e intentar estrangularte. Estabas tan obnubilada por el manuscrito de Román, el cuaderno inglés y tus historias de espectros... Debía devolvarte por la fuerza a la realidad, puesto que por las buenas no había manera. No querías verme ni escucharme, me veía empujado a una salida que me repugnaba, pero cuyo mensaje, si hacía bien las cosas, tú entenderías... Todo el mundo creía que yo estaba en Saint-Malo, pero os vigilaba desde que empezasteis; incluso me hice un duplicado de las llaves de tu casa.

—Esas también las tenías, ¿eh? Un auténtico carcelero... Lo tenías todo calculado desde el principio, incluso nuestra... relación. Muy hábil —dice Johanna, resentida y asqueada.

—¡No! Sigues sin entender nada —replica él con tristeza—. Eso no es verdad. Al principio quería que nos hiciéramos amigos y ya está, pero cuando te vi por primera vez... En fin, esa no es la cuestión. En cualquier caso, te había perdido y estaba desesperado de dolor. Soñaba contigo todas las noches y todos los días, dormido y despierto, estabas en todas partes, como un fantasma perpetuo, en todos los objetos, en todas las habitaciones, era insoportable, no podía más. Y a ti no te importaba lo más mínimo mi sufrimiento, solo pensabas en tu monje sin cabeza y en excavar en la cripta con ese cretino, ese medias tintas, ese usurpador de Guillaume Kelenn... Si os dejaba hacer, podíais descubrir el secreto de mi pueblo. Esa noche, vagaba por las calles con la esperanza de encontrarme contigo para suplicarte que volvieras. Estaba decidido a arrojarme a tus pies, a confesarlo todo, incluso lo de la gruta... Pero a quien vi fue a Jacques Lucas, saliendo de un bar. Estaba completamente borracho. Supe que aquello era una señal importante que me dirigía el espíritu del Monte: al contrario que Moira con Román, yo debía dejar de intentar ganarte para mi causa mediante el amor. Fue fácil, rápido y

limpio. Me presenté a Jacques, saqué mi petaca de whisky y le propuse echar un trago arriba; le dije que me gustaría que me enseñara las excavaciones que habíais interrumpido, le hablé de la fascinación de las piedras antiguas, de los esqueletos, de mi oficio, etc. Subimos. Le hice beber más, recuperé mi petaca, hablamos de ti, él me enseñó lo que habíais hecho en la antigua capilla de San Martín y yo le mostré las estrellas junto al potro. Se inclinó, apenas lo empujé... Estoy seguro de que habría caído aun sin mi intervención. Los demás creerían que había sido un accidente, pero sabía que tú no te dejarías engañar... El aire, pensarías inevitablemente en tu primer sueño, el del ahorcado, y en el primer suplicio de Moira. Creía que entenderías la advertencia, pero continuaste con las excavaciones.

Náuseas de nuevo. No, no derrumbarse, ser fuerte. Fácil, rápido y limpio, ¡qué horror! Pobre Jacques...

—¿Y Dimitri? ¡Con él debió de ser más complicado y menos rápido! — dice con malicia.

—No había olvidado el fracaso del asesinato de Jacques. Parecía demasiado un accidente. Hacía falta un crimen muy ostensible para asustar a tus colegas y que abandonaran las excavaciones, puesto que tú permanecías sorda a todo. Había cometido un error dirigiéndome exclusivamente a ti, cuando era a tu equipo a quien debía aterrorizar, igual que Brewen había conseguido asustar a los monjes. Y tenía que utilizar el agua para que comprendieras el significado oculto de mi acto... Brard, como sabes, es uno de mis fieles clientes. El 8 de mayo vino a la tienda para distraerse. Había vuelto el día anterior del funeral de Jacques con Dimitri. Fue él quien, casualmente, me informó de que el chico estaba solo en la casa. Yo ya suponía que tú estabas lejos y que habías reanudado las relaciones con tu misterioso casado y padre de familia. Los celos me corroían, pero nunca te hubiera hecho daño, y menos aún cuando tenía la oportunidad de asestar un gran golpe. Dejé la tienda a cargo de mi empleado y me fui al Monte para vigilar a Dimitri. Esperaba el momento propicio, y el sábado por la noche me lo ofreció. Pensaba ahogarlo en la bahía para que te recordara el suplicio mediante el agua de Moira y tu segundo sueño, pero no salía de casa. Cuando vi que abría la ventana de tu cuarto de baño, no lo dudé. Además, serías tú

quien lo descubrirías, ¡esta vez sí comprenderías! Entré tranquilamente por la puerta. Lo había previsto todo: gorro, guantes, chaqueta sin botones, suelas de goma..., todo de color negro, por supuesto. Él chapoteaba en la bañera. Se sorprendió mucho, no me había visto nunca, como tú me escondías... No pensaba que un alfeñique como él se debatiría con tanta energía... Después, salí por la ventana para que creyeran que también había entrado por ahí y la dejé abierta. No había previsto que el otro pánfilo iría a meter las narices en nuestros asuntos. ¡Estaba furioso! Afortunadamente, gracias a su torpeza y a la técnica científica de nuestra eficiente policía nacional, enseguida dejaron de considerarlo un suicidio y el efecto que yo deseaba no tardó en producirse. El miedo se apoderó de los supervivientes, las excavaciones estaban amenazadas de suspensión.

—Y para asegurarte de que lograrías tu objetivo —completa Johanna—, escribiste la carta de amenazas imitando la letra de Román. Y conseguiste que suspendieran las excavaciones.

—¡Ah, no, la carta no es cosa mía! —objeta Simón—. Pero creo que sé quién es su autor.

—Christian Brard, supongo.

—Sí. El infeliz estaba todavía más aterrorizado que tus arqueólogos. Cuando vine a enseñarle el diario de a bordo de un buque alemán de la guerra del catorce para su colección, tenía el semblante descompuesto. Conmigo se relajó un poco. Me confesó que estaba totalmente desorientado ante la inculpación de Kelenn... y ante tu sospechosa obstinación en proseguir las excavaciones a toda costa. Temía por su vida y por la cripta, que tú estabas desmantelando sin ninguna consideración. No paraba de lamentarse, y buscaba la manera, inofensiva pero eficaz, de proteger la Virgen Soterraña de tu «locura devastadora», utilizando las palabras exactas de Brard. Desconfiaba de los peces gordos del ministerio, a los que no convencería fácilmente teniendo en cuenta tus... tus «influencias»... Bromeando, le sugerí que hiciera como en algunas novelas policíacas: cometer un crimen en el seno de tu equipo para demostrar la inocencia de Kelenn y conseguir que suspendieran las excavaciones. No le hizo ninguna gracia, claro, pero mi objetivo era otro y di en el blanco: estaba germinando en él la idea de la

amenaza potencial de otro crimen entre los arqueólogos, una intimidación sin consecuencias, pero suficiente, dado el contexto, para provocar la suspensión de las excavaciones. Y aquello funcionó. Para todo el mundo excepto para ti. Porque, por desgracia, para ti el cese oficial de las excavaciones no basta. Tú has continuado sola... Eres terrible, ¿sabes?, abandonas a los hombres, pero nunca las piedras.

Johanna se estremece en la cavidad de la roca. Tiembla de frío y de horror. ¿Cómo hacer entrar en razón a Simón? El pasado, sí, hacerle hablar del pasado, quizá los tiempos lejanos le den argumentos que pueda utilizar contra Simón.

—Simón —dice sin levantar la voz—, cuéntame ¿por qué en 1063 Brewen cometió los cuatro asesinatos utilizando los cuatro elementos? Yo creo que no fue solo para vengar la muerte de su hermana.

—¡Por supuesto que no! Es verdad, tengo que contarte también eso... Debes saberlo todo, absolutamente todo. Verás, lo cierto es que Brewen mató tres veces, no cuatro. Cuarenta años antes, en 1023, había presenciado los suplicios y la muerte de Moira, a quien Almodius había entregado al obispo y al príncipe. En 1063, quien actuó fue Brewen, que entonces era el guardián del santuario, la mano guerrera del espíritu sagrado, el centinela de nuestros muertos, la gloria de nuestro pueblo... Sin embargo, la primera muerte no fue un crimen. Tu primer sueño, el monje colgado del campanario, era la visión de un suicidio. Pero el suicidio de fray Antelmo era una señal divina dirigida a Brewen, el camino que debía seguir: al ver al benedictino balanceándose en el aire, recordó el primer suplicio de Moira y supo lo que el dios Ogmios quería que hiciera: matar mediante los elementos de la naturaleza, en memoria de su hermana, a sus antiguos jueces, con objeto de vengarla, de provocar el pánico en la abadía y de hacer que cesaran las obras en la cripta. Mediante el agua, pues, acabó con la vida de un infame, fray Romualdo... Tu segundo sueño... Después, no tuvo elección: el constructor de la gran iglesia abacial, Eudes de Fezensac, acababa de descubrir la entrada del santuario. Brewen echó unas plantas soporíferas en su vaso de vino e incendió su cabaña de madera. El fuego..., tu último sueño. Brewen, ayudado por miembros del clan, entre ellos uno de sus primos, mi antepasado directo, se

disponía a tapar la entrada del conducto y colocar de nuevo encima el altar de la Trinidad cuando el vigía les avisó de que alguien se acercaba... Huyeron, pero Brewen y mis primos regresaron discretamente por el pasadizo de arriba, el que he tomado yo también, y observaron a escondidas lo que sucedía en la cripta. Asistieron a un altercado entre el abad Almodius y Román... Entonces Almodius confesó que había envenenado a Moira... Román estaba rabioso, quería defender nuestro santuario, pero no hizo sino demostrar su debilidad. Fue Almodius quien lo atravesó con la espada de san Miguel y lo decapitó, antes de arrojar su cabeza por el conducto. Luego, el abad bajó a explorar la gruta. Había firmado su sentencia de muerte. Cuando subió de nuevo, Brewen y su familia lo esperaban.

Johanna está estupefacta. ¡Simón conocía toda la historia de Román, sabía quién lo había asesinado, sabía que yacía allí!

—Durante los siglos siguientes —continúa Simón—, los guardianes convirtieron en tradición, en memoria de Moira y de Brewen, el hecho de eliminar a los profanadores mediante los cuatro elementos. En una ocasión, sin embargo, no hace demasiado tiempo, no tuvieron necesidad de matar. El guerrero centinela era entonces mi padre. Era muy joven, me ha contado muchas veces esa historia... Corría el año 1960, Froidevaux estaba restaurando la cripta y, limpiando el emplazamiento del antiguo altar de la Trinidad, encontró la entrada de la gruta. Pero Froidevaux creía en Dios y en el Diablo, amaba apasionadamente la Virgen Soterraña, conocía todas las leyendas de la montaña y las respetaba. Enseguida se dio cuenta de que allí había oculto un peligroso secreto. Sintió mucho miedo, un miedo cerval enviado por el espíritu de la peña, y escuchó al espíritu de la peña. No tocó las piedras que cerraban el paso, no intentó averiguar nada, construyó estos dos sólidos altares y nunca le contó a nadie lo que había visto. Ese hombre, descanse en paz, era un santo, tenía una fe ardiente y los dioses se dirigieron a él... Por desgracia, tú no te pareces a él, eres demasiado curiosa y me has condenado a derramar sangre.

—Simón, querido Simón —dice Johanna rompiendo a llorar, con los nervios tensos como una cuerda—, ¿por qué no me contaste todo eso antes? ¿Por qué no confiaste en mí? Yo habría renunciado si tú me lo hubieras

pedido, te habría hecho caso.

—¿Crees que estoy loco? —grita—. ¿Escucharme tú? ¡Pero si jamás hiciste caso de mis advertencias, jamás! ¡Te empeñaste en buscar lo único importante para ti: los viejos huesos de tu amado Román, y si yo te hubiera dicho la verdad, eso no habría hecho sino reforzar tu empecinamiento! ¡No paraba de decirte que te quería y era verdad, pero tú solo oías las palabras del manuscrito y de tu viejo del asilo hablándote de un cuaderno desaparecido, preferiste las palabras muertas a la vida que yo te proponía, eres como Román, que engañó a Moira por unas quimeras, no quisiste entender nada!

Johanna se tapa los oídos. «Estoy en peligro —piensa—, salvar la piel, mi piel, ¡Román, ayúdame, te lo suplico, ayúdame!»

—Ti... tienes razón, Simón —balbuce—. Estaba ciega... No me di cuenta de la intensidad de tu amor porque estaba obsesionada con mi misión... Antes de abandonarme a ti, debía liberar el alma de Román, prisionera entre los muros de la cripta... El Arcángel me encargó esa misión cuando era pequeña y, al igual que tú, que obedeces a Ogmios y a los espíritus de la montaña, obedecí al príncipe de la milicia celeste, al gran maestro de ceremonias del paso al otro mundo... ¿Comprendes? Tú eres el único que puedes entenderlo; en virtud de eso, inconscientemente te reconocí, te amé y te dejé... para llevar a cabo esta misión. Somos de la misma raza, hemos sido engendrados por un pasado fabuloso y destinados a conservar ese pasado... Ya casi he finalizado mi tarea, Simón, he encontrado el cráneo, déjame buscar el cuerpo y juntarlo con la cabeza para que el Arcángel lo libere, déjalo reunirse con el alma de Moira, se prometieron el uno al otro hace mucho tiempo y nunca han podido vivir su amor...

—Pobre Johanna... —contesta él, suspirando—. Tu búsqueda es vana desde el principio. Si fuera de otro modo, ya imaginarías que te habría ayudado con todas mis fuerzas. Pero ese espectro es un espíritu maligno, un mentiroso, un enviado del reino de las sombras, recuerda que te lo dije: jamás unirás su cabeza y su cuerpo, persigues una quimera. Después de partirle los huesos a Almodius, Brewen tuvo una idea genial para impedir que los monjes buscaran a su abad y dieran con la entrada del santuario que los celtas se disponían a cerrar. Le quitó a Almodius la capa, la cruz y el anillo antes de

arrojarlo a la gruta. Mientras sus hombres se afanaban en tapar el conducto, Brewen puso la cruz alrededor del cuello de Román, cuyo cuerpo sin cabeza yacía en la cripta, el anillo en su dedo y la esclavina sobre sus hombros. Junto al cadáver mutilado, dejó bien a la vista la larga espada del Arcángel que había utilizado Almodius para cortar la cabeza de su enemigo y que todavía estaba manchada de sangre. Almodius y Román eran dos viejos, llevaban el mismo sayal benedictino, tenían más o menos la misma constitución física...

La mirada de Johanna se ilumina.

—Eso significa que, cuando entraron en la Virgen Soterraña, los monjes creyeron que el cuerpo sin cabeza era el de su abad... ¡y que lo había matado san Miguel!

—El propio Arcángel, no sé, pero un poder sobrenatural, seguro que sí, porque Almodius se había burlado de dos cosas: del deseo de Auberto de que la antigua iglesia de los canónigos, una vez transformada en cripta, no fuera mancillada con la realización de nuevas obras, y de la prohibición de penetrar en el lugar santo cuando se convertía en territorio de los ángeles y los demonios, entre completas y vigilias. Algunos monjes influyentes ya imputaban las tres muertes precedentes a la cólera de San Miguel, disgustado por el hecho de que se estuviera excavando en la Virgen Soterraña. Todo el monasterio estaba aterrorizado. En ese contexto, el asunto fue espléndidamente silenciado: los monjes enterraron los cuatro cadáveres, entre ellos el que pensaban que era de su abad, detuvieron inmediatamente la campaña de excavaciones en la cripta y se apresuraron a elegir otro abad, Ranulfo de Bayeux, que ejerció magníficamente su cargo y terminó de construir la iglesia abacial románica.

—Pero entonces... la cabeza de Román está aquí, pero su cuerpo está... ¡en la tumba de Almodius!

—Su cuerpo no está en ninguna parte, Johanna —dice Simón—. Su cuerpo está igual que tu famoso cuaderno de dom Larose, perdido, convertido en polvo, destruido, aniquilado.

—El cuaderno de dom Larose no ha sido destruido, simplemente está escondido no se sabe dónde —contesta ella, mordiéndose la lengua.

«¡Cállate, Johanna, es capaz de torturar a Guillaume para recuperar el

cuaderno!»), piensa.

—¡Sigue creyendo en tus ilusiones si lo deseas, pero no menosprecies tu oficio, tú no! —le recrimina—. Sabes de sobra que en el Monte, como fuera de él, durante la Revolución vaciaron y saquearon todas las tumbas de abades, el cementerio y el osario de los monjes. Vamos, sé razonable por una vez... No queda ninguna sepultura intacta en el monte Tombe, aparte de la de los tres olams. Tú que has excavado el emplazamiento del cementerio y de la antigua capilla de San Martín, sabes que solo has encontrado piedras y huesos anónimos. Para que los turistas fantaseen, Monumentos Históricos ha reconstruido la estela del panteón del abad Roberto de Thorigny y de Martín de Furmendi en su emplazamiento original, pero tú no ignoras que esos nichos están vacíos, completamente vacíos, como tu búsqueda, ¡una concha vacía! Tengo razón, reconócelo: la tumba de Almodius ya no existe, el esqueleto de Román se convirtió en polvo hace más de dos siglos, por eso, si el fantasma de Román existió alguna vez, no ha vuelto a aparecer desde la Revolución... Su sepultura fue destruida en esa época Johanna, al igual que todas las sepulturas cristianas. El que has visto en sueños es un espíritu maligno, un mistificador que te ha engañado, que se ha introducido en tus sueños para corromperte el alma. Y lo ha conseguido... Has cometido el mismo error que Román, que rechazó durante mucho tiempo el amor de Moira en nombre de sus creencias cristianas... Román al menos tenía un ideal, una fe sincera, aunque yo no los comparta. Tú eres peor; tú me has apartado de tu camino para seguir una obsesión macabra y patológica, un delirio psicótico que ha llevado a la muerte a dos personas y que ahora provoca tu propia destrucción...

En el fondo del hoyo, Johanna se derrumba. Siente cómo el peso del cansancio de los últimos días la vence y la hunde en el suelo de piedra.

—Simón, te lo ruego —dice débilmente—, déjame salir. Si me amas, no puedes dejarme aquí. Por favor, ten compasión, ayúdame, no puedo más...

—¡Ay, Johanna, mi Johanna...! —murmura con voz llorosa—. Te quiero, es verdad, pero ya es demasiado tarde. Lo has estropeado todo. No quisiste saber nada de mí cuando todo era posible, y esta noche... ¡Se ha acabado! Eres la artífice de tu propia desaparición, amor mío. Tenías que haberme

creído. Pero has querido penetrar en la tumba del pasado, y no es posible retroceder en el tiempo con toda impunidad. Recuerda «la misa del aparecido» y el vicario condenado a ir al mundo de los muertos por haberse acercado demasiado a él estás al otro lado del espejo, Johanna, ya no puedo hacer nada por ti.

—¡Simón, déjate de leyendas y de desatinos de la Edad Media! —grita Johanna, con la energía que le da pensar que es su última oportunidad—. ¡No estamos en una fábula medieval, sino en el siglo XXI, esto es real, y no vas a matarme simbólicamente sino de verdad! ¡Te quiero, Simón, sálvame! ¡No le diré nada a nadie, guardaré silencio, te lo juro, y nos iremos lejos de aquí para amarnos a la luz del día!

Arriba, Simón llora convulsivamente, profiere gritos salvajes con la boca torcida y el semblante descompuesto.

—¡No, No! ¡El santuario de Ogmios es sagrado, está reservado a los druidas, a los olams, y no debe ser mancillado por humanos! ¡Desde hace mil quinientos años solo ha entrado Almodius, y fue porque Brewen lo arrojó allí para que muriera! ¡La tumba de los sumos sacerdotes debe permanecer inviolada y cualquiera que la profane debe morir en su interior, Johanna! ¡Ni siquiera yo he bajado jamás, ni siquiera Moira, nadie, entérate, nadie! Si pudiera, Johanna..., pero eso sería abjurar de la fe de mis antepasados, cuestionar quince siglos de historia, reducir a la nada mis raíces, olvidar los suplicios de Moira, los sacrificios de los guardianes guerreros, renegar de mi padre, de mi familia, renegar de mí mismo.

—¡Eres un cobarde, Simón, un cobarde y un fanático! Es mucho más fácil refugiarse en un pasado muerto y familiar que arriesgarse a crear un futuro desconocido y vivo. La memoria te asfixia, te esteriliza, estás encerrado entre las ramas de un árbol diabólico que ha crecido sobre un montón de cadáveres. ¡Reacciona, rebélate! Eres un niño a merced de un padre antropófago. ¡Deja de una vez de volver la cabeza atrás, mira hacia delante, hacia delante! ¡Yo estaré a tu lado, te lo aseguro! Te lo perdono todo, Simón, todo, volvamos a empezar desde cero, construyamos nuestra propia leyenda, nuestro castillo distinto de todo, estaremos desvinculados de la historia pero crearemos la nuestra... y estaremos juntos.

Simón se tapa a su vez los oídos para no oír las palabras de Johanna.

—¡Cállate! ¡Cállate! —grita—. ¡Debes morir en la tierra, como Moira!

—Y tú, ¿qué harás? —ruge ella—. ¿Encerrarte en un monasterio y rezar cuarenta años por la salvación de mi alma? ¡Basta, no sigas adelante con esto, sé valiente, resiste, no sigas adelante!

Simón parece calmarse súbitamente. Johanna apenas se atreve a respirar. Como si ejecutara un ritual, saca un objeto del bolsillo y lo arroja por el agujero. Johanna recoge una cruz de oro y hueso con los cuatro brazos iguales: una cruz druídica.

—Es lo más precioso que tenía, aparte de ti —dice Simón con voz sepulcral—. Es la cruz de Moira, heredada de su padre, y del padre de su padre desde el nacimiento de nuestro mundo. Brewen la robó de su cadáver antes de que lo quemaran... Es la insignia de nuestro cargo y se transmite de un guardián a otro... Los símbolos que tiene grabados representan los cuatro elementos, que los jueces de Moira escogieron para que fuesen sus verdugos: el agua abajo, el fuego arriba, el aire a la derecha y la tierra a la izquierda, surgiendo de cuatro círculos que simbolizan la muerte y el renacimiento del alma. El hueso incrustado procede de la trepanación ritual de un cráneo de guerrero muerto en combate... Ahora, Johanna, no te digo adiós porque espero volver a verte muy pronto... en otro lugar, si es que hay otro lugar. Lo siento, pero este era nuestro destino: no nos amaremos en la tierra, sino en el cielo. Te dejo con la diosa madre y el conductor de las almas. ¡Ojalá puedan protegerte hasta llegar al otro mundo! ¡Ojalá exista el otro mundo!

Johanna protesta, grita con todas sus fuerzas, llora, se arranca las uñas intentando desesperadamente trepar por la pared, pero Simón se aleja. ¿Dónde está? ¡Ya no lo ve! De pronto llega hasta sus oídos el ruido de un motor. ¡La grúa! ¡Las piedras! ¡No! Tiene el tiempo justo de apartarse para evitar que un bloque de granito le dé en plena cara. Llorando en silencio, sordo a todo cuanto ella puede intentar, Simón tapa religiosamente la abertura.

Capítulo 21

Abadía de Mont-Saint-Michel, terraza del oeste, noche del 2 al 3 de junio, dos horas y dieciséis minutos de la madrugada. Siete siluetas más oscuras que la oscuridad de la noche esperan en el pórtico delante de la iglesia, en lo que en otros tiempos era una parte de la nave, junto a las estelas de Roberto de Thorigny y de Martín de Furmendi: Sébastien, Florence, Christian Brard, el comisario Bontemps, el inspector Marchand y dos policías más de uniforme. Apenas hablan entre sí y fingen contemplar las estrellas. Florence se muerde las uñas. Sébastien intenta comprender por qué Johanna ha levantado un muro contra la puerta de la Virgen Soterraña. A la una de la madrugada, Florence y él fueron a buscarla, tal como le habían prometido. Golpearon la puerta, la llamaron, le suplicaron, pero Johanna permaneció callada. Ningún signo de vida, salvo que a Flo le pareció oír, durante un breve instante, el rugido del motor de la pequeña grúa. Pero Séb no oyó nada. ¿Qué podía estar haciendo, sola allí adentro? ¿Por qué se empeñaba en no contestar? ¿Y si hubiera sufrido un accidente o le hubiera pasado algo todavía peor? Se marcharon, muy preocupados y decididos a avisar a la policía. En la cocina encontraron a Patrick con la cabeza debajo del grifo. Patrick dijo que, después de todo, no era el ser innoble y desalmado que todos pensaban que era, incluso él mismo en determinados momentos. No había tenido valor para denunciar a su directora ante el administrador, pues este no podía quitarse de la cabeza ciertas alusiones que ella había hecho sobre el asesino... Brard había adivinado que Johanna sospechaba de él, y debía precisar que sus

sospechas eran totalmente infundadas. Pero, sobre todo, presentía que había otra cosa de la que ella no había hablado, algo peligroso y grave. Obsesionado por ese pensamiento, había tratado de buscar el sentido de las palabras de Johanna en la barra de los bares del Monte, pero lo único que había encontrado era una embriaguez confusa que le embotaba el cerebro. En vista de lo mal que se encontraba, había decidido volver a casa. Lamentaba el altercado con Johanna, sus acusaciones contra ella, y sobre todo temía por ella. Estaba convencido de que alguien la amenazaba y de que ella presentía quién era. Séb y Florence no vacilaron ni un instante; Patrick era un pretencioso y solía derrochar antipatía, pero era inteligente y no le faltaba intuición. Le contaron que Johanna se había encerrado en la cripta y se había negado a salir, le repitieron las odiosas palabras que les había dirigido cuando habían ido la primera vez, a las once, y le hablaron de su silencio posterior. Patrick descolgó el teléfono y despertó a Brard para que este hiciera uso de toda su autoridad a fin de que la policía acudiera de inmediato. Mientras esperaban al comisario Bontemps, Brard y los tres arqueólogos intentaron penetrar en la Virgen Soterraña, pero la cadena y el muro de granito se lo impidieron. En ese instante fue cuando el administrador pronunció la palabra «suicidio», que ahora obsesiona a Florence. Es verdad que Johanna estaba rara, pero no parecía deprimida. Sí, quería a toda costa estar sola en la Virgen Soterraña para despedirse de las piedras, les habló de un duelo que no conseguía hacer, de una «segunda muerte»... ¡Dios mío, que no se trate de eso! Bontemps y sus subordinados llegaron a las dos, molestos por haber sido importunados a media noche por un asunto que creían resuelto. Brard explicó la situación y el comisario hizo una simple pregunta:

—¿No hay otra entrada que nos permita penetrar en la cripta sin perder varias horas intentando perforar la madera de la segunda puerta, que es monumental, o derribar el muro que obstruye la puerta de la que habla?

El administrador pareció despertar de pronto y se dio una palmada en la frente.

—Por la nave de la iglesia —respondió—. Dos trampillas gemelas permitían en otros tiempos acceder a la Virgen Soterraña por arriba, pero en la época de la prisión condenaron los pasadizos: uno está obstruido con

pedras y cascotes y resulta infranqueable, y en el otro hay una gruesa reja de acero de la que nadie tiene ya la llave.

—Voy a llamar a los bomberos —dijo Bontemps—. A falta de llave, ellos tienen potentes sopletes que utilizan para cortar la carrocería de los coches accidentados y extraer los cuerpos. ¡Supongo que servirán para cortar esa reja!

Patrick fue a esperar a los bomberos a la entrada de la abadía para guiarlos, mientras los demás iban a examinar el estado de la reja. Desplazaron los bancos de la iglesia y las dos trampillas cuadradas quedaron a la vista. Tal como había anunciado el administrador, uno de los dos pasadizos estaba totalmente tapiado.

—Por este —explicó Christian Brard—, en el lado norte, se llegaba por arriba a la tribuna del altar de la Virgen. En fin, es inútil insistir, cerremos la trampilla. Vengan, la reja está al otro lado, en el que conduce al altar de la Trinidad, al sur. Estos pasillos permitían acceder fácilmente a las tribunas de la Virgen Soterraña para mostrar desde allí los relicarios a los fieles prosternados abajo, en especial el relicario de Auberto.

Bajo la segunda trampilla hay una oscura y estrecha escalera descendente. Al final, una puerta de madera da directamente a la cripta, a unos centímetros del techo abovedado, en la tribuna que queda encima del coro de la Trinidad. Entre la trampilla y la puerta de madera por la que se accede a la Virgen Soterraña, una reja de gruesos barrotes. Los barrotes están corroídos por el paso del tiempo y el aire salado, pero la cerradura y los goznes han sido cuidadosamente engrasados: ni rastro de óxido. Se diría que la reja ha sido objeto de un mantenimiento regular, parece preparada para dejar paso a una llave... y a un humano. Brard está desconcertado. Camina de un lado a otro en la terraza del oeste, con las manos cruzadas tras la espalda, tan atónito como el director de una cárcel al constatar que un preso se ha escapado excavando un túnel con una cucharilla.

Dos horas y treinta minutos de la madrugada. Patrick llega a la terraza jadeando, acompañado de cascos plateados y ruido de caballeros con armadura. El capitán empieza por examinar la reja. Luego, dos llamas azules, rectas y cortantes como cuchillas, arremeten contra ella. A las dos y treinta y

siete minutos, la cerradura cede: el bloque de acero ardiente cae sobre la escalera. La reja se abre sin emitir el menor chirrido. Como propietario del lugar, Brard pasa el primero y abre sin dificultad la puerta del coro de la Trinidad, que tampoco hace ningún ruido.

Es la primera vez que entra por allí. La luz amarilla de la cripta le hace pestañear, pues sus ojos se habían habituado a las tinieblas del pequeño corredor. Baja los peldaños que descienden hasta la tribuna. Los bomberos le hacen pasar una escala, que él apoya en el estrado de piedra. Sus pies no tardan en tocar el suelo devastado de la Virgen Soterraña, e inmediatamente le siguen Bontemps, Patrick, Marchand, Florence, Sébastien, los bomberos y dos policías. Al igual que el día anterior, cuando fue a anunciar a los arqueólogos el cese de las excavaciones, el administrador reprime su resentimiento ante el estado de su querida cripta: los dos altares gemelos están rodeados de montones de piedras, en especial el de la Trinidad, cuya base y la parte inferior del pie resultan invisibles, ocultos por una masa de bloques de granito etiquetados de forma bien visible y procedentes de los muros cuidadosamente desmontados. Tan solo la parte superior del pedestal emerge de entre las piedras. La puerta de la cripta apenas asoma por encima del muro de piedras secas hábilmente erigido: las piedras del muro de Auberto, que parecen haber sido desplazadas por un albañil loco..., las piedras de Johanna, que hacen su ausencia más patente. Florence se siente aliviada al no ver el cadáver de la arqueóloga tendido en ninguna parte. ¡No se ha suicidado! Pero ¿cómo es posible que no esté en la cripta? En cualquier caso, ha dejado pruebas de su paso: el contenido de su bolso, vaciado sobre el altar de la Virgen, en especial el teléfono móvil. Sébastien toca el motor de la pequeña grúa.

—Todavía está tibio —dice—. La ha utilizado no hace mucho, o sea que, aunque no respondiera, estaba aquí cuando vinimos a buscarla hace un rato.

—De eso no cabe ninguna duda —contesta Brard, mirando el muro que cierra la entrada a la cripta—. Debía de estar levantando este... esta cosa, lo que explica el ruido de la grúa. Pero ¿dónde está ahora? ¿Cómo ha podido salir?

—¡Es como *El misterio del cuarto amarillo*! —exclama Sébastien.

—Muy interesante... —dice Bontemps—. Bien —añade, volviéndose y mirando a Séb de hito en hito—, utilicemos el cerebro, veamos cuáles son los hechos objetivos en lugar de perdernos con referencias dudosas. Uno: Johanna no está en la cripta. Dos: estaba a las once porque habló con ustedes. Tres: a la una, no sabemos... La grúa que oyeron, y que efectivamente ha sido utilizada, es posible que la accionara ella u otra persona, aunque yo tengo mi opinión al respecto. Cuatro: Johanna no ha podido salir por esta puerta, ya que la cadena y el candado están puestos desde el interior, y además está este muro de granito. Tampoco ha podido escapar por esta otra puerta, puesto que la cerradura está rota —constata—. La única salida posible, en consecuencia, y la que forzosamente ha utilizado, como nosotros acabamos de hacer, es la que se encuentra sobre el altar de la Trinidad.

—Ella no tenía la llave de la reja, comisario —replica Florence—, y estoy absolutamente segura de que ignoraba, como todos nosotros, que ese paso era practicable. Todos pensábamos, incluso el administrador de la abadía, como ha visto, que esa vía de acceso estaba condenada.

—Lo que la gente piensa no es tan evidente como usted imagina, señorita —dice Bontemps, comentario que provoca el sonrojo de Christian Brard—. Si quiere saber cuál es mi opinión, se la diré; no es más que una hipótesis, pero parece plausible: su jefa se ha tomado muy mal el cese oficial de las excavaciones; la actitud que mantuvo en mi despacho cuando se lo anuncié, y después con ustedes, lo demuestra. Vino a la cripta sola, sin duda con la idea de poner fin a su vida, pero no ha tenido valor para hacerlo y ha decidido desaparecer, cambiar de vida... Tal vez ha construido este muro para hacernos perder tiempo y proteger su huida... No ha previsto que pensaríamos tan pronto en el camino de arriba. Yo creo que ha escapado por el pasadizo de la Trinidad y que a estas horas se encuentra lejos de aquí.

—Comisario —interviene Patrick—, si me lo permite, yo tengo otra teoría; la huida no encaja con el carácter de Johanna. Ella es apasionada, decidida, firme y un poco «explosiva», lo que explica nuestras fricciones. Le ha afectado mucho la noticia del cese de las excavaciones, eso es cierto, pero no ha renunciado. Volvió aquí para seguir excavando, estoy seguro, tuvo una intuición que quería comprobar, sola y de inmediato. Nosotros somos

científicos, pero con frecuencia los descubrimientos se hacen gracias a un simple presentimiento. Por eso estoy convencido de que Johanna está en algún lugar de la peña... No se habría marchado dejando aquí todas sus cosas, sobre todo la copia del manuscrito de fray Román. Haga que lo comprueben, pero estoy seguro de que su coche está en el aparcamiento. Creo, aunque no tengo ninguna prueba de ello ni sé quién es, salvo que no se trata de Guillaume Kelenn, que alguien quería que se suspendieran estas excavaciones, que esa persona ha llegado al extremo de matar para lograr sus fines, que ese hombre o esa mujer tiene la llave de la reja, que Johanna quizá había adivinado de quién se trataba y que, desgraciadamente, a estas horas, si todavía se encuentra viva, debe de conocer la identidad del asesino.

Florence profiere un débil grito. Sébastien abre los ojos como platos. Brard se rasca la cabeza. Bontemps frunce el entrecejo.

—Es otra pista que habrá que explorar —dice este último con voz grave—. Pero no nos dejemos impresionar por el ambiente opresivo de la abadía por la noche. Cualesquiera que hayan sido las intenciones de su jefa, o de su señor X, no caigamos en su trampa y dejemos de perder tiempo. De lo único que estamos seguros es de que ella ya no está aquí —dice, cogiendo un pequeño aparato que lleva colgando de la cintura—. ¿Saben cuál es la marca, el color y la matrícula de su vehículo?

El policía que se ha quedado en uno de los coches, en el aparcamiento, confirma que el coche de Johanna continúa allí, en su sitio habitual. Bontemps carraspea, un tanto incómodo.

—Bueno, eso no demuestra nada —dice—. Probablemente es una estratagema para despistar; ha podido llamar a alguien para que venga a buscarla, o haber alquilado un coche para no llamar la atención. De todas formas, por si todavía sigue en la peña, y teniendo en cuenta que somos un grupo bastante numeroso, vale más que la busquemos y así nos quedaremos tranquilos, aunque dudo de que la encontremos. Capitán —le dice al jefe de bomberos estrechándole la mano—, muchísimas gracias por su ayuda, puede retirarse. Ah, cómo le envidio que vaya a acostarse... Bien, en cuanto a nosotros, vamos a registrar este lugar encantador. Usted, López, y ustedes —añade, señalando a un policía de uniforme, a Sébastien y a Florence—,

háganse cargo de la planta inferior de la abadía. El inspector Marchand, el señor Fenoy y usted, cabo, se encargarán de la planta intermedia. El señor Brard y yo recorreremos la parte superior del edificio... López, espero que hoy no se haya dejado el arma reglamentaria en la mesilla de noche.

López niega con la cabeza al tiempo que exhibe el objeto. El revólver asusta y tranquiliza a la vez a Florence. Satisfecho del reparto de papeles que ha hecho, en el que la geografía se corresponde con la jerarquía, Bontemps da la señal para ponerse en marcha. Son las dos y cincuenta y cinco minutos de la mañana.

Misma hora. Siete metros por debajo de los pies del comisario Bontemps. Johanna está inmóvil, sentada contra una pared de piedra junto al abad Almodius, con la cabeza inclinada hacia su esquelético compañero. La linterna cuadrada rodea en un sol blanco la estatuilla de Epona, transformada así en obra maestra lunar. Abatida y extenuada por la trágica realidad, Johanna ha huido sumiéndose en el sueño, incapaz de decidirse a apagar la linterna para alargar la vida de las pilas. La oscuridad total le habría recordado la ceguera que ha demostrado respecto a Simón hasta esa noche, y de todas formas, la linterna aguantará más tiempo que ella. En la Virgen Soterraña, la atmósfera continúa siendo templada. Allí está caliente: engañoso consuelo de un aire que se va a volver cada vez más enrarecido. El sueño es una fuga llena de esperanza: su evasión hacia un mundo amigo, habitado por una sombra que quizá le ofrezca la llave de su prisión. Sin embargo, cuando se despierta sabe que ha fracasado: sus sueños estaban vacíos, eran estériles; no había una ventana azul sino una pantalla negra. Se pone las gafas y coge la linterna. Está sudando: la tibieza de las entrañas de la roca o el miedo a la muerte. Porque va a morir ahí, de sed, de hambre, de asfixia, de lasitud. No tiene los miembros rotos como el padre abad, no siente ningún dolor físico, sino la ignominia del horror que ha sucedido al pánico; la angustia vehemente que la había invadido como una ola, arrojándola con un rugido contra la pared del conducto que Simón tapaba, ha dejado paso a un terror lento, sordo e insidioso, una lluvia de miedo desconcertante que le empapa el cabello y la epidermis, aniquilando todo sentimiento de rebeldía, todo esfuerzo de la voluntad, todo soplo de vida. Y además está el silencio

que anticipa la muerte, la voz de la nada que empieza a alcanzarla. Por primera vez, Johanna se da por vencida sin luchar.

«Mi vida no ha sido más que un despilfarro de energía, un exceso de ilusiones y de mentiras», se dice.

Confusión. Piensa en Pierrot, ese hermano gemelo al que no recuerda y con el que muy pronto va a reunirse.

«Tres meses... —piensa Johanna—. Es poco para haber existido, suficiente para desaparecer. Quince de agosto, el día de nuestro cumpleaños... Este año habríamos cumplido los dos treinta y cuatro. Yo habría cumplido treinta y cuatro, él dejó de envejecer la noche del catorce al quince de noviembre de nuestro primer año de vida. De todas formas, mis padres habrían vuelto a decirme un triste "feliz cumpleaños". No pueden soportar que el tiempo solo se acumule en un lado. En mi lado. "Muerte súbita del bebé"... Curiosa enfermedad, que se declara mediante la muerte inmediata de su víctima, cuando todo ha acabado.»

Johanna no piensa nunca en ese hermano desconocido, paralizado en el estado de fotografía de eterno bebé, que vive en su pequeña tumba de mármol rosa haciendo flanes de arena con los amigos subterráneos que van a visitarlo excavando bonitas galerías. Eso es lo que se decía ella cuando era pequeña. No piensa nunca en su hermano porque no lo recuerda. Solo recuerda esa noche. Estaba junto a él cuando aquello sucedió, durmiendo, al parecer. Probablemente no notó que se iba. Ahora que le toca a ella irse, espera que la vea llegar. Que no esté durmiendo. Que la reciba.

«Es ridículo... Porque después no hay nada. ¡Absolutamente nada! —se subleva—. Sin embargo, voy a morir por haber querido reunir a dos difuntos, muertos en 1023 y 1063 respectivamente. ¡Qué ironía! ¡Qué cosa más absurda!»

Súbito deseo de romperlo todo, de emprenderla a golpes con esos esqueletos grotescos, de arrojar al suelo la escultura de la diosa madre y de estamparse después contra la pared para acabar más deprisa. Pero ve el cráneo de Román a su lado. A priori, nada lo diferencia del de Almodius, que ella ha vuelto a colocar sobre su cuerpo, con la cruz bautismal alrededor del cuello. ¿Será el suyo idéntico, cuando toda su carne se haya consumido?

Coge la cabeza de Román entre sus manos y se acerca de rodillas a los dos altares primitivos, a través del haz de luz de la linterna. Frotando la palma de las manos contra el hueso, como si fuera la lámpara de Aladino, implora una vez más a los espíritus mágicos.

—Román... —susurra, mirando a la diosa a caballo—, quizá me has engañado. En el momento de morir, sigue costándome creerlo. Quien sí lo ha hecho es Simón... Estoy encerrada aquí con sus antepasados, a los que él nunca ha visto pero de cuyo fantasma es prisionero. Me... me da lástima. Repruebo sus actos odiosos, pero no puedo condenarlo del todo. Me envía a la muerte, pero él ya es el cadáver de sí mismo..., sin libertad, y no he conseguido liberarlo. Tal vez he hecho todo esto para nada; me refiero a que tu cuerpo ha desaparecido. A ti tampoco podré liberarte, y yo también estoy perdida..., encerrada aquí. No he visto lo que hubiera debido ver, he avanzado sin reflexionar, sin llevar cuidado con los seres que me rodeaban... Al igual que tú, he comprendido demasiado tarde, ya me encontraba en esta prisión sin salida. Pero a ti la oración te iluminó, la contrición y los sufrimientos del alma, la espera en tu purgatorio te hicieron clarividente. Yo no sé rezar, pero sé que me escuchas... Ahora estás entre mis dedos, toco una parte de ti, la que produce los sueños, los castillos de piedra y los planes de evasión. Ilumíname, no me dejes morir como Almodius, ese ser que, a semejanza de Simón, mata porque cree amar y no ama realmente sino después de haber matado. Sálvame, porque todo cuanto he hecho ha sido por amor por ti.

Román está muerto desde hace casi mil años. Está muerto, reducido a la nada. Las piedras permanecen sordas. No obstante, Johanna se levanta y las palpa centímetro a centímetro, con la linterna en la mano. A pesar de que se ha quitado la cazadora y el jersey, se muere de calor. El corto top que lleva está empapado de sudor. Sus largos cabellos son como cuerdas gastadas. Daría la vida que ya no tiene a cambio de un poco de agua. El agua..., el enemigo que los monjes temían, su isla, su aislamiento, el agua que a esas horas debe de rodear la peña. Aunque fuera agua salada, se la bebería. La roca, examinar la roca en busca de una salida...

«Es imposible, pero debo intentarlo. El fin es absurdo para los que no

tienen fe..., disparatado e incoherente. Acidia..., hija de la tristeza..., funesta relajación del alma... ¡Cállate, mira las paredes, Johanna! ¡Que cese la voz de mi pensamiento! Te has pasado la vida mirando las paredes que había a tu alrededor, cuando los demás se las ingeniaban para atravesarlas como podían. Esta noche se han invertido los papeles. Intenta salir... ¡Inténtalo! No puedes contemplarte morir... La hora preciosa, como decían los benedictinos. ¡De eso nada! ¡La hora sucia y horrenda!»

Recorre la roca con la linterna como para eliminar los monstruos agazapados tras ella. Sus dedos tocan el granito. Le duelen los ojos. Los hombros también. Se frota contra la piedra en un baile cuerpo a cuerpo en el que las fuerzas son desiguales.

Bajo la Virgen Soterraña, Johanna está sola con los huesos del pasado y la roca eterna. La piedra desnuda, sin salida. Nada en ninguna parte, salvo unos pequeños signos grabados por los celtas en las paredes, unas marcas apenas perceptibles, en las que no había reparado antes de su unión física con la gruta: cuatro ogams en los cuatro puntos cardinales de la caverna, sin duda alguna como representación del norte, el sur, el este y el oeste, para permitir a los druidas situarse con relación al sol, invisible en esas profundidades. Johanna ha vuelto a ocupar su sitio junto a Almodius. Debe resignarse. Ese es ahora su sitio. El último.

—*Ad accedendum ad caelum, terram fodere oportet*—dice, antes de romper a reír—. ¡Ah, Román, era todo un hallazgo, hay que reconocerlo, o en cualquier caso, apropiadísimo para mí! He removido la tierra y estoy a punto de ver el cielo. *Ad accedendum ad caelum, terram fodere oportet*. ¡Ja, ja, ja! «Hay que excavar la tierra para acceder al cielo»... Bonita frase, ¿no? Y al parecer tiene tres sentidos, que encima hay que casar. Yo lo he hecho por ti, Román. He excavado literalmente la tierra para que tú accedas a tu cielo simbólico, y el resultado es que soy yo quien voy a acabar en el Paraíso. ¡El Paraíso, nada menos! A mí el Paraíso me tiene sin cuidado, no creo en él, preferiría un cielo literal, un hermoso cielo azul..., ¡y hasta un cielo plomizo me iría estupendamente, fíjate! Oye, Román, ¿no aceptarías que casáramos los sentidos al revés? ¿No tendrías una tierra simbólica que yo pudiera excavar para acceder al cielo literal?

Johanna se echa a reír a carcajadas y le da unas palmadas en el hombro a su compañero de infortunio, haciendo temblar sus huesos.

—Perdona, Almodius —masculla, mientras apoya de nuevo el esqueleto contra la pared.

Coloca bien la cruz bautismal sobre las costillas del abad, se queda observándola y de pronto se da una palmada en la frente.

—¡Claro! ¡Tengo uno, símbolo de la tierra, y nada insignificante!

Con movimientos nerviosos, propios de una persona dominada por la ebriedad que provocan las situaciones extremas, se precipita sobre su cazadora, apelotonada en un rincón. A cuatro patas, registra los bolsillos y saca la joya de Moira que le ha arrojado Simón.

—¡Mira, Almodius! —dice, iluminando con la linterna el colgante—. ¡Me lo ha regalado! Los símbolos de los cuatro elementos..., esto debe de traerte recuerdos, ¿eh?

De repente, se interrumpe. Lívida, examina de cerca el colgante celta, se levanta y dirige el haz de luz hacia los cuatro signos grabados en la roca de la gruta.

—Pero... ¡Claro, los ogams! ¡No son los puntos cardinales, sino los cuatro elementos! ¡Los mismos que los que aparecen en la cruz drúidica de Moira! ¿Por qué los esculpirían en la pared?

Johanna examina la cruz céltica que llevan en torno al cuello los tres olams, pero en esas no hay ninguna inscripción.

—El aire, el agua, la tierra, el fuego... —murmura, pasando el collar de Moira entre los dedos, como un rosario—. ¡Por el Arcángel! —exclama—. ¿Será posible? Hay que probar, sí, hay que probar ahora mismo... Pero ¿cuál de estos cuatro símbolos representa la tierra? Simón lo ha dicho... ¿Qué ha dicho?

Como una fiera salvaje, salta hacia los cuatro ogams de la roca. Los observa detenidamente de uno en uno. ¿Cuál de ellos es la tierra?

—*Ad accedendum ad caelum, terram fodere oportet* —musita, como si se tratara de una oración cabalística—. Si hay una solución, tiene que estar forzosamente aquí... Pero ¿dónde? ¡Román, tienes que ayudarme! ¿Qué ha dicho Simón? ¡Lo ha dicho! ¡Recuerda! —implora, tendiendo el colgante

hacia el cielo.

Johanna cierra los ojos para entrar en comunión con él.

—Tengo que acordarme... Yo estaba aquí abajo, en el conducto... «Es lo más precioso que tenía, aparte de ti, la cruz de Moira, que se remonta al principio del mundo. Brewen la robó de su cadáver... Los símbolos, los cuatro elementos, los verdugos de Moira»... Román, un esfuerzo más... «El agua abajo», ¡sí! El agua abajo... El otro mundo, el Sid, para ellos está siempre bajo el agua, al fondo de los lagos y de los mares..., luego abajo.

Mira el brazo inferior de la cruz: el agua está representada por tres líneas verticales cortadas por cuatro líneas horizontales. Levanta la cabeza hacia el granito bruto: allí, el mismo ogam en la pared. Es el agua, efectivamente. Por lógica, el fuego tiene que estar en el brazo superior de la cruz. Veamos: un rombo. El fuego es un rombo, y en la joya está grabado arriba. La gruta: ahí está el rombo, es el rayo, la tormenta, el fuego. Ahora el aire... ¿A la derecha o a la izquierda de la cruz? Le parece que ha dicho a la derecha... No está segura. Cuatro trazos horizontales... ¿Es eso? En tal caso, a la izquierda estaría la tierra... En el brazo izquierdo figuran tres trazos horizontales... Tres trazos horizontales... Johanna busca hasta que ve, frente a ella, el pequeño signo correspondiente esculpido en la roca. Debajo, en el suelo de la gruta, los cadáveres de los tres olams dispuestos como si fueran las tres líneas del símbolo.

«Claro... Este pueblo es un pueblo de la tierra... —comprende, guardando el colgante de Moira en un bolsillo de los tejanos y precipitándose hacia el emblema de piedra—. Hay que excavar la tierra para acceder al cielo... La tierra simbólica... Debo excavar el símbolo céltico de la tierra para acceder al firmamento... ¡Para salir de aquí!»

Johanna rasca desesperadamente el granito.

—¡Sigue! ¡Sigue buscando, Johanna! —dice en voz alta—. ¡Excava la representación de la tierra! ¡Porque en esta época todo es símbolo, y esta montaña es un mito, el del encuentro de la tierra y el cielo! ¡Sí, el encuentro de la tierra y el cielo ante la mirada del mar y del rayo!... ¡La peña es el punto de unión de los cuatro elementos!

Intenta introducir los dedos ensangrentados en los tres trazos, presiona al

azar en busca de un mecanismo secreto, pero no ocurre nada. ¡Sus dedos no son lo bastante finos, el hueco de las líneas es profundo y estrecho, no consigue hundir las falanges en las ínfimas hendiduras! Se vuelve. ¡Una herramienta! ¡Necesita una herramienta! Algo muy afilado y duro. ¿Qué? ¿Un hueso? ¡Demasiado grande! No tiene nada, solo la linterna, con la que recorre el oscuro antro en busca de lo imposible. De pronto, detiene el rayo sobre un pequeño instrumento cuya visión le arranca un grito de alegría. ¡El estilete de Almodius! El estilete con el que escribió su testamento en la tablilla de cera. Lo coge y hunde su fina punta metálica entre los intersticios del dibujo de piedra. Primera línea superior. Cuerpo intermedio. Trazo inferior. ¡Clac! ¡Un ruido mecánico, un sonido ha roto el silencio! De repente, un lienzo de roca pivota, se entreabre unos centímetros y se detiene: se ha quedado atascado, lleva demasiado tiempo sin funcionar.

—¡Aaah!

Con todas sus fuerzas, Johanna empuja la pequeña puerta de roca, pero esta se niega a apartarse. Se araña los hombros, concentra todo su cuerpo en el esfuerzo sobrehumano. Ya no respira, empuja a su ser hacia la vida. El bloque de granito tiembla y se desplaza un poco. Johanna se incorpora, jadeando, y se inclina sobre los veinte centímetros que se abren ante ella. Un pasadizo, un pasadizo secreto excavado por la mano del hombre en la piedra, idéntico al que ha seguido para descender a la cavidad, salvo que este es horizontal... y oscuro. Johanna ríe y llora al mismo tiempo. ¡Una salida, tiene que ser una salida!

—¡Román! —grita—. ¡Gracias, Román! Y gracias, Almodius..., Simón... ¡Te saludo, Moira, reina de los difuntos —dice, besando el colgante tras sacarlo del bolsillo—, soy el fruto de tus entrañas, que el Arcángel ha bendecido!

Se cuelga la cruz de oro y hueso alrededor del cuello empapado. Escapar. Atravesar las paredes. Reunir el pasado y el presente. Pero sin olvidar nada. Se guarda el estilete de Almodius en un bolsillo de la cazadora, con el permiso del padre abad. Después, arroja la chaqueta y el jersey al oscuro pasillo y deposita encima de ellos el cráneo de Román. Se prosterna delante de Almodius para decirle adiós, toca la cruz bautismal que cuelga de su

pecho huesudo, se santigua, dirige una mirada hacia los tres olams, Epona y su prisión circular, coge la linterna y la coloca en el corredor. Contiene la respiración, comprime el pecho e intenta deslizarse a través de la abertura, felicitándose por su delgadez. Una vez en la antecámara del corredor horizontal, enseguida tiene que ponerse a cuatro patas. Se pone la cazadora, envuelve el cráneo de Román en el jersey y se lo ata a la espalda, como si fuera un bebé. Por último, coge la linterna con la boca antes de adentrarse en el misterioso pasadizo.

En las vísceras de la montaña, a las cuatro horas y cincuenta y un minutos de la mañana del 3 de junio. Johanna reptaba por el angosto túnel. Continúa la roca. El calor agotador. El sudor viscoso, como la sangre de sus manos y de sus hombros. Su espalda frota la pared, pero la cabeza de Román está protegida. Johanna no puede continuar a cuatro patas. Tendida, avanza apoyándose en los codos, milímetro a milímetro. Resopla como una bestia de carga. La linterna que sujeta con la boca le dificulta la respiración. Tras la alegría del descubrimiento, de nuevo la angustia. Claustrofobia. Miedo de desembocar en otra cavidad natural, sin salida, o en la roca, maciza, insalvable como una muralla; si es así, no podrá dar media vuelta para regresar al santuario celta. Morirá encajonada en ese pasillo, adherida a la roca como a un cuerpo extraño. No pensar. Avanzar. Arrastrarse poco a poco. Nunca se había sentido tan pesada. Ni tan grande. Todavía tiene ganas de vomitar. No hay tiempo. No. Continuar. Román la ha guiado. Todos sus compañeros de antaño la escoltan con el pensamiento. No está sola, no, no lo estará nunca más. Vamos. La historia. Esta noche es ella la protagonista de la historia. Ha perdido la noción del tiempo, salvo la del presente y el deseo del futuro. Un aliento joven y puro le acaricia la frente. ¡Aire! ¿Es real? Se apresura un poco, tiende la nariz y las mejillas. Algo tiembla delante de ella. ¿Un animal? No... La linterna..., rápido... No es el color del granito... Es verde... verde oscuro... ¡Vegetación! Profiere un grito de fiera. Una cortina de hierbas y plantas se balancea. Luz natural..., o sea, que el sol está ahí. Emite un gemido ronco, el vaho del sudor le empaña las gafas. Se detiene, recobra la calma, se limpia las gafas con el top empapado y luego continúa su avance. Unas piedras le lastiman el vientre, hay montones de escombros. Se

abre paso entre ellos como un topo. Le parece que los colores son diferentes, más claros. Ahí está la cortina natural. La aparta, se pincha encantada con unos espinos y contempla la ventana que acaba de abrir.

Una ventana del azul más bonito del mundo, suave y violento a la vez, sin mancha, sin astro, lleno de melodiosos trinos, y se dice que esos cantos son los de todos los muertos de la tierra dándole la bienvenida a la vida. Apaga la linterna. El cielo. Ha excavado la tierra y ha accedido al cielo, donde la aurora es una hostia.

Capítulo 22

A las cinco y trece minutos de la mañana, Johanna sale del agujero y, tambaleándose, se pone en pie para que el cielo le lama los estigmas. Sus ojos tardan en acostumbrarse a las nubes transparentes. Mira el reloj. Toma conciencia del tiempo, así como del canto de los pájaros. La escandalosa alborada de las gaviotas rompe el silencio que fue su compañero en las tinieblas. El amanecer es la hora del oficio de laudes. *Laudare*. Alabanza. *De Angelis... Michael archangele veni in adiutorium... In excelsis angeli laudant te. In conspectu*. El timbre grave de los monjes medievales vibra en el interior de Johanna. No en su cabeza, sino en su cuerpo. El aire la hace estremecerse. Mira a su alrededor: la iglesia está más arriba. Justo debajo de ella, la fuente de San Auberto, el único manantial de agua dulce de que disponen los monjes, el agua que curaba las fiebres demoníacas. Johanna está de cara al norte, en los eriales del monasterio, entre las zarzas, las rocas y los vientos dominantes, a media altura de la montaña. A lo lejos, el islote de Tombelaine está rodeado por las aguas vivas. El camino... Está frente al camino que, durante la marea baja, tomaban los primeros peregrinos, por Genéts y Tombelaine, para acceder a la abadía por el oeste atentos a las arenas movedizas, esas placas de arena en suspensión sobre el fango que succionaban a los caminantes imprudentes... El paso de las aguas, el camino de los portadores de piedra... El norte y el oeste, que eran uno para los celtas, el lado oscuro, el de las calamidades y los apocalipsis, donde los cristianos acostaban para subir hacia el sudeste, el coro de la iglesia abacial,

la luz de la resurrección... Johanna se encuentra en el emplazamiento del primer pueblo construido allí y desaparecido hace mucho tiempo. Las gaviotas la saludan ruidosamente, el aquilón le acaricia el cabello; con un rápido movimiento, ella se lo suelta. Luego, tras desatar el jersey que le envuelve la espalda, coge la cabeza de Román y la deposita en la entrada del túnel secreto, oculta detrás de la cortina de espinos. Con prudencia, desciende hacia el mar y se arrodilla para lavarse. Cuando ya no quedan rastros de tierra y de sangre, deja que el aire seque sus magulladuras. Tiene frío, tiene sed, tiene hambre. Mira el círculo de fuego aparecer por el este, por el lado del coro, como la promesa de una vida nueva. La hora prima. Se levanta con los ojos llameantes y se dirige hacia el pueblo dormido.

Pasa por delante de la rampa del potro, recorre la parte trasera de su casa sin echar un vistazo a través de la ventana del cuarto de baño. No hay nadie en la calle, aparte de algunos gatos que revuelven los cubos de basura. Ella no sabe que la búsqueda ha sido suspendida media hora antes. El camino de ronda que bordea las murallas la conduce a casa de Simón. En la pared, cerca del tejado, la gárgola de piedra la amenaza, pero toda sensación de miedo la ha abandonado. Sonríe al animal monstruoso. Encima de la puerta, el portafaroles herrumbroso parece esperar la cuerda de un ahorcado, y el umbral el despertar de la mandrágora. La verja está abierta. Johanna sube los peldaños, bordeados por una glicina moribunda, y acerca la nariz a las flores malva medio marchitas. El olor del cielo, empolvado y embriagador. Pulsa el timbre, luego golpea la puerta roja. No hay respuesta. Acciona el pomo... y la puerta se abre.

—¡Simón! —llama—. Simón, ¿estás ahí?

La llave está en la cerradura, por la parte de dentro. Nada parece vivir en la casa salvo el viejo reloj del salón, que esparce el tiempo sin medida. Johanna inspecciona todas las habitaciones de abajo, lívida, con el corazón acelerado por el deseo y la emoción de verlo. Ya no teme por ella, sino por él: sus últimas palabras tenían el color de la muerte. Se decide a subir al primer piso: nadie. Los muebles antiguos esperan. Se apoya en la barandilla y, lentamente, sube al segundo, donde se encuentran el dormitorio y el despacho de Simón, ese despacho con las vigas a la vista, ese dormitorio con

sábanas de lino que huelen a tilo. La cama no está deshecha; Simón no se ha acostado. La mano de Johanna tiembla sobre la puerta del despacho. La imagen de un ahorcado se aferra a su memoria. Finalmente, entra. Exhala un suspiro de alivio al constatar que la habitación está vacía. Sobre el baúl medieval que hace de mesa de estudio hay un sobre dirigido a Christian Brard. Johanna abre la carta.

Amigo mío:

Deja de buscar a Johanna. Aquella que fue mi amada ha muerto, al igual que Dimitri Portnoi y Jacques Lucas, y de esas tres muertes el autor soy yo. No trates de averiguar las razones de mis actos; van a desaparecer conmigo y con el cuerpo de Johanna, que esta mañana del 4 de junio me llevo mar adentro.

No nos persigas, intenta vivir.

Adiós.

Simón Le Meur

«¡El barco que tiene amarrado en Saint-Malo! —piensa—. Simón ha cogido esta noche su pequeño velero y se ha adentrado en el mar para huir de esta tierra maldita... El agua, el Sid, el otro mundo de los celtas, al que se llega por pasos subterráneos en el corazón de las montañas, en el fondo de los lagos y de los estanques o al final del mar, por el oeste, más allá de Bretaña, en la inmensidad del Atlántico. Simón ha llevado la leyenda al límite: seguramente se ha arrojado al mar para reunirse conmigo en el reino de los inmortales, al que yo debía llegar a través de las profundidades de la tierra... Simón está muerto. Seguramente encontrarán su barco, pero jamás su cuerpo.»

Johanna derrama lágrimas que le asetan la piel.

—Simón, pobre Simón... —murmura—. ¡Ángel del cielo, haz que su

alma vaya a parar a una isla donde repose plácida y serenamente!

Enciende una cerilla y quema la carta de Simón en un cenicero. Luego, baja la escalera, corre el cerrojo de la puerta de entrada, baja precipitadamente a la bodega, cierra la puerta con llave y se guarda el manojó en el bolsillo. Una bonita bodega abovedada, con estantes llenos de botellas con el tapón enmohecido por la humedad, un suelo de tierra batida y un pequeño respiradero con una rejilla oxidada. Johanna oye a las olas decirle que se han llevado a Simón. Ahora, una vez acabada su tarea, van a alejarse. Johanna agarra la reja del respiradero y tira de ella con todas sus fuerzas. La sangre de sus manos, restañada por el agua del mar, fluye de nuevo. Mejor, será una prueba para la policía. ¡Tira, Johanna, tira! Las varillas de metal están viejas, gastadas, corroídas por el aire salado. El aire de aquí lo devora todo con una avidez paciente e inevitable, incluso el corazón de los hombres. Johanna espera que haya corroído lo suficiente esa reja de metal. Recobra el aliento e intenta de nuevo arrancar la rejilla. Al cabo de media hora, cede por la izquierda; la desprende de la pared, deja el jersey en el suelo de la bodega y sale por la abertura, que da al jardín. La claraboya se ha transformado en alambrada, que al pasar Johanna se queda con unos centímetros cuadrados de tela de su cazadora. Bien... Otra huella material para confirmar la historia que va a servirle al comisario Bontemps. Una vez fuera, se asegura de que está sola en la calle, borra sus huellas de las llaves de Simón y echa el manojó al agua por encima de la muralla. Son las seis y treinta minutos. Dirige una última mirada a la casa, al sol, y corre hacia su vivienda.

3 de junio, quince horas y dieciséis minutos. Johanna, al volante de su coche, conduce a toda velocidad hacia Bretaña, hacia el asilo de Plénée-Jugon en busca del padre Placide. Sus manos, limpias y desinfectadas, están cubiertas de apósitos, su piel huele al jabón con que se ha frotado largamente. En su cabeza resuena la historia que ha contado a todos: Simón era un desequilibrado, no aceptaba su ruptura y estaba celoso de todos los que se acercaban a ella, incluso de la Virgen Soterraña. Para vengarse, cometió unos crímenes pasionales: mató a Jacques y a Dimitri. Finalmente, secuestró a Johanna cuando estaba sola en la cripta, anoche, obligándola a salir de la abadía por el pasadizo que hay sobre el altar de la Trinidad. Después la

encerró en su casa, en la bodega, decidido a matarla también. Pero fue incapaz de hacerle daño y huyó para poner fin a sus días en el mar, en su barco. Johanna escapó arrancando la rejilla que cubría el respiradero de la bodega. Hasta ahí, la policía no ha puesto en duda la versión de la arqueóloga: Bontemps y sus hombres forzaron la puerta de la casa de Simón e inspeccionaron la bodega; los servicios portuarios de Saint-Malo confirmaron la salida, esa mañana temprano, del velero del anticuario. En recuerdo de Simón y de Moira, Johanna ha decidido que nadie debía conocer la existencia de la gruta celta. Ella misma se asegurará de que los restauradores de François sellen de nuevo sólidamente el altar de la Trinidad.

«A estas horas, el nuevo guardián debe de estar informado de que, a partir de ahora, la antorcha está en sus manos —supone—. Sin duda Simón lo ha avisado de uno u otro modo antes de desaparecer. Tal vez algún día lo busque, algún día...»

Por el momento, le habla a Román, cuyo cráneo está dentro de un bolso, en el asiento de al lado. No ha podido renunciar a lo que la había mantenido con vida todos esos años. Mientras ella mentía a sus colegas, a Brard y a la policía sobre su singular epopeya, Florence le curaba las heridas y la alimentaba como una madre. Johanna veía pasar ante sus extenuados ojos la silueta de Epona montada a caballo, los esqueletos de los olams, la tablilla de cera de Almodius. La espada del Arcángel se alzaba sobre la cabeza de Román en su tumba improvisada por el abad. Después, el monje decapitado se acercaba a una ventana azul... Eso le recordaba su último sueño, el que había tenido cuando se durmió en la capilla del coro de la iglesia, la capilla de su madre... Desde entonces no había vuelto a soñar, pero ese sueño le había indicado el camino del altar de la Trinidad..., la gruta clandestina, la cabeza de Román y, al final, la salida al cielo. ¿Podía ese sueño seguir ayudándola? Esa mañana, había recordado al padre Placide, que alzaba su hostia cuadrada y azul, y aparecía fray Román, joven y libre... El padre Placide, ¡tenía que hablar con él! Liberarse de los interrogatorios de la policía, de los cuidados de Florence y Sébastien, de la desconfianza de Patrick, de los temores mudos de Brard —porque ella no había implicado a Simón en la escritura de la carta anónima— y de la llegada inminente, por la tarde, de François. François..., le

parecía inconcebible volver a verlo. Un abismo insondable los separaba. Un espejo, y Johanna estaba al otro lado. Sola. Tenía que esquivar al comisario y ganar tiempo para ir al asilo del anciano monje... Se negó a ver a un médico, a acompañar a Bontemps a casa de Simón, pero no tuvo que hacer nada para que los nervios la bloquearan. La tensión de las últimas horas había sido tan fuerte y la presión de las próximas era tan palpable que, de repente, se vio incapaz de hablar. Se quedó postrada, apagada, con la imagen del monje sin cabeza superponiéndose a la de sus interlocutores. Curiosamente, fue Patrick quien insistió en que la dejaran tranquila y Bontemps aceptó esperar hasta el día siguiente para tomarle declaración. Tenían bastante que hacer con el aviso de búsqueda de Simón y el registro de sus dos casas, la del Monte y la de Saint-Malo. Patrick le rodeó con el brazo los magullados hombros y la ayudó a ir a su habitación en silencio. Ese detalle le sentó bien. Trató en vano de dormir. Sin embargo, estaba agotada. Hacía demasiado tiempo que no había descansado. Ningún sueño podría acudir a ella mientras no hubiera resuelto el que la poseía —el que acaso se burlaba de ella— desde su infancia. El agua repararía de nuevo su cuerpo dolorido. Después de darse una larga ducha, había comido con Séb y Florence, que la observaban como a una víctima, y Patrick, que lo hacía como si se tratara de un hallazgo arqueológico que no había desvelado todos sus secretos. El vino corriente que bebieron actuó en ella como un elixir mágico, un concentrado de vida, el fruto precioso de una intemporal armonía entre la tierra y los hombres, ante la mirada de Dios. Después de comer, dijo que necesitaba aire, luz y soledad. Nadie se atrevió a oponerse a sus deseos. Tuvo muchas dificultades para recuperar la cabeza de Román; a esas horas del día, los turistas eran los dueños y señores de la peña y pululaban por todos los rincones de la montaña. Por fin, a las quince horas, logró subir discretamente por la ladera norte y recuperar su tesoro.

Dieciséis horas y dieciocho minutos, Plénée-Jugon. Johanna entra en el asilo de monjes de todos los colores. La enfermera cancerbera está en su puesto.

—El padre Placide está muy mal —dice la monja—. Estamos esperando la ambulancia para trasladarlo al hospital de Saint-Brieuc, no puede verlo.

—Es urgente, hermana —objeta Johanna—, y solo estaré un momento. Si

se va..., tengo que despedirme de él. Cinco minutos, por favor, solo cinco minutos.

—No insista, señorita, las normas son las normas.

Johanna se aleja por el parque. Tiene que encontrar una manera de entrar en el edificio y hablar con el padre Placide antes de que se lo lleven. Se esconde detrás de un árbol y vuelve subrepticamente sobre sus pasos. Un voluminoso franciscano, completamente vestido de marrón, la observa desde un banco, impasible. Ella se dirige a zancadas a la parte trasera del edificio y se mete en la salida de emergencia. Sube la escalera corriendo. Cuarta planta, las puertas de color rosa, su habitación, ahí está por fin su habitación... Llama brevemente y entra. El anciano está tendido boca arriba, con los ojos clavados en el grabado del Monte, un tubo en la nariz y la barba medio tapada por una máscara de oxígeno.

—¡Padre! —exclama—. ¡Cómo me alegro de verlo, padre!

Por toda respuesta, él cierra los ojos. Johanna se sienta en la cama y aprieta la mano huesuda del monje entre las suyas.

—Queridísimo padre —dice con más calma—, sé que... que está muy cansado, pero... quería despedirme de usted antes de que se vaya a Saint-Brieuc y enseñarle una cosa.

El abre los ojos. Su mirada tiene el color de una tormenta. Respira a costa de enormes esfuerzos, emitiendo un ruido que es amplificado por la máquina. Esta vez es ella quien va a hacerle un regalo. Abre el bolso para sacar el cráneo de Román y lo coloca bajo los dedos amarillentos del anciano. Él se vuelve trabajosamente hacia ella y le dirige una mirada interrogadora que anima a Johanna a hablar.

—Gracias a usted, he penetrado el secreto de la Virgen Soterraña —dice, acercándose a su oído—. Todo lo que contaba dom Larose en su cuaderno era verdad, padre. Los mataron para impedir que descubrieran un santuario celta que está oculto bajo la cripta. Pero yo lo he encontrado y estoy viva. En el interior hay una escultura de Epona, sepulturas de druidas y... este cráneo, que es el del monje sin cabeza que frecuentaba la cripta, fray Román. En 1063, murió decapitado a manos del abad Almodius, cuyo cadáver yace también en la gruta secreta... La cabeza de Román fue arrojada a la caverna

clandestina, pero su cuerpo sin cráneo se quedó en la Virgen Soterraña y los monjes lo tomaron por los restos de su abad. El cuerpo de Román, por lo tanto, se encuentra en la tumba de Almodius. Padre, dígame si debo abandonar y marcharme del Monte, o si queda una ínfima posibilidad de que la tumba de ese abad no haya sido destruida. Quizá ese cuerpo fuera exhumado. ¿Dónde debo buscarlo? ¿Debo reanudar las excavaciones en la antigua capilla de San Martín?

El anciano aprieta la mano de Johanna y niega con la cabeza.

—¿No? —pregunta ella—. Pero, entonces..., ¿qué debo hacer? Por favor, padre...

Johanna levanta delicadamente la máscara y se acerca a su boca.

—M... Montfort —murmura el monje con voz ronca.

—¿Montfort? —pregunta Johanna—. ¿Qué es? ¿El nombre de alguien, o del lugar donde se encuentra la sepultura de Almodius?

—Montfort... —repite él—, Montfort, la de en medio.

A continuación, su cabeza se inclina hacia un lado al tiempo que sus dedos sueltan los de la joven. Ella le pone de nuevo la máscara, pero parece haber dejado de respirar, haberse sumido en el sueño, en el coma, o algo peor aún. Johanna se asusta. ¡Dios mío, lo ha matado! Tiene que llamar a alguien. Pero no tiene que molestarse en hacerlo. La puerta se abre de pronto y aparece la hermana de la entrada y dos corpulentos enfermeros laicos empujando una camilla.

—¿Qué hace usted aquí? —pregunta furiosa la monja al verla—. ¡Dios bendito! —exclama mientras comprueba que el corazón del padre Placide continúa latiendo, tras percatarse del estado del anciano—. ¡Ayúdenme! —ordena a los enfermeros—. ¡Deprisa, se ha desmayado!

Johanna guarda el cráneo de Román en su bolso y se marcha.

«¡Pobre padre Placide! —se lamenta para sus adentros—. Ha perdido el conocimiento por mi culpa. Espero que no se muera... Montfort..., la de en medio, ¿qué ha querido decir?»

Una vez en el coche, despliega un mapa de carreteras y mira el nombre de los pueblos de alrededor. Nada en las inmediaciones. Nada al este, en Normandía. Más al oeste, tampoco. Desciende hacia el sur de Bretaña...

¡Aquí! ¡Un pueblecito que se llama Montfort, en la carretera de Rennes!

«Quizá no sea eso... —cavila—. O sí... Yo busco una tumba, luego busco un cementerio. El cementerio del pueblo de Montfort, en Bretaña. Pero ¿por qué iba a estar ahí la sepultura de Almodius? ¿La de en medio? Qué más da...»

Pone en marcha el motor y mira el reloj: tardará tres cuartos de hora como mucho.

Cementerio municipal de Montfort, diecisiete horas y once minutos. Johanna deambula por las alamedas, concentrándose en la arteria central, la de en medio. Pero las tumbas no le dicen nada. Nombres desconocidos, sepulturas modernas y frías, como las que hay en todas partes.

«¿Qué haces aquí? —se pregunta—. ¿Qué iba a hacer el ataúd de Almodius aquí? Un padre abad del Mont-Saint-Michel, fallecido en el año 1063, ¡es ridículo! Me he equivocado, debería haber buscado a una persona llamada Montfort, es evidente. Es un patronímico antiguo, medieval... Desde luego, entre estas sepulturas recientes no encontraré nada, necesito una guía telefónica de la región, de Bretaña y Normandía... ¡Vaya, me he dejado el móvil en el Monte! En la oficina de correos, sí, allí encontraré una guía, si no han cerrado ya...»

En el momento en que se dispone a salir del cementerio, ve a un anciano con un bastón que, cargado de margaritas, se acerca con deferencia a una tumba blanca. Johanna da unos pasos hacia él.

—Perdón, señor, estoy buscando... una tumba muy antigua... de un antepasado lejano. En su lecho de muerte, mi abuela pronunció el nombre de Montfort, pero aquí no la encuentro. Me preguntaba si no habrá otro cementerio en el pueblo, uno mucho más antiguo, donde pudiera estar enterrado mi antepasado.

El jubilado la mira directamente a los ojos; después la examina de arriba abajo, en busca de no se sabe qué, al parecer no perceptible a simple vista. Johanna se siente incómoda.

—Aquí solo hay un cementerio público, y es este —contesta el hombre en un tono desabrido—. Pero... ¿cómo se llamaba su antepasado? ¿Era un noble?

—Sí, sí, un noble de la región —responde ella, inspirada, pues sabe que Almodius era un señor normando, no bretón—. Un aristócrata, sí, sin duda alguna.

—Entonces no está aquí —dice él, pensando que, decididamente, en nuestros días la gente de alcurnia no tiene aspecto de serlo y que es una verdadera lástima—. Esto es para los de a pie... Los demás no se mezclan con ellos... Los nobles no dejan su tierra, tienen la tumba en su casa.

—¿Dónde, señor, dónde? —pregunta Johanna, excitadísima.

—¡Ya se lo he dicho, caramba! ¡En su casa, en casa de los De Montfort, en el castillo!

«De Montfort, ese apellido me suena ahora de algo —piensa—. El patronímico de Almodius no es... Bueno, ya pensaré en ello más tarde. El castillo, rápido, la necrópolis privada de la familia De Montfort.»

Montfort-en-Bretagne. Castillo familiar de los De Montfort, dieciocho horas. El edificio no es medieval, sino renacentista. Bastante deteriorado. Es el sino de las viejas moradas y de las viejas familias. El jardín parece inmenso, medio salvaje. Deben de tener que luchar para conservar su patrimonio, cuyo esplendor no es sino un recuerdo que está derrumbándose. Deben de alimentarse de patatas hervidas y del pasado. Deben de estar allí desde hace siglos. Johanna busca con la mirada, al otro lado de la alta verja, la capilla. Nada a la vista. Llama. Caray, han invertido en un inter-fono.

—¿Sí? —responde una voz femenina.

—Emmm... Buenas tardes, quisiera hablar con... el propietario del castillo —dice Johanna.

—El castillo no está en venta —replica inmediatamente la voz.

—No, ya lo sé, no es ese el objeto de mi visita. Se trata de un asunto... privado, familiar, relacionado con el pasado, con la historia. Soy arqueóloga y...

—La señora condesa no recibe después de las cuatro de la tarde —contesta la voz—. Deje su tarjeta y llame mañana por la mañana para solicitar una entrevista con la señora y exponer las razones de su visita. Después, la señora verá si puede recibirla.

Johanna está estupefacta por el modo anticuado de expresarse de la

sirvienta, la cual parece haber colgado el aparato.

—¡Espere! —grita Johanna—. Se lo ruego, debo ver a la señora inmediatamente, es muy importante, vengo de parte del padre Placide, ¿me oye?, del padre Placide.

Silencio. Johanna se agarra a los barrotes de la verja como a su última oportunidad. De pronto oyó crujir la grava del camino y los ladridos de un perro. Unos pasos se acercan. Ve a una mujer bajita, rechoncha, de unos sesenta años, quizá más, gris de la cabeza a los pies, seguida de un horrendo caniche pelirrojo que no para de ladrar. La mujer observa sus vaqueros, su cazadora descuidada, su tez terrosa, su gran bolso informe, sus cabellos alborotados, y abre la puerta de la verja con una gran llave.

—La señora la espera —anuncia la gobernanta en un tono que expresa pesar—. No la canse, está enferma.

Johanna asiente con la cabeza. El chucho permanentado da vueltas a su alrededor ladrando. ¡El guardián del castillo! La joven refrena su deseo de darle una patada. Una vez en el interior del castillo, es introducida en un salón de techo alto que conserva numerosas huellas de su prestigio de antaño: artonados del siglo XVII en las paredes, una monumental chimenea de piedra con escudo de armas y, por todas partes, figuritas de porcelana. La mujer gris desaparece con el caniche. Johanna no se atreve a sentarse en los sillones de respaldo alto. Examina una vitrina que contiene una colección de gatitos de cristal. Muy *kitch*. Ve al inspirador de la exposición, que se exhibe con una gracia absolutamente felina sobre una cómoda de marquetería lamiéndose una pata: un gato de ojos amarillos y pelaje gris, como el hábito de la gobernanta. Johanna sonrío al animal.

—Buenas tardes, señorita... ¿Señorita?

Johanna da media vuelta y se presenta, esperando ver a una dama con peluca y miriñaque, un lunar postizo en la mejilla y la cara empolvada, a la que debería hacer una reverencia. Pero la mujer que está frente a ella no se parece en nada a su fantasmagórica sirvienta. Tiene aspecto de ser casi tan vieja como el padre Placide. Su cuerpo está encorvado sobre un bastón negro con empuñadura de plata y enfundado en un conjunto de punto de lana, muy sencillo y demasiado caluroso para la estación, de color verde jade. Mantiene

la cabeza erguida y un porte altivo, tiene los ojos oscuros y vivos, de párpados caídos, y el pelo blanco y muy corto. Ninguna coquetería en su actitud, ni una sola mirada arrogante o de superioridad, sino una elegancia discreta; su pertenencia a la nobleza no la hace mostrarse despreciativa ni exhibicionista, simplemente tiene la certeza de sus raíces, la conciencia de un linaje milenario que le confiere una seguridad combinada con un porte estático.

—Hortense de Montfort —dice ella, manteniendo las manos sobre el bastón—. Tenga la bondad de sentarse... Bien, ¿cómo se encuentra mi querido padre Placide?

—Muy mal, señora —responde en voz baja Johanna, apoyando tímidamente una nalga en el enorme sillón—. Esa es la razón de mi visita... inopinada. Acaban de trasladarlo urgentemente al hospital de Saint-Brieuc.

La anciana dama se instala cómodamente frente a Johanna. Parece afectada por la noticia.

—Me siento muy apenada, porque el padre Placide es un amigo muy querido. Con todo, su mayor deseo es reunirse con Nuestro Señor; ese es el objetivo de toda su vida. ¡Pero ojalá parta lo más tarde posible! Ya ha pasado la hora del té, ¿le apetece tomar una copa de oporto?

—No, gracias, señora. De hecho, yo... —balbuce Johanna, a quien la anciana dama impresiona— me he permitido venir a verla a petición suya. Antes de... marcharse del asilo, deseaba que yo rezara una oración por él ante... la tumba del abad Almodius, el octavo abad benedictino de Mont-Saint-Michel, muerto en 1063 —suelta de un tirón.

—¿Quién es usted, señorita?

El tono es seco, lleno de desconfianza.

—Soy arqueóloga en el Monte, señora, especialista en arte románico, y como tal he hablado recientemente con el padre Placide en Plénée-Jugon. Necesitaba información sobre ciertos manuscritos medievales que él conoce mejor que nadie... Le tomé cariño, volví a visitarlo a título privado, y estaba allí hace un rato cuando sufrió una crisis.

—¿La ha puesto al corriente?

—Sí, justo antes de ser trasladado al hospital —se aventura a decir—. No

me lo ha contado todo, claro, solo cosas sueltas, el pobre apenas podía hablar, pero le he prometido que no se lo diría jamás a nadie. Me ha pedido que viniera a rezar por él ante esa tumba, era un deseo que no podía cumplir él mismo —miente—. Yo... yo guardaré silencio, se lo debo, y no estoy aquí en calidad de arqueóloga —añade—, sino como amiga del padre Placide.

—Y en cierto modo, como su ejecutor testamentario.

Johanna sonrío. Está jugándose el todo por el todo. Desde esa mañana, desde que ha escapado de las tinieblas de la gruta y de su propia muerte, no hace más que mentir, engañar, embaucar a la gente. Pero la búsqueda de la verdad la obliga a hacerlo, el respeto por los que han muerto o van a morir se lo impone, la propia vida lo exige. La anciana condesa duda, busca una respuesta en los ojos de su gato. Johanna aprieta contra su muslo el bolso que contiene el cráneo de Román. «Román —dice en silencio—, tú también falseaste la realidad a fin de salvar tu amor por Moira.»

—Bien —acaba por resignarse la anciana dama, sin dejar traslucir si se ha dejado engañar o no—, puesto que la ha informado y, sobre todo, puesto que es su voluntad... Pero, dígame una cosa, ¿por qué Almodius y no los otros? Están todos ahí..., en fin, usted ya lo sabe.

¡Ay! Tiene que salir airoso de esta delicada situación. La condesa tiene que dejar de interrogarla y decirle dónde se halla la tumba.

—Es que..., antes de ser abad, Almodius fue un famoso copista y después el maestro del *scriptorium* montesino, el mayor que la abadía haya tenido nunca, y el padre Placide aprecia mucho sus manuscritos, varios de ellos están en Avranches y hablamos a menudo de ellos...

—Ah, no lo sabía. Verá, a mi edad, se pierde la memoria; no sé si conseguiré acordarme del nombre de todos... A ver, Mainardo I —dice, contando con los dedos—, Mainardo II..., su sobrino, creo..., Hildeberto. Thierry de Jumiéges, Almodius y Ranulfo de Bayeux. Eso es, seis, los seis primeros abades benedictinos fallecidos en el Monte, los padres fundadores de la abadía.

Johanna está atónita. La confusión domina su mente.

«¿Es posible que esta mujer esté diciéndome, como si tal cosa, que la tierra de este castillo cubre la tumba de los hombres que acaba de nombrar?»

—piensa—. No... Sería... ¡sería prodigioso!»

—¿Están los seis aquí? —se aventura a preguntar, en un tono falsamente ligero.

—¡Por supuesto! —responde Hortense de Montfort—. Si no recuerdo mal, solo faltan tres abades: Aumodio, Suppo y Raúl de Beaumont, que vivieron en el siglo XI, pero cuyos restos no reposaban en el Monte, no sé por qué. Eloi de Montfort, el antepasado de mi esposo, hubiera traído más, porque después de ellos también hubo grandes abades, pero había que actuar deprisa y con discreción... Algunos estaban en el coro, en panteones de piedra demasiado difíciles de abrir. En cuanto a la cabeza de Auberto, los revolucionarios ya se la habían llevado para destruirla, pero Eloi convenció a un amigo suyo médico de que la reclamara y la conservara como curiosidad médica; así fue como la salvaron y la conservaron hasta que se reanudó el culto... Esa noche, en la gran iglesia y en el cementerio, Eloi estaba frente a los apóstoles y a todos los santos, y escogió a los apóstoles, los primeros, los fundadores. Cuando pienso en ello..., ¡es un cuadro tan épico! En 1791, los monjes son expulsados de la abadía por los *sansculottes*, el Monte se convierte en un municipio llamado «el Monte libre», los manuscritos medievales son transportados apresuradamente por los arenales hasta Avranches... Y Eloi de Montfort, señor oficialmente adherido a las ideas de la Ilustración y de la Revolución, una noche, como un bandido o un profanador, roba de su sepultura los restos de los seis primeros abades, los esconde con su sudario en toneles de vino vacíos y los transporta en una carreta a su castillo, aquí mismo, al panteón familiar, para salvarlos de la furia devastadora de los revolucionarios, que saqueaban todos los edificios religiosos, incluso los cementerios.

Johanna está boquiabierta.

—La leyenda de los abades robados —murmura, pensando en los olams.

—¿Cómo dice?

—La historia es muy extraña... ¡Ah, ya sé por qué me sonaba su apellido! —exclama de pronto Johanna—. Durante la guerra de los Cien Años, entre los caballeros que defendían el Monte contra los ingleses había un Montfort.

—Exacto. Raúl de Montfort combatió valientemente junto a Luis de

Estouteville y en 1470 fue condecorado, a título póstumo, con la orden de los caballeros de San Miguel. Nuestra familia ha estado siempre muy vinculada al Monte, en todas las épocas. Varios de sus miembros fueron monjes allí. Para nosotros, el Monte fue, es y siempre será bretón. Era nuestro deber garantizar nuestra protección a sus apóstoles.

Johanna siente deseos de reír a carcajadas.

«¡Es asombroso! —se dice—. ¡Qué pasión tan desbocada suscita esta montaña en todas las épocas! Celtas mártires de los cristianos, benedictinos mártires de los revolucionarios... ¡Y qué secretos! Placide sabía que la familia Montfort velaba desde 1791 por las tumbas de los abades. Los benedictinos lo saben. ¿Por qué no lo han revelado nunca? ¿Por qué ningún historiador, ningún libro, ningún funcionario de Monumentos Históricos lo ha mencionado jamás?»

—Señora, ¿por qué no restituyeron las reliquias cuando... los tiempos dejaron de ser tan turbulentos?

—Después de haber escondido a estos seis abades, Eloi constató con horror que los revolucionarios ejecutaban sus viles designios: no quedó nada de las tumbas de los otros abades que él no había podido salvar. Hasta la emprendieron con los osarios de los simples monjes, por no hablar de los vivos: en 1792, en París, mataron al superior general de la congregación benedictina de San Mauro, y en 1794 guillotinaron al superior de Cluny, entre otros. Eloi se había adherido a las ideas nuevas, pero ayudaba de tapadillo a los sacerdotes rebeldes y a los monjes amenazados, entre ellos algunos benedictinos del Monte, a marcharse a Inglaterra. Durante el Terror, fue denunciado por estas actividades y guillotinado en la plaza pública. Antes de subir al cadalso, le pidió a su hijo que no dijera nada de las reliquias de los abades ni las devolviera hasta que se recuperase la única fe verdadera, cuando una comunidad de benedictinos se instalara de nuevo en la montaña. Solo podían fiarse de ellos, pues se trataba de sus padres, esas reliquias santas les pertenecían; nosotros no éramos más que sus guardianes clandestinos. Así pues, lo decapitaron, y el secreto de la tumba de los abades se transmitió de generación en generación en el seno de nuestra familia, en recuerdo de él, mientras que la abadía, desposeída de fe, era transformada en odiosa prisión

de Estado e instalaban el potro en la plaza del cementerio religioso saqueado.

—Y los benedictinos no regresaron al Monte hasta 1966 —dice Johanna.

—Sí —dice Hortense de Montfort, pensativa—, con motivo de la celebración del milenario monástico, pero hasta 1969 no restauraron una comunidad permanente en la abadía. Yo creía que el padre Placide le había contado eso, pues fue en esa época cuando mi difunto marido y yo lo conocimos. Estábamos tan contentos de que los monjes negros hubieran vuelto... Pensábamos que era definitivo, que los verdaderos propietarios del Monte, los que habían construido su leyenda, ya no volverían a irse, pero, desgraciadamente... Resumiendo, en 1969, fiel a la última voluntad de su antepasado Eloi, mi difunto marido solicitó una entrevista con el prior de la época, que ejercía la función de padre abad, y le contó toda la historia. ¡Imagínese la sorpresa de aquel hombre! Una mañana, recibimos la visita del superior del Monte y del padre Placide, que venían a constatar la historia por sí mismos y a ver las reliquias en el panteón. El prior meditó sobre el asunto, consultó a la comunidad y, para nuestra gran sorpresa, se negó a recuperar los huesos sagrados, prefiriendo que nosotros continuáramos ocupándonos de su custodia y guardando el secreto.

—Pero ¿por qué? —pregunta Johanna, sin salir de su asombro.

—Porque, querida señorita, contrariamente a lo que mi esposo y yo creíamos, las cosas habían cambiado mucho en la peña y en el corazón de los monjes. Los benedictinos ya no eran los mismos; con excepción de nuestro querido Placide, ninguno llevaba hábito, vestían como laicos y celebraban el oficio en francés. Ya no eran dueños de su hacienda ni de su glorioso pasado, solo simples arrendatarios. El Estado, Monumentos Históricos, el administrador del Monte eran ahora los únicos propietarios de la abadía, que destinaban al turismo de masas, y en ese decorado de museo, estereotipado y ateo, los monjes no eran sino marionetas... Cuando pienso en ello, me digo que, en el mejor de los casos, el prior temió que los preciosos esqueletos, en lugar de ser de nuevo enterrados y venerados en paz, fueran estudiados, analizados por historiadores, científicos, personas como usted, y a continuación expuestos a las miradas impías en una sala del monasterio, como vulgares baratijas; y en la peor de las hipótesis, me temo que los

benedictinos contemporáneos hayan renunciado a su historia eterna para estar «al día». Sí, los monjes negros han abandonado al Arcángel... Quizá sea esa la triste verdad.

Johanna baja los ojos. Simón tenía las mismas reservas respecto a sus reliquias. «Si los benedictinos hubieran descubierto la gruta, la habrían destruido en nombre de la fe, pero si el hombre moderno la hubiera encontrado, la habría transformado en museo por falta de fe», había dicho.

—Yo no estoy calificada para juzgar la actitud de los benedictinos contemporáneos —contesta en voz baja—, pero acerca del papel del Estado en el Monte no comparto su opinión, porque al fin y al cabo ha sido él el que lo ha salvado y restaurado.

—¡Después de haberlo devastado durante un siglo! —objeta la anciana.

—Si hago abstracción de mi oficio y escucho solo a mi corazón, puedo comprender la reacción del prior —añade Johanna.

—Yo espero haberla comprendido —replica Hortense de Montfort—. No obstante —prosigue—, mi marido y yo nunca lamentamos habernos puesto en contacto con él, porque gracias a eso conocimos al padre Placide, un monje orgulloso del pasado, apto para recibirlo y para protegerlo. De hecho, desde 1969, todos los años venía solo a decir aquí una misa a sus padres fundadores y a recogerse en la capilla. Luego, en 2001, los benedictinos se marcharon de la montaña santa y ese mismo año mi marido murió. El padre Placide continuó viniendo con bastante frecuencia, hasta que la edad y la enfermedad también lo alcanzaron a él.

—Hoy estoy yo aquí en su nombre —dice Johanna, emocionada—, y no traicionaré el silencio que él siempre ha respetado.

—La creo —admite la anciana, escrutando a Johanna—. Églantine le indicará el camino, es al fondo del parque y mis piernas ya no pueden llevarme hasta allí. Señorita, quédese todo el tiempo que quiera, rece por él y súmenos a sus oraciones, él siempre lo hacía.

—Entonces yo también lo haré, señora.

Johanna sigue a la gobernanta bajo el sol, a través del parque abandonado a una vida autónoma y anárquica. Una capilla gótica se alza detrás de las aulagas. Sin decir una palabra, Eglantine abre la puerta, deja la llave en la

cerradura y toma de nuevo el invisible sendero en dirección a la casa. Johanna aprieta el bolso contra su corazón. ¡Ya está, Román, esta vez sí! Entra tímidamente en el mausoleo. Sobre un altar de mármol blanco hay dos cirios. Colgado de la pared, un crucifijo. Tres vidrieras azules filtran la luz: en la del centro, encima del pedestal, está representado un Cristo glorioso resucitado de entre los muertos. En la vidriera de la izquierda destaca la Virgen. En la de la derecha, san Miguel con armadura abatiendo al dragón con su larga espada. La ventana azul del Arcángel. Johanna sonrío a su ángel. Las paredes de la capilla están cubiertas de placas con el nombre de los que reposan allí, su título, sus hazañas, la fecha de su nacimiento y la de su muerte, más una frase de amor en algunos casos. Los muertos más antiguos datan del siglo XIV. El más reciente es el marido de Hortense. Johanna constata que la condesa ya ha hecho grabar su placa, junto a la de su esposo, en la que solo falta la fecha de su fallecimiento. Naturalmente, los padres abades no aparecen mencionados en ninguna parte. Johanna examina el suelo: tres grandes losas de piedra, con una anilla de bronce, permiten acceder a las sepulturas subterráneas, repartidas en tres panteones. ¿En qué panteón descansan los abades? Hortense de Montfort no lo ha precisado. Johanna se arrodilla, observa la piedra: ninguna inscripción que pueda ayudarla. Solamente tres losas, una a la izquierda, otra en medio y otra a la derecha.

«La de en medio.» Las últimas palabras de Placide. «Montfort, la de en medio.» Johanna se echa a reír. «¡Gracias, padre Placide!»

Acaricia la losa del centro: el cuerpo de Román está debajo... Lo siente, lo sabe.

«Almodius —dice mentalmente—, tú separaste a Román y a Moira, tú los mataste a los dos, pero, en la muerte, socorriste a tu antiguo rival. ¡Gracias por ello!»

Johanna reflexiona. Después de haber depositado los restos de los seis abades en el panteón del centro, y a fin de proteger su secreto, sin duda Eloi de Montfort prohibió que enterraran allí a otros difuntos; de ahí que abrieran la tercera cripta, al lado. Así pues, se supone que nadie ha penetrado en el panteón de en medio desde 1791, aparte del prior del Monte y el padre

Placide en 1969. Tal vez, pero, si es así, ¿cómo bajar? A pesar de la anilla, Johanna no tiene la fuerza suficiente para levantar la losa con las manos; necesitaría herramientas. Le cuesta imaginar a la guardiana del santuario permitiéndole penetrar en la cripta subterránea y prestándole una palanca, así que debe actuar sola y a escondidas... Todos sus instrumentos de arqueología se han quedado en la Virgen Soterraña. ¿Cómo se las va a arreglar? Mira a su alrededor y se le ocurre una idea. Deja el cráneo de Román en una esquina del altar, coge el bolso vacío, vuelve al castillo, pone como excusa que ha olvidado un misal regalo del padre Placide para ir al coche y buscar en el maletero. Unos instantes después, regresa triunfal a la capilla. Cierra con llave por dentro antes de sacar del gran bolso una linterna de bolsillo, una piedra y... el gato del coche.

El cielo todavía está claro, no hace falta encender los cirios. Con todo, Johanna se sube al altar. De rodillas sobre el pedestal de mármol, con los muslos entre las velas, contempla la vidriera azul y el crucifijo de la pared. La cruz de bronce es hermosa y extraña: Jesús exalta el sufrimiento, sus heridas abiertas sangran y tiene el semblante descompuesto de dolor, en un puro estilo saint-sulpiciano. El brazo vertical de la cruz debe de medir por lo menos un metro veinte, y el horizontal unos ochenta centímetros. Johanna roza apenas el objeto sagrado; luego se decide a tocarlo. De repente, lo coge con ambas manos y lo descuelga de la pared, pero pesa tanto que está a punto de caérsele al suelo. Lo estrecha entre sus brazos y deposita un beso sobre la frente coronada de espinas.

—Perdona, Jesús —susurra—, pero necesito tu ayuda.

Deja la cruz sobre el altar, junto a la cabeza de Román, baja de la mesa de mármol y la empuja con dificultad hasta las tres losas. A continuación, pasa el crucifijo por la anilla de la losa de en medio, lo encaja en el intersticio del pavimento y lo utiliza para hacer palanca. La lápida se levanta ligeramente. Con rapidez, coloca debajo la piedra. Después, introduce cuidadosamente el gato, inserta la manivela en el utensilio y empieza a dar vueltas. El gato sube, levantando la losa. Unos centímetros más... ¡Ya está! El hueco es lo bastante grande para permitirle pasar. Enciende la linterna de bolsillo y baja los peldaños del panteón.

Está oscuro, hace frío y falta el aire. Las entrañas de la tierra son más frías que las de la roca. Despiden un olor fuerte de carne de caza adobada, el de las decenas de cadáveres que se han descompuesto allí. La estancia es pequeña, rectangular, y en todas las paredes hay nichos donde descansan ataúdes de madera. El mausoleo no es un vientre, sino una trinchera superpoblada con difuntos amontonados, emanaciones repugnantes, una atmósfera densa. Instintivamente, Johanna se vuelve hacia la losa y la enfoca con la linterna. No hay peligro, está abierta y el gato no puede ceder... Se dice que, puestos a elegir, preferiría morir en la redonda caverna celta, con Epona, los olams y Almodius, que en ese templo con cuerpos ocultos y bien ordenados.

«Román, infortunado Román, ¿dónde estás? —le pregunta en silencio—. ¿Has sentido tú también esta angustia, lejos de tu peña, de las piedras de tu abadía, y pese a la presencia de los padres junto a ti? Por suerte, tu alma eterna ha permanecido en la Virgen Soterraña... Y esta prisión ha protegido tu cuerpo durante más de dos siglos. Ahora ha llegado el momento de que abandones la tierra.»

Impresionada y aterida, Johanna busca las sepulturas de los abades. Los féretros llevan el nombre de sus insignes ocupantes, exclusivamente señores, y tal como ella presentía, ninguno ha ido a vivir allí después de 1791. Solamente siglos XVII y XVIII. Los muertos anteriores al Gran Siglo deben de reposar en otro panteón. La historia, la pequeña y la grande, desfila ante los ojos de Johanna. Pero de los padres abades del Monte, ni rastro.

«¡No creo que a Eloi de Montfort se le ocurriera mezclarlos con otras osamentas en un mismo ataúd! —piensa—. No, su fe no se lo habría permitido... Los huesos de los abades son sagrados. Los padres fundadores. Los seis apóstoles de Mont-Saint-Michel. Pero ¿dónde pudo esconderlos?»

Johanna recorre febrilmente el lugar con la linterna y de pronto detiene el haz de luz. Tiene un sobresalto. Parte de una pared está totalmente recubierta de ataúdes... de bebés. Piensa en Pierrot, su hermano gemelo, y se acerca lentamente a las pequeñas cajas. El apilamiento hace que resulte más impresionante. Dado su tamaño, hay dos por hilera. Cuenta... veintiuno. Veintiún pequeños Pierre están encerrados allí, agrupados en el mismo sitio.

Ellos no pueden hacer flanes de arena y galerías subterráneas. Pero están juntos, y quizá a veces conversan. O lloran al unísono el pecho de una madre que ya no los amamantarán. Temblando y un poco mareada, Johanna se inclina sobre un pequeño ataúd para leer el nombre de su ocupante... y suelta la linterna al tiempo que profiere un grito. Detrás de la minúscula caja de madera, un cráneo adulto la mira sonriendo.

«Ingenioso, muy ingenioso —se dice—. Eloi de Montfort ocultó las osamentas de los abades detrás de las sepulturas de los bebés. Estos féretros son más cortos, claro, pero también más estrechos, y los padres del Monte, transportados simplemente con su mortaja, eran esqueletos que necesitaban poco sitio. La razón de este emplazamiento parece, pues, de índole práctica, pero también espiritual: los venerables antepasados de fértil y larga existencia son protegidos por seres cuya vida fue interrumpida antes de que crecieran. El alma de los recién nacidos está limpia de pecado, y son esos humanos puros de nacimiento los que velan por el reposo de los sabios puros por experiencia, mientras que los santos garantizan la paz de los pequeños inocentes. Mainardo I, Mainardo II, Hildeberto, Thierry de Jumiéges, Ranulfo de Bayeux y, antes de Ranulfo, Román ocupando el lugar de Almodius.»

Johanna es presa de una excitación cercana al trance. Respira con dificultad, fuerte, y debe alejarse de la pared para calmarse. Es el instante crucial... Ya no siente frío, lo que le ayuda a controlar la respiración. Coge de nuevo la linterna, pega el busto a los pequeños féretros de madera y examina su fabuloso tesoro. Las mortajas están roídas por el tiempo. Distingue la cruz de abad que descansa sobre el pecho. No sabe quién es quién, ninguna inscripción lo dice; le habría gustado identificar a Hildeberto, pero el que ella busca es fácilmente reconocible. Al cabo de unos minutos, lo encuentra en la tercera hilera empezando por abajo: los restos del sudario todavía lo ensombrecen, lleva la cruz, el anillo en el dedo..., pero no tiene cabeza.

Johanna ha subido a la capilla a buscar el cráneo de Román.

Ha observado largamente la vidriera que representa al Arcángel. Ha encendido las dos antorchas situadas a ambos lados de la escalera de la cripta

y un grueso cirio que ha cogido del altar. La ceremonia no puede desarrollarse con luz eléctrica. De regreso en la necrópolis, frente a la muralla de pequeños féretros, aparta cuidadosamente, con ternura, los dos minúsculos sarcófagos que ocultan los restos de Román. Los coge para depositarlos un poco más lejos, en el suelo. Después apaga la linterna y acerca la vela; la escasez de aire hace que la llama sea recta, vertical y firme como una carretera ascendente. La luz dibuja un disco pleno y dorado, y el helianto soleado envuelve el cuerpo de Román como su primera aurora. Johanna se arrodilla ante el esqueleto mutilado. Coge la huesuda cabeza entre sus manos tibias y se la coloca entre las piernas. La emoción retiene las palabras en su interior y sella sus blancos labios. Con los ojos clavados en la cruz de abad que cuelga del pecho descarnado, acaricia la frente de Román. El amor fluye de su mirada celeste, inunda sus mejillas lívidas, sustituye su sangre inmóvil por venas transparentes y salinas. El silencio es su oración, su esperanza y su melancolía. El gesto que va a hacer, el duelo de su pasión, el fin de sus sueños. Pero la ventana azul va a abrirse por fin para él. Johanna cierra los ojos. Casi mil años. Mil años de espera. De sufrimiento, de desesperanza. Acedía... Se quita la cruz de Moira que lleva alrededor del cuello y la coloca sobre las costillas de Román. La joya celta cae entre los intersticios de los huesos y penetra en el interior del torso. Será su corazón, para que Moira pueda acoger su alma en el campo del cielo. Johanna se estremece pensando en la inminencia de su unión, que para ella será la separación. Agacha la cabeza: sus largos cabellos castaños cubren el cráneo de Román con el velo del adiós. Adiós para siempre... Coge el cráneo, lo levanta como si fuera una hostia, lo besa y, lentamente, lo acerca al cuerpo, a su cuerpo recuperado.

3 de junio, veintidós horas y cuarenta y siete minutos. En la carretera de Mont-Saint-Michel. Localidad de Pontorson. Pontorson y sus luces de neón rosa en la noche. Johanna atraviesa el cruce como un rayo. Verlo..., como si fuera la primera y la última vez. Míralo, ahí está, el «castillo de hadas erigido en el mar». Está al final de los sueños, al final de las tinieblas, se eleva, solo, rodeado por una aureola permanente, Jerusalén, Jerusalén celeste. La ciudad de Dios, la roca del fin de los tiempos, donde Johanna desea que fray Román la espere. La fortaleza de su cuerpo reunido se ha quedado muda allá abajo,

en la capilla de los mortales, bajo la tierra extraña.

«No te has mostrado en Montfort porque tu corazón está donde está tu alma —piensa Johanna—. Y tu alma está en la montaña eterna, en el vientre de granito de la Virgen Soterraña. Voy a reunirme contigo allí, quiero decirte adiós antes de que te marches del Monte, de donde yo también me iré enseguida. ¡Me gustaría tanto verte, contemplar por fin tu rostro! Debo esperar pacientemente sobre el altar de la Trinidad, en la escalera del cielo. El Arcángel es de oro, va a soltar la espada y la balanza para tenderte la mano. Va a cumplir la promesa que hizo hace mil años. El tiempo no es nada, acerca a los ángeles al igual que acerca a los hombres.»

Johanna acelera.

Llega a Beauvoir, llamado Astériac hasta que en el año 709 una ciega recuperó allí la vista al volver los ojos hacia el Monte. Atraviesa Beauvoir. La noche es oscura para un mes de junio. El mar está en su nivel más alto. Las piedras de la iglesia abacial susurran, cantan, gritan. Johanna es alegría, tristeza, agotamiento. La cabeza y el cuerpo le pesan una tonelada. Sus párpados se relajan poco a poco y descienden, se cierran, y todo se vuelve negro. El coche se desliza lentamente fuera del asfalto.

De pronto, una capa imprecisa aclara el cielo nocturno. Una forma larga y delgada se insinúa, una silueta oscura y ascendente. Lentamente, el espectro se precisa y se humaniza. Un sayal negro como el azabache, un escapulario con capucha, una corona de cabellos castaños bajo la tonsura y un rostro... ¡Qué rostro! El de un joven de treinta años guapo, muy guapo... Labios delicados, nariz aquilina, frente despejada, piel pálida y fina, y ojos... grandes, dos círculos de un gris brumoso, el vapor antracita del misterio... Entreabre la boca...

—*Deo gratias...* —susurra con una voz que suena como una caricia.
¡Gracias!

El joven se acerca, se desplaza por el cielo como sobre unas aguas límpidas. Levanta un brazo y tiende una mano de dedos blancos, largos, suaves y estilizados, característica de los que no trabajan con las manos. El cuerpo de Johanna adquiere la levedad de una nube, en su cabeza reina la paz del coro de una iglesia.

—Johanna... —susurra él—, me has desencadenado de la tierra. Fui condenado por el Arcángel a errar como lo hizo mi corazón, entre la tierra y el cielo. Porque aquí abajo mi corazón fue un vagabundo, desgarrado entre el Todopoderoso y Moira, sin tener su morada en ninguna parte. Cuando comparecí ante el pesador de almas, el primero de los ángeles me dijo que, cuando son auténticos, el amor divino y el amor humano no se contraponen sino que se alimentan mutuamente. Habría podido amar a Moira consagrándome a Dios y amar a Dios entregándome a Moira. Pero, al negarme a elegir, al separar mi cabeza de mi cuerpo, al no comprometerme plenamente ni con uno ni con otro, ni contra uno ni contra otro, los amé mal a los dos... *"No eres ni frío ni caliente. ¡Ojalá fueras lo uno o lo otro! Mas porque eres tibio, te vomitaré de mi boca"*, le dice el Mesías al Ángel de Laodicea en el Apocalipsis de Juan, nuestro libro. Así fui yo, ni frío ni caliente, y san Miguel me vomitó.

»Con todo, el Arcángel me indicó a unos hombres a los que podía dirigirme para pedirles ayuda. Desgraciadamente, durante siglos nadie consiguió romper la maldición. Cuando vi que mi desdichado cuerpo abandonaba la peña y mi cabeza se quedaba bajo la cripta de la Virgen Soterraña, que estaba condenada, perdí la esperanza de ser liberado. Mucho tiempo después, el señor de la montaña sagrada me guió hacia una niña... Entonces me eché a temblar. ¿Cómo iba a tener éxito una niña, una mujer, en la empresa en la que monjes y guerreros habían fracasado? Si monjes y guerreros habían perecido, ¿cómo ibas a sobrevivir tú? Te miré desde las profundidades del tiempo, Johanna, y comprendí por qué te había señalado el Arcángel: tu alma, tan fuerte como la de un monje y un guerrero, me ha amado. Ese amor me ha salvado, ¿podré algún día hacer lo mismo por ti? Esta noche, en que gracias a ti dejo mi exilio, solo puedo iluminarte sobre ti misma. Una parte de tu alma es hermana de la mía, Johanna, más propensa a amar las obras de los hombres que a los propios hombres. Desde el fallecimiento de Pierre, dudas, oscilas entre la vida y la muerte sin escoger. Sobrevives, pero tu corazón está abandonado, prisionero del fantasma de tu hermano, enterrado en la cripta de tu memoria. Permaneces entre la tierra y el cielo, y no perteneces a ninguno de los dos sitios. Esta noche, Johanna,

tendrás que elegir: si deseas dejar la tierra, el Arcángel te conducirá a las nubes; si prefieres la vida, tendrás que convertirte en carne y vencer tu terror a amar, a unir tu corazón al de un ser que podría abandonarte, igual que has sido capaz de ligarte a mí. No lo olvides: hay que excavar la tierra para acceder al cielo..., ser el mantillo de uno mismo, habitar las tinieblas de las heridas propias para encontrar la luz. Pero tú eres la única que puedes tomar una decisión, Johanna. El final de tu historia no está escrito. Jamás lo está. Eres libre, te corresponde escribirlo a ti. Adiós, amiga mía...

Román retira su pálida mano, se desvanece, se disipa con una sonrisa y desaparece. El firmamento ha perdido su color, la oscuridad está ahí abajo, alrededor del Monte. La noche de Beauvoir es más clara, su palidez lunar se llena de destellos rojos y azules, de girofaros y sirenas estridentes que se dirigen a toda velocidad hacia el coche, cuyas ruedas traseras giran en el vacío. El morro del vehículo está empotrado en un badén de hierba salada, una zanja de limo y de tierra pegajosa frente a las aguas vivas.

En la puerta del cielo, a los pies del Arcángel, Román atraviesa una nube blanca y la cara oculta del tiempo aparece. Por fin puede ver la trama invisible de su destino y el de los seres que le son queridos. Con el corazón ardiente, se vuelve y dirige una última mirada a Johanna, que yace, inconsciente, entre los dos mundos.

Agradecimientos

Los autores desean expresar su agradecimiento a todos cuantos desempeñaron con rigor, entusiasmo y espíritu crítico el delicado papel de primeros lectores: Anne Cabelos, Claude Cabelos, Laurence Delain-David, Bénédicte Giménez, Elisabeth y René Lenoir, Christel Macon, Marie-Pierre Paré, Rémi Savournin, Camille Scoffier-Reeves y Bérenger Vergues.

Gracias a Michéle Le Barzic, que nos dispensó una cálida acogida en el Mont-Saint-Michel y nos abrió las puertas de la abadía, de la vida en la isla y de su amistad (una caricia para Elsa y un saludo a todas las personas con las que estuvimos allí).

Gracias al historiador Henry Decaéns, que no solo iluminó nuestras investigaciones con sus apasionantes obras sobre el Mont-Saint-Michel y la Normandía románica, sino que participó personalmente en la validación de las fuentes históricas de esta novela, ofreciéndonos su tiempo, su mirada de especialista y su bondadosa generosidad.

Gracias al historiador Marc Déceneux, cuyas publicaciones, especialmente las dedicadas a la antigua capilla de San Martín, la construcción de la abadía y la mitología del Mont-Saint-Michel, han constituido una valiosa ayuda para nosotros.

Gracias, por último, a todos los que, en el transcurso de estos tres años de trabajo, han alentado y soportado nuestra pasión absoluta y devoradora por el Mont-Saint-Michel. Y un guiño de complicidad a quien nos ha transmitido su fuerza y acompañado en todo momento desde lo alto de su aguja.

Notas

[1] En francés, el término loman, homógrafo del nombre propio Román, significa «novela» y también «románico». (N de la T) <<